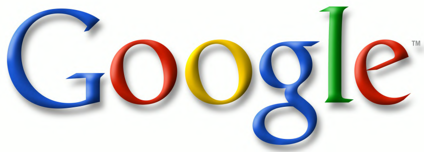




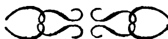

HARVARDIANA
ET
VE RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE
ACADEMIA
IN·NOV·ANG

HUAYNA CAPAC.

NOVELA ORIJINAL

POR

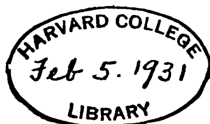
FELIPE PEREZ.



BOGOTA.

IMPRENTA DE ECHEVERRIA HERMANOS.

1856.



Victor M. Cutter

HUAYNA CAPAC.

AMIGO ALPHA:

Confiado en la opinion de U, me atrevo a dar a la prensa la série de novelas históricas que de algun tiempo atras tengo escritas, i que pueden reputarse como un bosquejo de las últimas décadas del imperio de los Incas. U. me conoce demasiado para ver, en esta resolucion mia, algo que parezca o sea pretensioso. Contribuir con mi óbolo a la formacion del tesoro de nuestra naciente literatura – tal es mi pensamiento.

No crea U. que se me ocultan los defectos de que adolecen mis novelas, pues a las dificultades que ordinariamente asedian este jénero de trabajos literarios, por superiores que sean el talento i la instruccion del que los emprende (supuesto falso en el caso en cuestion), en esta vez la tarea ha sido doblemente espinosa, si se atiende a que ella se refiere a sucesos que tuvieron lugar en una época remota i en el seno de una civilizacion especial, débil o absurdamente trasmitida hasta nosotros por cronistas baladíes o exajerados. Pero lo diré a U. con franqueza: estos defectos en nada me arredran, pues son precisamente los mismos en que hubiera incurrido cualquiera que hubiese querido ensayar los recursos de su injenio en teatro semejante; i esto porque yo he seguido la historia indiana hasta sus últimos desenvolvimientos. Cierto es que donde me ha faltado su luz he quedado a oscuras, pero ¿quién puede ser, en ese horizonte de tinieblas, el que señale mis errores, quién el que censure mis pinceladas?.... Esto por un lado; por otro ¿es por ventura obra

tan pequeña trasladarse a esos países que U. i yo hemos recorrido, i trasladarse a pintarlos con los flojos recursos del lenguaje, toda vez que ellos imponen la mente de admiracion? I a pintarlos cómo? Habitados por razas desconocidas, cuyos trajes son plumas, cuyas armas son mimbres, i cuya habla es el grito articulado del salvaje! I si no es pequeña la tarea ¿por qué no disimular sus defectos?

Es cuando se ha tenido la pluma ociosa sobre el papel hasta que se le ha secado la tinta, por no saber cómo trazar una palabra *indíjena*, que mas remeda el grito del ave o el rujido de la fiera que un acento del sér racional; es entónces, digo, que se comprende lo difícil de la labor que he emprendido. Labor algo mas que ingrata en nuestro país, fríjido como la cumbre de sus montañas.

U, el bizarro escritor de la «Peregrinacion,» que mas de una vez habrá esperimentado ese fenómeno de impotencia moral i material, tan comun en los escritores que se salen de su época i de su nacion, acaso haga justicia a mis esfuerzos; al paso que otros los califiquen de *empalagosos*, cuando no de pedantescos. Pero ello es que el mundo es así; i agradarlos a todos solo lo puede Dios, quien parece que no lo ha querido.

Mi coleccion de novelas indianas, ya que U. lo quiere, será lo que nutra el folletin de «El Tiempo» por algunas semanas. Siguiendo el órden cronolójico, empezaremos por *Huayna Capac*, que es la novela que sirve de introduccion a *Atahuallpa*; el resto irá despues, segun las circunstancias lo permitan.

Como su periódico es el que publica, allá se las avenga U. con el público.

El Autor.

Bogotá, 31 de diciembre de 1855.

I

En la América del Sur, ácia su estremo occidental, se dilataba hace hoi cuatro siglos i medio el imperio poderoso de Tavantinsuyu – sin rival en el mismo continente, i segundo en el hemisferio americano. Estendíase desde el Chimborazo i el Soratá hasta el Pazífico; i desde el Atacama hasta el Rumichaca. De modo que estaba encerrado entre el océano de agua i el de arena, i entre los volcanes de cráter altísimo i el rio de lecho subterráneo. Servíale de doble muralla el cordon montañoso, largo como la orilla del mar, que se alza en picos desiguales, i se parte en cordilleras menores; alcanzando muchas vezes su lomo hasta la rejion de las nieves. Sobre estas dilatábanse en copos las exhalaciones de volcanes que acaso no son ya sino montes de ceniza; i entónces bastaba tal vez el humo de sus bocas a sombrear la zona rojiza del arenal, que junta las bases de su cadena de cerros con las costas del mar del Sur. Ningun raudal copioso se desataba ácia estos costados de los Andes, en estremo vecinos del Océano para el alimento de grandes corrientes, como las de los opuestos, en los inmensos yungas (valles) del Amazónas, del cual es tributaria toda la parte oriental, por enormes rios como el Tungurahua, que lleva su curso por entre dos cordilleras, i el Apurimac que, rico con las aguas de cien afluentes, entra bajo el nombre de Ucayale en el opulento Marañon – el Mississipí del Sur. Hoi nacen, se mezclan i mueren esos mares torrentosos en una sucesion de soledades; entónces se deslizaban a la vista de sus dueños, i podía decirse que por entre un cauce de pueblos. Encontrábanse en las sabanas frias rebanos (oveja peruana) de vellon tupidísimo, vagando en tropa numerosa; i a la som-

bra del bosque, o en el umbral de la gruta, reverberaban los grandes ojos del yurag-taruga (ciervo blanco), cuya frente enrejada de astas grises, semejaba la copa de un árbol despojada de sus hojas por el invierno. Pero en el fondo de los valles el ardor equinoxial animaba aun mas, la naturaleza, i multiplicaba la vida. Allí el otorongo (tigre), rei de las selvas americanas, cruzaba de ladera a ladera diezmando los zoches silvestres, que pastaban en manadas bajo el ojo de águila del ullahuanga (chicora) que desde las nubes seguía la garra de la fiera, para descender a cebarse en los rezagos del festin. Entre el tapiz herboso se elevaba el rumor del crótalo de mil colores, semejante a una cinta de llamas; i en los sitios ribereños del Guayas se arrastraba el corpulento caiman, desatando de sus fauces de reptil espesas ondas de almizcle, i azotando con su cola de pez el cieno de las orillas. El vagra (danta), el puma, solo inferior al leon líbico, el puca–puma (leopardo), color de brasa en el vientre, el yana–puma (leon de las aguas), de rujido estentóreo, i otros hijos del desierto moraban bajo el aduar del salvaje i le disputaban su dominacion, al abrigo del ahuano de tronco colosal, i hartos con el fruto de las cimbradoras palmas del bosque. Mas el inmenso territorio de Tavantinsuyu ofrecía amplio espacio al hombre i al bruto, que en ausencia de la civilizacion intelectual, detenida del otro lado de los mares, vivian en guerra abierta desde el Yaguarcocha o "lago de sangre" hasta la "colina de plomo" o Titicaca, separados por los ardientes arenales que se pliegan en médanos movibles; i desde el Putumayo hasta el Biobío.

En vano la naturaleza había hecho estériles i el clima había retostado las rejiones del Oeste, que

no borbotaban ni un solo manantial, ni recibian una gota de agua del cielo. Los de Tavantinsuyu horadaban los cerros i derramaban por canales subterráneos sus aguas sobre las esplanadas ingratas; o si no, escalaban los estribos de la cordillera, fijando en sus variadas alturas, como gradas, sus poblaciones, buscando por este medio la fecundidad, desde sus faldas calorosas hasta sus cimas de páramos. Así es que los apriscos, los huertos i los caseríos que se enlazaban por todas partes, venian a formar una cadena de prodijios de arte i de laboriosidad, cuyo resultado era la opulencia de sus artífices.

Descendientes los de Tavantinsuyu de la raza rescatada por Manco, que había echado los cimientos del Cuzco, por prevencion divina, en el centro del imperio, formaban una nacion numerosa i adelantada en los progresos de la vida. Las ciudades eran verdaderos monumentos de grandeza arquitectónica, i estaban dispuestas en calles de estraordinaria lonjitud, pues las había de tres leguas. Sus palacios de piedra viva donde apénas medio se percibe la union de las partes, eran la obra de millares de hombres por centenares de años. Sus templos estaban revestidos de láminas de metales preciosos; i en sus bóvedas no moría el eco de los cánticos de las Vírjenes del Sol, ni en sus altares se apagaba durante el año el fuego sagrado. Tenian magníficas vías militares, sembradas de tambos abastecidos; i cementerios pazíficos, sin mas cúpula que el cielo, ni mas adorno que las flores silvestres.

El espíritu conquistador de este pueblo singular era insaciable. Así es que despues de haber ensanchado su poderío hasta el Maule bajo el glorioso Yupanqui, por el Sur, volvieron la faz al seten-

trion, i a las órdenes de Huayna vencieron i sujetaron la nacion de los Quitus, fuerte i populosa; nacion que tendió la cerviz al yugo, i escondió en lo íntimo de su corazon el anhelo de la venganza con el amor de su *independencia.*

Repasemos ahora en las pájinas del historiador los rasgos privativos de la organizacion política de este imperio: en ellas están trazados con su propio colorido; i nosotros necesitamos conocer algo el pueblo de cuya vida vamos a presenciar varias escenas.

El país estaba dividido en cuatro partes como claramente lo indica su nombre. Rejía cada una de ellas un Apunchic (especie de virei), que era siempre de la familia del Inca, el soberano absoluto. Despues de los apunchicuna * seguian los Curacas, jefes de las provincias i ajentes subalternos de aquellos. Por lo que hace a la poblacion en jeneral, dividíase en decurias, centurias, millares &.ª, con un Chunga, Pachsac, Guaranga-camayuc (decurion, centurion, milenario) a la cabeza, segun el número, que cuidaba de los derechos de su tribu i entregaba los criminales al brazo de la justicia.

Esta se administraba por una série de Tribunales, establecidos a razon de uno por cada poblado para los delitos de menor cuantía, los que se castigaban dentro del improrogable término de cinco dias, contados desde la captura del reo; pues para los de mayor existian otros, sin apelacion, con residencia fija en las capitales de los departamentos.

* Tal vez no sea fuera de propósito recordar aquí a nuestros lectores, que uno de los modos de formar el plural en la lengua quichua, es añadiendo la terminacion *cuna* al singular.

Los Tribunales inferiores tenian el deber de dar cuenta periódicamente a los superiores, para que estos la diesen a su vez al Inca, de las sentencias pronunciadas; i no obstante esta prudente medida, todos los años recorrian el país visitadores *ad hoc* para oir las quejas i decidir los reclamos de los naturales.

Las leyes entre los moradores de Tavantinsuyu, como las de todos los pueblos en su pristina civilizacion, eran pocas, pero suficientes. El robo, el adulterio i el asesinato se castigaban con la pena de muerte. Así mismo se castigaban con dicha pena las blasfemias contra el Sol i las maldiciones al Inca. Borrar los linderos de los terrenos, destruir los mojones, cegar las fuentes, incendiar las casas &.ª, eran todos delitos que se miraban como enormes.

Cuando una ciudad o provincia se rebelaba contra su señor natural, se la asolaba para siempre. El llamado delito de *lesa* majestad era el mayor de los crímenes.

Así como existía una division política i otra judicial, existía una territorial, que separaba el haz del país en tres porciones; una perteneciente al Sol, su deidad suprema, otra al Inca i otra al pueblo.

Los productos agrícolas de la primera porcion se aplicaban al mantenimiento del culto, cuyos gastos eran crecidísimos, debido al esplendor de los templos i a lo numeroso de los sacerdotes; los de la segunda al mantenimiento de la nobleza; i los de la tercera se distribuian, *per capita*, entre los habitantes.

La tierra se trabajaba en comun i en este órden: primero la perteneciente al Sol; despues la perteneciente a los ancianos, viudas, huérfanos,

enfermos i soldados en servicio activo; i últimamente la del Inca. Las leyes agrarias del país solo concedian el dominio útil sobre la tierra cultivable, i eso por el limitado término de un año, pasado el cual volvía toda a la masa comun.

En cuanto a las manufacturas se observaba un órden semejante al de las tierras. Las innumerables manadas de rebanos que vestian el país en todas direcciones, i que eran de la esclusiva pertenencia del Sol i el Inca, estaban a cargo de pastores entendidos, que enviaban a las ciudades los machos para el abasto de la nobleza i los sacrificios relijiosos; i que en las estaciones correspondientes esquilaban los rebaños i remitian los esquilmos a los almacenes públicos. Una vez estos allí, se repartian entre las familias proporcionalmente para su vestido, cuya hechura estaba a cargo de las mujeres i los niños.

Por lo espuesto se ve, que en este raro país, sin ejemplo en las historias, en primer lugar dominaba el sentimiento relijioso, en segundo el sentimiento popular, i en tercero el de la reyedad; i que, aunque rejido por un despotismo autocrático en combinacion con las doctrinas socialistas modernas, que tanto ruido meten hoi en el mundo político, no presentaba un todo grotesco; al paso que su gobierno, sobrepujando en bondad al patriarcal, se confundía por su escelencia con los encantos de la fábula.

II

Huayna Capac ántes de ceñir su frente con el llauta o cordon rojo, emblema de la dignidad inca, había sometido al poder de su padre Yupanqui el país floreciente de los Quitus, como quedó dicho en el capítulo anterior. Durante las campa-

ñas de esta conquista conoció i se enamoró perdidamente de la bella hija de Cacha Duchincela, último Scyri (señor) de aquel reino, de quien tuvo un hijo llamado Atabalipa.

Miéntras que el conquistador introducía su lengua i sus costumbres en los países conquistados, Atabalipa crecía querido de los suyos (quienes no podian ménos de ver en él un vástago de los antiguos Scyris), i viviendo siempre en medio de la algazara de los campamentos; vida del todo militar, de la que se había hecho un hábito por haber acompañado siempre a su padre al campo del honor.

Era Atabalipa de jenio impetuoso i atrevido, mui dado a la carrera de las armas i de carácter enérjico. Su astucia, así como la precozidad de su desarrollo, le habian hecho granjearse la voluntad de varios ñusticuna (nobles) del Cuzco, entre los cuales figuraban los apusquipaycuna (jenerales) mas aguerridos i de mas acreditado valor; a quienes hacía frecuentes i señalados servicios, merced a la privanza que alcanzaba de Huayna Capac.

Aunque jóven, Atabalipa había comprendido que le esperaba un porvenir halagüeño si lograba hacerse el ídolo de los conquistadores de su país, toda vez que de los sometidos Quitus nada tenía a qué aspirar; por lo que no omitía esfuerzo alguno, a fin de hacerse un auqui (príncipe) digno bajo todos aspectos; esmerándose en su educacion i popularizándose hasta donde le era posible.

Empero, en medio de estos sueños de ambicion, del intenso cariño de su padre i del favor de los ñusticuna i del ejército, un malestar continuo aquejaba a Atabalipa, un pensamiento constante le traía meditabundo i aflijido. "Soi bastardo!" se

decía frecuentemente, recorriendo ora su estancia suntuosa a grandes pasos, tirándose ora desesperado sobre su blanco lecho de vicuña.........

Mas, pasadas aquellas breves tempestades de su corazon, i serenado un tanto su espíritu, acaso porque no desconfiase enteramente de su suerte, volvía Atabalipa a revestir su semblante de calma, i a abrillantar sus ojos, de mirar siniestro, con el fuego inmenso de su juventud i de su orgullo. Entónces era casi hermoso Atabalipa: sus negros lacios cabellos caian sobre sus hombros en caprichoso desórden, ceñidos por una faja azul, ornada de las vistosas plumas que su huachi (flecha) certera había arrebatado, tintas en sangre, a las aves del bosque natal; i cuyas flotantes estremidades venian a perderse entre los oblongos pendientes de sus orejas. Una túnica, blanca como la escarcha, puesta con desgaire sobre su hombro izquierdo, i recojida por una faja, tambien azul, sobre su cuadril derecho, dejaba admirar su membruda diestra, adornada del rico brazalete, i armada del estolica (venablo), siempre listo para la pelea.

Pero no solo Atabalipa era hijo de Huayna Capac, éranlo tambien Manco e Illescas, que llegaron a ser incas, i Yuti Gusi Huallpa, despues Huascar; Huascar el jeneroso, el pazífico; Huascar, si no el animado del Inca, sí el digno heredero del cordon rojo i el ornamento de la familia real.

Pocas primaveras mayor que Atabalipa i educado para el gobierno de Tavantinsuyu, había pasado su niñez en las cercanias de la sagrada Cuzco, sustraido al poderoso influjo de la ambicion i a las adulaciones de los ñusticuna; pues ademas de ser aquella contraria a su jenial modestia, podía decirse que se hallaba colmada desde su nacimiento

con la brillante perspectiva del país de que sería dueño absoluto.

Huascar, a diferencia de su hermano Atabalipa, no tenía otro amigo ni confidente que su madre Coya, esposa i hermana de Huayna Capac, por la que tenía un respeto santo i un cariño inmenso. Los ratos de ocio que le dejaban las faenas de su educacion, los pasaba en su compañía, entregado a los coloquios mas dulces i a las caricias mas tiernas. Caricias casi siempre acibaradas por el llanto que un hondo i fatal presentimiento hacía derramar a aquella noble mujer; i cuya causa nunca osaba descubrir a su hijo, temerosa de dar ella misma principio a los infortunios del objeto de su amor.

—"Madre, por qué lloras?" solía preguntar Huascar a Coya; i esta, en vez de responderle, lo estrechaba fuertemente contra su pecho, cubriendo de ardientes besos su amarilla i despejada frente. Huascar, sin apercibirlo, lloraba tambien; i lloraba sus futuras desgracias i padecimientos. Noches enteras se los vió asidos i entregados al mas acerbo dolor, bajo los capulíes del jardin, sin que el frio los importunase, ni el tiempo pasase para ellos; hasta que con los primeros resplandores del dia, volvian al aposento de uno de los dos a anudar sus interrumpidos coloquios. Jamas hubo hijo mas amante ni madre mas tierna.

Cuántos momentos de felizidad (porque a pesar de sus lágrimas ellos eran felizes) pasaron así Huascar i Coya! Cuántos momentos! en que no parecian sino nacidos el uno para la otra—la madre enamorada del hijo, i el hijo de la madre; pero enamorados con ese amor que a nada aspira, que nada desea, que está satisfecho de sí mismo, en fin. Ese amor que no puede confundirse con

el de Safo, Elvira o Isabel; que no se disminuye con la ausencia; que no perece con la criatura, plegando sus alas con el ánjel de la muerte sobre la helada baldosa del sepulcro; i que no se profana jamas. Lo diremos de una vez: con ese amor que solo comprende la que ha sido *madre* i el que sabe ser *hijo.*

Dichosos ellos! Cada calle del jardin les recordaba una conversacion, cada piedra del llano un lijero descanso. El viento remedaba sus suspiros en el follaje de las arboledas, las fuentes el sonido de sus besos, i la urpai (tórtola) jemebunda del bosque, sus lamentos.

El carácter opuesto de Atahalipa i de Huascar, i la predileccion de Huayna Capac por el primero, tenian preocupados a los ñusticuna de tiempo atras; pues no podian ménos de ver en esto la simiente de las futuras discordias de Tavantinsuyu. Los mas avisados empezaban a combinar sus planes. Los comentarios se multiplicaban. Las esperanzas crecian; cuando he aquí que las fiestas habidas con motivo de la mayoría de edad del auqui Huascar, el heredero del llauta, vinieron a hacerlo olvidar todo a algunos para cuidarse únicamente de los regocijos i de la diversion. Decimos a *algunos*, porque otros, como mas avisados, opinaban que el mejor tiempo para conspirar es aquel en que están gobernantes i gobernandos aturdidos con el estruendo de una fiesta pública.

III

Dábase el nombre de amautacuna entre los de Tavantinsuyu a los filósofos o sabios encargados de la conservacion i cultivo de la ciencia en el país. Estaba ademas encomendada a estos la

educacion de los hijos de los ñusticuna, i especialmente la del auqui o príncipe heredero.

Versaba esta educacion sobre la relijion i las tradiciones históricas, la comprension i formacion del Quipus, su sistema de escritura, i el lenguaje peculiar de los ñusticuna. Pero donde sobresalía particularmente, era en el ramo militar, a causa de haberse hecho la guerra la ocupacion favorita de los Naturales, por la sed insaciable de incremento que desde Pachacutec, el *conquistador*, se había desarrollado entre los incas.

Reducíase la educacion militar al manejo de las armas, que fabricaban de mimbre, chonta i cobre mezclados, por desconocer el uso del fierro o los medios de su laboreo. Eran estas el huactana (mazo), la turpuna (especie de alabarda), la tuccina (espada corta), la huaraca (honda) i otras varias de que hemos hecho mencion.

La huallacanga (rodela), que construian de dura piel de vagra, era su única arma defensiva.

La carrera, el salto, la lucha i la natacion completaban el aprendizaje.

Hácese subir hasta Roca, el *prudente*, la fundacion de los establecimientos de enseñanza.

A unos mil o mil quinientos pasos de la sagrada Cuzco, capital de Tavantinsuyu, i no léjos de un edificio de forma cuadrangular, que se alzaba como una gran pirámide de granito entre el verde follaje de las arboledas, i por cuyo frente corrian murmuradores algunos arroyuelos, conversaban familiarmente un Amauta i Huascar.

El sol tocaba ya en el meridiano, i el dia estaba brillante. Las brisas de las montañas, reinantes en aquellos parajes, inpregnaban el aire de floripondio i abancai. Cien pájaros de gayo color cruzaban en tropa la atmósfera tranquila.

—Al fin, hijo del Sol, decía el Amauta a Huascar, va a llegar el dia deseado de tu segunda edad. Los ñusticuna se preparan para celebrarlo con pompa, el pueblo se regocija por él, i tu padre mismo, abandonando el campo de sus triunfos, ha venido desde el distante Quitus a presenciarlo. Plegue a Aquel que da vida i sostiene al Universo, colocarte bajo su mano protectora!

—Sí, Amauta, Huascar contestó, ya va a llegar ese ansiado dia. Pero ¡ ai ! tú no sabes cuánto, i sin saber por qué, la aproximacion de ese dia lastima mi sér. Creo verlo venir bajo los funestos auspicios de Cupay. *

—Lo sé, Huascar, lo sé; pero tú debes alejar de tí esos presentimientos vanos, que, mas que otra cosa, los recelos de Coya te han suscitado. Aléjalos, Huascar; ahora mas que nunca necesitas de toda tu entereza, puesto que vas a parecer a los ojos todos de Tavantinsuyu con la solemnidad que cumple al hijo primero del Inca, al escojido de Pachacamac ** para hacer la felizidad de los suyos. I como ha llegado el momento de hacerte mis últimas amonestaciones, óyelas, hijo del Sol, ahora que tu padre está en la mitad de su carrera, i despide sobre tu pueblo su lumbre bienhechora.

Calló el Amauta, i reconcentrándose guardó por algunos momentos un silencio sublime. Luego, estendiendo su brazo derecho ácia Huascar, esclamó con voz elocuente i conmovida:

—Hijo del Sol! va para algun tiempo que, niño aún, viniste a donde mí a iniciarte en los preciosos misterios de nuestra relijion, a aprender la ciencia del gobierno i a hacer tu cuerpo apto para

* Espíritu malo.
** Dios supremo.

el combate i fuerte para la fatiga. Hoi, debido a mis cuidados i desvelos, has terminado de un modo satisfactorio tu educacion; por lo que confio en tu padre, que me oye, que llegará la época en que por tus virtudes i saber seas el orgullo i sosten de tus pueblos. Sé manso, hijo del Sol, con los soberbios, pazífico con los vecinos, jeneroso con todos; para que así, i sin apartarte nunca del sendero que el Dios Supremo ha trazado a sus escojidos, vengas a ser el inca mas grande de la sagrada descendencia de Manco, nuestro celeste fundadador. Si tal obras, la tierra se verá cubierta de sara (maíz) i rebanos; nuestros cielos estarán siempre azules, nuestras aguas puras, i no faltarán nunca al bosque ni su verdura ni sus aves; tu pueblo se multiplicará como las hojas de los árboles; crecerá Tavantinsuyu en poder; i tu irás a reunirte con tus mayores en medio del llanto jeneral.

Calló el Amauta: su rostro estaba sereno, su mirada discurría apacible.

Huascar, vencido por la emocion, dobló la rodilla sobre la grama del prado, i rindió en silencio culto a su padre el sol, cuyo disco de fuego despedía torrentes de vívida luz por todos los ámbitos del espacio.

Pasados algunos instantes, Huascar se puso en pié i habló largo rato con el Amauta, aunque ya en un estilo mas familiar. Limitose el último a dar al primero algunos consejos sobre el modo cómo debía comportarse en el huaraco o fiesta de la mayoría de edad de los hijos de los ñusticuna i príncipes de la sangre; i al manejo disimulado, aunque cariñoso, que debía tener con Atabalipa. "Hermano de quien debes desconfiar, decía él, por

sus miras ambiciosas; i en quien has tenido i tendrás siempre el mas temible de tus enemigos encubiertos."

Oyó Huascar las palabras del Amauta como las de uno de sus oráculos, pues era su maestro, i como a tal le profesaba alto respeto i gran veneracion.

—Pobre Huascar! esclamó el Amauta al separarse, tu corazon no te engaña, i los presentimientos de tu madre son por desgracia fundados. Empero, el cielo me dice que cuide de tí, que no te abandone. Anda, Huascar, descuidado que yo te custodiaré.

IV

El sol acababa de ponerse, i, segun costumbre, Huayna Capac se había sentado a comer, rodeado de los ñusticuna de su servidumbre i de los camayucuna (oficiales) mas distinguidos del ejército. Mas, miéntras se conversaba entre ellos de los graves asuntos del país, de los incidentes curiosos de la conquista de Quitus i de la fiesta espléndida del dia siguiente, pasaba en una de las mas apartadas estancias de palacio la escena que vamos a referir, i que acaso pueda interesar a nuestros lectores.

Era esta estancia un paralelógramo de veinte pasos de lado. Sus paredes, de argamasa petrificada i tersas como mármol, estaban revestidas de finísimas telas rojas bordadas de plata. Diez o doce pieles de bayo puma, i varios cojines de blando asiento, puestos en hilera, brindaban un mullido descanso. En las paredes había nichos ojivos con arbustos i pájaros manufacturados, resplandecientes de oro i pedrería; i del techo colgaban

cinco lámparas, que exhalaban un olor fragante i puro.

La puerta de esta hermosa estancia daba, como todas, a uno de los patios de palacio; i en ella conversaban, en dialecto estranjero, dos apusquipaycuna de porte airoso i traje distinguido.

—I bien, Quizquiz, decía el uno, no crées como yo que ha llegado el momento de obrar?

—Lo creo, Challcuchima, respondió el interpelado secamente.

—I opinas....?

—Opino lo que siempre, respondió Quizquiz con solemnidad; opino que ya hemos esperado demasiado; que es mucha nuestra tardanza; que millares de yanacuna (esclavos) aguardan de nosotros la devolucion de su unancha (bandera-símbolo de libertad), i que ya es tiempo de devolvérsela, o de perecer.......

—Silencio, Quizquiz! Una palabra, una sola palabra, i estamos perdidos. Justas son tus observaciones; pero tú bien lo sabes, nuestro Dios no nos ha favorecido.

—Pues ya es tiempo de que nos favorezca, o de perecer. Challcuchima! juremos por aquellas personas que nos son tan queridas, que ántes de dos lunas estaremos en marcha para Quitus.

—Quizquiz, dispon de mí, dijo Challcuchima con entereza.

Hubo entónces un largo rato de silencio, interrumpido solo por el rumor lejano del banquete del Inca, ménos frugal en aquella ocasion, i mas prolongado que de costumbre.

Quizquiz i Challcuchima continuaron pensativos en el quicial del aposento.

—Tienes la jente preparada? preguntó al fin el primero.

—Sí.

—Su número?

—Pasa de tres mil.

—No es el suficiente.

—Te respondo de su valor.

—Estoi seguro de él; pero eso no es bastante.

—Probemos.

—Es mucho esponer.

—Quizquiz! no mas vacilaciones; demos el golpe; yo te respondo del buen resultado. Fuera de los comprometidos, tenemos partidarios decididos en el ejército, simpatias entre los ñusticuna i el pueblo, i de Quitus mismo vendrán en nuestra ayuda millares de guerreros.

—Así es la verdad, Challcuchima; pero aun no estoi decidido por ese proceder ruidoso i desesperado. Lo que debemos buscar es la seguridad del éxito, i no el escándalo. Un contratiempo (lo mas natural), el mas leve contratiempo, i todo está perdido; i perdido para siempre: tu vida i la mía pagarán nuestra temeridad, i la libertad de Quitus se hará imposible. Tengo mas edad que tú, Challcuchima, i la esperiencia, a costa de mil vicisitudes, me ha enseñado a ser prudente. Nuestra idea de revolucionar el Cuzco para lograr nuestro intento, haciendo estallar sediciones en varios puntos, i provocando guerra a Huayna Capac en el corazon de sus dominios, al pedirle cara a cara, i con el estolica i la huallacanga en la mano, la libertad de Quitus, es propia de estos atrevidos conquistadores, ausiliados por el brio de su jenio i la pujanza de sus armas; pero no lo es de nosotros. Prudencia, Challcuchima, prudencia, i acaso llenemos nuestra mision.

—Sea como tú dices, Quizquiz; pero no des-

mentiriamos nuestra estirpe, ni faltariamos a nuestra palabra de fidelidad, pidiendo, como representantes de Quitus, en la mitad del dia i en su mismo tiana (silla o trono) a Huayna Capac, la libertad, sin condiciones, para nuestro pueblo; a reserva, eso sí, de demandársela como apusquipaycuna en el campo de batalla, caso que nos la niegue. Créeme, Quizquiz, esta conducta de parte nuestra, merecería el encomio de los presentes i futuros; i si no nos da la victoria, por lo ménos nos granjea la admiracion, i nos conserva el honor.

—Bello, mui bello es eso; tan bello, que es irrealizable. Huayna Capac nos desconocerá como representantes de Quitus; i si nos pronunciamos como apusquipaycuna, nos mandará ahorcar como rebeldes. Desengáñate, Challcuchima, no se trata de hacer ruido por medio de proyectos sorprendentes (al ménos eso creo yo): de lo que se trata es de dar un golpe seguro, que la justificacion vendrá mas tarde, caso que sea necesaria para hombres que pelean por su libertad perdida i sus derechos hollados..... ¿Qué razon plausible tuvo Huayna Capac para entrar a sangre i fuego en nuestro suelo pazífico, i no dejar de combatirnos hasta que vió el íris de sus insignias tremolar sobre las cumbres del Pichincha? Ninguna, me dirás; pero eso qué importa? el guerrero, i principalmente el guerrero conquistador, solo debe preguntarse si puede lo que intenta, porque si puede, el resultndo lo justifica todo. Nosotros, a diferencia de Huayna Capac, no movemos guerra por espíritu de conquista, sino por espíritu de libertad; i la movemos como podemos. Si nos derrotan, seremos traidores, es cierto; pero tambien lo es que

si vencemos, seremos héroes. Vamos, Challcuchima, depon tus recelos; i obremos como mas convenga a nuestros intereses, mejor dicho, a los de Quitus; i no como sea mas hermoso.

—Quizquiz, te he dicho que dispongas de mí como lo creas mas conveniente.

—No, yo nunca dispondré de tí, porque eso sería suponer que yo era el director de este negocio, el jefe de la conspiracion (porque es una verdadera conspiracion, amigo Challcuchima, agregó Quizquiz con sonrisa burlona); i la cosa es mui al contrario. Lo que haremos será que ninguno disponga del otro, para que ámbos podamos servir a un tiempo a nuestra causa.

—I bien, qué haremos?

—Si tú lo adoptáras, yo tengo concebido otro plan.

—Veámoslo.

—Plan tal vez ménos *noble* que el primero (Quizquiz pronunció esta palabra con énfasis picaresca), el cual debemos abandonar enteramente; pero plan de una realizacion segura.

Al decir esto, Quizquiz se arrimó al oído de Challcuchima i le dijo algo, en voz tan baja, que nadie hubiera podido percibirlo, aun cuando hubiese estado a una línea de los dos. Challcuchima le oyó con imperturbabilidad, sin que los músculos de su cara se contrajesen, ni su corazon dejara oir el mas ténue latido, como hombre que estaba hecho a impresiones de todo jénero. Pero ese *algo* debió ser horrible sin duda, a juzgar por la mirada fija e inquisidora con que Quizquiz lo cubrió por mas de un segundo.

—Lo has meditado bien? preguntóle Challcuchima con frialdad.

—Por supuesto que sí.

—Pues manos a la obra.

—Es decir que no vacilas?

—Yo?

Había en este *yo* de Challcuchima, todo el orgullo de un hombre que se rie del peligro.

—Está bien, añadió Quizquiz, veré al Umuc (hechicero). Acaso sea preferible el brevaje al dardo........

Un grupo de camayucuna de la servidumbre de Huayna Capac, que acertó a pasar por la puerta de la estancia en que tenía lugar el misterioso diálogo que estamos refiriendo, le puso término; pero no ántes de que Quizquiz dijese a Challcuchima:

—Importa mucho hablar esta misma noche a Atabalipa: en las grandes empresas nada debe desperdiciarse.

V

La noche había entrado hacía seis horas. La luna pálida i fria empezaba a declinar en el horizonte entre torbellinos de infinitas nubes, i Quizquiz i Atabalipa, paseándose tranquilamente en una de las avenidas de la gran vía, conversaban con calor.

En el estremo de la avenida un hombre les servía de escucha, descansando con todo el cuerpo sobre su luciente turpuna.

El aire de Atabalipa era melancólico i pensativo, sus vestidos estaban desaliñados i su cabellera sin rizar.

—Atabalipa, decía a este Quizquiz, clavándole su mirada de águila, al tiempo que un rayo mortecino del astro nocturno bañaba su descolorida

faz; Atabalipa, te he buscado para que, como en tiempos mas dichosos, hablemos de la patria natal: ¡son tan dulces las emociones de su memoria!

—No, Quizquiz; no hablemos de nuestra patria, harto desgraciada para inspirarnos placer: esto me pondría mas triste de lo que estoi. Hablemos mas bien de la fiesta del venidero dia.

Quizquiz se sonrió con satisfaccion: era todo lo que necesitaba. I luego, como eludiendo el tema que le brindaba Atabalipa, preguntole:

—Por qué estás triste?

—Vaya una pregunta! Porqué estoi triste, Quizquiz? porque la noche próxima anterior al dia de la mayor edad del auqui *lejítimo heredero del cordon rojo* (Atabalipa pronunció estas palabras con acrimonia, al tiempo que sus ojos despedian una luz siniestra), produce en mí, como debe producir, un efecto tan agobiador, tan desesperante, que turba mi razon, i casi reduce a pavezas el candente volcan que arde en mis entrañas. Ah! para esa turba estúpida que mañana saludará a Huascar como a Inca, yo no seré mas que el BASTARDO; miéntras que él, él será *el hijo del Sol*, como apellidan estos conquistadores soberbios a sus gobernantes!

Quizquiz nada observó, cual si se complaciera en la desesperacion de Atabalipa, o le parecieran sobrado justas sus razones; i este, cojiéndose la cabeza con ámbas manos, fué a apoyarse contra un carcomido tronco de la vecindad.

—Bien, pensó Quizquiz, el estado del ánimo de Atabalipa no puede ser mejor para nuestros planes. Su precoz ambicion es la poderosa arma que la Divinidad, protectora de nuestra causa, coloca en nuestras manos para servir a sus secretos

designios. I Atabalipa tal vez no lo comprenda ahora, ni acaso lo comprenda mas tarde; pero ¡ah! no es una mira rastrera lo que nos guía; no es en menoscabo de sus derechos ni de su país, usurpado i escarnecido por las armas de su padre, que ha ya para tantas cosechas que trabajamos Challcuchima i yo, con el mas rudo empeño i la mas porfiada constancia. No: es por adornar su frente con la esmeralda (insignia real) de los Scyris. I la adornaremos! porque así lo hemos jurado por las víctimas cuya memoria vive i vivirá eternamente con nosotros; porque así lo hemos prometido a su madre ultrajada.....!

Pasados algunos segundos, Quizquiz se acercó a Atabalipa, i poniéndole una mano familiarmente sobre el hombro, le dijo:

—No te entregues así a la desesperacion. Atabalipa, el destino te reserva para grandes cosas, muéstrate digno de ellas; i cuenta siempre con los que debimos ser tus yanacuna. Challcuchima i yo no esperamos mas que tus órdenes.

—Qué puedo yo mandarte?

—Lo que gustes, Atabalipa; nunca faltan flechas a nuestro carcaj, ni fuerza a nuestros brazos cuando se trata de tu servicio: habla.

—Tal vez mas tarde, bravo i fiel Quizquiz; por ahora...... por ahora, no.

—Atabalipa, el dia, el tremendo dia se acerca; i es indispensable que tomes una resolucion.

—Cuál?

—La de presentarte mañana en el huaraco.

—Con qué fin?

—Con qué fin? Con el de disputar a Huascar los honores del triunfo.

—Eso me aconsejas?

—Hago mas: te lo mando a nombre de tu patria.

—Eso es de todo punto imposible, Quizquiz; ¿ignoras, acaso, que semejante triunfo pertenece de derecho esclusivo al auqui, segun la práctica inmemorial del país?

—I eso qué importa? preguntó Quizquiz, que, como hombre tenaz en sus propósitos, tenía siempre en los labios esa pregunta para desarmar a sus controversistas.

—Eso importa mucho, tanto, que es imposible el intentarlo siquiera. Yo no soi mas que Atabalipa el *bastardo*, Atabalipa el *estranjero*; miéntras que Huascar es el hijo de Coya, el ornamento del Cuzco i la esperanza del pueblo!

—Por lo mismo es que te aconsejo que le dispútes los honores del triunfo. Arrebátale mañana esa palma de gloria; exhíbete a la multitud mas digno que él del llauta, i habrás hecho mucho en tu favor.

—Ahora comprendo.

—Sí, ahora comprendes, porque ahora te fijas en que el pueblo de Tavantinsuyu es un pueblo guerrero por escelencia, i como tal, mui susceptible de amar con frenesí a los héroes; en que es sencillo, i como tal, fácil de seducir con las apariencias; en que es lójico, i como tal, capaz de establecer despues del huaraco comparaciónes entre los lidiadores, i de sacar consecuencias que desde luego no favorecerán a Huascar. Sí, ahora comprendes; porque piensas que, aunque segun la práctica inmemorial que alegas, se dispense a tu hermano el premio de la jornada, ese premio no servirá sino para ponerlo en ridículo, pues recibirá sobre su frente mohina de vergüenza, la

corona de siempreviva; * miéntras los circunstantes dirán en voz baja: "ella no está bien ahí; dásela al triunfador; dásela a Atabalipa, que no ha tenido rival en el huaraco." I esta, i no otra, será la palma de triunfo que arrebatarás al auqui Huascar; pero será la mejor, porque será la palma del asombro público.

Al pronunciar Quizquiz su última palabra, se oyó ácia el lado en que estaba el escucha, un fuerte i rápido silbido. Quizquiz se inmutó.

—A la verdad que eres persuasivo, Quizquiz, dijo Atabalipa, sin curarse del ruido que había inmutado a su interlocutor.

—Lo persuasivo no está en mí, sino en el hecho mismo: es la cosa tan clara!

—Sin embargo, me ocurre una dificultad.

—A saber?

—La de cómo me presentaré en la fiesta.

—Bah! hai apénas cosa mas sencilla: alcanza el permiso del Inca.

El silbido se repitió en aquel instante por dos vezes. Quizquiz empezó a impacientarse.

—Probaré.

—Cómo es eso de *probaré*? Oyeme, es necesario que lo alcanzes; i lo alcanzarás. Pídeselo con fuerza de voluntad, i la cosa es hecha: la fuerza de voluntad ahorra en esta vida la mitad de todos los caminos.

—Soi de tu opinion, dijo Atabalipa, como hombre capaz de apreciar las palabras de Quizquiz: aquellos dos jenios se comprendian sin decírselo.

—Entónces, es seguro que te presentarás en el huaraco?

—Seguro: me has dicho que *querer* es *poder*.

* Premio del vencedor.

—Tómalo en ese sentido; es mucho mejor.

Quizquiz i Atabalipa se separaron. El segundo para ir en busca de su padre Huayna Capac; i el primero para ir a informar a su confidente, Challcuchima, del buen resultado de su conferencia. Ambos tomaron vias opuestas.

—Qué ha habido? por qué has hecho la seña, Lloque? preguntó Quizquiz al llegar cerca del escucha.

—Porque sentí pasos i rumor de jente ácia esta parte.

—I se alejaron?

—Se alejaron, apusquipay.

—Retirémonos, pues.

VI.

La noche continuaba en calma. Huayna Capac, envuelto en un ancho manto de escarlata alamarado de oro, se paseaba tranquilamente en su aposento, i oía, al parecer distraido, a Atabalipa, que con aire hipócrita i acento humilde le decía:

—Padre, mañana es un gran dia.

—Sí, hijo, es un gran dia, Huayna Capac contestó; i luego, clavando en Atabalipa una mirada penetrante, cual si quisiera leer en su rostro el efecto de sus palabras, añadió: sí, mañana es un gran dia, pues mañana sale Huascar de su primera edad, i será presentado al pueblo como su inca futuro.

Atabalipa no dió muestras de alteracion alguna, no obstante que las palabras de Huayna Capac, en boca de él mas que de cualquiera otro, le ocasionaban un profundo dolor, a causa de haber fincado siempre en el cariño de su padre no sé qué vaga esperanza al llauta inca, que ahora perdia en su totalidad.

Huayna Capac continuó sin piedad:

—La ceremonia popular de la mayoría de edad de los incas, ha sido siempre una ceremonia de grande significacion entre los de Tavantinsuyu, pues equivale a la proclamacion de su soberano; i tiene tal pompa fascinadora para los Naturales, que, ademas de llenarlos de alegría, los vincula a su señor con el doble lazo de la admiracion i del respeto.

Atabalipa se mantenía impasible. Huayna Capac prosiguió, siempre con la misma mirada, hija de la misma intencion:

—Tan luego como en la espléndida funcion del huaraco se orna la frente del primojénito con la Borla amarilla i se le calzan las sandalias sagradas, queda reconocido como hijo del Sol; i desde ese momento su vida es inviolable, i sus derechos al llauta indisputables.

—Ciertamente así lo he oído decir; i creo que hasta el presente no ha habido un solo acto siquiera de infidelidad al inca por parte del pueblo.

—Ninguno, Atabalipa, ni podrá haberlo ¿Quién osaría jamas incurrir en el enojo de los divinos descendientes de Manco?

Atabalipa se sonrió imperceptiblemente con sarcasmo.

—¿Quién, el Inca continuó con majestad, cuya cabeza no rodara al instante por el cieno, cuya raza maldita no fuera estinguida, i cuya memoria no fuera execrada constantemente por nuestra posteridad?

—Dices mui bien, padre mio.

. . . .

—Pero, hablando de otra cosa, Atabalipa, ¿sabrás decirme qué objeto te ha traido tan tarde de la noche a mi habitacion?

—Un capricho, señor, que ya me ha pasado enteramente.

—Un capricho!

—Es propio de mi jenio: me vienen a vezes ciertos deseos, que cuanto mas vehementes, mas pasajeros son.

—I no me dirás que capricho era?

—Una bagatela, una pura bagatela.

—Quieres, por ventura, regresar a Quitus al lado de tu madre? Estás fastidiado entre los nuestros? Habla, Atabalipa, habla; sabes cuánto te amo, i no podré negarte nada.

—Ciertamente, padre mio, que deseo volver al lado de mi madre; i que me fastidio sobremanera en este mar undo :o que se llama Cuzco; como que no nací yo para.... para habitar aquí; pero no se trataba de eso; mi capricho era algo mas pueril.

—Habla, hijo mio; Atabalipa, habla ¿Qué quieres? dijo Huayna Capac con ternura mas que paternal.

—Una vez que lo exijes, lo diré. Aunque nacido en un pueblo tan apartado de este, como distinto en costumbres, aplaudo la fiesta del huaraco por lo que tiene de marcial; i en tal virtud, tuve el capricho de solicitar el que me dejases presentar en ella como competidor.

—Has hecho bien en abandonar ese capricho, porque era irrealizable.

Un rayo que hubiera caido a los piés de Atabalipa, no le habría sorprendido tanto como la respuesta de Huayna Capac; pues esperaba que, con el jiro que desde un principio le había dado a la cuestion, triunfaría en ella, haciendo que fuera su padre mismo el que le instase para que se

presentara en el huaraco, por medio de un cambio de situaciones injeniosamente combinado. Por lo que no pudo ménos de confundirse con el sesgo imprevisto que estaba tomando su plan.

Empero, como hombre que no se daba por derrotado a la primera escaramuza, Atabalipa pensó que lo mejor sería tomar la iniciativa, diciendo:

—Es lástima que no se pueda, porque yo deseaba dar con mi presencia como lidiador en el huaraco, mayor solemnidad a la fiesta, i una prueba mas de la profunda adhesion que profeso a mi hermano el auquí.

Al hablar de Huascar, Atabalipa se inclinó reverente.

—Sí, es lástima; pero tú no ignoras que las leyes de Tavantinsuyu solo dan este privilejio a los hijos de Coya, i a los de los ñusticuna al terminar su educacion.

—Por lo mismo que no lo ignoraba, era que había resuelto solicitar de tí semejante distincion.

—Pídeme otra cosa, Atabalipa, que no sabré decir que no; pero esa, te repito, es imposible. No se me escapa que, al pretender esto, no tienes en mira sino dar pábulo a tus instintos guerreros, i lo que dices con relacion a tu buen hermano Huascar; pero bien ves que no debo ser yo el primero en violar los usos i costumbres de Tavantinsuyu.

—Pero olvidas que yo tambien soi tu hijo; aunque tu hijo desgraciado, el desprecio de todos!

—Atabalipa!

—Sí, Inca, yo no soi para los de aquí mas que *el bastardo, el estranjero;* i cuando contaba con oponer a sus burlas i sarcasmos el muro inespugnable de tu cariño, me encuentro con que él

tambien me falta; siendo así que en vez de exaltarme, ayudas a deprimirme.

—Atabalipa, qué estás diciendo?

—La verdad, señor.

—La verdad? Hubo jamas padre mas amante, amigo mas fiel que yo, para tí?

—Padre amante i amigo fiel, cuyas bondades nunca han salvado los lindes del corazon; i que por lo tanto, son un secreto para mis humilladores, que a buen seguro no cambiarán de conducta miéntras dure.

—Nómbralos, nómbralos, Atabalipa, i juro que escarmentarán.

—Nombrarlos! es tarea interminable.

—Tantos son?

—Todos los habitantes del país.

—Exajeras!

—Ah! sí, exajero, repuso Atabalipa con amargura.

—Pero no te aflijas, hijo mio, que aun existo.

—I si existiendo tú, sufro tanto ¿qué será cuando no existas? Por Pachacamac, como tú dirias, padre mio, que me saques de la postracion en que estoi sumido; que me hagas valer algo a los ojos de tu pueblo: recuerda que soi el hijo de Scyri Paccha, a quien tú has amado tanto.

—I qué quieres que haga?

—Que me exhibas a los de Tavantinsuyu como un hombre capaz de poder servir de algo en cualquiera circunstancia, i no como un miserable que para nada es útil.

—Así lo haré en adelante para que no te quejes, Atabalipa, dijo Huayna Capac abrazando a su hijo con muestras de profunda ternura.

—Luego me presentaré en el huaraco? se ade-

lantó a preguntar este con una voz tal, que parecía ahogada por la emocion.

—Preséntate donde quieras i has lo que quieras, mi Atabalipa, respondiole el Inca con amor—

Atabalipa besó con efusion la mano de su padre, i esclamó en voz baja:

—Vaya! como que no es del todo absurda la máxima de Quizquiz.

VII.

Rayó la aurora del dia de la mayor edad de Huascar. El pueblo saludola con gritos de placer i con bandas de música, que recorrian, seguidas de la multitud vestida de gala, las calles principales de la populosa Cuzco.

Pronto el sol se levantó brillante en el estremo azul del horizonte, trayendo con su luz, como acontece siempre en los dias de grandes fiestas nacionales, el contento a todos los corazones i la alegría a todos los semblantes.

El Cuzco, situada en el centro de un hermoso valle, i bañada por riachuelos cristalinos, cuyas linfas reflejan sus amarillentos edificios entre el verde oscuro de las arboledas de sus mil jardines, ostentaba sus calles, largas i angostas, revestidas de olorosas flores, i adornadas de trecho en trecho con jarrones de plata, en que ardian resinas esquisitas, embalsamando el aire i poblándolo con el humo blanquecino que despedian sus senos candentes. Centenares de estandartes de astas de oro daban al manso viento sus colores de íris, en las altas cúpulas de los templos; en medio de los cuales se alzaba el Coricancha, * majestuoso i resplandeciente como el astro a que estaba levantado.

* Templo del sol.

Acia el Norte i sobre la áspera sierra que limita la santa ciudad por aquel lado, veiase jigantesca e inespugnable la gran fortaleza que la defendía, coronadas de lujosos gallardetes sus estucadas almenas, i erizadas de guerreros, cuyas bruñidas huallacangas, heridas por los rayos del dia, irradiaban centellas sin fin.

El Cuzco fué fundada ácia el año de 1043 por Manco Capac, i era la residencia habitual de los incas. Entre los muchos monumentos que la adornaban en la época a que esta historia se refiere, eran notables su fortaleza i sus dos soberbias calzadas, largo de quinientas leguas, que iban de ella a Quito—una siguiendo la direccion paralela a la costa, que era la ura-ñan (via baja); otra al traves de las montañas, que era la sahua-ñan (via alta).

Su fortaleza, la mas importante de todo el país, estaba defendida, ácia el lado de la ciudad, por una hilera de sólida muralla, de mil doscientos piés de estension; i ácia el lado opuesto, el mas fácil para el ataque, por dos hileras del mismo largo i solidez. Componíase de tres torres separadas. Era la primera la torre del Inca, i estaba adornada mas rejia que militarmente. La segunda i la tercera eran las de la guarnicion, compuesta de ñusticuna i bajo las órdenes de un príncipe de la sangre.

Tenía ademas esta fortaleza varias galerías subterráneas, que comunicaban con la ciudad i los palacios del Inca. Era toda de piedra viva. Empleáronse en su construccion cincuenta años i mas de veinte mil obreros; i léjos de ser un alcázar o ciudadela aislada, era el gran centro de las fortificaciones de todo Tavantinsuyu, i de defensa mi-

litar, segun la táctica guerrera de aquel entónces remoto. Atribúyese su edificacion a Yupanqui, onceno inca, llamado el *piadoso.*

Estaba el Cuzco dividido en cuatro barrios, cada uno de los cuales coincidia con los cuatro puntos cardinales del Globo, i daba albergue en su seno a la infinidad de peregrinos i viajeros que venian de las provincias a visitarlo; sin que fuese permitido a ninguno de ellos hospedarse en otro barrio distinto de aquel que le estaba señalado, ni variar el traje peculiar de su tribu.

Mas el lector no podrá formarse una idea completa de la espléndida metrópoli del reino inca, si no tiene en cuenta que en ella, ademas de los templos del Sol i de los palacios reales, que eran muchos, los curacas o gobernadores de las provincias, por lo regular, se hacian costruir en sus alrededores magníficas moradas para cuando residian en la corte; a lo que si se agrega el tren de pajes, criados i guardias de honor, tendrá que convencerse de que el Cuzco era una ciudad tan populosa i rica, como lo es hoi la Trinovante de los antiguos bretones, o la Lutecia de los francos.

Con todo, la mejor descripcion que puede darse del Cuzco es la que dió el año de 1825 el Jeneral Florencio O' Leary, a saber: «Cuzco me interesa infinito. Su historia, sus fábulas i sus ruinas son encantadoras. Esta ciudad puede con razon llamarse la Roma de América. La hermosa fortaleza en el lado del Norte de la ciudad, es su Capitolio; i el templo del Sol su Coliseo. Manco Capac fué su Rómulo; Viracocha su Augusto; Huascar su Pompeyo; i Atahuallpa su César. Los Pizarro, Almagro, Valdivia i Toledo, son los hunos, godos i cristianos que la destruyeron. Tu-

pac Amaru es su Belisario, que le dió un dia de esperanza ; i Pumacagua su Rienzi i último tribuno. »

Como dijimos al principio de este capítulo, el pueblo había saludado la salida del sol con grandes gritos de aplauso i de contento. Los ñusticuna, seguidos de su servidumbre, lujosamente vestida, i andando bajo palios de rica i esmaltada tela, iban de sus bellas mansiones al soberbio palacio del Inca, punto de reunion de la comitiva.

Poco a poco la muchedumbre fué desapareciendo de las calles i plazas del centro de la ciudad; i juntándose en sus barrios respectivos, a esperar la hora de la partida.

Tuvo lugar esta cerca de medio dia, i en el órden siguiente:

Primero desfilaron cerca de cinco mil honderos, en bandas de a diez, cada una con un jefe vestido de rojo, i dos grandes plumas azules cruzadas sobre su gorreta blanca. La jente de tropa vestía jubones de algodon divisados de escarlata.

Seguía despues Huayna Capac, llevado en hombros de sus mas leales i nobles servidores, en unas andas de oro macizo, incrustadas de esmeraldas de tamaño diverso, i en cuyas estremidades había dos arcos de aquel metal, sirviendo de preciada cornisa a las cortinas de luciente grana que lo cubrian de las miradas de la multitud jeneralmente, pero que por entónces estaban plegadas sobre una efijie del sol, ácia la parte superior de su espalda. Esta efijie era toda de pedrería.

Vestía Huayna Capac un traje de fina lana de vicuña con alamares de oro, en forma de túnica sin mangas, i que apénas le llegaba a la rodilla.

Ceñía sus cabellos el llauta o turbante de colores, orlado con el cordon rojo del imperio, de cuyo nudo brotaban caudales las plumas vistosas del raro coraquenque *. Sus largas orejas sostenian los estupendos aretes de la órden, que, como sus brazaletes i sandalias, eran de oro cincelado, esmaltado de piedras preciosas de subido valor, i venian a reposar sobre sus hombros atléticos, junto con el suntuoso manto de plumas que cubría la mayor parte de su cuerpo. La mirada de Huayna Capac, sin dejar de ser altanera, era bondadosa i apacible.

Rodeaban los ñusticuna a Huayna Capac esplendorosos, i llevando todos algo a cuestas en señal de sumision. A derecha e izquierda desfilaban los arqueros de la guardia, pomposamente ataviados, i orgullosos de sí i de su señor. Comandaba estas dos filas de guerreros el bravo Sinchi, apu (capitan) de las guardias del Inca.

Cerraba, por último, la marcha otro cuerpo de cinco mil estolicas de tez bronceada por el sol de los combates, porte belicoso i traje sencillo. A su frente iban Quizquiz i Challcuchima con paso mesurado i ademan guerrero.

VIII.

Una hora por lo ménos gastó la comitiva en ir de la plaza mayor del Cuzco al paraje donde debía celebrarse el huaraco. Durante la marcha el hatuntaqui (tambor) i la quipa (trompeta) regalaron los oídos de los concurrentes con varia-

* Ave, especie de fénix, que se criaba en los despoblados de Villcanuta, treinta i tantas leguas al Sur del Cuzco: sus plumas servian solo para adornar los llautas de los incas, i se castigaba con la pena capital el matarla.

das sonatas; i el pueblo que, en número de mas de ochocientas mil personas, llenaba todas las avenidas del camino, i coronaba todas las eminencias circunvecinas, guardó un silencio respetuoso.

En frente al grande i apartado palacio de los amautacuna, i en medio de vastos jardínes, habíase construido un circo con valla de madera, i de mas de quinientos pasos de circunferencia.

En el estremo oriental de este circo, i a una altura de veinte piés, había un lujoso andamio, cubierto con una gran tienda en forma de pabellon, que ostentaba en el centro el tiana de oro de Huayna Capac, i en su rededor los inferiores asientos de los cortesanos.

El circo estaba por dentro rodeado de soldados, para impedír que la multitud penetrase en su recínto. Parte de los jefes que comandaban estos soldados formaban grupos mas o ménos numerosos ácia el centro, i conversaban con familiaridad; al parecer, sin curarse de la llegada del Inca, cuya tardanza empezaba a inquietar a los espectadores.

—Dicen, observó uno de ellos, que el bastardo será tambien de los lidiadores.

—Cómo asi?

—Por haberle concedido esta gracia el Inca.

—De véras?

—De véras.

—Creo que es un guapo mozo, agregó un tercero.

—Sí, guapo; pero *bastardo i estranjero.*

—Eso qué importa?

—Cómo qué importa! Acaso se me oculta que en esto hai un lazo tendido a Huascar, a quien el tal mira de reojo?

—Nosotros somos de la misma opinion, dijeron varios a la vez.

Un inmenso grito de aplauso resonó en aquel instante en el circo, grito que devolvieron en eco prolongado los mas distantes collados del valle. El grito era:

"*¡Mui grande i poderoso Señor, hijo del Sol, tú solo eres Señor, todo el mundo te oye en verdad!*"

Aclamacion usual del pueblo de Tavantinsuyu en ocasiones semejantes, al presentarse el inca su señor.

Nuestros jefes cortaron su conversacion, i fueron a ocupar sus puestos respectivos.

Miéntras que Huayna Capac, ántes de ocupar su tiana, saluda con majestad cesárea al pueblo, ébrio de entusiasmo; miéntras los ñusticuna i curacas ocupan sus puestos; i miéntras los soldados que acompañan al Inca se colocan en columna cerrada al pié del andamio, el lector nos permitirá echar una mirada rápida i escrutadora sobre los objetos que adornan el circo.

En el centro mismo de este, i en la cúspide de una elevadísima columna, había un globo de tela blanca, que desde el principio traía interesada la multitud; sin que, por repetidas que habian sido las preguntas de unos a otros, se hubiese acertado con su verdadero objeto.

En frente mismo del tiana de Huayna Capac, i a distancia de unos cuarenta pasos del circo, estaba tirado horizontalmente un nudoso tronco de ceiba, de unos doce piés de diámetro, i custodiado por dos arqueros.

En el resto de aquella inmensa plaza artificial, no había otra cosa que llamase la atencion.

Segun la costumbre del país, los treinta dias anteriores al de la mayor edad de los ñusticuna, dormian estos al raso, andaban descalzos i comían frugalmente; sin esceptuar de esta prueba al rejio neófito, que, como sus demas compañeros, había sufrido ya un exámen rijido sobre los misterios i ceremonias relijiosas del país, i los principios cardinales de su gobierno.

El pueblo esperaba con ansia.

Dada la señal por los que hacian de farautes, entraron por la puerta del circo, situada enfrente al andamio del Inca, cuatro jóvenes vestidos con sencillez, el carcaj a la espalda i el arco al brazo.

Los dos delanteros eran Huascar i Atabalipa, i los traseros dos hijos de dos grandes del Cuzco.

Marcharon los cuatro hasta el frente de Huayna Capac, i le saludaron abatiendo sus armas. En seguida esperaron la señal de partir. Dada esta, partieron a carrera abierta ácia la columna central del circo.

Al principio ninguno llevó ventaja; mas habiendo hecho, ácia la mitad de la jornada, un esfuerzo supremo Atabalipa, logró adelantarse a los compañeros, i llegar el primero a la columna, en medio de un aplauso universal. Huascar llegó el segundo, i los otros dos competidores despues.

—Bien! dijo uno de los ñunisticuna de los muchos que había junto a Huayna Capac, casi al oído de otro que estaba a su lado.

—Bien! repitió este imperceptiblemente, i cambió con su interlocutor una mirada de placer.

Aquellos ñusticuna eran nuestros dos viejos conocidos, Quizquiz i Challcuchima.

Este primer triunfo alentó sobremanera a Atabalipa, al paso que desconcertó profundamente a

Huascar. Empero, ámbos lucharon con su ánimo para mostrarse indiferentes, i ámbos lo consisiguieron.

Acto continuo los cuatro contendores se colocaron a igual distancia de la columna, i sacando cada uno de su carcaj una flecha de pluma de diverso color, la pusieron en sus respectivos arcos, i levantando estos a la altura del ojo, en direccion al globo de la columna, tomaron puntería con serenidad.

La pluma de la flecha de Huascar era amarilla; la de Atabalipa azul; i las otras dos, la una negra i la otra blanca.

Hubo un momento de espectativa jeneral, pues ya entre los concurrentes, como sucede siempre en tales casos, se habian formado partidos, i unos querian el triunfo de este, otros el de aquel. Huascar imajinó que, en trance tan apurado, una invocacion a su madre adorada le daría la certeza que ambicionaba. Atabalipa pensó de mui distinta manera, i, reconcentrándose en su orgullo, echó una mirada de desprecio al auqui, i sintió su mano fuerte i su arco templado.

El globo de la columna se abrió como por encanto.

La multitud lanzó un grito de asombro.

Una hermosa garza, echada en un nido de flores, había aparecido a sus atónitos ojos. El arisco animal se espantó con el grito, i estendiendo su cuello de sierpe dos o tres vezes en diferentes direcciones, como azorado ante aquel espectáculo desconocido para él, parose sobre el borde de su matizado nido, i desplegando al sol del mediodia sus prolongadas alas de armiño, alzose como un leve copo de nieve sobre el éter.

Las cuatro flechas partieron rápidas i silbadoras en su seguimiento, i ya parecía que el ájil volátil las dejaba atras, cuando dió un grito ahogado, i, purpureo el albo pecho, descoyuntada el ala majestuosa, descendió, mas veloz que las saetas, a algunos pasos de su desierto i caliente nido.

Atabalipa, que no pudo contenerse, corrió a levantar el ave del suelo; miéntras que Huascar, con agonía visible, se enjugó la frente con mano temblorosa.

La garza tenía el corazon traspasado con la flecha azul.

Huascar, herido en lo mas hondo de su orgullo, despojose de sus armas, i haciendo un saludo glacial a Atabalipa, lo prevocó para la lucha. Este imitó a su hermano, i empezó aquella.

Fué la lucha al principio mansa, luego violenta, nerviosa, casi desesperada. Mas de una vez Atabalipa se vió pronto a ceder bajo el pujante esfuerzo de su adversario; pero mas de una vez tambien se rehizo i batalló con denuedo.

El pueblo, que al principio había estado suspenso i jadeante, acabó por impacientarse. Atabalipa comprendió, al punto, que perdería todas las ventajas adquiridas si aquella liza terrible se prolongaba por un segundo mas. Parose, pues, como para rocojer su desmayado aliento i sus debilitadas fuerzas, i estendiendo luego su brazo derecho ácia Huascar, i ciñéndole con él la cintura como con una faja de bronce, suspendiole en el aire, i luego tendiole, como si fuera un niño, sobre el prado.

La desesperacion de Huascar llegó entónces a su colmo. Lívido i fuera de sí levantose del suelo, al tiempo que Atabalipa, con una mal finjida sonrisa

de cariño, le presentaba la mano para ayudarlo.

Los ochocientos mil espectadores de aquella fiesta, que, de espectáculo inocente, estaba tomando un carácter de combate a muerte, no se atrevieron en esta vez a hacer demostracion alguna de aplauso, como asombrados de la audazia del bastardo; i los ñusticuna miraron a Huayna Capac como buscando en su semblante la impresion que debian pintar en los suyos. El Inca se mantuvo impasible.

Empero, no se había terminado el huaraco, i ya Atabalipa era el ídolo de aquella masa inmensa de jente, deslumbrada por su destreza, elevada al rango de valor sin límites por su entusiasmo bélico.

Atabalipa, despues de haber vencido a Huascar, incitó a los otros dos jóvenes a la lucha; pero ámbos se escusaron.

Procediose, en consecuencia, a la última terrible prueba. Consistía esta en saltar por encima del robusto tronco de que hemos hablado.

Los cuatro contendores tomaron distancia, i partieron en su direccion. Mas, al llegar al término fatal, dos de los jóvenes se detuvieron, i uno cayó: fué este el infortunado Huascar, que al hacer pié para salvar el ceibo, resbaló en la yerba húmeda del circo. Solo Atabalipa saltó por sobre el tronco; pero, previendo que le sería imposible caer parado, a semejanza de los vencidos gladiadores romanos, buscó la mejor postura para caer, i en efecto cayó con una gracia imponderable.

—Triunfo! triunfo! gritó la multitud absorta; i triunfo, triunfo, repercutió por el espacio el eco ensordecido.

A este grito, siguiose un rumor sordo como el

rumor de la tormenta; rumor causado por las conversaciones de los espectadores sobre las diferentes suertes del huaraco; pues, aunque todos las habian presenciado, los unos las esplicaban a los otros, realzándolas o deprimiéndolas, segun eran partidarios de Atabalipa o de Huascar, las dos figuras mas notables de aquella funcion.

Terminados los ejercicios, los cuatro neófitos se presentaron a Huayna Capac como dignos de recibir los honores del triunfo i de entrar en la vida civil.

Huayna Capac les dirijió la palabra en estos términos:

—"Hijos del Sol! yo os felizito a nombre de Tavantinsuyu por la destreza militar que habeis manifestado en este dia, pues ella nos dice cuánto tenemos que esperar de vuestro raro valor i prendas raras. La nueva vida que vais a emprender os impone muchas obligaciones sagradas, i echa sobre vuestros hombros una responsabilidad inmensa; pues bien, yo hago votos a Pachacamac porque durante todos los momentos de ella tengais presente vuestro noble oríjen, para que salgais briosos en todas vuestras empresas, i puros, cual vuestro digno padre en su diurna carrera por el espacio."

Huascar i sus dos compañeros se arrodillaron delante del Inca, quien procedió a horadarles las orejas con la aguja de oro de la órden. En seguida un anciano militar, sin disputa el mas venerable de todo el país, calzó a los tres las bendecidas sandalias. I, ceñidas las cinturas con la faja, símbolo de haber salido de la menor edad, fueron coronados con guirnaldas de flores matizadas de siempreviva, emblema entre los de Tavantinsuyu de la clemencia i del valor.

Terminada esta parte de la ceremonia, los ñusticuna se pusieron de pié, el ejército abatió las armas, i el pueblo se prosternó. Huayna Capac, levantándose majestuosamente de su tiana, se acercó a Huascar i le ató las sienes con el cordon amarillo, insignia distintiva de los herederos del llauta; i, tomándole por la mano, lo dió a reconocer como al inca futuro.

Huascar recibió los honores de su espléndida inauguracion cabizbajo i avergonzado, cual si no los mereciera; al paso que Atabalipa los codiciaba en el fondo de su corazon, una vez que su calidad de hijo natural de Huayna Capac le hacía imposible recibirlos nunca; i es fama, que al tiempo de ser proclamado Huascar inca de Tavantinsuyu, el ambicioso Atabalipa murmuró un terrible juramento contra él. Juramento que, no hai duda, decidió de la suerte de estos dos jóvenes, tan opuestos en carácter, i tan dignos de admiracion bajo diferentes respectos.

IX

Terminado el huaraco, la numerosa comitiva regresó al Cuzco en el mismo órden que había traído, para entregarse a las diversiones que le estaban preparadas, i que, segun la práctica, debian durar algunos dias.

—Creo, Challcuchima, decía aquella noche a este Quizquiz, creo que hasta ahora llevamos ganada la mitad de la partida.

—Algo mas de la mitad: Quizquiz, qué guapo mozo es nuestro Atabalipa; nunca ha desmentido de su estirpe!

—El tiempo urje, Challcuchima.

—Vamos! un chasqui (correo) para despachar

al punto a Quitus: hai algo importante que comunicar a mi hermana.

—Cuándo piensas despacharlo?

—Antes de media noche.

—Voi a enviártelo al instante.

—Espera, Quizquiz. No has visto aun a Umuc, i creo que sería prudente enviarle a Lloque previniéndole de tu visita. Ademas, miéntras yo entero a Scyri Paccha de lo que ha pasado, tú irás a exijir de Atabalipa su completa aquiescencia.

—Está bien.

Quizquiz se retiró, i Challcuchima, yendo a su aposento particular, tomó una cuerda como de un pié de largo, compuesta de hilos de diferentes colores, de los cuales salian otros mas pequeños; la que anudó i combinó de diferentes modos, para trasmitir a su hermana la siguiente misiva:

Scyri Paccha:

"Hoi Atabalipa ha vencido, a los ojos del pueblo i del ejército, a Huascar en la espléndida fiesta del huaraco. Tal victoria nos brinda la circustancia mas propicia para consumar nuestro plan. Descansa, querida hermana mia, quedarás pronto vengada, i Atabalipa *el bastardo* será proclamado inca de Tavantinsuyu."

Una vez formado el quipus, Challcuchima lo introdujo en una pequeña caja de pino barnizada de brillantes colores a estilo quitense, la que cerró herméticamente.

Esta cajita fué entregada por Challcuchima al chasqui tan luego como se presentó.

Los chasquis eran una especie de postas o correos, i se diferenciaban del resto de los habitantes de Tavantinsuyu por su traje particular. Por lo regular, se los educaba desde niños para este oficio, que requería gran rapidez i fidelidad.

. . . .

—Atabalipa, decía a aquella sazon Quizquiz a este mimado hijo de la fortuna, Atabalipa, ya ha llegado el momento de aclarar todos los misterios que rodean tu vida, i de revelarte la alta mision que el destino te ha encomendado.

—Habla.

—Oyeme, pues. Las hojas de los árboles se han renovado muchas vezes desde que Huayna Capac, a la cabeza de un numeroso ejército, penetró en las dilatadas i ricas comarcas de nuestro Quitus, talando las heredades de nuestros hijos, i sometiendo a su odiosa dominacion todo lo que no alcanzaron a destruir sus guerreros. Ciudades, pueblos, aldeas, todo cayó bajo el poder de su íris victorioso; pues en vano, mui en vano, nuestro Scyri convocó sus súbditos, i le opuso en los campos de Hatuntaqui una resistencia tenaz i desesperada. En ménos de cuatro cosechas todo cambió entre nosotros, lengua, costumbres, relijion; que todo el país, hasta sus mas apartadas rejiones, jemía víctima inocente del conquistador. Los huesos insepultos de nuestros padres, blanqueando nuestras pampas ántes cubiertas de mieses, son, si se quiere, el mejor testimonio de nuestro amor a la libertad; pero la pujanza de los incas fué superior a ese amor, i ciñéndonos el cuello como con una sola cuerda, oprimiéndonos como a un solo hombre, casi terminó por habituarnos a la esclavitud!

Empero, la desgracia no fué tanta, que algunas almas nobles no escapasen de semejante contajio, i jurasen, por el nombre de sus dioses vilipendiados, por la memoria de sus Scyris vencidos, redimir a su patria, o caer junto con el tirano, lidian-



do brazo a brazo con él. En este glorioso i reducido número estábamos Challcuchima i yo.

Pero hai mas (i esta es la parte fatal de nuestra historia), sí, hai mas, porque, aparte de haber perdido la libertad, perdimos el honor. El honor! que Huayna Capac complaciose en arrancarnos (que mas valiera que nos hubiese arrancado la vida!) en la persona de tu madre Paccha, bella como la azucena del valle, i pura como la gota de rocío; a quien el impudente conquistador despojó de la esmeralda de sus mayores, para arrastrarla, agonizante de pena i de vergüenza, hasta su lecho impuro!

Atabalipa por la primera vez de su vida se estremeció: había leído, como a la luz de un relámpago, la primera indigna pájina de su vida.

Quizquiz continuó:

—De aquel criminal abuso de la fuerza, de aquella profanacion aun mas criminal de la belleza abandonada, naciste tú, Atabalipa; i naciste réprobo, porque naciste bastardo i desheredado!

Atabalipa lanzó un rujido de rabia.

—Empero, en medio de tanta afrenta i de tanto baldon, hai un hombre, mas bien una deidad tutelar, que vela por tu suerte i la de tu madre; i el cual ha jurado revindicar tus derechos i lavar tu deshonra, volviendo a Huayna Capac conquista por conquista, i humillacion por humillacion. Este hombre es Challcuchima.

—Siempre él, balbució Atabalipa.

—Siempre él, repuso Quizquiz, porque en él hai sangre de tu sangre i hueso de tus huesos.

—Cierto, es mi pariente.

—Es tu providencia.

—Continúa, Quizquiz.

—Las primeras lunas de cautiverio las pasamos léjos de Quitus, entregados al mas amargo dolor; pero conociendo en breve que aquel retiro no estaba de acuerdo con nuestros vastos planes de venganza, resolvimos presentarnos a Huayna Capac i tomar servicio en su milicia. Astuto i prudente el Inça, recibionos con agrado i empleonos con ventaja. Pero nosotros vimos en esta política lo que debiamos ver, esto es, un deseo manifiesto de hacernos olvidar los agravios recibidos, i de curarnos, con el bálsamo del favor, las no cicatrizadas heridas de la conquista; por lo que nos previnimos desde luego, para no dejarle tomar ningun ascendiente en nuestros corazones, oponiéndole el engaño al engaño, i la ficcion a la ficcion.

Las nuevas campañas emprendidas por Huayna Capac nos brindaron campo para desplegar todos nuestros talentos militares, i todo el valor de que eran capazes nuestros pechos, ávidos de nombradía. Conseguimos al fin con nuestra conducta fascinar; i grande es hoi nuestro partido entre el pueblo i el ejército de Tavantinsuyu, prontos a secundar nuestros designios........ Atabalipa! la obra está pronta a consumarse, no falta mas que tu aquiescencia; i yo estoi comisionado por Challcuchima para obtenerla.

—Quizquiz, no te comprendo bien.

—No querrás comprenderme, Atabalipa, pues el negocio no puede ser mas sencillo. Huayna Capac, sin mas derecho que la fuerza, se apoderó de nuestro país, ultrajó nuestros Scyris e hizo shipacuna (concubinas) a nuestras esposas; nosotros hoi, con el mismo derecho, i en justa repre-

salia de las ofensas recibidas, nos apoderamos del país de Huayna Capac; solo que, ménos infames, no mancillaremos su honor.

—I eso cómo ?

—Quitándole la vida, i proclamando un nuevo inca.

—Quitándole la vida ! olvidas que es mi padre!

—No es tu padre, sino tu verdugo, i el de tu raza.

Atabalipa no respondió.

—Ah ! continuó Quizquiz, si lo hubieras visto derribando los altares i dioses de tu nacion, profanando sus templos i unciendo a su tiana victorioso nobles i plebeyos, ancianos i niños; si lo hubieras visto pasar por nuestros valles i montañas terrible i asolador como el huracan; si lo hubieras visto beodo, i amenazante, ofrecer la muerte a tu desvalida madre si le negaba sus favores, entónces....

—Silencio! Quizquiz; todo eso es abominable: yo lo conozco así; pero le amo.

—Sí, le amas; pero no le amas con el puro amor que tiene el hijo al padre: le amas con el amor del *agradecido*. Le amas, porque te ha deslumbrado con sus dádivas; que tú estimas de mas precio, que el honor de tu madre i la libertad de tu nacion!

El acento de la voz de Quizquiz era terrible. Atabalipa bajó la frente avergonzado.

—Acabemos, Atabalipa, añadió Quizquiz; esta conferencia se prolonga mas de lo que debiera prolongarse: resuélvete. Por un lado, tienes el ominoso nombre de *bastardo*, que encierra todo un pasado de ignominia i todo un porvenir de

vergüenza; por otro, un imperio, el mayor del mundo, i la mas justa de todas las venganzas satisfecha: elije.

—Eres cruel, mui cruel, Quizquiz: me pones a elejir entre mi padre i mi madre. Es una alternativa espantosa.

—No te pongo a elejir entre tu padre i tu madre, te conozco bien para creer eso: entre lo que te pongo a elejir es, entre tu insondable ambicion i tus equívocos afectos.

Atabalipa se estremeció – por la primera vez de su vida conversaba con un hombre que lo conocía a fondo. Esta idea no pudo ménos que hacerlo temblar.

—Te engañas, repuso.

—No me engaño; es que ha llegado el momento de hablar con claridad ¿Por qué te he de vender yo todos mis secretos, i tú has de continuar haciéndote el reservado i el escrupuloso?

Atabalipa se sonrió, i Quizquiz prosiguió.

—Creo que empezamos a entendernos?

—Suponiendo eso ¿qué probabilidades tienes de triunfo?

—Todas las que son apetecibles. Un accidente imprevisto pone término a la vida de Huayna Capac, el ejército proclama a Atabalipa por su sucesor, i Quitus, todo el poderoso Quitus, secunda el movimiento.

—Pero eso hubiera estado bueno para ayer; hoi ya es tarde: hoi ha sido proclamado Huascar inca de Tavantinsuyu.

—Sí; pero esa proclamacion en vez de perjudicar, favorece, una vez que ella ha servido para exhibirlo como indigno de reemplazar a su padre.



—I los ñusticuna?

—Se dispersarán como pajas al viento, a la vista de nuestros guerreros.

—Nunca pensé que fueras tan léjos.

—Tienes miedo?

—Sí tal, dijo Atabalipa con ironía.

—Pues entónces?.....

—Pues entónces nada. ¿Qué me dices de Quitus?

—Te digo que en Quitus está todo preparado por tu madre i tus parientes: i que un ejército, listo a marchar sobre el Cuzco en caso necesario, se ha avanzado tres jornadas acá de la capital.

—Eso es brillante, Quizquiz ¿pero por qué proclamarme a mí en vez de otro cualquiera?

—Porque otro cualquiera no es hijo de Huayna Capac, como tú; porque otro cualquiera no se ha mostrado hoi a los ojos del pueblo tan gallardo, como tú; en fin, porque Challcuchima, secreto representante de Quitus, no tiene instrucciones para proclamar a otro que a tí.

Un silbido semejante a los que se dejaron oir en la avenida de la gran via, la noche anterior, cuando los mismos personajes de ahora conversaban, acababa de sonar; pero mas agudo i penetrante que en aquella ocasion. Quizquiz, como sucedía en tales casos, se inmutó; i acercándose a Atabalipa preguntole paso i con interes, qué respuesta llevaría a Challcuchima.

—Dile que lo pensaré, le contestó Atabalipa.

—Necesito una respuesta categórica.

—Pues dile que no.

El silbido volvió a sonar apremiante. Quizquiz palideció.

—Que no? Lo has reflexionado bien?

—Sí.

—I el honor de tu madre? la suerte de los tuyos?

—Pero si me comprometes así!

El silbido sonó por tercera vez.

Atabalipa al parecer meditaba; mas de pronto, como hombre que juega el todo por el todo, volvió la espalda a Quizquiz, para que este no viera la impresion de su semblante, i con voz clara i firme dijo: sí.

X

Ya es tiempo de que el lector se haya formado una idea exacta de los caracteres de los personajes de esta historia.

Ya habrá visto en Huayna Capac al gobernante amigo del pueblo, al gobernante justiciero i laborioso, cuyo prudente i entendido réjimen elevó a Tavantinsuyu a un grado de prosperidad asombrosa. Ciertamente, Huayna Capac era un príncipe entendido, pues al mismo tiempo que dirijía en persona las conquistas mas atrevidas para el mayor incremento de su imperio, no descuidaba las necesidades domésticas de sus súbditos, ocupándose activamente en dar término a las obras de utilidad pública, empezadas por su augusto padre Yupanqui, i en la mejora gradual de la agricultura.

Tomó grande empeño en que se jeneralizara el idioma quichua, hasta el punto de ser único en el país; en que se uniformasen las costumbres de conquistadores i conquistados; i en que de la una a la otra estremidad de Tavantinsuyu solo se rindiese adoracion al Sol, como político que sabía

bien cuán poderoso es el vínculo del idioma comun i la relijion comun entre pueblos distintos, sometidos violentamente por el derecho terrible de las armas.

Pero no seremos nosotros quienes no hagamos justicia a Huayna Capac como conquistador, no obstante las intencionadas relaciones de Quizquiz a Atabalipa; pues bien se comprende que siendo Quizquiz uno de los guerreros vencidos, i ademas, que estando interesado en traer, a fuerza de talento, al bastardo a cierta determinacion, no podía usar de otro lenguaje que del exajerado que usó. Pero lo cierto es que ni Huayna Capac, ni su padre entraron a sangre i fuego en el territorio enemigo; sino que, acampando, segun la política de sus antecesores, con su ejército a una respetuosa distancia de los límites del territorio que querian sojuzgar, exijieron a sus poseedores actuales, con plausible comedimiento, se sometiesen a su gobierno, i derribasen de buen grado los ídolos de sus templos, para, en su lugar, rendir culto a Pachacamac; ofreciéndoles en cambio elevarlos a la condicion de súbditos del inca, i respetarles sus vidas i sus propiedades; porque, como decía uno de los abuelos de Huayna Capac, "no debian destruir a sus enemigos, pues pérdida de ellos sería, una vez que aquellos pertenecerian al imperio." Hecho raro de la política indiana, que ni aun en la historia del pueblo romano se rejistra; supuesto que los sometidos al yugo de los descendientes de Quirino nunca salian de la humillante condicion de *bárbaros*.

Cuando las naciones intimadas por el inca no se sometian voluntariamente, entónces este ape-

laba al recurso de la fuerza, recurso infalible; empero nunca con la mira de aniquilar, sino de atraer.

Huayna Capac era a todas luzes un príncipe querido i respetado de su pueblo; a quien no atormentaba otra cosa que la idea de que, a la época de su muerte, pasaría su floreciente reino a manos de Huascar, su primojénito, incapaz de gobernarlo, i por tanto, mui capaz de perderlo. I era esta abrumadora idea la que amargaba todos los instantes de su vida, llena por otra parte de delicias.

—No hai medio, solía decirse el acongojado inca: Huascar tiene que sucederme en el gobierno, el cual debe pasar íntegro a su poder, segun los estatutos que rijen; pues no seré yo nunca, el que los viole en punto tan cardinal, ya que han sido respetados por todos mis antepasados; ni será tampoco mi pueblo el que se preste dócil a semejante violacion! Ah! si Huascar fuese Atabalipa i Atabalipa Huascar, sería yo el mortal mas dichoso de todo el universo; i ningun cuidado me daría este reino, que no tardará en desplomarse sobre mis restos!.....

I no era precisamente porque Huayna Capac amase mas a Atabalipa que a Huascar, que se lamentaba de que no fuera el primero el príncipe que debía sucederle; sino porque la audazia, la astucia bien disfrazada, el talento singular i hasta la educacion guerrera de Atabalipa, unido todo a su ambicion, garantizaban, por decirlo así, a los ojos de Huayna Capac el mas próspero i brillante reinado de su raza. Al paso que el espíritu timorato de Huascar, su corazon de mujer i lo feble de su temperamento, nada prometian para el por-

venir; i hacian temblar a su padre cuando consideraba que tendría siempre a su lado un hombre tan peligroso como el bastardo, pronto a dominarlo, i pronto tambien a despojarlo del mando.

Por lo que respecta a Atabalipa, dotado como estaba de un inmenso jenio, i ambicioso por naturaleza, de tiempo atras aspiraba a suceder a su padre en el trono de los incas, bien a su muerte, bien en la primera oportunidad que la fortuna le deparase. Razon por la cual no descuidaba nada de lo que pudiera servir a sus secretos designios, ya exhibiéndose como el jóven mas valiente i jeneroso de todo el imperio, ya ganándose la amistad de los nobles i de los militares. Empero, sus afecciones, por ostentosas que fuesen, nunca pasaban en el fondo de su corazon de ciertos reducidos límites, temeroso de que alguno tomase ascendiente sobre él; pudiéndose decir, sin temor de equivocacion, que para Atabalipa todos los hombres eran iguales, salvo que unos eran mejores istrumentos que otros para ciertos fines, razon única de todo su cariño.

A nadie amaba Atabalipa, ni a nadie aborrecía; solo que despreciaba mas o ménos a sus semejantes, segun sus calidades.

Si manifestaba respeto a Huayna Capac, era porque disponía de un trono; si halagaba a Quizquiz i Challcuchima, era porque los necesitaba.

De Scyri Paccha, su madre, tan solo hacía levísima memoria.

Por Huascar no sentía odio, sino desprecio i lástima; i si no hubiera sido hijo de Coya, jamas lo hubiera honrado con un pensamiento.

En suma, propiamente hablando, Atabalipa no

tenia mas confidente que su espíritu, ni mas amigo que su corazon.

Quizquiz i Challcuchima, como soldados i como nobles principales de los cautivos quitenses, no pensaban en otra cosa que en redimir a su nacion del poder de Huayna Capac. Proyecto al cual unía el segundo la memoria de su padre vencido i muerto, i el recuerdo de su hermana deshonrada por el inca reinante.

Fanáticos por su causa, para estos dos hombres no había sacrificio grande, ni crímen, ni deslealtad, siempre que fuese en provecho de ella. Si habian hecho a Atabalipa su poderoso instrumento, era porque Atabalipa se encontraba en circustancias en que no se encontraba otro alguno, ni el mismo Challcuchima; pero al haber existido otro, ellos le hubieran dado la preferencia.

En su vida de conspiradores, nunca vacilaron, ni temieron nada; hasta el punto de tramar contra la vida de Huayna Capac, no obstante los favores que habian recibido de él.

Pero qué hacer?—un juramento sagrado los había lanzado en aquella vida de defeccion; el amor patrio i la venganza los cegaban....

XI

El sol declinaba rápido ácia el ocaso.

Un hombre con pié tranquilo i aire indiferente, faldeaba los protuberantes estribos de la cordillera que, cual impenetrable muro de verdura, se alza al Este del Cuzco; i se internaba mas i mas en el bosque, despues de haber andado gran trecho de la majestuosa i solitaria calzada que conducía de esta ciudad a la rejion austral de Tavantinsuyu.

Nada al parecer llamaba su atencion, ya fuese por el hábito de recorrer aquella no frecuentada via, ya porque los pensamientos que surjian incesantes de su cabeza lo absorviesen todo i todo lo concentrasen; pero ciertamente era grandioso el espectáculo que le rodeaba. Por un lado elevados picos de montaña escondiendo sus escarpados topes en la rejion límpida del cielo, i como limitando el horizonte en una línea prolongada i tortuosa; por otro, las bajas planicies del mar, franjeadas por su costa de arenisca, i sombreadas de distancia en distancia, por grupos de elegantes i movibles palmeras.

A medida que el hombre subía, el cielo se destacaba a sus ojos mas inmenso i regular, terminando por presentársele como una jigantesca cúpula de tul; i el bosque se hacía mas impenetrable a sus pasos.

El algarrobo de fuerte corazon, la ceiba centenaria, i otros mil arbustos desconocidos se alzaban en la espesura, presentando a los oblícuos rayos de un moribundo sol de estío, sus anchas i hojosas copas, sus delicadas flores i la varia color de sus sazonados frutos, en medio de un ambiente saturado de vainilla i canelo.

Aves de todo tamaño i color volaban en grupos mas o ménos numerosos, de árbol en árbol. Allá en lo mas hondo de la enramada, el picaflor escondía el vívido tornasol de su plumaje, miéntras que el ájil tití, prendido de la cola en un desnudo tronco de nogal, balanzeaba divertidamente su cuerpo flexible.

Ora un corpulento gato montés huía espantado por la hoja seca que caía resbalando por entre

el ramaje, o la brisa que murmuraba; ora el temido jaguar escapaba asustado al ruido de los sonantes anillos de la cascabel, o al silbido agudo de la coral.

Solo el condor – rei del espacio – cerníase tranquilo en la inmensidad.

El hombre que trepaba las faldas umbrosas de la cordillera era Quizquiz.

Creemos que no habrá olvidado el lector la conversacion tenida entre este personaje de nuestra historia i su inseparable compañero Challcuchima, la víspera del huaraco, rèlativa a su proyecto de quitar la vida a Huayna Capac, a fin de provocar un cataclismo en Tavantinsuyu, que diese por resultado la exaltacion de Atabalipa al trono de los incas, o por lo ménos la independencia de su país. Conversacion en que había dicho sentenciosamente Quizquiz "acaso sea preferible el brevaje al dardo;" i se había comprometido a ver a Umuc, natural versado en el conocimiento de los venenos vejetales, i que desempeñaba en el Cuzco el papel de médico o hechizero.

Umuc vivía en la parte céntrica del bosque que recorría Quizquiz, i vivía en un rancho construido por él mismo con hojas de bihao.

El interior de esta agreste habitacion nada tenía de notable, a no ser las muchas gavillas de yerbas secas de que estaba atestado; i en cuya disecacion i estudio había pasado Umuc la mayor parte de su vida.

Continuaba Quizquiz su embarazoso camino engolfado en las mas hondas meditaciones, nacidas todas del atrevido paso que iba a dar, i en el que jugaba la vida de millares de personas, empe-

zando por la suya propia i la de su cómplice, casi pronto a desistir de su intento; mas la idea de aparecer cobarde o los ojos de Challcuchima i de dejar burladas las esperanzas, prontas a realizarse, de sus comitentes de Quitus, alentaba su desmayado corazon i daba celeridad a sus movimientos. Acaso el destino lo impelía ácia adelante....

Era Umuc un hombre como de cincuenta a cincuenta i cinco años, flaco de miembros, pequeño, de tez ennegrecida por el sol, i de larga i desgreñada cabellera. Traía, por todo abrigo, una manta de tela burda i raída, que sujetaba a la cintura con un ceñidor de piel; i tenía el cuerpo pintado de diferentes i emblemáticos colores.-

Sus pequeños i hundidos ojos brillaban a todas horas con cierta luz dudosa, de mal agüero, i daban a su cara enjuta i sin pelo de barba una tinte de sospechosa animacion.

A la hora en que nos referimos, estaba parado en la angosta puerta de su rancho, construido sobre una estacada de guadua de poca altura, que lo preservaba de la humedad i de los reptiles, i al cual se subía por un tronco de encina colocado casi verticalmente, i tallado de trecho en trecho, a guisa de escalera. Sin duda esperaba a Quizquiz pues no apartaba la vista de la angosta vereda que volteaba negrusca por entre la maleza, i a cada ruido que oía se empinaba sobre la punta de los piés para inspeccionar mejor los alrededores.

Quizquiz apareció como a veinte pasos de la morada de Umuc.

—Al fin llegas, esclamó este con cierto contento que revelaba la inquietud con que lo había estado esperando; bien venido seas.

—Parece que me esperabas?—dijo Quizquiz, sin curarse de la salutacion de Umuc.

—Si, te esperaba; i ya estaba creyendo que no venias. La cita era para mas temprano.

—Está tan retirado tu albergue, dijo Quizquiz empezando a subir por el tronco-escalera, que ya desesperaba de dar con él. Por qué causa, amigo Umuc, has fijado tu residencia en medio de las fieras i de las culebras?

—No digas en medio de las fieras i de las culebras, sino en medio de la naturaleza vejetal. La he fijado aquí, porque aquí es donde he debido fijarla, para poder entregarme a mis estudios tranquilamente.

—Cierto, Umuc; i, muchas consultas en los últimos dias?

—Pocas, apusquipay, respondió Umuc con acento hipócrita; mi escasa fama disminuye en vez de aumentar.

—Siempre modesto, Umuc; siempre modesto, i sabio.

—Me lisonjeas, apusquipay.

—Te hago justicia.

—Sea como tú dices.

Quizquiz estaba inquieto, pues no acertaba el modo de mover conversacion sobre el objeto que lo traía, sin despertar las sospechas de Umuc; este como que penetraba su inquietud i se gozaba de ella en silencio.

Quizquiz rompió este el primero:

—Creo que me dijiste que me esperabas?

—Así fué. Lloque me previno el honor de tu visita.

—Conoces a Lloque?

—Fuimos camaradas en otro tiempo.

—I ya no?

—Ya no; porque yo dejé de ser soldado.

—Con que has sido soldado, mi buen Umuc?

—I en épocas en que valía la pena serlo.

—En qué épocas?

—En las del gran Tupac Yupanqui.

—I en qué campañas estuviste?

—En las de Chili.

—Es decir que nunca fuiste a Quitus?

—Es decir que nunca fuí a Quitus.

—I cómo se portó Lloque en esas campañas?

—Como un quillacinga.

—De manera que habrás platicado mucho con él cuando vino a prevenirte de mi visita: dos soldados viejos son incansables para ello.

—Algo hablamos, respondió Umuc con sorna.

—Pero vamos a mi asunto.

—Dí, pues.

Un sudor frio discurrió por todos los miembros de Quizquiz. La voz se le detuvo en la garganta. Aunque fuerte, Quizquiz no era un empedernido criminal.

Umuc le había quitado los ojos de encima, como para desembarazarlo.

—Es probable, dijo al fin Quizquiz algo sereno, que dentro de poco nos pongamos en campaña.

—En campaña! i por qué?

—Por muchas razones.

—No las alcanzo. El país está tranquilo; i no he oído decir que se prepare ninguna conquista. Se teme por ventura alguna conspiracion?

Esta palabra hizo estremecer a Quizquiz.

—Te engañas, Umuc, Huayna Capac piensa espedicionar sobre la costa.

—Sobre la costa ! no es toda ella suya ?

—Por lo mismo.

—Cómo por lo mismo ?

—Sí, por lo mismo ; lo que tiene es que me he equivocado, lo que piensa Huayna Capac no es espedicionar precisamente, sino pasear.

—Comprendo : un gran paseo militar.

—Un gran paseo militar por la costa, ni mas ni ménos ; eso es.

—I a fe que será mui oportuno.

—Mui oportuno dices ?

—Mui oportuno : abrigo mis temores......

—Tus temores ! cómo así ?

—He visto en los cielos los funestos anuncios de una invasion por el lado del mar.

—De una invasion ?

—Sí, de una invasion de estranjeros.

—Ves ahora cómo sí hai probabilidades de entrar pronto en campaña, dijo Quizquiz, apoderándose de la idea de Umuc.

—Sin duda.

—Pues bien, necesito para entónces algunos bálsamos para mis soldados.

—Ah ! dijo Umuc sorprendido de que diese tal sesgo al negocio, sin duda el mas opuesto, pues preguntaba por la *vida* para que le respondiesen por la *muerte*.

—Te sorprendes ?

—Por qué había de sorprenderme ? es tan natural en un soldado de nuestros tiempos cargar bálsamos como cargar armas. No te olvides de que yo tambien he sido de la profesion.

—Sí, sí ; pero tienes lo que busco ? repuso Quizquiz impaciente i rezeloso de que Umuc volviese a torcer la conversacion.

—Lo que buscas, Quizquiz? respondió este con aire de duda.

—Sí, los bálsamos?

—Hum!.... sí los tengo, i los mejores posibles. Casualmente he preparado en estos dias una infinidad, entre los cuales hai algunos de una virtud admirable.

—Ya te he dicho que eres un sabio, un verdadero sabio.

—Un entusiasta por la ciencia, i nada mas.

—I podremos ver esos nuevos prodijios?

—Al momento, dijo Umuc dando un cuarto de conversion sobre su derecha e inclinándose lo bastante para poder entrar por la angosta puerta de su habitacion. Quizquiz lo siguió.

Como dijimos ántes, el interior de la morada del hechizero estaba atestado de gavillas de yerbas secas, atadas con quipus, que hacian el doble oficio de ligaduras i letreros de clasificacion. Había tambien en ella varias redomas repletas de resinas i materias oleosas, montones de pepas, cortezas de árboles, pieles de liebres, pájaros, insectos i sierpes disecadas.

Umuc mostró a Quizquiz todo aquel receptáculo de preciosidades con muestras visibles de un orgullo satisfecho. El guerrero lo vió atónito de asombro; miéntras que oía, que no escuchaba, con estupor las propiedades respectivas de aquel tesoro valiosísimo; pues aunque Quizquiz, como ya lo hemos dado a entender, no era un hombre comun, no por esto dejaba de pagar tributo a la supersticion de su país, que le hacía ver en el hechizero un jénio superior, capaz de leer en el quipus estrellado del firmamento los destinos de

la humanidad entera, i de sondear el porvenir de toda su jeneracion con una simple mirada.

Con efecto, Umuc venía a ser entre los de Tavantinsuyu lo que los agures en la antigua Roma o los astrólogos en la Edad media: el depositario de la ciencia cabalística.

—Aquí tienes, dijo Umuc tomando unas hojas de agradable olor, verdesclaras i dentadas, el *chílca*; este es un específico superior contra las roturas de huesos.

—Lo conozco, Umuc.

—Este es el *huantuc*; produce borracheras i causa visiones.

—I qué mas?

—Esas son todas sus virtudes.

—Adelante pues, repuso Quizquiz con impaciencia.

—He aquí el tremendo *caspi-caracha*. Este es un arbusto frondoso, de hoja regular, lustrosa i olor grave; cuya sombra, despues de hinchar a la persona, causa de seguro su muerte.

—Terrible efecto! I no tiene contra? preguntó Quizquiz animado por una súbita esperanza.

—La tiene, siempre que se administre en tiempo al paciente unos tragos de agua, en que se haya echado ceniza de la hoja o del tronco del mismo arbusto.

—Es bien raro.

—Raro sí; pero cierto, repuso Umuc con aire de autoridad.

Quizquiz guardó silencio, temeroso de prolongar con la discusion un acto que para él duraba demasiado.

—Pero te voi a mostrar algunas resinas recojidas recientemente.... 5

—Umuc, no pudiéramos dejar eso para otra ocasion ?

—No era mejor ya que estás aquí ?....

—Preferiría.....

—Preferirías ?.... yo bien sé lo que preferirias, interrumpiole Umuc sonriendo.

—Qué ?

—Que te diese lo que has venido a buscar aquí.

—Precisamente.

—Pues bien, apusquipay, ahora me toca a mí preguntaros ¿ no pudiéramos dejar eso para otra ocasion ?

—Perdona, Umuc, si te ofendí.

—Nada de eso : es porque tal vez esto te tendría cuenta.

—Lo crees así ?

—Lo creo. Podias....

—Podía qué ? preguntó sobresaltado Quizquiz, mas por el acento que por las palabras del hechizero, aunque ellas eran bastante alarmantes.

—Arrepentirte.

—Arrepentirme ?

—No comprendo, Umuc.

—No quieres comprender ; no ves que dejando eso para otra ocasion.....

—Qué ? preguntó Quizquiz que empezaba a perder el hilo de las ideas por las sospechas que le estaban dando las retisencias de Umuc.

—Lo de los bálsamos.

—Ah !

—Pues bien, dejando lo de los bálsamos para otra ocasion, acaso pudiera preparártelos mejores que los que tengo actualmente.

Quizquiz respiró. Las últimas palabras del he-

chizero le quitaban un fardo de encima; sin duda se había equivocado: Umuc nada sospechaba.

—Sea como tú quieras, agregó al fin.

—No, apusqüipay, esta no es mas que una indicacion mia.

—Me ocurre una cosa: dame los mejores que tengas i esperaré por el resto.

—Bien pensado.

—Veamos, pues.

—Aquí tienes, dijo Umuc a Quizquiz con la mayor sencillez, i como si la hubiese encontrado por casualidad, aquí tienes una sustancia sacada del *itiles* i el *pilcos*, que costituye uno de los venenos mas activos que conozco. No sé por qué habia olvidado ofrecértela.

Quizquiz estuvo a punto de gritar de placer. Las últimas palabras del hechizero ponian término a aquella entrevista fatal. Umuc lo había comprendido así, i por eso las había pronunciado; como tambien con el objeto de ahorrar la iniciativa en tan peligroso asunto a su interlocutor, que por lo visto no la tomaría nunca.

—Dices que es un veneno mui activo.

—Activísimo.

—Entónces no puede ménos que ser escelente para embotar las puntas de nuestras armas arrojadizas.

—Así es.

—Espero que me des alguna cantidad.

—Cuanta gustes.

Quizquiz sacó de entre uno de los anchos pliegues de su follada túnica una cajita de oro como llevada al efecto, i recojió en ella la sustancia. Guardola en seguida cuidadosamente.

Umuc lo miró por lo bajo, i sonriose.

Pasado esto, ya no se volvió a hablar de los bálsamos.

Los dos amigos se retiraron despues de mil protestas de recíproco afecto. I cuando ya Quizquiz se perdía en las primeras vueltas de la vereda que lo había traído, Umuc, mas bien saltando que descendiendo por el tronco que le servía de escalera, tomó por el lado opuesto murmurando :

—Insensato ! todo lo sé......

XII

—Perdona, señor, si penetro hasta vuestra estancia privada, decía el Amauta a Huayna Capac la noche del dia de que acabamos de hablar ; pero la salud del país hace que sacrifique en este momento las ceremonias de palacio.

—Ahorra tus escusas, Amauta, estoi convencido de tu zelo, i siempre ha sido grata para mí tu presencia, contestole Huayna Capac. Habla que ya escucho.

—No ignoras, señor, que la educacion de tu hijo Huascar me fué confiada, i que yo hize por ella todo lo que mis débiles fuerzas me permitieron. Esta circunstancia, unida al cariño entrañable que debe tener todo natural al inca, ha hecho que yo tenga por el auqui un interes igual al tuyo, i que vele noche i dia por sus derechos.

—Tanto él como yo te estamos altamente reconocidos.

—No se trata de eso, señor; yo bien sé cuánto tengo que esperar del cariño del Inca, i del cariño del hijo del Inca ; por lo que no vengo a

alegar mis servicios para reclamar una recompensa, sino a denunciaros un crímen, un gran crímen!

—Un crímen! un gran crímen?

—Sí, Inca, un crímen de traicion, de alta traicion! I de quiénes? de los mismos que te adulan; de los mismos a quienes colmas de favores i de distinciones; en una palabra, de Quizquiz i Challcuchima!

—Imposible!

—Imposible! Toma i lee, dijo el Amauta con aire de triunfo, dando a Huayna Capac un quipus que sacó de una cajita de pino desarrajada.

Huayna Capac tomó el quipus i empezó a descifrarlo. Una nube sombría cruzó por su frente, sus manos se crisparon, i tuvo que reclinarse contra la pared para no caer. Traidores! murmuró; i luego como buscando, por no querer convencerse, argumentos contra el Amauta, añadió: pero cómo sabes tú que este quipus es de ellos?

—Porque el comisionado de llevarlo a Quitus donde Scyri Paccha, la madre de Atabalipa, me lo ha dicho.

—Cómo?

—Es un sirviente fiel, que yo he hecho entrar intencionalmente en el servicio de los conspiradores.

—Comprendo.

—Va ya para algunos soles que Coya i yo empezamos a descubrir que Quizquiz i Challcuchima te vendian; i desde entónces seguimos todos sus pasos, sin que hasta ahora se nos haya escapado uno solo.

—I por qué no lo habias dicho mas ántes?

—Porque esperábamos hacerlo con la prueba en la mano.

—Nunca los hubiera creído capazes de tal perfidia.

—Pero olvidas, señor, que son estranjeros conquistados, i bastante orgullosos para no acostumbrarse jamas al dominio de su vencedor.

—Sí; pero he hecho tanto por ellos; los he ensalzado tanto, que mas bien estoi por creer que soñamos los dos, Amauta, que por convencerme de que este quipus fatal existe; que está en nuestro poder; i que nos revela el gran crímen que poco ha me delatabas.

—Pero destruyamos esta maldita conspiracion.

—I cómo la destruiremos?

—Mandando prender a Quizquiz i a Challcuchima, i....

—Mal medio me parece ese, malísimo. La violencia en este caso mas bien haría estallar que conjuraría la tempestad.

—Entónces?

—Lo mejor será combatirlos con sus mismas armas, parando todos sus golpes, i estando prevenidos para lo venidero.

—Te entiendo; pero mejor sería cortar el mal de raiz.

—Repasemos ese quipus.

Huayna Capac leyó en voz alta, aunque un poco turbada por la emocion.

"*Scyri Paccha:*

"*Hoi Atabalipa ha vencido, a los ojos del pueblo i del ejército, a Huascar en la espléndida fiesta del huaraco.*"

—Por Cupay! esclamó Huayna Capac, dándose una fuerte palmada en el rostro, ahora comprendo.

El Amauta lo miró asombrado, i se atrevió a balbucir, qué?

—Por qué Atabalipa tomó empeño en presentarse como lidiador en el huaraco! El infeliz obraba por inspiraciones de esos pérfidos!

El Inca prosiguió:

"*Tal victoria nos brinda la circunstancia mas propicia para consumar nuestro plan.*"....

—Ella tambien! murmuró Huayna Capac.

Este *ella*, que se refería a Scyri Paccha, estuvo a pique de arrancar de labios del Amauta la confesion de que, en su sentir, la madre del bastardo era el motor principal de aquel temerario complot; pero el tono de sentida queja de las palabras del Inca le detuvo, pues por él comprendió que todavía la amaba bastante para no permitir que se la acusara.

Huayna Capac continuó:

"*Descuida, querida hermana mía, quedarás pronto vengada, i Atabalipa el bastardo será proclamado inca de Tavantinsuyu.*"....

El Inca frunció el ceño, i luego añadió:

—Pero esto es monstruoso.

—Todavía mas de lo que yo me imajinaba. Hasta ahora que te he oído es que he comprendido cuánto hai en tan corto quipus. Yo creía que no se trataba mas que de segregar a Quitus de Tavantinsuyu; pero esas frases—"*Atabalipa el bastardo será proclamado inca de Tavantinsuyu,*" me han abierto los ojos.

—El trance es difícil.

—A mí me parece que sabemos cuanto es necesario para....

—En cuanto al fondo del asunto sí; pero nada

mas que en cuanto al fondo. Sabemos *por qué* se conspira (al ménos yo); pero no *cómo se conspira*.

—Ya trataremos de averiguarlo.

—Acaso no nos den tiempo. Hoi hace dos dias que pasó el huaraco, dia en que se remitió este quipus; por qué razon me lo traes hasta ahora?

—Porque el encargado de llevarlo a su destino, para alejar toda sospecha de sí, anduvo un dia i una noche en direccion de Quitus; hasta que, seguro de que nadie lo espiaba, volvió atras para entregármelo.

—Se ha perdido un tiempo precioso.

—Pero indispensable.

—Cálzate, Amauta, dijo Huayna Capac, haciendo una señal con la mano a este para que se retirase.

El Amauta se puso las sandalias, que, segun era estilo entre los incas, se quitaban todos los que eran introducidos a su presencia, i despues de saludar profundamente a Huayna Capac, se retiró.

XIII.

—Esto marcha mal, mui mal, dijo este luego que se encontró solo. Qué he hecho yo todo este tiempo que nada he descubierto? Por fortuna se conspira en favor de Atabalipa, el hijo predilecto de mi corazon—esto como que atenúa a mis ojos el carácter de la conspiracion. Mas, para que él pueda ser proclamado *inca de Tavantinsuyu*, es necesario que yo no exista ¿acaso se pensará en asesinarme?....Al llegar a este punto un estremecimiento frio circuló por todo el cuerpo del Inca, pues aunque valiente, al fin era hombre; i no se puede pensar con calma en un peligro tan grande como el de perder la vida, i

perderla en la hora ménos esperada, sin que eso mismo estremecimiento nos acometa.

—Sí, agregó luego, deben tratar de asesinarme; pues bien saben ellos que miéntras yo viva nada podrán hacer, absolutamente nada, aunque me encerrasen en una fortaleza, aunque probasen desterrarme....Pero es una locura querer que Atabalipa sea exaltado al tiana de los incas, pues los estatutos del país no conceden tan elevada prerogativa sino a los hijos lejítimos de Coya, i eso no a todos indistintamente, sino al primojénito no mas....Necio de mí! Qué tienen que ver los conspiradores con los estatutos del pais? si los respetasen, no conspirarian. Mas, puede que el pueblo no sea traidor: en los trece reyes que, conmigo, cuenta nuestra dinastía, no hai un solo ejemplo de lo que ahora se trata de que suceda; pues si Ripac subió al trono en vida de su padre, fué por voluntaria abdicacion de aquel; i si Urco solo gobernó once dias, fué porque el pueblo i los ñusticuna lo depusieron por inepto, llamando relijiosamente a su hermano Titu a subrogarle. No hai porque dudarlo, el pueblo de Tavantinsuyu es fiel, i nunca permitirá que dos estranjeros audazes echen por tierra mis derechos i los de mi hijo, que al fin son los suyos propios. Pero ¿qué va a hacer ese pueblo, por mas fiel que sea, contra el ejército, que mandan los conspiradores, i contra los ñusticuna, que no teniendo de ello mas que el nombre, todos secundarán a Quizquiz i a Challcuchima, como el mejor medio de servir a su ambicion? No hará nada; porque nada podrá hacer; al paso que se le halagará con el hecho de que, aunque bastardo, Atabalipa es hijo mio....I no

debo engañarme en estos momentos solemnes: los conspiradores me tienen ganada la partida, pues aquel es un príncipe completo; miéntras que el pobre Huascar mejor está para cushipata (sacerdote) que para inca. Ya los ñusticuna i los soldados lo tienen conocido así, debido al lazo que mis indignos servidores me tendieron a propósito del ceremonial de huaraco, i en el cual caí con una candidez que no tiene disculpa. De qué pequeñezes dependen los destinos del hombre! Con cuánto gusto no aplaudía yo desde el fondo de mi corazon los víctores del pueblo entusiasmado a mi hijo Atabalipa, el dia de la fiesta, sin imajinar siquiera ¡cómo imajinarlo! que cada uno de ellos minoraba un año, por lo ménos, mi existencia, i hundía mas i mas mi tiana en el abismo de su ruina! I por qué los aplaudía? Porque Atabalipa es el hijo de mis entrañas, el hijo de mi amor, de mi único amor; i yo le amo, mas que le amo, lo adoro, como he adorado a su madre traidora, que hoi me vende, i me paga en odio la constancia de toda mi vida!....

Descansa, querida hermana mia, quedarás pronto vengada! Esta promesa terrible, que el Amauta no ha podido comprender en ese quipus sangriento, es el hecho de mi historia íntima que resume toda mi vida. No, Scyri! no he olvidado nunca tus palabras supremas en mi primera noche de amor — "*Me entrego a tí*, me dijiste con voz amenazante, *porque despues de la pérdida de nuestras armas, eres aquí el amo; mas nunca olvides que abusas de tu poder; i que si soporto la vida despues de tanto ultraje, es solo por vengarme.*" No, Scyri! no he olvidado nunca esas palabras terribles; pero has sido mui injusta conmigo,

yo siempre te he amado con todas las fuerzas de mi alma, solo que tú no has creído en mi amor i has tomado por abuso, lo que no era sino una premiosa necesidad de mi existencia. No, Scyri, Huayna Capac, inca, nunca ha sido falaz!

Solo un cargo, un solo cargo puedes hacerme, Scyri, el cargo de la muerte de tu amante. Fué un error, lo confieso; como auqui, yo debí ser jeneroso contigo i con él, uniéndoos ante el altar sagrado de vuestros amores; pero me olvidé de mi condicion, para acordarme solo de mi ira: los celos me cegaron, i el arrepentimiento ha espiado mi culpa. Pero tú no quieres olvidar, Scyri; i hoi, al cabo de tanto tiempo, unes tus esfuerzos a los de tu hermano para vengarte, como me lo prometiste. Bueno, mujer implacable, lucha; pero al luchar, no olvides que luchas con el hijo del Sol!

Así terminó Huayna Capac las reflexiones que le sujiriera el quipus de Challcuchima, i luego se entregó al sueño; pero no ántes de haber tomado su partido para sobreponerse a la situacion.

Los lectores que hayan tenido la paciencia de acompañarnos hasta aquí, habrán podido notar, hasta donde lo permite lo imperfecto de nuestra pluma, que Huayna Capac era un gran rei, superior en un todo a su país, el cual comprendía con esa facilidad que es peculiar a los hombres de jenio. I que, si en vez de vivir i reinar en el mundo americano, hubiera vivido i reinado en el mundo europeo, habría sido un príncipe a lo Luis XIV; i la historia nos hablaría de él como de un verdadero hombre de Estado; cualidad, por desgracia, poco comun en los que, el capricho inesplicable de la fortuna, coloca bajo el prostituido dosel del gobernante.

Ciertamente, Huayna Capac en todos los tiempos de su glorioso reinado, i por difíciles que fuesen las circunstancias, siempre estuvo en su puesto, esto es, en el trono; pues nacido para él, no tenía mas ambicion que hacerse digno de él, i a fe que lo consiguió mejor que ninguno de sus ilustres antepasados. Descubierta la conspiracion que lo preocupaba a la época que esta historia se refiere, i descubierta por la vijilancia del Amauta i de Coya, si hubiera sido un gobernante vulgar, habría hecho un escándalo en el Cuzco, apoderándose de los jefes de ella, i mandándoles quitar la vida por su traicion; pero, como hombre superior, conoció desde el primer momento que lo mejor que podía hacer era combatir a los conspiradores con sus mismas armas, luchando con ellos en silencio, i no dándose por notificado de sus proyectos, seguro de vencerlos a la larga.

Sosteníalo en esta política acertada la causa secreta de la conspiracion, la cual no era otra, como ya se ha visto, que el despecho de una mujer bastante poderosa para ser temida. I hasta si se quiere, lo que tenía de galante tal conducta, pues de antemano Huayna Capac se solazaba con la idea de su triunfo, para poder decir, en un dia no mui distante, a su bella enemiga: "Has llevado tu odio hasta querer despojarme del llauta i de mi vida; te he vencido, Scyri, i te perdono. Esto solo lo sabemos los dos, i tus cómplices; pero no importa: a nosotros solo i a ellos atañía el asunto. Seamos buenos amigos en adelante, una vez que ya no hai diferencia entre nosotros, por habernos hecho el crímen iguales."

Como se ve, este modo de pensar no podía ser

mas caballeresco, ni llenar mejor los deseos del corazon mas noble. Huayna Capac lo comprendía así, i por eso casi estaba contento de la conspiracion, pues venía a proporcionarle la ocasion de obrar conforme a sus deseos romancescos.

El Amauta i Coya, por el contrario, como no veian claro en el asunto, estaban, segun su espresion favorita, porque el mal se *cortase de raiz ;* i, centinelas avizores de sus enemigos, habian esperimentado un intenso placer, el placer del triunfo definitivo sobre el adversario, cuando lograron apoderarse del quipus que había dado a Huayna Capac la clave de la conspiracion; quipus, con el cual se prometian hacer rodar las cabezas de Quizquiz i Challcuchima, en beneficio de su ulterior tranquilidad. Por esta razon salió el primero un poco corrido del cuartó del Inca, al ver el inesperado sesgo que tomaba el asunto, i fué a llevar el desengaño a la segunda, que esperaba, trémula de ansia, en la puerta de su habitacion.

—Qué hai? preguntole esta al verlo venir taciturno.

—Nada, porque el Inca se promete esperar.

—Esperar! Duda por ventura?

—No duda; pero lo cree conveniente.

—Se ha perdido la mejor ocasion.

—Así lo creo.

—Amauta, yo voi a hablar a Huayna Capac.

—Me parece inútil, Coya.

—Pobre hijo mio, pobre Huascar! Estás perdido irremisiblemente! Dijo la enamorada madre juntando las manos con desesperacion i anegándose en llanto.

—Tranquilízate, señora, repuso el Amauta,

quien, como todo el que de súbito ve burladas sus esperanzas, se había complacido amargamente en exajerar lo crítico de su situacion; el Inca reflexionará esta noche, i acaso mañana mude de parecer viendo lo inminente del peligro.

—I si no reflexiona?

El Amauta no respondió, e hizo un movimiento de cabeza, que tanto quería decir como: entónces no hai remedio.

—Crees que debemos esperar a mañana?

—Sí creo.

—Tanto tiempo!

—No es tanto si con él se compra el llauta.

—Pero ahí está la dificultad.

XIV

Apénas empezaba Huayna Capac a adormecerse, fatigado por el peso de sus pensamientos, cuando sintió al lado del jardin, sobre el que daban algunas de las ventanas de su estancia, el dulce son de un bien templado instrumento, al cual se unía, de vez en cuando, una voz varonil pero cadenciosa.

La hora de la noche i lo melancólico del canto, le hicieron creer al principio que estaba bajo el ala de rosa de un sueño apacible; mas a fuerza de poner atencion al armónico rumor que le embriagaba, acabó por despertarse del todo, e incorporándose en su lecho, pudo percibir distintamente los versos de aquella inusitada cantinela, que, sin duda, por el estado de su ánimo, le preocuparon sobremanera.

La voz cantaba a lo léjos:

Tranquilo en su blando lecho
Duerme el Inca, mi señor,
Miéntras que en oscura sombra
Le asecha amigo traidor.

—Qué es esto? dijo Huayna Capac asustado, no parece sino que ese canto está en relacion directa con lo que está pasando; escucharé.

I arrojándose de la cama, fué a colocarse en el alfeizar de una ventana.

La voz continuó:

I entre tanto cortesano,
I entre tanto adulador,
No hai quien denuncie el peligro,
Ni quien delate al traidor.

Huayna Capac se sonrió tristemente.

Empero, duerma tranquilo,
El buen Inca, mi señor,
Que vela por él constante
Quien no se vendió al favor.

Aún no se habian estinguido en la atmósfera perfumada de la noche los dos últimos versos del cuarteto precedente, i ya había Huayna Capac formado la resolucion de saber a todo trance quién fuese el trovador; pues no podía ménos de ver en él un amigo oculto, que se valía de aquel medio, bastante injenioso, para avisarle que corría un peligro, i ya iba a llamar a Sinchi, capitan de sus guardias, que dormía en el aposento de la izquierda, para encargarlo de la comision, cuando le asaltó la idea de que tal vez el trovador sería el mismo Amauta o alguno de sus sirvientes enviado por él, a fin de fijarlo mas en la creencia de que se conspiraba; por lo que cambió de resolucion.

—Pero no, se dijo despues de un rato de reflexion, no puede ser el Amauta, ni ninguno de sus sirvientes, pues es él bastante avisado para no dar este paso, que, sea como fuere, no es mas que una imprudencia; porque ¿quién le aseguraba que solo yo oía esta cantinela? Debe ser otra persona

que no ha podido llegar libremente hasta mí para prevenirme. Ahora estoi decidido, i averiguaré quién es; pero no llamaré a Sinchi, porque esto sería alarmar a todo palacio. Iré, pues, yo en persona.

I sin esperar mas, echó sobre sus hombros su manto de escarlata, calzose unas sandalias de fina piel de tigre, i volviendo a la ventana desde donde había escuchado, levantó suavemente el rico cortinaje que la cubría. Ya se aprestaba a saltar a abajo, cuando le ocurrió el pensamiento de que aquello podía ser un lazo que se le tendía; i casi estuvo a punto de desistir de su intento. Pero Huayna Capac no era hombre que retrocediese delante del peligro, i volviendo atras, se armó con un fuerte i pequeño mazo, su arma favorita; i regresando a la ventana, saltó por ella con una facilidad asombrosa, no obstante sus quince piés de elevacion.

En obsequio de la verdad, debemos decir que no solo Huayna Capac había oído al nocturno trovador: tambien lo había oído Coya, desvelada por el mal suceso de la tentativa cerca del Inca, i entristecida por el hado que perseguía de muerte a su hijo Huascar.

Desde luego que las impresiones que el canto habian producido en su ánimo, aunque parecidas en el fondo a las de su esposo, eran algo distintas; empezando por creer que el descubrimiento de la conspiracion, del cual no podía ménos que gloriarse, había sido un descubrimienio tardío, puesto que ya era una cosa tan vulgar, que andaba en boca de los cantores populares. Semejante idea estuvo a pique de matarla de desesperacion; pues,

como mujer entendida, sabía bien cuánto era el ascendiente que perdía sobre el Inca, al no ser ella i el Amanta los primeros en avisarle del riesgo que le amenazaba. Ascendiente que se había prometido esplotar en beneficio de su hijo. Pero no, soi una insensata! se dijo al fin, este no puede ser otro que el Amauta. Magnífica resolucion! magnífica! buen amigo mio; ella sin duda resolverá el asunto favorablemente. Gracias, Amauta, gracias!

I ya tranquila enteramente, cerró los ojos, i durmiose rebozando de esperanzas para lo porvenir.

Nosotros no sabremos decir todavía si Coya se engañaba; pero era mui probable, puesto que los trovadores, como en todo pueblo del mundo ácia la época de su *edad media*, esto es, en el último tránsito de la barbarie a la civilizacion, eran en Tavantinsuyu mui comunes; aunque tal vez no tan adelantados i cultos en la *gaya ciencia* como los de los países europeos. Esta comunidad los había familiarizado tanto con los naturales, que ya ni su aparicion, ni sus cántigas, por raras que fuesen, los sorprendian; que todas ellas se miraban como hijas de la tradicion, i por tanto, como alusivas a los tiempos pasados. Su presencia, como frecuente que era en los caminos i plazas públicas, así como en las puertas i los jardines de los nobles, no causaba mayor novedad; cuando mas uno que otro muchacho, para los cuales todo tiene siempre aire de novedad, solía seguirlos, gritando a sus compañeros al paso: "el haravec!" "el haravec!" Esto es, *el bardo! el bardo!* Grito que nunca los importunaba, i que

los seguía por todas partes, hásta perderse en las oscuras encrucijadas del Cuzco, o en sus alrededores.

Mas, la condicion de bardo o poeta errante en Tavantinsuyu no era solo una condicion de cantor popular, sino que tambien por ella se gozaba del privilejio de escojer los mas brillantes temas de la historia patria, para trasmitirlos a la posteridad con todos los encantos de la epopeya. Así es que sus poetas deben reputarse como verdaderos analistas del imperio, i buscarse en sus versos las crónicas mas romancescas i los episodios mas raros del país; del mismo modo que los buscamos hoi en las crédulas baladas alemanas o en las leyendas españolas.

El verdadero significado de la palabra *haravec* es *inventor* o *descubridor*; pero parece que ella solo se aplicaba a los bardos; que, con las variaciones peculiares de la época i de la nacion en que vivian, eran los mismos que se conocieron con este nombre entre los primitivos sajones, i con el *trouveres* entre los normandos. Siendo fuera de toda duda que el quichua, que por cierto no es un dialecto comun, se prestaba mas a servir a las formas inspiradas del haravec, que la lengua de aquellas dos naciones, que con el tiempo han venido a ser de tanta importancia etnográfica.

En consecuencia, nada hemos aventurado nosotros al no decir, a punto fijo, si Coya se engañaba o no, tomando al trovador del jardin del Inca por el Amanta en persona, pues conforme podía ser él, podía ser un haravec cualquiera; siendo siempre el mejor medio de salir de la du-

da el seguir a Huayna Capac en su nocturna investigacion, como vamos a seguirlo.

XV

El ruído de la caída de Huayna Capac, al saltar de la ventana al suelo, se ahogó entre el susurro de los vientos de la noche i la abundante grama del pensil.

El salto dado por Huayna Capac era ciertamente prodijioso para sus años, pero no és exajerado si se atiende a su educacion i a su constante vida de soldado; pues aunque la jimnástica no estuviese mui adelantada entre los de Tavantinsuyu, es un hecho que se cuidaba mas entre ellos de la ajilidad i desarrollo del cuerpo, que de la cultura del espíritu.

La noche estaba serena; i la luna, próxima a desaparecer en el horizonte, despedía sus pálidos rayos sobre el follaje de los coposos árboles del jardin, proyectando sus sombras sobre las rectas alamedas.

Huayna Capac anduvo algun trecho en direccion del sitio donde le pareció haber oído el canto, el cual había cesado enteramente; i como no percibiese ya el mas leve rumor, escuchó con ansiedad. Al fin resolvió recorrer toda la calle en que se encontraba, como el medio mas seguro de dar con el trovador.

Recorriola en efecto, pero sin fruto; i cuando ya se disponia a volver atras, fatigado por la escursion, i disgustado por el frio de la noche, que comenzaba a ser intenso, alcanzó a ver en el centro de un bosquecillo i junto a un estanque, un bulto que se movía con rapidez.

Apresuró el paso para llegar a él, i llegó ciertamente cuando ya el tal tocaba la estremidad del muro de palacio, i se disponía a salvarlo por una escala de mimbre, colgante de su cima.

—Detente! gritó Huayna Capac.

El desconocido, léjos de obedecer, probó subir rápidamente por la escala.

—Detente! volvió a gritar Huayna Capac con acento amenazador: en nombre del Inca, detente!

El desconocido pensó que, una vez descubierto, era mejor obedecer, i se detuvo. Pero lo que mas influyó en su ánimo para resolverse fueron las palabras *en nombre del Inca.*

—Quién eres? Qué haces aquí? Preguntole Huayna Capac acercándosele. ¿Es así como te introduces en los jardines del Inca tu Señor, i de noche? Miserable! has incurrido en la pena capital, i morirás!

—Perdon, señor, murmuró el desconocido.

—Aparta de ahí, i dime quién eres, i qué buscas en este lugar?

—Soi.... soi.... murmuró el desconocido con apagada voz, soi....

—Acabas?

—Soi.... Umuc.

—Umuc?

—Para serviros, señor.

Huayna Capac no conocía personalmente a Umuc, aunque había oído pronunciar su nombre varias vezes a los cortesanos, especialmente a los militares de distincion, quienes se deshacian en elojios respecto de su sabiduría i la eficazia de sus bálsamos; así, aunque repitió Umuc como asombrado, lo hizo porque ese nombre desperta-

ba en su memoria recuerdos confusos; i no por ninguna otra razon.

—I qué hacias aquí?

—La cosa es larga de relatar, señor camayuc.

—Bueno, dijo para sí el Inca, el trovador me toma por un camayuc; i luego añadió en voz alta:

—No es tan larga como díces, pues ese instrumento que tienes al lado me lo esplica todo. Has venido sin duda a dar música a alguna de las mujeres de Coya, bribonazo!. Pues te juro que eres hombre muerto.

Umuc, pues no era otro en verdad el trovador, no se afanó con semejante amenaza, pues desde el primer grito del hombre que él había tomado por un camayuc de la servidumbre de palacio, había concebido su plan para libertarse; el que no era otro que, en último caso, echarse a los piés del Inca, i confesárselo todo. Por lo cual contestó con bastante sangre fria:

—Te equivocas por entero, señor camayuc.

—Eso lo veremos mas tarde; por ahora sígueme al cuerpo de guardia, donde quedarás arrestado.

Al oír las palabras *cuerpo de guardia*, Umuc palideció, i sus piernas vacilaron. El trance no era para ménos: acababa de pensar en una cosa que hasta entónces no se le había ocurrido, i era en que el camayuc podía ser de los adeptos de Quizquiz i Challcuchima, en cuyo caso moriría irremisiblemente.

Esta idea, que cruzó rápida por la mente de Umuc, naturalista i poeta a la vez, trocó su sangre fria en un desmayo jeneral; i como sucede siempre en tales casos, el miedo fué apoderándose

de su corazon con una prontitud estraordinaria i una proporcion alarmante. Soi muerto, muerto! se repitió en el fondo del alma: este camayuc no es sino una espía de aquellos ingratos estranjeros, que ha oido mi cantinela, i seguido mis pasos para prenderme. Qué haré? si me conducen a su presencia i me descubro, soi perdido; i si no me descubro, tambien; miéntras tanto el Inca nada sabrá!

—Parece que empiezas a asustarte? dijo Huayna Capac, que al principio había gustado del desembarazo de Umuc; pero que ahora se impacientaba con su cobardía, retratada en su silencio. Sinembargo, aquella cobardía era disculpable; i si Huayna Capac hubiera podido leer lo que pasaba en el interior del hechizero, le habría estrechado cordialmente contra su pecho real.

—Qué, no respondes, insistió el Inca despues de un rato de silencio.

—Sí, señor camayuc, sí respondo, dijo Umuc como despertando del letargo en que lo habian sumido sus tristes pensamientos; sí, señor camayuc, sí, tengo miedo.

—Es injenuo el confesarlo!

—I para qué engañarte? sí, tengo miedo; i lo confieso para que me dejes ir. No hai gloria alguna en avasallar un cobarde.

—Yo no avasallo cobardes, sino atrapo escaladores, repuso el Inca con majestad.

—Yo no soi escalador, sino haravec; i desconozco el derecho que tengas para insultarme.

—Te incomodas? vamos! déjate de eso, amigo Umuc, i sígueme de buen grado al cuerpo de guardia.

Dijo Huayna Capac, i sin esperar respuesta, echó a andar por donde mismo había venido. Umuc siguiolo maquinalmente.

—Bien, dijo para sí el Inca, este hombre parece veraz, i me lo confesará todo sin necesidad de descubrirme; probemos.

—Amigo Umuc, parose i díjole: está visto que los dos no nacimos para reñir, i no reñiremos; pero es preciso no solo que no riñamos, sino que hagamos las pazes de una manera estable, cual las que pueden hacerse entre un soldado i un poeta. I sabes a qué precio haremos esas pazes? dijo el célebre guerrero terror del continente con cierta sonrisa de buen humor, al precio de que tú no solo me cuentes tus amores, sino que me recites esas trovas que tan melancólicamente cantabas ahora poco.

—Luego las has oído? preguntó Umuc trémulo de terror.

—Eso no es contestar, repuso Huayna Capac eludiendo la pregunta.

Nada mas fácil para Umuc que recitar a Huayna Capac cualesquiera trovas amorosas, i zurcirle cualquiera novela de amor; pero era el caso que si lo había oído, caería en el embuste. Por lo que desechando este como un mal pensamiento, o por lo ménos como un tanto atrevido, preguntole resueltamente:

—I si te hago partícipe de mis secretos, qué sucederá?

—Que te dejaré ir libremente.

—Hum! se dijo Umuc, el trato me parece ventajoso.

—Hum! se dijo a su vez el Inca, el tunante

trata de engañarme; i luego añadió en voz alta:

—Pero hai una cosa, amigo Umuc, i es, que si me engañas, voi a arrojarte a ese estanque para presa de los pezes.

—I cómo sabrás que te engaño?

—Que cómo sabré que me engañas? No tengas cuidado: eso lo sabré yo mui bien. Habla.

—Soi hombre perdido! se dijo por vijésima vez el infeliz hechizero, que por un momento había tenido la halagüeña idea de su pronta libertad.

—Vaya! no respondes; esa es buena. Sígueme, pues, al cuerpo de guardia.

—Sea, dijo Umuc, i siguió a su interlocutor; añadiendo luego para sí: todo es morir; i mas vale morir sin descubrirme.

XVI

Al terminar la ancha calle de árboles que llevaban el Inca i el cuitado naturalista, i sobre la cual ya se percibía el claro-oscuro de la madrugada, se encontraba el prolongado frontispicio del palacio de Huayna Capac, que se destacaba entre las sombrias arboledas como un jigante de basalto, i en cuyos ángulos mas distantes titilaban algunas luzes prontas a estinguirse.

En esta vez, el Inca ni siquiera tuvo la idea de entrar en su habitacion por donde había salido, por lo que se dirijió directamente a una de las puertas del palacio que daban sobre el jardin, en dónde estaba el cuerpo de guardia.

Aun le faltaban unos veinte pasos para llegar a la puerta, cuando aquel dió el vijilante *quién vive?* que, para ser verídicos, debemos decir que penetró en los oídos de Umuc como un eco de muerte.

Huayna Capac no respondió, sino que continuó acercándose al centinela, i cambió con él algunas palabras en voz baja. Estas palabras hicieron erizar los cabellos del trovador. El centinela abatió el arma con aire de intelijencia, i el Inca, seguido de Umuc, pasó adelante.

El cuerpo de guardia estaba en una especie de pasadizo de unos veinte piés de ancho sobre treinta de largo, con dos piezas a los costados: una del oficial i otra de los soldados. Huayna Capac i Umuc pasaron de largo; pero es de advertir que, no obstante lo corto de dicho pasadizo, él pareció inmensamente largo al último; que encontró su aire sofocante; i que mas de una vez lo cubrió con sus miradas, creyéndolo ver a cada paso repleto de soldados para conducirlo a la temida presencia de Quizquiz i Challcuchima. Por lo que su asombro no fué en zaga a su angustia, cuando se encontró sano i salvo fuera de él, i respirando el ambiente sutil de un patio espacioso i solitario.

Pronto quedó el patio atras, i el Inca entrando en una de las piezas interiores, subió por una escalera que conducía a su departamento, diciendo a Umuc:

—Cuidado, amigo, porque la oscuridad es profunda.

Atravesaron todavía una i otra sala, i dos o tres pasadizos mas, que infundieron ménos susto a Umuc que el primero; hasta que al fin dieron término a la jornada entrando en el dormitorio del Inca.

La vívida luz que despedian las lámparas de plata i oro del real aposento, deslumbró de tal suerte a Umuc, que casi se encontró tan a oscuras

como ántes. Por lo que dió traspiés, i fué a tropezar contra el Inca de una manera tan fuerte que le hizo esclamar:

—Voto a Cupay! amigo, no parece sino que estás bebido.

Ciertamente, Umuc estaba tan afectado que parecia ébrio.

—Vamos, Umuc, dijo Huayna Capac despues de haberlo hecho sentar en un mullido cojin, i levantando las cortinas de una ventana para que penetrasen las auras de la aurora, vamos, serénate, que tenemos algo que hablar.

—I el cuerpo de guardia? se atrevió a preguntar Umuc.

—Ese ya quedó atras.

—Pero no volveremos a él? inquirió de nuevo el hechizero, dominado por sus temores.

—Tal vez, respondió secamente el Inca.

Umuc respiró. I fué debido a este acto vital que empezó a salir de su estupor, para notar lo que hasta entónces no había notado, a saber: que se encontraba en una habitacion suntuosa, atestada de pieles i telas riquísimas, de útiles de oro, e impregnada de azahar. El trovador lanzó un prolongado suspiro: este olor le recordaba el aroma de los bosques, donde había pasado dias mui felizes i libres.

Entre tanto, Huayna Capac se paseaba por el aposento, i pensaba en algo grave, al juzgar por su silencio.

Era el caso que el Inca buscaba el medio de hacer decir a Umuc toda la verdad en el negocio de la serenata sin tener que descubrirse, i sin emplear muchos rodeos, pues el tiempo urjía.

—Umuc! dijo al fin con voz solemne, he oído, si no todas, por lo ménos la mayor parte de las estrofas de tu cantinela; i necesito que me espliques su sentido.

—Una vez, señor, que eres franco conmigo, yo tambien lo seré; mas, para serlo, es preciso que me digas categóricamente si eres de los prosélitos de Quizquiz i Challcuchima, o no; pues hasta tanto que yo no lo sepa, no podré entrar en ninguna esplicacion contigo.

—Pues bien, no soi de los prosélitos de esos señores, apresurose a responder Huayna Capac, que empezaba a entrever algo.

—Te creo.

—Habla, pues, Umuc; habla que estoi impaciente.

—Has de saber, señor, que habiendo yo trabado amistad hace ya para muchos años con un hombre llamado Lloque, que ahora es soldado al servicio de Quizquiz i Challcuchima, llegamos a ser tan íntimos, que jamas existió secreto entre los dos, i siempre nos hemos mirado como hermanos. Este Lloque es hombre esforzado i valiente, por lo que luego que fué conocido por aquellos dos apusquipaycuna, segun su sistema de rodearse de todos los valientes, lo tomaron a su servicio; i le cojieron tanto cariño, que pronto llegó a ser el hombre de su privanza. Hoi su principal encargo es el de seguirlos a la distancia, i prevenírlos, por medio de un silbato, si los espian o los amenaza algun peligro. Por lo cual Lloque es el depositario de todos sus secretos; que han pasado a sèr los mios, sin que ellos lo entiendan, porque como ya lo he

dicho, Lloque no tiene nada oculto para mí.

Al llegar aquí, Umuc contó a Huayna Capac todas las conversaciones habidas entre Quizquiz i Challcuchima ántes i despues del huaraco, relativas a sus proyectos de conspiracion, sin omitirle la conferencia del primero con el jóven Atabalipa en la avenida de la gran via; en la cual Lloque, deseoso de que no tuviera un término definitivo por consejos de Umuc, había apremiado a Quizquiz con repetidos avisos de que eran asechados, como acaso no lo habrá olvidado el lector.

Huayna Capac escuchaba con asombro aquella relacion escandalosa, que le daba la clave de la conspiracion denunciada por el Amauta, i que llenaba su pecho de temores para lo futuro.

El hilo de la relacion trajo a Umuc a la visita que Quizquiz le había hecho la tarde del dia último, so pretesto de proveerse de bálsamos para el ejército; pero en realidad con el objeto de hacerse a un veneno activo i mortífero con que privar de la vida al Inca.

—Luego que tal visitante me dejó solo, continuó Umuc, me puse en marcha para acá, a fin de imponer de todo al Inca, mi señor, o alguno de sus parientes; pero no habiéndome permitido lo humilde de mi condicion penetrar a palacio, resolví tomar el traje de trovador, i venir por donde he venido, a denunciar tan negro crímen ante las ventanas de este palacio, esperando que alguien de la servidumbre del Inca oyese mi mal forjada cántiga, i lo previniese.

Huayna Capac estaba mudo de asombro. Oía, pero estaba mui léjos de creer que estuviese despierto: tan estraña le parecía la verídica narracion de Umuc.

Al cabo, recobrándose de su estupor, dijo a este:

—¿I sabrás decirme, buen Umuc, por qué razon, sin conocer tú al Inca personalmente, ni haber recibido favor de él, te has tomado todo ese interes i trabajo, arriesgo manifiesto de tu existencia?

—Por mi deber.

—Por tu deber?

Sí, por mi deber de súbdito fiel.

Había tal acento de conviccion i sinceridad en el lenguaje de Umuc, que Huayna Capac le estrechó la mano con efusion, i le dijo:

—Pero sin duda que tú tendrás el contraveneno para salvar la vida al Inca, caso que el atentado llegue a consumarse?

—Sí, lo tengo.

—Entónces vas a entregármelo.

Umuc vaciló.

—Por qué vacilas?

—Porque si el no llegara a manos del Inca...

—Sospechas de mí.

—No digo tal; pero el asunto es tan delicado. Recuerda, señor, que va en él nada ménos que la vida del Inca, esto es, el porvenir del país.

—Tienes razon, Umuc: el asunto es grave.

—Qué haremos entónces?

—Recuerda que el modo como nos hemos avistado esta noche, te ha dado mil autoridades sobre mí, i que hasta ahora has sido el superior; que el descubrimiento de este secreto, en pro de su importancia, nos haga trocar de situaciones.

—No comprendo.

—Quiero decir que permitas que llegue mi vez; que me dejes interrogarte.

—Interrógame.

—Empezaré, pues, por donde tú empezaste: quién eres, dí?

—Yo?

—Sí, tú.

—Un camayuc, tú lo has dicho.

—Pero qué camayuc?

—Del servicio de Huayna Capac.

—No es lo bastante.

—¿I si te digo quien soi, vacilarás en darme el contraveneno?

—Sí, i no.

—Sí i no?

—Sí, si eres lo que estoi mui léjos de creer; i no, en el caso contrario.

—Espera, dijo Huayna Capac saliendo de la estancia, voi a decirte quien soi.

—En qué parará todo esto? se pregutó Umuc.

Pasó un largo rato; i ya nuestro haravec empezaba a fastidiarse, cuando apareció Huayna Capac resplandeciente con su vestidura real, i escoltado por una veintena de camayucuna, que le hicieron compañía hasta el dintel del aposento.

—El Inca! esclamó Umuc cayendo de rodillas, i besando los piés a Huayna Capac. El Inca! el hijo del Sol, i yo estoi en su presencia!

—¿Por qué te sobrecojes? no insististe en saber quién era yo!

El asombrado trovador nada respondió; i como un hombre próximo a la locura, apartaba su mirada atónita de las paredes cubiertas de curiosidades riquísimas, de los hermosos pájaros disecados, lámparas de oro, cortinas de pluma, mantas, almohadones, i armas de tem-

ple superior i obra primorosa, de que estaba repleta la habitacion, para fijarla solo en la figura de Huayna Capac, destacada a sus ojos como una vision.

Por último, haciendo un esfuerzo supremo, sacó de su seno una cajita de madera de sándalo, e inclinándose humildemente delante del Inca, la puso a sus piés, no atreviéndose a dársela en la mano.

Huayna Capac se sonrió, i levantándola le dijó:

—Ahora, Umuc, es preciso separarnos, pues ya es de dia, i no quiero que nadie sepa tu entrada a palacio, para lo cual te conducirán hasta el jardin, i tú regresarás por donde viniste.

Umuc hizo una reverencia.

—El Inca continuó: conviene que por espacio de tres dias, lo oyes bien? no pierdas de vista a tu amigo Lloque, a fin de saber a punto fijo todo lo que hagan esos señores para participármelo. Pasados estos tres dias, quedas en libertad de hacer lo que te acomode.

Huayna Capac dió en seguida a besar su meno a Umuc, quien se reputó soberanamente pagado con esto; i, marchando tras de Sinchi, llamado al efecto, salió de palacio algo mas tranquilo de lo que había entrado, cuando ya el sol despuntaba por el oriente.

XVII.

El próximo dia era el de la gran fiesta del Raymi.

El Raymi entre los habitantes de Tavantinsuyu

era lo que es el Bairan entre los turcos, o la pascua entre los cristianos.

Ora sea, ora no sea, una cosa providencial, la idea de la Divinidad ha sido una idea uniforme en todos los pueblos de la tierra; i tanto en el viejo como en el nuevo mundo, ella fué siempre la primera concepcion del hombre al civilizarse. Idea que, grocera en su principio, no se refería, como no podía referirse, precisamente al Dios único i verdadero, tal como está aceptado hoi por todo el orbe ilustrado; sino a una especie de ser superior, indefinido i adorado bajo formas sensibles. De ahí el Brahma de la India, el Tao de la China, el Akerene de la Persia, de cuyo seno salieron Ormuzd-principio bueno, i Arhiman—principio malo, i tantos otros dioses, precursores del Olimpo de los griegos, muestra estupenda de la facundia humana; que si bien con el tiempo han perdido su prestijio divino, no han perdido su prestijio profano, i Júpiter tonante, Hércules el esforzado, Vénus la hermosa, i hasta Baco el borracho, no han muerto aún, salvo que no viven con la vida del empirio, ni liban ya nectar ni yantan ambrosía.

Los tres grandes focos de civilizacion americana, a saber: el pueblo azteca, el chibcha i el peruano, no solo tenian una idea mui adelantada de la Divinidad, sino que su culto esterno había llegado hacerse notable por su magnificencia.

Como una deduccion de la idea de la Divinidad, los peruanos creian en la inmortalidad del alma i en la resureccion del cuerpo.

A la idea de la inmortalidad, seguíase su accesoria i consecuencial de las penas i recompen-

sas futuras. Penas que hacian consistir en el destino del alma a un lugar situado en el centro de la tierra, esento de toda felizidad; i recompensas fijadas en una vida siempre creciente en inefables delicias.

Era Pachacamac el gran ser invisible de los de Tavantinsuyu, cuyo templo único estaba en el valle en que despues fué levantada pór el célebre Francisco Pizarro la muelle *ciudad de los reyes*, hoi la opulenta Lima. Este templo era el centro comun de todos los peregrinos del imperio; i su construccion se hacia datar como anterior al advenimiento de la dinastía inca.

Empero, la deidad suprema del pueblo de Tavantinsuyu era el sol, que rejía todos sus destinos, que daba vida a la naturaleza vejetal, i era el padre de sus reyes. Para ella había altares en todos los templos del reino, i templos en todas las ciudades, donde nunca se apagaba el fuego de los holocaustos.

A la adoracion del sol seguía la de la luna, su esposa i hermana; i la de las estrellas, entre las que distinguian a Chascas o "el jóven de la larga cabellera" (la Vénus de nuestros dias), como la compañera inseparable de aquel. Rendian así mismo culto al trueno i al relámpago, los tremendos ministros del sol, i al arco-íris, como una fuljente emanacion de sus rayos.

Constituía el culto del sol la atencion peculiar de los incas, cuya política mejor o mas profunda consistía en mantener viva entre las masas populares la tradicion de su desendencia de él, como el lazo de union que ataba mas fuertemente los cuellos de ellas al suave yugo de su imperio. A la verdad, tal era la preferencia que le daban, que asombro nos causa todavía la pintura sorprenden-

te de su pompa litúrjica, i la inumerable cantidad de sacerdotes i vírjenes de su servicio.

El templo mas antiguo del sol era el del lago Titicaca, que por haber sido el punto de partida de Manco Capac i de su consorte, se reverenciaba de una manera especial; i el mas suntuoso el Coricancha, de que luego hablaremos.

Las festividades relijiosas tenian lugar entre los de Tavantinsuyu todos los meses; pero las únicas notables de su complicado ritual, eran las cuatro que se celebraban a nombre del sol, especialmente la del Raymi, que tenía lugar en el solsticio de vereno, i a la que asistía toda la nobleza del reino.

Como ya queda dicho, el dia siguiente al de la serenata de Umuc, era dicha fiesta entre los de Tavantinsuyu.

Durante los tres dias precedentes a ella se había observado un ayuno rijido i jeneral, i se había apagado el fuego en todas las casas.

En el cuarto i último, Huayna Capac, rodeado de la corte i del pueblo, esperaba en la gran plaza del Cuzco la aparicion del astro del dia, para saludarla segun costubre en tales ocasiones.

La madrugada era oscura; i las pocas estrellas que aun alumbraban iban desapareciendo poco a a poco. El tiempo estaba frio.

Apareció el dia.

Un prolongado grito de aplauso escapose de los labios de aquella multitud palpitante, al cual siguieron cánticos de gozo acompañados de una infinidad de instrumentos de varia melodia.

Huayna Capac, tomando en sus manos una gran copa de oro, hizo una libacion en honor del padre de la luz, con el sora de que estaba llena. El resto se repartió en seguida entre sus reales parientes.

Pasada esta ceremonia, la comitiva se puso en marcha para el templo.

Era este el Coricancha, construido de piedra labrada, i rodeado de capillas i de una estensa muralla de granito. Era su interior magnífico: la pared occidental, frente a la puerta del centro, i en la que estaba incrustada la imájen del sol en la forma de un rostro humano ornado de rayos, formábala una ancha lámina de plata. Dicha imájen era de oro i pedrería, i sobre su faz venian a estrellarse los rayos matutinales con una reverberacion tal que iluminaban todo el pavimento. Las cornisas i columnas interiores eran tambien de oro, lo mismo que la ancha i bruñida faja que circundaba sus jigantezcos muros.

Una de las capillas laterales estaba consagrada a la luna, cuya efijie, lo mismo que la del sol, ocupaba un costado entero, i era de plata. Las restantes lo estaban a las estrellas, al arco-íris, al trueno i al relámpago. El arco-íris era todo de piedras preciosas combinadas, como para imitar sus mezclados colores; i era tanta la riqueza de los vasos sagrados i demas útiles del templo, que los mismos naturales, que casi puede decirse que despreciaban el rico metal émulo del éter, habian designado aquel augusto santuario con el nombre *lugar del oro*, que es lo que *coricancha* quiere decir en su lengua.

Pero no solo eran de oro i plata los astros: éranlo tambien los altares, éranlo las bóvedas i paredes, éranlo los vasos sagrados, las cañerías subterráneas, las pilas; éralo, en fin, todo aquel templo casi fabuloso, en donde, en urnas de primorosa orfebrería, ardian el ámbar i el aloe en incesante oblacion.

Acia el centro de la gran nave se contaban hasta doce vasos colosales, tambien de oro puro, colocados circularmente, i repletos del maiz sagrado de la última cosecha. *

Ultimamente, podíase reputar el Coricancha como un verdadero alcazar, si se atiende a su estension, i a los muchos edificios i jardines de que estaba rodeado, i que eran el domicilio habitual de los cuatro mil sacerdotes i dos mil i tantas vírjenes de su servicio!

Mas ¿qué fué de tan soberbio monumento? Preguntaremos nosotros abriendo un paréntesis a nuestra narracion, i apremiados por las consideraciones filosóficas que ella no ha podido ménos de sujerirnos; i nos responderemos con el historiador. "Sobre el mismo terreno que ocupaba el espléndido Coricancha, se elevó despues la majestuosa iglesia de Santo Domingo. Sementeras de maiz i de alfalfa crecen hoi en el mismo terreno en que brillaban ántes los dorados jardines del templo; i el fraile canta hoi los oficios de la iglesia católica en el recinto sagrado que ocupaban ántes los hijos del sol!"

A la cabeza de los sacerdotes encargados de la custodia i servicio del templo, estaba el pontífice o gran sacerdote, nombrado Villac Uma. Este era solo inferior en nobleza al inca, i siempre se elejía de entre sus parientes mas allegados.

La procesion, a cuya cabeza marchaba Huay-

* Las islas del lago de Titicaca se cultivaban entre los peruanos con este grano, cuyo producto anual se repartía en pequeñas porciones entre los almacenes públicos del imperio, para que santificase el abasto que ellos encerraban: tanta era la virtud que se le suponía!

na Capac, entró pronto en la larga calle que conducía al templo del sol, i a cuyos dos lados estaban los sacerdotes vestidos de blanco i formados en fila. En esta calle todos se quitaron las sandalias, escepto el Inca i su familia, i continuaron el camino descalzos.

En la puerta del templo recibió el gran sacerdote a Huayna Capac, i despues de saludarlo i presentarle las llaves de la casa de su dios, le quitó reverentemente las sandalias i le condujo al altar, por enmedio de los coros de Vírjenes coronadas de flores i radiantes de hermosura.

Cosa estraña! solo unos cuantos ñusticuna, no mas, de la innumerable comitiva del Inca entraron con él en el templo; i el resto, así como el pueblo i el ejército, permaneció en sus vastísimos umbrales.

Una vez Huayna Capac ante el altar, arrodillose; sacerdotes, ninfas i nobles lo imitaron. Fué su prez muda i breve.

Terminada esta, Huayna Capac volvió a presentarse a sus súbditos, i se dió principio por el gran sacerdote al sacrificio.

Tuvo lugar este en un hermoso rebano, negro como el ébano, cuya luenga piel había sido rizada con primor, i cuya pesuña era tersa como el marfil. El animal, como las víctimas de todo holocausto, estaba coronado de flores.

Colocáronle sobre el altar, i presentando su cuello flexible a la segur del sacrificador, no lanzó el mas leve balido, durante una onda de sangre manchó de rojo su pecho.

El sacerdote, despues de haber examinado sus entrañas, pronosticó mal para el imperio.

Un susurro de alarma i descontento dejose oir

entónces del lado de afuera, i el pueblo pidió otra víctima.

Trajéronla en efecto; mas, sacrificada como la primera, dió el mismo resultado.

Quizquiz i Challcuchima, que estaban al lado del Inca, se cambiaron una mirada de asombro. Huayna Capac sorprendió aquella mirada.

El pueblo por esta vez guardó un profundo silencio: el silencio del terror i la superticion.

Procediose en seguida a encender el fuego sagrado, para lo cual tomó el sacerdote un espejo cóncavo, de metal bruñido i forma circular, que, reuniendo los rayos del sol en un foco, sobre un copo de algodon, al principio produjo una columnita de humo tenue, luego dejó ver un puntito negro, i, por último, una onda espesa i azulada. El dios de los de Tavantinsuyu acababa de enviarles una chispa de su sagrada esencia!

En esta chispa prendió el sacerdote un haz de mieses secas, i puso fuego a las rajas de leña que formaban la pira funeral de las víctimas. Desaparecieron estas entre un torbellino de llamas.

Las Vírjenes se encomendaron en seguida de la preservacion del fuego.

Terminada la gran ceremonia relijiosa, tuvo lugar el banquete popular, donde se sirvieron centenares de rebaños. Huayna Capac dió principio a él brindando por la felizidad de sus súbditos; i luego regresó a su palacio, seguido solamente de sus guardias.

El pueblo empleó el resto del dia en embriagarse i bailar; pues aunque distinto del de nuestros dias, a este respecto tenía muchas conexiones con él. El pueblo en asunto de fiestas siempre será el pueblo.

—Parece, señor, dijo Challcuchima a Huayna Capac durante el camino, parece que no te ha afectado el ominoso vaticinio del Villac Uma?

—Ciertamente que no; i miéntras tenga a tí i al bravo Quizquiz a mi lado, mis fuertes sostenes, no temeré ni las *conjuraciones* celestes.

El Inca pronunció estas palabras con énfasis.

—Gracias, dijeron los apusquipaycuna a la vez.

XVIII

Habian pasado los tres dias durante los cuales Umuc tenía encargo de espiar escrupulosamente a Quizquiz i a Challcuchima por medio de Lloque, sin que nada notable hubiese ocurrido.

Era, pues, el cuarto dia.

El Inca daba en él un suntuoso banquete a sus parientes, en su espléndido palacio de Yucay.

Quizquiz i Challcuchima, aunque no eran de la familia real, tenian asiento en el banquete como privados de Huayna Capac.

Es Yucay un valle fresco i delicioso, situado a corta distancia del Cuzco, i limitado al Este por la cordillera, que lo fecunda con sus abundantes i cristalinas corrientes. En este valle habian construido los incas el mas bello de todos sus palacios.

La fábrica del palacio de Yucay, como la de todos los edificios de Tavantinsuyu, no sobresalía precisamente por su forma arquitectónica, pues era un edificio rodeado de murallas i de aspecto monótono. Empero, los jardines de sus cercanías eran amenísimos, i sus bosques rebozaban en árboles jigantescos, pintadas aves i animales bravíos. Sus baños eran anchos i profundos aljibes de metal, caprichosamente elaborados a la apacible sombra de las palmeras i de los olivares.

Pero nada eran las bellezas naturales de Yucay, no obstante la pródiga i variada vejetacion tropical, comparadas con aquellas con que lo había enriquecido la industria; i que no eran sino un magnífico trasunto de los jardines subterráneos de Aladino, de que nos hablan las *Mil i una noches*. Con efecto, al lado de las maravillas de la naturaleza, estaban las del arte, simulando pensiles inmensos, en que, arbustos, flores i frutos eran de oro i plata, lo mismo que las aves, cuadrúpedos i reptiles que lo vestian en diferentes direcciones.

Yucay era le residencia favorita de las concubinas de Huayna Capac, cuyo número, como las del rei Salomon, pasaba de trescientas; i era precisamente en él donde el Inca, cansado de los negocios públicos i hastiado de la corte, pasaba las horas mas dulces de su vida sibarita.

Cuando Huayna Capac previno a Umuc que solo por tres dias siguiese los pasos a los conspiradores, fué porque juzgó ese tiempo bastante para tomar sus medidas. Tomólas en efecto durante él, terminando por dar a sus parientes i favoritos un banquete en su palacio de Yucay, en prueba del buen estado de su humor i premio a su adhesion.

No hai para qué decir que el tal banquete fué espléndido; i que el sora, el vino mas regalado de los de Tavantinsuyu, corrió en él a rios, sirviéndole de preciado cáuce los vasos de oro del servicio de Huayna Capac.

La comida se compuso de asado de rebano, mariscos, papas, hortalizas i pan de maiz, amasado por las Vírjenes del Sol; de frutas varias, especialmente plátano, ese hermoso vejetal, que, como álguien dijo, parece destinado a librar al hombre de la primitiva maldicion de ganar el

sustento con el sudor de su rostro. Despues de las frutas, sirviéronse dátiles i coca. Desígnase con este último nombre las hojas secas al sol de un árbol pequeño, i que, mezcladas con sal, eran el alimento favorito de los nobles de Tavantinsuyu. Esta coca, así preparada, tiene mucha semejanza con el betel de los orientales i el mate de Paraguai.

Fué la conversacion durante la comida poco animada pero familiar. Huayna Capac, segun la costumbre inmemorial sajona, propuso varios bríndis a sus cortesanos. Fué uno de ellos por los *leales servidores del inca*, para el cual invitó mui especialmente a Quizquiz i a Challcuchima.

Aunque el uso entre los de Tavantinsuyu era el de permanecer sentados a la mesa bebiendo hasta mui tarde, en esta ocasion se levantaron temprano; parte de los jóvenes se fueron a danzar con las mujeres de Huayna Capac, i parte a presenciar la farsa en que se representaba la vision del príncipe Ripac.

El tema de la farsa era el siguiente: receloso Yahuar Huacac del carácter turbulento de su hijo Ripac, tuvo a bien desterrarlo a cuidar los ganados del Sol en las inmediaciones del Cuzco; donde, en medio de truenos i relámpagos, se le presentó una fantasma espantosa, a anunciarle la insurreccion que tenian dispuesta contra su padre algunas provincias del reino. Ripac dió oportuno aviso a este; pero no fué creído, hasta que triunfadora la insurreccion i fujitivos él i su familia en las montañas, tuvo el mismo Ripac que abannar su destierro, i poniéndose a la cabeza de ocho mil combatientes, derrotó a los rebeldes, despues de un combate sangriento de algunas horas. Ya-

huar conoce, aunque tarde, su injusticia i recompensa a su hijo con el cordon imperial, retirándose en seguida a Muina, con su esposa.

Huayna Capac fué de los que concurrieron a la representacion.

Quizquiz i Challcuchima lo habian dejado marchar: tanta era la necesidad que tenian de encontrarse solos. Luego que lo estuvieron, dijo el primero al segundo:

—¿Has notado el sarcasmo que encierran las palabras del Inca?

—Mucho que lo he notado; i bastante que me temo una catástrofe.

—Habrá descubierto algo?

—Pero de qué modo?

—Tal vez Atabalipa......

—Me parece imposible; le he visto últimamente, i está mas decidido que nunca.

—Pues entónces?......

—Entónces nada; habemos muchos en el secreto, pues?

—No; pero el quipus enviado a tu hermana?..

—Qué?

—Habrá llegado a su destino sin contratiempo?

—No se puede saber todavía; pero sí me atrevo a responder de la fidelidad del chasqui.

—Sea de ello lo que fuere, bueno será, Challcuchima, que no andemos descuidados. Hoi mismo creo que se debe hacer uso del brevaje; todo lo demas está preparado.

—Así lo creo.

Un camayuc que se acercó en aquel punto a los dos apusquipaycuna les indicó que el Inca deseaba tenerlos a su lado.

Aquel camayuc era Sinchi, el capitan de sus guardias.

Cuando Quizquiz i Cchallcuchima llegaron donde Huayna Capac, los farsantes tocaban el pasaje en donde Ripac, olvidando las injurias paternas, abandonaba el pastoreo de los ganados del Sol, para ir a salvar el imperio i restituir a su padre al trono.

—Que bello es esto! dijo el Inca a los dos favoritos; qué alma tan noble la de Ripac, no os parece, señores?

Los dos guerreros se inclinaron.

—Tal es la conducta de los leales servidores, añadió al terminar la funcion Huayna Capac; yo tambien hubiera abdicado por él. Un auqui comun, habría movido guerra a su padre i anegado el país en sangre, o acaso le hubiera quitado la vida traidoramente con el dardo o el veneno.

Las últimas palabras del Inca penetraron hasta el fondo del corazon de Quizquiz i Challcuchima con una resonancia lúgubre.

XIX.

La noche, como todas las consagradas a la diversion, pasó rápidamente. Las danzas estuvieron alegres, no obstante la tristeza jenial de Coya, la Tercícore de aquella fiesta.

El dia siguiente fué el señalado para la caza. Esta entre los de Tanvantinsuyu no era en nada comun con la que introdujo en Europa el feudalismo, i que luego se hizo la ocupacion favorita de los reyes del continente. Queremos decir que la caza no tenía lugar entre los de Tavantinsuyu con el faustuoso aparto de monteros, alcones, caballos i lebreles; ni, mucho ménos, que era para cojer

osos i javalíes, como entre aquellos se acostumbraba. Entre los de Tavantinsuyu no se perseguía mas que al rebano, que empleaban los naturales como acémila, i que era el cuadrúpedo doméstico de mas importancia que conocian.

Es el rebano de mayor corpulencia que la oveja comun, se alimenta fácilmente, i puede pasarse varias semanas sin beber. Conócense en el país cuatro clases: el llama propiamente dicho, la alpaca, el huanaco i la vicuña, libre moradora de las rejiones altas, donde se alimenta del ichua (el jarava de la Flora peruana), i produce una lana mas fina que la de las cabras de Siria o el armiño de Rusia.

Concurrian a la gran cazería, que tenía lugar todos los años, cerca de cien mil hombres, que, formando un inmenso cordon circular, arriaban de las montañas i del bosque al llano todos los animales que encontraban, desencamándolos con sus gritos, comparables solo al tremendo *guazabara* de los Muiscas.

Iban estos cien mil hombres todos armados de palos i lanzas, con las que mataban a las fieras que hallaban al paso, i presentaban una barrera inespugnable a sus asustadizas víctimas. Barrera movible, que, estrechándose mas i mas, quedaba reducida a un pequeño círculo, que servía de aprisco seguro a millares de rebanos.

Entónces empezaba la matanza de todos los machos, cuyas pieles se conservaban cuidadosamente para el vestido de los nobles; i cuya carne se cortaba en hilas para distribuirla al pueblo, el cual formaba con ellas el charqui, o *tasajo* de nuestros dias.

La suerte de la vicuña era distinta, pues los

cazadores se contentaban con esquilmarla i volverla su libertad.

Aplicábase el rico producto de estos esquilmos a la construccion de tapices i colchas para adorno de los palacios imperiales i de los templos, cuya obra era igual por ámbos lados i de una delicadeza suma.

Empero, la cazería que debía tener lugar en Yucay no era una cazería tan numerosa como esta, puesto que solo se reducía a perseguir uno o dos gamos, i clavarles el venablo o la zaeta en la fuerza de la carrera. A este ejercicio, pues no era otra cosa, concurrian las mujeres de los nobles.

La cazería de Yucay, por tanto, no tuvo nada de notable; i el dia se pasó en el bosque, donde se sirvió la comida.

Por la noche, Huayna Capac llamó a una de las mas apartadas estancias de Yucay a Quizquiz, a Challcuchima, al Amauta, i a los curacas i demas personajes de su consejo que estaban presentes.

A juzgar por los semblantes, algo terrible i solemne debía pasar en él.

—Qué será? se preguntaban todos, consejo en el lugar del descanso i de la fiesta? debe ocurrir sin duda algo estraordinario!

Los consejeros fueron citados uno a uno, i todos fueron conducidos por un camayuc distinto a la presencia de Huayna Capac, al traves de los corredores repletos de guardias.

Una mirada de estupor era el saludo de todos; solo el Inca se mostraba impasible, dejando juguetear en sus labios una sonrisa de mal disfrazada burla.

Cuando ya todos los que se esperaban estuvieron reunidos i sentados al rededor del Inca, tomó

este la palabra, i con voz pausada, como si quisiera que se pesasen bien cada una de sus palabras, dijo:

—Muerto mi augusto padre Tupac Yupanqui, fuí exaltado al tiana de los incas, que por derecho de herencia me pertenecía; i puedo decir con orgullo, que mi exaltacion apénas recompensaba mis servicios, inmortalizados en las felizes jornadas que me dieron posesion del reino de Quito como conquistador.

Al subir al tiana, debo confesarlo, no tuve otra idea que la de hacer felizes i grandes mis súbditos. Vosotros sois testigos de mi conducta; i podeis decir si he hecho o no todo lo que estaba de mi parte para lograrlo.

Durante la paz, estuve el primero en el consejo; i durante la guerra, el primero tambien en el campamento.

Comprendiendo las tendencias i necesidades de mi pueblo, armonicé con las primeras, i satisfice las segundas; esto, hasta el punto de poderme hoi gloriar de los resultados de mi gobierno, conjuntamente con vosotros. Durante el cual no ha faltado al pueblo ni alimento ni abrigo, a la nobleza acatamiento, ni al Sol adoracion.

Empero, no vais a creer, ni por un instante, que yo he tenido el capricho de reuniros aquí para hacer mi propia alabanza, abusando de mi condicion de inca i poniendo a prueba vuestra paciencia. No; os he reunido para un grave asunto de gobierno, que si bien es cierto que está conexionado directamente conmigo, atañe tambien a vosotros, como a todo el país en jeneral. Sí, creedme: no es mi alabanza la que intento hacer; ella, si es que la merezco, pertenece a los anales

de la historia; mas, si os he recordado brevemente, sin entrar en detal alguno, mi conducta, ha sido para poderos preguntar despues, como en efecto os pregunto ¿tiene ella algo de censurable?

—No, respondieron con voz firme varios de los consejeros.

—Pues bien, continuó el Inca, si como vosotros lo reconoceis, ella no tiene nada de censurable; si soi yo un auqui honrado ¿entónces por qué se conspira contra mí?

Huayna Capac pronunció estas últimas palabras con emocion. Los miembros del consejo callaron todos, miéntras su mirada discurría atónita por la estancia.

—Ah! no respondeis, observó el Inca con amargura.

—Pero si es imposible! murmuraron algunos.

—Imposible decis, cuando puedo mostraros a los conspirados con el dedo (Quizquiz i Challcuchima se estremecieron); cuando tengo las pruebas en mi poder (Quizquiz i Challcuchima pensaron en el quipus enviado a Scyri Pacha); cuando vivo, en fin, por un milagro del cielo!

Los circunstantes guardaron silencio.

El Inca continuó:

—A fe que poco me importa morir, eso me sucederá si no hoi, mañana; pero si no me importa morir, sí me importa la suerte que se le espera a mi nacion. I es por esto que os denuncio el hecho, pero el hecho desnudo; pues en cuanto a los nombres de los conspiradores i los incidentes de la conspiracion, nada os diré, porque nada quiero deciros: ellos deben vivir, i vivirán ocultos en mi memoria, como los fines que mi justicia les señala.

Ahora, señores, ya estais prevenidos; retiraos, i obrad como vuestra conciencia os aconseje.

Los consejeros se pusieron de pié e hicieron ademan de retirarse.

—Esperaos, el Inca añadió: para asuntos del reino, tú, Quizquiz, marcharás esta misma noche a tomar el mando de las balzas que esperan en el puerto; del que las manda actualmente recibirás mis instrucciones.

Tú, Challcuchima, marcharás esta misma noche tambien en direccion del Atacama; la jente que debe acompañarte está ya lista en la fortaleza del Cuzco, i tiene mis órdenes sobre el particular.

Los dos apusquipaycuna se inclinaron mas pálidos que la muerte.

Huayna Capac salió seguido del resto de los consejeros.

Al salir, dijo Quizquiz a Challcuchima:

—Estamos perdidos: vamos al destierro.

—Vamos a la horca, respondiole este.

Al llegar al último peristilo de Yucay, los alcanzó Sinchi i les dijo:

—El Inca mi señor os desea feliz viaje i pronto regreso; i os encarece que en lo sucesivo busqueis mas fieles servidores, para que no os pase lo que esta vez.

Los ilustres proscritos nada respondieron, i saliendo del palacio, tomaron pensativos el camino de la ciudad.

Al próximo dia apareció Lloque muerto de un golpe de huactana en uno de los arrabales del Cuzco. Quizquiz i Challcuchima habian partido sin duda para sus respectivas comisiones, pues nadie daba razon de su paradero.

FIN DE HUAYNA CAPAC.



FELIPE PÉREZ.

2.

LOS

PIZARROS.

NOVELA ORIJINAL

POR

FELIPE PEREZ.



BOGOTÁ.

IMPRENTA DE ECHEVERRÍA HERMANOS.

LOS PIZARROS.

(CONTINUACION DE ATAHUALLPA).

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO I.

LOS DOS AMIGOS.

—¿Sabes por ventura, Diego, qué noticias ha traido Andagoya?

—A punto fijo no, Francisco; dicen tanto, que ya no sabe uno a qué atenerse.

—Si pudiéramos verlo....

—Por lo pronto es imposible: está en conferencia con el Gobernador.

—Quieres creerme que tengo una idea hace dias?

—Qué idea?

—La de armar una espedicion por nuestra propia cuenta, e ir a descubrir tierras al Sur.

—Imposible!

—No tanto que digamos.

—Sin dinero?

—Ya nos lo facilitaremos. Oyeme: crecen de dia en dia las noticias del mucho oro que se encuentra ácia el Sur, i la cosa no es de desperdiciarse. Yo tengo ya cincuenta años, i tú vas un poco adelante; nuestra pobreza no puede ser mayor, que unos cuantos jirones de tierra erial i trescientos indios que no se dejan ver, valen por cierto poca cosa: pues bien, probemos, Diego, probemos.

—Sabe, Francisco, que no te falta razon.

—Con que.... te decides?

—Casi, casi....

—Bien; entónces es preciso que pensemos en conseguir el dinero, pues habiendo dinero todo lo demas vendrá fácilmente.

—Oh! habiendo dinero, no digo se descubre, sino se compra un reino.

Francisco recapacitó, i dijo:

—Me ocurre una cosa.

—Véamos.

—Hablar con el padre Luque.

—El maestrescuela del Darien?

—El mismo.

—No parece mas rico que nosotros.

—Pero es hombre de recursos, i tiene amigos.

—Amigos? no, Francisco, esa fruta ya no se conoce en la tierra.

—Conocidos, pues; hombres de capital ocioso.

—Comprendo. I cuándo lo veremos?

—Ahora mismo.

—Tan pronto así?

—Sí, Diego, las proezas de Hernan Cortez me tienen trastornado el seso, i quiero que se diga de mí lo que se dice de él.

—Ambicion a los cincuenta años! esclamó Diego riendo con estrépito.

—I te maravillas?

—Sí, Francisco, porque a esa edad no conozco sino una en el mundo.

—Cuál?

—La de llenar el vientre.

Francisco hizo un jesto de disgusto.

—Por lo que hace a mí, dijo francamente Diego, ya va para algunos meses que no tengo sino

un pensamiento, que es el de reunir unos cuantos castellanos de oro i mandarme largar para mi pueblo. Allá sí que se vive bien: superior manchego, i....

—I?.... acaba, hombre, que no soi yo tan santon que digamos.

—Pues.... i buenas mozas, terminó Diego dando un suspiro nada platónico.

—Mozas? ya los dos estamos viejos para pensar en ellas.

—Nada de eso, Francisco, los que han pasado la vida como nosotros.... quiero decir, los que han sido soldados la mayor parte de su vida, nunca envejecen para lo que es el vino i las hijas de Eva.

—Pues yo echo por otro camino; yo tengo otras aspiraciones; que no son por cierto las de volver a Trujillo, mi patria, a desocupar botas i andar a picos pardos con las vecinas. Yo quiero ser marques.

Diego soltó una carcajada mas prolongada aún que el suspiro de antaño, i repitió casi ahogado: marques!

—Te parece mucho? preguntó Francisco un tanto picado, pues sus aspiraciones no carecian de formalidad.

—Toma que sí!

—I cuántos no lo han sido que valen ménos que yo? Si supiera historia, te citaria diez mil.

—Mas por desgracia no la sabes.

—Por desgracia!.... quita allá, inocenton! Olvidas que la ignorancia bien esplotada vale tanto como la sabiduría?

—Puede, puede, repitió Diego reflexionando.

—I ademas, continuó Francisco sentenciosa-

mente, en los tiempos que corren, no se pregunta si un hombre sabe o no, eso se queda allá para los astrológos i los golillas; lo que importa hoi es manejar bien la espada: esa es la primera sabiduría del siglo.

—I tú la manejas arrogantemente, dijo Diego con galantería.

—Pues si tales lisonjas me prodigas, acabaré por abrirte mi pecho diciéndote, que no solo quiero ser marques, sino virei tambien.

—Se proveerá, dijo enfáticamente Diego, i ambos amigos soltaron la risa.

—I lo mas gracioso de todo será, que cuando yo sea virei, por quítame allá esas pajas, te mandaré ahorcar.

—Pero no lo harás tan fácilmente, porque para entónces yo seré Adelantado, i te moveré guerra.

—Mas yo te venceré, te cojeré prisionero, i...

—I?....

—Lo dicho.

—I al maestrescuela qué le harás? preguntó Diego de bellísimo humor.

—Nada, si nos consigue el dinero....

Esta reticencia puso término a los castillos aéreos de los dos amigos, i les recordó que por lo pronto habia algo mas positivo en qué pensar que los *marquesados* i los *adelantamientos.*

Tal vez parecerá estraña esta conversacion a algunos de nuestros lectores, i si así fuere, les suplicamos que recuerden la época a que ella se refiere, i el espíritu emprendedor que despertó en todos los habitantes del globo el descubrimiento de América, sin que fueran bastante a apagarlo ni los achaques ni la vejez. Descubrir tierras, ga-

nar un título, juntar oro: he ahí la tarea universal de fines del siglo XV i principios del XVI.

—Pero.... no es aquel Andagoya? preguntó Diego al ver venir ácia la playa en que estaban los dos amigos, un caballero español.

—El mismo, respondió Francisco, que irá a pasar la noche a bordo de su carabela.

—Tomemos lenguas de él.

Los dos interlocutores dieron algunos pasos ácia el que venia.

—Camarada, díjole Francisco, casualmente te esperábamos para pedirte algunos informes sobre tu último viaje; pues ahí adentro (el *adentro* de Francisco era la ciudad de Panamá, entónces en cierne) no dejan los importunos.

—Malo! se dijo Andagoya, estos proyectan algo; i luego añadió en voz alta: preguntad, ya os escucho.

—Qué hemos de preguntar? repuso Diego con brusquedad, pues habia penetrado las sospechas del marino; tú eres el que nos debes decir qué viste i qué hallaste en el mar del Sur.... Digo, si lo tienes a bien, agregó despues de una pausa chocarrera, que no pudo ménos de repugnar a Andagoya.

—De mil amores, repuso este que sabia cuánto respeto se debia a la tizona de Diego; pero si lo dejárais para mañana me haríais un positivo servicio, pues como lo veis, va a anochecer, i tengo precision de ir a bordo ántes de que esté completamente oscuro.... el puerto es peligroso.

Francisco se encojió de hombros como quien dice: el que yo sea marques o no, no depende de tu relacion; gracias al cielo! Diego, ménos filósofo, se hincó las uñas: el marino se les escapaba

del modo mas hermoso del mundo—con el cumplido en los labios.

Una triple cortesía puso término a aquella breve conferencia.

—Indudablemente, dijo Diego, estamos en una tierra de egoistas. Ese hombre teme que le hagamos sombra, i calla como un mudo.

—Como acaba de verse con el Gobernador es probable que tengan sus proyectos. Es por tanto llegada la ocasion: unámonosles.

—Chit! bastante esperiencia tengo yo para eso. Lo que no hagamos los dos, dejémoslo.

—Entónces no véamos a Luque.

—Con él la cosa es diferente: Luque es sacerdote.

—Bah! esclamó Francisco como hombre que no daba mucho valor a la observacion de su amigo.

—Creeme, Luque puede sernos de mucha utilidad, no solo para conseguir el dinero, sino para el efecto de mandar unas cuantas veintenas de penitentes a purgar sus pecados al Sur.

—Veámoslo, pues.

Diego i Francisco se pusieron en camino en busca del venerable párroco.

CAPÍTULO II.

EL MAESTRESCUELA.

La ciudad de Panamá no era en 1526 lo que es hoi dia. Entónces su vecindario acababa de ser trasladado de las orillas del Atlántico al lugar que ocupaba ántes en las del Pacífico, i su

aspecto era mas bien el de un caserío que el de una ciudad a la europea, no obstante sus ínfulas de capital i su afortunada situacion a las puertas del *Dorado*; situacion que le daba una importancia de primer órden entre las colonias españolas de Veraguas i Costa Rica. La casa pues del cura Hernando de Luque, aunque una de las mejores del lugar, no era tan buena como las que acostumbran usar los discípulos de San Pedro de algun tiempo a esta parte. Componíase de un patio espacioso i desierto, aunque en justicia sea dicho, limpio como la luna de un espejo, i algunas piezas espaciosas, sin otros muebles que una mesa de madera i algunas sillas de cuero.

Sobre la mesa, que estaba en el tinglado principal, habia un mantel arrollado, lo que decia manifiestamente que el cura acostumbraba hacer sus comidas bien en la sala, cosa comun entre nuestros abolengos, bien al fresco, a causa de lo caluroso del clima. Sobre el mantel, i abrumado por su peso de cuatro libras, descansaba un jarro de plata reluciente, mui digno de hacer honor al mas pintado provincial de nuestros dias. Pero lo que sin duda llamaba mas la atencion entre el menaje del maestrescuela, era una lindísima hamaca de mimbre mas fino que la seda, que, colgante de dos maromas, se balanceaba como una palma del desierto a impulso de los céfiros marinos.

A la hora en que Francisco i Diego se encaminaron en busca del cura, que era la de la puesta del sol, este, con el breviario en la mano, se paseaba de largo a largo en el patio de la casa, murmurando confusamente algunas oraciones latinas.

—Santas tardes, dijeron entrando nuestros dos conocidos.

—Santas, repitió el cura secamente.

—Venimos en vuestra busca, señor cura, dijo Diego haciendo por lo bajo una seña a Francisco para que se quitase el sombrero.

El futuro marques obedeció.

—Vamos pues adentro, repuso el reverendo, i echó a andar adelante para mostrar el camino.

Francisco i Diego lo siguieron con un respeto casi relijioso.

—Ya sabreis, dijo Diego así que se hubieron sentado, que ha regresado de su viaje al Sur don Pascual Andagoya.

—Sí; i aunque solo alcanzó hasta el puerto de Piñas, límite de los descubrimientos de Balboa, ha traido brillantes noticias.

Los ojos de Francisco se dilataron llenos de luz.

El cura continuó:

—Asegura que detras de una gran cordillera que corre paralela a la costa, se encuentra un imperio poderoso, mayor tal vez que el de los mejicanos.

Francisco pensó en su título de marques, Diego en los viñedos de la Mancha.

El cura continuó:

—Esta noticia la ha obtenido Andagoya de un jefe indio de la ribera, que le dijo: Si es oro lo que buscas, sigue adelante i lo encontrarás por montones en el pais de los incas; igual cosa parece haber tenido lugar con Balboa.

—*Incas?* repitió Francisco, qué bello nombre!

—Ciertamente, repuso Luque con calma.

—I a todo esto, qué ha dicho el Gobernador? preguntó Diego con interes.

—El Gobernador, respondió el cura, reitera las órdenes para que apresuren los preparativos de la espedicion que debe marchar al Sur.

Diego i Francisco se miraron desconcertados.

—Aunque creo que esa espedicion no tendrá efecto, continuó el cura, pues el hombre que debia mandarla ha muerto desgraciadamente esta tarde. Cuando vosotros entrásteis me ocupaba en pedir a Dios por su alma.

Aquella vez Diego i Francisco no se miraron, pero sintieron que en sus corazones renacia la esperanza.

—A propósito, dijo Francisco, nosotros veníamos a proponeros un negocio.

Luque permaneció impasible.

—Veniamos, observó Diego medio confuso por la estirantez de su interlocutor, a que os dignárais entrar con nosotros en una espedicion.

—Por lo que es eso, ya veis que mi profesion me aleja de tales empresas.

—Así es, pero eso depende del modo: vos sereis la cabeza, i nosotros el brazo.

—Gracias al cielo, no tengo ninguna clase de aspiraciones.

—Teneis una, se apresuró a observar Francisco, mas astuto en la ocasion que su compañero, una mas poderosa que todas: la de la propagacion de la fe.

—No digo que no, pero tengo en el Darien bastante que hacer para echarme a cuestas mas feligreses.

—Una vez que el señor cura no se resuelve a entrar en el negocio, acaso no se negará a prestarnos un favor.

—Veremos, dijo este con una sequedad casi brutal,

—Es el caso, señor, que no tenemos dinero.
—Pues yo ménos lo tengo.
—Pero teneis una cosa mejor: teneis crédito.
—Puede ser; pero no es prudente emplearlo.
—Mas, esperamos que en esta vez hagais una escepcion.
—Las escepciones son fatales.
—Os juro que ahora no lo será, repuso Francisco un tanto exaltado por el combate; pues conoceis el valor de nuestras espadas, i vos mismo deciais ahora poco que las noticias traidas por Andagoya no podian ser mejores.
El tiro era certero.
—Yo nada niego de eso.
—Entónces?
—Lo mas que puedo hacer es consultar con el Gobernador.
—El se opondrá.
—Razon de mas para que yo no tome parte de ninguna laya en el negocio.
—Vedlo pues; pero procurad que sea pronto.
—Lo veré mañana.
—I esta noche no?
—Esta noche no puede ser.
—Sea, dijo Diego ya mas conforme con el jiro que habia tomado la conversacion.
—Como os parezca, respondió el cura saludando a sus visitadores, i continuó sus interrumpidas oraciones en voz baja.
Diego i Francisco salieron de la casa cural echando ménos la amabilidad de don Pascual Andagoya.
—Diablo de hombre! esclamó Diego así que se encontró en la calle.
—Silencio, amigo, que ya verás que bien se

porta. En los negocios mejor es que los hombres vacilen al principio, que no que entren de lleno en ellos, pues se corre el riesgo de un arrepentimiento.

—I el Gobernador?

—Pedro Arias Dávila es un hambriento de primera laya; casado con una hija de Doña Beatriz de Bobadille, marquesa de Moya i amiga íntima de la reina Isabel, debe su empleo al favor i no al mérito, por lo que no anhela sino enriquecerse a toda prisa.

—Al ménos no le hace mucho honor su conducta con Balboa....

—Pero mira! no es aquel nuestro hombre? preguntó Francisco mirando ácia la casa de Luque; apostaria mi futuro marquesado a que va a hablar con el Gobernador.

Efectivamente, el maestrescuela habia salido casi detras de ellos en busca del de Dávila.

—Ocultémonos aquí, detras de este paredon, dijo Diego, i cuando haya pasado lo seguiremos.

Los dos amigos se ocultaron en efecto, i un segundo despues pasó casi rozándose con ellos el venerable cura, con toda la majestad de un obispo recien consagrado, i precedido por un pajecito que traia un farol de colores.

Efectivamente Luque iba a casa del Gobernador.

CAPÍTULO III.

LUCHA TITÁNICA.

Encontrábase el Gobernador rodeado de esa corte que se adhiere siempre al poder como la yedra al olmo, grande, espiritual i corrompida al lado de los reyes; pequeña, aduladora

i venal al lado de los que no tienen de la majestad sino las pretensiones. Por fortuna a principios del siglo XVI no se pensaba en las colonias del Nuevo Mundo, sino en descubrir mas i mas tierras, pues cada porcion de ellas que se descubria, valia al afortunado un título nobiliario i una suma cuantiosa de dinero, cebos ambos poderosísimos no solo para el pauperismo europeo, sino tambien para los infanzones de provincia, bastante humildes para no contentarse con pasar a América a hacer de primeros personajes.

Cuentan las crónicas de aquel tiempo que faltaron buques para el trasporte de aventureros; i que todos soñaban dar con el *Dorado*, aun cuando su mala estrella los llevase a las costas deletéreas del Chocó, o las terribles márjenes del Marañon.

Por tanto, no es estraño sino ántes mui natural que en la casa del Gobernador, a la hora en que se ha empezado esta historia, no se hablase mas que de islas, cabos i continentes recientemente descubiertos, i de inmigrantes llegados todos los dias a los puertos de las colonias. América representaba por entónces la Babel de la Escritura, i el culto del becerro de oro tomaba proporciones capazes de hacer temblar por el porvenir del cristianismo.

Por lo pronto los pueblos en masa se olvidaban de su Dios, i hasta de su gloria, por venir a rendir homenaje a la piedra filosofal, brotada como Vénus del seno de las aguas a los conjuros de Colon.

Juan Cabot descubria el Labrador. Magallanes iba a morir sobre las costas de Patagonia despues de cruzar el polo austral; i Sebastian Elcano

daba la vuelta al mundo! I este, como sacudido por un Hércules, arrojaba las razas del Oriente sobre el Occidente en busca de un bienestar soñado siempre, pero nunca conseguido.

—Sí, señores, decia el Gobernador de Castilla del Oro a sus oyentes, Andagoya ha descubierto el *Dorado*, el verdadero *Dorado*, aunque bajo el nombre de *pais de los incas*; con que así, ya no teneis mas que pensar: armad espediciones, i Dios sea con vosotros.

—Buenas noches, señores, dijo el padre Luque entrando en aquel punto.

—Buenas, señor cura, respondió el Gobernador saludando ¿vendreis tambien a curiosear?

—Nada de eso, señor Gobernador, al salir de aquí pasó Andagoya por mi puerta, i tomé de él algunos informes.

—Magníficos, ¿no?

Ya, ya. Pero qué haceis, señores, en pié? agregó el cura al ver a todos los circunstantes parados a su alrededor; aunque me urje hablar con el señor Gobernador, este no es motivo para que os afaneis.

—No, mi paternidad, dijo uno de ellos, que comprendió que aquel cumplido no era otra cosa que una despedida en debida forma; preferimos no importunaros.

—Como gusteis, repuso el Gobernador, que habia leido en la mirada del maestrescuela que tenia algo que comunicarle.

En breve quedaron solas la autoridad civil i la eclesiástica.

Luque rompió primero el silencio diciendo:

—Al morirse hoi el hombre que debia haber llevado la espedicion al Sur, tuvimos un momen-

to amarguísimo, pues creimos por lo pronto arruinados nuestros proyectos.

—Así fué, asintió el de Dávila.

—Pues bien, continuó el cura como quien se envanece por haber hecho una cosa mui grande, yo he encontrado para reemplazarlo, no un hombre, sino dos.

—I quiénes son los tales?

—Francisco Pizarro i. Diego de Almagro, se apresuró a responder el maestrescuela con orgullo; las dos mejores espadas del Darien.

—I no será peligrosa nuestra alianza con ellos?

—Eso depende de las medidas que se tomen.

—Dónde los habeis visto?

—En mi casa.

—A qué horas?

—Ahora mismo.

—Segun eso fueron a buscaros?

Luque se detuvo en responder: le habia ocurrido un pensamiento.

—Precisamente, dijo despues de una pausa.

—Entónces son ellos los que nos necesitan, i no nosotros a ellos, afirmó el Gobernador mirando de una manera especial al cura.

—Nada de eso, señor, estamos en un pié de perfecta igualdad.

—Pero no me habéis dicho que os habian ido a buscar?

—Mas a solicitud mia.

—Hum! esclamó la autoridad civil desconcertada.

—Parece que os desagrada?

—Pues no me ha de desagradar? si en vez de imponerles nosotros condiciones, nos las impondrán ellos.

—Pero nosotros no aceptaremos sino las que nos convengan.

—I qué proponen?

—Hasta ahora no han propuesto nada; solo sé que no tienen dinero.....

El Gobernador contuvo el aliento.

—Pero lo solicitan en calidad de préstamo.

El Gobernador respiró, i dijo:

—De modo que podremos jugar dos vezes en el negocio?

—Si el señor Gobernador lo consiente....

—Sí, Luque, dándoles el dinero a interes, i llevando una parte en las utilidades.

—Así es.

El Gobernador meditó; el cura comprendió aquella meditacion, pero no se dió por entendido.

Al fin dijo el primero:

—Lo peor es que yo no tengo ni un maravedí.

—Ni yo tampoco, se apresuró a observar Luque, que conocia mui mucho al Gobernador de Castilla del Oro.

—Entónces qué haremos?

—Desistir de la empresa.

—Probemos ántes.

—Fuera del desembolso no hai prueba que valga.

Hubo un momento de silencio. En la imajinacion de aquellos dos hombres tenia lugar una lucha terrible entre la avaricia i la codicia.

El cura, como el mas fuerte de los dos, dijo el primero, con el dolor mas hondo del mundo:

—Lo que me aflije sobremanera, es que el señor Gobernador no acreciente sus dominios.

—I lo que a mí me parte el corazon, es que el señor cura no aumente el número de sus fieles.

Dos suspiros de pesar recíproco sonaron fuertemente en la estancia.

—Por fortuna, observó el Gobernador mas consolado, yo puedo protejer la empresa con el apoyo de mi autoridad.

—Yo, con el de mi ministerio.

—Ya lo veis, si hubiese quien diera el dinero, todo estaria arreglado.

—Lo creo.

Hubo un momento de pausa.

—I ciertamente no tendrán dinero esos señores?

—Tienen, señor, lo mas importante en el asunto : tienen arrojo.

—Que ya es algo.

—Que es mucho ; pues al paso que nosotros no arriesgaríamos mas que nuestros ducados (digo si los tuviéramos) ellos arriesgarian su vida.

—I qué ? preguntó el Gobernador fuera de sí : nosotros tambien no la arriesgaríamos? ¡quién podria sobrevivir a la pérdida de los ahorros destinados a su vejez?.... hablo del afortunado que los posea.

Los ojos del cura se inyectaron de sangre.

—Somos unos .... dijo este, dándose un golpe en la frente despues de un rato de silencio.

El Arquímedes eclesiástico acababa de resolver el problema.

—Cómo así? preguntó el Gobernador radiante, pues confiaba en la inventiva del maestrescuela.

—Por qué no damos el mando de la espedicion que teníamos preparada, a Pizarro i Almagro ?

—Toma! pues porque ella se armó por cuenta del Rei, i las utilidades serian para la corona.

—Pero habiamos dicho lo contrario.

—Sí, pero hemos sido descubiertos, i me he visto obligado a confesar la verdad.

—Bien, dijo el cura levantándose para salir, por esta vez no se hizo ya nada.

—Os vais? preguntó el Gobernador pálido como la muerte.

—Es tarde ya.

—Ser yo tan pobre, que, de no, armaria diez espediciones en bien del reino!

—I yo veinte, en pro de la fe i del reino.

Estos deseos no podian ser mas pios.

—Buenas noches, dijo el Gobernador pensando en que al fin i al cabo nada podria hacerse en Panamá sin contar con él.

—Buenas, respondió el cura saliendo, i pensando a su vez en que la codicia del Gobernador era mucha para no hacer algo ántes de que se le escapase la presa.

—Mirad, padre, podríamos hacer una cosa, dijo el Gobernador, como iluminado por un jenio.

—Hablad.

—Conseguir vos el dinero....

En esta vez fué el cura el que se puso pálido como la muerte.

—Conseguir vos el dinero; i yo.... i yo conceder la licencia por la parte que debiera corresponderme en la empresa.

—No es tan malo, pensó Luque; al ménos nos la da de balde.

—De manera, continuó el de Dávila como reflexionando, que debiera corresponderme igual parte en las utilidades.

—Lo haré presente a los dos guerreros.

—Es decir que por vuestra parte no hai inconveniente?

—Me parece la cosa tan justa, que no me ocurre por ahora ninguno, dijo el maestrescuela mordiéndose los lábios.

—Entónces ¿cuándo podré saber lo que resuelvan ?

—Lo mas pronto posible.

Luque salió de la casa del Gobernador como hombre que acaba de ganar una batalla reñida.

El Gobernador se restregó las manos con satisfaccion murmurando :

—Será preciso decir bien temprano a Andagoya que ya no me es posible llevar a cabo lo dicho. Con estos al ménos no arriesgo nada.

CAPÍTULO IV.

AVARICIA.

El padre Luque fué en derechura a su casa, i luego que despidió al paje que lo habia acompañado, i que se cercioró de que todos dormian profundamente en ella, pasó al rincon mas oscuro de su alcoba, i quitando algunos trastajos viejos que habia amontonados en él, dió paso difícil a las abras de una alacena, donde tenia oculto su caudal. Consistia este en unos cuantos talegos de lona, de tamaño diverso, repletos del oro que el señor cura habia recojido entre sus catequizados.

El santo padre contempló un momento con deleite aquel tesoro inmenso, bastante a satisfacer las necesidades de cuarenta familias honradas, pero sin valor alguno allí donde se encontraba ; i esclamó luego, contrayendo sus pálidos labios :

—Aun faltan algunos huecos por llenar !

Mas ¿con qué fin amontonaba ese ministro de

Dios tantas i tantas riquezas? ¿Para qué las sustraía del comercio del mundo? Con el solo objeto de halagar su imajinacion. Objeto bien estéril por cierto!

Aja el amante la flor de sus amores, rompe el niño el juguete de sus divertimientos, solo el avaro no profana nunca sus talegas; i miéntras lo arrostra todo en el mundo por no disminuir la *cifra* que fijó su pensamiento, i que junta óbolo tras óbolo en el curso de los años, hai labios que se marchitan de sed, i miembros que tiritan de frio a su alrededor.

Los ojos de Luque, a semejanza de los ojos del lince, veian, a traves de la oscuridad que reinaba en la alcoba, brillar el oro de las talegas como brilla el éter en un dia hermoso i despejado; i como no hubiese traido luz para hacer la inspeccion nocturna que se habia impuesto por hábito, porque en su desconfianza estrema recelaba hasta de la claridad, se entretenia en tentar i retentar su tesoro, para convencerse de que efectivamente se encontraba en el mismo estado que la noche anterior.

Dicen que el ambicioso vive en medio de sus afanes con el amargo solaz que le produce el recuerdo de que tiene el poder en sus manos, i que, aunque su existencia sea tan ajitada como la del derrocador de Cárlos I, se reputa feliz con tal compensacion. De un modo análogo, el avaro priva a su cuerpo de un mullido lecho i de un cobertor decente, a su paladar de un alimento sano i agradable, i a su alma de toda impresion jenerosa i elevada; mas en medio del hambre, de la desnudez i de la evetacion de espíritu, la idea de que es *poseedor*, suple en él todo – desde la salud hasta la gloria.

I así debe ser, porque en aquel instante el padre Luque se sentia mas dichoso que todos los potentados del universo juntos; i su alacena húmeda i oscura era por entónces la vírjen de sus únicos amores, vírjen mas hermosa, para él, que los cien horizontes de América llenos de luz i misterio.

Empero, en medio de estas emociones casi divinas, de repente un sudor frio discurrió por todo su cuerpo, flaqueáronle las piernas i palpitóle el corazon con una violencia estrema: era que su mano, obedeciendo a un pensamiento de codicia, a un esfuerzo instintivo de medro, acababa de arrancar del centro del arca sagrada una talega; i aquel *arrancamiento* lo habia sentido en las entrañas como un corte brusco de escalpelo, como un descuajamiento del alma; por lo que, aturdido, cerró precipitadamente la alacena, i con la confusion de un ladron que se afana por volver los trastos removidos a su estado primero, hacinó tembloroso todos los ensóres separados, i salió al patio en busca del fresco ambiente de la noche. I era ya tiempo, pues dos minutos mas tarde hubiera perecido de sofocacion....

Decid a un padre que ha perdido a su hijo, a un jeneral que ha sido derrotado, a un escritor de talento que el público se ha reido de sus producciones; pero no digais nunca a un avaro que ha perdido un maravedí: os haríais homicida con circunstancias agravantes; i esto, porque el padre desgraciado podria tener la entereza de Anaxágoras, la batalla perdida podria ser la de Waterloo, i la pieza silbada el "Barbero de Sevilla;" mas ese maravedí perdido o dejado de ganar, no puede ser nunca recuperado, i aunque tras de él caigan a las

gavetas montes sobre montes de oro, siempre en las computaciones faltará ese maravedí, i esa falta ocasionará, mas tarde ó mas temprano, la muerte.

He aquí por qué el padre Luque se sentia casi morir al descompletar sus talegas.

Repuesto un tanto, o mejor dicho, pasada la crísis, el maestrescuela volvió adentro i se puso a contar i recontar el dinero, i halló que contendria unos veinte mil ducados. Asustado por la enormidad de la suma, estuvo a punto de volverla a su lugar, i desistir de la empresa. Esta lucha duró cerca de dos horas.

Fué aquel un tiempo de inquietud. Parábase unas vezes, o se paseaba largo rato; sentábase otras, i dejaba sumerjir la cabeza entre las manos, bajo el peso de un dolor profundo.

Mas, haciendo de repente un esfuerzo supremo, calóse las antiparras, acercó el candil, i tomando una pluma de ave que hubiera servido mui bien de brocha a un tintorero, se puso a sumar.

Veamos lo que escribió.

Libras de oro recojidas hasta 1.º de marzo de 1526:

Venidas de Urabá....................	1,512
" de Veraguas..................	891
" de Natá..................	207
Colectadas aquí....................	300
Total....................	2.910

—O sean veinte i nueve quintales, diez libras! esclamó el reverendo sorprendido por la enormidad de la cifra; bien se puede, sin temor del porvenir, arriesgar algunos realejos.

—Arriesgar? repitió despues como espantado del vocablo; no, nada de riesgo, absoluta-

mente nada; los rendimientos de la empresa van a ser fabulosos. Segun me han informado varios indios de aquí, el dicho imperio de los incas es uno de los mayores del mundo, rico sobre toda ponderacion; i, quién quita que Pizarro i Almagro, tan arrojados i valientes capitanes, lo conquisten? ¿Quién quita que vengan a ser tan célebres como Hernan Cortez; i que mi nombre, como miembro de la empresa, sea citado en las historias cual modelo de desprendimiento pecuniario i zelo relijioso?....

—Pero no, Luque, agregó en seguida apostrofándose, no te dejes seducir por tales flaquezas; no te precipites. ¿Qué te importan a tí la gloria póstuma i el orgullo de tu nacion por contarte entre sus grandes hijos?... nada, nada. No aventures, pues, tu caudal; i lo que no hagas por el presente, mucho ménos lo hagas por el porvenir. Mas vale vivir un dia en la tierra que ciento en la historia.

Bajo estas impresiones, ora dulces, ora fatales, se metió el maestrescuela en la hamaca, i a breve rato se quedó profundamente dormido, soñando que se hallaba en el corazon de cien i cien pampas dilatadas, espectador único de una lluvia de oro, que en vez de sumerjirlo, lo iba levantando gradualmente a semejanza de un barco que hacen surjir las primeras avenidas de la marea. Indudablemente el éxito de la empresa seria colosal.

CAPÍTULO V.

PIZARRO, ALMAGRO I COMPAÑÍA DE PANAMÁ.

Al dia siguiente, bien de madrugada, mandó el cura en busca de Pizarro i Almagro.

—Os he mandado llamar, díjoles, porque he reflexionado mas sobre vuestra propuesta de ayer, i he hallado que ella puede sernos de algun provecho: a vosotros para aumentar vuestra honra i hacienda; a mí, para ensanchar cristianamente el círculo de mi ministerio.

—I qué habeis resuelto? preguntaron a la par los dos guerreros.

—Que se arme la espedicion cuanto ántes.

—I el dinero? preguntó Pizarro.

—I el Gobernador? dijo Almagro.

—El dinero aquí está, respondió Luque vaciando sobre la mesa el saco de ducados, cuyo timbre deleitó largo rato los oidos de los allí presentes. Es todo el que he podido conseguir, ofreciendo a su prestamista un quinto en las utilidades.

Pizarro i Almagro se miraron con desconfianza.

—En cuanto al Gobernador, continuó Luque, otorga el permiso para que se efectúe la espedicion i la apoya con su autoridad, con tal de que se le reconozca como socio en la empresa, i, en esa virtud, se le asegure la cuarta parte en las ganancias.

—Es algo caro, observó Almagro.

—Qué quereis, hijo? repuso Luque con voz melosa; si no se le da gusto estorbará. Es un hombre mui codicioso; tal vez debemos a nuestra buena estrella el que no haya pedido dinero de contado.

—Jesus! esclamaron los dos capitanes.

—No importa, observó el reverendo, ante el pensamiento de aumentar el imperio de nuestro augusto monarca, nada debe *detenernos*.

Es de notarse que Luque solo empleaba el *nos* cuando se hablaba del *reino* o de la *fe*; en lo demas evitaba el vocablo de un modo sutil. I tenia

razon: su carácter sacerdotal lo alejaba de todo medro mundano!

—Una vez aquí el dinero, arreglemos los términos de la asociacion.

—Es mui justo, observaron Pizarro i Almagro; hablad.

—Pues bien, he aquí mi parecer: del producido de la empresa, deduciremos, primero, el quinto para el prestamista, i, segundo, los veinte mil ducados del préstamo. El resto nos lo dividiremos por partes iguales.

Pizarro i Almagro tornaron a mirarse, pero esta vez no fué con desconfianza, sino con horror.

—Mi opinion, dijo despues de un rato de silencio Almagro, es esta: despues de deducidos todos los gastos, inclusive los veinte mil ducados del préstamo, quitaremos el quinto para el prestamista, i el resto se dividirá por partes iguales.

Luque meneó la cabeza con desagrado; Pizarro abrió los ojos porque nada comprendia.

—Mejor es hacer otra cosa, repuso el cura. Dividamos el todo en veinte i una partes, de las cuales tomaré yo nueve por quinto, capital i parte.

—La nona parte querreis decir?

—No, hijo, se apresuró a responder el cura; la *nona parte* no, sino *nueve vezes la nona parte.* Eso lo rezará el documento de contrato.

—Malo! se dijo Almagro, la esplicacion ha estado peor que la propuesta; i luego añadió en voz alta:

—La nona parte de 21 es $2\frac{3}{9}$; pero como $2\frac{3}{9}$ nueve vezes es igual a 21, seria tanto como dároslo todo.

—Ah! ah! esclamó Luque mordiéndose los la-

bios, al ver que Almagro era mas hábil en materia de cuentas de lo que habia creido.... no era eso lo que yo queria decir.

—Hum! sollozó Pizarro, que habia perdido el resuello desde la demostracion de su amigo.

—Pues hagamos otra cosa, propuso el cura, dúctil mas que una hoja de acero, i por lo mismo capaz de tomar todas las formas imajinables: sacados los veinte mil ducados i el quinto del prestamista, dadnos al Gobernador i a mí las tres cuartas partes del resto.

—Las dos nos habíais propuesto primero, señor Luque.

—Perdonad, fué aquel un atolondramiento.

Pizarro hizo una seña a su compañero como queriéndole decir: convengamos con este hombre en todo, pues lo que nos importa es hacer la espedicion; una vez nosotros mar afuera, todo nos importa un bledo.

Como se ve, el bueno del estremeño, en tratándose de su marquesado, transijia con todo.

Almagro no se dió por entendido, pues contaba con un gran recurso: acababa de descubrir el secreto del cura; ese secreto era la codicia, i se disponia a batirlo en regla. Díjole pues poniéndose en pié para partir:

—Bien, padre, está visto que no puede haber arreglo; contad con nuestro agradecimiento por lo que habeis hecho, i Dios quiera depararnos mejor camino por otra parte.

—Tened un poco de mas paciencia, amigo; los negocios son negocios, i yo aquí represento intereses ajenos, que me son mui sagrados. Qué quereis? el Gobernador hace confianza de mí; yo no puedo burlar sus esperanzas.

—Entónces, dijo Pizarro dando vueltas entre las manos a su chambergo blanco, como hombre que se alista para marchar i solo espera una última palabra; entónces convengamos en vuestra primera proposicion. Deducidos los gastos i sacado el quinto, tomareis dos partes, la vuestra i la del Gobernador.

—La mitad para ambos?

—Sí, señor, i la otra mitad para nosotros dos.

—Quinta i cuarta parte, fuera del capital, murmuró el maestrescuela; no es malo.

I luego en voz alta:

—Aceptado; no quiero que se diga que por mí no se llevó a cabo empresa tan grandiosa.

Una vez convenida la Compañía en los términos de la asociacion, se distribuyeron los trabajos del modo siguiente:

Tocó a Almagro la compra i aparejo de buques, acopio de víveres &.ª; a Pizarro el enganche de soldados, i a Luque la popularizacion de la empresa. En cuanto al Gobernador, él no debia sonar para nada en el asunto.

—Bien, dijo el reverendo al separarse de sus consocios como quien se separa de los mejores amigos del mundo, veré a Hernando del Castillo, escribano público, i fijaremos el 10 de marzo para el otorgamiento de la escritura.

—Para ese mismo dia la comunion, observó devotamente Almagro.

—I el sermon, adicionó Pizarro.

—Sí, hijos mios; descansad en mí, agregó Luque, que se habia vuelto un tanto amable algunas horas hacia.

CAPÍTULO VI.

MAESE JINES.

Pizarro salió rebosante de júbilo de la casa del padre Luque, i dejando a Almagro, que iba a catear los buques surtos en el puerto para hacer sus propuestas, se enderezó al tambo de maese Jines.

El tambo de maese Jines era una de las pocas curiosidades que tenia por entónces Panamá. Hallábase situado cerca de la playa i a la sombra de los plátanos i los cocoteros, i componíase de una enramada pajiza. Inútil será decir que solo tenia tres departamentos: la cocina, el comedor i el granero. En cambio, el segundo era fresco como un valle i perfumado como un jardin. Veíase desde él la mar, tranquila unas vezes como un espejo inmenso, movible otras a impulso de los vientos reinantes; i bastaba a lo mas estirar la mano para despojar de su fruto al mango i al limonero, que, entremezclando sus hermosas ramas, venian a halagar la vista i a despertar el apetito.

Unas cuantas sillas siempre en desórden, i una mesa ancha i pesada sin hule ni mantel eran los muebles mas notables del *tambo de Jines*, llamado así del nombre de su dueño; aunque bien es cierto que en cuanto a su esacta calificacion no estaban los de Panamá mui de acuerdo, sosteniendo unos que *bodegon* era mucho, i otros que *ventorrillo* era poco. Mas lo cierto es que era el establecimiento de mayor crédito en todo el poblado ; i que en ninguna otra parte se comia pescado mas fresco, ni yucas mas tiernas ni colosales; estendiéndose la crónica lugareña hasta decir que su despensa habia surtido en mas de una ocasion la mesa del Gobernador, lo que, al ser verdad, escedia los límites de todo elojio.

No es punto bien averiguado aun, pero sí mui controvertido, si en la época a que esta historia se refiere, ya era proverbial en el mundo la amabilidad de los posaderos; mas como no hai regla sin escepcion, maese Jines no era de lo mas comunicativo ni complaciente que digamos. Antiguo soldado de la Península, habia pasado a América como todos los de su nacion, en busca de algunos cuantos miles de ducados, que, como decia él, hacíanle notable falta de años atras; i habíase radicado en Panamá, a fin de cuidar de que sus compatriotas no lo pasasen tan mal en punto a gastronomía.

—Vamos, Jines, qué tenemos para almorzar? dijo Pizarro entrando, i dirijiendo a este por todo saludo una hermosa ronrisa.

—Oh! capitan, con que tendré la honra de que almorzeis hoi aquí? es una felizidad!

—Si, Jines, vengo a almorzar aquí, i espero tener el placer de que lo verifiquemos juntos.

—Es mucha fineza.

—Jines, hablaremos de un negocio importante..

—Apura, muchacha! gritó el posadero sin oir las últimas palabras del recienvenido; el capitan Francisco Pizarro almorzará hoi con nosotros; i dando una vuelta sobre los talones, empezó a preparar los útiles.

—I qué tal vino? preguntó el capitan, que se proponia almorzar bien a nombre de la nueva Compañía.

—Por lo que es eso, superior, mui superior; lo he recibido de la isla Española; i ya sabeis que me lo mandan directamente.

—Agregad algunos cuartos de él, pues.... quiero decir, del mejor que tengais..

—Ya! ya! balbució Jines descolgando una bota.

Luego que estuvo el almuerzo listo, sentáronse a la mesa capitan i posadero, i entre vianda va i vianda viene, trabaron la siguiente conversacion:

—Cuánto vale vuestro establecimiento, Jines?

—Quinientos ducados, capitan; ya veis que el servicio no es de lo peor, i la huerta es grande i surtida.

—Ciertamente.

—En cuanto al sitio, él no puede ser mas pintoresco: a la orilla del mar, rodeado de árboles frutales i....

—Vamos! Jines, preguntó Pizarro interrumpiendo al veterano, i clavando una mirada llena de gracia en la indiana que les servia a la mesa, ¿la muchacha entra tambien en los quinientos ducados?

La indiana, que comprendia ya el español, se puso roja como una brasa i sonrió al capitan.

—En cuanto a eso no sé que deciros, señor Pizarro; la muchacha es una verdadera alhaja. Va para dos años que me acompaña. No es cierto, María?

María respondió simplemente que sí.

—Bien veo que no entrará María en el trato, dijo Pizarro echándose un trago de vino, es mui hermosa para que os dejeis despojar, pero por lo que hace al establecimiento, es mio desde este instante.

Jines abrió hasta donde le fué dado los ojos.

—Es mio desde este instante, continuó Pizarro sacando del bolsillo una puñada de oro i haciéndola brillar a los ojos del figonero; solo que en vez de quinientos, os daré setecientos ducados.

—I qué tendré que hacer para pagaros, capi-

tan? preguntó Jines sin atreverse a recibir el dinero.

—Por lo que es eso, no os afaneis.

—Será cosa de?....

—De las mas fáciles del mundo, terminó Pizarro.

—Pero eso es portarse como un marques.

—Eso es, como un *marques*, repitió el capitan con alegría; esa es la palabra, camarada.

—Soi todo oidos; señor, hablad.

—En primer lugar, dijo Pizarro esforzándose por dar a su voz cierto acento de misterio i de solemnidad, es preciso que no digais nada de la venta que acabais de hacerme; esto perjudicaría mis proyectos. En segundo lugar, sabed que yo estoi preparando una espedicion al Sur, i que necesito reclutas.

—De manera que lo que acabais de hacer es reclutarme?

—Algo mejor que eso: lo que acabo de hacer es nombraros jefe de reclutadores, con setecientos ducados al año.

—Comprendo.

—Siendo así, escuchad lo que tendreis que hacer. Luego que estén aquí Candia, Ruiz, Molina i los demas que frecuentan vuestro establecimiento, les dareis la noticia como que les descubris un secreto de la mayor importancia; i entrando en conversacion con ellos, les probareis que la empresa es de lo mas grandioso que se ha concebido, que todo el que forme parte de ella se enriquezerá, i que, mandándola Almagro i yo, como en efecto la mandamos, todas las probabilidades están en su favor. Les direis asímismo, que vos estais tan persuadido de lo que decís, que ya ha-

beis vendido vuestro establecimiento a un amigo, i que solo que Dios os quite la vida no formareis parte de la espedicion.

—Descuidad, descuidad, capitan; ya vereis qué bien conduzco el negocio.

—Tan lo creo así, que os he escojido para mi ajente entre todos los de Panamá. Si acaso hubiere algunos que se muestren propicios desde el principio, podreis engancharlos por mi cuenta, para lo cual os dejo estos trescientos ducados mas.

Jines recibió la cantidad lleno de placer, i luego preguntó a Pizarro qué dia deberian estar los reclutas a bordo.

—Cuando mas tarde a mediados del mes.

—I cuál deberá ser su número?

—El mayor posible; pero el menor no ha de bajar de cien hombres.

—Siempre será mejor que me hagais saber tres dias ántes el dia fijo de la salida de la espedicion.

—Así lo haré.

Pizarro se retiró tranquilo del tambo de Jines, pues desde sus campañas en Italia habia tenido ocasion de estimar al viejo soldado como hombre activo i de altos recursos mentales.

En cuanto al figonero, luego que se encontró solo entró en cuentas consigo, i se dijo:

—He aquí mil ducados que me vienen del cielo!.... i digo mil, porque no tengo intencion de malgastar los trescientos de los reclutas.... Indudablemente es un hombre mui grande el señor capitan!.... En lo que mira a mi persona, necesario será que trate de hacerla mas amable de aquí para adelante; i sobre todo, ménos carera, pues es preciso atraer i no alejar los parro-

quianos; de otro modo se me haria mui difícil reclutar un solo hombre, una vez que las espediciones al Sur están completamente desacreditadas.

Despues de lo cual fué a echar de comer a un cerdo que engordaba en el corral.

Miéntras este devoraba el grano i las raízes de su racion, Jines esclamaba tratando de acariciarlo:

—Come, hijo mio, pues tú vas a sacarme airoso de un gran comprometimiento.

CAPITULO VII.

ORATORIA SAGRADA.

La espedicion estaba próxima a hacerse a la vela.

Almagro, que era el comisionado para el efecto, habia comprado ya dos buques, que, surtos en el puerto, esperaban únicamente los reclutas de Jines; aunque preciso será decir de paso que el figonero, al parecer, no se acordaba de su comprometimiento, pues no habia hablado a uno tan solo de los que debian ir al Sur; salvo que lo verificase tan en secreto que no se hubiera traslucido nada. Pizarro empezaba a inquietarse por esta conducta, hasta el punto de sospechar de su ajente; pero este respondia a todas sus observaciones:

—Capitan, no os afaneis, apénas estamos a principios, i si mal no me acuerdo, mi compromiso es para mediados del mes.

Pizarro nada respondia a esta reflexion; pero meneaba la cabeza como hombre que no abriga la menor esperanza.

Pronto llegó el dia fijado para el otorgamiento de la escritura, i despues de estendida esta, que firmaron por Pizarro i Almagro dos vecinos de

Panamá, a causa de no saber escribir aquellos, se encaminó el cortejo espedicionario a la iglesia.

Es de advertir que el dia ántes lo habian pasado orando i penitenciándose, a fin de recibir como era debido el sacramento de la Eucaristía.

Un inmenso jentío llenaba el cuerpo principal del templo, entónces en fábrica apénas, atraido mas por la curiosidad que por la piedad.

Al lado derecho del altar mayor, esto es, en frente mismo de la sagrada cátedra, se habia colocado un ancho dosel de grana cubriendo tres sillas doradas. La del medio la ocupaba el Gobernador Pedro Arias Dávila, i las de los lados Pizarro i Almagro.

El olor de los inciensos, la hermosa perspectiva del altar festonado de flores i frutos, i la suave melodía de los cánticos, bien presto suspendieron los ánimos i los dispusieron al recojimiento i a la contemplacion.

Empezóse la misa.

Poco despues hubo un momento solemne, i fué aquel en que el padre Luque, revestido de sus mas ricas insignias, atravesó el concurso para dirijirse al púlpito, pues en él se contuvieron todos las respiraciones, i ningun ojo hubo bastante poderoso para levantarse del suelo.

La voz pausada i sonora del sacerdote dominó bien pronto, llena de sabiduría evanjélica, el cuerpo i las naves de la casa de Dios.

—"Si, amados oyentes, decia el predicador paseando su mirada llena de fuego i conveccion, por el mar de cabezas descubiertas i abatidas que dominaba, los grandes tiempos se acercan. Jehová ha querido apiadarse de sus criaturas, i abriendo sus brazos amorosos, las llama así con la vóz del

padre i del amigo!..... El templo ha sido reedificado, i un mundo nuevo e inocente se agolpa a sus puertas, ansioso de devorar el pan de la salvacion eterna! Ante esa reedificacion augusta han caido en pedazos los ídolos de Baal, i el Occidente entero ha venido, humilde i lloroso, a echarse al pié de la Cruz!.... Pero la obra no está mas que empezada, detras de ese mar inmenso i desierto que ahora confunde el rumor de sus ondas con las oraciones cristianas, jimen, presa del demonio, millares i millares de infelizes, esperando el Mesías de su redencion.

Mas ¿dónde está ese Mesías? Hermanos mios, mi espíritu no puede ménos de contristarse profundamente al pensar que en el espacio de los últimos treinta años, no ha habido un solo hombre capaz de arrostrar los peligros de tan elevada mision; i que el indiferentismo relijioso ha llegado hasta el estremo, sí, hermanos mios, hasta el escandaloso estremo de dejar secar las fuentes del bautismo!..... El templo está triste i desierto; los cirios no arden sobre los altares, i el sacerdote llora en el retiro i en la soledad, como antiguamente lloraba el poeta rei sobre las destempladas cuerdas de la lira de Sion!

Despertad pues de ese letargo de muerte; mostraos dignos del nombre de escojidos de Dios; surcad los mares procelosos, e id a ofrecer a vuestros hermanos del Sur la salvacion i la vida.

Qué! ¿han terminado, por ventura, para la humanidad los tiempos sacrosantos de Pedro el ermitaño? ¿hase apagado, por ventura, el fuego místico que encendió las Cruzadas?.... ¿serán los hombres de hoi de peor condicion evanjélica que las jeneraciones pasadas? Oh! no; mi corazon no

quiere adquirir tan amargas certidumbres; i vosotros debeis ahorrar al ministro de Dios semejantes motivos de tribulacion.

Alzaos, pues, como un hombre solo: qué digo! alzaos como un jigante que despierta lleno de fuerza i de grandeza; i siguiendo el nobilísimo ejemplo de esos dos apóstoles de la fe, que veis con el recojimiento del santo i la abnegacion del profeta, ahí bajo ese palio sagrado, alzaos, e id como ellos van, a llevar la luz i la verdad a vuestros hermanos del Sur!

Marchad, marchad como ellos marchan. Que no os detengan las enfermedades ni las borrascas; i a semejanza del águila, señora de los aires, cruzad los abismos de la inmensidad desafiando el trueno i el rayo! ¿Qué importan las penalidades i la muerte en cambio del paraíso de los justos, de que gozareis por la consumacion de los siglos?

Mirad a Pizarro i Almagro! En torno de sus frentes brilla la aureola de los escojidos del hijo de Dios! Ellos ya no pertenecen a este mundo de miserias; desde que han echado sobre sus hombros el sayal del martirio, los ánjeles mismos los envidian, i los cielos se estremecen de admiracion.

Qué os detiene, que no los imitais?"

En suma, para no cansar a nuestros lectores, diremos solamente que el sermon del maestrescuela duró cerca de media hora, i que, contra lo que era de esperarse, estuvo tan lleno de buen colorido, tan sano de lójica i hermoso en elocucion, que no hubo uno solo de los allí presentes que no se sintiera arrebatado, i algunos, hasta el punto de hacer voto solemne de concurrir a la espedicion. Baste solo agregar que el Gobernador



mismo, apesar de estar en el secreto, se sintió conmover i tembló de remordimiento. Tal es el espíritu de la elocuencia !

Terminado el sermon, Pizarro i Almagro recibieron la hostia sagrada en union del padre Luque, quien, para mayor solemnidad, hizo de ella tres partes iguales; despues de lo cual, trazaron uno en pos de otro la señal de la cruz sobre el libro de la misa, i se concluyó la funcion.

—Bien! esclamó Jines al salir de la iglesia, el cura, a lo que entiendo, no lo ha hecho mal con el sermon; veremos cómo se porta el figonero con su cerdo cebado.

A partir de aquella fecha para adelante, ya se empezaron a formar corros en los bodegones i calles de Panamá, donde solo se hablaba de la espedicion, i se ponian el valor i la pericia de Almagro i Pizarro mas arriba del sétimo cielo; i era cosa que no podia ménos de llamar la atencion de cualquier observador imparcial, que en cada uno de estos corros habia siempre uno o dos hombres de machete, especie de *ajentes oficiales*, encargados de armar querella con el desatento o hereje que hablase mal de la empresa. Hubo por tanto en los primeros dias bastantes riñas de palabra i hasta de acero, entre los partidarios de Pizarro i las jentes de Andagoya; pero riñas que pronto fueron cortadas por los severísimos decretos de la Gobernacion, que habia dado en manifestarse mui partidaria de las espediciones, especialmente de las parecidas a aquella cuyos beneficios, decia la buena de la señora, serian todos para la corona.

Varios ricachos, que la víspera no hubieran dado prestados a Pizarro diez maravedises, vinie-

ron despues del sermon a suplicarle les recibiera su caudal íntegro para la empresa, con tal de que les diese una participacion cualquiera en ella; no faltando quien le indicase se formara una segunda asociacion, sujeta en todo a la primera i desmejorada en condiciones; pero Pizarro, Almagro i Compañía de Panamá, se mantuvieron firmes i rechazaron todo linaje de proposiciones.

Alborotóse por tanto el comercio de la colonia, i no hubo familia de algun valer que no se creyese humillada por no pertenecer a la empresa, llegando hasta el disparate de ofrecer por media accion cien mil ducados de oro.

El ruido que metieron los unos haciendo tales propuestas i los otros desechándolas, bien pronto ensordeció Antillas mayores i menores, i Pizarro, Almagro i Compañía de Panamá, tuvieron propuestas fabulosas de Jamaica, Puerto-Rico i Cuba; por lo que todos los guerreros que andaban por ahí en busca de aventuras, emigraron para el Darien, i fueron a ofrecer sus servicios a la casa mas feliz i próspera del siglo.

CAPITULO VIII.

ORATORIA POLÍTICA.

Hacia tres dias que Pizarro, fiel a su palabra, habia hecho saber a Jines que ese era el fijado para llevar los reclutas a bordo, por lo que los buques espedicionarios, levando ánclas, habian ido a situarse a tiro de cañon de la baja mar, frente al tambo del comisionado.

Este, empero, continuaba en su propósito de no darse por entendido, pues los dos dias anterio-

res los habia pasado como todo un dios Baco, sentado en medio de un centenar de pipas, calado el gorro hasta los ojos i envuelto en el humo blanquecino de su cigarro.

Su indiferencia era para desesperar al ménos interesado en la empresa.

El dia de que venimos hablando, Jines no daba muestras de variar de conducta; con todo, no bien el sol empezó a trepar por el espacio, trepó él tambien a la parte mas encumbrada de su tambo, e izó en ella el famoso entre los famosos pabellon español.

Terminada aquella fácil tarea, encaminóse al corral, i desatando el corpulento cerdo, objeto de sus mejores esperanzas, llevólo pausadamente debajo de un limonero, i diólo allí fratricida muerte.

Los habitantes de Panamá, que en aquel entónces se componian en su mayor parte de soldados aventureros, empezaron a afluir al tambo de Jines, atraidos por la curiosidad de la bandera.

—Hombre, preguntó un tal llamado Molina al tropezar con otro llamado Candia ¿sabes tú por ventura qué quiere decir una bandera que ha puesto Jines en el caballete de su casa?

—No, camarada; igual pregunta hice ahora poco al piloto Ruiz.

—Entónces, quieres que vamos hasta allá?

—Vamos.

Los dos curiosos se tomaron del brazo i se dirijieron donde Jines. Cuando llegaron al tambo habia ya reunidos mas de cincuenta españoles, atraidos por el mismo motivo, i entretenidos en charlar i beber. Por fortuna aquel dia era domingo, i nadie pensaba en hacer oficio.

El cerdo, ya limpio, abierto i colgado de un ár-

bol, será el punto céntrico de todas las miradas, no faltando quien suplicase a Jines que procediera a hacerlo cuartos para devorarlo.

—Aun no es tiempo, hijos, respondia a todos Jines con una calma anjelical; entreteneos con el ñame i los pavones silvestres.

—I cuándo será? preguntó uno de los circunstantes, ya bastante de mal humor por la tardanza.

En aquel punto el hombre que estaba despachando a los parroquianos, hizo a Jines una seña casi imperceptible, por lo que este tuvo tiempo de responder a su importuno:

—Ahora mismo, camaradon.

Era que el hombre de la seña acababa de reconocer entre la multitud a Candia i a Molina.

Las palabras sacramentales de Jines arrancaron al concurso una salva de aplausos; i no faltó quienes llevasen su entusiasmo hasta gritar:

—Viva el Rei! viva Jines!

—Algo hai aquí de nuevo, dijo Candia a Molina.

—Así lo estoi pensando, al reparar en la cara de pascua, i la dilijencia de Jines.

Estos dos hombres eran poseedores del secreto, pero lo eran separadamente, i no quisieron descubrirse.

Jines dió órden de descuartizar el cerdo, determinando, con alta habilidad, el destino que debia tener cada una de sus partes; i trepando en seguida sobre la pipa mas voluminosa del establecimiento, manifestó al público que tenia alguna cosa que decir.

—Silencio, charlatanes! silencio! gritaron varios a la vez: maese Jines va a hablar.

La jente se estrechó mas i mas al rededor del figonero.

—Qué! va a hablar Jines? observó Candia; acerquémonos, pues el hecho será curioso.

—No tanto, señores, dijo el piloto Ruiz incorporándoseles; Jines va a dar un golpe maestro.

Candia i Molina tornaron a mirar a Ruiz como que nada comprendian.

—Sí, amigos, insistió el piloto, el lanze está bien preparado, i el resultado será brillante. Oid.

Era ya tiempo, porque Jines, cuadrándose sobre el tonel con todo el garbo de un senador romano, decia en aquel punto a la multitud con voz estentórea:

—Compatriotas! hoi no se paga en el tambo de maese Jines; i lo que es todavía mejor, hoi maese Jines perdona todas sus deudas.

—Que se repita! que se repita! gritaron unos tantos temerosos de ser víctimas de una ilusion.

—Bien, esclamó Jines, lo que he dicho, es que nadie me debe nada, ni por hoi, ni por lo atrasado; que lo regalo todo a mis deudores.

Esta esplicacion hizo la crísis que era de esperarse, i Jines fué paseado en hombros al rededor del tambo, a semejanza de ciertos héroes de la historia.

Jeneralizóse bien pronto la comida i la bebida; i poco despues solo se veian caras sombrías i cuerpos vacilantes.

Jines fué todavía por una hora el hombre mas popular del mundo, pues no habia labio que no le sonriera ni ojo que no le contemplara. Viva el Rei! viva Jines! fueron las únicas vozes que se oyeron durante un largo rato, i no decimos durante todo el dia, porque el figonero cometió una torpeza que le hizo perder dos tercios de su justa popularidad.

Hela aquí.

Luego que los laureles del bueno del hombre crecieron tanto que ya no le fué dado soportar su peso, porque el pueblo, en el delirio de su entusiasmo, le daba mordiscos en vez de ósculos, tuvo la impolítica de volver a hablar; i hai individuos que, si una vez aciertan por lo que es en sí lo que tienen que decir, despues no vuelven a acertar jamas; i esto precisamente fué lo que le sucedió a Jines. La elocuencia no estaba en él sino en su jenerosidad,pasada esta, ya su palabra era una palabra comun, mas que comun, insoportable.

Veamos lo que dijo.

—Lealísimos i caros españoles, mis compatriotas, como hombre que profesa la fe de Cristo i pertenece al honrado i lacónico gremio de los posaderos, debo confesar aquí, a la faz del mundo que me oye, i obedeciendo al grito de mi propia conciencia, que no soi yo, esto es, que no es maese Jines de Chinchilla i Cienfuegos el que propiamente os ha festejado hoi..... sino..... el buen caballero i poderoso señor *don* Francisco Pizarro.

Hemos marcado el don para indicar que él era simplemente una fineza de Jines.

—Ah! dijeron varios; estaba visto que esto no podia ser de otro modo.

—Cómo así? cómo así? preguntaron otros.

—Vais a saberlo, continuó el orador un tanto aflijido, pues sentia desprendérsele la corona de la popularidad para ir a ornar otras sienes, si no mas grandes que las suyas, por lo ménos mas egrejias. Vais a saberlo. El hombre benemérito llamado a descubrir los mundos que se hallan al Sur, i a hacer mas ricos que un rei a todos los

afortunados que lo acompañan en su feliz espedicion, Francisco Pizarro, en fin, me ha llamado i me ha dicho: Jines, ya que no me es dado llevar conmigo al Sur a todos mis compatriotas, por tener completo el número de los que deben acompañarme, reúnelos en tu tambo i festéjalos en mi nombre, perdonándoles las cantidades que te adeuden; pues no quiero que el dia de la salida de mi espedicion haya caras tristes en Panamá. Agregando a lo dicho unos cuantos ducados.

—Pues entónces, que viva Pizarro! gritó la turba fuera de sí.

—Sí, que viva! respondieron una docena de los mas caracterizados de la reunion, pero nosotros queremos ir con él al Sur.

—Cierto! cierto! todos los aquí presentes queremos ir, dijeron cien vozes a la vez.

—Imposible! continuó el figonero; i es ciertamente una desgracia, pero no hai una sola plaza vacante.

—Cómo imposible? murmuraron Candia, Molina i Ruiz; nosotros queremos ir; nosotros iremos. Vamos a buscar al capitan.

Jines, como si no esperase mas que esas palabras, levantó con disimulo la mano, i tiró de una cuerda que tenia arriba de la cabeza.

Aquella cuerda era la que sostenia la bandera del techo de la casa, por lo que, arriada, cayó sobre las hojas de bihao del emparrado.

Tuvo lugar entónces un fuerte movimiento a bordo de los buques, i el que mandaba la maniobra, gritó:

—Todos los botes al agua, i atracar a la orilla, frente a Jines.

Cinco minutos despues diez botes surcaban las aguas.

Jines, como si a virtud de una doble vista hubiese presenciado lo que pasaba en la mar, volvió a recojer el hilo de sus peroraciones, diciendo:

—Bien, señores; puesto que insistis en hacer parte de la espedicion, marchemos a bordo, que una vez allí, estoi seguro, el capitan no nos desairará.

—Marchemos! gritaron al punto los *claquers* de aquella funcion; a propósito están los botes en la playa.

—Marchemos, continuó el imperturbable figonero, porque ¿qué tenemos nosotros aquí? nada, ni aun la esperanza de hacernos ricos con el tiempo, pues la colonia no es de las mejores, i como ya tiene autoridades, el medro, si lo hubiera, de fijo que no seria para nosotros. Marchemos, pues, a probar fortuna al Sur. ¿Quién quita que allá nos estén esperando un cuento de ducados, un bello territorio, i hasta un títúlo? Colon no era noble.

—Marchemos! adicionó Ruiz, el oro que se encuentra ácia el Sur no tiene guarismos que lo representen; es fama que esas rejiones son mas bellas i abundantes. ¡Gloria, pues, al primero de nosotros que pise sus valles, al primero que trepe sus montañas! Gloria al primero de nosotros que clave sobre el cráter de sus volcanes la cruz i el estandarte de Castilla!

—Gloria! gritó el concurso entusiasmado.

—A bordo! a bordo! esclamó Jines; síganme los buenos españoles. A bordo! por España i Pizarro!

Este último grito del figonero electrizó la mul-

titud, i toda ella se lanzó a la playa ébria, loca de contento.

—Viva Pizarro! gritó Jines arrojando un puñado de escudos al aire, que brillaron a los oblícuos rayos del sol poniente, como las primeras gotas de una lluvia de oro.

Aquello ya no se pudo resistir, i los aventureros se metieron en los botes dando gritòs de alegría.

Quedaron tan solo al rededor del tambo unos cuantos hombres, demasiado pusilánimes para arrostrar los peligros, o bastante sóbrios para no haber perdido sus cabezas en aquel vértigo de vino i de codicia.

Una salva de silbidos fué la consecuencia de su cobardía.

A estos silbidos hizo eco un disparo de artillería de los buques, i el toque de dos bandas de música escojidas.

Era que de a bordo saludaban a los nuevos argonautas.

—Viva Pizarro! gritó por última vez la turba, i su grito fué ahogado en el instante por el golpe igual de los remos al caer al agua.

Es necesario que el lector esté en cuenta de que la mayor parte de la jente que concurrió al tambo de Jines era de la peor que habia pasado a América. Galeotes i desertores del ejército en su mayor parte, estaban siempre dispuestos a gritar que viviese el primero que los regalase con un pan, i hasta rendir la vida por él a trueque de unos cuantos ducados. Cierto que muchos no eran mas que gritones; pero en cambio habia otros cuya sola riqueza era su espada, su único abrigo el sol i su mejor consuelo la esperanza; infelizes sin

hogar ni familia, con muchas letras que cubrir i pocas o ningunas que jirar. Estos fueron los que se embarcaron.

Por otra parte, Francisco Pizarro, aunque de oscuro oríjen i exigua riqueza, no era por cierto un aventurero comun. Pasaba por uno de los vecinos notables de Panamá, i su nombre se habia hecho célebre en la conquista de Nombre de Dios, i en la de Urabá como lugar teniente de Ojeda. Seguirlo, pues, era seguir una estrella naciente que podia llegar a ser sol.

—Vaya! se dijo Jines al echar desde el puente de uno de los buques la última mirada a su desierta posesion, creo que todo ello no valdria trescientos ducados.

Una hora despues era completamente de noche.

Veamos lo que pasaba entretanto en la casa del Gobernador.

CAPÍTULO IX.

QUINTO, CAPITAL I MITAD.

La suerte de la espedicion estaba echada i todo parecia tocar ya a su fin, cuando tuvo lugar un contratiempo de la mayor importancia.

Era este contratiempo que el Gobernador habia recapacitado.

Ya se colije que en tratándose de un hombre como el Gobernador de Castilla del Oro, toda recapacitacion dejaba de ser grave, para ser gravísima.

Sí, el Gobernador habia recapacitado, i de resultas de eso acababa de citar a sus consocios a una conferencia secreta en el palacio de la Gobernacion.

—Qué hai? qué puede ser esto? se pregunta-

ban los dos capitanes, mas sin poder responderse satisfactoriamente.

Tan solo el padre Luque entrevió algo, i se sonrió.

Llegada la hora de la cita, i conducidos los tres espedicionarios al cuarto mas retirado de la casa del Gobernador, les hizo presente este empleado, con el acento del pesar mas profundo, que nada se podia hacer ya en el negocio de la espedicion, por haberle llegado instrucciones recientes de la corte prohibiendo los descubrimientos al Sur, a causa de los últimos desastres.

El golpe no podia ser mas trájico.

Pizarro i Almagro sintieron írseles la sangre a los piés; solo el cura conservó su imperturbabilidad.

—I ahora qué haremos? se atrevió a preguntar Pizarro tímidamente.

—Yo no lo sé, respondió el Gobernador.

—Pues yo sí, observó Luque con frialdad.

Estas palabras volvieron la vida al concurso.

—Esplicaos! dijeron todos a la vez.

—Dando por recibidas las instrucciones despues de salida la espedicion.

—Pero.... balbució el Gobernador.

—Pero qué? preguntó el maestrescuela con aspereza.

—Pero eso es tanto como proponerme una....

—Una qué? volvió a preguntar el maestrescuela, interrumpiendo al Gobernador i cobijándolo con una mirada de fuego.

—Pues bien, lo diré, agregó el de Dávila con resolucion: eso es tanto como proponerme una felonía.

—Mas felonía es queremos arruinar ahora con

semejante medida! esclamó el cura creyendo ya perdidos sus veinte mil ducados. Qué vamos a hacer con buques i con soldados sin poder salir al mar?

La palabra *soldados* hizo estremecer a Pizarro, pues le recordaba el terrible abandono de Jines.

—Es que podemos hacer algun arreglo, observó el Gobernador un tanto conmovido por lo que sufrian sus amigos. Al fin el hombre como que tenia buen corazon.

—Hum! moduló Almagro que empezaba a ver claro en el asunto.

—Qué arreglo? preguntó Pizarro.

—Uno por el cual me atreva yo a cargar con la responsabilidad de dejaros marchar.

—Qué mas, señor, que la parte que teneis en la emprésa?

—No, Luque; esto es por separado: ya veis que si tal hago, arriesgo no solo mi empleo, sino mi cabeza.

—Que al fin es algo, observó Almagro maliciosamente.

Luque tembló pensando que el Gobernador iba a pedir como otro Midas.

—Resignémonos, dijo Almagro mirando de soslayo a Pizarro para indicarle que acababa de trazarse un plan.

Luque comprendió aquella mirada i se tranquilizó.

El Gobernador empezó a sentirse derrotado, i dijo:

—Pensad bien lo que habeis de hacer; despues no me hagais cargos.

—Bien pensado lo tenemos, se apresuró a contestar el maestrescuela temeroso de que sus compañeros cometiesen alguna imprudencia; cierta-

mente os comprometeríais de una manera atroz. Venderemos lo que se ha comprado.

—I el dinero adelantado a los enganchados? preguntó el Gobernador, seguro de anonadar a su contrario.

—No creo que sea mucho, observó Pizarro, presa siempre de las desconfianzas que lo devoraban.

—Ya lo ois, señor Gobernador, el capitan Pizarro, encargado por la asociacion de los reclutas, dice que el dinero adelantado no será mucho, recalcó Luque dirijiendo una mirada de aprobacion al futuro marques, por lo que el padre creia un rasgo de consumada diplomacia, no siendo sino una sospecha sobrado justa.

Los socios activos creyeron llegado el momento, i se pararon para retirarse.

—Os vais? preguntó desconcertado el Gobernador.

—Si, señor, respondieron sus amigos.

—Señor cura, tendríais la bondad de oirme dos palabras por separado? preguntó el Gobernador casi suplicante.

—Las escucho, dijo Luque indicando a sus compañeros que lo dejasen solo.

Estos obedecieron.

—Hablando claro, lo que hai de cierto, padre Luque, es que estoi urjido de dinero, i he querido sacárselo a esos señores, dijo el de Dávila continuando la conferencia.

—Pero esa es una crueldad, señor Gobernador.

El empleado de la corona se encojió de hombros.

—I cuánto necesitais? se apresuró a preguntar el maestrescuela viendo que la cosa no tendria remedio.

—Mil ducados.

—Mil ducados!

—Ni un maravedí ménos.

Luque se concentró.

—I para que veais que soi mas amable de lo que pensais, mirad este papel, continuó el Gobernador.

—Qué contiene?....

—Mi separacion formal de la empresa, mediante mil ducados recibidos de contado.

Los ojos de Luque lanzaron llamas.

—Mas, a quién cedeis vuestros derechos?

—A la empresa, padre.

El maestrescuela dijo para sí: en caso de perder, lo mismo son veinte que veintiunmil; al paso que si se gana, serán, en vez de quinto, capital i cuarta parte, quinto, capital i mitad.

Despues en voz alta:

—Quereis hacer una cosa?

—Qué cosa?

—Cederme vuestros derechos en vez de cederlos a la empresa.

—Vengan los mil ducados, i sea a quien fuere.

Entretanto, Pizarro i Almagro, bien distantes de esperar el resultado de la conferencia de sus consocios, caminaban en busca de los buques.

Al pasar por el tambo de Jines, i al reparar en el desórden en que habia quedado el famoso establecimiento, pues todo era vasijas rotas i barriles rodados, Pizarro no supo qué pensar; i sin decir nada, pasó de largo entre el temor i la esperanza.

—Deja que el Gobernador repase sus instrucciones esta noche, dijo Almagro a Pizarro luego que llegaron a la orilla del mar; así podrá cumplirlas mas a la letra, i miéntras tanto vamos nosotros a hacernos a la vela.

—Es lo corriente.

Almagro silbó de un modo particular por tres vezes seguidas.

Nadie contestó aquella señal, pero poco despues se sintió en las aguas el ruido de un boto que se acercaba a fuerza de remo.

—Quién va? preguntó el marino que iba a proa, parando el golpe de la playa que parecia iba a partir en dos la embarcacion.

—Nosotros.

—Ah! venid, señores mios, dijo el del timon, se os espera para levar el ancla.

—I la jente? preguntó Pizarro con notable angustia.

—A bordo.

—En bastante número?

—Por lo que es eso, sí. Jines ha dirijido el negocio con mucha habilidad.

—I qué hace ahora?

—Dormir, señor.

—Bien, dijo Almagro cortando el diálogo, marchemos al punto.

Un segundo despues alejóse la barca de la orilla como un cetáceo cuyas formas no se percibiesen bien a causa de la oscuridad.

Al amanecer del dia siguiente todo habia desaparecido en la mar, hasta la estela de los buques, borrada por el choque de las olas i la luz del sol; i nadie hubiera adivinado cuál era el rumbo que llevaba la espedicion, como tampoco cuál seria su destino. Nadie, ni el hombre que iba i venia a todos los puntos salientes de la costa, i que, trepando sobre las rocas i parándose en la punta de los piés, parecia querer abarcar el océano con una sola mirada, esclamando cada vez que se desvanecia en el horizonte la pequeña nubecilla que habia tomado por las embarcaciones:

—La culpa, la gravísima culpa la tengo yo, porque cuando Almagro miró a Pizarro, indicándole que en vez de dar dinero al Gobernador, se diesen a la vela secretamente, yo sorprendí i aprobé su mirada! Si no volviesen!.....ah! Dios de Israel i de Jacob, ten compasion de este hombre sin esperiencia, de esta criatura sencilla!...

Despues de lo cual se desataba en sollozos capazes de partir el corazon mas empedernido.

Este hombre era el padre Luque.

CAPÍTULO X.

LA MAR.

El primer europeo que dilató su mirada llena de orgullo i alegría por el inmenso piélago llamado por unos *mar del Sur*, i por otros *Océano Pazífico*, a causa de la tranquilidad de sus aguas, fué Vasco Núñez de Balboa, quien tomó posesion de él a nombre del rei de España, desafiando, como era uso entre buenos caballeros, a todo el que le disputase sus derechos; pero si fué Balboa el primero en el mundo que se gozó con espectáculo tan grandioso, tambien fué Pizarro el primero que surcó sus aguas de azul i de cristal con toda la arrogancia del conquistador.

Con efecto, al amanecer del dia siguiente a aquel en que el Gobernador de Castilla del Oro, renunció la parte enorme que pudo tocarle en la espedicion por la insignificante cantidad de mil ducados, a semejanza del que cedió su derecho de primojenitura por un plato de lentejas, o del rei que ofreció su reino por un caballo, los dos buques aventureros, con la proa siempre al Sur, se alejaban mas i mas de Panamá. Apénas llevaban unas cuantas horas de navegacion i ya la tierra habia desaparecido a sus ojos; sinembargo,

durante la noche no se pudo notar esta desaparicion, siempre desconsoladora, i mayormente entónces que los navegantes no tenian mas guia que su propio destino ni mas horizonte que el infinito. Pero cuando el sol apareció en el rojizo oriente, solo se vió agua en derredor; agua i mas agua, desatándose en torno de sí misma como un caracol inmenso cuyos círculos todos venian a confundirse bajo la quilla de las naves, i cuyos puntos equidistantes se perdian en el celeste claro de un cielo sin nubes, siempre igual i desierto. Entónces fué cuando mas de un corazon latió de temor; entónces cuando mas de un soldado aguerrido, que habia arrostrado la muerte con serenidad en la guerra de jigantes que trabaron mas por orgullo que por razon, Cárlos V i Francisco I, se sintió palidezer, i se entristeció a la vista de un peligro nuevo por su solemnidad, e imponente por su calma i por su misterio.

El silencio ciertamente no podia ser mayor. La tranquilidad del aire no la turbaba el vuelo de las aves; los pezes dormian bajo el nivel del agua; i las brisas, aunque fuertes para hinchar el velámen, no causaban el mas leve sonido. Nadie hablaba a bordo, unos todavía entorpezidos por la bacanal de la víspera, otros avergonzados por su precipitacion; otros en fin (i estos eran los mas) porque no alcanzaban a comprender lo que les estaba pasando, merced al trastorno de sus ideas i a lo confuso de sus recuerdos.

Solo Ruiz, puesta la mano en la rueda del timon i el ojo fijo en la aguja, daba de cuando en cuando muestras imperceptibles de vitalidad, gracias a los indispensables movimientos de su oficio. Jines, hombre capaz de comprender siempre

la situacion i, lo que es mejor, de dominarla, andaba de popa a proa, entraba i salia por las escotillas, i no paraba un solo instante, repartiendo a todos los despabilados las últimas gotas del manchego de la fiesta, a fin de que todo fuera uniformemente; pues decia, que no era mui de su agrado que hubiese tantos despiertos i cavilosos, cuando estaba la tierra tan cercana, i cuando los airecillos del amanecer parecian haber apagado el entusiasmo de la noche.

—Qué haceis, Jines? solia preguntar de cuando en cuando Pizarro al posadero, al verlo pasar por junto, casi llevándose enredada la capa en que estaba envuelto.

—Capitan, le respondia el dilijente reclutador, curo a estos señores, pues hai mas de una veintena a quienes parece que se les ha indijestado el cerdo.

Pizarro se sonreía sin comprender, i el silencio i la calma continuaban.

Quien no haya visto el mar no padrá formarse nunca una idea completa de su eterna solemnidad, ora duerma como un monstruo fatigado, reclinando su cien cabezas en las ágrias rocas de su orilla, ora alze su lomo espumoso hasta rivalizar con las montañas mas altas de la tierra. Por entónces el Pazífico estaba tranquilo i trasparente como la cúpula azul que descansaba sobre todos los puntos de su circunferencia, i solo el rayo del sol, recto como un dardo de oro, se desataba en llamas ardientes sobre el tope de las naves, cuya proa rompia por primera vez las ondas de aquel desierto líquido e inmenso. He ahí por qué todos los aventureros que se encontraban a bordo estaban taciturnos, impresionados por un espectáculo nuevo, e ignorantes de la senda que su deseo de enriquezerse les hacia seguir sin mas

probabilidades que la muerte, ni otra esperanza que la de encontrar con una nacion aguerrida que los detuviese en su camino con la punta de sus flechas envenenadas o los golpes de sus mazas poderosas.

Sinembargo, cerca de medio dia empezaron a formarse corros i a soltarse espresiones mas o ménos subversivas, hasta el punto que Pizarro creyó llegado el caso de intervenir directamente.

—Qué pasa, señores? preguntó en uno de los corros mas ruidosos, con aire severo aunque reposado.

Los descontentos guardaron profundo silencio.

—Pregunto, señores, qué pasa? insistió el capitan con voz de mando; creeis que no os he escuchado murmurar toda la mañana?

—Es que.... se atrevió a articular uno de los mas atrevidos.

—Es que sois unos cobardes! gritó Pizarro indignado, os estais asustando de la soledad del mar, como si la mayor parte de los que estais aquí no hubiera navegado nunca. Acaso en los mares de Europa se va por entre arboledas i pueblos? Acaso para venir a Panamá no habeis pasado meses enteros sin ver mas que agua i cielo?

—Pero al ménos sabíamos para dónde íbamos.

—I qué! ahora no lo sabeis?

—No, capitan.

—Pues digo que sí: vais al Perú; vais al país del oro.

—Eso es mui fácil de decir, añadió un tercero.

—Cierto, cierto! dijeron todos.

Pizarro sintió que se aproximaba la crísis.

—No alzeis tanto la voz, señor Marchena, repuso detras del capitan álguien que vino en su socorro; mirad que hai entenas donde colgar a los revoltosos.

Aquel aviso provenia de Jines.

—Bah! dijo Marchena encojiéndose de hombros; a mí amenazas? Veremos quién se atreve!

Estas palabras fueron acompañadas de cierto ademan, i la espada de Marchena, que era el guapo de Panamá, brilló en el instante fuera de la vaina..

—Yo, dijo Pizarro con acento ahogado por la cólera, a tiempo que la mano de Marchena caia yerta i ensangrentada a los piés de la multitud absorta; yo, yo me atrevo!

El herido dió un grito mas de furia que de dolor, i trató de echarse sobre Pizarro como un oso del polo se echa sobre una liebre para ahogarla: mas el capitan le dió un golpe tan violento con el pomo de la espada en el cráneo, que Marchena, vacilante como un roble partido, cayó para no levantarse jamas.

—Al asesino! al asesino! gritó la turba fuera de sí.

Pizarro se puso en guardia, i su espada, como una serpiente que se ve acometida por cien lagartijas, hizo destrozos en ménos de un segundo.

Jines, viendo que el trance era apurado, se alejó precipitadamente del tumulto.

La sangre corrió entónces sobre cubierta; Ruiz abandonó el timon, i el buque, como una inmensa astilla de madera, rodó a merced de las olas; al paso que los amotinados gritaban sin cesar entre el retintin de los aceros: Nos han engañado! queremos volver a Panamá! queremos vengar a Marchena, nuestro hombre, nuestro jefe!

Todo era, pues, confusion a bordo, cuando he aquí que dominó la algazara del momento el ruido de un cañonazo i el temblor del buque sacudido de popa a proa como atravesado por una bala de 20 libras.

—Somos perdidos! esclamó en aquel punto Ji-

nes, despavorido mas por lo que estaba pasando que por lo que decia: Almagro ha hecho fuego sobre nosotros!

—Cuerpo de Cristo! esclamaron entónces diez de los mas tenazes, i guardando los aceros fueron a ocultarse en los puntos oscuros de la embarcacion.

He aquí lo que habia pasado.

El buque de Almagro iba ciertamente a tiro de cañon del de Pizarro, pero aquel no habia podido observar nada de lo que pasaba, ni mucho ménos oir los gritos de los descontentos, aparte del ruido de las olas, por estar entretenido en una escena un tanto parecida con los descontentos de su embarcacion. La verdad era que Jines, viendo en apuros a su capitan, i desconfiando del desenlaze del negocio, en el que si llegaban a ponerse las cosas en claro, tendria que desembolsar los trescientos ducados de los reclutas, i, lo que era todavía peor, perder su crédito para siempre; la verdad era, decimos, que Jines, atendido esto, habia resuelto hacer una de las suyas, prendiendo fuego a la ceba de un falconete, i lanzándose en medio de los combatientes gritando: somos perdidos! Almagro ha hecho fuego sobre nosotros! I el figonero habia raciocinado como dicen que raciocinaba Ciceron. En primer lugar, con el cañonazo, daba aviso a Almagro del peligro que estaban corriendo, i este concurriria en su ayuda; en segundo, los revoltosos huirian despavoridos al primer anuncio de ser atacados de afuera.

Ya se ha visto cómo el éxito coronó sus cálculos.

Pero no solo llegaron hasta aquí las consecuencias del cañonazo de Jines; tambien sucedió lo que él no habia previsto, i fué, que los de Alma-

gro se aquietasen con aquel acento de muerte i de poder; pudiendo este jefe obrar como las circunstancias lo requerian.

Pronto se restableció el órden en ambas embarcaciones, i Jines cargó por duplicado a la cuenta de la espedicion, la capa hecha pedazos a estocadas de Pizarro, i uno o dos escudos que se le escaparon del bolsillo durante la refriega; no embargante que para aquella época sus corresponsales los Médicis no habian introducido aún en el mundo comercial el bello sistema de la partida doble.

Luego que el tumulto cesó completamente, Pizarro congregó a todos los reclutas sobre cubierta. Una vez allí, el astuto Ruiz, manejando el timon con sobrada destreza, viró por redondo dos o tres vezes, como el jinete que revuelve un potro para adestrarlo en el uso de la rienda, i abandonándolo luego, esclamó:

—Como yo no tengo ánimo de volver a Panamá, dejo el gobierno del buque; vosotros que deseais volveros, gobernadlo.

Los amotinados se miraron entre sí: el cambio de bordada los habia desorientado completamente, i no podian calcular siquiera por el sol a qué rumbo se hallaban, porque en aquel momento eran las doce, i el astro parecia como clavado en centro del cielo.

Una mudez de desconcierto sucedió pues a la mirada.

Interrumpió aquella mudez el ruido causado por una masa que caia al agua con mayor fuerza que la de su propio peso, i un estremecimiento mui parecido a un calofrio discurrió por el concurso: era que los marineros acababan de tirar al mar el ensangrentado cuerpo de Marchena,

dentro de un saco i con una bala de a 36 a los piés.

La turba temblorosa de espanto se retiró sin responder nada a la observacion de Ruiz. Pizarro se sonrió con desden, i Jines dijo para su sayo:

—Indudablemente no se volverá a hablar mas del negocio del reclutamiento: están, pues, en salvamento los ducados.

CAPÍTULO XI.

FIEBRE I BORRASCAS.

Miéntras pasaban en la soledad del océano los acontecimientos que acabamos de referir, el desinteresado del padre Luque contaba los dias mas angustiosos del mundo, pues sentado a todas horas en alguna punta de la playa, creía divisar a cada momento los buques regresando ya de la espedicion, no solo cargados de oro hasta irse a pique, sino trayendo a remolque nada ménos que el imperio del Perú. Tan exajeradas eran sus esperanzas!

Empero, como pasasen dias i dias sin que este regreso se realizara, el reverendo dió en ponerse triste i mas triste, hasta el punto de hacer temblar a los fieles por su vida.

—Pero veamos, mi padre, solia preguntarle esta o la otra hija de confesion, a punto fijo, qué es lo que siente usted?

—Hija mia, no lo sé, respondia el maestrescuela casi muriendo; lo que esperimento es una inquietud mui grande, como el presentimiento de una desgracia.

—Pero qué desgracia? insistia la buena mujer.

—Así como la de un naufrajio, o una derrota.... pero mejor será que no hablemos de esto: es para matar a cualquiera.....

I luego se metia en la hamaca con principios de fiebre.

—Qué hai, Perico ? cómo ha amanecido el señor cura ? preguntaba todas las mañanas el vecino mas cercano del reverendo, al criado de este, que encontraba a la puerta de la casa.

—Mal, señor, pues el padre ha delirado toda la noche.

—I sobre qué ?

—Señor, sobre ducados i mas ducados; pues segun sus cuentas llegaban hasta veintiun mil. A lo que veo, debe de ser esta una suma mui grande.

—No deja de serlo, Perico. I no delira sobre otras cosas el señor cura ?

—Tambien habla de *quinto*, *capital* i *mitad*, sin que yo haya podido comprender qué quiere decir con esto. Deben ser términos de iglesia.

El vecino sonreía de la poca malicia de Perico, i seguia adelante su camino, murmurando:

—Buena pieza es el párroco, vive Dios!

Por desgracia, la época en que tuvo lugar la espedicion fué de las mas fatales para la empresa, pues era la del invierno, por lo que la lluvia caía constantemente, i una tempestad tras otra tempestad alborotaba las aguas del Océano, desmintiendo de esta suerte la mansedumbre de su nombre.

Al segundo dia no mas de haber salido de Panamá, revistióse el cielo de nubes tormentosas, ocultóse el sol, i un dia opaco i triste como el de las inmediaciones del polo, sucedió al dia espléndido i sereno de las rejiones ecuatoriales. Los vientos de tierra, refrescantes i perfumados, huyeron al fondo de los bosques, i en su lugar sopló el austro, con una violencia tal, que casi paraba sobre popa las dos atrevidas embarcaciones, que, a despecho de olas hinchadas, rayos quemadores i huracanes violentos, seguian siempre adelante,

impelidas, mas que por los elementos, por la incontrastable voluntad de Pizarro.

El hombre habia dicho: *yo lo quiero ;* i la naturaleza era débil ante aquella volicion suprema.

Momentos hubo en que fué tanta la furia de la tormenta, que los cables se reventaron i el velámen, podrido por los continuos aguaceros, se deshizo como papel mojado ; los buques cabezeaban como faltos de lastre, i hasta el mismo piloto Ruiz palidecia como un difunto. ¡ Entónces todo era solemne i grandioso a bordo. Cien hombres, profundamente resignados unos, temblorosos otros, pero ninguno indiferente, se arrodillaban a una, i estendiendo los brazos al cielo, parecian aprestarse a recibir el golpe mortal de un jenio irritado e invisible. La ola inmensa i desbordada se venia encima como una montaña que se desprende de cuajo ; el rayo, veloz como una serpiente de fuego, cruzaba el horizonte i desaparecia! . . . .

Mas, no era llegada aún la hora de aquellos hombres, i la ola, hundiéndose en el abismo tanto como se habia levantado en los aires, pasaba caracoleando su cuello de esmeralda por debajo de las embarcaciones. La alegría se pintaba en el acto en todos los rostros, resonaba el trueno en la inmensidad, las nubes huian súbitamente, i un rayo de sol volvia la vida i el calor a la naturaleza toda.

Aquel rayo era la mirada de Dios.

Un segundo despues, el mar estaba azul i límpido como una fuente, las aves volvian a revolotear al rededor de los buques o a seguir su curso tranquilo, i la tierra como una vírjen coronada de flores parecia adelantarse en medio de las aguas a recibir a su visitador.

Entónces era cuando Pizarro, frotándose las manos, se sonreía con malignidad.

—Por qué os reis, capitan? solia preguntarle alguno de sus mas allegados.

—Porque si el maestrescuela hubiese venido con nosotros, creo que no hubiera vivido hasta la salida del sol.

—Juzgais a Luque tan cobarde así?

—Yo no sé si será cobarde, solo me consta que es avaro, i estos señores tienen cien probabilidades mas de muerte al dia que cualquiera otro hombre.

—Pero él no tiene parte alguna en esta empresa.

Pizarro no contestaba.

—Cierto, capitan; yo mismo le he oído decir en Panamá que él tan solo representaba en la espedicion al licenciado don Gaspar de Espinosa, el suministrador del dinero.

—Razon de mas para que hubiera muerto, observaba Pizarro, i volteando la espalda a su interlocutor se alejaba militarmente.

Ya habian tocado los espedicionarios en la isla de Perlas, cruzado el golfo de San Miguel i anclado en el puerto de Piñas, límite de los descubrimientos de Andagoya, cuando entraron al rio Birú. "Despues de navegar por este rio unas dos leguas, dice el historiador, Pizarro mandó fondear, i desembarcando todas sus fuerzas, escepto los marineros, procedió al frente de ellas a esplorar el pais. El terreno era un vasto pantano en que las fuertes lluvias habian formado innumerables charcos, i el fango no ofrecia punto de apoyo al pié del viajero. Este triste pantano estaba rodeado de bosques, al traves de cuya espesa vejetacion i malezas, penetraron con mucha dificultad; hasta

que dejándolos atras, se encontraron en una rejion montañosa, de carácter tan áspero i llena de tantas piedras, que les cortaban los piés hasta el hueso, i el soldado abrumado con el peso de la malla o sufocado con el justillo de algodon espesamente entretelado, apénas podia arrastrarse con sus armas. Tal fué el ominoso principio de la espedicion al Perú !"

En breve fué tanto i tan justo el desaliento de los espedicionarios, que Pizarro sintió la necesidad de dar la órden de reembarco. Lanzóse la jente a los buques llena de júbilo, i volvieron a engolfarse en la mar con igual placer que cuando habian salido de ella.

Una vez mar afuera, tocaron en otro punto de la costa para hacer aguada i recojer un poco de leña, pero sin detenerse mas que el tiempo preciso. No bien se apartaron algunas millas de tierra, cuando negras i siniestras nubes recorrieron el espacio con la velozidad del huracan, la mar rujió como un monstruo terrible, i sucediéronse diez dias de tormenta continua.

Pizarro mismo empezaba a palidecer. Envuelto en su capa negra, i calado su chambergo blanco hasta los ojos, veíasele horas enteras cargado contra el palo mayor, esperando que el buque se abriese en dos i todos se sumerjiesen en las ondas. Empero, su calma, que estaba léjos de ser abatimiento, servia para fortalecer a los soldados, que, amigos por naturaleza de los hombres de corazon, habian acabado por amar a su jefe como al mas valiente de su época.

Los víveres se habian concluido todos, i la racion diaria de los conquistadores estaba reducida a dos mazorcas de maiz. Pronto faltó tambien este recurso.

Entónces la jente volvió a suspirar por la tierra, llegando hasta echar ménos los hediondos pantanos de la ribera, impenetrables, enfermizos i plagados de insectos venenosos.

Empero, solo quedaba un recurso, i era volver atras. Pizarro tembló al hacer esta consideracion, pero no pudo ménos de ordenarlo así.

Era ya tiempo: un segundo despues la sublevacion hubiera estallado a bordo con caractéres siniestros; i esa sublevacion hubiera sido invencible: no hai nada tan poderoso en el mundo como las iras del hambre.

La tierra volvió a presentarse a los viajeros bravía i desconsoladora. Los árboles parecian haber duplicado su corpulencia con el invierno, i las enredaderas i las lianas, enlazándose a los troncos i a las piedras como una malla impenetrable, resistian los golpes del hacha i burlaban la voracidad del fuego. El suelo presentábase húmedo i resbaladizo, i un millon de insectos asquerosos revoloteaban famélicos sobre las cabezas descubiertas de los aventureros i sus cuerpos casi desnudos.

Ni el salvaje, ni el ave, ni la fiera habitaban por entónces aquellas rejiones de muerte.

En tan angustiosa situacion resolvióse por el capitan despachar un buque a la isla de Perlas en busca de víveres; i recayó la eleccion en Montenegro, oficial de toda su confianza.

—No, dijo la multitud, imponente mas por su miseria que por su audazia, no queremos permanecer mas tiempo en este sitio; capitan Pizarro, volvednos a Panamá, o vamos a perecer de miseria.

Ciertamente su estado no podia ser mas triste; los soldados robustos de otros dias estaban débi-

les como niños; i los ojos desencajados de la multitud, sus rostros lívidos, sus barbas crecidas i sus harapos chorriando agua i lodo, eran para partir el corazon. Pizarro sintió algo parecido a un remordimiento; pero era lo cierto que él no se hallaba mejor aviado que los demas.

Jines no era el ménos aflijido de la espedicion. Habia llegado hasta los estremos de pedir un confesor, i de distribuir entre los menesterosos los mil ducados que habia recibido de Pizarro.

—Oro me dais! díjole un tal llamado Saravia con desprecio; guardadlo, maese Jines, i dadme pan: pan es lo que necesito.

—Ya lo tendremos, amigo, respondió Jines muerto de dolor; Dios es grande.

—Sí, tan grande, que no hai riesgo que se meta a panadero solo por darnos gusto.

—Quién quita, si mayores milagros obró en otros tiempos.

—Así dicen, maese Jines; pero esos tiempos ya no son estos.

—Impío! gritó Jines fuera de sí, i así quereis que Dios se apiade de nosotros?

—Dios no puede apiadarse, maese Jines, porque entre nosotros hai muchos criminales.

—Muchos, muchos, repitió Jines distraido.

—Ya veis, el capitan mató al pobre de Marchena; i vos nos teneis aquí purgando en vida nuestros pecados.

Estas palabras del soldado fueron pronunciadas con tanta conviccion i dolor, que dos lágrimas grandes i trasparentes corrieron por sus mejillas.

Pizarro, mudo presenciador de este diálogo, no pudo ménos que temblar: asustábanle mas las lágrimas de Saravia que las conjuraciones de Marchena.

CAPITULO XII.

VISION DE JINES.

La situacion era cada dia mas apurada. Habian muerto ya de hambre hasta seis hombres, i la peste hacia estragos violentos.

Mas esto no era todo aún, pues durante los diez dias de tempestad seguida, el buque de Almagro, arrastrado por las olas, habia desaparecido, ya por haberse regresado, traicionando a Pizarro, ya por haberse sumerjido en las ondas. Esta opinion era la jeneral.

Pizarro se encontraba solo, completamente solo, toda vez que Almagro era por entónces su único, su mejor amigo. De cuando en cuando, al acordarse de su espada, esta soledad se le hacia ménos temible; pero su brazo se sentia débil al ver que, en caso de lucha, no tendria que combatir contra hombres sino contra cadáveres. Siempre envuelto en su capa, i siempre pensativo, pasaban para él los dias i las noches con una lentitud desesperante, pues el cielo se mostraba mas i mas obstinado en su enojo, como si de nuevo la voz airada del Señor hubiera roto sus eternas cataratas.

Un dia como cerca de las diez de la mañana, Pizarro cortó de lleno sus meditaciones, i llamando a Montenegro le dió órden de ir con todos los que quisiesen seguirlo en busca de víveres i de Almagro, si era posible, hasta la misma Panamá.

Aquella órden produjo el mismo entusiasmo que un triunfo.

—I vos, capitan, qué hareis entretanto? preguntó Montenegro.

—Quedarme para cuidar de los enfermos.

—Pero vais a perecer de miseria.

—No importa, Montenegro; vos salvareis a los mas.

—En ese caso volvámonos todos a Panamá.

—Imposibel! eso seria tanto como preferir el ridículo a la muerte, i un soldado jamas hace tal preferencia.

—Bien dicho! esclamaron a la vez varios de los ménos estenuados, que ya habian aprendido a apreciar a Pizarro.

Este continuó:

—Yo he venido a conquistar el Perú, i no volveré a Tierra Firme hasta no haberlo conquistado. Si muero, moriré con honor.

—Teneis razon, capitan.

—Seria proporcionar una victoria a Andagoya i provocar comentarios hasta de los muchachos de escuela; los hombres de honor cuando ofrecemos una cosa la cumplimos. No es cierto, Jines?

El figonero jefe de reclutadores no oyó la interpelacion del firme capitan, por lo que este añadió con gracia:

—Vaya! el pobre de Jines ha muerto; rezemos un *pater noster* por su alma.

—Qué! muerto yo, i sin confesion? gritó Jines admitiendo el hecho i temblando por él; no, capitan, es cierto que hubiera muerto hace una semana quizá, pero me he detenido únicamente por falta de confesor. Suministradme uno al instante, i espiraré lleno de placer.

El pobre de Jines se espresaba con formalidad; estaba tan arrepentido de lo que habia hecho con los reclutas, que tenia santas i totales intenciones de morirse luego que encontrase un confesor; pensando, en caso contrario, hacerse cardenal o

papa. I téngase presente que Jines no queria ser fraile no mas, porque le parecia un estado algo distante de Dios, i él queria estar junto, mui junto al Padre comun de los humanos; tanto como puede estarlo el Sumo Pontífice o los miembros de su sacratísimo Colejio.

Los momentos eran preciosos, i Montenegro se hizo a la vela con los mas de la espedicion. Pizarro quedóse solo con unos treinta hombres, i eso la mayor parte enfermos.

Jines, el futuro papa Jines, no tuvo entrañas para abandonar a su capitan.

—A qué vuelvo yo al mundo? se decia en los momentos mas solemnes de sus concentraciones mentales; yo, triste pecador, a quien el cielo ha negado el consuelo de un sacerdote! .... Cerdo, maldito cerdo, Dios mantenga tu ánima en los profundos infiernos.... Tú eres el culpado; sin tí, estos infelizes no se vieran hoi como se ven.... Por fortuna los papas no engordan cerdos.... i si los engordan, no los matan.

Esta última reflexion volvia la tranquilidad a Jines.

Desde ántes de la partida del buque, Pizarro habia hecho construir algunos ranchos en la ribera donde poder esperar la vuelta de sus compañeros. Componíanse los tales de troncos verdes i hojas chorreando agua, a causa de la humedad del sitio, sin el menor abrigo, i espuestos a cada instante a desaparecer aplastados bajo el golpe de los árboles jigantescos que partia el rayo, o tronchaba el viento de las tempestades.

El alimento de la pobre colonia consistia en mariscos, pero bien pronto se agotó este recurso, i echóse entónces tras los insectos i las lagartijas, que mezclaban con las amargas hojas del pal-

mero, o las raizes mas blandas que podian encontrar. Fuéles este recurso tambien de corta duracion, pues la mayor parte de los hombres se hincharon, i algunos hasta perecieron. Entónces sí que llegó la desesperacion a su colmo; las esperanzas de encontrar alguna ranchería indíjena se habian perdido completamente, merced a la impenetrabilidad del bosque i a los muchos reptiles venenosos que se encontraban en aquella latitud; i ya tampoco habia hombres que resistiesen una esploracion siquiera de dos millas. Tendidos los unos dentro de los ranchos i los otros sobre las piedras, al raso, parecian esperar la muerte de comun acuerdo, sin exhalar una queja, i con la santa resignacion del cristiano que sabe que apénas le quedan diez minutos de vida.

Habian pasado ya hasta cuatro semanas desde la partida de Montenegro, i nada se sabia de él. El tiempo, que empezaba a serenarse, léjos de consolarlos los aflijia mas, pues les mostraba, inmenso i desierto el horizonte como un velo que la mano de Dios hubiese corrido entre el punto de su salvacion i la muerte. Pizarro mismo habia levantado al cielo sus ojos llenos de lágrimas i pedido perdon.

Siempre que moria un hombre, en la imposibilidad de darle sepultura en el área de la colonia por miedo a la putrefaccion, lo arrojaban al mar con una gran piedra a los piés. Mas habiendo acontecido muchas vezes, que las piedras se zafasen al caer al agua, i los cuerpos quedasen flotando sobre las olas, donde se lo disputaban en riña sangrienta multitud de mónstruos marinos a veinte pasos de la colonia, sin que esta lo pudiera impedir, resolvióse quemar todos los que fuesen muriendo. De esta manera las cenizas de la mayor

parte de aquellos infelizes se convirtieron en una masa comun, humedecida por las lluvias, al paso que el olor despedido por los cuerpos al quemarse venia a aumentar las angustias del hambre. A Pizarro i compañeros solo faltaba una línea para convertirse en antropófagos.

Entretanto Jines habia desaparecido i nadie adivinaba su paradero, no faltando quienes creyesen que, internado en el bosque en busca de alimento, habria perecido devorado por las fieras o estenuado de hambre i de cansancio.

Pero a la verdad nada de esto habia sucedido, i Jines era por el momento el hombre mas feliz i opulento del mundo; ya el papado i el cardenalato no significaban nada para él. En una palabra, Jines habia encontrado qué comer.

Pero no vaya a creerse, ni por un momento, que el cielo, apiadándose de él, le habia enviado un ánjel con refrijerio, a semejanza de los antiguos profetas. Nada de eso, el cielo habia estado de sobra entretenido con los aguaceros para ocuparse de las santurronas intenciones de Jines: era otro cielo, no tan poderoso como el que sirve de morada a los dioses, pero un tanto socorrido, el que se habia abierto, espléndido i pródigo, a los ojos del reclutador; este cielo era el de la casualidad.

Veamos cuál habia sido el caso. Una noche en que el figonero estaba saboreando el dia en que, ya léjos de aquella maldecida playa, pusiese sobre su cabeza el rojo sombrero, símbolo de la dignidad cardenalicia, o en que, lleno de uncion divina, fuera a ocupar la silla de San Pedro, vió de repente brillar a la distancia, i en lo mas espeso del follaje, una luz rojiza, que ciertamente no era una luciérnaga a causa de su tamaño, i que tenia todos los caractéres de una hoguera.

Otro que no hubiese sido el futuro papa Jines, habria gritado en el instante i llenado a los pobres náufragos de esperanza; pero no, el figonero tomó la cosa por el lado del milagro, i, gracias a los lloriqueos i arrepentimientos de sus últimos dias, se creyó un predestinado celeste de la categoría de Moises, siendo así que se le presentaban las zarzas ardiendo; por lo que, sin decir palabra, se levantó, i con las mayores penalidades del mundo se puso en marcha ácia la luz. Decir las caidas que se dió, las espinas que se hincó, i lo mucho que padeció durante su caminata, fuera pretender escribir un tomo en folio; solo observaremos que la luz era producida por un pueblecillo indíjena, donde, gracias a la quietud de la noche i la estrema confianza de los indios, penetró el escursionista tomando cuantos víveres encontró al paso, consistentes la mayor parte en maiz i cocos.

Era cosa de ver como el arrepentido de las fechorías antiguas, paraba la oreja como un gamo al mas pequeño ruido, e imitaba la táctica del gato, miéntras que despojaba de su cosecha a los pobres indios dormidos i confiados.

Una vez provisto Jines de esos artículos de primera necesidad en sus circunstancias, resolvió volver atras, mas no para dar cuenta a sus compañeros del suceso, sino para buscar un árbol corpulento i coposo donde pasar la noche, i esperar el dia. Quiere decir esto que Jines habia concebido un plan.

Encontrado el árbol, cosa fácil en aquellas vírjenes soledades, trepó a él Jines con alguna dificultad, i acomodándose lo mejor que pudo, esperó con ansia la venida del dia.

Poco tardó en llegar este, contra lo que es

costumbre cuando se espera, i entónces pudo ver el figonero que el pueblecillo se componia de unas doce casas, dispuestas en el mayor desórden en el centro de un desmonte de algunas varas de circunferencia. La jente que las habitaba era poca, i la mayor parte mujeres i niños. Esta última observacion llenó de júbilo a Jines.

Empero, contra sus esperanzas, las familias no se apataron durante el dia de junto al hogar, i Jines se vió en la triste necesidad de pasar otra noche en el árbol, en compañía de los papagayos i los insectos.

Al segundo, mui de madrugada, léjos de ponerse en observacion como el anterior, bajó precipitadamente del árbol i se encaminó al campamento, cargado con los restos de su magnífico botin.

Ya puede imajinar el lector por lo que hubiera esperimentado él mismo en caso igual, cuál seria el júbilo de Pizarro i sus soldados al verse libertados de la muerte. Baste decir que Jines fué aclamado con mayor entusiasmo que el glorioso domingo aquel en Panamá; i que de ahí para entónces se le miró como uno de los hombres mas importantes de la espedicion.

Es innegable que hai muchos caminos de ser uno grande i popular en este mundo, i que Jines lo era por el de los comestibles.

CAPITULO XIII.

EL PUERTO DEL HAMBRE.

El reclutador contó a sus compañeros de infortunio el hallazgo del poblado, sus observaciones desde la copa del árbol para ver si los indios se alejaban de sus habitaciones, i, en suma, todos los

pormenores de su trabajoso viaje nocturno al traves del bosque en busca de lo que él habia tomado por una luz celestial.

Despues de esta narracion, que no dejó de ser agradable, i despues de despachar bonitamente las provisiones pilladas, Pizarro puso al rancherío donde habian pasado tantas penalidades, el poco lisonjero nombre de *Puerto del Hambre*, i guiado por Jines, que empezaba a perder sus humos relijiosos, se enderezó al poblado.

Seria cerca de la caida del sol cuando penetraron en él en medio de la mayor confusion de los indíjenas, que, sorprendidos por aquel grupo de séres desconocidos en su soledad de siglos, huian despavoridos al fondo de la selva.

Pizarro i los suyos no se inquietaron por esto, i tomando posesion de las casas en nombre de la augusta necesidad, probaron de atraer con halagos i buen comportamiento algunos de los mas curiosos o ménos cobardes, que habian quedado rezagados. Una vez conseguido este objeto, la poblacion íntegra volvió a sus hogares, mas que satisfecha de la conducta pazífica de los españoles, i fascinada por la belleza de sus rostros barbados, i la estraña singularidad de sus armas, blancas unas como las aguas de las fuentes, estruendosas e ígneas otras como el rayo.

Restablecida la confianza por ambas partes, pues los españoles habian temido encontrar resistencia, i los indios no habian sabido si tomar por fantasmas o séres reales a los estranjeros, Pizarro entabló, por medio de los intérpretes, el siguiente diálogo con el que hacia de jefe de la tribu.

Pizarro—I solo vuestro pueblo se encuentra en esta tierra?

Jefe—No, esta tierra es mui estensa, casi mas

estensa que el mar que tenemos delante, i contiene muchos pueblos mayores que este.

Pizarro—I ¿es cierto que yendo siempre ácia allá (el capitan estendió el brazo en direccion del Sur) se encuentra un imperio poderoso?

Jefe—Sí. El imperio mas poderoso del mundo, del cual nosotros somos simplemente una parte.

Pizarro—I ese imperio cómo se llama?

Jefe—El imperio de los incas.

Los soldados, que habian hecho corro al rededor de los interlocutores, se cambiaron una mirada de júbilo: era innegable que Andagoya habia dicho verdad. Pizarro mismo se estremeció de placer.

Pizarro—I ese imperio está mui distante de aquí?

Jefe—Como a unos diez soles, detras de esas azuladas montañas.

El indio al decir esto mostró a los españoles la inmensa cadena de los Andes, que, despejada i hermosa, parecia construida por una nacion de jigantes con ánimo de escalar los cielos. Los españoles la contemplaron largo rato con admiracion.

Pizarro se convenció de que el jefe indio decia verdad, pues semejante cadena de montes no podia pertenecer a una isla cualquiera, sino al estenso pais de que hablaba su interlocutor.

—Mas vosotros qué venis a buscar aquí? preguntó despues de un rato de silencio el indio.

Aquella pregunta inesperada como que sorprendió a todos, ménos a Pizarro, que contestó sin vacilar:

—Venimos a buscar ese imperio.

—Hubiera sido mejor que os hubiérais que-

dado en vuestra tierra, cultivándola para cuidar de vuestras familias, i no que viniéseis en busca de un pais lejano i poderoso.

Aunque la observacion hizo algun peso en el concurso, Pizarro no se tomó por entónces el trabajo de entrar en esplicaciones con su huésped, i la conversacion quedó suspendida en aquel punto.

El audaz aventurero sabia ya lo que le era menester.

Pasados los primeros momentos de curiosidad mútua, el jefe indio pudo disponer de alguna libertad, i llamando aparte a uno de los hombres mas robustos i ájiles del poblado, le dió órden de partir en el instante por las secretas veredas que le eran conocidas, a participar a los pueblos del litoral, que *los blancos* habian tocado en su tierra, i que era seguro que seguirian adelante, por lo que debian armarse para rechazarlos; dándoles de paso algunos detalles sobre sus armas i lo reducido de su número.

Habian pasado ya seis semanas desde la partida de Montenegro, i el invierno habia cesado del todo. El cielo, léjos de ostentarse sombrío, semejaba una bella cúpula de cristal, i el mar, como cansado de sus pasadas iras, dormia tranquilo i hermoso bajo los rayos de un sol de zafiro, templado por las brisas.

El tiempo empezó a correr casi placentero para los pobres náufragos. Con el invierno, habian desaparecido las enfermedades, i con el abrigo i los alimentos de las casas de los indios, esperimentaban un cambio envidiable. Bien pronto, pues, no solo olvidaron sus pasados sufrimientos, sino que llegaron hasta hacerse mofa unos a otros del mayor o menor arrepentimiento que, por las

culpas pasadas, habian manifestado en la proximidad de la muerte.

—Jines, dad a Saravia hoi unos cuatro ducados, solia decir alguno de los mas ladinos, haber si no los recibe, alegando que él no quiere oro sino pan.

—Cuándo es vuestra consagracion de papa, maese Jines? preguntaba otro.

—I, mirad, allí viene el señor obispo, decia un tercero señalando al reclutador.

—Calla, irrespetuoso, observaba un cuarto; no sabes que él no es obispo, sino cardenal?

Jines mismo ayudaba a darse tales bromas, sin dejar por esto de ser oportuno con sus burladores.

Entretanto Montenegro, fiel ajente de Pizarro, hacia dos dias que costeaba el continente en busca de sus compañeros, a quienes creía *en la otra vida*, i esto con abundancia de razon, pues habiendo fondeado en el Puerto del Hambre, i solo encontrado la ranchería desierta, sin el menor vestijio de los que buscaba, le asaltaron mil pensamientos de muerte. Ya era que los infelizes, cansados de esperarlo, se habian internado i perecido en los bosques; ya que los caníbales habian desembarcado i llevádoselos consigo.

En esta perplejidad cruelísima, resolvió disparar un falconete por via de aviso, i esperar sus resultados.

El ruido de la arma fué repetido por las cien bocas del eco de aquellas tranquilas soledades, i los españoles se lanzaron a la playa en medio del estupor de los indios, que no acertaban a esplicarse su alegría, gritando:

—Corramos! es Montenegro.

—No: es el capitan Almagro.

—Sí, sí, el capitan Almagro, que no ha naufragado i viene en nuestro socorro!

Describir el placer de unos i otros al encontrarse, seria empresa difícil; baste decir que el primero en venir a tierra fué el buen Montenegro, i que Pizarro lo recibió en sus brazos.

—I bien, mi fiel amigo?........ preguntóle el capitan.

Montenegro no comprendió por lo pronto aquella pregunta, i fijó su mirada en Pizarro.

—Bien veo que no quereis aflijirme, añadió este con la mayor tristeza...... Os preguntaba por Almagro.

Montenegro sintió que se estremecia todo, i dijo:

—Capitan, no he encontrado vestijios de él ni a la ida ni a la venida; pero lo cierto es que a Panamá no ha vuelto, pues no ha tocado en Perlas ni en ningun otro punto de la costa.

Pizarro no sabia llorar, pero sintió que una lágrima oscilaba en su pupila. Por uno de tantos misterios de la humana naturaleza, los hombres suelen amarse tanto en el infortunio comun, como odiarse en la prosperidad comun.

Pizarro era desgraciado como Almagro, i por eso lloraba su presunta muerte.

Las arrobas de vino traidas a los náufragos por Montenegro, los tornó en pocos minutos en lo que ántes eran, i en breve volvieron a oirse en el campamento votos terribles i espresiones indecorosas, desapareciendo hasta el último resto de la compuncion anterior. Es bien triste que el hombre necesite de ser desgraciado para temer a Dios!

De aquel momento para adelante nadie pensó en volverse atras, i si no hubiera sido por el res-

peto que les infundia Pizarro, se hubieran lanzado como perros de presa sobre los hospitalarios indios, i despojádoles de los grotescos mamarrachos de oro que los adornaban.

Poco despues Pizarro dispuso la marcha ya mas confiado en la suerte.

Qué era entretanto de Almagro?

CAPÍTULO XIV.

LOS ANTROPÓFAGOS.

Montenegro esplicó a Pizarro su mucha tardanza por los vientos reinantes, que, siendo de norte a sur, le fueron contrarios durante el viaje de ida; i despues de algunos dias, la espedicion se hizo a la vela no solo fortalecida, sino llena de esperanzas para el porvenir.

Pizarro que conocia bastante el corazon humano, mudó de táctica respecto a Almagro, i aseguró a su jente, que este habia pasado adelante, i que a la sazon se encontraba ya, por lo ménos, en la misma capital de los incas, haciendo montones de oro para ellos, como se hacen en los campos montones de trigo durante la estacion de las cosechas.

Depues de algun tiempo de navegacion los aventureros hicieron alto en un punto de la costa a que dió Pizarro el nombre de *Punta Quemada*, donde hallaron habitaciones de indios i mucho acopio de oro i bastimento; mas esta vez no les fué dado tomarlo impunemente, pues el aviso del jefe de Puerto del Hambre habia surtido sus efectos, i de improviso Pizarro fué atacado por unos trescientos guerreros, que no dejaron de ponerlo en apuros.

Era ciertamente digno de verse el espectáculo que presentaba el combate. Los salvajes estaban

desnudos i pintados de relucientes colores; llevaban la frente ornada de bellísimas plumas, i era tal la rapidez con que disparaban sus flechas, que habia momentos en que acribillaban a los españoles. Estos por su parte habian formado dos cuerpos de ataque, uno de los cuales mandaba Pizarro i otro Montenegro, i sostenian la lucha, espada en mano, con estraordinario valor.

Por tres ocasiones seguidas los aventureros se creyeron victoriosos a causa de las frecuentes fugas de los indíjenas, segun era costumbre entre ellos; pero otras tantas tambien tuvieron un desengaño fatal, pues avanzando imprudentemente en su persecucion, fueron rechazados con pérdida.

El combate se prolongaba de una manera alarmante para los españoles, pues sus fuerzas empezaban a agotarse, al paso que las de los indios parecian crecer sin término, por lo que Pizarro, poniéndose a la cabeza de los mas atrevidos, dió una carga tan brusca, que los dispersó completamente. Empero, costóle esta carga nada ménos que siete heridas.

Habiéndole causado estas, como era natural, un copioso derrame de sangre, hubo un momento en que sintió que la tierra huia bajo sus piés, se le anubló la vista, i vino al suelo abrumado por el peso de la armadura.

Los salvajes se regozijaron altamente con este suceso, pues el combate habia durado lo suficiente para apreciar el valor del jefe español, por lo que todos se le fueron encima para rematarlo, atronando el aire con sus furiosos gritos.

Pizarro hubiera perecido sin remedio en aquel trance, si en el punto mismo no hubiese ido en su ausilio un soldado, que manejando una espada, si no mas brava, sí mas larga que la de

—Pero nosotros no aceptaremos sino las que nos convengan.

—I qué proponen?

—Hasta ahora no han propuesto nada; solo sé que no tienen dinero.....

El Gobernador contuvo el aliento.

—Pero lo solicitan en calidad de préstamo.

El Gobernador respiró, i dijo:

—De modo que podremos jugar dos vezes en el negocio?

—Si el señor Gobernador lo consiente....

—Sí, Luque, dándoles el dinero a interes, i llevando una parte en las utilidades.

—Así es.

El Gobernador meditó; el cura comprendió aquella meditacion, pero no se dió por entendido.

Al fin dijo el primero:

—Lo peor es que yo no tengo ni un maravedí.

—Ni yo tampoco, se apresuró a observar Luque, que conocia mui mucho al Gobernador de Castilla del Oro.

—Entónces qué haremos?

—Desistir de la empresa.

—Probemos ántes.

—Fuera del desembolso no hai prueba que valga.

Hubo un momento de silencio. En la imajinacion de aquellos dos hombres tenia lugar una lucha terrible entre la avaricia i la codicia.

El cura, como el mas fuerte de los dos, dijo el primero, con el dolor mas hondo del mundo:

—Lo que me aflije sobremanera, es que el señor Gobernador no acreciente sus dominios.

—I lo que a mí me parte el corazon, es que el señor cura no aumente el número de sus fieles.

Dos suspiros de pesar recíproco sonaron fuertemente en la estancia.

—Por fortuna, observó el Gobernador mas consolado, yo puedo protejer la empresa con el apoyo de mi autoridad.

—Yo, con el de mi ministerio.

—Ya lo veis, si hubiese quien diera el dinero, todo estaria arreglado.

—Lo creo.

Hubo un momento de pausa.

—I ciertamente no tendrán dinero esos señores?

—Tienen, señor, lo mas importante en el asunto: tienen arrojo.

—Que ya es algo.

—Que es mucho; pues al paso que nosotros no arriesgaríamos mas que nuestros ducados (digo si los tuviéramos) ellos arriesgarian su vida.

—I qué? preguntó el Gobernador fuera de sí: nosotros tambien no la arriesgaríamos? ¡quién podria sobrevivir a la pérdida de los ahorros destinados a su vejez?.... hablo del afortunado que los posea.

Los ojos del cura se inyectaron de sangre.

—Somos unos .... dijo este, dándose un golpe en la frente despues de un rato de silencio.

El Arquímedes eclesiástico acababa de resolver el problema.

—Cómo así? preguntó el Gobernador radiante, pues confiaba en la inventiva del maestrescuela.

—Por qué no damos el mando de la espedicion que teníamos preparada, a Pizarro i Almagro?

—Toma! pues porque ella se armó por cuenta del Rei, i las utilidades serian para la corona.

—Pero habiamos dicho lo contrario.

—Sí, pero hemos sido descubiertos, i me he visto obligado a confesar la verdad.

—Bien, dijo el cura levantándose para salir, por esta vez no se hizo ya nada.

—Os vais? preguntó el Gobernador pálido como la muerte.

—Es tarde ya.

—Ser yo tan pobre, que, de no, armaria diez espediciones en bien del reino!

—I yo veinte, en pro de la fé i del reino.

Estos deseos no podian ser mas pios.

—Buenas noches, dijo el Gobernador pensando en que al fin i al cabo nada podria hacerse en Panamá sin contar con él.

—Buenas, respondió el cura saliendo, i pensando a su vez en que la codicia del Gobernador era mucha para no hacer algo ántes de que se le escapase la presa.

—Mirad, padre, podríamos hacer una cosa, dijo el Gobernador, como iluminado por un jenio.

—Hablad.

—Conseguir vos el dinero....

En esta vez fué el cura el que se puso pálido como la muerte.

—Conseguir vos el dinero; i yo.... i yo conceder la licencia por la parte que debiera corresponderme en la empresa.

—No es tan malo, pensó Luque; al ménos nos la da de balde.

—De manera, continuó el de Dávila como reflexionando, que debiera corresponderme igual parte en las utilidades.

—Lo haré presente a los dos guerreros.

—Es decir que por vuestra parte no hai inconveniente?

—Me parece la cosa tan justa, que no me ocurre por ahora ninguno, dijo el maestrescuela mordiéndose los lábios.

—Entónces ¿cuándo podré saber lo que resuelvan ?

—Lo mas pronto posible.

Luque salió de la casa del Gobernador como hombre que acaba de ganar una batalla reñida.

El Gobernador se restregó las manos con satisfaccion murmurando :

—Será preciso decir bien temprano a Andagoya que ya no me es posible llevar a cabo lo dicho. Con estos al ménos no arriesgo nada.

CAPÍTULO IV.

AVARICIA.

El padre Luque fué en derechura a su casa, i luego que despidió al paje que lo habia acompañado, i que se cercioró de que todos dormian profundamente en ella, pasó al rincon mas oscuro de su alcoba, i quitando algunos trastajos viejos que habia amontonados en él, dió paso difícil a las abras de una alacena, donde tenia oculto su caudal. Consistia este en unos cuantos talegos de lona, de tamaño diverso, repletos del oro que el señor cura habia recojido entre sus catequizados.

El santo padre contempló un momento con deleite aquel tesoro inmenso, bastante a satisfacer las necesidades de cuarenta familias honradas, pero sin valor alguno allí donde se encontraba ; i esclamó luego, contrayendo sus pálidos labios :

—Aun faltan algunos huecos por llenar !

Mas ¿ con qué fin amontonaba ese ministro de

Dios tantas i tantas riquezas? ¿Para qué las sustraía del comercio del mundo? Con el solo objeto de halagar su imajinacion. Objeto bien estéril por cierto!

Aja el amante la flor de sus amores, rompe el niño el juguete de sus divertimientos, solo el avaro no profana nunca sus talegas; i miéntras lo arrostra todo en el mundo por no disminuir la *cifra* que fijó su pensamiento, i que junta óbolo tras óbolo en el curso de los años, hai labios que se marchitan de sed, i miembros que tiritan de frio a su alrededor.

Los ojos de Luque, a semejanza de los ojos del lince, veian, a traves de la oscuridad que reinaba en la alcoba, brillar el oro de las talegas como brilla el éter en un dia hermoso i despejado; i como no hubiese traido luz para hacer la inspeccion nocturna que se habia impuesto por hábito, porque en su desconfianza estrema recelaba hasta de la claridad, se entretenia en tentar i retentar su tesoro, para convencerse de que efectivamente se encontraba en el mismo estado que la noche anterior.

Dicen que el ambicioso vive en medio de sus afanes con el amargo solaz que le produce el recuerdo de que tiene el poder en sus manos, i que, aunque su existencia sea tan ajitada como la del derrocador de Cárlos I, se reputa feliz con tal compensacion. De un modo análogo, el avaro priva a su cuerpo de un mullido lecho i de un cobertor decente, a su paladar de un alimento sano i agradable, i a su alma de toda impresion jenerosa i elevada; mas en medio del hambre, de la desnudez i de la evetacion de espíritu, la idea de que es *poseedor*, suple en él todo—desde la salud hasta la gloria.

I así debe ser, porque en aquel instante el padre Luque se sentia mas dichoso que todos los potentados del universo juntos; i su alacena húmeda i oscura era por entónces la vírjen de sus únicos amores, vírjen mas hermosa, para él, que los cien horizontes de América llenos de luz i misterio.

Empero, en medio de estas emociones casi divinas, de repente un sudor frio discurrió por todo su cuerpo, flaqueáronle las piernas i palpitóle el corazon con una violencia estrema: era que su mano, obedeciendo a un pensamiento de codicia, a un esfuerzo instintivo de medro, acababa de arrancar del centro del arca sagrada una talega; i aquel *arrancamiento* lo habia sentido en las entrañas como un corte brusco de escalpelo, como un descuajamiento del alma; por lo que, aturdido, cerró precipitadamente la alacena, i con la confusion de un ladron que se afana por volver los trastos removidos a su estado primero, hacinó tembloroso todos los enséres separados, i salió al patio en busca del fresco ambiente de la noche. I era ya tiempo, pues dos minutos mas tarde hubiera perecido de sofocacion....

Decid a un padre que ha perdido a su hijo, a un jeneral que ha sido derrotado, a un escritor de talento que el público se ha reido de sus producciones; pero no digais nunca a un avaro que ha perdido un maravedí: os haríais homicida con circunstancias agravantes; i esto, porque el padre desgraciado podria tener la entereza de Anaxágoras, la batalla perdida podria ser la de Waterloo, i la pieza silbada el "Barbero de Sevilla;" mas ese maravedí perdido o dejado de ganar,no puede ser nunca recuperado, i aunque tras de él caigan a las

gavetas montes sobre montes de oro, siempre en las computaciones faltará ese maravedí, i esa falta ocasionará, mas tarde o mas temprano, la muerte.

He aquí por que el padre Luque se sentia casi morir al descompletar sus talegas.

Repuesto un tanto, o mejor dicho, pasada la crísis, el maestrescuela volvió adentro i se puso a contar i recontar el dinero, i halló que contendria unos veinte mil ducados. Asustado por la enormidad de la suma, estuvo a punto de volverla a su lugar, i desistir de la empresa. Esta lucha duró cerca de dos horas.

Fué aquel un tiempo de inquietud. Parábase unas vezes, o se paseaba largo rato; sentábase otras, i dejaba sumerjir la cabeza entre las manos, bajo el peso de un dolor profundo.

Mas, haciendo de repente un esfuerzo supremo, calóse las antiparras, acercó el candil, i tomando una pluma de ave que hubiera servido mui bien de brocha a un tintorero, se puso a sumar.

Veamos lo que escribió.

Libras de oro recojidas hasta 1.° de marzo de 1526:

Venidas de Urabá....................	1,512
" de Veraguas..................	891
" de Natá......................	207
Colectadas aquí......................	300
Total....................	2.910

—O sean veinte i nueve quintales, diez libras! esclamó el reverendo sorprendido por la enormidad de la cifra; bien se puede, sin temor del porvenir, arriesgar algunos realejos.

—Arriesgar? repitió despues como espantado del vocablo; no, nada de riesgo, absoluta-

mente nada; los rendimientos de la empresa van a ser fabulosos. Segun me han informado varios indios de aquí, el dicho imperio de los incas es uno de los mayores del mundo, rico sobre toda ponderacion; i, quién quita que Pizarro i Almagro, tan arrojados i valientes capitanes, lo conquisten? ¿Quién quita que vengan a ser tan célebres como Hernan Cortez; i que mi nombre, como miembro de la empresa, sea citado en las historias cual modelo de desprendimiento pecuniario i zelo relijioso?....

—Pero no, Luque, agregó en seguida apostrofándose, no te dejes seducir por tales flaquezas; no te precipites. ¿Qué te importan a tí la gloria póstuma i el orgullo de tu nacion por contarte entre sus grandes hijos?... nada, nada. No aventures, pues, tu caudal; i lo que no hagas por el presente, mucho ménos lo hagas por el porvenir. Mas vale vivir un dia en la tierra que ciento en la historia.

Bajo estas impresiones, ora dulces, ora fatales, se metió el maestrescuela en la hamaca, i a breve rato se quedó profundamente dormido, soñando que se hallaba en el corazon de cien i cien pampas dilatadas, espectador único de una lluvia de oro, que en vez de sumerjirlo, lo iba levantando gradualmente a semejanza de un barco que hacen surjir las primeras avenidas de la marea.

Indudablemente el éxito de la empresa seria colosal.

CAPÍTULO V.

PIZARRO, ALMAGRO I COMPAÑÍA DE PANAMÁ.

Al dia siguiente, bien de madrugada, mandó el cura en busca de Pizarro i Almagro.

—Os he mandado llamar, díjoles, porque he reflexionado mas sobre vuestra propuesta de ayer, i he hallado que ella puede sernos de algun provecho: a vosotros para aumentar vuestra honra i hacienda; a mí, para ensanchar cristianamente el círculo de mi ministerio.

—I qué habeis resuelto? preguntaron a la par los dos guerreros.

—Que se arme la espedicion cuanto ántes.

—I el dinero? preguntó Pizarro.

—I el Gobernador? dijo Almagro.

—El dinero aquí está, respondió Luque vaciando sobre la mesa el saco de ducados, cuyo timbre deleitó largo rato los oidos de los allí presentes. Es todo el que he podido conseguir, ofreciendo a su préstamista un quinto en las utilidades.

Pizarro i Almagro se miraron con desconfianza.

—En cuanto al Gobernador, continuó Luque, otorga el permiso para que se efectúe la espedicion i la apoya con su autoridad, con tal de que se le reconozca como socio en la empresa, i, en esa virtud, se le asegure la cuarta parte en las ganancias.

—Es algo caro, observó Almagro.

—Qué quereis, hijo? repuso Luque con voz melosa; si no se le da gusto estorbará. Es un hombre mui codicioso; tal vez debemos a nuestra buena estrella el que no haya pedido dinero de contado.

—Jesus! esclamaron los dos capitanes.

—No importa, observó el reverendo, ante el pensamiento de aumentar el imperio de nuestro augusto monarca, nada debe *detenernos*.

Es de notarse que Luque solo empleaba el *nos* cuando se hablaba del *reino* o de la *fe;* en lo demas evitaba el vocablo de un modo sutil. I tenia

razon: su carácter sacerdotal lo alejaba de todo medro mundano!

—Una vez aquí el dinero, arreglemos los términos de la asociacion.

—Es mui justo, observaron Pizarro i Almagro; hablad.

—Pues bien, he aquí mi parecer: del producido de la empresa, deduciremos, primero, el quinto para el prestamista, i, segundo, los veinte mil ducados del préstamo. El resto nos lo dividiremos por partes iguales.

Pizarro i Almagro tornaron a mirarse, pero esta vez no fué con desconfianza, sino con horror.

—Mi opinion, dijo despues de un rato de silencio Almagro, es esta: despues de deducidos todos los gastos, inclusive los veinte mil ducados del préstamo, quitaremos el quinto para el prestamista, i el resto se dividirá por partes iguales.

Luque meneó la cabeza con desagrado; Pizarro abrió los ojos porque nada comprendia.

—Mejor es hacer otra cosa, repuso el cura. Dividamos el todo en veinte i una partes, de las cuales tomaré yo nueve por quinto, capital i parte.

—La nona parte querreis decir?

—No, hijo, se apresuró a responder el cura; la *nona parte* no, sino *nueve vezes la nona parte*. Eso lo rezará el documento de contrato.

—Malo! se dijo Almagro, la esplicacion ha estado peor que la propuesta; i luego añadió en voz alta:

—La nona parte de 21 es $2\frac{3}{9}$; pero como $2\frac{3}{9}$ nueve vezes es igual a 21, seria tanto como dároslo todo.

—Ah! ah! esclamó Luque mordiéndose los la-

bios, al ver que Almagro era mas hábil en materia de cuentas de lo que habia creido.... no era eso lo que yo queria decir.

—Hum! sollozó Pizarro, que habia perdido el resuello desde la demostracion de su amigo.

—Pues hagamos otra cosa, propuso el cura, dúctil mas que una hoja de acero, i por lo mismo capaz de tomar todas las formas imajinables: sacados los veinte mil ducados i el quinto del prestamista, dadnos al Gobernador i a mí las tres cuartas partes del resto.

—Las dos nos habíais propuesto primero, señor Luque.

—Perdonad, fué aquel un atolondramiento.

Pizarro hizo una seña a su compañero como queriéndole decir: convengamos con este hombre en todo, pues lo que nos importa es hacer la espedicion; una vez nosotros mar afuera, todo nos importa un bledo.

Como se ve, el bueno del estremeño, en tratándose de su marquesado, transijia con todo.

Almagro no se dió por entendido, pues contaba con un gran recurso: acababa de descubrir el secreto del cura; ese secreto era la codicia, i se disponia a batirlo en regla. Díjole pues poniéndose en pié para partir:

—Bien, padre, está visto que no puede haber arreglo; contad con nuestro agradecimiento por lo que habeis hecho, i Dios quiera depararnos mejor camino por otra parte.

—Tened un poco de mas paciencia, amigo; los negocios son negocios, i yo aquí represento intereses ajenos, que me son mui sagrados. Qué quereis? el Gobernador hace confianza de mí; yo no puedo burlar sus esperanzas.

—Entónces, dijo Pizarro dando vueltas entre las manos a su chambergo blanco, como hombre que se alista para marchar i solo espera una última palabra; entónces convengamos en vuestra primera proposicion. Deducidos los gastos i sacado el quinto, tomareis dos partes, la vuestra i la del Gobernador.

—La mitad para ambos?

—Sí, señor, i la otra mitad para nosotros dos.

—Quinta i cuarta parte, fuera del capital, murmuró el maestrescuela; no es malo.

I luego en voz alta:

—Aceptado; no quiero que se diga que por mí no se llevó a cabo empresa tan grandiosa.

Una vez convenida la Compañía en los términos de la asociacion, se distribuyeron los trabajos del modo siguiente:

Tocó a Almagro la compra i aparejo de buques, acopio de víveres &.ª; a Pizarro el enganche de soldados, i a Luque la popularizacion de lá empresa. En cuanto al Gobernador, él no debia sonar para nada en el asunto.

—Bien, dijo el reverendo al separarse de sus consocios como quien se separa de los mejores amigos del mundo, veré a Hernando del Castillo, escribano público, i fijaremos el 10 de marzo para el otorgamiento de la escritura.

—Para ese mismo dia la comunion, observó devotamente Almagro.

—I el sermon, adicionó Pizarro.

—Sí, hijos mios; descansad en mí, agregó Luque, que se habia vuelto un tanto amable algunas horas hacia.

CAPÍTULO VI.

MAESE JINES.

Pizarro salió rebosante de júbilo de la casa del padre Luque, i dejando a Almagro, que iba a catear los buques surtos en el puerto para hacer sus propuestas, se enderezó al tambo de maese Jines.

El tambo de maese Jines era una de las pocas curiosidades que tenia por entónces Panamá. Hallábase situado cerca de la playa i a la sombra de los plátanos i los cocoteros, i componíase de una enramada pajiza. Inútil será decir que solo tenia tres departamentos: la cocina, el comedor i el granero. En cambio, el segundo era fresco como un valle i perfumado como un jardin. Veíase desde él la mar, tranquila unas vezes como un espejo inmenso, movible otras a impulso de los vientos reinantes; i bastaba a lo mas estirar la mano para despojar de su fruto al mango i al limonero, que, entremezclando sus hermosas ramas, venian a halagar la vista i a despertar el apetito.

Unas cuantas sillas siempre en desórden, i una mesa ancha i pesada sin hule ni mantel eran los muebles mas notables del *tambo de Jines*, llamado así del nombre de su dueño; aunque bien es cierto que en cuanto a su esacta calificacion no estaban los de Panamá mui de acuerdo, sosteniendo unos que *bodegon* era mucho, i otros que *ventorrillo* era poco. Mas lo cierto es que era el establecimiento de mayor crédito en todo el poblado ; i que en ninguna otra parte se comia pescado mas fresco, ni yucas mas tiernas ni colosales; estendiéndose la crónica lugareña hasta decir que su despensa habia surtido en mas de una ocasion la mesa del Gobernador, lo que, al ser verdad, escedia los límites de todo elojio.

No es punto bien averiguado aun, pero sí mui controvertido, si en la época a que esta historia se refiere, ya era proverbial en el mundo la amabilidad de los posaderos; mas como no hai regla sin escepcion, maese Jines no era de lo mas comunicativo ni complaciente que digamos. Antiguo soldado de la Península, habia pasado a América como todos los de su nacion, en busca de algunos cuantos miles de ducados, que, como decia él, hacíanle notable falta de años atras; i habíase radicado en Panamá, a fin de cuidar de que sus compatriotas no lo pasasen tan mal en punto a gastronomía.

—Vamos, Jines, qué tenemos para almorzar? dijo Pizarro entrando, i dirijiendo a este por todo saludo una hermosa ronrisa.

—Oh! capitan, con que tendré la honra de que almorzeis hoi aquí? es una felizidad!

—Sí, Jines, vengo a almorzar aquí, i espero tener el placer de que lo verifiquemos juntos.

—Es mucha fineza.

—Jines, hablaremos de un negocio importante.

—Apura, muchacha! gritó el posadero sin oir las últimas palabras del recienvenido; el capitan Francisco Pizarro almorzará hoi con nosotros; i dando una vuelta sobre los talones, empezó a preparar los útiles.

—I qué tal vino? preguntó el capitan, que se proponia almorzar bien a nombre de la nueva Compañía.

—Por lo que es eso, superior, mui superior; lo he recibido de la isla Española; i ya sabeis que me lo mandan directamente.

—Agregad algunos cuartos de él, pues.... quiero decir, del mejor que tengais.

—Ya! ya! balbució Jines descolgando una bota.

Luego que estuvo el almuerzo listo, sentáronse a la mesa capitan i posadero, i entre vianda va i vianda viene, trabaron la siguiente conversacion:

—Cuánto vale vuestro establecimiento, Jines?

—Quinientos ducados, capitan; ya veis que el servicio no es de lo peor, i la huerta es grande i surtida.

—Ciertamente.

—En cuanto al sitio, él no puede ser mas pintoresco: a la orilla del mar, rodeado de árboles frutales i....

—Vamos! Jines, preguntó Pizarro interrumpiendo al veterano, i clavando una mirada llena de gracia en la indiana que les servia a la mesa, ¿la muchacha entra tambien en los quinientos ducados?

La indiana, que comprendia ya el español, se puso roja como una brasa i sonrió al capitan.

—En cuanto a eso no sé que deciros, señor Pizarro; la muchacha es una verdadera alhaja. Va para dos años que me acompaña. No es cierto, María?

María respondió simplemente que sí.

—Bien veo que no entrará María en el trato, dijo Pizarro echándose un trago de vino, es mui hermosa para que os dejeis despojar, pero por lo que hace al establecimiento, es mio desde este instante.

Jines abrió hasta donde le fué dado los ojos.

—Es mio desde este instante, continuó Pizarro sacando del bolsillo una puñada de oro i haciéndola brillar a los ojos del figonero; solo que en vez de quinientos, os daré setecientos ducados.

—I qué tendré que hacer para pagaros, capi-

tan? preguntó Jines sin atreverse a recibir el dinero.

—Por lo que es eso, no os afaneis.

—Será cosa de?....

—De las mas fáciles del mundo, terminó Pizarro.

—Pero eso es portarse como un marques.

—Eso es, como un *marques*, repitió el capitan con alegría; esa es la palabra, camarada.

—Soi todo oidos; señor, hablad.

—En primer lugar, dijo Pizarro esforzándose por dar a su voz cierto acento de misterio i de solemnidad, es preciso que no digais nada de la venta que acabais de hacerme; esto perjudicaría mis proyectos. En segundo lugar, sabed que yo estoi preparando una espedicion al Sur, i que necesito reclutas.

—De manera que lo que acabais de hacer es reclutarme?

—Algo mejor que eso: lo que acabo de hacer es nombraros jefe de reclutadores, con setecientos ducados al año.

—Comprendo.

—Siendo así, escuchad lo que tendreis que hacer. Luego que estén aquí Candia, Ruiz, Molina i los demas que frecuentan vuestro establecimiento, les dareis la noticia como que les descubris un secreto de la mayor importancia; i entrando en conversacion con ellos, les probareis que la empresa es de lo mas grandioso que se ha concebido, que todo el que forme parte de ella se enriquezerá, i que, mandándola Almagro i yo, como en efecto la mandamos, todas las probabilidades están en su favor. Les direis asímismo, que vos estais tan persuadido de lo que decís, que ya ha-

eso de la una de la tarde, cuando ya empezaba a decaer el calor de la mañana, notó aquel cierto ruido en la ciudad, cosa que no era natural, i cierto rumor estraño como el de idas i venidas de jente que se alborota con las primeras algazaras de un motin; por lo que, llamando al criado, trató de informarse de lo que pasaba.

—Qué hai Perico mio? i qué ruido es ese que siento? díjole.

—Es que está entrando un buque al puerto.

—Un buque dices? pues qué, no son dos? preguntó el cura parándose del asiento con la enerjía de un Hércules i completamente restablecido de sus dolencias. La emocion, en verdad, habia sido fuerte, pero saludable.

—Pero a dónde vais, señor? dijo Perico al ver que Luque, sin hacer caso de la fiebre, echaba tras de su sombrero para lanzarse al puerto. Mirad que vais a tener una recaida; i todavía el buque viene léjos.

Luque se detuvo convencido.

—Mas, Perico, quién viene en ese buque? dijo el maestrescuela como disgustado de la calma del criado.

—Cómo quereis, padre, que os lo diga, si apénas se ha avistado la embarcacion?

—Ah! entónces puede venir la otra detras.

Perico no comprendió lo que Luque queria decir.

—I no se percibe de qué viene cargado ese buque? preguntó el cura impacientándose. ¿No has reparado si relumbra a bordo?....

—No, padre; no he reparado nada.

—Entónces, Perico, es necesario que te marches al puerto en el instante, i me traigas cuan-

tas noticias puedas; pero, hijo mio, sé diligente, i no vayas a matarme con tu tardanza. Si son ellos, vuela al momento a comunicármelo.

—Pero quiénes son ellos?

—Ah! sí.... cierto.... tienes razon; tú nada sabias, i por eso no has podido comprender mis sufrimientos. Ahora te perdono, Perico, la indiferencia con que oías mis lamentos........ i fuí tan pecador que te hice inculpaciones, solo porque pensé que lo que yo sentia dentro de mí lo debia sentir el mundo entero. Naturaleza frájil!....

—Voi por fin? preguntó Perico poniendo término a aquella jeremiada.

—Oh! sí, hijo mio, al instante; pero ten compasion de este mísero anciano, i vuelve pronto; tal vez despues seria tarde!....

Perico no comprendia ninguna de esas frases deprecatorias, pero creyendo a su amo presa de uno de esos delirios de ducados, buques, espediciones i naufrajios que lo habian atormentado por tantos meses, fué con la mayor buena fe a informarse de todo; llevando, entre otras cosas, la bonísima intencion de fijarse bien *a ver si relumbraba a bordo*, segun las esperanzas del bueno del cura.

Pronto entró el buque de Almagro en el puerto, pues no era otro el que se habia avistado, i saludó a la plaza con diez cañonazos.

La capitanía respondió a aquel saludo, i mandó echar al agua el bote de visita.

En el puerto hervian mas de quinientas personas.

—¿Cómo será esto, decian los unos a los otros, habrá naufragado un buque?

—Será Pizarro, o Almagro, el que viene a bordo?

—Esperar a que vengan a tierra será lo mejor.

Entre tanto el bote de la capitanía atracaba en uno de los costados de la nave, i el capitan trepaba por la escalinata difícilmente, gracias a su grueso volúmen.

—Bien venido, mi amado Diego, gritó mas que dijo el capitan cuando se encontró arriba. Venid a mis brazos...... pero qué veo! añadió retrocediendo espantado ¿como que estais tuerto? Vaya una desgracia horrible! Bien dije yo cuando dije: apostaria mis dos orejas a que alguna mui mala les ha pasado a aquel par de hombres de Francisco i Diego....son tan atolondrados....i luego se marcharán sin decir adios. Pero no os pongais colorado, mi buen amigo, aquello no pasó de una estudiantada; i hoi por fortuna ya salimos de ese tuno de Pedrarias. *

—Pues qué, hemos tenido la desgracia de perder al Gobernador? preguntó Almagro sorprendido, i aprovechando la primer pausa que hacia el capitan para tomar resuello, pues de otro modo jamas le hubiera podido decir nada. El capitan don Juan Francisco Martin Fernández de Loreto, pertenecia a aquella raza de nuestros abuelos que cuando toman la palabra no la sueltan nunca.

—Cómo se entiende? preguntó don Juan Francisco enjugándose el sudor del rostro ¿perderlo muerto, o perderlo vivo?

—Eso es lo que espero tengais la bondad de decirme, repuso Diego con galantería.

—Pues perderlo vivo, buen amigo, se apresuró a contestar el capitan soltando una carcajada estruendosa, como si aquel fuera el chiste mas gracioso del mundo.

* Abreviacion de Pedro Arias.

—Os juro, capitan, que no comprendo.

—Ya lo creo, observó el de Loreto con una suficiencia tal, que Almagro no pudo ménos de sonreirse, pues el modo con que lo habia dicho equivalia a: qué quereis? no todos los hombres son tan intelijentes como yo.

—Pero esplicaos al fin, capitan.

—Toma! no me habeis comprendido, diantre de buen amigo? Lo que hai es que no hemos sido nosotros los que han perdido a Pedrarias, sino Pedrarias a nosotros.

—Oh! volveis con vuestros enigmas! esclamó Almagro haciéndose el remolon aunque acababa de comprenderlo todo.

El capitan se gozaba estraordinariamente con la torpeza de su interlocutor, i si en aquel punto hubiera dispuesto de un reino se lo habria cedido sin remordimiento: el de Loreto no tenia mas ambicion que la de pasar por hombre de talento, ambicion por cierto mui jeneral.

—En fin, ya que así lo quereis, dijo despues de un rato de silencio, hablaré en castellano, i diré que Pedrarias ya no es Gobernador.

—I por qué?

—Toma! pues porque lo quitó el Rei.

—I lo ha sucedido?....

—Don Pedro de los Rios.

Ignorante Almagro del postrer arreglo entre el padre Luque i el de Dávila, no pudo ménos de sentir esta noticia; habria, pues, que volver a las andadas i entenderse con otro Gobernador, que segun los cálculos del malicioso Diego, era tanto como recargar los gastos improductivos de la empresa con unos cincuenta mil ducados. Por fortuna, en aquella ocasion se equivocaba.

—Si no me engaño, tuve el honor de preguntaros hace poco, mi buen amigo, a qué accidente desgraciado, porque ya se nota que afortunado no seria, debíais el haber perdido un ojo, i creo que no me habeis respondido, dijo el capitan disgustado por la desatencion de Almagro, i mudando el tema de la conversacion.

—Perdonad, mas no me habeis dado tiempo para ello.

El dulce i oportuno *perdonad* satisfizo al vanidoso empleado.

—Bien, dejaremos eso para despues. Decidme ahora de dónde venis?

Almagro comprendió el valor de la pregunta i se apresuró a responder:

—Del Perú, capitan.

—Conque no eran charlatanerías de Andagoya? dijo el de Loreto sorprendido.

—Nada de eso, capitan: Andagoya ha sido fiel en su relato.

—Vamos, pues, a la Gobernacion; allí acabareis de contarme esas cosas.

CAPÍTULO XVIII.

LA AUDIENCIA.

El capitan don Juan Francisco Martin Fernández de Loreto, como mui bien debe suponerse, decia la verdad con respecto al cambio de Gobernador; i si no, sigámoslo en su conversacion con Almagro hasta la casa de Rios, a donde acababan de dirijirse.

—Vamos, capitan Loreto, i no me direis qué motivos recientes produjeron la caída de Pedrarias?

—Toma que sí, mi buen amigo. Pedrarias,

como hermano del conde Puñoenrostro....ja! ja! ja!....qué bello nombre, no?....Pues bien, Pedrarias como hermano del conde Puñoenrostro, i por no sé qué fazañas que hizo en la toma de Oran, tenia en la corte cierto prestijio; quiero decir valimento; me entendeis, buen amigo?

—Creo que sí.

—Continúo, pues; pero os advierto de paso que yo no acostumbro a molestarme porque me interrumpan para decirme que no me entienden.... soi dulce de jenio, i ademas, eso es mui natural.

—El que no os entiendan?

—No, buen amigo, el que pregunten, respondió el de Loreto sin reparar en la truhanada de Almagro.

El descubridor del Perú era bastante travieso, apesar de sus años, para no hacerse el cándido.

—A causa de este valimiento con la corte, es decir, a causa de Puñoenrostro, continuó don Francisco Martin, Pedrarias hacia aquí cuanto le daba la gana.

—Bien lo sé, capitan.

—Si es así, sabreis tambien que, no pudiendo combatir de frente al bravo Vasco Núñez de Balboa, lo casó con su hija, para mas luego hacerle cortar la cabeza.

—Eso fué horrible!

—Mui horrible! buen amigo, dijo el de Loreto compunjido, que al fin i postre era un buen español; i mas horrible si se considera que, para salvar las apariencias, hizo ajusticiar a cuatro capitanes mas.

—Así fué.

—Hoi la viuda jime desesperada; i sus des-

graciados hijos ven en su abuelo al asesino de su padre!

—Qué horror!

—Pero hai todavía mas.

—I es?....

—Que, por una coincidencia rara de la suerte, Lope de Sosa, nombrado Gobernador de Castilla del Oro en sustitucion de Pedrarias, murió el mismo dia de su llegada a Panamá, horas despues de haber tomado una bebida que para refrescarse le envió Pedrarias.

—De véras?

—Como que soi don Juan Francisco Martin Fernández de Loreto, capitan al servicio del Rei, e hidalgo de nacimiento.

Almagro meneó la cabeza como dudando, lo que motivó que el de Loreto le preguntase:

—Dudais?

—No, capitan; me escandalizo.

—Bien! Esa es otra cosa.

—Pero todo eso que me decis justificaba bien un alzamiento contra el de Dávila.

—Así es, i varias vezes se pensó en ello; pero no se pudo.

—I por qué no?

—Porque el hombre tenia amigos.

—Amigos?

—Pues....cómplices. No se llaman así los que hacen causa comun con los criminales? preguntó don Juan Francisco con una impertinencia enteramente cómica; tanta, que al haberlo podido escuchar su compatriota Juan de la Encina, entónces en boga en España por sus talentos dramáticos, hubiérase prendado de él.

En este pasaje iban de la conversacion cuando

llegó a tierra el bote que los conducia. No bien saltaron, se arrojó al cuello de Almagro un niño, hermoso por cierto, i de unos seis a ocho años de edad, diciendo:

—Padre mio!

Recibió Almagro lleno de júbilo aquella demostracion de cariño, i dió por toda respuesta a su hijo, pues lo era realmente, un beso en los labios.

—I el capitan Pizarro por qué no vino con vos, padre mio? preguntó el chiquillo, sin curarse de la multitud curiosa que rodeaba al recien llegado.

—Porque fué preciso que se quedara allá.

—Dónde es *allá*, padre?

—En el Perú.

—En el Perú! esclamó la multitud. El capitan Pizarro se ha quedado en el Perú, lo ois?

En cuanto a Diego (este era tambien el nombre del hijo de Almagro) aunque nada comprendió de la respuesta de su padre, no volvió a importunarlo con sus preguntas.

Entretanto Perico, fiel ajente de Luque, repartia empellones a diestra i siniestra, i se abria paso a punta de codazos; habiendo sido tan afortunado en su dilijencia que penetró hasta cerca de Almagro precisamente en el momento que este decia a su hijo que Pizarro se habia quedado en el Perú.

Parecióle al bueno del criado bastante crecida la noticia para volver con ella al punto donde el cura, i desembarazándose del jentío iba a echar a correr; cuando recordó que una de las cosas que mas le habia encargado era que atisbase el buque a ver si brillaba a bordo. Trepó pues so-

bre un montecillo que allí habia, i cerrando un tanto los párpados i colocándose la mano ahuecada sobre los ojos como hombre que se concentra en un objeto, o que teme ser herido por una luz demasiado viva, fijó la vista en la embarcacion por mas de diez segundos. Por desgracia, todo estaba oscuro a bordo.

Viendo Perico que toda indagacion posterior seria infructuosa, resolvió volverse a donde el cura i darle cuenta de su comision.

Durante las observaciones visuales de Perico, Almagro, llevando a su hijo como en otro tiempo el piadoso Eneas habia llevado a su padre Anquises, se abria paso trabajosamente por la apiñada multitud, que lo acosaba por todas partes.

El mismo capitan Loreto estaba a punto de sofocarse.

Al fin, asendereados o no, llegaron a la casa de la Gobernacion. Era esta la misma que habia servido a Pedro Arias Dávila, despojado del mando por los muchos crímenes de que era reo.

El nuevo Gobernador, Pedro de los Rios, hombre sano i de buenos instintos, recibió con afabilidad al recien venido, i procuró informarse estensamente del estado de la espedicion.

Almagro por lo pronto triunfó de la buena fe de Rios, pues le hizo creer que la espedicion al Sur habia sido toda por entre flores; que no habia un solo punto del nuevo pais por donde no corriesen rios de leche i miel, realizando así las magníficas alegorías de la Escritura; i, finalmente, que el oro i las piedras preciosas eran tantas, que se veian por donde quiera montes de ellas.

—Ah! no pudo ménos de interrumpir el Go-

bernador, eso que me estais diciendo, señor Almagro, no puede ser mas maravilloso; i es de esperarse que hayais traído algunos de esos peñascos.

—Peñascos precisamente no, señor Gobernador, porque llevamos pocas hachas, i eso de no mui buena calidad. Guijarros de oro sí vienen algunos.

—Como en qué suma?

—Como en la de medio cuento de ducados.

—No es malo, pensó el Gobernador.

En seguida presentó Almagro a don Pedro algunos objetos curiosos recojidos en la costa, que habia desembarcado consigo, como muestras de maderas preciosas, tejidos indianos i vasijas delicadas.

El Gobernador no pudo ménos de aplaudir la adelantada civilizacion que probaban aquellos objetos.

—Mirad, dijo Almagro, este ovillo de hilo de algodon, tambien recojido en la costa. Es un presente que un soldado Saravia ha querido hacer a su esposa.

—Bien! mahulló Andagoya allí presente, veremos lo que contiene el ovillo; conozco a Saravia, i el tal no puede venir vacío.

Almagro entretanto volvia el ovillo a su jubon.

—Pero no notais, señor Gobernador, observó en aquel punto Andagoya, que apesar de esos prados de flores i esos caminos de oro, el capitan Almagro trae del Perú un ojo ménos?

—Perdonad, señor Rejidor, ignoraba que el capitan no fuese tuerto.

Almagro casi se sintió abrumado por el sarcasmo de su rival, pero respondió con gracia i oportunidad:

—Tened presente, señor Gobernador, que yo no he dicho que el pais de los Incas sea un pais desierto; pues léjos de serlo, está habitado por un pueblo guerrero i valeroso, que sabe defender sus hogares con la valentía del leon. He ahí por qué he tenido la desgracia de perder un ojo, i por qué mi compañero, el capitan Pizarro, lleva en el cuerpo siete heridas mas.

Todos los presentes se regocijaron con la digna respuesta del caballero: solo Andagoya se sintió derrotado i desapareció.

—Me habíais prometido contar ese lanze, dijo el de Loreto dominando con su voz el concurso, de la misma manera que el trueno domina i ahoga todos los ruidos de la tempestad.

—Señor capitan, la cosa está reducida a dos palabras: fué un flechazo.

—Pero supongo que no estaria envenenada la flecha, asintió con tono de docta suficiencia el buen capitan.

—Yo supongo lo mismo, respondió Almagro sonriendo.

—Oh! con que tambien ese jardin de Hespérides tiene su dragon a la puerta, observó filosóficamente el de Rios.

Almagro se inclinó.

Momentos despues terminó la audiencia.

Almagro salió de la casa de la Gobernacion en medio de los notables de Panamá i de algunas jentes del pueblo que casi le quitaban el paso, i salió para dirijirse a donde su consocio el de Luque.

CAPITULO XIX.

PRIMERA LIQUIDACION DE LA COMPAÑIA.

Luego que Perico evacuó su comision en la ribera del mar, volvió apresuradamente donde el cura.

—Hijo mio, por qué has tardado tanto ? díjole este al entrar.

—Aún no hace una hora que salí de aquí, i ademas habia mucha jente en el puerto.

—Pues a mí me ha parecido un siglo esa hora. Vamos! i qué hai ?

—Que es el capitan Almagro el que ha llegado.

—Almagro! Almagro solo ?....i Pizarro ?

—Segun oí decir al mismo Almagro, Pizarro se habia quedado en el Perú.

—En el Perú ?

—Sí, señor.

—I no será que ha naufragado i quieren ocultarnos su muerte ?

—Dejad esos temores, señor, observó Perico temblando de que el párroco volviese a las andadas.

—No, no tengas cuidado, Perico; hoi me siento un tanto mejor.

—Permítalo el cielo.

—Pero aun no me has dicho lo mas importante.

—Qué ?

—No me has dicho si relumbraba a bordo.

—Señor, por mas que miré i remiré el buque, nada pude distinguir.

—Ingrato! qué habias de distinguir, si lo que te has propuesto es matarme con tu poltronería.

—Señor !....

—¿Cómo dices que viene el buque del Perú i no relumbra a bordo; crees engañarme, tunante?

—Es la verdad, señor.

—Nada, está visto que eres un mal criado; corre, pues, a la casa del capitan i dile que le estoi aguardando.

Perico hizo ademan de partir al punto. Luque añadió:

—Le dirás tambien que si no voi a verlo primero es porque el estado de mi salud no me lo permite.

La posdata fué del todo inútil, pues en aquel punto se sintió en el patio de la casa el ruido de una espada i de unas espuelas que rozában la tierra a intervalos.

El capitan Almagro se presentó.

Almagro no era naturalmente un Adónis, i despues del accidente del flechazo, como decia el capitan Loreto, habia pasado de feo a horroroso; pero aquel dia iba vestido de corte, i la hermosura del traje como que eclipsaba un tanto su fealdad.

Era este de terciopelo negro con cabos de raso blanco, sombrero con plumas del mismo color, larga espada, corta daga i zapatos con hebilla i lazada.

Al entrar saludó al cura con aire de emperador.

Luque no quiso irle en zaga i le contestó con ínfulas de papa; por fortuna no estaba allí Jines, i el cura podia tomarse tales libertades.

Luque pidió cortesmente a Almagro que se sentara.

—Qué distinto recibimiento, pensó este, al de nuestra primera venida.

Luque comprendió la observacion muda de su consocio, i lo miró como para decirle:

—Qué quereis? las circunstancias han cambiado tanto! I luego en voz alta:

—Perico, déjanos solos i cierra la puerta de la calle, a fin de que nadie nos importune.

El criado obedeció.

—Conque mui mal? preguntó el cura despues de un rato de silencio.

—Cómo mui mal? repitió Almagro, que al parecer adivinaba las angustias de su interlocutor, i se gozaba en ellas.

—Sí, mui mal, porque habeis tardado un año en volver, i volveis solo.

—Cómo se entiende? Querríais por ventura que trajese el Perú conmigo?

—No digo tanto.

—Pues qué?

—El capitan Pizarro no ha venido con vos.

—No ha venido porque así convenia a los intereses de la asociacion.

—Esplicaos.

—Pizarro se ha quedado en el pais de los Incas, i yo he venido a daros la buena nueva.

—Con que salimos bien?

—Mejor de lo que era de esperarse.

—Segun eso, traeis mucho oro?

—Alguno.

—Cuántos millones?

—Oh! millones no.

—Pero miles?....

—Por lo que son miles, eso es otra cosa.

—Hablad, que muero de impaciencia.

—Traigo quinientos mil ducados.

—Quinientos mil ducados! Qué esperais, pues,

que no haceis la distribucion ?

—A eso he venido precisamente.

—Empezemos.

—Tomad una pluma i un pedazo de papel, ya que teneis el trabajo de saber escribir.

Luque obedeció.

—Oidme, dijo en seguida Almagro, pues aunque yo no sé escribir sí sé contar, a ver si os conformais con mi aritmética.

—Escucho. . . . .

—Pues bien, escribid *veinte mil ;* creo que es lo que corresponde al prestamista.

Luque obedeció.

—Mas, *noventa i seis mil*, por quinto.

—Noventa i seis mil, repitió Luque escribiendo la partida.

—Mas, *noventa i seis mil*, que os corresponden por cuarta parte.

—Pero....

—Dejad las observaciones para despues.

Luque trazó en el papel la última partida.

—Sumad ahora.

—*Doscientos doce mil*, números redondos.

—Quedais contento, señor ?

—Ciertamente no.

—Ciertamente no ! esclamó Almagro casi furioso. Con que os doi la mitad i no quedais contento ? Es cosa de matar de cólera. Doscientos doce mil ducados por haberos estado aquí rascándoos la panza, i no os conformais !

Luque no hizo caso de la tempestad que lo amenazaba.

—Veamos, qué quereis, pues ? preguntó Almagro enfadado.

—Que observemos otro órden en la distribucion.

—Cuál?

—Este.

Luque escribió rápidamente algunas líneas mas abajo de la primera cuenta; i cuando hubo concluido leyó:

—Cuarta parte de quinientos mil...	125,000
Quinta de idem..................	100,000
Capital..........................	20,000
Total...............	245,000

He ahí la verdadera cantidad.

—Estais loco? dijo Almagro asombrado.

—Puede ser que lo esté por lo que hace a lo demas de la vida, pero por lo que hace a esto, no. I si no tened la bondad de pasar la vista por esta copia de nuestro contrato.... Creo que sí sabeis leer?....

—Sí, señor.

—Pues bien, ella dice: quinto *de las utilidades* para el prestamista; cuarta parte *de las utilidades* para cada uno de los socios; devolucion del capital.

—No lo niego.

—Si no lo negais, es porque sois un hombre honrado, i si sois un hombre honrado vais a decir cuáles han sido las utilidades.

—Quinientos mil ducados.

—Luego mi cuenta está bien hecha.

—Permitid....

—Tenéd presente que se dice de *las utilidades*, esto es, de todas ellas; i no *del resíduo, hechas las deducciones correspondientes.*

Almagro se sintió enardecer; era aquella una picardía del cura, pero no habia remedio.

Luque leyó este pensamiento al traves de la frente de Almagro como pudiera hacerlo al traves de un cristal, por lo que repuso en el acto:

—Para graduar la fuerza de mi observacion, apelo a vuestra propia conciencia.

—I yo a la vuestra.

—Por lo que hace a la mia ella está tranquila, como la de un muerto.

—Es decir que debo daros treinta i tres mil ducados mas?

—Al ménos que querais comprometer vuestra salvacion.

—I vos no comprometereis la vuestra recibiéndolos?

—Por lo que es eso, yo soi sacerdote.

—Razon de mas.

—Sí, razon de mas, pero a mi favor; pues yo sé todo lo que me está permitido i lo que no me está, i en tal virtud arreglo mi conducta.

—Bien, dijo Almagro tratando de tender un lazo al cura, tendreis los treinta i tres mil ducados mas, pero hoi mismo quedará disuelta la compañía.

—No, capitan, puesto que la empresa no ha terminado aún. Habrá que esperar a que Pizarro venga a Panamá, i nos distribuyamos el oro que traiga; solo que en caso de que no venga, habrá que apelar a la corona.....

—Una queja?

—Nada de eso, capitan, os habeis vuelto mui irritable. Habrá que apelar a la corona.... digo, para que distribuya el pais de los Incas entre los socios.

Almagro guardó silencio, era mucho lo que tenia que decir sobre esto, i no sabia por dónde empezar.

—Parece, dijo el cura despues de una pausa, que no me disputais ya los treinta i tres mil ducados?

—No, respondió Almagro enojado.

—Bien sabia yo que al fin entraríais en razon.

—I quedais satisfecho?

—Todavía no, capitan.

Almagro llevó instintivamente la mano a la adarga, aquel *todavía no* merecia una estocada.

—Qué quereis? Conque todavía no estais satisfecho; pues bien, señor de Luque, nó os daré nada, ni un maravedí siquiera, lo entendeis?

—Bien decia yo, observó el padre tranquilamente, que os habíais vuelto mui irritable. Pero vamos por partes; creo que sí conoceis el carácter del ex-Gobernador?

—De Dávila?

—Sí.

—Pero no comprendo qué tenga que ver el carácter del ex-Gobernador Dávila en este asunto.

—El carácter moral, ya se ve que no.

—Pues entónces os juro que no entiendo.

—Nada tiene eso de particular: sois un hombre poco o nada leído.

—A la verdad que no hago profesion de sabio. Soi militar, i nada mas que militar, repuso Almagro con desden.

—Era una simple observacion, no os molesteis por ella. Cuando he dicho *carácter*, me he referido únicamente a la forma de letra del ex-Gobernador.

—Comprendo. I qué hai con la letra o con el carácter, como vos decis, del ex-Gobernador.

—Os preguntaba si la conocíais.

—Como mis manos.

—Pues entónces, leed.

Luque estiró a Almagro un papel.

Este leyó con dificultad lo que sigue, pues ni la letra era de lo mas limpio ni de lo mas claro, ni el lector de lo mas intelijente.

Mediante arreglo particular, el mui reverendo cura Hernando de Luque, maestrescuela del Darien, está encargado de arreglar todos mis negocios en Panamá, tanto los que se refieren a intereses, como asuntos de compañías, préstamos &.ª Firmado—Pedro Arias Dávila.

—Pero esto es mui lato.

—Sí lo es, pero el de Dávila no podia, sin comprometerse, darme otro poder, i, ademas, él no tiene hoi otro asunto en Panamá, que el que se refiere a nuestra asociacion.

—Es decir que os entregaré ciento veinte i cinco mil ducados por el ex-Gobernador?

—I yo un recibo en cambio.

—Cuándo los quereis?

—Esta noche, entre nueve i diez.

—No seria mejor esta tarde?

—Es mejor arreglar esos negocios de noche.

—Será, pues, así; aunque os advierto que entregaré al peso, porque debeis suponer que el oro no viene amonedado.

—Como gusteis.

Almagro salió de la casa del maestrescuela jurando por su vida que nunca se habia predicado en el mundo un sermon mas caro que el de Luque.

Este, por su parte, tomó de nuevo la pluma i cargó a la cuenta de márras los trescientos setenta mil ducados que le tocaron en la primera liquidacion de la compañía.

CAPITULO XX.

EL OVILLO DE HILO.

Debemos decir en honor de Almagro, que era jeneroso hasta mas no poder, aunque su jenerosidad no fuese de aquellas que solo hacen beneficios en el silencio i en el misterio, i que se contentan con el agradecimiento que envuelve una mirada o trae consigo un apreton de manos. No, la jenerosidad de Almagro era todo lo contrario; i estaba tan léjos de la virtud, como cerca del vicio. En una palabra, la jenerosidad de Almagro nacia de orgullo mal entendido, i no de grandeza de alma.

Almagro, cuando hacia un servicio, no tenia por objeto ganar un corazon, sino dar motivo para que se hablara del asunto. Tal vez era este su lado mas vulnerable.

He ahí por qué en su arreglo de cuentas con Luque no se afanó mucho en disputarle las decenas de miles de ducados que el cura se llevaba de mas.

Aparte de estas, el capitan tenia otras razones para obrar de este modo, i eran las siguientes:

1.ª Perjudicar los intereses pecuniarios de Pizarro, i de este modo vengarse en parte de las presuntas usurpaciones de aquel.

2.ª Llamar la atencion de la colonia sobre el poco caso que hacian del oro, i provocar de esta suerte la codicia de los soldados ociosos para que lo siguiesen en su segundo viaje.

3.ª (I esta tal vez era la mas importante) mantener propicio al padre Luque.

Acaso preguntarán nuestros lectores ¿por qué Almagro no solo queria retener a Luque en la

compañía, sino que deseaba tenerlo contento contra el parecer de Pizarro mismo? Ya tendremos ocasion de esplicarles este enigma, si lo es.

Miéntras Luque restablecia completamente su salud con la visita que le acababa de hacer el capitan, superior en eficazia a la de todos los médicos que lo habian visto ántes, Almagro marchaba sin pérdida de momento a la casa de su habitacion.

Salióle a recibir Diego, el niño que ya conocemos, i Almagro le echó los brazos preguntándole por Ines. Este era el nombre de la madre del niño.

—Aquí estoi, dijo desde adentro una indiana de unos veinte i ocho a treinta años, gorda i rechoncha, aunque no fea, que llevaba un traje a la española.

Almagro soltó a Diego para echarse en brazos de su compañera.

Esta lo recibió ruborizándose.

Pero no se vaya a creer que el tal rubor nacia de un sentimiento de pureza; nada de eso. Ines era una de las muchas indias de las tribus vecinas, de esas que habian recibido el bautismo i quedádose entre los *blancos*, como ellas decian, para ayudar a poblar la colonia; indias que, no obstante la vida marital que llevaban con los españoles, no habian podido acostumbrarse a tratarlos como a iguales, profesándoles, por el contrario, un respeto que rayaba en servilismo.

Almagro fué durante algunas horas el hombre mas feliz de la tierra. Los cuidados de su compañera i los cariños de su hijo, cosas ambas de que habia estado privado por tanto tiempo, le acababan de hacer olvidar los sufrimientos de la espe-

dicion; i aunque ya solo le quedaba un ojo para contemplarlos, aquel ojo bastábale en su calidad de padre amoroso i marido tierno, aunque *ad interim.*

Sirviéronle la comida, que fué abundante, i ya se preparaba para dormir la siesta, a estilo español, cuando presentóse un empleado de la Gobernacion i le hizo presente que don Pedro de los Rios le hacia el honor de invitarlo a una conferencia particular.

Aquel aviso, sin saber por qué, hizo latir el corazon del capitan. Dió, pues, un último beso a su hijo, i echando una mirada cariñosa a Ines, salió seguido del empleado.

A diferencia de don Pedro Arias Dávila, don Pedro de los Rios era un sujeto recomendable por su probidad, sus buenas maneras i su amor a la corona; i habia pasado a América con el sentimiento del deber fijo en su corazon de noble.

Miéntras que Almagro i el oficial atravesaban silenciosos las calles de Panamá en direccion de la casa del Gobernador, este, presa de un enojo profundo, oprimia con sus contínuos golpes el piso de la sala del despacho, desarreglaba los asientos i, casi casi, se maltrataba contra la pared.

—Habráse visto cosa igual! esclamaba. Han sacrificado ya dos tercios del vecindario, i quieren persistir en su obra de destruccion!

—Sí, señor, observó en aquel punto un caballero que parecia gozarse en los arrebatos de don Pedro, han traicionado al Rei i al pueblo.

—Pero la pagarán caro.

—I si no, ya todos estaríamos autorizados para hacer únicamente nuestra voluntad.

—Por fortuna no será así.

—Yo lo espero. Adios, señor Gobernador, vais a arreglar un asunto grave del servicio público, i no debeis tener testigos.

—Así es, don Pascual. Pero, i la carta?

—Ahí queda sobre la mesa de la cancillería.

Andagoya, pues no era otro el caballero, salió de la casa de la Gobernacion diciendo entre dientes:

—Por esta vez, malos bribones, no me burlareis como en la primera ocasion.

Minutos despues estaba Almagro en presencia del Gobernador.

—Sentaos, dijo este mostrando una silla al capitan, pero sin que por esta cortesía cambiase en nada su actitud severa i descompuesta.

—Perdonad, pero aun estais de pié, balbució Almagro, que habia adivinado el chubasco.

—Sentaos! he dicho, repuso el Gobernador con imperio.

Almagro obedeció.

Don Pedro, sin dejar de pasearse, agregó:

—Me asegurásteis esta mañana, capitan, que la espedicion habia sido próspera en todas sus partes.

—Así es la verdad....

—Cómo la verdad? interrumpió el Gobernador exaltado por la cólera. Aun pretendeis engañarme, mal español?

—Dios me libre de querer engañar al representante de mi Rei.

—Entónces por qué me decis que así es la verdad? Cómo se entiende?

—Digo que sí os dije esta mañana que la espedicion habia sido próspera en todas sus partes.

—Pero habeis mentido de un modo que no permite el honor, i que no perdonan las leyes.

Almagro se puso lívido de rabia.

—Sí, capitan, continuó el Gobernador cada vez mas furioso. La espedicion no ha sido próspera, sino desastrosa en todas sus partes.

—Pero de dónde sacais eso, señor Gobernador?

—De la queja i el denuncio elevado a mí por cien infelizes.

Almagro miró al Gobernador como a un orate.

—Parece que lo dudais? dijo don Pedro dando un nuevo rujido, i acercándose a la mesa tomó de ella la carta a que habia hecho alusion Andagoya.

—Un denuncio? murmuró Almagro, una queja?

—Una acusacion, una terrible acusacion, señor capitan, dijo el Gobernador lanzando a Almagro una mirada llena de desprecio. Leed.

Este, casi convulso, tomó la carta fatal de manos del Gobernador, i la leyó sin comprender lo que decia.

—Pero.... articuló al acabar.

—No hai pero, señor Almagro, esos infelizes tienen razon. Engañarlos así! asesinarlos así! Bien podeis ver que no pasaré por ello.

—Señor!....

—Esos eran los prados de flores, esos los rios de leche i miel que me mentíais?.... Esas las cordilleras de oro, esos los bancos de coral! Caro, mui caro pagareis, señor Almagro, tales embustes.

I el Gobernador se acercó a la puerta i gritó:

—Capitan de servicio, cuatro arcabuzeros!

Almagro trató de hacer algunas observaciones, pero no le fué posible, por lo que bajó la cabeza i se resignó.

Los arcabuzeros i el capitan de servicio entraron luego.

—Desarmad a ese hombre i llevadlo preso, dijo el Gobernador con dignidad.

Almagro se vió perdido, i entregó su espada sin vacilar.

En seguida lo condujeron a la cárcel.

He aquí lo que habia pasado.

Don Pascual Andagoya, rival vencido de Pizarro i Almagro, puesto que por ellos habia tenido que desistir de sus descubrimientos al Sur, hacia tiempo que acechaba la ocasion de perderlos, para vengarse de lo que él llamaba su afrenta.

Debíanse a él, pues, esclusivamente, los rumores desfavorables que, relativos a la espedicion, habian corrido en Panamá de algun tiempo atras. Ya era el naufrajio de Almagro; ya los ajusticiamientos de Pizarro en varios puntos del litoral i aun a bordo mismo; ya las crueldades sin cuento cometidas con los indios; ya, en fin (i este era el crímen mayor atendida la época i el carácter español) la mala fe en la tasacion de los quintos reales. Empero, como aquellos rumores no tuviesen mas fuerza que la de símples habladurías, pronto se olvidaron del todo.

Andagoya empezó a sentirse derrotado. Sinembargo, era lo cierto que se pasaban meses i meses sin que se tuviera noticia de la espedicion, i ya el rumor primero de su naufrajio era una creencia jeneral.

En tales circunstancias fondeó Almagro en el puerto de Panamá.

Corrido i fuera de sí, lanzóse Andagoya a la casa del Gobernador a saber de la propia boca de Almagro, i en audiencia oficial, los pormenores del viaje. Oyó, pues, todos los detalles de él, i hallóse presente cuando el capitan presentó a don Pedro el ovillo de hilo peruano que Saravia enviaba a su mujer para que se fabricase unas

medias de aguja, circunstancia que lo hizo esclamar, como ya saben nuestros lectores:

—Bien! veremos lo que contiene el ovillo; conozco a Saravia, i el tal no puede venir vacío.

Fijo en esta idea se retiró de la ceremonia ántes de que esta se concluyera, i acercándose a uno de los muchos pilluelos que habia a la puerta de la Gobernacion, i que esperaban la salida de la concurrencia para hacer de las suyas,

—Hijo mio, díjole con la mayor dulzura ¿conoces al capitan Diego de Almagro?

—El que ha venido hoi?.... un soldado tuerto, feo, i chico como un muñeco?

Andagoya no pudo ménos de sonreirse: el retrato era breve, pero acabado.

—El mismo, contestó.

—Vamos! i qué hai que hacer? preguntó a su vez el pilluelo clavando una mirada intelijente en su interlocutor.

—Nada; solo que él tiene el capricho de regalarte este escudo (Andagoya al decir esto tomó la mano del pillo i le puso dentro una moneda) si tú tienes la viveza de sacarle del jubon un ovillo de hilo que trajo del Perú.

—Toma! si no es mas que eso, ya podeis estar seguro de que no volverá a su casa con el ovillo.

—De manera que te espero allí en la otra esquina de la plaza, como quien va para donde Luque. Pero anda vivo que ya van a salir.

—Perded cuidado, señor; allí estaré con el ovillo ántes de un segundo.

Si mal no recordamos, ya dijimos atras que Almagro habia salido de la casa del Gobernador en medio de un tumulto inmenso.

Pues bien, fué en medio de ese tumulto que el pilluelo pudo acercársele i sacarle el ovillo.

Empero, la primera tentativa no fué del todo feliz porque el tiro habia sido a uno de los bolsillos de la izquierda, i el ovillo descansaba en uno de la derecha.

—Qué hai? preguntó Almagro al tunante, al ver que se le acercaba demasiado.

—Nada, señor capitan, es que quiero conoceros i el jentío no me deja.

Durante esta respuesta halagadora el ovillo cambiaba de habitacion.

—Viva el capitan Almagro! gritó el ratero gozoso de su triunfo.

—Que viva! repitió la turba alborozada.

El rumboso descubridor del Perú no pudo permanecer indiferente a este primer preludio de gloria, i una puñada de oro arrojada a los aires, fué por lo pronto su rejia, su espléndida respuesta.

Poco despues Andagoya era poseedor del hilo famoso, que, ciertamente, no serviria como el de Ariadna para sacar de un laberinto, sino para engolfar mas i mas en un antro de perdicion.

La fortuna, que vive del contraste, habia hecho decir a Almagro ese dia al regresar a su casa:

—Ines, busca una persona que vaya a llevar a la mujer de Saravia un poco de hilo que le traigo del Perú.

I diciendo esto se rejistraba los bolsillos. Empero como no pareciese el ovillo, agregó el jeneroso capitan:

—Vaya una desgracia! lo he perdido durante la audiencia, pero en cambio será preciso enviar a la pobre mujer unos pocos ducados.

CAPÍTULO XXI.

LA CARTA.

Una vez poseedor Andagoya del ovillo, halló

que contenia una carta si no de todos, de la mayor parte de los soldados de Pizarro, en que despues de pintar dia por dia i hora por hora las penalidades de la espedicion, tales como borrascas, hambres, enfermedades i muertes (i esto sin exajerar porque no habia para qué) entraban en los pormenores de su enganche engañoso, merced a las intrigas de Jines; en la muerte de Marchena; i en la constante violencia que se les hacia manteniéndolos léjos de la colonia, sin mas vestido que las hojas de los árboles ni otro alimento que los asquerosos reptiles de la costa.

La carta estaba escrita con bastante talento i con sobrada esactitud, i en lo que mas hincapié hacia era en la proteccion formal que reclamaba de la corona la porcion mas desvalida de sus súbditos, pidiendo les enviasen un barco que los trajese a Panamá, i los libertase así de la tiranía de sus capitanes, que no querian llegarse a la razon, i que a todo contestaban con la espada, como si hubieran de habérselas con fieras de los montes.

En suma, terminaba con esta cuarteta que las circunstancias vinieron a hacer célebre posteriormente en todas las colonias españolas:

« Pues, señor Gobernador,
Mirelo bien por entero,
Que allá va el recojedor
I aquí queda el carnicero. »

Bien se comprende que el recojedor era Almagro i el carnicero Pizarro.

Andagoya sintió que el corazon casi se le saltaba del pecho: tan grande fué su placer! Esa carta en sus manos era una arma poderosa, que las iras de su venganza iban a esgrimir con una destreza sin igual.

Dirijióse, pues, acto continuo a casa del Gobernador, i sin preámbulos ni rodeos le dió el denuncio, no solo como particular, sino como Rejidor que era a la sazon de Panamá.

Ya hemos hecho notar que don Pedro de los Rios era un hombre honrado i de intelijencia despejada, por lo que no pudiendo soportar tal infamia, gritó, desbarró de enojo, jurando por el esplendor del sol, a usanza de Guillermo el conquistador, hacer aquella vez un ejemplar de justicia.

Quedan ya descritos los primeros ímpetus de su cólera.

Miéntras Andagoya reía de su habilidad, Almagro casi lloraba de su torpeza, pues largas i maduras reflexiones, le hicieron creer que la carta habia venido entre el ovillo, sospecha tardía pero fundada. Concluyendo filosóficamente en que algo mas de lo que le estaba pasando merecia por necio i confiado.

Pero lo que no podia atinar el capitan era cómo habia podido ir el ovillo a manos del Gobernador, i cómo habia este hallado la carta: cuestiones ambas bastante espinosas de suyo.

De repente pasó por su cabeza una idea rápida como el relámpago i quemadora como el rayo, que lo hizo pararse del asiento i pasearse ajitado por la prision.

—Sí, no puede ser otro, se dijo al fin. Recuerdo ahora el sarcasmo que encerraban sus palabras cuando hizo notar al Gobernador la pérdida de mi ojo. Ese hombre es nuestro enemigo mortal!

I enjugándose el sudor que le corria por el rostro,

—Pronto nos verémos las caras, Andagoya! Todavía sé como se echan almas al cielo a punta de estocadas. Por fortuna soi rico, mui rico! i Pizarro no podrá ménos de ayudarme.

El nombre de Pizarro, aunque pronunciado ocasionalmente, no pudo ménos de estremecerlo de piés a cabeza. Ese nombre acababa de infundirle una sospecha diabólica, por lo que se preguntó:

—¿No será esta una superchería de Francisco, a fin de que me detengan aquí i conquistar él solo el Perú?....

Tal presuncion estuvo a punto de desesperarlo.

—No importa! añadió despues de un silencio bastante prolongado, en ese caso lo mataré, i acabadas son cuentas....Ahora comprendo su interes en quedarse siempre en los mares....De todos modos, bueno será hacer saber a Luque mi arresto.

Almagro llamó.

Apareció un pechero en la ventanilla del calabozo.

—Informaos, buen hombre, dijo Almagro, con el jefe de guardia si estoi o no privado de comunicacion.

El pechero se retiró, mas volvió al punto para manifestar al preso que no habia órden ninguna sobre el particular.

—Entónces hacedme el bien de pasar a casa del padre Luque i llamarlo de mi parte.

El pechero vaciló. Almagro comprendió aquella vacilacion i alargándole una moneda, díjole:

—No veo inconveniente en que un preso de Estado quiera comunicar con un confesor.

El pechero se alejó convencido.

Media hora despues rechinaron los goznes de

la puerta del calabozo de Diego, i entró el maes-trescuela despidiéndose cortesmente del oficial de guardia, que habia tenido el honor de acompañarlo hasta la puerta.

Almagro saludó a Luque como a su ánjel salvador, i balbuceó:

—Ya sabreis....

—Lo sé todo. Ha sido una falta de mundo que pagaríais mui caro a no estar yo de por medio.

—Lo reconozco así. Mas qué debo hacer?

—Nada.

—Eso me decis?

—Eso os digo, porque ya yo lo he arreglado todo.

Almagro miró a Luque asombrado.

—Dudais?

—No dudo; me sorprendo.

—Haceis bien de sorprenderos, porque no todos tienen vuestra inesperiencia.

—Pero qué habeis hecho?

—He ido a ver a frai Martin Béjar, obispo del Darien, i entre juntos hemos calmado al Gobernador.

—Mas, cómo supisteis?....

—Por lo que es eso, la noticia de vuestra prision se hizo pública en el instante.

—De manera que estamos deshonrados?

—De estar álguien lo estaríais vos por imprudente; pero, gracias al cielo, no lo estará ninguno.

Almagro trasportado llevó su agradecimiento hasta besar una punta de la sotana del cura.

—I qué ha dispuesto el Gobernador?

—Por lo pronto nada.

—Entónces....

—No os afaneis, amigo, que no vais a continuar preso.

Almagro se tranquilizó.

—I no pudiéramos traer al Gobernador a nuestro partido?

—De eso se trata.

—Decid, pues, qué nos toca hacer a Pizarro i a mí.

—No sé; cuando mas tener algunos ducados disponibles.

—Desde ahora os ofrezco diez mil.

—Despacito, amigo; no hai que precipitarse.

—Trazémonos un plan, pues.

—Ya yo lo he trazado.

—Decídmelo.

—Someteros por lo pronto a todo.

—Hasta seguir preso?

—Hasta seguir preso.

—Pero....

—Entónces no os sometais....dijo Luque alzándose de hombros.

—Me someteré, murmuró Almagro vencido. I despues?

—I despues, ireis a echaros a los piés del Gobernador.

—Comprendo.

—I de S. I. el obispo Béjar.

—Qué mas?

—En seguida hareis penitencia pública.

—A lo rei? interrumpió Diego visiblemente disgustado.

—I quién sois para no hacerla? los emperadores mismos la han hecho.

Almagro no respondió.

—Estamos?

—Pero yo solo?....

—Sí, porque vos solo estais en Panamá.

—Es decir que Pizarro?....

—La hará a su tiempo.

Diego no replicó; pero se permitió algunas dudas sobre este particular.

—Mas por qué he de hacer semejantes cosas?

—Porque hicísteis la espedicion con engaños.

—No enumero ese pecado entre los mortales.

—Yo sí; i ademas, de otra suerte, me haríais quedar mui mal.

—Por qué?

—Porque yo prediqué que vosotros érais unos santos, i los santos no se conducen de ese modo.

Almagro empezaba a impacientarse.

—Sois, o no, cristiano? preguntó Luque agotando su argumentacion.

—Sí lo soi.

—Entónces debeis hacer lo que os propongo.

Almagro dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Luque continuó:

—Como no es justo que, estando aquí, permanezcais léjos de vuestra mujer i de vuestro hijo, se os pondrá en libertad al anochecer.

—Es que no es mi mujer lejítima, contestó Diego ruborizándose.

—Entónces os casaré hoi mismo.

—Señor!....

—No puedo permitir tales escándalos en mi grei.

—Será preciso casar a medio Panamá.

—Lo casaré.

Esto dicho, salió el cura del calabozo dejando sumido al preso en las mas hondas cavilaciones. He aquí los problemas cuya resolucion se proponia:

¿ Era, o no, leal la conducta del sacerdote ?

¿ Hablaba, o no, con verdad ?

¿ Tenia, o no, interes en que lo pusieran aquella noche en libertad ?

¿ Se había engañado, o no, con respecto a su modo de juzgar, i viéndolo bien, Luque no era mas que un cura modelo ?....

Preciso será decir que el héroe se devanaba los sesos con tales cuestiones, i que, fuera de toda duda, era aquella la primera vez en su vida que pensaba tanto i tan de seguido. Lo cual no es estraño, porque ¿ para qué habia de pensar un hombre que habia tenido la fortuna de nacer en un pais gobernado por un rei, bueno o malo, pero sagrado ; que ceñia una espada que, aunque no de caballero, no por eso cortaba ménos, ni le dejaba de proporcionar modo de vivir ; un hombre, en fin, que era cristiano puro, pues habia sido bautizado, aunque en sus hechos resaltase mas el elemento turco que otro alguno ? Claro está que en nada debia pensar.

Con todo, aunque Almagro pensara raras vezes, cuando pensaba lo hacía bien ; por lo que, despues de algunos minutos de concentracion, esclamó riendo a mas no poder :

—Acabáramos! Si esta noche, entre diez i once, estaba convenido que Luque recibiera el dinero. El hombre ha temido que mi prision se prolongue i todo se vuelva embrollo. Vaya una prevision ! Vaya un talento ! Vaya una caridad!

CAPÍTULO XXII.

ENTEREZA DE PIZARRO.

El gobernador Rios ciertamente habia convenido con Luque en poner a Almagro en libertad,

a fin de evitar un escándalo; pero no por eso dejó de tomar sus medidas para cortar el vuelo a los espedicionarios, evitando así la realizacion de toda empresa temeraria en lo sucesivo. En consecuencia, si dió la órden de poner en libertad al prisionero, dió tambien la de que, cuando mas tarde dentro de segundo dia, saliese de Panamá, un empleado de la corona en busca de Pizarro, para hacerlo regresar al instante.

Las instrucciones de Tafur, que fué el elejido, llegaban hasta autorizarlo para usar de la fuerza como un último recurso.

En vano Almagro echó de empeño a todo Panamá; en vano hizo al Gobernador pinturas del pais de los Incas mas tentadoras que las de los jardines de Aladino i de Morgana; en vano habló de rios de plata i montañas de esmeralda, de volcanes de diamantes que arrojaban oro fundido, zafiros i perlas. Don Pedro, fuerte en su resolucion, dejó al capitan que hablase con el mucho interes, pero con la poca credulidad del que se entretiene con un cuento de las *Mil i una noches;* terminando por agregar a las instrucciones de Tafur algunos párrafos sobre locura o estravío mental de los espedicionarios.

En su desesperacion, Diego llegó a echar de ménos al bueno de don Pedro Arias Dávila: ese señor al ménos tenia la cualidad de dejarse comprar.

—Qué hemos de hacer, mi padre? preguntaba Almagro a Luque casi lloroso.

—Pues escribirle a Pizarro que resista o gane a Tafur, miéntras las cosas cambian, o nosotros lo socorremos.

—Pero qué ha de hacer el infeliz?

—Pues si no ha de hacer nada, que se venga.

—Pizarro no se vendrá.

—Pues entónces que no se venga.

—Padre Luque, sois el mas cruel de los hombres!

—I vos el mas necio de ellos.

—Seré todo lo que vos querais, pero ausiliadme con vuestros consejos, ya veis que el resultado pecuniario de la empresa no ha sido malo, i si continuamos......

Luque, que habia recibido los trescientos setenta mil ducados, hizo mentalmente la regla de tres que sigue, con una precision del todo pitagórica:

—Si veinte mil produjeron trescientos setenta mil ¿trescientos setenta mil, cuántos producirán?

El padre por lo pronto sintió perderse su cálculo en un mar de cifras, pero despues se sonrió porque la cosa ascendia a millones.

—Bien, dijo en seguida en alto, como vos estais en camino de ser noble español, haceis bien de no saber escribir....qué se diria de un grande de España que supiera hacerlo?.... El maestrescuela acompañó estas palabras con un jesto burlon.

—I qué?

—I qué?.... Que le escribiré yo mismo a Pizarro.

Almagro por lo pronto no supo qué contestar, i estuvo por estrechar en sus brazos al cura.

—Sí, continuó este, le escribiré yo mismo que se venga.

—Que se venga? preguntó Almagro moribundo.

—Sí, que se venga, si no ha de ser hombre de reirse de la cobardía del Gobernador i de las amenazas de Tafur.

Almagro vaciló al principio, pero luego no pudo ménos de caer de rodillas ante aquel hombre estraordinario.

—Os juro por mi espada que sereis obispo del Darien ántes de un año, dijo Diego levantándose.

—No tengo de ser obispo hasta que lo sea del Perú, respondió Luque con la misma entereza que años atras habia dicho frai Hernando de Talavera a la Reina Isabel, su hija mui amada de confesion: "No tengo de ser obispo hasta que lo sea de Granada."

Sitiaban entónces los reyes católicos esta ciudad.

Mas adelante veremos hasta qué punto se realizaron los propósitos del maestrescuela.

Dias despues de esta conversacion partió Tafur de Panamá portador de la carta de Luque i de las severas instrucciones del Gobernador.

Veamos entretanto lo que era de Pizarro.

Habia este permanecido con sus compañeros en la isla, la mayor parte inundada, i sufriendo las escasezes del hambre i los rigores de la estacion; pero sin que por esto decayese ni en un punto solo su ánimo de aventurero ni su intrepidez de soldado español.

Un dia que la jente se ocupaba en hacer cálculos sobre la próxima venida de Almagro, divisáronse en el horizonte dos naves, que, a vela desplegada, se dirijian ácia la isla, como dos grandes pájaros marinos en busca de la tierra.

Desarrollóse la alegría en el momento en todos los corazones, i Pizarro mismo sintió colorearse de júbilo.

Con todo, estos regocijos duraron poco, porque los buques en vez de echar el ancla en la orilla

misma de la isla, fondearon a unas veinte cuadras de la costa; i por mas que los infelizes náufragos esperaron un saludo o una demostracion de amistad, las naves permanecieron indiferentes como si realmente no fueran mas que dos trozos de encina flotando a merced de las olas.

Pizarro no sabia qué pensar. ¿Era que Almagro lo traicionaba por haberse él casi alzado con el mando de la espedicion? ¿Era que Andagoya venia, aprovechándose de la soledad del mar, a vengarse de lo que él llamaba su afrenta? ¿Era, en fin, algun otro aventurero, sediento como Pizarro mismo de oro i de gloria, pero mas afortunado i mas fuerte?

Nada de esto: los buques avistados no eran otros que los del comisionado Tafur.

Una hora despues de anclados, este en persona vino a tierra i, entre afectuoso i grave, reprochó a Pizarro su conducta i le hizo presentes las órdenes de la Gobernacion.

Pizarro contestó que él no hacia violencia a nadie, i que todo el que quisiera volverse a Panamá podia hacerlo, puesto que aquella era una espedicion de voluntarios en que no habia mas pacto que la comun conformidad. I sacando luego su puñal, trazó en la arena una línea de occidente a oriente, diciendo aquellas famosas palabras que ya hemos hecho valer en otra parte, i que trascribimos de nuevo aquí en gracia de su mérito, a saber:

—Camaradas i amigos, esta parte es la de la muerte, la de los trabajos, la de las hambres i desnudez, aguaceros i desamparos; esta otra la del gusto. Por aquí se va a Panamá a ser pobres; por allí al Perú a ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que mejor le estuviere.

Dicho lo cual pasó el primero la línea; siguiéronle Ruiz, el piloto, Candia, el griego, Jines, el oportuno, i once mas, entre los que debemos contar a Molina.

Este hecho en nada llamó la atencion de Tafur acostumbrado a ver en Pizarro uno de los tipos mas fieles de esa época de aventuras i abnegacion; i en aquel mismo punto dió la órden de regreso.

Los antiguos soldados de Pizarro abandonaron la isla sin sentimiento alguno i sin siquiera despedirse de su capitan, de quien ya nada tenian que esperar, i a quien consideraban como un loco.

En honor del caballero Tafur debemos decir que, no obstante la desnudez de Pizarro i lo bien que le hubieran sentado unos galones de vino i unas cuantas aves domésticas, tuvo la fineza de hacerse a la vela sin obsequiarle un lienzo ni remitirle un pan.

Pizarro debió caer en cuenta de esto a juzgar por una sonrisa amarga que ajitó sus labios en el momento mismo que el comisionado daba sus últimas órdenes sobre cubierta, i los buques jirando a babor volvian la proa mar afuera.

La firmeza del héroe no podia ser mayor dadas las circunstancias; quedábase en medio de un océano inmenso i desconocido, en un islote enfermizo i erial, i con once compañeros por todo!

I téngase presente que decimos *once* no mas, porque así era la verdad. Ruiz i Jines, apesar de su entusiasmo del primer momento, cambiaron pronto de resolucion, e hicieron presente a Pizarro que, aunque era mucho su amor a él i su interes por la conquista del Perú, tenian que hacer algo en Panamá, i aprovechaban los buques de Tafur para regresarse. Por lo demas, terminaron deseándole mil prosperidades i mucha salud.

El capitan agradeció como debia estas demostraciones.

Finalmente, Jines habia preguntado a Pizarro a dónde podia dirijirle sus respetos, i este le habia contestado que a la Gorgona, donde pensaba dirijirse ese mismo dia en una balsa.

—Ellos tambien! habia murmurado el capitan por lo bajo.

Cuando ya buques i hombres habian desaparecido en el horizonte i solo quedaba Pizarro entregado a sus reflexiones, Candia, obedeciendo a una seña del fiel capitan, siguiólo hasta el bosque inmediato.

Cuando estuvieron solos, díjole Pizarro:

—Leedme esa carta del padre Luque.

La carta decia simplemente *aguardad.*

He ahí un laconismo digno de los mejores tiempos de Esparta.

Aquel mismo dia Pizarro se trasladó a la Gorgona.

CAPÍTULO XXIII.

LA GORGONA.

La isla de Gorgona, veinticinco leguas al norte de la del Gallo i apénas distante cinco del continente, estaba mas elevada que esta sobre el nivel del mar i abundaba en liebres i aves de caza, por lo que los españoles mejoraron de condicion notablemente, i esperaron con mas tranquilidad el desenlaze de aquel drama terrible de desastres.

Era de verse el zelo cristiano con que rezaban a tarde i a mañana las oraciones de costumbre, i la vida fraternal, por no decir anacoreta, que llevaban. Allí de las espresiones edificantes, allí de los propósitos sacrosantos; allí, en fin, de la penitencia i de la virtud.

Pizarro convencido bien pronto de que las pruebas a que se habia sometido eran superiores a toda fuerza humana, acabó por hacer creer a sus compañeros de obstinacion que la empresa acometida era una empresa relijiosa, en la cual tendrian siempre el poderoso i directo apoyo del cielo. A partir de ahí para adelante, ya todos fueron milagros en la isla. Viéronse ánjeles (o por lo ménos se creyeron ver) con espadas de fuego guardando durante la noche el sueño del capitan; oyéronse vozes en los aires llenas de amor i de esperanza; i hasta la Vírjen misma se dignó atravesar el espacio, divina con su sonrisa de madre i resplandeciente como la luz.

Con todo, en medio de esta piedad grandiosa, los isleños solian acordarse de que eran hombres, i sus pasiones simplemente adormecidas por la tranquilidad del sitio i el perenne arrullo de las ondas, se despertaban vorazes, como la pantera despues de un sueño profundo i dilatado. Entónces volvian a oírse las risotadas de cuartel; entónces volvian a correr los dados sobre la mal doblada capa del aventurero, i el oro robado a los pobres indíjenas de la costa, en montones sin brillo ni armonía, daba vuelta, segun el azar, al rededor de un círculo eterno.

Pizarro, aunque insigne jugador, jamas tomaba parte en esta distraccion horrorosa, no tanto porque creyese en su mision divina, cuanto porque apreciaba en mucho la humana para rozarse con sus inferiores; sinembargo, de cuando en cuando solia causarle el juego algunos disgustos, pues entablábanse conversaciones del tenor de la siguiente, que le mortificaban sobre manera:

—Molina ¿sabes quién descubrió el juego de dados?

—No, Cuéllar, pero el capitan nos lo dirá.

El capitan se hacia por lo pronto el que no habia oído la conversacion.

—Señor capitan, decia entónces Cuéllar, tendreis a bien decirnos quién descubrió el juego de dados?

La pregunta, aunque hecha de buena fe, era mortal para Pizarro.

—Ese es un juego mui antiguo, se adelantaba a responder Candia, conocedor de la ignorancia de su jefe; i en mi calidad de griego, no puedo ménos de gloriarme aquí de su descubrimiento, pues se atribuye a mi compatriota Palamédes, durante el sitio de Troya. No es cierto, capitan?

—Si, Candia, respondia agradecido Pizarro, al sentir que le volvia la sangre al corazon.

Sonaba en aquel punto, por casualidad, un disparo de arcabuz, atronando la isla con su ruido, i haciendo huir las aves en bandadas; entónces el imperturbable curioso volvia a la carga preguntando a Pizarro quién habia descubierto las armas de fuego.

Mas aquella vez el héroe no tenia que apelar al ausilio de nadie; gracias a su antigua profesion de batallador, no solo sabia quiénes habian descubierto todo linaje de armas, sino que las manejaba con la arrogancia caballeresca de los tiempos en que le habia tocado nacer.

—Las armas de fuego, decia pues, son algo antiguas, principalmente el cañon, que lo usaron por primera vez los españoles en 1371, cuando el combate naval de la Róchela.

—I los arcabuzes?

—Esos son mas modernos, i hasta ahora empieza su uso a jeneralizarse.

Despues de estas preguntas aisladas, continuaba el juego en el mayor silencio, percibiéndose cuando mas un *voto a....* mal reprimido, o una esclamacion de pesar o placer. Por lo demas aquellos santos varones vivian como otros tantos Robínsones en su isla, felizes con sus ranchos i sus liebres.

La Gorgona está atravesada en todas direcciones por manantiales de agua cristalina, i abunda en frutas i aves, por lo que *Puerto del hambre*, *Punta quemada* i la isla del *Gallo*, eran para los cruzados españoles un Sahara comparados con el pequeño paraiso que habitaban.

Pizarro con todo empezaba a inquietarse; encontrábase en el último tercio de su vida i habia sido bastante desgraciado para hacerse ilusiones. Con su juventud habian volado todas sus pasiones fogosas, i su pecho, endurecido como la malla que lo revestia, estaba muerto a todo otro sentimiento que no fuese el del poder.

Por uno de tantos misterios humanos el hombre es el verdadero proteo de la vida. Cuando niño solo gusta de ensueños i flores. Lo mismo cuando jóven, salvo que entónces esos ensueños pasan a ser deliquios de gloria, i esas flores se convierten en vírjenes, bellas como Vénus i pudorosas como Dafne. Cuando viejo, todo ese mundo de perfumes i de embriaguez desaparece; la gloria pasa a ser un oropel miserable, que no tiene el brillo del oro ni la majestad del sol; i las mujeres, otras tantas Evas tentadoras, que, sin dejar de estar animadas por el espíritu de Satanas, no tienen los encantos ni la belleza de la madre comun.

A los cincuenta años, como decia Almagro, solo se piensa en vivir bien, o en tener poder, pe-

ro nó un poder arrogante como el de Alcibiades o César, cuyo vigor estaba mas en la pompa de sus atavíos que en lo intrínseco de su naturaleza. Entónces se desea esgrimir el hacha sanguinaria de Neron, i montar el caballo devastador de Atila; pero de ninguna manera la desteñida púrpura de los reyes modernos, ni el laurel de los antiguos póetas del Lacio.

Estas ideas u otras mui semejantes, eran las ideas de Pizarro sobre el particular. No era, pues, un niño que corria tras de una mariposa de alas azules, ni que se afanaba por tronchar una flor que ha crecido fuera del alcanze de su brazo. No; él sabia bien lo que queria, i para qué.

Era por esto que se le veía constantemente pensativo, ya firme i sin movimiento como una estatua sobre alguna roca de la ribera, ya a la sombra de algun árbol grandieso de las selvas.

El hombre sin antecesores conocidos, el soldado sin fortuna, el pobre abandonado, en fin, aspiraba al cetro de los reyes, ya que sus creencias no le permitian aspirar a la aureola de los dioses.

I lo conseguiria?.... él, miserable espósito, confiado en la palabra de sus rivales, sin mas apoyo que una espada combatida por el orin, ni otro horizonte que el de las borrascas!....

Sinembargo, Pizarro abrigaba una esperanza, que otro mas poeta hubiera tomado por una vislumbre de gloria, pero que él no queria llamar así. Aquella vislumbre no era otra que la existencia del Perú, del que seria único conquistador. Con todo la cosa no estaba ahí, sino en que si la conquista seria, o no, para la corona de España.

CAPÍTULO XXIV.

EL DESAFÍO.

Ya hemos dicho en otra parte que Almagro se sentia débil para contrarestar las pretensiones de Pizarro, i que en tal virtud queria asegurarse en el padre Luque un ausiliador oculto i poderoso. Mas ¿cómo despertar las sospechas del maestrescuela i servirse de ellas sin que este comprendiera su secreto? He ahí la dificultad.

Por un capricho de la suerte, los tres socios ocupaban puntos mui encontrados en la escala moral. Pizarro era ambicioso, Almagro epicureo, i Luque avariento; i, aunque soldados de una misma causa, echaba cada uno por su camino, quebrantando la unidad de miras, i no parando la consideracion sino en sus peculiares propósitos.

—Padre mio, habia dicho una vez Almagro al maestrescuela, mucho me temo que Pizarro se alze solo con el Perú.

—Poco me importan las tierras, habíale respondido el cura, con tal de que me vengan los metales.

Pizarro, entretanto, se decia en la Gorgona: Junte yo oro para que Almagro malbarate i Luque atesore, i venga despues lo que Dios quiera.

Sinembargo, la famosa asociacion estaba minada por la base, pues es cosa sabida que las aspiraciones del hombre son un abismo que no alcanza a colmar nada sobre la tierra; i al paso que Pizarro deliraba con una corona, Almagro soñaba con un baston, i Luque sonreia con una mitra. Habia, empero, una diferencia, i era que el último veía bien que sus pretensiones no serian contrariadas por ninguno de los dos capitanes,

por ser entónces, como ahora, la espada i la sotana dos carreras opuestas, no obstante que soliesen confundirlas algunas órdenes de la estinguida andante caballería. Esta sábia consideracion llenaba de tranquilidad al futuro obispo del Perú.

Ojalá que Almagro hubiese tenido la misma esperanza!

Pero volvamos a nuestra historia.

Durante los acontecimientos que quedaron referidos en el capítulo anterior, habian tenido lugar otros de no menor importancia en Panamá, que pasamos a referir.

Ya Almagro habia sido puesto en libertad, i ya Luque habia *alacenado* los 370,000 ducados que le correspondieron en la primera liquidacion, cuando una tarde, mucho ántes de ponerse el sol, dos hombres cojidos del brazo i al parecer engolfados en una conversacion indiferente, se apartaban mas i mas de la capital de Castilla del Oro, i se internaban en el bosque vecino.

El rostro de ambos estaba tranquilo, pero un observador medianamente profundo hubiera notado a simple vista que lo revestia una seriedad de malísimo agüero.

La tarde era hermosa. Un cielo sereno i azul desataba sus cortinas de trasparente encaje en todo lo que era el horizonte, i una mar tranquila i desierta apagaba en la orilla tortuosa del Istmo el suspiro lánguido de sus aguas. Era una de esas tardes de verano, en que los rayos del sol queman como el fuego, en que las brisas duermen en el retiro de las selvas, i las flores abren al aire sus cálizes de aroma i de coral.

Los dos paseantes eran Diego de Almagro i Pascual Andagoya, i se encaminaban a un duelo.

Llegados al sitio elejido, que era un espacio de tierra abierta rodeada de bosque, dijo Almagro quitándose la capa i poniéndola sobre un tronco:

—Os he desafiado, Andagoya, i paso a esponer mis razones. En primer lugar, hace mas de un año que Pizarro, Luque i yo tenemos en vos al enemigo mas implacable del mundo.

—Así es la verdad, interrumpió el Rejidor.

—Enemigo de tal naturaleza, que no respeta nada, combatiendo hasta con la calumnia.

Andagoya asintió con la cabeza.

—Enemigo tan encarnizado que hasta roba para dañar a sus contrarios.

—Eso lo direis por el lanze del ovillo, no? A fe mia que estuvo gracioso; i si he de decir verdad, bien merecísteis la prision por necio. A qué fin creerse de Saravia?

—Enemigo tan fatal, continuó Almagro sin hacer caso de las palabras de Andagoya, que es preciso matarlo para acabar con él.

Don Pascual se inclinó con supina insolencia. Despues dijo:

—Ahora me toca hablar a mí. Sabeis por qué os he jurado la guerra, i por qué os odio sobre todo en el mundo? Porque despues de haber descubierto yo el Perú, a fuerza de dinero i sacrificios, os juntásteis vosotros con ese mal español de Pedrarias, i lo comprásteis para que yo no llevase a cabo mi conquista. Si os odio, Almagro, es porque me habeis desheredado de gloria i de fortuna. De gloria i de fortuna! i quiénes?... vos, Diego, que a falta de apellido habeis tomado el del pueblo de vuestro nacimiento; Luque el primer avaro del orbe; i Pizarro el espósito de Trujillo!...

—Sois vanidoso, don Pascual; creo que no se

trata ahora de cotejar blasones. Por otra parte el descubrimiento que os atribuis del Perú, es obra esclusiva de Balboa.

—Si os parece, Almagro, no discutamos, dijo Andagoya quitándose tambien su capa color de cereza, i puesto que hemos convenido en decidir la cuestion a estocadas, démonos prisa.

—Como gusteis, respondió Almagro poniéndose en guardia.

Andagoya en vez de imitarlo se contuvo.

—Por qué os parais? preguntóle Diego.

—Porqué estoi pensando que seria una crueldad dejaros el sol de frente ademas de ser tuerto: seria jugar a la gallina ciega.

—No me acobarda esa ventaja.

—No; cambiemos de puesto a fin de que los rayos del sol pasando por entre ambos no ofendan a ninguno; es lei entre buenos caballeros el hacer la particion de sol i aire por igual.

Almagro cambió de situacion.

Es de advertirse que Andagoya acentuó mas de lo necesario las palabras *buenos caballeros*, porque Almagro no lo era.

Este no pudo ménos de replicarle, picado:

—Si no soi caballero ¿por qué os batis conmigo?

—Porque quiero mataros como mataré a Pizarro.

—I al padre Luque no lo matareis?

Andagoya no respondió; aunque colérico, conservaba la sangre fria bastante para no adelantar una promesa tan sacrílega como la de matar a un sacerdote. Andagoya ántes que matasiete era español. Creemos esplicarnos con claridad....

Las espadas brillaron fuera de la vaina, i tan-

to el uno como el otro competidor sintieron trémulo su brazo.

Las espadas se cruzaron en el aire un palmo arriba del corazon de los dos guerreros, i sus rostros se pusieron lívidos.

Empezóse el combate.

Por fortuna o por desgracia, no sabremos decirlo, en aquella época de hierro todavía estaba fresca en la mente de los pueblos la memoria de los Rodomontes i Orlandos, i los desafíos se llevaban a puro i debido efecto, sin el tren moderno de padrinos i balas de corcho.

Entretanto que Andogoya i Almagro se acuchillaban con todo el sabor caballeresco de que eran capazes, Tafur, el comisionado de la Gobernacion, desembarcaba en la ribera en medio de algunos curiosos que no habian querido privarse del espectáculo de ver a Pizarro cargado de cadenas, como es fama que los gladiadores romanos conducian las fieras con que solian disputarse la vida en la arena de los circos.

Empero, el desengaño fué mayor que la curiosidad, cuando el empleado se encaminó triste i solo a la Gobernacion.

—Qué es?... qué puede ser esto?... por qué no han traido al capitan Pizarro? Se habrá insubordinado?

Tales eran las conjeturas de los mas.

Oyóse entónces un recio murmullo, especie de vivas confusos, i la jente hizo círculo al rededor de una persona.

—Es Jines! Bien venido Jines! Viva Jines! gritaban por todas partes.

El figonero, recto como una palma i sañudo como un basilisco, apénas se dignaba correspon-

der a estas demostraciones de una popularidad equívoca.

Ruiz, su compañero de viaje, se manifestaba impaciente.

—Tienes dónde hospedarnos, Jines? preguntó al fin torciéndose el mostacho.

—Vaya una pregunta atolondrada! i María?

—Acabáramos! La habia olvidado.

—Se lo diré para que te riña.

—Harás mal porque es una buena muchacha, i no quiero indisponerme con ella.

—Punto en boca pues, i adelante.

Jines asió del brazo a Ruiz, i echaron a andar en busca del glorioso tambo.

—Quieres creerme, Ruiz, que me está latiendo el corazon como el de un polluelo..... Es tan grato volver al hogar!... Mira cómo han crecido los árboles!... Repara allá el limonero en que estuvo guindado el cerdo; vaya un animalon! valia bien sus cincuenta ducados.

La emocion que esperimentaba Jines era ciertamente encantadora. Ya hemos dicho atras que la tarde era una tarde espléndida i serena, en que el olor de los azahares i el perfume de las flores embalsamaban aire, tierra i mar. Blanca la gaviota i adormecida sobre las ondas, ornaba su cuello con las algas marinas, o batia sus alas para fabricarse un nido de espumas, frájil como el oceano de perlas que la circundaba. Mil insectos de alas azules, i mil pájaros de cuello de esmeralda remedando los colores de un prisma revoloteaban entre el follaje, o iban a confundir el matiz de sus plumas con las hojas estivas del tamarindo i del cocal.

Jines se estasiaba en la contemplacion de aquellos sitios casi paradisiales, donde habia sido

feliz por tanto tiempo; i una sonrisa de orgullo i de placer desfloró sus atesados labios, al contemplar su huerta cargada de árboles frondosos salpicados de frutos.

Era entónces cuando se arrepentia de haber abandonado aquel Eden por la locura de seguir a Pizarro a las rejiones del desamparo i de la muerte. El error habia sido grande en verdad.

Miéntras que todos estos pensamientos pasaban en procesion fantasmagórica por la mente del viejo soldado español, Ruiz entregado a una meditacion profunda no levantaba del suelo los ojos, i apénas respondia a las palabras del compañero.

Al fin díjole este:

—Si no me engaño, vas a morir de tedio.

—Algo hai de eso, Jines; acabo de acordarme del capitan.

—Toma! tiempo tendremos de pensar en él.

Ruiz miró a Jines para ver como tomar sus palabras. Eran una defeccion o un plazo? El piloto no pudo averiguarlo.

Llegaron en esto los dos espedicionarios al glorioso tambo, i grande fué su admiracion al ver el órden que reinaba en él, i lo mui provisto que se hallaba. Era evidente que María no habia perdido el tiempo.

Pero mayor aún que su admiracion fué el regocijo de la pobre muchacha cuando recibió en sus brazos, palpitante de cariño, al viejo veterano. Este por su parte sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Era María su hija o su amante? Ya lo sabremos.

El resto de la tarde fué feliz para todos los que habian regresado a Panamá, pues hacia muchos meses que suspiraban por ello para no serlo; so-

lo Tafur recibió un ropilla de la Gobernacion por no haber traido a Pizarro aunque hubiera sido con una cadena al cuello i atado al palo mayor.

Pronto la noche desplegando su pabellon de estrellas cobijó el cielo con su tranquilidad i sus sombras. La luna, diosa de la melancolía, alzóse como un copo de plata detras de los montes, i sucedieron el silencio i la calma a los ruidos del dia.

Un hombre con la espada requerida i envuelto en una capa que la oscuridad hacia de confuso color, caminaba apresuradamente por las desiertas calles de la ciudad. Los latidos de su corazon casi se percibian por sobre el eco de sus pasos.

Al llegar a una casa de regular apariencia, paróse esclamando como Pirro:

—Otra victoria como esta, i soi perdido.

El hombre estaba hecho pedazos a estocadas.

CAPÍTULO XXV.

DON PEDRO DE LOS RIOS.

Habia pasado un mes desde los acontecimientos que quedan referidos, i solo era de notarse, por lo que respecta a nuestra historia, que nadie daba razon del paradero de Almagro. Decian unos que habia ido a llevar ausilios secretamente a Pizarro, i otros que habia muerto en un duelo a manos de Andagoya.

Por lo que es este, veinte dias estuvo en cama sin que nadie dijese cuál era su enfermedad. Mas, hablábase mucho de cierto rastro de sangre que iba hasta la puerta de su casa.

Empero, Almagro ni habia muerto ni ido a llevar socorros a Pizarro; habia estado en mucho peligro eso sí.

Encontrábase a la sazon convaleciente de las

graves heridas que recibiera en el duelo con el Rejidor, pues eran tantas, que este lo dejó por muerto en el campo.

—Vamos, Ines, díjole un dia Diego a su compañera: cuéntame ahora sí cómo fué para dar conmigo.

—Lo supe por la dilijencia del padre Luque.

—Sí?

—Él fué el que me enteró de todo, i me mandó buscarte en los alrededores de Panamá.

—Ahora veo claro.

—Padre mio, interrumpió Diego en aquel punto, yo quiero que su merced se aliente pronto para que me lleve al Perú.

—I qué quereis ir a hacer allá?

—Quiero que el capitan Pizarro me lleve a sus batallas, i que su merced me compre un caballo blanco para pelear.

—Luego os gusta la guerra?

—Sí, padre, los soldados me gustan mas que los juguetes que me compra mi madre; i como ya su merced está viejo, quiero acompañarlo en sus campañas.

Almagro se sonrió con orgullo: las palabras de su hijo revelaban un jenio precoz.

—Está bien, dijo despues de una pausa, os compraré un caballo blanco para llevaros a la guerra.

Diego satisfecho con la promesa de su padre salió dando brincos de la estancia.

—Dame mi mejor traje, dijo Almagro a Ines; hoi da audiencia el Gobernador.

Ines obedeció.

Aun no habia acabado de vestirse el herido cuando entraron a visitarlo Ruiz i Jines.

Recibiólos el capitan con estrema dulzura.

—Venimos a participaros, dijo el primero, que ya tenemos un buque listo para llevarle al capitan Pizarro, muchas provisiones i algunas armas.

—Amigos, esa noticia merece bien un abrazo.

Almagro abrazó en efecto a los dos leales servidores. Luego añadió:

—Pero no hai que apelar a los subterfujios: tengo esperanzas de que hoi sí ceda el Gobernador; vamos a tentar el último recurso.

—Ojalá! pues ya van corridos algunos meses. El capitan Pizarro debe estar desesperado.

—Sí, pues ignora completamente la intencion con que lo abandonamos.

—Dejad a ver: si aún resiste don Pedro, entónces os ireis esta noche.

Almagro se despidió en seguida de Ruiz i Jines, i a otro rato estaba, en compañía de Luque, en casa del Gobernador.

—Dejaos de instarme mas, padre Luque, decia Rios, es un acto de rebelion que castigaré severamente. Suicidarse así de cuenta de gusto!

—Tened presente, señor, que Pizarro es un fiel servidor de la corona; i no veais en su proceder otra cosa que su amor a la causa del Rei.

—Os digo que no. Pizarro se ha lanzado al precipicio con los ojos abiertos, i ayudarlo es seguirlo neciamente.

—Bien, observó Almagro callado hasta entónces, no lo ayudeis, pero dejadnos enviar un buque para que se regrese.

—Pizarro no se regresará.

—En ese caso declinará sobre él la responsabilidad en que pudieran incurrir sus amigos por dejarlo perecer.

—Hai temeridades que deben pagarse con la vida.

—Recordad, señor Gobernador, dijo el obispo Béjar allí presente, que Dios no quiere la muerte del pecador sino su arrepentimiento i su vida.

La voz tranquila i grave del diocesano desconcertó un poco al Gobernador.

—Os lo suplicamos por la fe, repuso Luque.

—Os recuerdo el valor del capitan Pizarro, añadió Almagro.

—Ceded, dijo oportunamente la Gobernadora; no hai nada en el mundo tan persuasivo como una súplica.

—Me abrumais, observó Rios, pagando a su esposa la observacion con una sonrisa.

—Cuentan de un guerrero de la antigüedad, dijo el obispo, que solo entraba al combate para decidirlo.

La Gobernadora se coloreó con tal galantería.

—Protesto contra la coaccion, articuló riendo el Gobernador.

La Gobernadora miró a Luque i a Almagro para indicarles que era llegado el momento oportuno de retirarse.

Los socios se pusieron de pié.

—Con que dais la cosa por hecha? preguntó don Pedro entre agrio i dulce.

—Cuidado con una retirada deshonrosa, dijo el obispo; seria provocar una entrada del jeneral, i la derrota seria completa.

—Bien, consiento en ello; pero será preciso que el buque vaya a órdenes de don Pascual Andagoya.

—Perdonad, señor Gobernador, dijo en aquel punto el Rejidor; pero hai motivos de delicadeza de por medio que me obligan a rehusarme.

Aquella escusa volvió el color a las pálidas mejillas de Almagro.

—I a quién daré la comision? preguntó el Gobernador paseando la vista en torno de sus visitadores.

—Por lo que es eso, no hai que vacilar, repuso Andagoya; lo natural es dársela al capitan Almagro.

Este no supo si tomar tales palabras por un sarcasmo o por un favor.

—No, dijo Luque, Almagro ha estado enfermo i no puede ir; ahí está Ruiz, el piloto.

—Entónces no hai mas que hablar, se apresuró a decir Andagoya; Ruiz es el llamado al efecto.

Almagro volvió a mirar al Rejidor; pero no notó nada en su semblante que desmintiese la buena intencion de sus palabras.

Acordóse en definitiva que Ruiz fuese el comisionado, i aquel mismo dia salió de Panamá sin mas hombres que los necesarios para tripular la embarcacion, i con la órden terminante a Pizarro, de que estuviese dentro de seis meses a lo mas en la colonia, fueran cuales fueran los resultados de su empresa.

—Vaya, dijo Jines al embarcar varios vestidos nuevos, será preciso pensar con mas juicio en el porvenir.

Almagro salió mui preocupado de la casa del Gobernador, porque al llegar al porton principal habíalo alcanzado Andagoya i díchole:

—Abrigo la esperanza de que seamos amigos; es práctica serlo entre dos viejos soldados despues que se han batido.

Almagro por su parte le habia contestado:

—I por cierto que será una amistad mui leal la nuestra; la hemos amasado con sangre.

¿Qué motivaba esta conducta de Andagoya?

Lo diremos claramente: el valor de Almagro; se habia batido bien, i el Rejidor apreciaba en mucho a los hombres valientes.

A los siete meses completos de separacion tuvo Pizarro el gusto de estrechar en sus brazos al leal Ruiz i al dilijente Jines, i saltando en el acto a bordo, sin hacer caso de sus pocas fuerzas, mandó enderezar el rumbo al afamado puerto de Túmbez.

Pronto dejaron atras las pesadas ondas del Océano, i la nave como un cisne jóven deslizóse rápida sobre la superficie del golfo de Guayaquil.

Entónces fué cuando el Chimborazo, alcázar de los Andes, como suspendido entre el cielo i el agua, ostentó ante Pizarro su frente diamantina, ornada con los rayos de un sol primaveral. Entónces cuando el Cotopaxi batió su penachuda cumbre, inundando "en humo denso i llamas" la cúpula del cielo, i la Cruz, alzada en alto por el conquistador, saludó la tierra de las palmas i de los desiertos con el blanco lino de sus brazos!

La constancia del héroe acababa de triunfar del hombre i de la naturaleza: habiendo sido Dios únicamente su poderoso ausiliador en aquella jornada.

CAPITULO XXVI.

TÚMBEZ.

Cuando Pizarro echó el ancla en Túmbez habia en él cerca de diez balsas, recibiendo guerreros indios que marchaban contra la isla Puná. Sorprendióles a todos la aparicion estraña de la carabela, que habia entrado de rondon en el puerto como un pájaro jigantesco perseguido por los monstruos marinos.

El aspecto de Túmbez llenó de júbilo a los

aventureros, pues se componia de mas de quinientas casas de hermosa apariencia, edificadas en el centro de un valle delicioso, i a la sombra de una infinita variedad de árboles frutales.

La noticia de la arribada de los *blancos* atrajo a la orilla del mar a todo el poblado, i cien familias de vistosos trajes, i adornadas con plumas de colores, se estendieron a lo largo de la costa llenas de curiosidad.

Los guerreros mismos de las balsas detuvieron su marcha i trataron de aproximarse a la nave europea, sobrecojidos por su grandeza i lo bien configurado de sus partes.

Pizarro i los suyos contemplaban en el mayor silencio aquel cuadro desconocido i fascinador, en que no sabian qué admirar mas, si la novedad del conjunto o la no vista regularidad de los batallones indianos, descansando sobre sus alabardas de madera endurecida al fuego, sus cuerpos cubiertos de pieles de leon i pellejos de serpientes.

Aún estaba perplejo Pizarro entre ir o no a tierra, cuando en la balsa capitana sonó la señal de uso, i el convoi se puso en marcha sin curarse mas de los estranjeros.

Era de verse la maniobra rara pero regular con que desfilaron los indianos. Al toque del caracol, cada una de las balsas desplegó al viento su vela cuadrada i blanca como la nieve, i enarbolando un estandarte lijero, en que se hacian notar los colores del íris, se dejó arrastrar por las ondas al pausado compas de los tambores i las quipas.

La balsa capitana fué la última en salir del puerto, i miéntras que las otras iban al raso, llevaba esta fuertemente asida al mástil una tienda roja, recamada de oro i plata, con cuerdas dis-

puestas de manera que era fácil plegarla o estenderla a voluntad del navegador. Por lo pronto iba estendida, i notábanse bajo de ella unos diez i seis o veinte nobles peruanos, recargados de costosos adornos, i haciendo corro al rededor de un anciano venerable.

Este era el jefe de la espedicion.

Averiguando Pizarro cuál sería el objeto de esta, supo por uno de los indios que lo acompañaban, que habiendo Huayna Capac conquistado la isla Puná, i enviado a ella varios príncipes de su raza a gobernarla i traerla a su civilizacion i costumbres, los isleños le habian hecho traicion, matándoles a todos, por lo que ahora iban en su persecucion i castigo.

Movida la curiosidad del aventurero con esta respuesta, pasó adelante en sus indagaciones, preguntando quién era el citado Huayna Capac. A lo que le respondieron, que el inca mas poderoso del universo, puesto que su reino, Tavantinsuyu, comprendia las cuatro partes del mundo; i él (Huayna Capac) dictaba leyes a su pueblo desde un trono de oro macizo incrustado de esmeraldas grandes como huevos de perdiz; que sin su querer, ni pezes, ni aves, ni fieras se movian sobre la tierra; que tenia por padre al sol i por madre a la luna.

Inquirido cuál seria el número de sus tropas, los indios mostraron las burbujas del mar, las arenas de la ribera i las hojas de los bosques.

Desde aquel momento ya Pizarro no dudó ni un punto de la existencia del Dorado, i en el gozo de su descubrimiento envidiaba la velozidad del huracan i el fragor del trueno, para proclamar a una su gloria en todos los ámbitos del globo.

Los volcanes, las palmas i los torrentes de América, su sol de zafiro, sus cielos de azul, sus pampas inmensas, sus rios caudalosos, sus aves hermosas, todo, todo descorria en aquel momento a los ojos del aventurero el panorama grandioso del paraíso. Segundo Eden en que el leon de las selvas guardaba el sueño de la vírjen con la mansedumbre del can, i la blanca paloma i el pardo ruiseñor moraban entre mirtos i ababoles.

Allí de la luz trasparente i rosada,
Allí de la dulce, perenne armonía,
Allí de los astros de eterno jirar!

Nada, pues, faltaba a las aspiraciones de Pizarro: su ambicion acababa de colmarse.

¿Sería él, por ventura, otro Moises que, desde las cumbres del monte Nebo, contemplaba los valles de promision, coronados de espigàs i flores, i a donde no podia entrar por el pecado de su orgullo?

O ¿sería mas bien la sombra de Colon, en el acto de descubrir la Vénus del Cristianismo, escondida por la mano de Dios entre la espuma del mar?....

Por un movimiento espontáneo, la banda de música de la carabela tocó una marcha sublime, i el antiguo *Hossana* de los profetas resonó a bordo como un saludo i una promesa al *país de los Incas.*

Ya habia desaparecido la escuadra indiana en el horizonte i parte de los curiosos de la ribera se habian retirado, cuando Pizarro preguntó a su jente cuál de entre ella se atrevia a ir a tierra.

—Yo, dijo arrogantemente Alonso de Molina.

—I yo, añadió un africano que por casualidad se encontraba en la espedicion.

—Candia dice que tambien va, observó Jines adelantándose ácia Pizarro.

—Cierto, Candia? preguntó este.

—Sí, capitan.

—Entónces que vaya Candia primero, pues no es prudente que desembarque mas de uno; luego irán los otros que se han ofrecido.

Era Pedro de Candia el hombre mas alto i fornido de la espedicion, i abundaba en ánimo varonil. Echóse sobre los hombros una cota de malla que le llegaba a las rodillas, púsose la celada, embrazó el escudo, ciñóse la espada, i se lanzó a tierra llevando una cruz de madera en alto, en la que, segun las palabras del cronista, confiaba mas que en otra cosa, por ser signo de redencion.

El bote que condujo a Candia a la ribera estaba gobernado por indios.

Los de Túmbez contemplaron con ojo sereno el desembarco del atrevido griego, pero cuando, llegado a la orilla, echó a andar pausadamente, i el sol, hiriendo los cuarteles de sus armas, hizo brotar de su cota i escudo mil rayos de luz, la turba no supo qué pensar de aquel dios salido de las aguas, i no osando contemplar su majestad frente a frente, huyó dispersa por el valle dando gritos de asombro.

Candia continuó avanzando, i dividia su atencion entre los indios que huian i el aspecto brillante de la ciudad, realzado, aquí, por la hermosura de los palacios de los curacas o jefes, festonados de flores, i sorprendente, allá, por lo majestuoso de los templos revestidos de láminas de oro, i raros por su forma i aseo. Arboles de estraña figura i no vista elevacion, sombreaban la mayor parte de las calles, i limpias fuentes, por entre cauces de piedra, arrastraban sus linfas con la pereza de una serpiente envejezida.

Sinembargo, de en medio de los consternados naturales salieron algunos hombres mas despreocupados i valerosos, que, léjos de tomar a Candia por una divinidad celestial, se apresuraron a someterlo a una prueba terrible pero decisiva.

Hela aquí.

Huayna Capac cuando estuvo en Túmbez dejó encerrados en la fortaleza de la ciudad un leon i un tigre, de estraordinaria magnitud, i cuya ferozidad los habia hecho célebres en las terribles montañas de su nacimiento. Guardaban los indios estas fieras con todo el zelo que les inspiraba el temor de su furia, i regalábanlas con el esmero debido a su monarca.

La prueba de que venimos hablando, pues, fué la de echar estos violentos moradores de las selvas al monstruo de acero que osaba penetrar en la celeste tierra de los incas, i esperar del resultado la estima en que debieran tener su naturaleza.

El primero que soltaron fué el leon, el que, dando rujidos espantosos, i saltando de un punto a otro como un mastin que se divierte en un paséo, se enderezó a Candia, la cola alzada en alto como una serpiente que se yergue, la boca poderosamente abierta i el ojo enrojezido.

Candia comprendió al punto toda la magnitud del peligro, i sacando únicamente su daga, esperó la fiera con la inmovilidad de una estatua de acero.

El leon continuó avanzando, pero en vez de hacerlo mas veloz que al principio, la aproximacion a su víctima como que le infundió algun rezelo. De repente paróse como a una distancia de veinte pasos del sobrecojido Candia, i miróle atentamente por algunos segundos.

Todos creyeron que el momento fatal era lle-

gado, i el mismo Candia sintió apagársele de súbito los latidos del corazon, momentos ántes equidistantes i fuertes como los golpes de un péndulo.

Con todo, su inmovilidad era absoluta.

Verlo así, esto es, con la daga suspendida en los aires i pronta a herir, fija la vista en la terrible fiera, i las piernas una delante de la otra en posicion hercúlea, i tomarlo por una estatua de hierro de la Edad-media, hubiera sido todo uno.

Pizarro i sus compañeros estaban agrupados sobre cubierta con el asombro mas que el terror pintado en los rostros.

—Mil ducados, gritó Pizarro, al que derribe desde aquí el leon de un arcabuzazo sin herir a Candia.

Nadie contestó a aquella interpelacion.

Pizarro sentia correrle el sudor a grandes gotas por la frente.

—Jines, dadme mi arcabuz, agregó en consecuencia; dentro de un segundo ya seria tarde.

Jínes, pálido i trémulo, alcanzó el arma a su capitan.

Los españoles estaban a punto de morirse de angustia; i Molina se solazaba interiormente de no haber sido el primero en desembarcar.

El africano miraba su proyecto de ir a tierra como una locura.

Pizarro tendiendo el arcabuz horizontalmente sobre el buque hizo puntería con serenidad.

Empero, ántes de que tuviese tiempo de arrimar la mecha fatal, el leon, manso como un cordero aunque majestuoso, fué a echarse a los piés del consternado Candia, de la misma manera que las panteras de Java i los tigres de Africa, solian hacerlo en los circos latinos al pié de las estátuas de Bruto i de Trajano.

Era innegable que la inmovilidad de Candia i su vestido de acero lo habian salvado.

Los de Túmbez, incapazes de comprender un fenómeno semejante, cayeron de rodillas ante aquel ente superior, i despues de encadenar de nuevo al leon por medio del guarda-fieras, vinieron a adorar a Candia, i arrojar a su paso sus brazaletes de oro, sus esmeraldas riquísimas i sus mejores perfumes i flores.

El júbilo de los aventureros no tenia medida: las puertas del Dorado se abrian para ellos como se abren las puertas de los templos para recibir a los dioses.

Acababan de ser proclamados enviados del sol.

CAPÍTULO XXVII.

FLORAZUL.

Los españoles permanecieron algun tiempo en Túmbez comerciando con los indios, visitando sus templos magníficos i siendo el objeto de una hospitalidad rara i jenerosa.

Empero, si hemos de dar entero crédito a Molina, lo que mas sorprendió a los aventureros no fueron los altares resplandecientes de oro i pedrería, ni los vasos sagrados, de forma estraña i estraña magnitud, como tampoco la belleza de las escojidas o vírjenes del sol: lo que los sorprendió a mas no poder, fué los jardines artificiales de oro, plata, perlas i esmeraldas, que se estendian por millas enteras, i como ya hemos tenido ocasion de describirlos al hablar de Yucay en nuestro romance HUAYNA CAPAC.

I a la verdad no podian ménos que sorprenderlos, porque era tanto el oro i joyería, que su cantidad fabulosa hacia olvidar la mano de obra de los objetos, sorprendente sobre toda ponderacion.

Aquí una gran fuente de plata con esmaltes de oro, abrigaba en su seno mil pezes de azul i mil pájaros estraños suspendidos a flor de agua por medio de alambres ocultos. Allí las garzas, el flamenco i la tórtola hacian balanzear con su peso las ramas de oro del capulí o los frutos de esmeralda del limonero. Mas allá cuadrúpedos de cobre i sierpes de coral parecian calentarse a un sol de primavera lleno de luz i de perfumes.

Pizarro i los suyos no sabian qué pensar de aquella ciudad maravillosa, que tal vez seria un desierto no mas, pero que alguna hada burlona se entretenia en ostentársela encantada, llena de oro, púrpura i azahares, bella i espléndida como el sueño de una fantasía oriental, pura i tentadora como un paraíso.

I si esa era la puerta del Dorado que venian buscando ¿cómo seria el resto? Esta consideracion era para enloquecer a cualquiera.

Satisfecha la curiosidad de Pizarro, lleno de datos preciosos sobre el Perú i repleto de oro i piedras riquísimas, mandó levar anclas i volver la espalda a aquella tierra de encanto i de grandeza.

Esta órden estuvo a punto de causar una insurreccion. La vista de los ambiciosos aventureros no alcanzaba a descubrir en el horizonte del indio la nube tempestuosa que mui pronto deberia encapotarlo.

—A qué fin volver atras? decian al capitan. ¿No hemos llegado ya? ¿No es este el pais que hemos buscado por tanto tiempo a traves de mil peligros? Es llegada, pues, la hora del descanso. Aquí las mujeres son hermosas, la tierra fértil, el cielo benigno. Dejadnos, capitan, dejadnos moradores de estos desiertos hermosos, compartiendo

con las aves i las fieras los frutos de la palma, las aguas de las rocas i el sombrío de los bosques.... A qué nos llevais a España nuevamente?...... Despues de haber visto el Perú, nosotros no podríamos acostumbrarnos a vivir entre reyes, en medio de la miseria de las ciudades, bajo los golpes del látigo de los nobles! Es aquí donde el hombre puede recuperar su dignidad primitiva, su primitiva pureza, i solo rendir culto al Dios de sus padres, grande, sabio i misericordioso!...

En vano Pizarro se esforzába en hacerles presente que los festejos de su primer recibimiento no tardarian en trocarse en malos tratos i hasta en peligro de la vida, si los indios se apercibian de sus intenciones de quedarse en el país. Que aquellos halagos terminarian bien pronto si, como era de creerse, el país estaba gobernado por un príncipe sabio i poderoso; quien no veria con agrado la llegada a sus costas de unos hombres desconocidos i dispuestos a disputar a sus vasallos su hogar i sus riquezas.

Dividióse por fin la jente en dos partidos, uno que estaba por quedarse a todo trance, otro por irse para volver con mas fuerzas.

Pizarro les dijo:

—El que quiera puede quedarse, i el que quiera puede volverse; yo no violento a ninguno. Mi oposicion a lo primero, es apénas una oposicion de amigo.

—Yo me quedo de todos modos, capitan, dijo Alonso de Molina.

—Bien, quedaos, respondió Pizarro, así encontraremos a nuestra vuelta quien conozca a fondo el idioma de los indios, sus costumbres i modo de ser.

No faltaron algunos que siguieran el ejemplo de Molina.

Pizarro pensándolo bien recibió placer por ello; i en cambio llevóse consigo algunos indios de Túmbez para Panamá, entre los cuales recordará el lector que se encontraba Manco (alias Felipillo) que acababa de huir del Amortajado, temiendo la venganza póstuma de Cora.

Los soldados hablaron mucho de la quedada de Molina, atribuyéndola a cierta indiana de ojos negros i boca rosada.

De regreso Pizarro, fondeó en Santacruz, donde fué invitado por una india noble a ir a tierra i pasar algunos dias en ella.

Los nobles u *orejones* peruanos, llamados así por los españoles a causa del tamaño irregular de sus orejas, podian competir mui bien con la tribu orejuda, incluso el mismo Mídas.

Nacia esto de la costumbre bárbara de colgarles a los niños desde pequeños grandes masas de oro, con el nombre de aretes, que les alargaban las orejas casi hasta los hombros.

Peculiaridades estrañas de las razas americanas.

Los orejones, pues, del siglo XVI eran una cosa bien distinta de lo que son hoi dia entre las antiguas comarcas hispano-americanas que designan alguna parte de su poblacion con este nombre singular.

La india, seguida de una servidumbre espléndida, pasó a bordo del buque de Pizarro, e hizo a este innumerables presentes de valor, a los que correspondió el capitan con abalorios i cintas de Europa, que sorprendieron en gran manera a la peruana.

En seguida sirvióse el almuerzo, durante el cual la cortesana de Huayna Capac celebró lo esquisito de los vinos de España, i la por ella no imajinada cocina de los *blancos*, haciendo honor a las gallinas de Panamá, i a los cerdos de la eria de Jines, notables por su corpulencia i sabor.

Empero, lo que al parecer llamóle mas la atencion fué la forma del servicio de Pizarro, a quien regaló una vajilla de oro en cambio de otra de barro, por parecerle mas regular i bella.

Este cambio fué propuesto con la mayor injenuidad.

—Blanco, jefe de blancos, díjole, desearía cambiar contigo un servicio entero.

—Indiana, respondióle Pizarro, dignaos aceptar simplemente el que tengo el gusto de ofreceros.

—No, blanco, entre nosotros se comercia, pero no se mendiga.

—Sinembargo, yo tendría mucho gusto en regalaros esto i lo demas que os guste de cuanto hai a bordo.

—I yo mucha pena en no aceptarte nada de balde.

—Mi deseo es agradaros i sea del modo que fuere.

La india estaba como atónita en medio de los aventureros. Todo le llamaba la atencion, espejos, muebles, telas, armas i alimentos; i todo lo elojiaba con una gracia esquisita.

Pizarro por su parte le ofrecia todos estos objetos con una insinuacion caballeresca.

—Qué es esto? preguntó Florazul (este era el nombre de la ribereña) levantando con su rolliza mano un reloj de arena.

Pizarro le indicó del mejor modo posible que era un instrumento para medir el tiempo.

Florazul sin responder nada pasó el reloj a manos de una de sus sirvientas, i quitándose del vestido una perla enorme, la ofreció a Pizarro junto con una amorosa sonrisa.

Jines, Candia i Ruiz seguian a Florazul como a un objeto de curiosidad; i a cada cosa nueva que hacia, se tornaban a mirar llenos de sorpresa i de júbilo.

Pizarro mismo se habia sentido rejuvenecer veinte años bajo las miradas ardientes de la hija del sol, hermosa con sus adornos de joyas i plumas, i provocadora con sus ademanes desembarazados a la par que honestos.

Llegado el momento de separarse, Florazul hizo presente a Pizarro que los nobles u orejones que la habian acompañado a la embarcacion, tenian por objeto quedarse en rehenes miéntras que él pasaba con los suyos a tierra, donde se le esperaba para comer.

Pizarro se opuso a aquella demostracion de hospitalaria seguridad; pero no pudo recabar de Florazul que los hiciese retirar.

La balsa que habia traido a la indiana, arrimada a la carabela, tendia al viento sus cortinajes de vicuña, i mil guirnaldas, salpicadas de flores odorantes, revestian su mástil de ébano. En el interior de la tienda ardian pebeteros de plata, i un coro de músicos salvajes esperaba el momento de herir los aires con sus instrumentos melodiosos.

Pizarro dió la órden de alistarse para acompañar a tierra a Florazul.

CAPÍTULO XXVIII.

JINES ESPECULA I PIZARRO SE ENAMORA.

La órden del capitan léjos de producir alegría produjo dolor.

Era el caso que ninguno de los aventureros tenia traje con qué presentarse.

—Capitan, dijo Jines a Pizarro viendo el apuro de sus compañeros, dignaos entretener a la princesa.

—I por qué?

—Porque la jente está mui desaseada i hai que ver como se la atavía.

—I habrá modo?

—Yo creo que sí.

Pizarro se sonrió: Jines era al fin el hombre de los recursos.

—Bien, Jines, entretendré a la princesa como vos decis.

Viendo el ex-posadero que habia llegado el momento oportuno, desempaquetó sus mercancías i fué a ofrecerlas en venta en la cámara baja, distante de todo ruido i de todo embarazo.

Empezó el regateo.

—Vamos, Jines, cuánto pedis por esta capa?

—Cien doblones, amigo.

—Cien doblones! esclamaba el comprador soltando la pieza i yéndose.

—Bien, dejadla ahí que no faltará marchante; es de paño de escarlata.

Ocupaba otro el puesto.

—Doi veinte i cinco ducados por estas trusas, maese Jines.

—Son vuestras por cincuenta.

—Sea como gusteis; no reparo en oro.

—Compro esas otras.

—A vos, Candia, las doi por lo que me cuestan: cuarenta ducados; son acuchilladas.

—Sí, Jines, entre los dos no hai regateos.

Media hora simplemente bastó a Jines para

revender su pequeño comercio consistente en los objetos indicados, i en zapatos con hebilla, chambergos de colores, golillas blancas &.ª &.ª

Al terminar, los bolsillos del figonero apénas podian contener los ducados.

—Me estraña esa conducta, díjole Ruiz; si no me engaño os ví regalar el oro en el Puerto del Hambre.

—Sí, pero allí estaba a punto de marchar para la otra vida, o de consagrarme papa; i en cualquiera de esos casos de nada necesitaba.

—Cómo así?

—Muriéndome todo me sobraba.

—I siendo papa?

—Todo lo tenia.

—I qué pensais hacer ahora con el dinero que teneis recojido?

—Guardarlo.

—Para qué?

—Para pasar a España con el capitan, donde pienso establecerme de cardenal, conde, jeneral o marques; o para abrir de nuevo en Panamá mi taller.

—Vuestro taller habeis dicho, Jines? vuestro figon será.

—No, Ruiz, ántes que figonero fuí soldado, i ántes que soldado, sastre: de ahí me viene el sobrenombre de *maese*, que en buen romance quiere decir *maestro*.

—Acabáramos.

—Volveré pues a hacer trajes i a cortar cabelleras, por ser estas dos profesiones anexas en mi época.

—Lo tendremos presente para cuando se ofrezca; pero vámonos de aquí que la indiana i el capitan están ya en la balsa.

Los preparativos hechos en el puerto de Santacruz para recibir a los españoles eran en un todo conformes con la natural opulencia de los incas.

Las calles estaban revestidas de arcos de flores i frutas, hermosas en su misma variedad i ricas en perfumes i colores. De trecho en trecho ardian lámparas de plata alimentadas de ámbares i sándalos; miéntras que tapizes de fina lana de vicuña, resplandecientes de nácar i amarillo, trazaban en la arena el camino que debia llevar la comitiva. De distancia en distancia habia cuadrillas de bailarines, senadores con refrescos i quemadores de esencias.

Pizarro no pudo ménos de notar la perfecta uniformidad de los trajes determinados al parecer por tribus, así como el órden i compostura que reinaban en todas las clases sociales. Cosa que le hizo presentir la organizacion maravillosa del imperio que años despues debia desmoronarse bajo el peso de su planta devastadora.

Salió a recibir a *los blancos*, algo distante de la casa de Florazul, una veintena de orejones peruanos, llevándole a Pizarro plumas, bordados i piedras valiosísimas, todo en palanganas de oro i dispuesto con el mayor gusto, aunque con una elegancia enteramente indíjena.

El capitan recibió los presentes con aquella dignidad caballeresca de que él habia aprendido algo en la corte de Cárlos V, cuando este hombre estraordinario era el primer galan de su siglo.

En seguida la misma Florazul llevó a la boca de Pizarro la copa de oro de la hospitalidad, repleta de hirviente sora, la que dió vuelta por toda la comitiva segun era estilo entre los descendientes de Capac.

Pizarro correspondió a aquella demostracion de leal amistad, mandando desplegar el estandarte de Castilla, i haciendo que todos los presentes le rindiesen homenaje arrodillándose i jurando obediencia al rei de España, como a único príncipe legal sobre la tierra. Los peruanos se prestaron gustosísimos a este acto que para ellos tenia el carácter de una ceremonia inocente, i que para los españoles representaba una solemnidad grandiosa de suyo, bien que sombría por sus posteriores consecuencias.

Sirvióse despues la comida, en que Pizarro i los suyos no pudieron ménos que saborear la variedad de frutas intertropicales, dulces mas que la miel, i hermosas mas que el oro i los rubíes.

La noche lenta i apacible, desplegando desde la cumbre del Chimborazo sus anchos cortinajes de sombras, envolvió pronto en sus brazos a naturales i estranjeros con toda la voluptuosidad de la estacion, que era la de las flores; i mil bailes i mil cantos desconocidos para el europeo se sucedieron en sus horas de amor i de silencio.

Con el nuevo sol volvió Pizarro a sú carabela; i es fama que la reina de la fiesta, Florazul, sintió correr por su mejilla algo parecido a una lágrima cuando al despedirse del futuro señor de su pais, este la estrechó contra su corazon, dejando resbalar sus labios por las azucenas de su frente virjinal.

Pizarro mismo alejóse del Perú lleno de un sentimiento melancólico, i no se retiró de sobre cubierta sino cuando ya las costas de Santacruz remedaban en el horizonte un vapor levísimo o una sombra.

Fué entónces que se le oyó suspirar por la primera vez.

CAPÍTULO XXIX.

ÚLTIMA CONFERENCIA.

Despues de una ausencia de cerca de dos años volvió Pizarro a Panamá.

Es cosa innegable que incluso Lope de Vega, el poeta inmortal, apénas hubo hombre mas popular en la antigüedad que el afortunado estremeño. Las jentes lo seguian por las calles, los poderosos le abrian sus puertas, los guerreros lo envidiaban i las mujeres le sonreían.

Baste esto no mas para conocer cuál seria la orgullosa satisfaccion de los tres socios, quienes se reunieron inmediatamente despues del arribo de Pizarro en casa de Luque en conferencia particular.

Pizarro presentó la cuestion de la conquista en estos lacónicos términos:

—Rico i bello es el país, poderoso su gobierno, valientes sus soldados i colosal la empresa; con todo, reuna yo quinientos soldados españoles i será mio dentro de un mes.

—Así lo creemos, respondió Luque, pero el Gobernador ha dicho que él no entiende de despoblar la colonia por poblar nuevas tierras, en cuyo caso debemos pensar en algo mas serio. Propongo, pues, ocurrir a la corona misma.

—Soi de esa opinion, dijo Almagro, pero no hallo a quien confiar tan gran comision. Vos, Luque, no podeis ir porque vuestros deberes eclesiásticos no os lo permiten; i en cuanto a mí la falta de educacion cortesana me hace inútil para el efecto; si Pizarro quiere ir, eso es otra cosa.

—Propongo al licenciado Corral, observó Luque, sin hacer caso de la propuesta de Almagro;

este respetable sujeto, ademas de estar pronto a salir para España, es mui mi amigo.

Esta última circunstancia era precisamente la que lo hacia inaceptable a los ojos de Pizarro i Almagro, el primero de los cuales guardaba en la discusion un silencio particular.

—No, repuso Almagro, no estoi por Corral.

—Pues entónces por quién estais? Vos no podeis ir, pues vuestro cuerpo diminuto, la pérdida de vuestro ojo, i la falta de relaciones poderosas en la corte harian ridícula la mision.

—I vos mucho ménos, Luque, porque ciertamente haríais una figura graciosa proponiendo campañas al monarca con el misal en una mano i el cáliz en la otra. Insisto, pues, en que vaya Pizarro.

Esta conducta de Almagro se esplicaba por su posicion. Colocado entre la astucia i la doblez de Luque i el poderoso jenio de Pizarro, se hacia siempre al partido del mas débil en un momento dado, para contrarestar el del mas fuerte; i era por esto, igualmente, que meses atras habia favorecido a Luque en la primera liquidacion de la compañía, contra los intereses de Pizarro.

—Creo que lo mas prudente seria, dijo despues de un rato de silencio Luque, el que no fuese ninguno de nosotros, sino un cuarto nombrado a pluralidad de votos.

—Nadie, repuso Almagro, puede referir tan bien la historia de las aventuras del descubrimiento como el hombre que ha hecho el primer papel en él. Nadie, mejor que Pizarro, podrá referir al Rei lo que se ha hecho i lo que podrá hacerse; ni nosotros podremos tener nunca mas confianza en un estraño que en uno de nosotros mismos.

—No hai que perder el tiempo en discusiones, dijo Pizarro al fin; nadie irá a España sino yo.

—Perdonad, articuló Luque.

—No hai que argumentarme; yo, i nadie mas que yo: es cosa decidida.

Apesar de que los dichos de Pizarro no eran de despreciarse, Luque, deseoso de traer a su partido a Almagro por la desconfianza, dijo:

—Plegue al cielo, hijos mios, que con la ida de uno solo no pierda el otro lo que le corresponde de derecho; yo me holgaria mas de que fuérais ambos.

Como se ve, el maestrescuela temia mas a Pizarro solo que a Pizarro i Almagro.

Una vez convenidos en que fuese Pizarro, pasóse a estipular lo que debia pedir a la corona para cada uno de los socios.

—Yo pido el obispado de Túmbez, dijo Luque.

—I yo el título de Adelantado, añadió Almagro.

—Bien, dijo Pizarro, para mí será el empleo de Gobernador i Capitan jeneral, i para Ruiz el alguacilato mayor. Para Jines no pediré nada porque él está rico, i lleva ánimo de quedarse en la península.

Las pretensiones de Pizarro acababan de quitarle la máscara: de ahí para adelante él seria el solo dueño del Perú.

Pocos dias despues, en la primavera de 1528, embarcóse el atrevido guerrero para España seguido de Manco, Cándia i Jines, repleto de oro i de gloria.

La obra grandiosa de la conquista estaba a punto de consumarse.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

Agradecidos al lector, que, con no vista paciencia, nos ha acompañado nada ménos que por el espacio de dos años a traves de los desiertos de tierra i agua en que abunda la América, vamos a llevarlo a otras rejiones i a otros climas, donde desaparecerán del todo los panoramas con que le hemos estado entreteniendo, para dejar ver únicamente cuadros de otro órden que el salvaje, i personajes mas elevados que el sencillo i pobre aboríjen occidental. En una palabra, vamos a dejar el nuevo por el viejo mundo, i a olvidar las palmas i los coqueteros de los valles peruanos, llenos de perfumes i de frutos, por los palacios de mármol, los acueductos sagrados i la pompa cortesana de la Iberia de los antiguos.

Ya pues no embellezerá nuestras pájinas la dulce poesía de las soledades, melancólica como la luz crepuscular cuando envuelve en la rosa de sus alas el horizonte de la tarde. La voz armoniosa del indio acompañada del canto de las aves a la orilla del lago natío, ha perdido su eco para nosotros, i el susurro de los follajes i el vuelco diamantino de las cataratas, no serán por mas tiempo el obligado tema de nuestra pluma......... El sol a cuyo rayo vamos a calentarnos es un sol ménos tibio que el que se pára diariamente sobre la cima del Chimborazo, bordando con el oro de sus rayos el

azul hermoso de la bóveda ecuatorial....... es otro sol, el sol mortecino de los Atilas i de los Nerones, pero nunca el sol de los Incas!

Ciertamente, la necesidad histórica nos hace abandonar hoi el gobierno octaviano de Huayna Capac por la corte militar de Cárlos V, donde necesariamente reina otro linaje de ideas, i donde el hombre, gastado ya por el trascurso de los años i el abuso de una civilizacion distinta de la americana, ha perdido la encantadora sencillez de sus costumbres primitivas. A diferencia de la sociedad pura i templada que abandonamos, la sociedad europea a que vamos a entrar, es una sociedad bastarda, sin mas lei que la fuerza ni otro amor que el dinero. Sociedad infeliz, en que el hombre, apelando unas vezes a un derecho que no ha podido asistirle nunca, i que bautiza con el nombre de *divino*, i otras, proclamándose vice-jerente de Dios con un orgullo insensato i crimimal, ha venido a hacerse por el abuso i la impudencia el tirano de su raza. Sociedad infeliz, donde el manto de púrpura de los reyes, por mas brillante que haya sido, no ha bastado nunca a cubrir las miserias de la jeneracion hambrienta que rodea el trono, i donde, haciendo valer los recursos de la clase, del fuero i de la sangre, pero nunca la virtud ni el mérito, se ha levantado el edificio deleznable de la nobleza, a despecho de la unidad humana, bella, diestramente representada en la magnífica alegoría de Adam. Sociedad infeliz, en que se criaba el hombre para hacer la guerra i matar, i en que retrotrayendo a los pueblos hasta los tiempos estúpidos de Licurgo, habíase hecho de la clava i del dardo

el secreto de la civilizacion. Ah ! en aquel entónces batallador el caballo era el solo compañero del hombre, la lanza la mejor de sus razones, i la vieja bocina del feudalismo la primera armonía del siglo...... Reyes que lo eran todo; pueblos que no eran nada; instituciones bárbaras i egoistas; sandezes astrolójicas, proletariato i fanatismo, es lo que vamos a presenciar; i ¿en dónde? precisamente en la primera corte de la época, en el reino en que el sol no tenia oriente ni ocaso, i parecía desatar sus rayos sobre ambos hemisferios desde el centro de un zenit perpetuo. Precisamente en la nacion que despues de una lucha de ochocientos años acababa de replegar las lunas sarracenas hasta el corazon del Africa, haciendo de Granada, Córdova i Toledo las primeras pájinas de una historia heroica pero dolorosa; precisamente, en fin, en la vieja nacion que, partiendo desde Cartago en tiempo de Amílcar, llega hasta nuestros dias, despues de haber recorrido la escala del poder social con un vuelo semejante al de la águila, pero torpe i meticulosamente dirijido. Nacion de hidalgos, poetas i soldados, pero nunca de estadistas ni pensadores.

Armas, tiendas, banderas i clarines; damas enamoradas, costumbres de salon, pretensiones de vanidad, intrigas, veleidades i falsía, es lo que vamos a presenciar en esta breve parte de nuestra narracion; ya no es, pues, la América, la bella, la inocente América, patrimonio del hombre primitivo, la que nos abre sus brazos amorosos como se los abria a Chactas la espirante vírjen de sus amores; ya no: hoi es la

vieja caduca del otro lado de los mares, madre de los suevos, álanos i godos, fundadora de la Inquisicion, patrocinadora de las batallas, sanguinaria i cruel, la que va a abrigarnos en su seno. El cambio puede ser horroroso, empero es necesario.

Dejamos, pues, atras el gobierno sabio i patriarcal de la familia de los Capacs, donde todo era comun, todo, desde el sustento i el vestido hasta el trabajo i la gloria; dejamos, pues, atras el gobierno profundo de los incas, donde era la relijion tan solo la práctica del amor de de Dios, desnuda de toda estafa sacerdotal, i donde las costumbres populares al abrigo de leyes protectoras, ni desafiaban el escándalo ni temian la censura; i lo dejamos por qué? Ya lo hemos dicho, por la corte de Cárlos V; entremos, pues, en ella.

CAPITULO I.

RECIBIMIENTO DE PIZARRO EN ESPAÑA.

Los compatriotas de Pizarro para no desmentir de sus precedentes ni faltar a su raza, tan luego como el héroe pisó la tierra de España, que lo hizo desembarcando en la famosa Sevilla, dieron con él en la cárcel.

Este fué el primer desengaño del orgulloso conquistador; i fuélo porque habíase prometido llegar con su nueva de oro i de grandeza al pais de sus abuelos en medio de coros de aplausos, bajo lluvias de flores i precedido de trompas i timbales.

Acaso se nos preguntará cómo tuvo lugar tal escándalo? Vamos a decirlo tomando las cosas desde algo atras.

Pizarro hacia años que faltaba de su patria, i habia salido de ella con la mochila del emigrante al hombro, i mas alegre que triste, puesto que el que viaja por hambre casi nunca padece de nostaljia. Es cierto que sus acreedores habian echado ya su persona en profundo olvido, pero es cierto tambien que, en cambio, las acreencias habian crecido que asombraban con la aglomeracion de intereses a intereses, capitalizados trimensualmente por la acuciosidad terrible del ajio.

Sucedia de tiempo en tiempo, cuando los vientos marinos empujaban algun buque de las costas americanas a las españolas, i el grito del vijía aglomeraba sobre la ribera una multitud ávida de noticias de ultramar, que uno de los curiosos preguntase al primer navegante que saltaba a tierra, *de dónde bueno?* El buque solia venir de las Bermúdas o de la Martinica; a vezes tambien del mismo Méjico, o de la misma Castilla del Oro, i entónces era allí el preguntar i repreguntar por este o por aquel aventurero. Ya era una madre anciana i llorosa la que inquiria por sus hijos, ricos, prósperos i felizes allende el mar salobre, pero suficientemente ingratos para no acordarse de ella ni de sus miserias; ya era una jóven cariñosa i fiel, por un amante cuya pobreza le habia cavado una tumba prematura en el seno de las borrascas, o cuyas frias cenizas habian quedado insepultas en las pampas de Anahuac, o bajo las palmeras del *rincon de los muertos;* ya, en fin, un acreedor enjuto i ojihundido por un deudor solvente i gordo como un Heliogábalo.

A la madre respondia la voz del recien llegado:

—Vuestros hijos han muerto; no pregunteis por ellos.

La madre repetia ¡muertos! i se alejaba mas feliz con esta noticia que con la verdadera del estado de sus hijos; en lo que tenia razon, por ser preferible la muerte a la ingratitud.

A la jóven decia la misma voz, ignorante i fatídica:

—Vuestro amante vive, es rico i tiene una esposa.

La pobre enamorada se alejaba trémula, herida en lo mas hondo del corazon, pero silenciosa. No eran mas que tres palabras las que le habian dicho: *vivo*, *rico* i *casado*; pero esas tres palabras la habian perdido para la fe, para el amor i para la esperanza. Esa criatura desgraciada ya no seria nada en la sociedad, o lo seria todo. Terribles estremos en que la colocaba el desengaño.

Solo el avaro tenia el gusto de abrazar a su víctima.

Esa es la organizacion que se le ha dado, o que se ha dado el mundo: respetemos lo que no podemos comprender!

Pizarro, pues, lo mismo que estos hijos de la desgracia, pasó a América huyendo del hambre del viejo continente, i a semejanza de otros muchos hinchióse de oro i tornó a su patria para gozar i vivir. Pizarro, como otros muchos, tambien abandonó madre i hermanos, clima i amores, i fué feliz i volvió; empero, si a su vuelta no encontró mas madre que una tumba, ni mas amores que unos recuerdos vagos i olvidados, una veleidad de mujer i una pájina rota de su historia juvenil, en cambio sus acree-

dores memoriosos le hicieron abrir las puertas de una prision para recibirle, e intentaron estrechar sus manos con el grillete del reo, solo porque habia sido pobre i no habia podido pagar a tiempo!...... Esa era entónces, como es hoi dia en muchos pueblos, la justicia social de la tierra!

—Cómo! Pizarro lleno de gloria i de oro, preso al volver a España portador de una nueva de grandeza? No podemos creerlo: no. Esa es una burla del autor! He ahí lo que no podrán ménos de esclamar, i con razon, todos los que lleguen a este pasaje escandaloso de nuestra historia; sin embargo, nada hai mas cierto, i preso estuvo Pizarro, como preso estuvo Cervántes, i como casi murió de hambre el príncipe de la Paz. En este particular nuestros abolengos eran capazes de todo.

Mas, si apesar de nuestra aseveracion alguno de nuestros lectores se encontrase dudoso aún acerca del hecho, vea detenidamente cómo pasaron las cosas.

Entreteníase Pizarro con sus fieles compañeros, Candia i Jines, en echar algunos tragos de vino en uno de los mejores figones de Sevilla, i en charlar sobre que España no habia mudado de sitio ni de costumbres durante su ausencia, cuando se entró de rondon a la pieza en que estaban un alguacil, i en términos nada corteses ni comedidos preguntó quién de entre ellos era *un tal* Francisco Pizarro, que acababa de llegar de las Indias.

A tan gran descomedimiento, Pizarro encendióse de vergüenza, pues aparte de verse humillado delante de sus segundos, recordó

de pronto que se hallaba otra vez en el pais en que él no era nada, estando a punto de estallar de cólera.

Aun no habian tenido Candia i Jines tiempo para volver de su asombro, cuando Pizarro, saliendo del corro i adelantándose al alguacil con ánimo resuelto, díjole :

—*Ese tal* Francisco Pizarro por quien preguntais soi yo. ¿ Qué teneis que mandarme?

—Yo nada, gracias al cielo, respondió el alguacil ; pero el alcalde sí, pues me ha ordenado llevaros a la cárcel.

Decir el océano de ideas que tales palabras revolvieron en la mente de Pizarro en el corto período de un segundo, i pintar las agudas emociones de su orgullo ofendido, sería probar hacer una cosa superior a nuestras fuerzas. Quedémonos, pues, callados, como callado quedóse él en semejante trance, hasta que volviendo de su estupor repitió como delirante : *á la cárcel !*

I despues :

—Ah ! sí, comprendo ahora : es el saludo que hace la civilizacion al hombre que viene del pais de los salvajes, i que casi es él un salvaje tambien. Pues, alguacil, forma la mas degradante del gobierno i sus esbirros, id a decir al que os envia que no iré a la cárcel ; que desconozco el derecho con que se me quiere aprisionar, á no ser el de la fuerza, i que....

—Por vuestro propio bien, seor Pizarro, interrumpió el alguacil, os suplico que os modereis en vuestras espresiones : recordad que no estamos en las Indias, donde no hai rei, ni inquisicion, ni.........

—Sí, tienes razon, observó Jines temblando de miedo.

Pizarro no pudo ménos de mirar por lo bajo a Jines i sonreirse : el bueno del hombre acababa de acordarse de que era súbdito, i estendia modestamente el cuello al yugo del mandatario.

—Pues bien, os sigo, alguacil, dijo el capitan, conociendo que en una tierra de leales vasallos como la española, el primer deber del hombre era obedecer. Por otra parte, acababa de notar que Candia i Jines, que arriesgaban su vida por él en las soledades de América, no darian una gota de sangre por su cabeza en Europa. Estaban ya bajo otro cielo.

A la puerta del figon esperaban a Pizarro varias personas, entre las que eran de notarse el alcalde i el demandante. Era este el célebre bachiller Enciso; i decimos *célebre*, porque ciertamente habia adquirido este título en sus rivalidades con Balboa.

Todo fué ver Pizarro a Enciso i comprender de lo que se trataba, por lo que murmuró ántes de saludar :

—Bachiller habíais de ser, gran bribon !

—Vamos, preguntó el alcalde al capitan ¿ estáis ya listo para seguir a la cárcel ?

—Creo que no, porque a lo que parece, se trata de pagar antiguas deudas, i tengo de sobra con qué hacerlo.

—Ya no se trata de las deudas solamente, observó el bachiller con chocarrería, sino de ciertas espresiones que se os han escapado hace poco contra el rei.

—Luego qué ? se apresuró a preguntar Pizarro todo cortado.

—Os hemos oído, repuso tranquilamente el alcalde.

—Bien veo, dijo el capitan mordiéndose los labios, que se me ha tendido un lazo infame.

Enciso miró al alcalde como para decirle con la énfasis propia de la envidia: —lo que importa es humillarlo a todo trance.

Candia i Jines que con el acontecimiento habian salido a la calle, no sabian qué hacer, ni qué aconsejar a su jefe. Este por su parte reflexionó un instante, i clavando una mirada de odio en Enciso, dijo al alcalde:

—Llevadme, pues, a la cárcel.

Poco tiempo despues Francisco Pizarro, la primera lanza española, el hombre mas grande de todos los que habian pasado a la América meridional, descubridor de un imperio i rico como un Creso, se encontraba en medio de veinte o treinta criminales, que al reparar en el lujo espléndido de sus vestidos i en la belleza de sus armas, no sabian si tomarlo por un jefe de bandidos o por algun príncipe en desgracia.

CAPÍTULO II.

TEMORES A QUE SE VEN SUJETAS ALGUNAS CIUDADES.

Los primeros momentos de prision pasólos Pizarro cabizbajo i mudo, pensando en la frajilidad de las glorias humanas, i arrepentido en toda forma de haber abandonado su conquista por tierra tan ingrata como la suya.

—Allá, se decia, era libre, respetado i feliz. Mi voz era la lei, i mi capricho ensalzaba i abatia a los que me rodeaban. A mi paso no se oía otra cosa que *el jefe va, el jefe viene*:

esa era la fórmula del amor i del respeto de mis soldados; i aquí! aquí! un alguacil me insulta, un alcalde me aprisiona, un bachiller me provoca, i hasta Cándia i Jines, reputándome su igual bajo las gradas del trono, dejan correr mi suerte sin ayudarme.........Ya se ve, aquí hai cárceles, i alguaciles, e inquisicion, i grillos i cadenas!......ya se ve, esta es una sociedad civilizada, i el pais de Florazul es una tierra de salvajes.........!

El nombre de Florazul, salido sin intencion de los labios de Pizarro, solo sirvió para disgustarlo mas i mas con su patria—Pobre de ella, esclamó nuevamente, si me viese en tal lugar, qué pensaria de mí i de mis compatriotas!

Por fortuna Pizarro se encontraba en una edad de madurez i de juicio que le daba una tranquilidad grandiosa de ánimo, i en vez de arder su corazon en las llamas del despecho i de la ira, trató de sacar partido de la situacion, diciéndose:

—Si mal no entiendo las cosas, empiezo mi carrera en la corte como la terminó Colon; al fin esto es algo. Vamos, pues, a matar el tiempo.

Dirijióse en seguida al primer corro de presos que se entretenian al sol en jugar a los dados, i sacando una puñada de oro, que hizo brillar de codicia las miradas de todos los presentes, i que atrajo en rededor suyo hasta los mas distantes, díjoles:

—Diez escudos al que esté aquí sin culpa.

—Yo! yo! yo! dijeron seis u ocho a la vez, al paso que otros guardaron un silencio sepulcral.

—Bien, vamos por partes, repuso Pizarro volviendo a guardar el oro que tantos deseos habia despertado en el concurso. ¿ Vos, el de la cicatriz en la frente, por qué estais aquí ?

—Yo ? Por una bagatela. Mi hembra me engañaba con un tuno andaluz, i les dí a juntos de puñaladas.

—Bien obrado, observaron algunos del monton.

—I vos, el meditativo ?

—Yo, hidalgo, por una cosa menor : debo a un tendero diez ducados ; despintó la cosecha en mi heredad, i me tiene preso va para tres meses. Entretanto, mi mujer se está muriendo de hambre i mis hijas corren los riesgos consiguientes a la juventud, a la belleza i a la orfandad reunidas.

—Esa es la lei ! esclamó Pizarro, i adelantándose en medio de la multitud absorta puso al labriego veinte ducados en la mano, diciéndole :

—Id i pagad, i que vuestra familia sea feliz, ya que teneis la dicha de poseerla.

Desde aquel momento ya todos los presos quisieron hacer creer a Pizarro que estaban detenidos únicamente por deudas, creyendo sin duda que de otro modo no podrian esplotar la jenerosidad del guerrero ; pero miserable i egoista el corazon humano donde quiera que se encuentre, ya provenga de las razas del polo o de las del ecuador, palpitó de envidia en aquel punto, i ya apénas bastaron los oídos de Pizarro para oír informes contradictorios sobre un mismo individuo : ya era inocente, ya no lo era ; ya era criminal, i ya no ; i aquí era

asesino el que se decia perseguido injustamente, i allí ladron el complicado en un delito oscuro e improbado.

Tanto creció el alboroto, i tantos fueron los ¡ voto va ! Dios me hunda ! ¡ maldita sea mi casta ! ¡ el diablo me lleve ! que Pizarro acabó por incomodarse de véras, i rechazando a la muchedumbre, que le ahogaba, declaró lisa i llanamente que si no se restablecia el órden, no daria a ninguno ni un maravedí. Sucedióse a esta amenaza un silencio absoluto ; i viendo el capitan que la tarea que habia prometido imponerse, de averiguar, poco mas, poco ménos, cómo andaba la justicia en su tierra, ya que a él tan *injusta* le parecia, era una tarea superior al estado de su ánimo i a sus fuerzas físicas, hizo poner a todos los encarcelados en fila, i para no desmejorar a ninguno, fué dándoles de a veinte ducados a cada cual, que era lo mismo que habia dado al primero......

Alarmóse el alcalde con esta noticia, sudó el bachiller, los tenderos cerraron sus tiendas, las madres huyeron con sus hijas, pusiéronse los alguaciles sobre las armas, izóse en la jiralda el estandarte de Castilla, se tocó jenerala en las plazas, descargóse la artillería a bordo, i alzóse tal barahunda en el puerto, que nadie sabia con quién era, ni de qué se trataba, ni si era que Francisco I habia entrado a saco en el reino, ni si los moros habian vuelto a España, ni si......—Pero qué es por fin ? preguntaban los unos poniendo en seguridad sus caudales. —Nada, respondian los otros, corriendo a mas no poder : es que los presos se han sublevado ! —Horror ! gritaba una vieja cerrando su puerta,

i ¡horror! repetia el eco cavernoso de oriente a ocaso, de sur a setentrion.

—Mas ¿quién los subleva? se atrevia a inquirir una monja desde una alta i enrejada ventana.

—Un tal Francisco Pizarro, respondia un aguador impasible desde la mitad de la calle.

—I quién es él?

—Un soldado que acaba de llegar de las Indias.

—Jesus! clama la reclusa, i no paró hasta el pié del altar.

Mas digamos ya en qué paró todo esto, si fué que paró en algo. Paró en que, acusado el jeneroso capitan de conatos de sedicion, fué despojado de los escudos que aun le quedaban, i trasladado a un calabozo especial, donde se le aherrojó i se le dejó tirado sobre un monton de paja.

Acto continuo las zelosas autoridades sevillanas despojaron a los presos de sus veinte ducados, so pretesto de apendizarlos al respectivo proceso como cuerpos de delito, pero en realidad por ver si el oro de América era tal que se pudiesen comprar con él viandas i vestidos.

Entretanto Candia i Jines ponian en seguridad los caudales de Pizarro, i andaban aquí i allí en busca de un letrado que se encargara de la defensa del reo, aunque fuese a costa de lo que fuese, i resueltos a llevar sus quejas hasta el trono mismo del monarca. Con todo, la fama voladora, gratúita por temperamento i veloz como el rayo, hizo por el preso lo que nunca pudieron hacer sus mismos amigos, i fué, hacer partícipe a todo el reino de su llegada a

las costas andaluzas, i del estupendo objeto de su viaje.

Quién aseguraba que traía nada ménos que diez emperadores indios tirando de su carro triunfal, i mil elefantes cargados de oro i piedras preciosas para ofrendar a los piés de Cárlos! Quién que venia de las rejiones de la luna, que era de plata, i donde habia encontrado vivos a todos los muertos del orbe terráqueo, i gozando de un sol eterno i de una eterna dicha! I aun es fama, que no faltó quien asegurase que traía cartas de los potentados de allá para los de acá, detallando el modo de hacer un camino aéreo que pusiese la tierra en relacion directa con su satélite.

Ya se concibe, desde luego, que tales algazaras no podian ménos de llamar la atencion del gobierno, como en efecto la llamaron, terminando las cosas por pedirse informe sobre el suceso. Este informe pidiólo el Rei al Consejo de Indias, i el Consejo de Indias, para evitar rodeos i dilaciones, segun lo espresó mui largamente en las actas de diez juntas secretas que tuvo al efecto, terminó por trascribir la nota de su Majestad Imperial a todos los vireyes, capitanes jenerales i adelantados del nuevo mundo, sin contar para nada con las autoridades de Sevilla, i dictando todas las órdenes necesarias a fin de que el primer buque que se hiciese a la vela para América, llevase mui cuidadosamente las notas referidas.

Entretanto Pizarro se desesperaba en la prision, i los cortesanos se hacian al oído partícipes del secreto con una discrecion i un sijilo altamente meritorios.

CAPÍTULO III.

DONDE SE TRATA DE TIBURONES I CORVINAS.

Cándia i Jines probaron varias vezes ver a Pizarro, pero fueron siempre rechazados con insolencia, por lo que resolvieron deliberar sobre el partido que tomarian, ausiliando su intelijencia para mas seguridad con algunos vasos de Valdepeñas.

Sentados el uno delante del otro, ambos entristecidos i junto de las maletas que contenian las preciosidades peruanas, parecian dos huérfanos, que si bien no lloraban, daban al viento el secreto de sus penas en jemidos descomunales, bastantes a ensordecer un mercado.

—Hombre, Jines, decia Cándia con un acento mui propio para acongojarlos mas, sin amigos ni relaciones ¿ qué será lo que podemos hacer por él?

—Nada!

Este nada era el grito de la impotencia partido desde las mismas entrañas de Jines.

—I no es eso lo peor, sino que el capitan tuvo la lijereza de espresarse en unos términos......

—Los términos serían lo de ménos, si el bachiller Enciso no estuviera de por medio.

—Siempre me han inspirado un odio mui cordial los bachilleres.

—Por lo ménos nos aborrecen a los hombres de armas, como la tribu gatuna a la canina.

—Por fortuna no están mal correspondidos.

—Decíais que el bachiller ?......

—Ah! sí : decia que lo peor era que el bachiller estuviese de por medio.

—I por qué?

—Porque apénas hai hombre mas envidioso, i desde que estaba en Panamá se distinguia por el poco amor que profesaba al capitan.

—Es decir que no se querian?

—Es decir que se querian como el tiburon quiere a la corvina.

—Hombre, Jines, os felizito por estar hoi para escojer vuestros símiles en el reino animal!

—Qué quereis, Candia? Cuando estoi triste se me aguza mucho el entendimiento para las ciencias i las artes.

—Tomemos, pues, un poco de vino: yo tambien suelo echarlas de hombre que sabe.

Habíamos olvidado decir que el cuarto del figon en que departian nuestros dos conocidos estaba situado en el piso bajo, frente mismo al corral, del que lo separaba una pared con dos ventanas altas i sin rejas.

La noche empezaba a entrar húmeda i fria, i el viento de la llanura junto con el viento del mar, soplaba recio en las calles golpeando las puertas i haciendo apresurar el paso a los transeuntes. De repente resonó un trueno terrible, i el cielo, preñado de nubes tormentosas desde mucho ántes, se desató en lluvias i rayos.

—Cuerpo de Cristo! esclamó Jines, el Valdepeñas está bueno, pero la noche está cruda que es un horror.

—Quién pudiera llevar al capitan una bota de manchego i su capa de guerra: estoi seguro que recibiria gran contento por ello. Pero, hombre, amigo, no seais distraido i acabadme de contar sus desavenencias con el bachiller.

—Ah! sí, decia que los dos individuos se

querian desde Panamá como se quieren el tiburon i la corvina; i esto a causa de que el bachiller miraba al capitan con malos ojos por sus frecuentes i fáciles triunfos sobre los indios.

—Ya se ve, una vez que a él le costaban tanto trabajo!

—Pues, i de ahí el andar denigrándolo siempre, i diciendo que *don* Francisco solo entendia de lanzadas i toques de corneta, i párese de contar.

—Sí, ya recuerdo; a lo que respondia el capitan a su vez, que el bachiller solo entendia de leyes de partida, bulas i rescriptos; pero que en sacándolo de ahí, ni era hombre de dar una carga, ni mucho ménos de asediar un fuerte.

—En lo que decia verdad el capitan, por andar siempre estos golillas tratando de deprimir a las jentes de espada, como si la espada no fuese la señora del mundo.

—Dejaos estar, Jines, que cuando seamos dueños del Perú, que lo seremos pronto, Dios i el Rei mediante, no hemos de permitir que vayan a él ni oidores ni licenciados ni bachilleres: todos esos hombres son malos.

—Soi enteramente de vuestro parecer; pero dejadme concluir la historia de las desavenencias del bachiller i el capitan, que a fuerza de tanta interrupcion ya no sé ni qué he dicho, ni qué me falta por decir.

—Sí, pero no será ántes de que demos remate a este suave néctar, como decian mis compatriotas.

—Sea, Candia, dijo Jines algo trastornado ya con los vapores del vino; no sé por qué diablo

de desgracia, siempre que estoi triste padezco de mucha sed......

—I luego no hai como beber, i beber vino de España despues de tantos años de ausencia, para......

—Sí, de España, en vez de aquel brevaje fatal de los indios.

—La sora?

—Sí, la sora; apénas habrá bebida mas ágria i pesada.

—Pero sabed, Jines, que me está entrando sueño......

—Pues a mí hace rato que me entró.

—Entónces dejemos para despues lo del bachiller...... i el......

—I el capitan...... sí.... me parece bien.... durmamos......

Dos segundos depues los dos amigos dormian como dos lirones.

Entretanto la lluvia, tenaz como pocas vezes, aumentaba que era un mar. El figon pronto quedó desierto, i solo se percibian en las calles algunas luzes errantes i lejanas.

El figonero, hombre de unos cuarenta a cincuenta años, alto i seco, con unas barbas a la andaluza i ademanes truhanescos, tenia todo el aire de un picador o el de otra cosa parecida, pero nunca el de la profesion en que se ocupaba; siendo de notarse que desde la llegada de Pizarro i sus compañeros, contra la costumbre de todo posadero, no habia desplegado los labios para averiguarles nada, ni de dónde venian ni para dónde iban, ni por qué habian preso a Pizarro únicamente, ni nada, en fin, que hubiera podido tomarse por curiosidad o interes. Por el

contrario, cuando sus parroquianos trataron de olfatear algo acerca de la procedencia de sus huéspedes, Corazon (este era su nombre) manifestó disgusto por ello.

Por lo demas, cada vez que los viajeros le pedian agua (si era que se la pedian alguna vez) se hacia el equivocado i les servia vino; esto era sin duda el *non plus* de la amabilidad.

La noche de que venimos hablando, el bueno de Corazon luego que ya no percibió ruido alguno por el lado de sus aflijidos huéspedes, atrancó bien la puerta, apagó las luzes, i tomando una hoja que por cierto no era de papel sino de fino i templado acero, fué a aplicar la oreja al agujero de la cerraja del cuarto de Candia i Jines. Estúvose gran rato atento a causa de no percibir nada por el son de la lluvia, pero luego luego distinguió los ronquidos de la ébria pareja, monótonos i pausados como el estertor de un moribundo. Entónces una sonrisa entreabrió lijeramente sus labios ántes de decir mui por lo bajo:

—Vaya! parece que sí les ha hecho efecto el narcótico. Estas jentes vienen de las Indias i deben de traer las alforjas llenas de oro.

En seguida trató de aplicar el ojo a las rendijas por si algo descubria, pero fué dilijencia vana. Pasó pues al corral, i sin hacer caso de oscuridad ni aguacero, arrimó a una de las ventanas del cuarto una escalera que para tal intento prevenida tenia, i subiendo por ella con la ajilidad de un albañil, fué a colocarse caballero en su alfeizar. Con todo, faltaba aún la parte mas difícil de la empresa, cual era el des-

censo silencioso i atinado, i así lo comprendió el posadero, porque, conteniendo el aliento i apretándose el pecho para apagar los latidos del corazon que eran mui fuertes, esperó a que el cielo le ayudase en su santa obra, enviándole un rayo de luz que lo guiara en aquel mar de riesgos i tinieblas. I aunque no consta en la crónica de donde tan preciosos datos hemos recojido, cuál fuese la intencion celestial, ni si mas bien fué obra del diablo i sus secuazes, es lo cierto que de repente iluminóse toda la bóveda del cielo con una luz sulfúrea i penetrante, que, aunque breve, bastó al figonero para ver a Candia i a Jines dormidos en sus sillas respectivas, i a las olvidadas maletas en un rincon hacinadas sin órden ni compostura.

Escurrióse, pues, pared abajo, gracias a ciertos agujeros practicados en ella i asido a una maroma pendiente de la ventana, i encaminándose al lugar del tesoro, iba a echar mano al primer bulto que tenia delante, cuando Candia, parándose mui pasitamente en la punta de los piés, i levantando en alto su silla, dijo ¡zape! i la dejó caer con todas sus fuerzas sobre las espaldas del tabernero, lo que es mucho decir, una vez que su peso no mas hubiera sido bastante para rematarle.

Corazon, como hombre hecho a esos lanzes, no pestañó siquiera, i conociendo que habia errado el golpe, asió nuevamente de la cuerda i trepó a la ventana un si es no es magullado i corrido.

Candia por su parte, conociendo ya los puntos de ataque i de defensa, resolvió hacer su cama sobre las maletas, donde se tendió cuan largo i

ancho era, lo que tánto quiere decir como que se acostó bocarriba; i trató de dormirse al tiempo que Jines decia entre profundísimos sueños:

—Cuidado, capitan, que os atacan por detras!......fuego a los salvajes! Santiago, cierra España!

CAPÍTULO IV.

QUÉ TAL NOCHE?

Empezaban apénas a venir los claros del dia, cuando Candia, deseoso de seguir oyendo la interrumpida historia de la noche precedente, púsose de pié i tomando a Jínes por un brazo, díjole:

—Despertad, hombre confiado, i escuchad lo que pasa.

—Qué ha de pasar, observó el viejo figonero de Panamá, sino los sueños que he tenido toda la noche sobre batallas i mas batallas con los indios. Qué de tajos los que repartí: era de ver!

—Mejor era que hubiéseis repartido silletazos como yo.

—Qué, pues?..... no comprendo ¿ha ocurrido algo? preguntó Jines abriendo tamaños ojos i clavándolos llenos de temor en el rincon del equipaje.

—*Algo* hubiera sido poco, mi querido i respetado maese, lo que ha ocurrido es *mucho.*

—Pues qué?

Candia, gozándose en el estupor de Jines, levantó el dedo índice hasta arriba de la ceja, i mostrando con él las escuetas ventanas del aposento, esclamó:

—Nos han robado!

—Robado, i yo durmiendo! repuso Jines atónito, i poniéndose de un brinco en el rincon solivió una por una todas las maletas.

Candia lo observó en silencio, i cuando hubo concluido echóse a reir a mas no poder.

—Bien haceis de reir, díjole Jines, pues he tragado un susto mortal. Confieso que la chanza ha estado buena.

—Chanza decis? Mirad esa silla.

—Nada tiene de notable sino es el estar rota.

—I no recordais que ayer estaba buena?

—Tan buena, que yo estuve sentado largo rato en ella.

—Bien ¿i no alcanzais a comprender cómo es que se ha roto?

—Nada mas fácil: os quedaríais dormido encima, i la habreis roto con vuestro peso.

Al llegar aquí ya no quiso Candia divertirse mas con la ignorancia de Jines, i le contó el lanze del posadero, sin omitir circunstancia alguna; habiendo hecho esto que el último le preguntara:

—Pero cómo pudísteis no dormiros i estar en guardia tan a tiempo?

—Por una sola razon.

—Cuál?

—Porque conocia al hombre con quien teníamos que habérnoslas.

—I conociéndolo habeis permitido que nos hospedásemos aquí?

—Sí, porque no lo conocí desde el principio, sino......

—Sino?

—Sino hasta esta tarde. Fué por esto que

no quise desamparar el puesto a trueqüe de dejar abandonado al capitan.

—Comprendo ahora. Pero qüién es el pillo?

—Vos lo habeis dicho.

—Yo! cuándo? cómo? a qué horas?

—Cuándo? ahora mismo. Cómo? hablando i de pié. A qué horas? cerca de las seis.

—Pues qué?......

—Pues un pillo.

—Acabáramos!

—Jines, ya os contaré algun dia la historia de Corazon, que es horrible; por ahora contentaos con saber que el vino que tomásteis anoche estaba narcotizado.

—Seria posible?

—I me lo preguntais despues de un letargo de doce horas!

—Cierto. I vos por qué no lo tomásteis?

—Porque lo sabia.

—Lo sabíais i no me dijísteis nada!

—Cómo os lo habia de decir si temia que nos espiasen, i hubiera sido tanto como comprometer a Corazon a emplear el puñal, i tal vez el veneno.

—Estoi espantado, Candia; dejadme soliviar de nuevo el equipaje.

—Soliviadlo cuanto querais, que seguro estoi de que no faltará un maravedí.

No obstante la seguridad de Candia, Jines solivió de nuevo todas las maletas.

Sucedióse un poco de silencio, durante el cual Jines no se cansaba de mirar los restos del vino narcotizado, las ventanas sin balaustres ni abras i las maletas indefensas, terminando por menear repetidas vezes la cabeza como

hombre que duda de lo mismo que está viendo.

—Si os parece bien, Jines, dijo al fin Candia, volvamos al negocio del tiburon i la corvina miéntras es hora de tomar el desayuno.

—Segun eso pensais que la aventura de anoche no altera en nada nuestra posicion con respecto al posadero?

—Desde luego que no, porqne de lo contrario correríamos riesgo de ser asesinados; conviene no darnos por entendidos.

—Lo veo un poco difícil, pero sea como lo decis.

—Volvamos, pues, al tiburon; me importa conocer esos pormenores, para pensar sériamente en la libertad del capitan.

—Pues para evitar detalles insípidos os diré solamente que *don* Francisco debia al bachiller fuertes sumas desde Panamá.

—Las que ahora le cobra empezando por hacerlo poner en la cárcel.

—Sí, pero mas con ánimo de humillarlo, que con el de solventarle.

—Claro es, puesto que parece estar de acuerdo con las autoridades.

—Con las autoridades i con todos, pues nunca podrá conformarse Enciso con que haya habido quien haga mas que él en Indias.

—Tal vez aspiraria a descubrir el Perú?

—El Perú i el mundo entero, si dable fuese descubrirlo. Pues bien, firme en el propósito de humillar al capitan, no solo negoció aquí por su cuenta todas las deudas de *don* Francisco, sino que le tendió el lazo infame que habeis visto.

—Pero esa conducta merece bien unos palos.

—Ya trataremos de dárselos cuando seamos fuertes.

—I qué dice el capitan a todo esto?

—Jines, me dijo la última tarde que lo ví: estoi arreglando mis cuentas para pagar al bachiller, i cuando este vaya allá, páguenle hasta el último cuarto. Ya veremos despues el modo de darle una leccion.

—Sabeis, Jines, que me desagrada un poco el tener que pagar a ese hombre.

—A mí no me desagrada ménos; pero el capitan lo quiere así.

Al llegar a este pasaje del diálogo que estamos refiriendo, paráronse nuestros dos interlocutores como de acuerdo comun, i dirijiéndose al despacho del figonero, diéronle los buenos dias del modo mas cariñoso i formal.

Recibiólos Corazon con una sonrisa equívoca, pero sin notable variacion en el semblante.

—I bien, amigo Corazon, *qué tal noche?* preguntó Candia a este con un acento que, si no era satírico, no habrá otro modo de calificarlo en romance.

—Bastante buena, respondió Corazon lanzando llamas por los ojos; solo que con la lluvia cojí un constipado que me tiene enjerido en esta silla, como veis.

Al oir esto, Jines volvió la espalda a Corazon para no reirse en sus barbas.

—I vosotros cómo la pasásteis? terminó preguntando el figonero con una zalamería mui cortesana.

—Bastante buena tambien, amigo; i salvo algunos ratones que trasegaron por la pieza tumbando las sillas, no hubo otra novedad.

—Lo de los ratones no me estraña porque los hai aquí mui corpulentos, por desgracia.

—Sobre todo, sentimos uno grande como un carnero, dijo Jines, al que no pudo ménos de espantar Candia con un silletazo.

—Cierto, asintió el malicioso griego, pero en el acto huyó pared arriba dejándonos tranquilos por el resto de la noche.

Sin duda estaba Corazon entregado a profundas reflexiones porque no quiso seguir adelante la conversacion.

Aquel mismo dia despues del desayuno presentóse el bachiller en el figon con la órden de Pizarro para que le pagasen Candia i Jines cuanto se le debia; i como hubiesen llegado espresos del Rei para que, fuesen cuales fuesen las causas porque se detenia a Pizarro en la cárcel de Sevilla, se le pusiese en el momento en libertad, a fin de que fuera a dar él mismo la relacion de sus estraordinarios descubrimientos, nuestros tres personajes tomaron aquella tarde el camino de Toledo, "la magnífica," donde se encontraba entónces la corte, despues de haberle echado una maldicion triple a la antigua Rómulo del Lacio.

CAPITULO V.

HISTORIA DE ALÍ, EL DOMADOR.

Pizarro estaba mas pálido que de ordinario, i entregado a una reflexion tenaz, íbase internando distraidamente en la vasta llanura que fecundiza el poético Guadalquivir, caballero en un bayo andaluz de raza escojida, a juzgar por lo poblado de su cola ondeante i la abundancia de sus cernejas; e íbase internando

sin que los jardines ni las huertas hermosísimas bajo cuyas plantaciones caminaba, distrajesen en un punto el objeto de su concentracion. Igual indiferencia habíase notado en él al atravesar las angostas calles de la ciudad, i cuando el ruido de la cabalgata amontonaba las mas lindas mujeres de España en los enverjados que separan los patios de los lugares del tránsito.

Seguíanlo Candia i Jines montados en dos mulas reverendas, enjaezadas a estilo de entónces i dando al viento de la tarde las gayas plumas de sus anchos sombreros, en cuyas alas venian a estrellarse los rayos vespertinos del dia.

Detras de estos, i guardando una distancia conforme con la etiqueta i la seguridad, seguian los arrieros que conducian el equipaje del capitan, i los indios disfrazados que traia para presentar al monarca, i que habia hecho retener a bordo hasta el momento de su salida de Sevilla, a fin de evitar las impertinencias de los curiosos.

Hacia de jefe de la récua un sevillano notable por su picantez en el decir, lo alto i garboso de su figura, la estrema ajilidad de sus movimientos i el aire socarron aunque respetuoso con que llamaba, a Pizarro el *hidalgo*, a Candia el *ricohome* i a Jines *su paternidad*, por haber dado este último en soñoliento i gloton, a causa sin duda de sus muchos años o de sus muchas talegas.

Al volver un recodo del camino dijo Jines a Candia:

—Ya que el capitan va tan pensativo que

ni se acuerda de que existimos, echad afuera la historia que me teneis prometida de Corazon, i matemos el tiempo en hablar, ya que no hai por aquí ni un ventorrillo siquiera donde beber.

El nombre de *Corazon* pronunciado por Jines con cierta énfasis, hizo estirar la oreja un poco al arriero, pero nadie notó este incidente perdido en su misma pequeñez.

—Allá por los años de 1500 a 1502, recien descubiertas las Indias, dijo Candia conteniendo un poco el paso de su cabalgadura, que a la verdad no era mui lijero, conocí a Corazon en el Mediterráneo jefe de una embarcacion pirata que contaba cincuenta berberiscos a bordo, jente toda de rajar i hender. Entónces Corazon no se llamaba sino Alí, *el domador*, sobrenombre que le daban todos, sin que haya yo podido averiguar el por qué.

El buque pirata de Alí se llamaba "El Dragon," i tan pronto se le veía en las aguas de Mesina como en los golfos de Tarento i Venecia, internándose unas vezes hasta Jibraljar i replegándose otras hasta Candia, mi patria, sobre las costas del Asia menor. Tendria entónces Alí veinte i dos años a lo sumo, i era ciertamente hermoso, al ménos bajo los perfiles del traje oriental. Sus ojos negros como los del ciervo estaban velados por unas pestañas, negras tambien, pero crespas i abundantes como sus cejas......

Al llegar a este punto de su descripcion notó Candia que el arriero se le habia aproximado tanto, que sus cabalgaduras se impedian mutuamente el andar, por lo que deteniéndose de pronto, díjole:

—I bien, patron, qué tenemos?

—Nada, *ricohome*, respondió el arriero clavando en Candia una mirada que este no pudo resistir; es que desde pequeño tengo aficion a los cuentos estraordinarios, i parece que vos contais uno por el estilo.

—Bien, repuso Candia, escuchad: pueda que llegue a interesaros.

En seguida reanudó su relacion de la siguiente manera:

—Como iba diciendo, Alí era un jóven hermoso, pero tan sanguinario, que su nombre se habia hecho temible hasta entre los mismos árabes del desierto, entre los que decir *el domador* o el simoun, era una misma cosa.

—Ya supongo, interrumpió Jines, que empezaba a dormirse con el cuento i con lo caluroso del valle que atravesaban, que seria el mismo Luzifer en persona; pero acabad por Dios, Candia, i decid cuáles eran las atrozidades de Corazon, que me impaciento de aguardarlas.

—Qué poco hombre eres para historias, repuso el interrumpido griego, ahora no mas empezamos i ya os fastidíais.

—No es eso, Candia, sino que estoi acostumbrado a oir hacer las mismas ponderaciones de otros héroes parecidos a vuestro Alí, i averiguando a punto fijo lo que hicieron, nunca pasaron de decir tres o cuatro fanfarronadas, que ni siquiera tenian el mérito de la orijinalidad.

—Oid, pues, i no me interrumpais, a ver si Alí era solo un fanfarron, o si tenia prendas mas terribles que las bocanadas. Cuéntase de él que apénas tenia diez i seis años cuando ma-

tó a su padre, porque le reprendió el que fuese holgazan.

—Eso es otra cosa, esclamó Jines, como no decíais.......

—Ya!......dijo el arriero bostezando.

—En seguida, continuó Candia, mató a la madre porque le impidió el que enamorase a su hermana.

—Me declaro satisfecho por lo que hace a escándalos, observó Jines ya del todo despierto i convencido: ese hombre era el mismo Satanas en persona, o por lo ménos, su pariente mui inmediato.

—Ya se ve, asintió el arriero.

Candia prosiguió:

—No contento Alí con las fechorías pasadas, i no pudiendo dar muerte a un hermanito que tenia, porque lloraba la pérdida de sus padres, a causa de haberse huido, un dia al anochecer puso a su hermana, que ya era su mujer, sobre la grupa de su caballo, i estimulando al animal con ambos acicates, desapareció de su país con la lijereza del viento.

—Es decir que se acabó la historia? preguntó taimadamente el mulero.

—No, es decir que empieza, repuso Candia un tanto chocado con las familiaridades del sevillano.

—A decir verdad, murmuró Jines, poco mas me gustan a mí esas relaciones que estriban todas en la exajeracion: parecen cosa de mentira.

—No digais eso, Jines, observó Candia con un jesto del todo aristotélico: hombres ha habido peores que el que nos ocupa. Ya tendré

ocasion de convenceros al contaros la vida de Neron.

—Para Nerones estoi yo, si llevo una hambre de perros i el capitan parece resuelto a no parar en todo el dia.

—Dejadme, Jines, que os haga notar que desde que hemos entrado en tierra de España, no teneis palabras i obras sino de glotonería.

—No niego eso, Candia, pero consiste en que estamos en un país en que tiene gran precio el oro, i como yo tengo algunillo, me doi mis ínfulas, i pax cristi.

—Bravo modo de daros ínfulas, comiendo i bebiendo!

—Qué hombre de pocos alcanzes sois, mi querido i buen camarada, cuando no veis que en el mundo no hai otro medio de darse ínfulas, que el de comer i beber. El que no come ni bebe en esta Babilonia sublunar, es porque no tiene con qué, i el que no tiene *con qué*, ni es nada ni tiene mision sobre la tierra.

—Dice bien su paternidad, concluyó sentenciosamente el arriero.

—Mirad, Candia, continuó Jines esforzado por esta aprobacion, cuando yo era pobre era hombre de aguante i sufridor. Andar a pié, no comer en un dia, trasnochar al raso, en una palabra, hacer todas las faenas consiguientes a la vida militar que llevé por tantos años, era nada para mí: ya se ve, era pobre; pero hoi que soi rico, conozco que no podria salir a campaña sino con el empleo de jeneral.

—Otras i mui distintas eran vuestras ideas en los desiertos peruanos, i otra i mui distinta vuestra conducta.

—No digo que no; pero los tiempos cambian mucho, amigo Candia.

—Esta epifonema arrancó un fuerte suspiro al mulero.

Aquí iban de sus digresiones nuestros caminantes, cuando el distraido capitan parando su troton hizo alto a orillas de una clara fuente, que, sin olas ni rumor, parecia dormida a la sombra de unos árboles frondosísimos.

—Al fin! esclamó Jines, como quien dice: aunque tarde, llegó el momento anhelado de descansar, comer i beber.

Empero, tan corta fué su ilusion cuan largos habian sido sus deseos. El capitan se habia detenido únicamente para que abrevase su caballo, i terminada aquella corta operacion picó de largo i desapareció en la enramada.

—Voto a brios! gritó Jines; esto ya pasa de abuso: va para dos horas que salimos de Sevilla i no hemos yantado nada! estoi por halarme las barbas!

—Ya cenaremos bien, dijo el arriero con un acento que hizo estremecer al ricohome.

Candia conoció que no podria continuar la tantas vezes interrumpida historia de Alí, el domador, sin disgustar en gran manera a Jines, i de ahí para entónces resolvió callar.

CAPITULO VI.

SOLILOQUIO.

Ya hemos dicho hasta la saciedad que Pizarro era un hombre sin instruccion, pero bien pensado, esto, que es un defecto imperdonable en nuestro siglo de hierro, no lo era en aquellas hermosísimas edades de oro, o por lo mé-

nos de plata. Tenia en cambio Pizarro una inteligencia en alto grado despejada, bastante conocimiento del corazon humano, i sobre todo, un golpe de vista rápido i penetrante.

Ya se echa de ver que con tales dotes en un siglo como el XVI, en que empezaba el hombre a volver en sí del prolongado sueño de la edad media, no seria cosa de quedarse como los turcos, mano sobre mano, esperando a que el destino se encargase de hacer su fortuna; mayormente si se atiende a que el estremeño tenia un corazon de fiera i un brazo de Hércules. Con todo, en los primeros cincuenta años de su vida, Pizarro no aspiró a mas que ser buen soldado, a pagar, aunque tarde, sus muchas deudas i a tener siempre un vestido nuevo; pero cuando los años modificaron su naturaleza, i las vaciedades de la juventud cedieron el paso a las altas concepciones del hombre maduro, Pizarro sintió en su mente las potencias del jenio, i alzándose del fondo mismo de su oscuridad como otro Epaminóndas, aspiró a terminar sus dias por donde los habian empezado César i Alejandro. El hombre era de arranque, i la fortuna debia coronar bien presto su frente con el laurel de los héroes.

Pizarro pensaba en todo esto, i como persona de verdadero mérito, léjos de contentarse con hablar mucho de sus planes futuros a reserva de no hacer nada, callaba, meditaba, i confiaba en dar el golpe cuando ménos se esperase; pero qué golpe, uno cuya resonancia hiciera trepidar el orbe entero.

Fijo en esta poderosa idea era que habia abandonado la América i venídose a España

en solicitud del ausilio real. Ausilio que él nunca hubiera tratado de obtener si la pequeñez de las autoridades coloniales no lo hubiese obligado a ello con sus rivalidades i envidias.

Sinembargo, cuando Pizarro volvió a su patria creíase una notabilidad, i en efecto lo era; de ahí pues su estrañeza i su cólera al verse hospedado en la cárcel pública, i despreciado i escarnecido por unos hombres que a su ojo de águila no se mostraban sino como miserables gusanillos. Mas como no hai mal que bien no traiga, segun el proverbio i segun la altísima i bonísima voluntad de Dios, sirvióle a Pizarro la prision para meditar sobre la miseria de los hombres i la consiguiente nada de las cosas humanas. Esta reflexion enrobusteció su alma aclarándole algunas dudas que aun tenia sobre lo que era la sociedad. Cierto que estas aclaraciones fueron tristes, pero verdaderas.

Nacia de aquí esa distraccion de que hemos hablado en el capítulo precedente, en donde a usanza de los caballeros andantes habia echado por el primer camino que se le habia presentado (que afortunadamente era el que debia llevar) i no se curaba mas que de su caballo, a despecho de las rabietas de Jines.

I he aquí lo que se iba diciendo a sí mismo sin desplegar los labios, segun es estilo en el que a solas reflexiona:

—¿Quién soi yo? Un pobre espósito trabajado de la suerte. I quiénes fueron mis padres? Unos seres que Dios perdone, i que no contentos con haberme dado la vida, quisieron quitármela abandonándome a las puertas de una iglesia. Hasta aquí no debo sino favores a la sociedad!......

Esta última reflexion del guerrero fué acompañada de una sonrisa mui amarga.

—Despues de esto he sido soldado, profesion de hidalgos hoi dia, pero como yo no lo soi, apénas he podido completar tercios descompletos i derramar mi sangre porque Navarra no sea francesa sino castellana, i porque el Gran Capitan Gonzalo de Córdova acreciente su fama; verdad que mi sangre es sangre vasalla, pero esto no hacia al caso, una vez que era abundante i brava para ofrecerla a las cuchillas enemigas! En cambio, qué me han hecho el Rei i la patria? Nada. I hoi que ya me encuentro achacoso para el combate i para la fatiga; hoi que los años empiezan a blanquear mis cabellos, hoi que ya mi lanza ha perdido el empuje de otros dias, hoi moriria de hambre si la mucha ambicion que han enjendrado en mí el despecho i el odio a la sociedad, no me hubiesen conducido hasta las ardientes costas del Pazífico, para hacerme grande como los reyes, mis señores, i eclipsar su falsa gloria i su efímero poder!......

Nada debo a la sociedad: ni familia, ni amores, ni amigos he tenido; fénix de la desventura, la desventura fué mi familia, amores i amigos! Pagaré, pues, en odio a los hombres lo que a ellos debo por desafecto, i concentrándome en mí mismo de aquí para adelante, serán mi universo mis propios pensamientos, como será mi Dios mi sola voluntad. Solo vine al mundo, solo quiero vivir: los hombres me abandonaron i la sociedad me maldijo; yo a mi vez abandono a los hombres i maldigo a la sociedad!...... La sociedad inventó la cuna

para hacer a sus hijos esclavos unos de otros. La sociedad inventó la riqueza para que unos habitasen en palacios i otros en cabañas. La sociedad inventó la guerra para que unos derramaran su sangre i otros recojiesen laureles. La sociedad coronó los monstruos i los llamó reyes, i armándolos con la guadaña de la muerte, ofrecióles en los deliquios de su locura todas sus cabezas para que se entretuviesen cortándolas. Yo, pues, que no tengo cuna; yo, pues, que no tengo riqueza ni laureles; yo, pues, que no soi rei, huyo de la sociedad i voi a otros mundos ménos bárbaros, a otras rejiones mas pias donde seré grande como los primeros, fuerte como un dios, i donde mi lanza me dará todo lo que aquí se me niega. Bendita sea, pues, la América para mí!

Con este mucho reflexionar de Pizarro i el mucho andar de su caballo, llegó la comitiva a la puesta del sol a un ameno paraje donde se dispuso para pasar la noche. Recibiólos una buena mujer campesina que tenia su cabaña rodeada de árboles frutales, junto a un arroyo cuyo murmullo placentero traia sobre sus márjenes mil i mil pajarillos cantores. Despojóse al punto a los caballos de sus arreos i sueltos al campo libre para que pastasen, escepto el del capitan, que amarrado quedó en el patio de la casa esperando un pienso abundante, Jines en persona, lo que no es poco decir desde que hemos entrado en tierra cristiana, se enderezó a la dueña de casa i la estimuló a que haciéndose cargo del fiambre que llevaban, les preparase algun refrijerio. Cosa a la cual se prestó gustosísima la casera, compadeciendo

mui de véras al viejo veterano, quien le juró por la Vírjen i le protestó por san Juan nó haber comido en los últimos ocho dias.

Miéntras que, impaciente, el corcel daba vueltas al rededor del tronco, mosqueando la cola e hiriendo el suelo con el callo, i las gallinas cacareaban, bostezaba Jines, reia Candia i Pizarro continuaba pensativo sentado sobre una rota piedra de molino que estaba tirada por el patio, el mulero acondicionaba el equipaje en el cuarto en que debian pasar la noche; eso sí, con el particular cuidado de dejar para la parte mas descubierta las balijas en que, segun todas las probabilidades, estaban los escudos i las joyas; porque, segun modulaba el tal entre sentencioso i ladino ¿ quién impedia que se presentase una oportunidad de cambiar de fortuna solo con hacer variar de puesto una maleta?

No hacia aun un cuarto de hora que habian llegado nuestros viajeros a la posada, cuando se sintió ruido ácia el camino que habian dejado atras, i a poco momento se llenó el patio de la casa con cuatro o seis jinetes al parecer de malísima catadura, no obstante la raza escojida de sus caballos i el buen estado de sus armas i vestidos.

—Qué dices, Cristian, preguntó uno de ellos al que hacia de jefe, vamos adelante o paramos aquí no mas ?

—Vaya una pregunta guapa ! esclamó uno que olia a bandido a tiro de ballesta ¿ a dónde hemos de ir ya ?

I acentuó el *ya* de tal modo, que todos comprendieron que lo que se les decia era, *no los hemos alcanzado, pues ?*

—Pero es que ahora hace luna, dijo Cristian, i podríamos llegar a Carmona ántes de media noche.

—Trasnóchese el que lo tenga a bien, que yo por mí lo tengo mui a mal, murmuró el mas voluntarioso de la partida, i echando pié a tierra empezó a desensillar su caballo.

—Puesto que Rui Pero se queda, quedémonos todos.

—Sea, dijo Cristian, i picando su troton ácia el lado del patio, en que estaba Pizarro, díjole con acento mas de camarada que de hombre cortes.

—Santiago sea con vos, buen hidalgo.

—I con vos, respondió secamente el capitan, quien, si hemos de hablar con claridad, estaba renegando por lo bajo de la compañía que el cielo le deparaba.

—Rui Pero, no solteis vuestro morcillo, dijo uno de los que hasta entónces habia permanecido callado, pues quien sabe si tendremos que seguir esta noche misma en persecucion de los ladrones.

—Qué! no pudo ménos de preguntar Pizarro, vais en persecucion de algunos ladrones?

—Sí, hidalgo, hace una hora que salimos de Sevilla i vamos en persecucion de una cuadrilla de malhechores en servicio del Rei i por órden del alcalde.

El nombre del alcalde enlazado con el de los malhechores hizo sonreir al capitan.

—Pues quiénes sois vosotros? no pudo ménos de preguntar Candia, hasta entónces mudo espectador de lo que pasaba.

—Ah! respondió Cristian, nosotros somos de la Santa Hermandad.

—De la Santa Hermandad? repitió preguntando Candia ¿qué quiere decir eso?

—A lo que parece no sois del reino, o hace mucho tiempo que faltais de él: la Santa Hermandad es una institucion de nuestro católico monarca Fernando, que tiene por objeto purgar los caminos públicos de salteadores i facinerosos.

Con cuya respuesta restablecióse la tranquilidad en el concurso, i cada uno se puso a hacer lo que mas le urjía.

Diez minutos despues era completamente de noche.

CAPITULO VII.

LA SANTA HERMANDAD.

Ya habia cenado Pizarro, i Candia, Jines i el arriero se entretenian en cenar junto a una fogata a estilo de soldados en campaña, cuando el mulero se atrevió a suplicar al ricohome que continuase la historia de Alí, el domador, ya que la noche estaba tan hermosa i el sueño tan lejano.

—Qué decis, Jines? preguntó Candia consultando el estado del ánimo de su paternidad con una mirada.

—Como os parezca, dijo este envolviéndose bien en su capa.

No será fuera de propósito decir aquí que la noche estaba bellísima. La luna en toda su plenitud surcaba el ancho cielo andaluz majestuosamente con su corte de estrellas, el aire era puro, i los naranjos i los limoneros en flor

despedian perfumes en nada distintos a los de los valles americanos. La tranquilidad consiguiente a la hora daba mas resonancia a los ruidos de la floresta, i el murmullo ronco del Guadalquivir, i los ruidos de la noche, hacian un contraste encantador con el grupo de los ajentes de la Santa Hermandad, acurrucados al rededor de la lumbre, cerca a sus caballos soñolientos i bajo el pabellon de sus armas. No era ciertamente un grupo de árabes errantes al rededor de un kiosco oriental, pero tenian todas sus trazas i toda su pintoresca orijinalidad.

—Habíamos quedado, observó Candia, en el punto en que Alí trepado sobre su caballo i con su hermana en la grupa, dejaba la patria natal a escape tendido; sigámosle pues.

—Buenas ganas tengo yo de corretear ahora, dijo Jines arropándose mas i mas con su manta.

Candia continuó:

—A decir verdad, no se sabe cómo ni cuándo resultó Alí dueño de una carabela velerísima de cuatro cañones; i no se sabe ni lo uno ni lo otro, porque Alí no era rico que digamos, ni se tiene mui presente en el Mediterráneo la época en que empezó sus hostilidades contra la especie humana; pero ello es que Alí tenia una carabela, i que las flotas, tanto morunas como cristianas, temblaban a su vista mas que a la de los bajos i arrecifes del mar. Ya se echa de ver que con tal miedo, miedo mui natural si se quiere, pero sobre manera nocivo, ya se echa de ver, digo, que la audazia del domador lo hizo en poco tiempo el mas rico comerciante de Europa, i aun es fama que tenia almacenes en

Jénova, Liorna, el Cairo i Stambul. Acrecentaban estos almacenes todas las ciudades manufactureras del antiguo mundo, i les eran tributarios puntualísimos todos los artefactores del oriente. Era una cosa sabida que el que necesitaba esencias de Berbería, plumas del Japon, tafiletes de Marruecos i sedas de Cachemira, no tenia mas que dirijirse a "Alí, el domador, en el Mediterráneo," franco de porte, i caian én el acto sobre él como por vía de encantamiento cosas de mucha estima i valor, sí las son los algodones de Moan, los marfiles de Asia, los tapices de Persia i los dátiles de Ejipto.

Aun no habia acabado Candia la precedente enumeracion, cuando percibió ácia el lado del cuarto en que estaba el capitan con el equipaje, el sonar de muchos aceros i algunos gritos sofocados, al tiempo mismo que una voz que no le era desconocida, decia:

—Candia! Jines! a mí, que me asesinan!

—Paróse el griego rápidamente i probó despertar a Jines que, dormido rato hacia, no habia oido el pormenor de las riquezas de Alí, como tampoco el arriero, quien habia desaparecido. Dedujo de aquí Candia un tanto amostazado i con la rapidez que le permitia lo angustioso de la situacion, que habia contado su historia a las estrellas i a las brisas.

—Dejad, hombre, articuló Jines; no molesteis.

—Paraos, digo, pues han atácado al capitan.

—Pero supongo que no habrán puesto la mano a las maletas?

—Qué sé yo; mas es lo seguro que le ataquen para robarnos.

—¡Para robarnos! esclamó Jines casi ahogado por la emocion; no en mis dias!

Paróse en seguida i echó mano a la tizona protestando por lo bajo que era mejor ser esclavo de la pobreza que del oro, por no poder contar con sueño ni tranquilidad quien servia a tan delicado i perseguido señor, aun mas que el mismo Edipo de la suerte; i paróse tan a tiempo, que pudo descargar un golpe al arriero, entretenido en llevarse las maletas miéntras los de la Santa Hermandad acuchillaban a Pizarro.

Con golpe tan descomunal como inesperado vino el sevillano a tierra junto con el querido objeto de su pesquisa; mas Jines desatendiendo la ocasion propia de acabar con él, lanzóse sobre las maletas que aun daban debilitados botes por el patio, i atrapólas con mas entusiasmo que lo hubiera hecho con su amante prófuga i esquiva.

Entretanto Candia, echando mano de su mosquete i haciendo puntería por el hueco de una ventana sobre el grupo de santos hermanos que arrinconaban a Pizarro, tuvo el gusto de tender muertos a Cristian i Rui Pero. La detonacion terrible de la arma de fuego, de escaso uso entónces por su carestía i dificultad de manejo, despertó sobresaltada a la casera, e hizo poner en polvorosa a los hermanos disponibles para tal intento, despues de una refriega de diez segundos, en la que el brazo del estremeño, acosado cobardemente como el leon en su misma guarida, hizo prodijios de fuerza i de valor.

Las maldiciones de los custodiadores de los

caminos, los ayes de los agonizantes, el huir i relinchar de los caballos, los gritos de la dueña de casa, el cacarear de las gallinas i el gruñir de los puercos en el chiquero, alzaron tal tempestad de sonidos tan faltos de armonía i tan alarmantes, que todo el valle se puso en conmocion tres millas a la redonda; i aquí rebuznaba un burro huyendo a todo correr, i allá le contestaba lastimosamente un toro en el fondo mismo de la selva. Manadas enteras de pájaros adormecidos alzaron su vuelo de las arboledas vecinas dando chillidos descomunales, en tanto que la floresta repercutia las vozes de semejante algazara con la poderosa resonancia del eco en la soledad. Era indudable que el simple conato de robo habia convertido aquella pazífica morada en un verdadero campo de Agramante, i que la naturaleza bajo la triple faz de sus reinos defendia con sus alharacas el tres i cuatro vezes santo derecho de propiedad, mas que nunca indisputable entónces, en atencion al modo lejítimo como la habian adquirido Pizarro i compañía.

El resto de la noche pasóla Jines haciendo guardia al equipaje con el mismo fervor que un novel caballero hubiera velado las armas que mas adelante debian hacer de él un Orlando o un Amadis; i aunque no pocas vezes sintió frio i sueño; i aunque no pocas vezes el bueno de Candia tuvo la cortesanía de ofrecerse para reemplazarle, firme en su propósito, i aleccionado por las severísimas lecciones de la esperiencia, hizo punto de honor no abandonar el puesto hasta que la brillante salida del sol empezó a dorar los azulados límites del valle i las nevadas cumbres de la sierra.

Sucedióse a la venida de la luz el reconocimiento del campo. Toda la cuadrilla de santos hermanos habia desaparecido junto con sus armas i caballos; aunque esto del cómo haya sido siempre una cosa tan inesplicable, que ha burlado por el espacio de cuatro siglos la tenazidad descubridora de los hombres mas prominentes del globo, ocupados en la resolucion constante de ese problema tan ligado con el porvenir del mundo; entre los cuales, sea dicho de paso, para gloria de nuestra especie, los que mas cerca han andado de la verdad han sido ciertos célebres anticuarios, que han supuesto, con los mayores fundamentos, que ello de algun modo debió de ser, por no haber efecto sin causa en todo lo que alcanza la redondez del orbe.

Mas sea de ello lo que fuere, Pizarro, Candia i Jines empezaban a molestarse mui sériamente por el estado en que se hallaba la península, donde, con perdon de nuestros honradísimos abuelos, decia el capitan, desde el papa hasta la papiza todos son ladrones; tal vez por haber papas i papizas en aquella tierra de España, o solamente por el empleo de alguna figura retórica.

—Algo hai de esó, hacia notar Candia, puesto que si los de anoche eran jentes del Estado armadas contra los ladrones ¿qué se nos puede esperar cuando demos con estos en persona, i por mal de nuestros pecados caiga en nuestra ayuda la Santa Hermandad?

—I eso que no hemos entrado en Sierramorena, repuso Pizarro, por ser ya célebres entónces en asesinatos i robos, las asperezas de aquella aglomeracion ibérica.

—I vos, Jinea, por qué no decis nada? os cortaron acaso la lengua anoche los santos hermanos?

—Yo no digo nada ahora, i es probable que no vuelva a desplegar los labios en los dias de mi vida, si vos, capitan, no prohibis a Candia de una manera escarmentadora el que se haya hecho la obligacion de irme distrayendo por el camino con cuentos de piratería, que no sirven mas que para hacerme dormir i descuidar de mis obligaciones. Porque a la verdad, señor capitan ¿qué tengo yo que ver con que Corazon no sea Corazon sino Alí, i Alí no sea Alí sino el domador; i mucho ménos con que haya matado a sus padres i casádose con su hermana i héchose rico en el mar, ni con nada en fin de todo lo que Candia me ha estado metiendo en la cabeza a despecho de mi desagrado i en contra palpable de mi hacienda i de mi reposo? Qué! no es uno libre i cristiano para hacer el uso que mejor le estuviere de sus orejas, i......

—Basta, interrumpió Pizarro, que razon i mucha teneis.

—Ya lo creo, observó Candia, pero es razon únicamente para no hablar mas en la vida, porque con lo que acabais de decir teneis para mucho tiempo, i eso dado caso que os hayan quedado pulmones, cosa que dudo bastante.

—Mas ¿qué enredo es eso de Corazon?

—Es la historia de un corsario, capitan.

—Comprendo ahora el desagrado de Jinea, pues si de dia lo aburris vos con piratas, i de noche lo despabilan los ladrones, qué entrañas hai que resistan? Vamos, a caballo, i no se hable mas del asunto.

Con lo cual montaron los tres amigos i siguieron adelante el camino de Toledo, algo mortificados por el hambre, pues lo hacian sin desayunar, lo que no era mui cómodo entre caballeros andantes, si tal guisa podian tener nuestros conocidos; pero ello era que la casera no habia vuelto de su fuga i que el fogon estaba frio que era un hielo.

CAPITULO VIII.

VUELVA USTED MAÑANA.

Pocos dias despues, en la tarde de un hermoso dia de abril, llegaron Pizarro i su comitiva a la imperial ciudad de Toledo. Esta ciudad, monumento histórico viviente, antigua como la raza española, colonia estranjera unas vezes, corte de reyes otras, emporio de comercio i artes siempre, no era entónces lo que hoi dia, el alcázar ruinoso de cien jeneraciones; sino una ciudad opulenta, bella por sus edificios góticos, que se hicieron gala el adornar los distintos señores que la poseyeron, dando a su arquitectura el corte característico de su nacion, i haciendo de sus templos ya la mezquita del Profeta, ya la iglesia del Salvador. Toledo, "la magnífica;" Toledo la que mereció una mirada protectora de Cárlos V, era en aquella época de esperanza el foco espléndido de la nobleza hispérica, donde el lujo de la moda amontonaba todos los dias lo mas florido de la península; llegando hoi a sus puertas un conde de provincia haciendo alarde de una opulencia de mal gusto, i mañana una dama desdeñada de la suerte, pero linda como un sol i

deseosa de alcanzar en la ciudad lo que le negaba la campiña.

Pizarro se hospedó como pudo, i desde el primer momento trató de ponerse en comunicacion con el monarca. Vistióse, pues, con la mayor elegancia que le fué dado, i mas cortesana que militarmente, i encaminándose al alcázar en que de ordinario residia aquel, íbase solazando por el camino con la idea de que pronto, mui pronto, daria cima a su empresa, aunque no por esto dejase de estar sobresaltado un tanto con la emocion consiguiente a un súbdito cuando sabe que se aproxima a la Majestad, cuyo resplandor suele cegar las mas vezes.

Llegado que hubo a la primer puerta i por consiguiente tropezado con la primera guardia, nególe la entrada el que la montaba, so pretesto de no estar el nombre de Francisco Pizarro entre los que recibiria ese dia el Rei.

—Mas qué debo hacer, preguntó el capitan, para participar a álguien de palacio mi llegada a Toledo?

—No lo sé, buen hombre, respondió el guardia, pero si lo haceis con la esperanza de obtener alguna colocacion, es tiempo perdido, pues con el venidero viaje del Rei a Italia a recibir de manos del papa la corona imperial, ya están provistas todas las plazas.

—Gracias al cielo no busco colocacion; lo que deseo es hablar con alguno de la servidumbre del Rei.

—Es bien difícil.

—I el mayordomo de palacio?

—Hace dos dias que no se le ve la cara.

—Es decir que nada lograré?

—Volved mañana.

Pizarro hizo una cortesía un poco brusca al guardia i volvióse a su posada violento de cólera. El resto del dia lo pasó de malísimo humor.

A la mañana siguiente volvió otra vez a palacio; pero ese dia encontró con otro guardia, quien le dijo que el Rei estaba ocupado en ensayar unos balcones en las orillas del Tajo, que no volveria hasta el anochecer i eso para meterse al instante en la cama, porque la noche anterior no habia dormido jugando a las damas con doña Sol; mas que si no estaba mui urjido volviese dentro de ocho dias.

—No, dijo Pizarro con énfasis, quiero ver al Rei en el instante, i lo veré.

—A no ser en pintura lo dificulto mucho.

—Pues no ha de ser en pintura, soldado, gritó el capitan agarrando por un brazo al alabardero, sino en cuerpo i alma, si es que alma puede tener quien tanto se oculta de sus servidores.

—I quién sois vos para hablar así, cincuenton? preguntó el centinela entre curioso i disgustado.

—No os importa, le contestó el capitan, i tirándolo con arma i todo al medio del arroyo, pasó de largo, firme en su intento de hablar con el Rei.

Aun no habia dado Pizarro diez pasos en el primer corredor del alcázar, cuando tropezó con otro guardia que, léjos de probar detenerlo, arrojó contra la pared la insignia augusta de su empleo, i echándose en sus brazos lo

apretó con tanta fuerza que nada le faltó para ahogarlo.

—Escuchadme, buen compatriota, dijo el sofocado capitan.

—Cómo os he de escuchar, mi mejor i mas grande amigo?

—Pues soltándome, que de lo contrario voi a rebentar.

—Pero si no me habeis conocido, Francisco.

—I quién sois, pues? i por qué tanto amor me manifestais?

—Ah! ingrato, no me recordais cuando yo no he hecho otra cosa que pensar en vos desde que supe que estábais en Indias.

—Ah!........ sí, articuló Pizarro cada vez mas distante de adivinar quién era el antiguo amigo que su estrella le deparaba.

—Con que no me conoceis; soi Sancho, el navarro.

—Oh! sí, Sancho.......el mismo, ahora caigo en la cuenta, dijo el capitan ya del todo perdido en sus recuerdos.

—I qué tal?

—Por lo que es al presente bien, pues me urje ver al Rei i he dado con vos que me vais a conducir a donde se halla, contestó Pizarro queriendo aprovecharse del encuentro con Sancho.

—Por lo que es eso tendreis que dispensar; pero ver al Rei es imposible.

—Se ha muerto acaso?

—Ni Dios lo permita.

—Entónces?

—Es que al Rei no se puede ver todos los dias, como si dijéramos la plaza mayor.

—Pero es que no ha de ser mejor que el sol, i este astro lo vemos diariamente i sin necesidad de buscarlo.

—Pero es que los reyes son otra cosa.

—Ya lo creo, asintió el estremeño con cachaza; pero veamos ¿ por qué no puedo ver a Cárlos?

Esta desusada familiaridad hizo estremecer a Sancho como si hubiera sido un sacrilejio.

—Cárlos, decis?

—No se llama Cárlos el Rei?

—Pero es que tampoco se puede llamar así a los reyes; no parece sino que faltais de la tierra hace un siglo.

—Bien, pues ¿ cuándo se puede ver a Su Majestad el Emperador Cárlos, I de España i V de Alemania?

—Creo que nunca, respondió Sancho con una flema matadora.

—Nunca! i por qué?

—Porque nosotros nunca podemos ver a los reyes.

—Cómo se entiende eso de *nosotros?*

—Pues, los plebeyos; i lo digo porque no obstante mis deseos, no creo que vos seais ya marques o condestable.

—Sí, articuló Pizarro mui mortificado en su orgullo; pero es que el Rei me aguarda, i ha detenido su viaje para Italia esperando mi llegada de Sevilla.

Sancho guardó silencio como quien dice: si será, pero no creo. A cuya muda reflexion díjose el capitan: fatal es que lo hayan conocido a uno las jentes pobre i sin fama, pues la pri-

mera impresion nunca se borra, i siempre lo quieren estimar a uno por ella.

I luego en voz alta:

—Es decir que no podeis hacer nada por mí, amigo Sancho?

—Nada, Francisco.

—Ni aun avisar al Rei de mi llegada?

—Lo que ménos, porque no lo veo.

—I al mayordomo de palacio?

—Mucho ménos, porque ese es mas rei que el Rei.

—I al condestable de Borbon?

—Ménos que ménos, porque es muerto.

—I al cardenal Cisneros?

—Duerme en el seno de la madre comun?

—I el gran capitan Gonzalo de Córdova?

—No sé de él.

—I al canciller Salvago?

—Está enfermo de resultas de un mal aire.

—I el flamenco Chevres, primer ministro i favorito?

—Está mui entretenido en hacerse partido entre las damas españolas, pues se le mira aquí mal, i él dice que se rie de medio mundo contando con el otro medio, que son las mujeres.

—Está visto, pues, que no podré ver a ningun grande de España, observó Pizarro entre quejoso i colérico.

—A ninguno, Francisco; pero aun os queda un medio eficaz para llegar hasta ellos: representad al Rei.

Tal idea, que por cierto no se le habia ocurrido al capitan, le iluminó el cerebro i le fortaleció el corazon.

—Bien, Sancho amigo, representaré al Rei.

—Sí, pero hacedlo hoi mismo, porque el Rei está de marcha i creo que se quedarán muchos asuntos sin despachar.

En seguida se separaron Sancho i el capitan; el primero compadeciendo a Pizarro porque indudablemente perdia su tiempo, ya insistiese en ver al Rei, ya elevase solo un memorial, que nadie leeria i que se podriria debajo de una mesa ántes de pasar a manos de su majestad augustísima; i el segundo compadeciendo al guardia porque en diez años de servicio militar, peleando unas veces en Francia i otras en Italia i Africa, amen de sus sueldos i vestidos, no habia sacado nada de la suerte.

Cuando Pizarro llegó a su posada encontró la siguiente carta de Jines, que el bueno de Candia habia escrito a aquel, i que ahora tenia la condescendencia de leer a este. La carta decia así:

"*Señor capitan don Francisco Pizarro, descubridor del Perú en Indias:*

Aguijoneado por el deseo de ver a las personas de mi familia, si es que lo es alguna, i si, siéndolo, existen, no he podido ménos de ponerme en camino hoi mismo para Estremadura, o mejor dicho, para Trujillo, mi patria, donde aguardo vuestras órdenes. Yo espero volver dentro de algunos dias, pues tengo que celebrar con el amigo Cárlos V algunas capitulaciones relativas a mi futura alcurnia, i esto será ántes de que salga del reino. Por lo demas, nada tengo que deciros, sino que si la desgracia hace que no nos volvamos a ver, me saludeis mui tiernamente al capitan Almagro, a quien de véras quiero, i al padre Luque por el que dirá, *pues*

nunca gusté de él; con lo cual me repito vuestro fiel criado i compañero, hoi dia de san Jines, a las once i media de la mañana de 1528.

Firmado, Pedro de Candia,
por impedimento absoluto de
Jines Chinchilla i Cienfuegos.

Posdata—Olvidaba mis recuerdos a Ruiz i a Molina."

—Pobre Jines! esclamó Pizarro al concluir Candia la lectura, grandes debian de ser sus deseos de abrazar a los de su casa, cuando ni me ha esperado siquiera.

—Disculpadlo, capitan, pero no ha querido perder la oportunidad de acompañarse con unos antiguos conocidos que iban a Estremadura; i ademas...... una sonrisa llena de aticismo suplió en parte la reticencia del griego.

—I ademas? preguntó Pizarro sonriendo.

—El estado de María lo tenia con cuidado.

—Cómo así?

—No adivinais?

—Me parece que no hai qué adivinar.

—Sí hai, capitan, i mucho: María iba a hacer padre a Jines.

—Padre?...... lo ha inducido a que tome los hábitos? No, no puedo creerlo.

—Capitan, no se trata de hábitos, i el padrazgo de Jines apénas será seglar; pero veo que no he acertado a daros la noticia. Digo que María estaba próxima a dar a luz un Jinesito.

—Pues qué! no era María hija de Jines?

—Por lo visto parece que no.

—Vaya! vaya! esclamó Pizarro santiguán-

dose, os aseguro, Candia amigo, que el mundo anda perdido.

—A ese respecto nunca lo he visto mas derecho.

—Cuidado, Candia, con resultar vos tambien de golpe con algun Pedrito.

—Ello como ha de ser, si Dios me lo depara......

—No hagais vos por depararoslo, i a buen seguro que Dios no se meterá en eso.

CAPITULO IX.

EN QUE SE CONTINÚA EL ANTERIOR.

Una doble carcajada puso término a la conversacion por este lado.

—Candia, dijo Pizarro en seguida, no es posible ver al Rei, porque cuando no juega pelota, juega ajedrez, i cuando no juega ajedrez, enamora a las damas de la Reina, i cuando no enamora a las damas, adiestra halcones, i cuando no adiestra halcones, conversa con sus favoritos, i cuando no conversa con sus favoritos, se fastidia, i cuando no se fastidia, come, i cuando no come, duerme, i cuando no duerme, trasnocha, i cuando no trasnocha se enferma, i cuando se enferma......

—Muere, interrumpió Candia.

—No, desgraciadamente los reyes no aciertan a morirse en ocasion en que se lo agradezcan sus súbditos; ni aun eso, los reyes todo lo hacen al reves, i viven cuando debian morir, i mueren cuando debian vivir, si es que alguna vez deben vivir los reyes. Sinembargo, en el larguísimo período que mide la distancia que hai entre su cuna á su sepulcro, sacrifican al

pueblo desangrándolo traidora i cruelmente. Cierto que yo no sé nada de eso que llaman historia, pero he vivido lo bastante para ver i escandalizarme: ya es un don Pedro que alborota con la Padilla i se lanza sobre su hermano llevando en alto el puñal del asesino, ya un don Sancho *el bravo* que despoja a su padre de la corona, lo vence i humilla; ya, en fin, un Enrique IV que divide con el favorito su cetro i su tálamo! Siempre las mismas ruindades por todas partes, siempre la misma pequeñez de corazon!

—Oh! sí, los reyes, a quienes llaman los unjidos de Dios sin venir en la cuenta de que solo son los ajentes del diablo! Yo, gracias al cielo, pertenezco a una raza que se desmorona en su vejez de siglos, pero que no cuenta mas reyes que Solon, Pisístrato i Perícles, si reyes pueden llamarse los que engrandecieron a Aténas con sus leyes, la hermosearon con sus monumentos i la hicieron temible con sus batallas. Reyes que se congregaban con el pueblo sobre el campo glorioso de las Termópilas o en la estancia rocallosa del Areópago, para decidir sobre la suerte comun; pero que nunca bebieron sus inspiraciones, como las de vosotros los hijos de la raza latina, en la copa emponzoñada de sus hembras! Reyes, capitan, a quienes la nacion coronaba con el laurel de Apolo o castigaba con el ostracismo i la muerte.

El heleno podia tener sobra de razon en lo que estaba diciendo, i aun podia encontrarse en aquel punto en que la elocuencia hermosea mucho mas que las gracias, pero el latino apénas habia oído mentar en su vida a esos seño-

res de que hablaba Candia, i sabia tanto de Areópagos i Termópilas como el gran turco de cánones, por lo que sin hacer caso de las apreciaciones de su camarada, dijo:

—Por todo lo que os decia no se puede ver al Rei; he venido, pues, en dirijirle un memorial.

—Un memorial? mal lo habeis pensado, capitan.

—I por qué lo he pensado mal?

—Porque el escrito se perderá ántes de llegar a manos del Rei.

—I por qué se ha de perder?

—Porque al paso que el Rei juega, duerme, enamora, caza i se fastidia, los privados i ministros del Rei hacen el doble, i el Rei sabe ménos de los negocios del reino que el mismo portero de palacio.

—Pero entónces qué diablo gobierna?

—Nadie, señor.

—Eso no puede ser!

—Capitan, en las monarquías nadie gobierna, aunque el rei reine, i aunque reinen la corte i las mujeres de la corte.

—Pero eso no es comprensible.

—Si lo es, porque como vos lo habeis dicho mui bien, lo que se llama reinar es disponer partidas de caza, arreglar el ceremonial de saludos, entradas i salidas, i dar rienda suelta a las glotonerías del monarca; pero administrar los intereses del pais, aumentar sus rentas, fomentar su instruccion i sus producciones, jeneralizar su comercio, protejer sus injénios, eso no se hace ni se hará nunca, miéntras los reyes no salgan de la alcoba de sus concubinas,

i no conozcan su reino sino por los jardines i los parques de sus alcázares i palacios.

—Veo, Candia, con placer que en algunos puntos sois mas sabio que yo, i siento en el alma que no esté aquí Jines para oir sus observaciones. Jines tambien es filósofo a su modo.

—Sí, capitan, como os iba diciendo, en las monarquías no se ocupan en otra cosa sino en saber de qué color vestirá la Blanca o la Isabel, a quienes el rei cortéja, para hacerlo el color de la estacion i de la moda; i cuando todos se figuran que acontecimientos mui grandes se preparan, a juzgar por lo meditabundo del monarca quien apénas se almorzó dos perdizes, seis libras de pan i tres botas de vino, este grave i coronado señor deja caer la púrpura de sus hombros i dice mui por lo bajo al primer ministro:—Ai! conde, mucho quiero a doña Jimena; mandad al marido a Africa a combatir a Barbaroja, aunque haya que gastar diez millones i hacerlo condestable. Ya veis, pues, que el primer ministro no puede pensar en leer memoriales de ninguna especie, cuando hai que hacer una leva de cien mil soldados i alistar una escuadra de quinientas galeras. I para qué? para nada, porque al mes, el rei, que no se ha vuelto a acordar de la espedicion, dice al ministro con el mismo secreto de la primera vez:—No mandeis ya al marido de Jimena a Túnez; estoi disgustado de ella.—Ha venido tarde la contraórden, señor, responde el ministro, la espedicion ha marchado hace quince dias, i ha sido despedazada por el turco a la altura misma del puerto.—No importa, observa el rei; disponed iluminaciones para esta noche, i sabed que ahora

por quien daria los ojos seria por doña Juana. Qué boca de mujer!

—Candia, qué cosas me decis!

—Las mismas que he visto en Francia, España i Alemania por el espacio de muchos años. Convenceos, capitan, el Rei entretenido en enamorarse porque le reparó un lunar mas a tal dama, i un diente ménos a tal otra, no puede ocuparse de memoriales ni jaculatorias.

—Pero si mi memorial va a hacerlo dueño de un mundo.

—Segun he oído decir, el Rei no quiere por ahora mas mundos que a doña Sol.

—Es decir que creeis que no hai esperanza?

—Por las vias comunes no, pues siempre estará ocupadísimo con la idea de si será mejor correr javalies, o pasarse el dia jugando a la gallina ciega con las damas; i cuantas vezes os presenteis en palacio os responderán: El rei va a coronarse Emperador i apénas tiene tiempo de rascarse la cabeza.

—I cuáles son las vias no comunes a que podemos ocurrir?

—A doña Sol, por ejemplo.

—Qué sabe ella de negocios de Estado?

—Ya se ve que nada; pero poco importa que no los entienda con tal de que los resuelva.

—I cómo los ha de resolver?

—De la manera mas anjelical del mundo. Supongamos que entra el Rei del consejo, donde ha estado el largo espacio de catorce minutos, i donde el ministro favorito le ha hecho firmar la guerra asegurándole que era la paz, i donde se han fastidiado sus orejas reales con la disquisicion de cuestiones de jeografía i de cál-

culo, que su sacra majestad no habia oido ántes ni ha entendido despues, i dice a su querida dejándose caer desgonzado sobre una otomana:

—Bella mia, los consejeros me asesinan: son tan feos! i luego hablan tanto del movimiento europeo i de tratados i de treguas, que me les he escapado para venir a contemplaros i a ser feliz.—Sí? pero no será ántes de que me firmeis esta gracia—Sea, dice el unjido de Dios firmando sin ver, segun es punto de delicadeza entre amantes.

—I bien?

—I bien, decis? pues al otro dia resulta conde un especiero o duque un leproso, i el rei se divierte dos horas contándole a su amigo de confianza, el bufon, las travesuras de su dama.

—Es decir que no volveré a palacio?

—Me parece que no es necesario.

—Ni haré memorial?

—Ni hareis memorial.

—Pero qué haré entónces?

—Firmar la carta que voi a escribir.

Dicho esto tomó Candia una pluma i trazó con algun retardo las siguientes líneas:

"*¿A quién mejor que a vos, claro espejo de damas, señora de alta honestidad i hermosura, pudiera dirijirse un pobre i novel caballero como yo, oh doña Sol! cuya belleza turba todo entendimiento, suspende todo ánimo i aprisiona en el Arjel de sus miradas cuanto hombre bien nacido osa calentarse a su fuego abrasador? Sí, ¿a quién mejor que a vos, estrella de marinos, luz de la aurora, solaz i encanto de errantes trovadores, pudiera importunar ocurrendo a sus plan-*

tais un pobre descubridor de muchas islas i península, fiel vasallo de su Rei, acorredor de doncellas, sangriento perseguidor de la morisma, para que le hiciera la merced, siempre agradecida i jamas bastantemente pagada, de interceder para llegar hasta la grandeza del mui leal i mui cristiano Emperador, que Dios guarde para regozijo de la fé, escarnio de infieles i comun alegría de todas las Españas? A nadie; porque vos sola sois hermosa i caritativa, vos sola amais a Su Majestad el Rei con la misma pureza con que las nueve musas amaban a su padre Apolo, i porque vos sola, i nadie mas que vos sola, sois doña Sol, que bien pudiera apagarse el sol i no luzir mas, que vos seríais bastante a fecundar la tierra i el universo todo; con lo cual quedo mui humilde criado de vuestra merced i admirador de vuestra alta honestidad cual ninguna otra mas elevada hubo jamas en la tierra."

Concluida la anterior, Pizarro recibió gran contento con su lectura, i autorizando a Candia para que hiciese al pié un garabato cualquiera, que pasase por su firma, a fin de que la dama a quien iba dirijida no se apercibiese de su ignorancia de escribir, trató con su leal i entendido compañero el modo mas eficaz para hacerla llegar a su destino. Fué este el que Candia en persona fuese a llevarla, lo que pasó a verificar el griego de mil amores, poniéndose primero su mejor vestido de corte, que los tenia mui buenos, i tomando en seguida el papagayo mas hermoso i parlero de los traidos de Indias para obsequiar a la grandeza de Cárlos V.

Puesto el papagayo en el hombro i acondicionado el talante lo mejor posible a fin de agradar a una dama tan poderosa como doña Sol, salió Candia de la posada i encaminóse al alcázar; mas como se encontrase este a alguna distancia, fuése entreteniendo por el camino con la vista de los monumentos godos, romanos, árabes i hebrieos que hacian entónces do Toledo la mas pintoresca, rica i hermosa ciudad de España. Deteníale aquí un circo, un anfiteatro o un acueducto, i allí una basílica o un palacio con sus primorosos arabescos, sus cúpulas de oro i azul, sus basamentos de granito, sus arcos de herradura, sus pilares marmóreos, cuando no las cien mezquitas i templos cristianos que embellecieron los buriles de Borgoña, Arfe i Berruguete, Bautista de Toledo i Juan de Herrera, artífices posteriormente del Escorial i de Aranjuez. Su vista estasiada recorria todo el ámbito de la ciudad deleitándose con el espectáculo de sus maravillas, graciosamente matizadas con los cortes moriscos de los trajes de los transeuntes i la variedad de sus colores, vivos, entremezclados i airosos; cuando detúvolo una esclava tunecina que lo segnia hacia rato, diciéndole con cariñosa dulzura:

—Buen señor, vendes el animalito?

—Venderlo? ni por pienso, respondió Candia haciendo dengues con un cara de escrúpulo que picó en alto grado el interes de la negra.

—Qué, no tiene precio? se te pagaria demasiado bien.

—No lo daria ni por mil ducados.

El papagayo como si entendiese de qué se trataba, batió al aire dos o tres vezes sus alas

de esmeralda matizadas de rojo, i dando una vuelta sobre el hombro del griego, esclamó con toda la oportunidad de un niño impertinente pero gracioso :

—Quita allá, negra!

Este episodio, insignificante dos siglos despues en el viejo mundo, causó en Toledo un estupor difícil de describir, empezando por la africana, quien se puso a gritar con todas sus fuerzas;—Al brujo! al brujo! Amontonaron estas vociferaciones al rededor de Candia, que reía a mas no poder, como cincuenta desocupados preguntando:—Qué hai? qué pasa? qué ocurre? A lo que respondia la tonta de la esclava:—Es que habla el pajarraco.

—Hablar? nada de eso, hija de Satanas; los animales no hablan.

—Digo que habla; pregúntalo si no al mismo nigromante.

—Que hable el nigromante! que hable! pidió la turba entre asustada i curiosa.

—Empero, ántes de que Candia pudiese desplegar los labios, el papagayo, festivo con la bulla del concurso de que él era objeto, púsose a cantar con una desarmonía que en cualquiera otra época mas adelantada hubiera provocado la risa, pero que entónces se tomó por enteramente diabólica, estos versos del tan afamado poeta Juan de la Encina, su contemporáneo i acaso su amigo:

Ai, triste! que vengo
Vencido de amor,
Magüera pastor,
Magüera pastor,
Ai, triste! que vengo
Vencido de amor.

Esto era sin duda el colmo de la impudencia de Luzifer, que bajo la figura de un pájaro, decian, venia a tentar a una poblacion entera como la de Toledo, i a atraerla al pecado con la cadencia de su voz, como en otro tiempo Orfeo, el tocador de lira, arrastraba tras sí montes, fieras i piedras; siendo lo que mas sobresaltado los traia el color verde de sus alas i pechuga, por ser este el color favórito del rei de los infiernos, quien llevaba su descaro hasta hacer gala i ostentacion de él, en mitad del dia i en tierra de cristianos.

La cántiga del papagayo estuvo a punto de costar bien caro a Candia, pues no faltaron algunos familiares de la Inquisicion que estuvieron por echarle mano, para darle tortura, a fin de que confesase en qué términos habia pactadó con el diablo, i si el tal prestaba las suficientes garantías en las contrataciones; pues, si las prestaba, seria conveniente dar cuenta de ello al próximo concilio ecuménico que debia celebrarse de allí a un mes, por lo que pudiera convenir a los obispos sin diócesis, curas desprebendados i sacristanes pobres. Empero, Candia hizo frente a la situacion con el mismo valor que en Túmbez le habia hecho al leon de Huayna Capac, i manifestó a los mas zelosos de defender la relijion cristiana, i que en su no vista caridad querian arremeterle a piedra i a garrote, que el tal pajarraco nada tenia de diabólico ni en su color ni calidades, puesto que no era mas que una de las muchas aves raras que se encontraban en Indias.

El nombre de Indias satisfizo a los amotinados circunstantes, pues decir entónces *Indias*

era tanto como decir Atlántida en tiempo de Platon, o el *Paraiso* en el de los hebreos. Tan exajerada era la alta idea que se tenia de ellas, que no solo se hubiera creido que los pájaros hablaban allí, sino que hasta lo harian los objetos inanimados. Esta esplicacion de Candia, agregada a su dicho de ser el papagayo un presente del Rei a doña Sol de Castro, alejó la chusma curiosa e hizo que la negra se ofreciese a conducirlo al alcázar por ser ella de la servidumbre de la favorita.

CAPITULO X.

LOS CABELLOS RUBIOS.

Encontrábase doña Sol sentada sobre un bello cojin de Persia, cruzadas las piernas a estilo oriental i envuelta en una bata japonesa de color de rosa, fina i dócil a todos los movimientos de la caprichosa i remilgada dama. Delante de ella, i a cuatro pasos cuando mas, un pajecito sentado con aburrimiento en una silla, mantenia sobre las rodillas una gran luna veneciana, en la que doña Sol clavaba de rato en rato sus ojos húmedos i rasgados con una espresion de indescribible coquetería. Sus cabellos negros i abundantes caian a uno i otro lado de sus hombros como un velo de azabache despedazado, que las primeras brisas del Tajo venian a balancear con la suavidad de su hálito.

—I bien, Mulei, hoi sí crees poderme amarillar los cabellos?

Esta pregunta de doña Sol iba dirijida a un anciano árabe que en un rincon de la estancia hacia varias preparaciones farmacéuticas con el

objeto de peinarla i aderezarla ántes de la visita que debia hacerle su majestad el Emperador Cárlos, segun costumbre de todos los dias.

—Así lo espero, señora i sultana mia, respondió el árabe, pues esta vez he apelado a una preparacion que creo mui eficaz.

—Qué preparacion?

—Una para bañaros la cabeza con agua fuerte i azufre.

—I crees, Mulei, que con eso sea suficiente?

—En parte sí lo creo.

—Pero es que yo no quiero en parte sino en todo, puesto que el Emperador me ha significado mas de una vez que seria mas hermosa a sus ojos con los cabellos rubios.

—Ya los tendreis rubios.

—Así lo espero, Mulei, porque de lo contrario vas caer en el desagrado del Emperador.

—Yo en el desagrado del amo! esclamó el árabe verdaderamente entristezido.

—Sí, Mulei, porque el otro dia me dijo: Que hace esa bestia de vuestro peluquero (son sus palabras) que no os pone los cabellos rubios como deseo?

—Tal dijo?

—Sí, i la corte entera no se ocupa de otra cosa que de esperar el éxito de tus tareas.

—Ama i sultana mia, aunque yo nó desconfio del buen resultado de mis trabajos, me atrevo a deciros que casi haceis mal en querer que vuestro pelo, tan brillante i negro, pierda las cualidades que le dió la naturaleza, solo por adquirir un brillo pasajero i de artificio, que nada valdrá.

—No digo yo que no, Mulei, pero el Emperador lo quiere, i es bien difícil para una mujér sensible decir a su amante *no puede ser*, i mucho mas cuando ese amante lleva en su mano el cetro de tres imperios.

—Pero es que el capricho del Emperador puede ser pasajero.

—Yo creo lo mismo, i entónces será preciso que me pongas el cabello negro como ahora me lo pones blondo.

—I habrá nuevas trasnochadas i nuevos sinsabores.

—Pero habrá nuevos ducados, dijo doña Sol arrojando a los piés del anciano barbero un bolson que mui bien podia contener cincuenta en oro.

—Gracias, gracias, sultana mia, articuló Mulei recojiendo el presente.

—Lo que sí te digo, Mulei ingrato, observó la favorita, es que con el oro que te tengo dado ya, otro ménos avaro que tú me habria dorado no solo los cabellos sino el cuerpo entero.

—Es que el color del cabello no está en su parte esterior, sino que depende únicamente de los humores que circulan por él; i siendo esto así ya podeis imajinar que no es tan fácil el tornarlo de negro en blondo i de blondo en negro.

—Bien pues, Mulei, pero anda aprisa que deseo acabar de vestirme.

Mulei, como lo habia anunciado, bañó los cabellos de doña Sol con agua fuerte i azufre, i calentando en seguida varios punzones al fuego en un crisol, se entretuvo en rizar uno por uno todas las guedejas de la dama, las que ató

unas à otras con varias agujas de oro, largas de un jeme i rematando en forma de cruz, segun la piadosa moda introducida en España por Isabel la católica.

Terminada aquella difícil operacion, Mulei asentó el pelo de la favorita con varios ungüentos olorosos i lo perfumó con esencias; i cojiendo en seguida una espumilla, espolvoreó, a la antigua romana, muchas capas de finísimos polvos de oro sobre la linda cabeza de su única parroquiana, los que prendiéndose a los ungüentos dieron a los cabellos de doña Sol el suspirado amarillo, i en grado tan notable que casi despedia rayos de luz.

—Estoi contenta, Mulei, esclamó al fin la favorita clavando en el espejo que repercutia su delicada imájen, una mirada mas apasionada que la primera que se dirijió el sensible Narciso sobre las linfas de la fuente fatal.

—Gracias, ama mia, dijo aquel, i quitando la luna veneciana de las manos del paje adormecido, salió de la estancia para avisar a las dueñas i doncellas de doña Sol, que esta las esperaba para que la vistiesen.

Entraron las damas en tropel, i en vez de conducir las sedas, flores i adornos con que debian vestirla, conducian a Candia, como si dijéramos en triunfo, pues venia en medio, i todas pugnaban por acercársele a vista i con desagrado de la africana, quien reclamaba para sí, si no con sus palabras, sí con sus ademánes i miradas, el derecho de ostentarse jefe del tumulto, por producirlo ella, i nada mas que ella, que habia traido a Candia con el animalejo.

—Qué es eso? preguntó doña Sol neglijentemente desde su cojin de raso.

—Un recadero del Emperador, respondieron todas.

—Vamos, buen hombre, preguntó la favorita dejándose caer de costado sobre el braso derecho con el mismo garbo i gracia que una odalisca, qué me dice Cárlos?

Es de advertir que doña Sol trataba al Emperador con una familiaridad de prima, i de prima bonita.

—Perdonad......murmuró Candia; pero no es el Emperador quien me envia.

—Me habias dicho eso, observó la africana escandalizada.

—Ciertamente, pero fué porque temí que de otra manera no me fuera posible llegar hasta aquí.

—Es un brujo! un jitano! gritó la chusma espantada, apartándose del honrado Pedro tanto como ántes se le habia arrimado.

Candia se sonrió i dijo para sí, resumiendo todo el corazon humano en dos palabras:

—En el mundo no hai mas que dos aspiraciones: la de estar mui junto a ciertas cosas o personas, o mui léjos. Esos son los dos grandes fines de la vida; lo demas está reducido a los medios que se ponen para obtenerlos.

—Bien, observó doña Sol con una calma de mujer satisfecha de sí i de su fortuna, si sois astrólogo, decidme mi buena ventura.

Los deseos de la favorita no carecian de fundamento: habia soñado la noche anterior que un ánjel de alas azules, desprendiéndose veloz como un rayo de una nube cándida i hermosa, habia venido a colocar sobre sus sienes la co-

rosa imperial, i queria saber hasta qué punto podia confiar en ese sueño divino, porque al volver de él sus ojos habian tropezado con la noble figura del Emperador, quien la sonreia dulcemente.

Candia contestó:

—No soi brujo, ni jitano, ni duende, ni astrólogo, ni nada en fin que me haga superior a los demas hombres, pues que ni leo en la bóveda estrellada como si fuera un libro comun, ni mucho ménos habito en la rejion de los truenos ni de las chimeneas. Yo no soi mas que un humilde criado de un caballero que ha descubierto en Indias mas de ochenta imperios, i que me envia a vos con esta carta i este presente.

Al decir esto, Candia dobló una rodilla i puso al pié del cojin la carta de que era a la vez redactor i conductor (cosa no poco comun) i tomando el papagayo con su dedo índice lo colocó graciosamente sobre el hombro de doña Sol.

—Ah! esclamó esta por lo bajo, es Cortes, el gran Cortes, que al fin se ha resuelto a declarárseme. Cuánto deseo que se vaya Cárlos para Aquisgran!

El papagayo, como si no esperase mas que la primera oportunidad, entonó el siguiente cántico, que mereció el aplauso i la admiracion de los presentes:

La joya mas rica
Del reino español,
Es, sin duda alguna,
Cárlos, doña Sol.

El efecto fué enteramente teatral, i la reina sin cetro, mas poderosa que la coronada, acarició al pajarraco pasando sus dedos de rosa por su cabezita de gualda, i aun posando sus labios de rubí sobre su pico de cacho, del todo inapropósito para el efecto.

En seguida tomó la carta i la leyó. Empero, a medida que avanzaba en su lectura, notó Candia que doña Sol se ponia mas i mas pálida, hasta el estremo de caérsele el papel de las manos cuando llegó a la firma.

—El ama se accidenta! gritó de las primeras la africana dejando caer sobre el embajador de Pizarro una mirada diabólica, una de esas miradas oblícuas i terribles que son solo peculiares de la raza negra, i que abundan en odio i traicion.

—La ha hechizado! la ha hechizado! esclamaron las mas de las doncellas de doña Sol, i ya andaban en busca de los palos de las escobas para arrojarlo de la casa, cuando aquella, levantándose majestuosamente del asiento, dijo:

—Mis dueñas, ese hombre en nada me ha ofendido, i ántes bien le estoi agradecida por el precioso animal que su señor i amo me regala; dejadlo pues ir libremente a decirle de mi parte que he escuchado su demanda, i que Cárlos lo recibirá mañana.

CAPITULO XI.

EN DONDE SE VE QUE SI CANDIA HUBIERA ESCUCHADO, HABRIA VARIADO DE OPINION CON RESPECTO A ALGUNOS REYES.

La palidez que ocasionó la carta a doña Sol

provenia de que la fiel favorita de Cárlos V, caprichosa como toda favorita, i cediendo a una de las muchas veleidádes de su sexo, hacía algunos dias que sentia por Hernan Cortes, entónces el hombre a la moda por sus hazañas en Méjico, algo mas tierno que la amistad, aunque no tan delicado como el amor. Una especie de sentimiento novelesco, hijo mas bien de una fantasía desocupada i maniática, que de un corazon sensible i amante. De ahí su gozo al presentarse en su estancia un hombre que se decia enviado de un gran conquistador en América; i de ahí su desagrado tanbien cuando ese hombre no resultó ser, segun su esperanza, el confidente del vencedor de Guatimozin, sino el comisionado del oscuro espósito, todavía sin nombre i sin prestijio en la corte; en una palabra, todavía sin gloria en España.

Se dirá por esto que el plan del griego estaba mal concebido? Creemos que no, pues Candia, como profundo conocedor de la corte, sabia que en ella nada podia conseguirse directamente, i que el mejor camino para llegar a un fin propuesto, era el mas torcido, i el, a primera vista, ménos a propósito.

Este incidente inesperado desgració la embajada de Candia, pues doña Sol, que esperaba de minuto en minuto ver caer a sus plantas al tres i cuatro vezes famoso Cortes, sintió toda la amargura consiguiente a la esperanza burlada, i no hizo mas caso de la carta de Pizarro que el que la suerte hacia de sus secretas i voluptuosas inclinaciones.

Con todo, la suerte lo tenia dispuesto de otra manera, i aquel mismo dia, al presentarse Cárlos en el aposento de su amada, salióle al encuentro el papagayo diciendo:

La joya mas rica
Del reino español,
Es, sin duda alguna,
Cárlos, doña Sol.

Levantó el Emperador el pájaro haciéndole mil cariños, i preguntando a la de Castro de dónde habia sacado animalejo tan galante i hermoso. Contestó a esto doña Sol tomando la carta de junto i pasándosela a Cárlos con un movimiento casi maquinal, pero que no dejaba de tener su estudio acomodado a las reglas de la fina coquetería, tan antigua como la tierra i tan esplotada como la fe.

Leyó Cárlos la carta, i luego la devolvió a doña Sol elojiándola por su estilo i cortesanía.

—No lo estrañeis, señor, díjole esta, vuestro reinado es glorioso en letras i en armas, i todo hombre bien nacido maneja en él tan bien la pluma como la espada.

—Así es, bella Sol, pero si mi reinado es glorioso, débolo esclusivamente a que vos lo haceis con vuestra hermosura el mejor del mundo.

—Siempre me decis unas cosas......

—No puedo dejar de decíroslas cuando veo que mis vasallos, conociendo que vos sola sois la reina, se os dirijen ántes que a mí.

—Decis eso por lo de la carta de Pizarro?

—Por lo de la carta de Pizarro i por todo, hermosa mia, pues hace dias que noto que se

pretende que yo traslade mi cancillería a vuestra cámara, i que además de haberos dado el corazon, os entregue tambien las riendas del gobierno.

El acento de Cárlos tenia algo de descompuesto, por lo que la favorita no pudo ménos de preguntar:

—Parece que me haceis inculpaciones?...

—A vos, doña Sol, precisamente no; pero sí a esa turba de cortesanos necios que os rodea; pues están creyendo que yo soi un hombre formado del barro comun con que está amasada la especie humana, i que podrán hacer de mí lo que han hecho de todos los reyes, mediante mi torpeza i vuestra hermosura.

—Os juro, Cárlos, que no adivino a quienes puedan ir dirijidas esas censuras, observó doña Sol con una inocencia mui recomendable por su hipocresía.

—Bien, vos no lo adivinais, ni hai necesidad de que lo adivineis; pero ello es como lo digo. Empero, chasco, i chasco mui grande, van a llevarse los que creen que yo, Cárlos, V de Alemania i I de España, no soi mas que un jumento a quien cabestrea su querida i arrea la chusma famélica de la corte, como ha sido uso de alguna fecha acá en los imperios.

—Su alteza me sorprende con ese lenguaje.

—Doña Sol, perdonad, pero ya no se llaman los reyes *altezas* sino *majestades*, como no quiero que se use mas de la voz *rico-hombre*, sino *grande de España*, observó con real dulzura el Emperador, que no desperdiciaba las ocasiones de hacer alarde de las reformas que estaba introduciendo en sus reinos.

—Perdonad, Cárlos : lo habia olvidado.

—Volviendo ahora a la cuestion principal, es conveniente, doña Sol, que de aquí para adelante despidais las montoneras de aspirantes que asedian noche i dia vuestras antecámaras : vos no sois mas que mi querida ; la reina, si no me equivoco, es doña Isabel de Portugal, nieta de los reyes católicos ; i no está bien el que os confundais con ella.

—Indudablemente *su majestad* (la favorita acentuó esta palabra con intencion) ha venido hoi con ánimo de romper conmigo, pues su lenguaje no puede ser mas acre i desacostumbrado.

—Con vos no, doña Sol ; vos no sois mas que una pobre mujer, un jénero hermoso que se me quiere vender demasiado caro. Con los que si estoi dispuesto a romper, i romperé, es con los que quieren hacer de vos una segunda reina de España, para convertiros luego en bandera de discordias civiles.

—Nadie, señor, tiene semejante criminal pretension.

—La tienen, doña Sol, los que combaten el partido flamenco. La tienen don Antonio de Acuña, i vuestro padre, Juan de Padilla.

—Señor!......

—Yo, pues, que lo sé todo, i que estoi resuelto a cambiar la política de mis antecesores, he venido hoi para deciros : doña Sol, os quiero lo bastante para consagraros mis ocios i mis cofres ¿los aceptais? pero es en la intelijencia de que nada mas os daré.

—¡Ai, Cárlos! que cosas me decis, i que

brusquedad la que usais conmigo solo porque sé amaros sobre todo en el mundo. Dios sabe que nunca he pensado en si traíais o no la frente coronada cuando veníais a verme. Yo amo solo la luz de vuestras miradas, la sonrisa de vuestros labios i el fuego de vuestro amor; lo demas es nada para mí.

Cárlos no pudo ménos de alterar su gravedad de César con estas cosas de doña Sol, i contrajo sus labios con cierto desden: habia aprendido a conocer a las sirenas en los clásicos antiguos, por lo que agregó en seguida:

—Cuando os requerí de amor estaba bien léjos de pensar que vos me arrastraríais hasta el escándalo; que me llamaríais *Cárlos* delante de vuestra servidumbre; que haríais gala inconsulta de nuestras relaciones, i, mucho ménos, que llegaríais a conspirar contra vuestra reina i señora...... Por lo demas, eso que llamais amor, no es amor sino vanidad, puesto que vos no amais mi persona sino mi estado, i os gusta mas mi corona que mi frente.

—Veo que su majestad ha resuelto perderme en su ánimo, i nada observaré.

—Haceis bien, porque nada teneis que observar, una vez que preferis el vasallo al rei.

—Qué vasallo, señor?

—Uno mui famoso por cierto: Hernan Cortes, el conquistador del imperio Azteca.

Doña Sol bajó los ojos enrojecida.

—Yo, pues, que lo he sabido hoi por boca misma de vuestras amigas, i de vuestras amigas de mas estrechez, porque así sois vosotras las mujeres, he venido para significároslo, i para

comunicaros personalmente la órden de salir de Toledo dentro de seis horas, con direccion a Francia o Inglaterra.

Dijo el Emperador i se puso de pié para retirarse, pero doña Sol, que aun no se daba por derrotada, i que, léjos de darse, tenia una poderosa reserva que poner en accion, apeló a las lágrimas, i prorumpió en amarguísimos jemidos.

Cárlos se detuvo.

Lloraba la favorita tanto como una Magdalena, i al mismo tiempo que lloraba se decia en el fondo de su pensamiento:

—Que recurso tan infalible son las lágrimas! Yo que lloro ahora porque no puedo despedazar a este rei infame, que ha tenido el arrojo de no dejarse esclavizar por mi hermosura, dos terceras partes artificial, voi a hacerle creer que lloro porque lo amo i me abandona.

—Dejaos de eso, dijo el Emperador con majestad, vos no podeis llorar de véras, porque vos no sois mas que un pedazo de hermosura que se vende al mejor postor, pero que carece de sentimientos i hasta de razon. Mujer sois vos, señora, como otras muchas mujeres que viven solo como el armiño, cuidando de su piel, i cuyas aspiraciones nunca van mas allá de las joyas, los perfumes i las sedas; i que despues de haber vivido diez años sobre un cojin, bajo el ala voluptuosa del placer, suelen darse la muerte por no verse calvas, descoloridas i flacas, caidos los dientes, hundidos los ojos, i arrastrando una vida que emponzoñó prematuramente la licencia.

Doña Sol guardó silencio; Cárlos continuó:

—Para vosotras no hai porvenir ni pasado, ni ilusiones ni amor: vosotras teneis solo sentidos i caprichos. Si la suerte os hace esposas, haceis de vuestros esposos el ludibrio de las jentes; si madres, de vuestros hijos la desorganizacion i el abandono; i aun cuando ya vuestra cabellera empieze a blanquear i vuestra tez a marchitarse, os ruborizais si teneis que caminar delante de un hombre, a reserva de daros por enojadas si ese hombre no observa todos vuestros movimientos con avidez, i si la primera palabra de sus labios no es una galantería para vosotras. Creedme, doña Sol, la vejez de las mujeres de vuestro temperamento es mas fastidiosa para la sociedad, que vuestra juventud con todas las pretensiones de la vanidad i de la hermosura satisfechas.

—Decid cuanto querais, mal caballero i peor galan, interrumpió la favorita, que nada de ello me coje de nuevo. Vos amais a otra; ese es todo el secreto para mí.

—Sí, doña Sol, amo a otra, i esa otra es mi esposa, vuestra reina.

Este golpe fué mortal, i la favorita abatió la frente para no levantarla mas. Aunque torpe, segun la condicion desgraciada de la belleza, tenia ese instinto peculiar de su sexo, que se confunde a veses con el talento i que de tanto socorro es para la mujer, i él le hizo comprender con la rapidez del rayo, que siendo la reina su rival, aunque no lo fuese sino aparentemente, tendria que respetarla i callar. De lo contrario se hubiera desatado en improperios, i Cárlos

V, hubiera oído de su nueva querida mas aventuras amorosas que las del inquieto i poderoso tonante,

La notificacion del Rei produjo su efecto, i la disputa terminó con su salida del aposento de doña Sol, donde se sabe que nunca volvió a entrar.

CAPITULO XII.

UNA OJEADA A NUESTROS AMIGOS DE ULTRAMAR.

Doña Sol, aparte de sus muchos defectos i de la verdad que encerraban las recriminaciones de Cárlos, era víctima de la mejor de sus amigas, doña Blanca de Moncada, quien decia que el rei Cárlos era la primera figura del reino, i la reina, la mujer mas feliz de la tierra. Por cuyo dicho, i deseosa de acreditarse de buena vasalla, hacia la corte a doña Isabel de Portugal, i vendia al Emperador las confidencias de su amiga doña Sol. Esta era sin duda la conducta mas cortesana del mundo.

Por otra parte, el Emperador solo habia sentido por la de Castro una inclinacion pasajera, inclinacion que no perdió su fuerza miéntras doña Sol se contentó con ser en secreto la querida del primer príncipe de su siglo; pero cuando las cosas pasaron a mayores, i se organizó un partido, conocido con el nombre de *partido de la favorita*, i se pretendió gobernar al Rei por medio de su querida, segun era antigua costumbre en las cortes, la fina naturaleza de Cárlos V i su carácter pronto i altanero no pudieron ménos de resentirse como debian, i todo acabó con el destierro de doña Sol, como era lójico que sucediera.

Guillermo de Normandía habia dicho que "un rei ignorante no era mas que un asno coronado," i Cárlos tenia mui presentes estas palabras para dejarse dominar por las coquetas de su corte.

—Permitidme, señor, díjole un dia el ministro Chevres, su privado; permitidme, señor, que os observe que habeis andado un poco duro con la de Castro.

—Duro no, Chevres, no digais eso; justo no mas. Yo apênas gustaba discutir con ella sobre el mejor color de los cabellos, la picantez de las morenas o la simplicidad aristocrática de las blancas; pero ella echaba por otro camino, i daba sus pasos para intervenir en mi política, i aun dirijirla.

—No digo que no, ya que nosotros los jefes del partido flamenco éramos el blanco principal de sus ataques; pero la pobre no obraba en esto por sus inspiraciones propias.

—Mal conoceis a las mujeres, Chevres, cuando suponeis que doña Sol estaba dirijida en este negocio por mano tercera. Nada de eso: apénas hai animal mas vano en la tierra que la mujer ambiciosa, i el alarde i la intriga son su alimento; i doña Sol, en sus deseos de hacer visos con el resto de las cortesanas llamándome *Cárlos*, i recibiendo empeños para interceder conmigo, ha sacrificado su porvenir de veinte años a media hora de ostentacion i de orgullo.

—Bien sé, señor, que hai mujeres que se someterian gustosas a la prueba a que dicen sometió cierto rei de Siracusa a un hombre lla-

mado Damócles; pero en contraposicion hai otras que solo viven para su familia i para el amor.

—Así es, Chevres, pero esas jamas aceptan el carácter de favoritas, como lo aceptó doña Sol, que es la de que se trata. I ¿sabeis lo que es una favorita?

—Casi no, señor.

—Pues una favorita no es mas que una ramera en escala superior.

Chevres conoció por el acento del Rei que seria vano interceder por su bella enemiga, i de ahí para adelante no volvió a hablar mas del negocio.

Cuatro dias despues doña Sol habia pasado la frontera española por el lado de los Pirineos, i su padre natural, don Juan de Padilla, en union del obispo de Zamora, echaba las bases de la terrible guerra de los *comuneros*, terminada años despues con la batalla de Villalar i el ajusticiamiento de algunos caudillos.

Indudablemente Francisco I iba a hacer una adquisicion valiosa con la favorita despechada.

¡Cuánto mejor hubiera sido que doña Sol se hubiera contentado con ensayar el tornarse los cabellos de negros en amarillos, i que su padre, que, segun práctica de entónces, recibia merced i holganza porque el Rei hiciera de su hija una concubina, hubiera gozado pazíficamente de su *honroso* favor! Acaso hubiera cruzado su raza, i hoi seria su familia la mas noble de la península, a juzgar por sus abuelos...!

Pero volviendo a nuestra historia, de los regaños del Emperador i doña Sol, el que peor

libertado salió fué el infortunado Pizarro, pues nadie habló mas de su carta ni de su venida, i ya iban a contarse tres meses de su permanencia en Toledo sin que pudiese, no diremos dar cima, pero ni aun principio siquiera a su empresa de capitular con Cárlos V su conquista del Perú.

Entretanto Almagro vivia cómo un sibarita en la ciudad de Panamá, tranquilo por lo que hacia al pasado i al presente, i casi casi seguro del porvenir. Ines, su buena aunque no cristiana mitad, estaba cada vez mas gorda i mas hecha a las formas de la civilizacion europea, i ya no se la decia Ines simplemente, sino *doña Ines de Almagro*, como correspondia a una señora que gastaba telas de Castilla, especias de Jamaica i vinos de Andalucía.

Diego, su hijo, manejaba bastante bien el caballo, i miéntras llegaba la hora de la conquista suspirada del Perú, recibia lecciones de su padre en el manejo de las armas i se preparaba para los combates que, decia él, debian hacerlo un dia famoso cómo a Pizarro i a Cortes.

I ¿qué diremos de nuestro mejor i jeneroso amigo el reverendo maestrescuela del Darien, don Hernando de Luque, cura de Panamá i miembro de la asociacion del descubrimiento i conquista del Perú por su representado el bachiller don Gaspar de Espinosa? Qué diremos? La verdad, i nada mas que la verdad. Hela aquí.

Un dia de los mas hermosos de verano dijo a Perico:

—Muchacho, el tiempo está mui bueno i si

seguimos metidos en la casa es probable que nos muramos de hambre, pues ya nadie me quiere prestar ni un maravedí a causa de verme viejo como un Matusalem, i achacoso i pobre como un Job; trae, pues, las mulas, i vamos a rodar la caravana ácia Veráguas, a ver si recojemos algunos cuartos.

Obedeció Perico, i a pocos momentos estaban en el patio que ya conocemos, dos mulas altas como caballos i gordas como nútrias. Treparon sobre ellas el cura i su criado i emprendieron camino ácia el norte, el primero llevando una cruz de peregrino de tres varas en alto, i el segundo sumerjido entre un mar de alforjas, repletas de pavos cocidos, patatas, pan de maíz, huevos pasados por agua, quesos i conservas, i algo de materias espirituosas, no porque el reverendo acostumbrase tomarlas, sino por lo que pudiese suceder. Lo cual era fácil de suponerse en un país en que habia la mala costumbre de usar un sol de noventa grados, i de echar los caminos por hondonadas i cerros, cuyo trajin produce siempre una sed de demonios.

Vestia Luque una especie de hopalandas blancas de lana de carnero español, las que llevaba recojidas sobre la montura, i adornadas ácia el costado izquierdo con la cruz roja de Santiago, i se guarecia del sol i del viento con un quitasol de plumas; i aunque caminaba delantero de Perico, detenia de rato en rato su mula, i volviendo la cara atras reparaba bien si el jarro de plata de márras, que solo para el efecto del viaje habia salido de la alacena, iba

aun en el arzon de Perico, ó si se habia evaporado con los soplos de las brisas matinales, nó obstante sus cuatro libras de peso, i la fuerte maroma que lo sujetaba.

Perico comprendió al fin estas repetidas paradas del amo, i díjole para ahorrarle trabajos:

—Si vuestra merced recibe contentamiento por ello, picaré yo delante, i así podrá ver vuestra merced si cae algo del equipaje para recojerlo.

—Bien pensado, Perico, repuso el cura i dejó pasar adelante al compañero.

Dos meses despues estuvieron de regreso en Panamá, i nada pudieron notar los vecinos sino que en vez de dos habian traido tres mulas, la última cargada quién sabe con qué. Por lo demas se hablaba mucho de los prodijios obrados por el señor cura en la correría, pues se aseguraba que habia bautizado trescientos caciques i casado veinte mil indios.

Estos prodijios, como era de esperarse, aumentaron su crédito católico, i con él en un setenta por ciento sus hijas de confesion.

Luque entretanto murmuraba por lo bajo:

—Pronto seré hombre de cincuenta quintales de oro.

I cincuenta quintales era la cifra postrera que Luque se habia fijado como el colmo de la felizidad humana. Cincuenta quintales, decia, apénas me cabrán en la alacena; oh dicha!

En seguida su mente, tan halagüeña, no dejaba de entristecerse un poco con la idea de que para almacenar el oro recojido nuevamente tendria que gastar algunos maravedises en

lienzo para talegas, i casi no se conformaba; ese siempre era un gasto, i los gastos, observaba sentenciosamente, son los enemigos de toda economía. Si no hubiera gastos!

Cierto que para insacular diez mil ducados apénas tenia que gastar dos maravedises i medio; pero siempre eran dos maravedises i medio!

Si hemos de creer a la tradicion, Luque era hombre que procedia con mesura, i a fuerza de ser sistemático en su vida, habia acabado de ser sistemático hasta en sus moderados deseos. Cuando llegó a Panamá desnudo i sin cuarto, empezó por fijarse como *ultimatum* de lo que él llamaba sus ahorros, i otro ménos jesuita hubiera llamado sus depredaciones, un quintal de oro. Al año siguiente, reunido ya ese quintal, el ultimatum subió a dos, despues a tres, a cuatro, a cinco &.ª, hasta que por último llegó a los consabidos cincuenta, que, el cielo mediante, llegarian a cien si la vida del bueno del párroco continuaba dando garantías de lonjevidad, i si, como era casi seguro, no desmayaba su amor a los fieles.

Por otra parte, al enumerar Luque su tesoro por *quintales* i no por *ducados*, no procedia por un mero capricho; en Luque nada era caprichoso. Decia quintales i no decia ducados, porque como buen filólogo, sostenia que la palabra quintales, en tratándose de plata u oro, era mas confortativa que la de ducados.

Toca al lector decir si tenia o no razon.

Por lo que hace a don Juan Martin Fernán-

dez de Loreto, el silencioso capitan de puerto, poco mas tenemos que decir: comia, dormia i no hacia nada—era un buen español.

Don Pascual Andagoya habia dado en visitar mui frecuentemente a Almagro, en cuya casa solia hacerse honor a los mejores vinos de Francia i España.

Pedrarias habia muerto, i don Pedro de los Rios tenia el buen talento de seguir enamorado de su mujer.

CAPITULO XIII.

OPINIONES AURÍFERAS DE CANDIA.

Pizarro i Candia esperaron en vano que llegase el prometido *mañana* de doña Sol, i cuando ya creian tocar al puerto de sus ansias, dejóles casi muertos la noticia de la caída de la favorita. De entónces en adelante ya el capitan perdió toda esperanza de ver al Rei, i mas bien porque no le quedase nada en dolor, que por confiar en su buen resultado, hizo que Candia representase a la corona. Esta representacion, que aun se conserva en los archivos de Toledo, i que segun cuentas no llegó nunca a manos de Cárlos V, estaba escrita con bastante propiedad i enerjía, sin que por esto dejase de sobresalir por lo pagano de su estilo, acaso por ser un griego su redactor, o, mas bien, por ser aquella la época en que la literatura española se hacia notable únicamente por las flores que iba a mendigar al Pindo i al Parnaso de los descendientes de los pelasgos, i que constituian su mejor adorno.

Los meses corrian como al principio habian corrido los dias, i la situacion de los descubridores del Perú no mejoraba en nada; sinembargo, Candia, siempre filósofo, i por fortuna filósofo optimista, no dejaba desmayar a Pizarro, haciéndole notar, entre otros ejemplos, que los israelitas habian durado cuarenta años en el desierto ántes de ver la tierra prometida.

A esto Pizarro respondia:

—Triste consuelo es ese, Candia; pues yo, ni soi israelita, ni tengo probabilidades de vivir cuarenta años mas.

—Bien, pues, observaba Candia, os rebajo la cifra, i os digo que Colon mismo tuvo que esperar diez años en esta corte ántes de lograr hacer efectivos sus planes.

—No me hableis de Colon, amigo mio; el nombre de Colon no produce en mí el mismo efecto que en los demas.

—Es decir que no os eleva de admiracion i de entusiasmo?

—No; me llena solamente de tristeza.

—I por qué?

—Por el modo como los españoles correspondieron a su gloria.

—Cierto que fué de una manera infame.

—Sí, *infame*, esa es la espresion, Candia.

—Pero puede ser que la posteridad le haga la justicia a que es acreedor por sus altos hechos.

—I qué vale la posteridad para un hombre a quien mataron las amarguras de su corazon, producidas por el desengaño i el dolor? Qué vale que la mano de los hombres despues de

una ingratitud de cinco siglos, venga a colocar sobre la tumba de un héroe infeliz, la corona que no vieron sus ojos i la palma inmortal que no asieron sus manos?

—Os engañais, capitan, eso vale por cien siglos de dicha sobre la tierra.

—Vos sois el engañado, Candia: esa palma i esa corona no valen nada, porque ellas son el símbolo del egoismo de un pueblo, que, en la nulidad de su presente, vuelve los ojos a su pasado para laurearse en la frente de sus abuelos.

—No, capitan, esa palma i esa corona son el símbolo de la justicia recta e imparcial, que el presente hace en desagravio del pasado.

—Justicia tardía!

—Bien, señor, no disputemos sobre estas cosas, i pensemos en lo que mas nos interesa. Creo que ya es llegado el tiempo de cambiar de plan.

—Cómo así?

—Forzando al Rei a que os reciba i capitule.

—Forzándolo, decis?

—Sí, haciéndole que otorgue por la fuerza lo que no ha otorgado por la voluntad.

—Veamos.

—Hai una cosa en el mundo que vale mas que los reyes i que los imperios.

—El qué?

—Cosa que para mí suple perfectamente la providencia sobre la tierra, puesto que da la vida, la salud i la fuerza. Esa cosa es, el oro.

—No digais eso, Candia, pues apénas habrá

en Toledo quien tenga mas oro que yo, i yo no puedo conseguir lo que deseo. Los palafreneros del Rei son infinitamente mas pobres que yo, pero ellos lo ven todos los dias.

—Sin duda que vos sois uno de los hombres mas ricos de España, pero vuestra riqueza es pasiva, i toda riqueza pasiva es nula, señor.

—No os comprendo.

—Quiero decir que vuestro oro está en los cofres ignorado i sin brillo, i ahí vale tanto como en el corazon de la mina. Es pues necesario sacarlo a luz, i mostrarlo a los españoles para cegarlos con su resplandor.

—Gastarlo querréis decir?

—Sí, gastarlo, pero gastarlo de una manera estruendosa, inaudita, que despierte la envidia de los cortesanos i los zelos del Rei. En una palabra, derramarlo como derraman el agua las cascadas estupendas de América, en cuyos bordes rocallosos hemos dormido mas de una vez junto con el águila de las montañas.

—I qué ganaria con esto?

—Con esto ganaríais, directamente, satisfacer la ambicion del fausto, ambicion la mas jeneral e imposible, e, indirectamente, abriros de par en par las puertas del alcázar del Rei i de los palacios de los nobles.

—Lo creeis así?

—Así lo creo, porque cuando en las cortes es contraproducente el casi infalible recurso de las favoritas, es necesario que los hombres ocurran a la insolencia i a la altanería, para que el Rei se pregunte, siquiera dos vezes por sema-

na :—¿Soi yo el rei, o es aquel otro, que tiene una corte mas espléndida que la mia, gasta mas lujo i ostentacion, i lleva la voz de la moda? Los que hacen eso, capitan, si están debajo del trono, lo están como los titanes debajo de la tierra: sosteniéndola con su fuerza.

—I eso es posible, Candia?

—Teniendo el oro que vos teneis, sí. El oro es el primer cetro del mundo.

—Veamos, i qué es lo que hai que hacer? preguntó Pizarro pensando en que era mucha la razon que asistia a los hombres grandes que tenian ministros o secretarios cerca de su persona, porque decia, i decia con oportunidad:—Si yo fuera rei, teniendo a Candia de privado, qué buen rei seria!

—Lo que hai que hacer, capitan, es darme carta blanca para todo.

—Yo os la doi; i luego?

—I luego bolsa franca.

—Como gasteis, el oro es lo que ménos estimo en la vida.

Aquel mismo dia compró Candia un bello palacio a orillas del Tajo, perteneciente en otro tiempo a una familia árabe, a donde hizo trasladar a Pizarro. En seguida compró cuanto caballo de raza hubo en la vega de Aranjuez; i los armeros de Toledo apénas dieron abasto a los pedidos que les hizo de rodelas, espadas, corazinas i adargas.

Candia, el fiel servidor, atravesaba todas las mañanas la ciudad montado en un caballo blanco de poderosa fuerza, cuya cola, alzada en al-

to como un abanico, habia hecho esclamar mas de una vez a Cárlos: — Es estraño que no haya parado yo la consideracion en ese animal cuando he estado en mis cuadras.

El soberbio Emperador creia cándidamente que todo lo bueno que habia en sus reinos debia ser de él; i a fe que tenia razon, porque de otro modo ¿para qué diablos servia el óleo santo?

Decir que Pizarro, segun el nuevo plan de Candia, cambiaba de traje cada media hora, i que casi casi se agotaron los segríes i terciopelos en la ciudad, seria detenernos en pormenores indignos de las grandezas que nos ocupan cerca de una corte tan grave como la de Cárlos V; basta solo observar que, a los tres dias, ya no se hablaba sino de la llegada de Pizarro, sus grandes hazañas en el continente índio, su lujo, su prodigalidad, su mérito. Mas como nada haya completo en esta vida, las mujeres echaban de ver a primera vista ¡qué perspicazia! que hacian falta al héroe treinta años ménos, i los hombres tres cruzes mas, que azularan un tanto su sangre plebeya.

A lo primero observaba el Emperador que seria bueno ponerse en intelijencia con Mulei, a ver si él era tan diestro en rebajar años como en cambiar cabellos, i, respecto de lo segundo, se prometia hacer con una plumada lo que la fortuna no habia hecho hasta allí.

El plebeyo de Estremadura, el miserable espósito estaba, pues, en vísperas de entrar en el beatísimo gremio de la *sangre azul.* Ahora sí que iba a ser grande!

El Emperador habia estrechado ya dos o tres vezes la mano de Pizarro entre las suyas reales, i hasta se habia fijado el dia en que se dignaba recibirlo en audiencia pública, cuando el capitan, haciendo sonar sus espuelas de acero sobre los tapizes de su palacio, dijo un dia a Candia:

—Es decir que si hubiéramos venido pobres no habríamos visto jamas al Rei?

—Jamas, señor.

—Será bueno hacérselo saber a los pretendientes. En cambio ¿cuánto habreis gastado?

—Todo cuanto habia.

—Candia!

—Era preciso; i estamos tan pobres que he escrito a Jines para que nos socorra.

—I qué ha contestado?

—Que no cree que sea cierto que necesitemos dinero; i que, por lo demas, está contento de que nuestro humor se preste a tal clase de chanzas.

—Es decir, que no cree que nos hemos arruinado?

—No, señor ¿quereis ver su carta?

—No; vuestra cuenta es la que quiero ver, pues tengo curiosidad de saber cómo habeis gastado tanto dinero.

CAPITULO XIV.

EN DONDE SE VE QUE DAMAS I CABALLEROS, CLÉRIGOS I EMPERADOR, TODOS LLORARON.

Candia sacó del bolsillo algunos pedazos de pergamino i leyó.

He aquí lo que leyó:

Valor del palacio de Aben, sito a orillas del Tajo........................... 50,000 ducados.

Valor de treinta caballos de todos colores i tamaños... 5,000

Gastos amorosos........... 45,000

—Qué! interrumpió Pizarro, faltaba esa? Valga si yo he pasado de saludar a las damas.

—Así es, señor, pero ha sido preciso regalarles brocados, cintas i carmines, una que otra joya &.ª &.ª; de otro modo, nunca hubiérais gozado entre ellas de la reputacion de que gozais hoi.

—Ya lo creo: de la reputacion de necio.

—Por el contrario, de la de cuerdo.

—De necio o de cuerdo, es una reputacion demasiado cara.

—Señor, en este mundo no hai reputacion barata.

—Dejando eso a un lado ¿supongo que la pedrería sí la conservareis intacta?

—Desgraciadamente ha habido que regalarla tambien.

—Tambien! i a quiénes?

—A los ministros i favoritos.

—Tal vez en el capítulo *gastos amorosos?* preguntó Pizarro disgustado con lo que pasaba.

—En ese capítulo no, capitan, sino en el de *venalidad.*

—I qué tiene que ver la venalidad de los ministros del Rei con mis asuntos de conquista?

—Todo i nada; como querais.

—No os entiendo.

—Todo, en el sentido de que, contando con los ministros, contais con el Rei.

—I nada?

—Nada en el supuesto de que resolvamos irnos a morir a nuestros lares, como los canes vagabundos de los cuales no se acuerdan sino cuando les acometen las ansias de la muerte, i van a espirar a las puertas de sus antiguos amos.

—Es decir que hoi es preciso, para alcanzar justicia, no solo pedirla sino comprarla?

—Es decir eso.

—I qué he comprado con mi ruina?

—Probablemente un título de marques.

—Ya se ve, no es poco para un espósito; i aun me queda el valor del palacio.

—Con el palacio no conteis, señor.

—I por qué no he de contar?

—Porque lo tengo reservado para un último golpe.

—Dejaos de golpes, Candia, que nos vamos a morir de hambre.

—No nos moriremos, Dios mediante; pero aunque nos muriésemos, lo que importa es conseguir nuestro fin.

—Qué fin, Candia?

—El de deslumbrar, capitan; deslumbremos a Cárlos i a su corte, i nuestra fortuna está hecha.

—Creo que andais todo errado.

—Eso lo decis porque prodigo el oro, pero no pensais en que oro, i a montones, tenemos en América. Lo que nosotros necesitamos es influencia i poderío en la corte, títulos

i condecoraciones. Volved vos marqués a Panamá, i no habrá hombre que ose ponérseos delante; vos sereis allá el absoluto.

—Veo que vos siempre acabais por tener razon: es una peculiaridad de los hombres de talento.

A fin de fines llegó el dia solemne de la recepcion pública de Pizarro.

Fué aquel un dia de fiesta nacional. Los nobles se pusieron de gala, i las damas toledanas echaron a luzir sus mejores vestidos i perfumes.

La ciudad toda respiraba alegría.

Llegada la hora de la suspirada ceremonia, el Emperador subió al trono i, sentado junto a su real esposa, se hizo guardar por sus hombres de armas i escuderos. Los ministros i privados ocuparon las gradas del trono; estaba el alto clero a la derecha i el estado llano a la izquierda. Lo demas fué propiedad del pueblo.

Pizarro salió de su palacio montado en un caballo negro i reluciente, enjaezado de rojo con cabos blancos i conducido por un palafren jóven i apuesto.

Delante de Pizarro (honor el mas grande e inaudito) iba un rei de armas, encargado por el uso de proclamar las hazañas de los guerreros i reclamar su premio.

Cerraba la marcha Candia haciendo llevar en palanganas de oro las telas recojidas en Túmbez, i varias preciosidades peruanas notables por su valor i rareza. En este grupo iban

tambien los indios de la ribera del mar del Sur, ataviados a estilo de su nacion, i conduciendo los pájaros mas raros de sus bosques natales.

Tambien se hacian notar en la comitiva dos llamas (oveja peruana) grandes del tamaño de un asno, i la una negra como el ébano i la otra blanca como la leche, que seguian mansas i humildes a Candia, haciendo sonar con sus movimientos las campanillas que pendian de su gracioso i elevado cuello, casi oculto por sus collares de cintas i flores.

"Pizarro, dice el historiador, léjos de sentirse cortado en presencia del Emperador, conservó su acostumbrada calma i sangre fria, i manifestó en su porte el decoro i dignidad propias del castellano antiguo. Habló durante la audiencia en estilo sencillo i respetuoso, pero con la enérjica sinceridad i con la elocuencia fácil i natural del que ha sido actor en las escenas que describe, i sabe bien que su porvenir depende esclusivamente de la impresion que logre hacer en su auditorio. Escucharon todos con interes sumo la historia de sus estraordinarias aventuras por mar i por tierra, sus escursiones en los bosques i en los tristes i pestíferos pantanos de la orilla del mar, sin alimento, sin vestidos, con los piés descalzos i sangrientos, su abandono i desamparo, solo por acrecentar la santa fe de Jesucristo i el poder de la venturosa Castilla. Mas cuando llegó a la pintura de su situacion solitaria en la isla del Gallo, abandonado de los de Panamá i solo acompañado de sus adictos, el auditorio pro-

rumpió en sollozos, empresa no mui fácil por cierto."

Mas ¿quién no habia de llorar al oir a Pizarro, si se estaba viendo que él queria enternecer, i se sabia, o por lo ménos se creia, que era hombre de un millon de ducados? Otra cosa hubiera sido un desacato imperdonable a leso-dinero.

Despues de la audiencia siguieron las colaciones, pero a ellas no concurriremos nosotros por no despertar el apetito del benévolo lector; pasando a ocuparnos de algunos pormenores de crónica cortesana a que dió lugar la ceremonia del dia.

Díjose que doña Blanca de Moncada habia estado mui contenta en la recepcion oficial de Pizarro, entre otras causas, por no haber podido concurrir la infortunada doña Sol. Díjose tambien que el Emperador la habia sorprendido mas de una vez mirándolo de una manera mui vasalla, acabando por sonreirse con él, no se sabe si por pura amistad, o por mostrarle sus dientes, puros i bellos, cual no los habia en el reino.

Otro hecho que tampoco pasó desapercibido, fué que el Emperador trató con mucho desden a Cortes: ya se ve, el orgullo real......

—No hemos salido mal a lo que parece, observó Pizarro a Candia de regreso a su palacio, i ya me voi convenciendo de que el lujo es tambien un elemento de dominacion.

—En el mundo es elemento de dominacion todo lo que lo es de fascinacion. Recordais,

capitan, la historia de Alcibíades ?

—Creo que sí, Candia.

El capitan, fiel a su ignorancia, no recordaba nada, pero el *creo que sí* no lo comprometia ni ante el tribunal mas severo.

—Pues bien, señor, Alcibíades fué un compatriota mio que hizo en Aténas lo que vos acabais de hacer en Toledo.

—Arruinarse, acaso ?

—Sí, señor, arruinarse por gobernar.

—Tal vez no sea ese un buen negocio, aparte de que yo no gobierno.

—Aquí no; pero gobernareis: la fortuna es mui caprichosa, i vos sabeis, mejor que yo, que cierto rei de los judíos cuando no era mas que un labriego, fué en busca de unas pollinas i tropezó con una corona.

—Sí, pero tambien sé que otros que han ido en busca de objetos mas nobles, han tropezado con el verdugo o con el asesino.

—Todo puede ser, mas confiemos en el porvenir.

CAPITULO XV.

CORTES I PIZARRO.

El Emperador tuvo a bien marcharse a recibir la corona imperial sin arreglar nada con Pizarro, i cuando este estuvo en el alcázar a saber lo que se habia resuelto, díjole la Reina misma, i a fe que fué mucho honor:—Que el Rei, su esposo, habia tenido por conveniente recomendar al Consejo de Indias el delicado asunto de la conquista del Perú que el fiel capitan

proponia; i que por su parte ella misma iba a tomar el mayor interes por verla realizada, pues la creia digna de ello.

Pizarro tuvo por conveniente el hacer tres cortesías mui cumplidas, i abandonó el palacio mas desesperanzado que la primera vez.

Iba a cumplirse el quinto mes de su llegada a Toledo.

Aun no habia acabado de recorrer el camino que separaba el palacio de Aben del palacio real, pensando sobre lo embarazoso de la secuela de los negocios en las cortes, donde todo el mundo piensa en divertirse, i nada mas que en divertirse, cuando salióle Candia al paso, i apresurado le dijo:

—Venid, señor, al punto, que os esperan para visitaros.

Pizarro alijeró el paso sin preguntar siquiera por el que lo aguardaba: tanta evidencia tenia de que seria un importuno. He aquí por qué no pudo ménos de esclamar cuando vió al que lo visitaba;

—Ah! señor, sois vos?

Estas palabras fueron dirijidas a Hernan Cortes, que se habia adelantado a recibir a Pizarro con aquel garbo i majestad que le daban la conciencia de sus hazañas, i que hacian de él la primera figura de la España conquistadora.

—Sí, yo, capitan, que vengo a compartir con vos el dolor que os abruma.

—A otro que no fuéseis vos, Cortes, respondió Pizarro, diria que se equivocaba i que a mí no me abruma ningun dolor; pero a vos

no puedo decir eso, porque sois el único hombre en España que puede comprenderme, i que me comprende en efecto.

—Sí, Pizarro, os he comprendido desde el primer momento, i he podido adivinar cuanto sufris. Recien llegado a la corte seguí vuestros pasos, siempre infructuosos, para ver al Rei; i mas tarde comprendí vuestras prodigalidades i vuestra ostentacion. El medio ha sido eficaz: creédmelo.

—Para lo mismo.

—Sí, para lo mismo en cuanto a Cárlos, que cree que solo él es hombre grande, i que aspira a que el mundo no tenga ojos ni admiracion sino para él; pero en cuanto a la corte, frívola i necia, no: vos teneis hoi un partido en ella bien respetable.

—I creeis que alcanzaré mi objeto?

—En las monarquías nada puede decirse ni afirmativa ni negativamente, pues que las mas de las vezes la balanza de la justicia no reposa en manos de la diosa vendada, sido en manos del favor, del capricho, o de la venalidad. Teneis aun oro para comprar al cardenal?

—Qué cardenal?

—El cardenal Adriano, ex-preceptor del Rei, quien ha quedado encargado del gobierno durante la ausencia de Cárlos.

—No, no tengo ya oro.

—Tanto peor.

—Pero confio en que la Reina quiera imitar a su abuela Isabel la católica.

—En qué?

—En hacer conmigo, lo que aquella hizo con Colon.

—I qué fué lo que Isabel la católica hizo con Colon?

—Qué! no lo sabéis? ¿No sabeis que la magnánima, la grande Isabel se despojó de sus joyas mas ricas para ausiliar a Colon en su empresa del descubrimiento de América?

—Cuánto siento, Pizarro, que en vuestro ánimo varonil haya tenido cabida tambien esa patraña, que estoi viendo popularizar de dia en dia, i que no es sino uno de los muchos cuentos que se inventan en palacio para ensalzar a los reyes! La reina Isabel no ha dado para la espedicion de Colon ni una aguja de su tocado.

—Pero el hecho era que Colon no tenia dinero.

—Cierto que Colon no tenia dinero, pero los miserables diez i seis mil ducados con que se hizo el descubrimiento, los dió prestados Miguel de Santánjel, quien no tenía mas relacion con los reyes católicos que la de ser su secretario privado.

—Es decir que el cuento del despojo de las joyas es un cuento de antecámara.

—Sí, Pizarro, nada mas que un cuento de antecámara, inventado para adular á Isabel i a Fernando, i que no dudo se trasmitirá a los siglos mas remotos como un ejemplo, raro en las historias, de la grandeza de los príncipes.

Pizarro quedó abrumado i reflexivo con aquel descubrimiento. Despues de un momento de pausa observó:

—Todo es así en el mundo!

—Sí, Pizarro, todo es así en el mundo, i toda la grandeza de los reyes está en su ingratitud. Vos conoceis, como yo, la historia del condestable don Alvaro de Luna; vos conoceis, como yo, los escesos de Enrique VIII con las pobres mujeres que tienen la desgracia de nacer hermosas en Bretaña; i en fin, vos me conoceis a mí mismo, que acabo de conquistar para la corona de Cárlos un imperio mas grande que todos los de Europa juntos...... Sabeis cuál es mi situacion en la corte?

—No la sé, pero la creo brillante.

—No, Pizarro, en eso habeis pagado tributo a lo que parece, pero no a lo que es. Yo no soi mas que un mendicante cerca del Emperador.

—Será posible!

—Sí, un mendicante, i nada mas; i eso que yo no vengo como vos cargado de esperanzas i de promesas: yo no he dicho *conquistaré* un imperio, sino *he conquistado un imperio.* I qué he alcanzado? nada! un miserable título de marques i el carácter oprobioso de solicitante perpétuo.

—Pero esô no puede ser!

—Sí puede ser, porque cansado de tanta humillacion i de tanta espera, tuve la necesidad, no diré el arrojo, de decir un dia al Rei, en presencia de todos sus cortesanos:—Señor, haced conmigo lo que querais, i si no quereis no hagais nada, pero sabed que yo he aumentado vuestra corona con mas reinos que los que heredásteis de vuestros abuelos.

—Bien dicho.

—Tan bien dicho, que desde ese dia se lastimó altamente el orgullo del monarca, quien me profesa una enemiga grande como él mismo.

—Ya se ve, lo humillásteis en demasía.

—Ni mas ni ménos, Pizarro, que lo que él me humillaba a mí con su postergacion.

—Pero alguna causa tendrá Cárlos para obrar así.

—Tiene una.

—Cuál ?

—Una de las mas poderosas del mundo: tiene zelos.

—De gloria ?

—Algo diera yo porque fueran zelos de gloria; tales zelos serian dignos de los dos.

—Pues de qué ?

—De amor.

—Tal vez os engañais; Cárlos, a pesar de todos sus defectos, es un grande hombre, i no creo que pueda desestimaros por cuestiones de mujeres.

—Por lo mismo que es un grande hombre ha creido que su orgullo padecia con que cierta dama, su favorita, pusiera la mente en mí.

—Qué dama ? si se puede saber.

—Doña Sol de Castro.

—I es por eso que la ha desterrado ?

—Por eso.

—Está escrito que los hombres seamos débiles, i por héroes que nos haga el destino, nunca nos apartamos mucho de nuestra especie.

—Siempre he creido lo mismo.

—De suerte que, hoi, vos en la corte ni teneis nada ni nada valeis ?

—En cuanto a lo que es tener, sí tengo, pues estaban bien provistas las arcas de los aztecas para venirme pobre de Méjico; en cuanto a valer, valgo ménos que nada.

—Esplicaos.

—Quiero decir que, aunque mi nombre anda de boca en boca, i, como decia Homero, los viejos i los muchachos me siguen en las calles i me muestran a los transeuntes al paso, hasta ahí va mi gloria, Pizarro, i nada mas. En una palabra, hago el mismo papel que haria Alejandro si resucitase: ver la historia i la poesía ocupadas mucho de su nombre; pero nadie haciendo caso de su persona. Ya se ve, esa es la suerte de los hombres grandes.

—Tal vez os quejais con injusticia.

—Si tal creeis, no os doi de plazo mas que un mes; ya verémos cómo pensais de aquí allá.

Pocos momentos despues los dos capitanes se habian separado satisfechos uno de otro. En un mismo continente i con unas mismas aspiraciones hubieran sido rivales; en distintos continentes, i el uno acabando i el otro principiando su carrera, eran amigos.

CAPITULO XVI.

ÚLTIMO GOLPE DE CANDIA.

No obstante las reiteradas órdenes que dió Cárlos V al Consejo de Indias ántes de ausentarse de Toledo, para que tomase en su sábia consideracion el negocio de Pizarro, i no obstante el haber quedado la reina doña Isabel de Portugal, digna esposa del Emperador, encargada inmediatamente de celebrar las capitula-

ciones de la conquista, el tiempo, cano i lijero como de costumbre, corria que era un rayo, i nada se adelantaba en punto tan cardinal para el universo.

Las minas del Perú, repletas de oro i plata hasta la cima; los diamantes del Brasil, grandes como huevos, limpios i trasparentes como el rocío; el condor de los Andes, imájen de fuerza i de valor, i mas tarde emblema de cien pueblos libres i soberbios; montes altísimos, caudalosos rios, palmas inmensas, pampas, fuentes i mares, todo esperaba inquieto, aquende el mar de Alcídes, a su nuevo señor; todo hacia ostentacion magnífica de su hermosura, i del seno de las selvas i del corazon de los torrentes empezaban a surjir los ecos desconocidos que pronto debian ensordecer al europeo con las armonías de un hemisferio poderoso saludando la Cruz! Solo los ministros españoles dormian profundamente, i los teólogos, falsos sabios de aquella edad de oscurantismo, patrocinaban su sueño con las absurdas interpretaciones del libro santo, sosteniendo que era contraria a la sabiduría de San Agustin la existencia de los antípodas, i que los países de que hablaba el plebeyo Francisco Pizarro no pasaban de una quimera.

—Oh! les observaba Candia, si todas las quimeras son como los ducados que hemos traido del Perú, benditas las quimeras, señores mios.

—Esa no es razon, hijo, le objetaba con paternal ternura todo el Consejo: oro hai en todas partes.

—Ya lo creo; es por eso que los europeos no vamos a las Indias a buscarlo.

—Así es la verdad.

Fuera cual fuese la actividad del Consejo, la sabiduría del partido clerical i el interes de Isabel por llevar a cabo la conquista, Candia se convenció al fin de que la máquina cortesana estaba paralizada por falta de estímulo, i, con tal convencimiento, salió un dia mui de madrugada del palacio de Aben, jurando por la memoria de Hércules no volver a embrazar escudo, comer pan a manteles, ni a... &.ª hasta despues de haber ajustado la conquista.

Una vez en la calle, encaminóse al alcázar. Llegado que hubo a él se le negó la entrada, pero no bien díjose comisionado de *don* Francisco Pizarro, cuando fué llevado casi en brazos al aposento de la Reina.

Recibióle esta con dulzura real, i aun se dignó preguntar por la salud de su glorioso vasallo.

—Por lo que es salud tiene la que es necesaria para servir a vuestra alteza, respondió Candia: otra cosa i mui principal es la que le falta.

—Hablad; estamos dispuestos a hacer por Pizarro todo lo que sea conforme con la fe.

—Ai! Reina i señora, el ánimo del capitan se halla profundamente contristado, a causa de no haber hecho a vuestra alteza un presente digno de la augusta persona que divide con el Emperador el gobierno de las Españas.

—Oh! qué súbdito tan leal!

—Oh! sí, Reina mia, mui leal i mui adicto.

Ultimamente ha caído en una melancolía profunda porque teme que vuestra alteza no se digne aceptarle su palacio árabe de las orillas del Tajo, el que ha hecho adornar a estilo oriental, i cuyo valor no baja hoi de cien mil escudos.

—Me parece que no hemos dado motivo a nuestro súbdito para pensar en un desaire de esa naturaleza.

—Señora, la pequeñez del presente.

La palabra *pequeñez* salió quemando los labios de Candia.

—Podeis manifestarle de nuestra parte, hizo presente la real persona, que, ora nos obsequie el palacio de Aben, ora una choza del Perú, a nuestros ojos tendrá la mas alta estima i el mas alto valor.

—Quién pudiera echaros encima la última, dijo Candia para sí.

Luego en voz alta:

—Segun esa mucha bondad ¿cuándo pueden los criados de vuestra alteza pasar a hacerse cargo de la finca? El capitan ha sabido que hoi se estenderán las capitulaciones, i hoi mismo saldrá de Toledo.

—Eso no corre prisa, pero dentro de algunos momentos estará servido.

Desde aquel punto dejó el diálogo de ser interesante, i a corto rato salió Candia del alcázar prendado de la amabilidad de la Reina, quien le habia dado su mano a besar; i es fama que al traspasar el umbral murmuró:

—La mano no deja de ser hermosa, pero a palacio por beso, es algo caro.

Cinco minutos despues el cardenal Adriano, rejente a la sazon por la ausencia de Cárlos, entraba de carrera en la cámara de Isabel, i lo hacia con el capelo tan mal puesto, que cualquiera lo habria confundido con un tuno andaluz; i ocho minutos despues Pizarro recibia en su bello palacio la órden de ir ese mismo dia a capitular con la corona.

—Qué decis, Candia, de esta felizidad inesperada?

—Digo solamente, capitan, que ya habrá tenido el Consejo de Indias plausibles noticias de nosotros, pues el otro dia se me dijo que las autoridades coloniales no habian contestado aun las notas que se les habian pasado sobre vos a propósito de vuestra prision en Sevilla, i que miéntras no contestaran no creerian en tal Perú ni en tal conquista.

Aquel dia era 26 de julio de 1529, si es que no mienten los documentos que, sobre este particular, reposan en los archivos de Simancas, i tal fecha precisamente fué la que se puso a las capitulaciones de órden de la Emperatriz, quien firmó a estilo español, Yo la Reina, segun testimonio i fe de Juan de Vázquez.

He aquí los puntos cardinales de las capitulaciones :

1.° Se nombraba a Pizarro gobernador i capitan jeneral del Perú, doscientas leguas a la redonda, junto con las dignidades de Adelantado i Alguacil mayor, todo de por vida, i con el sueldo de setecientos veinte i cinco mil maravedises al año.

2.° Se nombraba a Almagro comandante de

la fortaleza de Túmbez con una renta de trescientos mil maravedises, i se le hacia *hidalgo de privilejio*; esto es, menor que de sangre i mas que de gotera.

3.º Se nombraba a Luque obispo de Túmbez i protector de los indios del Perú, con mil ducados anuales.

Sobre esto esclamaba Jímes siempre que se hablaba del negocio, despues de que llegó a su noticia:

—Qué protector!

4.º Dábase a Candia el mando jeneral de la artillería, i a Ruiz el pomposo dictado de Gran Piloto del mar del Sur. En cuanto a los otros compañeros de Pizarro en la isla del Gallo, se les criaba hidalgos i caballeros, todos con abundantísimos sueldos, i con derechos de usar espuela dorada i ser reputados por jentes de solar conocido en la nueva tierra.

Pero el *otrosi* mas sobresaliente por su mérito, aquel en que lucian mas los talentos financieros del cardenal Adriano, despues sesto de este nombre entre los papas, fué el que mandó que todos los sueldos de los nuevos empleados i dignidades, así como los gastos de la espedicion, saliesen de las rentas del pais que se iba a conquistar; de esta suerte la corona no arriesgaba nada en la empresa. Pizarro trató al principio de hacer algunas observaciones sobre el particular, pero se le arguyó con la pintura que él mismo habia hecho del Perú, donde todo era oro i plata. Conoció, pues, que habia caído en su propia red, i guardó silencio.

Pero si este era el *otrosi* mas notable en todo

el documento, no le iba ciertamente en zaga el *item* que prohibia a los escribanos i bachilleres españoles pasar al Perú, considerando que su presencia en las colonias seria de malísimo agüero para los pazíficos habitantes de América. Esta estipulacion se introdujo en las capitulaciones a peticion esclusiva de Candia, i a causa de los desagradables recuerdos que habia dejado en la suya la enojosa memoria de Enciso.

Por lo demas el documento terminaba por ordenar a Pizarro que llevase cierto número de eclesiásticos para aconsejarse de ellos en todas las ocasiones difíciles, i para lo que respectaba al acrecentamiento de la santísima fe de Jesucristo, fuera de la cual no habia posible salvacion sobre la tierra.

Pizarro por su parte debia levantar i conducir al Perú, en el preciso término de seis meses, una fuerza de doscientos cincuenta infantes, armados i municionados en toda forma.

"Hai en todo esto una circunstancia que no puede ménos de notarse, observa el historiador, i es que al paso que los empleos elevados i lucrativos se acumulaban en la persona de Pizarro, casi se escluia de toda participacion a Almagro, su fiel compañero, quien habia llevado con el capitan a medias el peso de la empresa, contribuyendo mui poderosamente a su buen éxito. Almagro habia cedido de buen grado el puesto de honor a su socio para la mision a Castilla; mas tambien era cierto que se habia estipulado, que si la gobernacion i capitanía jeneral pertenecian a Pizarro, el adelantamiento debia darse a Almagro. En cuan-

to a solicitar el obispado de Túmbez para Luque, Pizarro cumplió su palabra, por no ser posible que el soldado absorbiese tambien la mitra del sacerdote; pero en lo demas es lo cierto que no se mostró digno del puesto que la fortuna debia señalarle un dia en la historia."

Aquel mismo dia tomaron posesion del palacio de Aben los mayordomos i criados de la Emperatriz, i Pizarro i Candia salieron de la imperial ciudad con los primeros albores de la luna. Acompañáronlos únicamente una docena de caballeros, entre los cuales se hacia notar Cortes, quien dijo por último adios a su amigo:

—Pronto tendré ocasion de haceros acordar de mí.

Cuando los caballos de los viajeros entraron en el valle de Aranjuez, ya todas las pompas i las vanidades de Toledo habian quedado atras. Pizarro sintió algo parecido a un estremecimiento eléctrico, i apretando contra su corazon el documento que tan caro acababa de comprar, dió un latigazo a su troton, pensó en Florazul, i desapareció.

CAPITULO XVII.

HAMBRE I CONFORMIDAD.

En una de las calles mas sombrías i apartadas de Trujillo, una de esas noches de lluvia en que el huracan silba torciendo las veletas de las torres, no hai luz en el hogar, i se oyen de rato en rato los tristes alaridos de los canes errantes; en una de esas noches horrorosas cuya impresion profunda no se aparta jamas de la mente, yacian tendidos sobre un monton de paja humedecida por las gotas de

agua que filtraban por las muchas grietas del desmantelado techo, en el oscuro rincon de un tabuco miserable, tres hombres, cuyos rostros no podian percibirse bien a causa de las sombras, pero cuyos corazones debian estar mui lastimados a juzgar por la conversacion que los entretenia, i que vamos a copiar a la letra.

—I bien, Hernando, qué habeis hecho durante el dia?

—Nada, Juan; no he podido encontrar ocupacion.

—Ya para mí es cosa resuelta que nos moriremos de hambre.

—No, Gonzalo, no desespereis; hai una voz secreta que me manda esperar.

—Esperemos, pues, Hernando.

—Eso decis vosotros porque no quereis pensar en que nuestra miseria va cada dia en aumento. Gonzalo ya no puede salir por falta de vestido, i el hambre i el frio se pintan en todos nuestros miembros de una manera vergonzosa para hombres alentados.

—Pero qué quereis que hagamos, Juan?

—Pues ganar la vida de alguna manera, Hernando, i no estar haciendo el papel de hidalgos arruinados, solo porque diz que nuestro padre fué coronel del rei.

—Pero no venis en la cuenta de que ya montan a gran cantidad nuestras deudas, i que cada dia estamos en mayor imposibilidad de pagarlas.

—Bien, Gonzalo, quereis que mañana al despuntar el sol nos pongamos en camino para el Mediterráneo?

—I qué iremos a hacer al Mediterráneo?

—A buscar a un tal Alí, el domador, pirata berberisco, segun dicen, que recibe en su carabela a todo hombre de pecho que se le presenta.

—No sé qué os diga, hermano, pero no sé qué será peor, si la miseria o el crímen.

—Pero es que la miseria acaba con la vida física, i ya nosotros apénas podemos mantenernos en pié.

—Sí, Juan, pero el crímen acaba con la vida moral.

—Es decir que nos quedaremos aquí mano sobre mano. Si al ménos pudiéramos pasar a América......

—En América está nuestro hermano Francisco; acaso sea en este instante opulento, cuando nosotros ya va para dos dias que no tenemos pan.

—Hasta habernos perjudicado las pazes celebradas con Francisco I, pues de no, podríamos vender nuestra sangre al Emperador por el sustento del dia.

—Mirad, Hernando, he oído decir que a pocas leguas de aquí se ha establecido recientemente un hombre llamado Jinés, que acaba de venir de las Indias; acaso él nos diera noticia de Francisco.

—Será bueno ir mañana en su busca.

—Pero quién irá? Yo por mí no tengo fuerzas ni para ir de aquí a la iglesia.

—Ciertamente, Gonzalo, que ninguno de nosotros podrá ir: estamos tan estenuados por el hambre!

—I luego no hai entre todos nuestros harapos un vestido completo.

—Juan, dejemos la conversacion: un sudor frio se ha apoderado de mí, siento que la cabeza se me desvanece, i no tengo alientos ni para dormir.

—Pobre Gonzalo! murmuró Hernando.

—Si al ménos tuviéramos un poco de vino.

—Vino! hace ya para dos meses que no lo probamos.

—I pan?

—El pan no lo podria comer: es demasiado tarde...... conozco que voi a morir......

—Esforzaos, Gonzalo: veo una luz rojiza en el horizonte, que me anuncia la proximidad del dia.

—Si al ménos tuviéramos lumbre!

—Lumbre! sí, yo quiero lumbre, hermanos mios; voi a morir, pero es tan triste morir en la oscuridad, con este frio horrible......

—Pensad en Dios, Gonzalo; Dios es el mejor refujio del hombre.

—Ai! hermanos mios, parece que se me parten todos los huesos.

—Tomad mi paja, hermano, arropaos con ella.

—Ah! la cabeza, la cabeza me arde como un volcan......mi frente ya no suda......adios, hermanos mios, voi a juntarme con mi madre......adios!

Aquella última palabra salida de los labios de Gonzalo, fué la postrera que se pronunció en esa noche de amargura; despues ya no se habló mas.

De los tres hombres, dos oraban, i uno al parecer habia dejado de existir. El hambre habia acabado con él.

Qué sociedad era aquella donde faltaba un lecho para un enfermo, i un pan para tres hombres? Ah! era una sociedad aristocrática, en dónde una organizacion feudal cerraba los caminos de la prosperidad a toda criatura a quien tocaba en suerte nacer fuera de los muros de los castillos. En cambio, los que nacian dentro tenian salones donde divertirse, parques donde cazar, alcobas suntuosas i cenáculos resplandecientes.

La nobleza del siglo XVI, a semejanza del rei de los ophidios, ahogaba con su aliento a todo lo que no era ella misma. Servir al rei con la fidelidad rastrera del lebrel, tratar a las mujeres como a turcas, i solo pensar en los arreos de montar, en lo largo de las espadas i en lo grueso de las lanzas, era en aquellas épocas de barbarie el primer deber, la única relijion.

Entónces no fructificaba la tierra sino para el señor de ella; i la horca levantada en el lindero de sus píngües estados era el símbolo mudo, pero elocuentísimo, del poder de su raza, su fuerza i tiranía. El vasallo debia verla i temblar.

A mayor abundamiento, i como un testimonio mas de lo que eran aquellos tiempos de hierro, vamos a citar un trozo de poesía del célebre romancero Mora, cuando esclamaba lleno de inspiracion i de gracia:

¡Qué sonoro era el nombre de vasallo,
Cuando a par del podenco i del caballo,
I peor muchas vezes que uno i otro,
Nunca tambien como a gallardo potro,
Lijero en caza i atrevido en guerra,
Se trataba al monarca de la tierra!
¡Qué grato era el escelso predominio
Fundado en la violencia i esterminio,
I nutrido con robo i con saqueo!
¡Con qué orgullo se alzaba cual trofeo
De ilustre sangre el complicado escudo,
En que la mano del artista rudo
Trazó leones, águilas i grifos
I otros inumerables logogrifos!
La voz *pueblo* era entónce idioma turco;
El que regaba con sudor el surco
Donde nacer debiera blanda espiga,
No recompensa ya de su fatiga,
Sí propiedad de un hombre rico i bravo,
No era un hombre cual él: era un esclavo;
Era una escoria vil, era un insecto;
Era un producto bárbaro, imperfecto,
Una especie de máquina insensible
De cuyas manos, ropa i comestible,
Placer i holganza, i bienestar sin coto
Nacer debia, cual de cabra choto,
Para el ente alojado en el castillo.
¡I cuidado con él! Horca i cuchillo,
Benéficos emblemas, colocados
En el lindero fiel de sus estados
Anuncian la infalible recompensa
De una soñada ofensa..............

Por eso Hernando, Juan i Gonzalo Pizarro, hermanos de Francisco, a quienes habia tocado en suerte nacer plebeyos, estaban en la mayor miseria, pues siendo de un natural elevado i siempre dispuesto a fines superiores, preferian morir sucesivamente de hambre en el tabuco de que hemos hablado al principio de este

capítulo, a entrar en una vida de perdicion que les asegurase el goze de pasajeros bienes.

Cierto que el santuario del crímen les abria por todas partes sus anchas i casi seductoras puertas, i cierto tambien que la frajilidad del corazon de su especie casi casi los impelia a salvar esos umbrales de muerte; pero ellos sabian mui bien que una vez pasados aquellos terribles límites, que una vez hollado aquel templo de horror, no podia volverse atras, i que, en lugar de las felizidades prometidas, todo en él era sangriento i fatal.

Hombres de espada, la paz era su mayor desgracia, i el rei batallador les habia dicho: — Vasallos, estoi por ahora cansado de matanzas, el fragor de los combates no es ya mi música mejor, volved a pordiosear miéntras me vuelve el capricho de ver asesinarse la jente en masa. Cuando sea ocasion yo os llamaré.

Los aceros, pues, habian vuelto a las vainas i de las vainas a los rincones, donde el orin agostaba sus laureles, les robaba su filo; i sus dueños, combatidos por la necesidad, lamentaban el que la falta de zelos entre las testas coronadas no les presentase la oportunidad de vender sus cuerpos, miembro por miembro, en cambio de un vestido de colores i un prest tardío.

Con todo, Dios que no abandona nunca a sus criaturas, i que hace que el campo se cubra de mieses, el aire de aves, i la fuente i el rio de pesca abundante, lo mismo para el blanco que para el negro; Dios, que no tiene predileccion por sus criaturas, porque su amor es

igual e infinito; Dios, en fin, que no combate con el hambre ni con la desnudez sino para hartar en seguida i llenar el corazon de los infelizes de regozijo i uncion, presto envió su luz bella, trasparente, carmínea, que, despuntando en el horizonte de Trujillo como una flor inmensa, fué desatando sus pétalos por todos los senos del espacio i llenándolos de claridad i de hermosura.

Tras de esa luz vino el consuelo para la familia Pizarro, i con el consuelo la recompensa de la virtud i el sufrimiento.

El capitan i Candia acababan de entrar en la ciudad.

CAPITULO XVIII.

AMOR FRATERNAL.

Gonzalo solo habia perdido el sentido por la estenuacion, i fueron suficientes unas gotas de vino para volverlo a la vida. Sinembargo, estas gotas de vino debian costar dinero, i ninguno de los Pizarros lo tenia ¿de dónde salió, pues?

El vino no salió de otra parte que de la bodega ambulante de Candia, que era la misma del capitan.

Desde que Pizarro i su fiel compañero abandonaron a Toledo, hicieron el camino que separa esta ciudad de la de Trujillo a marchas forzadas, pues el capitan ardia en deseos de visitar el lugar de su nacimiento i tomar lenguas respecto del paradero de sus hermanos, a quienes amaba mucho i deseaba socorrer en su presunta miseria; i fué tal su premura que consiguiólo en pocos dias.

Hai sin duda cosas difíciles de describir, porque se sienten pero no se esplican, bien sea porque el corazon casi se ahoga en un mar de dulces emociones, bien sea porque el entendimiento, a semejanza de un rio cuyas aguas se parasen de pronto, se deslumbra i detiene herido por un sentimiento supremo. He ahí por qué el mucho gozo i el mucho dolor solo se espresan por interjecciones mas o ménos enérjicas, pero siempre lacónicas. El grito en el peligro, la voz del amor, el saludo hecho a una persona querida despues de una ausencia dilatada, casi siempre se espresan por una sola palabra: el nombre de la persona que tiene un puesto fijo en nuestro corazon. Esa palabra, que en el lenguaje mudo de los grandes afectos vale por un poema íntegro; esa palabra, bello remedo de la palabra *Dios*, que todo lo abraza i comprende, lo da a entender todo cuando parece que lo calla todo; esa palabra misteriosa i santa lleva consigo toda el alma que, bajo la forma de un suspiro o de una sonrisa, va a trasfundirse con el ser que la hace pronunciar.

Los cuatro hermanos se vieron, los cuatro hermanos se abrazaron; i al paso que sus ojos irradiaban de luz, que sus corazones latian uniformemente en sus nobles pechos, que sus cerebros se perdian en un océano de recuerdos infinitos, sus labios secos i palpitantes apénas pudieron esclamar: ¡Francisco! Hernando! Juan! Gonzalo!

Pero ¿quién dirá que esos cuatro nombres así enlazados por el amor mas puro, no eran el resúmen de una epopeya de familia, que desper-

taba en su memoria el venerable recuerdo de sus padres, los primeros dias de su vida, sus paseos a orillas del rio patrio, sus sueños de niños, el monte, el valle i la espesura, objetos de sus primitivos recreos, i, en fin, esa melancólica aglomeracion *del pasado*, sobre la cual se vuelve la vista casi siempre oscurecida con las lágrimas silenciosas del que llora una felizidad que no ha de volver?

La patria, la familia, el hogar, todo estuvo presente en la imajinacion de los cuatro hermanos durante los primeros instantes de su entrevista ; i ya era su madre anciana i bondadosa la que les sonreía estrechándolos contra su santo seno, ya su padre, gallardo i esforzado guerrero de la Cruz, que se adelantaba para estrecharlos en sus brazos, no como el padre a los hijos, niños inocentes, sino como el amigo abraza al amigo despues de una tempestad en el mar, o a la puesta del sol despues de un dia de sangriento combate.

Pizarro adivinó lo que pasaba en la mente de sus hermanos, i dijo, limpiando en sus mejillas tostadas por el sol equinoxial una lágrima, mitad de felizidad, mitad de dolor :

—Vamos al cementerio : quiero orar sobre la tumba de mi madre.

Tales palabras espresaban el sentimiento dominante en aquella ocasion, i al punto salieron los cuatro hermanos respetuosamente del solar de sus antepasados para ir a inclinar sus frentes ante una vieja cruz de madera i un monton de tierra removida, que las lluvias i el viento habian casi nivelado con el piso. La tumba

de la madre de los vencedores de *los hijos del sol* no estaba labrada en mármoles de Páros, ni se hallaba protejida por la sombra del árbol de los muertos. No : esa tumba era de una pobre mujer, i para ella no daban flores los jardines, ni estatuas los cinceles. FRANCISCA GONZÁLEZ debia reposar ignorada, como ignorada habia vivido : el pobre no puede comprarse una posteridad ; la gloria no da frutos en la desgracia.

Despues de aquella escena de grato dolor, los Pizarros volvieron a ser niños, i juntos, triviales en sus conversaciones, vivos en su afecto i felizes en su únion, recorrieron, punto por punto, toda la comarca vecina, recordando los dias de su infancia i los incidentes de su abandonada juventud. Estos largos i frecuentes paseos eran el mudo adios que sus almas adelantaban a su patria, porque el presentimiento les decia que ellos debian morir en tierra estranjera combatiendo bajo el pendon de su rei, aunque no para su rei, ya que sus manos eran bastante poderosas para empuñar un cetro, i sus cabezas bastante fuertes para resistir una corona.

Candia, el valor, la lealtad i la sabiduría personificadas, Candia, digno compatriota del filósofo de Sunio i del héroe de Maraton, seguia complaciente a los cuatro guerreros que un dia no lejano debian prestar asunto a la lira de oro de los poetas, por sus hazañas inauditas i su elevacion sin igual.

El equipaje del capitan, provisto como estaba merced a los despilfarros de Toledo, proveyó a los cuatro hermanos, siendo de notar la dignidad con que cada uno llevaba su nuevo

traje, i lo bien que les sentaban los atavíos militares, principalmente a Hernando, gracias a su presencia majestuosa i regular estatura, pues por lo demas no era un Adónis que digamos. Tenia los labios demasiado gruesos, i la punta de la nariz ensanchada i roja.

Hernando era el mayor de los cuatro.

Aparte de Hernando, Juan i Gonzalo, Pizarro tenia otro hermano materno llamado Francisco Martin de Alcántara, quien tambien se les juntó poco despues.

La noticia de la llegada a Trujillo de Francisco Pizarro, despues de haber estado en la corte; lo grandioso de sus descubrimientos en el Occidente; el título de *don* que le habia concedido la corona, título que no se concedia entónces a tontas i a locas, por ser solo peculiar de la alta nobleza; i las modificaciones introducidas en su escudo de armas, ántes sin cuarteles ni blason conocido, exaltaron el fuego amistoso de los habitantes de Trujillo, i todos, amigos i no amigos, corrieron a darle la bien venida. Desde aquel momento la casa del espósito fué una corte en miniatura; i le hablaban de sus padres i de las gracias de su niñez los mismos que el dia anterior habian pasado por junto a sus hermanos sin dignarse cambiar un saludo con ellos i haciendo ascos de su pobreza i desamparo.

—Indudablemente, decia Candia, Píladas i Orestes, Cástor i Pólux, han perdido su fama ante los habitantes de este pueblo. Es de ver el cariño entrañable que profesan aquí a la familia de Pizarro!

Pronto hizo Candia refaccionar los penates del capitan, que por cierto estaban mui demolidos, i sobre el fronton de la puerta principal se colocó el fresco escudo de la familia.

Hacíase notar este por el águila negra i las dos columnas blasonadas con las armas reales: una ciudad india, un buque a lo léjos i una oveja peruana completaban el conjunto.

El dia de la colocacion del escudo fué un dia de regocijo público para Trujillo, pudiéndose decir que casi hubo besamanos en la casa de Pizarro, donde se sirvió un banquete espléndido a la nobleza i a las autoridades lugareñas.

El soplo de la suerte habia cambiado, i ojalá que los cuatro hermanos fueran tan unidos i amantes en la prosperidad como lo habian sido en la desgracia: ese es siempre un motivo de consuelo para todo corazon jeneroso.

CAPITULO XIX.

SILENCIOSA CORONACION DE JINES.

Si los bienes terrenales son una felizidad para el que los há poseido toda su vida i casi casi se ha connaturalizado con ellos, cuánto mas no lo serán para los que, como Jines, han tenido que levantarse con el sol i acostarse con las aves a fin de ganar el cuotidiano sustento! Cuánto mas no lo serán para el hombre que, nacido en la miseria, creció en el trabajo i no cuenta los dias de su vida sino por recuerdos de hambre, deseos no satisfechos i esperanzas burladas! Para el hombre que no ha podido ofrecer a su madre anciana un vestido decente i abrigado; para el hombre que ha visto a su

hermana, niña de quince años, pura como un ánjel i hermosa como una flor, suspirando tristemente por no poder concurrir a la iglesia a ver a la Vírjen resplandeciente, a oír el canto de los sacerdotes, a respirar los inciensos esquisitos de la misa en los dias de una festividad popular!......

Jines, nacido en la orfandad, habia nacido como nace el pobre, en un rincon desabrigado i oscuro, i sin marcar un dia de gozo en su familia; Jines, ya hombre, habia tenido que sentar plaza de soldado en los tercios gloriosos de Cárlos V para asegurarse un escaso alimento i un vestido cualqüiera; Jines, ya viejo, i desengañado de lo *que era el mundo*, se habia dejado conducir hasta un puerto español por el soplo violento de la necesidad, i de ahí al corazon de las selvas americanas, plagadas de serpientes, en busca de un poco de oro con qué vivir tranquilamente lo que le restaba de existencia. En una palabra, Jines habia corrido por el espacio de cincuenta años, no precisamente tras de la felizidad, efímera en la tierra, sino tras de un pasar honrado i suficiente. Los años de su niñez i de su virilidad habian sido empleados todos en aquella labor silenciosa, i la suerte, ménos tirana que el hombre, habia satisfecho sus deseos i coronado sus afanes.

Jines habitaba a la sazon una granja de los alrdedores de Trujillo, en cuyas inmediaciones habia bosques para la caza i lagos para la pesca; tenia cincuenta vacas de cria i quinientos carneros de raza.

Sus caballerizas, aunque no tan grandes

como las del alcázar de Toledo, que, segun cuentas, podian contener hasta cinco mil corceles, no eran tan reducidas que digamos, pues prestaban suficiente espacio para ocho cabalgaduras; llamando eso sí mui especialmente la atencion el que Jines se hubiera encaprichado en no tener en ellas sino bestias mulares, alegando al efecto que era mejor confiar en la honradez de la mula que en los caprichos de los caballos, los cuales solian encabritarse i maltratar a sus amos.

Ver los graneros de la granja, las pajareras, los hatos, los rebaños de pintadas cabras i juguetones chotos, los molinos i el rostro mofletudo de los dependientes, solícitos en sus tareas, contentos en su servidumbre, i adivinar la felizidad de Jines, era todo uno.

—No mas América, decia este: hoi me asusta el mar i tengo miedo a los tigres i a las culebras: hoi soi cobarde porque soi feliz.

María callaba a estas palabras del viejo veterano, pero se sonreía al dulce recuerdo de la patria.

I ciertamente era feliz Jines. Habia comprado esa granja, que llevaba por nombre "La Granja de Guevara," a un noble arruinado, la habia hecho arreglar en pocos dias, i trasladándose a ella con su familia habia entablado un método de vida envidiable por su tranquilidad i costumbres.

María acababa de hacerlo padre de un hermoso varon, i él, para recompensarla por su cariño i fidelidad, acababa tambien de desposarse con ella en la capilla de la quinta.

La nupcial pareja era el objeto del cariño de la comarca.

No faltaba, pues, a Jines para ser un potentado español sino una cosa, sencilla en la forma, pero difícil en el fondo. Era esta cosa un escudo de armas.

Sí, un escudo de armas que le diera a los ojos de sus compatriotas el prestijio de la sangre, ya que tenia el del dinero i la bondad.

Afanoso por la consecucion de este fin, mandó llamar cierto dia a un hombre de las cercanías, especie de heraldo, mui versado en la ciencia del blason, i tuvo con él el siguiente diálogo, copiado a la letra:

—Amigo mio, la fachada de mi casa carece de escudo, i este carecimiento me trae disgustado.

—Hai mas que labrar uno i colocarlo; gracias a Dios, estos sitios abundan en piedra berroqueña.

—La cosa no esta ahí.

—Sino?...

—Sino en que será preciso conseguir primero los títulos a virtud de los cuales se ponga el escudo.

—No hai necesidad: los títulos nadie los averigua; las jentes por lo comun se contentan i satisfacen con ver el escudo.

—Es decir que podríamos colocar uno sin contar con el Rei?

—Sí, señor; i lo único de que hai que cuidar es de que sea un poco viejo, para no despertar sospechas ni comentarios. Así lo han hecho unos veinte o treinta condes o marque-

ses a quienes sirvo.

—Veamos ¿i cómo pudiéramos labrarlo?

—Si quereis podemos pintar una corona en campo azul.

—Una corona! i de qué clase?

—Desde luego que no será de rei, pero sí podrá serlo de duque, marques, conde o baron.

—I cuál de estas coronas es mas grande?

—La de duque: la de baron es la mas pequeña.

—I fuera de las coronas no hai otras insignias notables tambien?

—Hai la corona de vizconde, i el morrion de noble de solar i el de noble particular.

—I en cuanto a escudos?

—Se conocen hasta diez i ocho o veinte, entre los cuales son los mas notables el *oro* o amarillo, el *plata* o blanco, el *gules* o rojo, el *azur* o azul, el *sable* o negro, el partido, el cortado, el cuartelado, &.ª &.ª

—I cómo pueden distinguirse los unos de los otros?

—Por la colocacion de sus líneas i la clase de sus colores.

—Luego el color tiene en los escudos alguna significacion?

—Sí, señor. El oro, por ejemplo, significa justicia, benignidad, nobleza, riqueza, gravedad, amor, larga vida, &.ª &.ª; i los caballeros que lo usan en sus armas están obligados a hacer bien a los pobres i a defender a los príncipes.

—I la plata?

—La plata indica virtud, humildad, templanza, integridad i vencimiento sin sangre;

los que blasonan de este metal deben defender las doncellas i amparar los huérfanos.

—Estoi perplejo entre los dos; seguid.

—El gules o rojo, caridad, valentía, nobleza, valor, alegría, victoria, ardid i vencimiento con sangre; es deber de los que lo usan defender a los oprimidos por la justicia.

—En otro tiempo me hubiera decidido por el rojo; hoi ya no.

—El azur o azul, justicia, alabanza, dulzura, nobleza, perseverancia i lealtad; los que hacen ostentacion de él deben servir con desinteres a sus reyes.

—Echad el negro afuera.

—El negro o sable denota sabiduría, honestidad, secreto: es peculiaridad de los que lo llevan socorrer a las jentes de letras.

—Hombre! estoi por el negro, pues tengo todas esas cualidades por naturaleza.

—Pero es que aun no os he dicho los significados del púrpura o violado.

—I bien, cuáles son sus principales?

—Patrocinar a los sacerdotes.

—Para patrocinios estoi yo! Quereis que os hable con entera confianza? Aunque un tiempo llevé mi zelo relijioso hasta el estremo de querer consagrarme papa, hoi ya he variado completamente de ideas, i los sacerdotes me desagradan un tantillo..... Oh! si conociérais uno que conozco yo......

—Es decir que elejis el negro?

—Ciertamente.

—Bien, pues, fondo negro......

—I en el centro una corona de baron.

—I nada mas?

—Nada mas; soi amigo de la sencillez. Empero, decidme de dónde diablos trae su oríjen la baronía?

—Parece que desde el siglo VI este era ya un título de honor en Francia; pero se jeneralizó principalmente desde tiempo de Malcom III, rei de Escocia.

—De suerte que la cosa es vieja.

—Oh! por lo que es eso, vieja i mui vieja.

—I los ducados?

—Esos tienen un oríjen enteramente romano, i equivalian al jeneralato o lugar–tenencia: en España se conocen desde ántes de Jesucristo.

—Bien, estoi contento con ser baron no mas, i en esto casi poco miento; pintad luego el escudo.

Un mes mas tarde se veia sobre el fróntis de la puerta en la granja de Guevara un escudo de armas que contenia únicamente una corona de baron sobre un tronco de roble en campo sable. Jines de Chinchilla i Cienfuegos acababa de recibir el segundo bautismo, aquel por el cual se entra en la comunion de la nobleza, i para el cual escoje el neófito mismo el nombre de alcurnia con que debe presentarse en el mundo elegante i privilejiado.

El antiguo peon de las guerras de Italia, el remendon de Estremadura, el figonero de Panamá, en fin, ya no se nombró de ahí para adelante sino el *señor baron.*

Fué su nuevo nombre *Nuño* i su apellido *Guzman.*

—Hace dias, *don Nuño,* que deseo haceros una pregunta, dijo una tarde María a su noble esposo.

—Qué pregunta? *doña Blanca.*

—La de por qué está la corona de nuestra baronía sobre un partido tronco de roble?

—Ah! habia olvidado decíroslo: el roble es el representante de la mas venerable antigüedad.

—Ahora comprendo, *don Nuño.*

Jines soltó un carcajada de taberna, i desde aquel dia echó raízes en la Península el tronco robusto de una de las casas mas nobles del reino.

Lo que fué granja en su principio pasó, merced a los oportunos ausilios del albañil, a ser castillo con puente levadizo, atalaya, corneta, jauría, muros i torreones.

Oh! gran poder de la metamórfosis!

CAPITULO XX.

VERDADERA GRANDEZA DE ALMA.

A fin de que se pueda estimar en su verdadero valor la riqueza de los españoles en aquella época, en que el dinero sonante era tan escaso como en Esparta, vamos a referir algunos pasajes de Garcilaso i Gomara que nos vienen como de molde. Despues de haberlos leído se comprenderá mejor lo despilfarrado de Cándia i lo económico de Jines.

Cuenta el primero de estos célebre cronistas que el primer par de zapatos que se puso, nó obstante el ser de cordoban, le costaron solo real i medio, i no seguramente porque tuviese el pié reducido, sino por lo barato de las cosas comunes en España ántes de la conquista de América, i aun despues, porque esto de la compra de los zapatos tenia lugar en 1560; i, re-

fiere el segundo, que el año de 1449 las rentas de la corona de Francia apénas llegaban a cuatrocientos mil francos!

Refiere así mismo el rei don Alfonso el sabio, que el padre de don Fernando el santo le movió guerra a este por una deuda de diez mil maravedises; i leese en los archivos de aquel tiempo que cierto noble dejó dispuesto en su testamento que se hiciera una fiesta a Nuestra Señora todos los años, en la cual debia decirse una misa cantada i predicarse un sermon por un relijioso de San Francisco; en pago de lo cual debia darse al convento treinta maravedises, que se juzgaban suficientes para su comida i holganza en aquel dia.

En vista de estos hechos, auténticos todos, quién no se sorprenderá al ver que Pizarro botó en Toledo, en el corto espacio de seis meses, la enorme suma de quinientos mil ducados, esto es, seis vezes la renta anual de cualquiera de los reinos de Európa ántes de la conquista i colonizacion de América!

Bien podia pues Jines pasar por un señor baron i María por una señora baronesa, ya que el mundo quiere que los escudos de armas amasados con oro sean los únicos lejítimos, toda vez que el oro es el símbolo de la *pureza*, el *valor*, la *hermosura* i la *ciencia*, segun las eruditas esplicaciones del heraldo consultado por el arrepentido del Puerto del Hambre.

Candia lo habia comprendido así, i por eso aseguraba a Pizarro que el oro era el primer cetro del mundo; i parece que lo que acababa de pasar en la corte de Cárlos V no necesita de comentario alguno..............

Pero volvamos a nuestra historia.

Sabido es que los nobles españoles gozan del privilejio esclusivo de no quitarse el sombrero delante de sus príncipes, i con mayor razon delante de sus iguales o inferiores; pero la prueba de que todo en este mundo es finito, continjente i relativo, a diferencia del otro en que todo es absoluto i eterno, los hijosdalgo de Trujillo llevaron sus adulaciones hasta quitarse sus chambergos emplumados ante el héroe del momento, ante el futuro vencedor de la

"Vírjen del mundo, América inocente;"

i los mismos (porque eran los mismos) que el dia anterior no mas habian rehusado dar un escudo en préstamo a Gonzalo i a Juan, ahora tenian a mucha honra el mandarles sus caballos para que se los estropearan, i el convidarlos a tomar la olla podrida, al golpe de las doce i servida con toda la cachaza conventual de nuestros abolengos. Lo que no era de estrañarse, porque Candia habia tenido el cuidado de regar la voz de que el capitan habia traido a cada uno de sus hermanos un quintal de esmeraldas i dos de perlas.

Semejante noticia corrió, no de boca en boca, sino de oreja en oreja, i ya mas de cuatro marqueses pensaban en que era llegada la ocasion de dar con sus hijas al pié del altar...... ya se vé, el amor paternal......

Díjose algo relativo a ciertos colores llevados por las damas, iguales en un todo a los de los vestidos de los Pizarros, i no dejó la malevolencia de inventar ciertos estravíos amatorios atribuidos a las mas nobles i hermosas mujeres de Estremadura...... qué lenguas!

Empero, cesaron todas estas habladurías con la repentina separacion de los cuatro hermanos de la ciudad, una madrugada del mes de setiembre, con direccion, segun se dijo, a la famosa Sevilla. Un mes despues nadie se acordaba de ellos. Frajilidad de las glorias mundanas!

De tránsito para aquel puerto tocó Pizarro, junto con sus hermanos, en la baronía de don Nuño de Guzman, señor de Guevara el Peñon, Medina i Alcocer.

Recibiósele por los nobles en flor con castellana cordialidad, sobresaliendo en ella principalmente doña Blanca de Indias, mujer de don Nuño, quien, no obstante su natural desembarazo, no dejaba de colorearse de cuando en cuando bajo las graves miradas del capitan.

—Dejaos de esos rubores, señora baronesa, decia don Nuño: el capitan está en todos los secretos de nuestra familia; i ya veis, el mismo lleva ahora el hábito de Santiago, que no tenia hace un mes.

—No es del capitan de quien me ruborizo, don Nuño.

—De los señores sus hermanos? bagatela!

—Tampoco.

—Haceis bien, puesto que todos somos de los mismos.

Ciertamente, doña Blanca de Indias no se ruborizaba por lo presente sino por lo pasado: acababa de acordarse de que la primera vez que habia visto al capitan le habia servido el almuerzo, al paso que en ese instante estaba sentada a su derecha i era el blanco de todas sus atenciones. El contraste no dejaba de ser fuerte, a la verdad. 20

Los Pizarros se detuvieron en la baronía cerca de quince dias, durante los cuales fué don Nuño el hombre mas feliz del mundo, pues se cazó en sus tierras, se pescó en sus aguas i se agotó el Valdepeñas de su despensa.

—Capitan, solia decir a Pizarro, no os vayais de aquí; casaos como yo, i dejad a otros que vayan a matar insectos a las playas del Perú. Vos podeis haceros pintar un escudo de marques o de duque......

—No, amigo, yo no puedo quedarme; he prometido volver al país de los incas.

—A quién, al padre Luque?

—No.

—A Almagro?

—No.

—Acabáramos! Desde que llevo el título de baron no parece sino que soi un asno: a quien habeis prometido volver es a Florazul. Haceis bien, capitan; pocas hembras tan hermosas como esa.

—Vale mas que lo creais así.

Al fin llegó el dia de la eterna separacion, i Pizarro abrazó a Jines, estrechó la mano a María i dió un beso a Alonso, futuro señor de Guevara, el Peñon, Medina i Alcocer; depues de lo cual montó la aventurera comitiva i se perdió, camino del mar, entre una nube de polvo.

Ese polvo, levantado por los cascos del bridon de Pizarro que se alejaba para siempre de su patria, vino a secar una lágrima titilante en las mejillas de Jines, quien esclamó volviendo la cara para no verlo mas:

—Oh! mi capitan! mi capitan!

Pocos dias despues entró este en Sevilla, i como le hubiese precedido en ella la noticia de su favor con la corona, los primeros que se adelantaron a visitarlo fueron el bachiller Enciso i el alcalde; eso sí, teniendo el especial cuidado de no hablar nada sobre las cosas pasadas, prudencia que estimó Pizarro en todo su rastrero valor.

Pizarro estaba triste i pensativo mas que de ordinario; iban a cumplirse los seis meses fijados por la corona para el efecto de llevar a cabo la conquista; i no tenia ni un hombre ni un buque, i lo que era peor todavía, su crédito en España no era de tal naturaleza que le pudiera facilitar lo que con urjencia tanta necesitaba.

—Bien ! dijo una tarde al anochecer paseándose de largo a largo en la pieza que le servia de hospedaje, si mañana no tengo los buques necesarios para a hacer rumbo a Panamá, he de traspasarme el corazon...... La muerte ántes que la deshonra; yo he prometido a la Reina armar la escuadra por mi cuenta, i no puedo quedar en ridículo.

—Pero qué vais a hacer, señor, para conseguirlo ?

—No lo sé, Candia.

—Pues nada, capitan, porque ya todo seria inútil.

—Cómo así ?

—Hoi a las once de la mañana han entrado en el puerto cuatro buques armados en guerra i perfectamente tripulados......

—I qué ?

—I su piloto mayor hace media hora que espera vuestras órdenes en la antesala.

—Eso no puede ser...... salvo que vos los hayais comprado.

—Yo? no, señor; no tenia medios para ello.

—Pues quién?

—Un amigo vuestro.

—Un amigo mio? no! yo no tengo amigos; ya se me ha acabado el dinero.

—Sois injusto, señor; teneis uno.

—Quién?

—El que os envia esos buques, sin los cuales mañana seríais el *hazme-reir* del reino.

—Luego me los envia álguien?

—Hace mas que eso: os los regala.

—Cuatro buques, armados, tripulados! no, no puedo creerlo, Candia, dijo el capitan lleno de júbilo.

—Creedlo, señor, porque es la verdad.

—Será Jines?

—El bueno de Jines no alcanzaba a tanto; i por otra parte, él ya hizo lo que podia.

—I qué hizo?

—Darnos diez mil ducados luego que se convenció de que ciertamente estábamos en ruina.

—Oh, amigo leal! pero decidme quién me envia esos buques salvadores?

—Oíd, i bendecid a la Providencia.

Candia desdobló una carta que traia en la mano i leyó:

" *Amigo i camarada.*

Conozco vuestras circunstancias; estais comprometido ante el mundo i no teneis medios de llenar vuestro compromiso: los parásitos de la corte acabaron con toda vuestra sávia.

En tal virtud, i como un recuerdo del tiempo en que peleamos bajo un mismo pendon, como un deber de hijos de la misma parte de España, como una galantería de héroe a héroe, aceptad, Pizarro, los buques que os envío. En cambio, llenad el universo con la gloria de vuestro nombre; cruzad el piélago, encadenad los Incas, i dad a nuestra patria comun una pájina mas para su historia de oro.

Toledo, 30 *de enero de* 1530."

—La firma! Candia, la firma!

—Qué! no la ha adivinado aún vuestro corazon?

—Sí, pero quiero oír pronunciar ese nombre inmortal.

—Hernan Cortes.

—Gracias!

—Mucho hai que agradecerle, señor, mucho, pues no solo nos salva del ridículo, sino que nos venga de la corona.

—Cómo así?

—Probando que hai súbditos mas grandes que ella.

—Ahora recuerdo que me habia prometido que me acordaria de él.

Ese mismo dia pasó la escuadra la barra de San Lúcar con direccion a las Canarias, i los cuatro Pizarros, sobre crujia, apoyados sobre sus cuatro espadas, despertaban en la mente los tiempos heroicos de Agamenon i de Aquíles.

¿Era el soplo de Dios el que los empujaba sobre la faz del abismo, o era tan solo el soplo de Satanas? Responda su patria, su posteridad; sus hechos respondan.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.

PARTE TERCERA.

CAPITULO I.

PRIMERA BRUTALIDAD DE HERNANDO.

Despues de una navegacion feliz, los cuatro Pizarros llegaron a la ciudad de Santamarta, fundada en la costa norte del gran continente del Sur por Rodrigo Bastidas, pocos años hacia. Detuviéronse en ella algun tiempo, i fué tan triste la pintura que los colonos hicieron a los espedicionarios de aquel pais salvaje, que muchos de los recien llegados no pudieron resolverse a entrar en lucha con los insectos i serpientes de los bosques, i los vorazes caimanes de los rios, desertando de su bandera triste i cobardemente.

Este hecho hizo abrir los ojos al jefe de la empresa, i, levando anclas, fondeó poco despues en Nombre de Dios.

La noticia de las capitulaciones de Pizarro con la corona, i de su salida de España en enero de 1530, habíale antecedido en Panamá, por lo que Almagro i Luque tuvieron a bien pasar las montañas ásperas del Istmo, i venir a esperarlo al mencionado puerto.

—¿Cómo es, Almagro, habíale dicho Luque a este, no vamos a encontrar a nuestro embajador?

—Me parece que no hai necesidad, i ántes bien seria mas delicado esperarlo aquí, habíale contestado Diego.

—Dejaos de delicadezas, amigo. Francisco es casi un hermano para nosotros, i, ademas, cuando la fe está de por medio yo no reparo en nada.

—No veo qué tenga que ver la fe en este negocio.

—I mi obispado de Túmbez?

—Ah! perdonad: lo habia olvidado.

Los archivos que hemos consultado para escribir esta tercera parte de nuestra historia, no dicen mas ni sobre la insistencia del cura ni sobre la denegacion del soldado; mas es lo cierto que, al saltar los cuatro hermanos Pizarro a tierra en Nombre de Dios, Luque i Almagro fueron los primeros que los recibieron en sus brazos.

Complacíase Francisco en presentar sus hermanos a sus dos socios, cuando lo interrumpió Hernando, diciendo:

—Qué! hermano ¿este estracto de hombre, mas horrible que el famoso ladron del Aventino, es vuestro socio?

Ya habrá comprendido el lector que Almagro era el aludido.

—Perdonad, Diego, a mi hermano, dijo Pizarro apresuradamente: tiene un jenio pronto i violento, pero no es malo su corazon.

Diego no respondió nada, pero se sonrió con

amargura. Aquella primera brutalidad de Hernando iba a tener consecuencias desastrosas.

Era Hernando alto de cuerpo i grueso de miembros, i tan atrevido en su manera de comportarse como desposeido de todo sentimiento elevado; i de aquí, principalmente, nacia su desprecio por todos los hombres que, como él, no tenian siete piés de rei, ni andaban buscando camorra con todo el mundo.

La vista de Almagro, pequeño, delgado i tuerto, no pudo, pues, ménos de incomodarlo i hacerlo prorumpir en el desatino que queda referido; pues, como dice el historiador, "su carácter era una combinacion de los peores defectos del castellano." Era zeloso, rencoroso i pendenciero; carecia de escrúpulos i de humanidad, i era tal el grado de su bastardo orgullo, que siempre andaba lastimando el amor propio de los demas.

Despues de aquel incidente fatal, i que estuvo a punto de hacer morir de vergüenza a Gonzalo i Juan, almas puras i elevadas, el reverendísimo maestrescuela dejó oir su evanjélica voz en el concurso, manifestando que esas eran pequeñezes indignas de ocupar la atencion de hombres como ellos; que lo que urjía por el momento era ver los términos en que Pizarro habia capitulado con la corona, puesto que se decia mucho de la capitulacion i él estaba ardiendo en curiosidad.

Pizarro, poco amigo de la palabrería, hizo presente en ménos de un segundo a sus compañeros, que traía la mitra de Túmbez para Luque, i el despacho de comandante de las forta-

lezas de esta plaza (cuando se construyeran) para Almagro, por no haber podido recabar mas de la corona.

—¡Qué! esclamó este último lleno de indignacion ¿así es como habeis mirado por la fortuna de un amigo que tiene en el descubrimiento del pais de los incas los mismos títulos que vos?

Pizarro nada contestó.

—Vamos al grano, amigos mios, dijo Luque. ¿I a vos, Pizarro, que os ha tocado?

—A mí la Gobernacion i capitanía jeneral del pais, junto con el adelantamiento i alguacilato mayor, todo de por vida. Puedo, ademas, construir fortalezas, i no me falta sino la materialidad de la corona para ser virei.

Aunque la respuesta del capitan fué tan grave como lo requerian las circunstáncias, Hernando la apendizó con una carcajada violenta, que hizo encender a Almagro de furor.

—Bien, observó: habeis hecho contra mí, Pizarro, lo que no hubiera hecho el peor de mis enemigos: me habeis humillado a los ojos del mundo entero con semejante recompensa por mis servicios. Sea en buena hora, Pizarro; pero sabed que yo nunca hubiera vendido mi dignidad personal a tan bajo precio. Nosotros habíamos hecho confianza de vos erijiéndoos tácitamente en jefe de la empresa, i vos debíais haber correspondido a esa confianza.

—Pareceis niño, Almagro, con tales quejas, observó el cura: dejad a ver cuál es la asignacion de nuestros empleos, i segun ella riámonos o lloremos.

—A vos, Luque, corresponden mil ducados : sereis, aparte de obispo, protector de los indios. I a vos, Almagro, trescientos mil maravedises, esto es, la mitad del sueldo asignado a mí: sereis ademas hidalgo de aquí para adelante.

La *hidalguía* refrescó un tanto el ajitado ánimo del enojado caballero.

Luque murmuraba por lo bajo:

—Mil ducados en cincuenta años, son cincuenta mil...... tendré ademas tiempillo para mis especulacioncitas...... aquí poco me queda por hacer...... resignacion, pues.

Pizarro hizo presente en seguida a la reunion que él no habia tenido en mira únicamente su interes ; que habia solicitado repetidas vezes el adelantamiento para Almagro, pero que la corona le habia contestado que jamas consentiria en dar poder igual a distintos individuos en un mismo pais; que si lo queria todo para él, estaba conforme, pero que de lo contrario no.

—En tal alternativa, concluyó el capitan, preferí aceptar a rehusar. Por lo demas, bastante grande es el pais descubierto para que alcanze para todos; i mis títulos, mi poder i valía, estarán siempre a disposicion de mis amigos: el que lo quiera puede valerse de ellos: el que no, haga lo que mejor le parezca. En este negocio he obrado como hubiera obrado cualquiera de vosotros.......

Era tanta la jenerosidad de carácter de Almagro, que de buen grado hubiera quedado contento con las esplicaciones de Pizarro, si Hernando no se hubiera complacido en burlar-

se de él durante el curso de las contestaciones.

Pronto cundió en todo el Darien la noticia del justo descontento de Almagro, i los secretos enemigos de la empresa de la conquista tomaron de aquí argumento poderoso para combatirla, haciéndose ya partidarios ostensibles del uno, ya del otro capitan, pero mas con la mira de acabarlos de dividir que por las simpatías que pudieran abrigar por ellos.

El plan surtió sus terribles efectos, i Almagro declaró públicamente que iba a emprender por su cuenta i riesgo la conquista, llegando hasta el punto de comprar buques i enganchar hombres. Pizarro por su parte no podia ménos de hacer justicia a su irritado amigo en el fondo de su corazon, i las cosas se ponian peores cada dia, cuando interpusieron sus buenos oficios Luque i Espinosa, i todo se trajo a un arbitramento decoroso para los contendores.

Consistia la cláusula principal de este arreglo en la cesion que Pizarro hacia de su adelantamiento en favor de Almagro, i en el comprometimiento solemne que contraía de no solicitar empleo ni merced alguna para sus hermanos, hasta que Almagro estuviera satisfecho de títulos i honores.

Mas como de las amistades reconciliadas siempre quede algun olor del mal humo pasado, segun observacion del cronista, de ahí para entónces ya Almagro no se mostró tan interesado por la empresa como se habia mostrado al principio, alegando que él no peleaba por hacienda sino por honra, i quedando así echadas las bases de las funestísimas guerras civiles

que ocho o diez años mas tarde hicieron del pais conquistado el teatro de escenas desconocidas en la historia por lo horroroso de sus sangrientos incidentes.

CAPÍTULO II.

OCURRENCIAS DE FRAI REJINALDO.

La última espedicion preparada por los socios para la final tentativa de conquista, fué mas numerosa en armas i soldados que la primera, pues llegaban hasta ciento ochenta hombres de pelea i tres buques de guerra.

Segun costumbre de entónces i segun espíritu de raza, la espedicion no se hizo a la vela sino hasta despues de haber bendecido sus banderas, oído la misa de despedida i recibido la comunion.

Poco o nada hubo de notable en aquella nueva ceremonia, a no ser el que el padre Luque no quiso predicar el sermon, i el que solo se habló de infieles, herejes i cismáticos, i ni palabra de oro o plata. La empresa parecia acometida por anacoretas.

Almagro no tuvo por conveniente acompañar a Pizarro en este viaje.

Despues de algunos dias de contrariada navegacion, los espedicionarios llegaron a San Mateo, un grado al norte de la línea, i desembarcando todos en aquel puerto se dispuso seguir el camino por tierra, lo que verificaron hasta encontrar con un caserío notable en la provincia de Coaque, donde hicieron gran provision de esmeraldas, de las cuales habia algunas tan grandes, que a Pizarro tocó una del tamaño de un huevo de paloma.

Regocijados los soldados con tal hallazgo, no sabian cómo manifestar su alegría, cuando frai Rejinaldo de Pedraza, desconsolado por lo exhorbitante del número de tan hermosas piedras, circunstancia que les iba a quitar su valor en perjuicio de las que él poseía, ocurrió a una estratajema piadosa que le dió resultados admirables.

Fué esta la de retirarse al fondo de un bosque i sentarse sobre un tronco a partir, como él decia, las esmeraldas que le habia deparado la suerte.

—Qué haceis ahí, mi padre? preguntóle un soldado que, estraviado, buscaba algunas frutas en la espesura.

—Hijo, parto estas esmeraldas.

—Partirlas! i para qué?

—Para distinguir las finas de las que no lo son.

—I cómo podeis saber eso?

—De la manera mas sencilla. Las finas o verdaderas esmeraldas resisten el golpe de la piedra, i las bastas o falsas se parten al primer choque no mas.

Frai Rejinaldo añadió a esta esplicacion un ejemplo que dejó del todo convencido a su curioso interlocutor, pues la esmeralda sometida a la rigurosa prueba se hizo pedazos como un vidrio que se aplasta con el tacon de la bota.

—Siendo así, observó el soldado, voi a partir las mias a fin de no ir cargando con lo que no sirve.

—Hareis mui bien, i, si os parece, dad igual consejo a vuestros camaradas para que no se inquieten por tan poca cosa.

Media hora despues no habia quedado en el campamento de Pizarro una sola esmeralda, pues no hubo siquiera una que resistiese los brutales golpes del esperimento. La consiguiente alza de precio se hizo notar luego i frai Rejinaldo mandó las suyas a Panamá, donde se le dieron hasta cuatro o cinco mil ducados por piedra. Tanta era la supina ignorancia de nuestros conquistadores!

—Capitan, habíale dicho Candia a Pizarro, desmentid a frai Rejinaldo, pues los soldados van a destruir en un segundo mas de diez cuentos de ducados.

—La conciencia me dicta que así debiera hacerlo, pero yo necesito a los relijiosos que vienen conmigo, i no puedo ponérmeles en contra desacreditándolos.

—Capitan, es un abuso fatal que se hace de la ignorancia.

—Lo comprendo así, pero es indispensable que los hombres que nos acompañan no pierdan la costumbre de creer en las jentes de iglesia como en Dios mismo: de otro modo, trabajosos nos habíamos de ver con ellos en estas soledades.

—Pero eso es abusar de la relijion.

—Sí, abusar, lo conozco tanto como vos; pero el abuso ha venido a ser hoi en la tierra una ciencia, que, bien conocida, es de poderoso ausilio para manejar a los hombres.

—Triste ciencia, señor!

—Sí, triste, Candia, pero ya lo veis: los relijiosos mismos nos dan el ejemplo: frai Rejinaldo hace alarde de lo que él llama su *ocu-*

rrencia, i que no es otra cosa que una abominable picardía.... Tanto el vicio como la virtud son pegadizos.

—Insisto, capitan, en que debeis reconvenirlo ásperamente.

—Líbreme Dios de ello, Candia.

—I por quê os ha de librar?

—Porque si yo hiciera tal, dentro de un instante estaria en la eternidad.

—No lo pienso así.

—No? pues creedlo; en el acto frai Rejinaldo i frai Vicente, i todos los frailes que nos dió en mala hora la Reina, atumultuarian la jente contra mí, la armarian i le gritarian:—Venis en busca de impíos, ahí teneis a Pizarro: cerrad con él!

—No los creo capazes de tanto.

—Vos no, Candia, que no habeis lidiado de cerca lo que nosotros los de la península llamamos un *fraile español*; pero yo sí.

—Al diablo con semejantes ministros de Dios!

—Gracias a él, Candia, no todos son lo mismo, aunque sea cierto que es mui reducido el número de los buenos.

Despues de la ocurrencia de las esmeraldas, como decia frai Rejinaldo, Pizarro determinó que de todos los objetos recojidos hasta allí, i que en adelante se recojieran, debia hacerse un fondo comun, el cual se repartiria proporcionalmente entre los conquistadores, previa deduccion de los quintos reales. De esta suerte nadie podia retener para sí ni la menor porcion de lo pillado a los desvalidos indíjenas, i todos

se invijilaban igualmente, arrastrados por el mismo interes.

La pena de muerte era la prefijada para toda contravencion.

Aun no hacia un mes que los españoles habian penetrado en el corazon del Perú, i ya la suerte infeliz de este grande imperio estaba lastimosamente decidida. El indio huía a las selvas abandonando su hogar querido irrespetado por la barbarie misma, en tanto que su esposa amenazada o su hija adolescente quedaba en los brazos del brutal español. El dominio del sable estendia su sanguinario influjo en todas las vecinas i pintorescas comarcas, i al golpe vengador de las armas del hijo de la tierra caían desplomados los templos de sus dioses, las casas de sus antepasados, los jardins de su divertimiento, i todo lo que su orgullo nacional herido tenia en la estima suficiente para no dejarlo entregado a la rapazidad de ese enjambre terrible de vándalos cruzados.

Con todo, la Providencia, como deseosa de favorecer a los indios, hizo caer sobre los aventureros multitud de plagas horribles, que los sometieron a una prueba tan grande i desastrosa, que su sed insaciable de oro dejó de ser una pasion desenfrenada para convertirse en un heroismo torpe i exajerado.

Nada diremos aquí de los aguaceros, insectos, calor del sol, reptiles venenosos, enmarañamiento de las costas, tenazidad de los salvajes en combatirlos, &c. &c, por haber hecho valer ya todas estas cosas en la primera parte de nuestra obra, i por ser precisamente las mismas, sal-

vo tal vez un enconamiento mayor i mas terrible; pero de lo que sí no podemos prescindir es de hacer mencion de la estrañísima enfermedad que acometió a las jentes de Pizarro, i que consistía en brotárseles el cuerpo, de un momento para otro, de berrugas de gran tamaño, que, picadas por el mucho dolor que les producian, les ocasionaban una muerte rápida i triste. Fué una de esas plagas, como dice el historiador, que el ánjel de la conquista derrama en su ira sobre las naciones desgraciadas.

A diferencia de la primera vez, ya no salian los naturales a la orilla de los caminos a llevar a Pizarro maiz, cocos i vestidos. La fama de sus latrocinios se habia estendido rápidamente por todo el país, i cada hijo de la tierra era un soldado que se aprestaba a combatir en defensa de su nacion ultrajada, afilando sus armas i repitiendo el cadencioso himno de guerra que pronto debia ensordecer el venturoso imperio de los hijos del Sol.

Las ciudades se presentaban desiertas, los templos derruidos, los bosques ardiendo, los caminos cegados, las fuentes salidas de madre, las cosechas taladas, i todo en jeneral amenazador i violento. Los tigres i las onzas bajaban de las crestas de los Andes para habitar en los templos desiertos de las divinidades incas, donde su rujido de muerte suplia el cántico de las vírjenes del Sol, i donde sus ojos chispeantes i amenazadores reemplazaban las lámparas de oro de aquellos santuarios de la opulencia i del error.

CAPITULO III.

EL EMBAJADOR.

Pizarro continuó costeando el mar del Sur por toda la ribera continental, augurando mal de la conquista en las conversaciones con sus hermanos, hasta en frente mismo de la isla Puná, situada a la entrada del golfo de Guayaquil, i de unas ocho leguas de largo sobre cuatro de ancho. Esta isla, una de las mas hermosas de las descubiertas hasta allí, estaba revestida de una arboleda magnífica, i de multitud de plantaciones de cacao, frutas, patatas i cocales, que le daban el mejor aspecto posible, i que contribuían a hacer mas pintorescas las pajizas habitaciones de los isleños, notables por su robustez i valor.

Pizarro determinó, pues, pasar a ella i esperar allí algunos dias a ver si las cosas cambiaban de aspecto en pro de su fortuna; pero los intérpretes que le hacian compañía le presentaron la empresa como temeraria, diciéndole que desde tiempos mui anteriores los punáes llevaban el sobrenombre de *pérfidos* a causa de sus frecuentes e injustificables traiciones. Que lo mejor que podia hacer era seguir en busca de Túmbez, sin detenerse en ningun otro punto de la costa.

El aventurero estaba perplejo entre los muchos pareceres de sus soldados, cuando se avistó en las aguas del golfo una balsa pequeña que venia de la isla, i se le dijo que un comisionado o embajador de los punáes preguntaba por él.

Dió Pizarro órden de que llevasen a dicho

embajador a su tienda, i quedó solo con él. Mas, cuál seria su asombro i su ventura al conocer bajo el traje del parlamentario indio, i mas i mas bella con tal disfraz, a su nunca olvidada Florazul!

—Pizarro! esclamó esta, i dejóse caer en los brazos del veterano llena de ternura i de amor.

—Ah! con que sois vos? Florazul!......... Cuánto gozo al volveros a ver!

—Sí, yo, Pizarro, pero cuán desgraciada, cuán infeliz! Pachacamac, nuestro gran dios, ha operado grandes cambios en la tierra desde que nos vimos la última vez: ya no soi yo la princesa de Santacruz...... El imperio ha caído en manos de Atahuallpa......la sangre de nuestra sagrada familia ha corrido en las plazas del Cuzco......el llauta de nuestros mayores se mancha en la frente de un usurpador.... mi hermano Huascar acaba de ser derrotado en los campos de Ambato i Quipaypan, i ahora mismo jime preso i desheredado...... Yo ando errante i perseguida, i vengo en busca de vos, en quien confio como en una divinidad, con quien he soñado hace tantas noches, a quien amo con mi primer entusiasmo de vírjen, para pediros ayuda i salvacion!....para deciros que huyais de estas costas maldecidas, que desconfieis de cuanto os rodea, que no vayais al país de los incas, en fin, porque en él os matarán los capitanes de Atahuallpa, fieros como las divinidades infernales, crueles como el mismo usurpador!

—Oh! Florazul, bien conozco cuánto ha sufrido vuestro corazon, i cuáles deben ser los

acontecimientos de que me hablais; pero yo no puedo huír del país de los incas, i esos fieros capitanes de Atahuallpa, que vos no acertais a comparar sino con las divinidades infernales, léjos de acobardar mi sangre española, léjos de atemorizar mi raza guerrera, me alientan para el combate, me disponen para la lucha, como los azotes del huracan irritan, que no acobardan, el águila soberbia, i la disponen para la resistencia sobre la cima de vuestros montes natales. Oh! Florazul, los Atahuallpas de los Andes, las divinidades infernales de América, no son, no, comparables con los Pizarros de la Iberia, puesto que ellos han venido a vencerlos, i los vencerán.

—Perdonad, Pizarro, pero vos no conoceis a Quizquiz ni a Challcuchima.

—No los conozco, Florazul, i me complazco de que los creais invencibles, para tener el gusto de presentarlos encadenados a vuestras plantas.

—Bien, Pizarro, haced lo que gusteis, pero no paseis adelante: venid conmigo a Puná, donde los enemigos de Atahuallpa, el usurpador; allí estaremos seguros; allí pensareis mejor vuestros planes de conquista...... allí, en fin, seré feliz porque os tendré a mi lado, mi español, mi amado español!

—Sí, Florazul, iré con vos a Puná como lo deseais, pero ántes es preciso que me digais por qué estrañas vicisitudes os encontrais en esta isla, i cuál ha sido vuestra vida durante el tiempo de nuestra separacion.

Florazul se concentró por algunos momentos, i luego dijo:

—Mi padre fué Huayna Capac, el grande inca que antecedió a los dos desgraciados hermanos que actualmente se disputan el mando con un encarnizamiento propio de enemigos mortales, en desdoro i contradiccion de los sentimientos elevados que hacen de nuestra estirpe la primera i mas noble del imperio. La lei que hace a los varones los únicos herederos del llauta, me alejó, desde temprano, de la senda de la ambicion, i fuí feliz durante mucho tiempo en el pueblo en que os conocí, no sé si para mi bien o para mi mal, al lado de la mas tierna i afectuosa de las madres. Mi corazon, sencillo, solo sabia amar al Sol, como el representante del Dios de mis mayores, i mi alma desconocia todo otro sentimiento que no fuera el del respeto a mi madre, el amor a las flores i a las fuentes, el culto a los astros, la ternura por los amigos, la hospitalidad con los viajeros, la caridad con los pobres. Ya se habian corrido quince primaveras i quince inviernos, i yo no sabia que mi vida era un sueño sobre blandas pieles, bajo la sombra olorosa de un bosque temprano, cuando aparecísteis vos, Pizarro, sobre las ondas encrespadas del mar, todo cubierto de armas, a semejanza del dios de nuestros combates, i bello i grande como una vision celestial; sí, cuando aparecísteis vos, i me despertásteis para decirme luego con vuestra ausencia:—Vuestros ojos son dos raudales, llorad. Vuestra alma tiene una doble vista, que vos no conoceis, seguidme a los confines a donde voi. Vuestro corazon es un vaso delicado, estrelladlo en

vano contra mi pecho revestido de acero. Sois sensible, Florazul, padeced; yo, entretanto, voi a otros climas a descansar en los brazos de otras mujeres mas hermosas que vos......

—Florazul! interrumpió Pizarro con acento de tierna reconvencion.

—Sí, Pizarro, todo eso me dijísteis en el lenguaje mudo de la indiferencia la noche que precedió a nuestra separacion; todo, porque despues he sabido que el habla de los enamorados es una habla misteriosa que solo la comprenden las que, como yo, viven de una mirada, i serian capazes de darse la muerte por un suspiro......! Bien: despertada por vos del sueño de mi niñez, ya la vida fué para mí un martirio, i a todas horas del dia, a la mañana i a la tarde, ora acompañada del sol, ora de las estrellas, mi madre desolada venia a buscarme en el tope de las rocas de la ribera, donde pasaba mi vida buscando en el horizonte el buque que debia volveros aquí, i que el soplo de las borrascas, o el mas terrible de vuestra ingratitud, alejaba de las playas incas, para ir a llevaros a otras rejiones mas placenteras i queridas.

Mi corazon se aflijia mas de momento a momento, i un dia tuve la pena profundísima de besar a mi madre por la última vez, acostándola luego en su cama de tierra para hacer crecer con mis lágrimas a su testera el sombrío árbol de los bienaventurados. Sinembargo, pasóse una luna i otra luna, i la tumba de mi mejor amiga estaba yerma i fria como las piedras que la rodeaban. Ai! Pizarro, el dios de los sepulcros habia negado la fecundidad al de mi

madre, porque el agua de mis ojos manaba solo de la fuente del amor! I no era, no, la imájen de mi madre la que yo veia suspendida delante de mí, sino la imájen del caballero español que habia posado sus labios sobre los mios, i a quien yo habia dejado reclinar su cabeza de héroe sobre mi pecho enamorado......! Perdonadme, Pizarro, por tanto amor, ya que los dioses me han condenado i maldecido!

—Perdonaros, Florazul? perdonaros porque me haceis feliz? Oh! no! decidme mas bien que os adore, decidme mas bien que muera a vuestros piés, porque vos me reconciliais con el mundo, porque vos, despues de mi madre, sobre cuyo sepulcro tampoco ha crecido ni una flor, me haceis latir el corazon con una fuerza que era desconocida para mí. Oh! Florazul! Florazul! concluyó Pizarro estrechando en sus brazos a la hija de Huayna Capac: vos acabais de decirme con vuestras palabras que hai un paraíso mas hermoso en la tierra que el paraíso vendido por Adan a la hermosura de Eva, i que bien justifica lo que se ha llamado primera falta del hombre, no siendo sino el primer triunfo del amor!

Florazul continuó:

—Muerta mi madre i vencido mi hermano Huascar, mi vida se vió amenazada por las órdenes que dió Atahualpa para que todos los descendientes de la familia inca del Cuzco fuéramos pasados por las armas. En tan fatal alternativa no me quedó mas recurso que huir de Santacruz i venir a refujiarme entre los punáes, célebres por su valor i enemistad al usur-

pador. Mas como no pudiese evadirme sola, ni confiarme de ninguno de los naturales, por temor de que me entregasen al vencedor, despaché a uno de mi servidumbre a Túmbez en busca de Molina, aquel de los vuestros que se habia quedado en el puerto. No vaciló este hombre jeneroso en venir en mi ayuda, i con su ausilio pude trasladarme aquí. Es Molina el que me ha enseñado el idioma de los blancos, i es a él a quien debo los cuidados de un padre i de un amigo.

Ahora que ya lo sabeis todo, no vacileis en seguirme a Puná, donde os recibirán con regocijo, i en donde Molina i yo os hemos granjeado gran número de partidarios. En esa isla podreis meditar maduramente sobre la empresa que traeis entre manos, i desistir de ella, o asegurar mejor su éxito feliz.

Pizarro hizo presente a sus soldados las favorables disposiciones de los isleños, i les habló de Florazul como de un nuncio de paz i de alianza altamente recomendable por sus prendas distinguidas.

Al otro dia bien de madrugada i sin aguardar a mas, Pizarro pasó, con todos los suyos, a la isla Puná, donde se le recibió con el agasajo digno de un amigo, i pronto su suerte cambió de una manera provechosa para sus planes.

CAPITULO IV.

LA ISLA PUNÁ.

Luego que Pizarro abandonó el continente fué feliz en Puná por algun tiempo con el amor de Florazul, quien se le consagró con todo el

corazon de una india enamorada. Por su parte los indíjenas se mostraban mas i mas contentos cada dia, i nunca ejército alguno pasó cuarteles de invierno mas placenteros i abundantes. Durante el dia todo eran cazas i pescas bulliciosas, banquetes a las sombras de los árboles, baños, juegos i amores, i durante la noche danzas i canciones.

Florazul, a semejanza de una amazona de la antigüedad, montaba el caballo negro de Pizarro, i revolviéndolo rápida sobre el duro césped de la isla, se entretenia en disparar su flecha de mimbres jenerosos contra las aves viajeras que los vientos alisios arrojaban sobre la costa, i cuyo vuelo veloz e inseguro jamas las libertaba de la muerte.

Sucedia mas de una vez que el pájaro, herido, caía a tierra chorreando sangre i dando desconsoladores chillidos. Afanábase entónces Florazul, i lanzándose del jadeante bridon, iba a recojerlo llena de pesadumbre. Volvia el animalito los ojos i la miraba atentamente con toda la melancolía del que mira por la última vez: la hábil cazadora sentia sus pupilas cargadas de lágrimas, i arrojando el arco léjos de sí, prometia no volver a manchar con sangre el tapiz herboso de los bosques. El ave moria luego; Florazul la despojaba de su rojo plumaje para embellezer nuevamente su capa de fiesta, i cuatro horas mas tarde ya no se acordaba de su promesa ni de sus lágrimas: el dardo volvia a hender los aires i a cebarse en víctimas nuevas. La caprichosa niña tenia toda la volubilidad de las almas felizes.

Los conquistadores pasaban los dias mas entretenidos del mundo, cuando una tarde, mui cerca de la puesta del sol, entraron en la isla varios cuerpos de tropa peruana, que, segun unos, venian de Túmbez, i, segun otros, de varios puntos del continente i con objeto desconocido.

Todo fué saber Florazul la llegada de estos guerreros i desapareció en silencio.

Notábase una ajitacion estraña en la isla. Los jefes de las tribus iban i venian en el mayor desconcierto, amotinábanse los naturales i todo presentaba los caractéres mas siniestros i alarmantes.

De repente óyese un grito jeneral i terrible, i los isleños se lanzan sobre los descuidados españoles con furor inaudito.

—A caballo! grita Pizarro, a caballo! Candia, hacedme traer mi caballo i mi lanza!

—Vuestra lanza aquí está, capitan, pero vuestro caballo ha desaparecido de la cuadra.

No habia tiempo para nada: el combate se habia hecho jeneral entre indios i españoles, i Pizarro i Candia apénas pudieron lanzarse furiosos en él.

Los gritos penetrantes de los salvajes, el estruendo aterrador de la arcabuzería, las exhortaciones de los frailes a los soldados para que no dejasen ni un *hereje* siquiera, i los lamentos de las familias que abandonaban sus casas para huir a los bosques, todo formaba el cuadro mas desconsolador. Los túmbez acusaban de traicion a los punáes, i estos a aquellos, al paso que los españoles se veian atacados por ámbas tribus con igual furor i tenacidad.

Una luna pálida i sin estrellas cruzaba tardamente el espacio por entre mil i mil nubes tempestuosas; el huracan marítimo, rabioso cual los hombres que veía combatir, batia sus alas como las de un jenio irritado, i árboles i casas se desplomaban con estruendo, sepultando en sus ruinas batallones enteros de combatientes.

De repente levántase del lado de la plaza una espesa columna de humo que, majestuosa i ancha como una manga marina, parecia un puntal de mármol denegrido alzado allí por la mano de un titan para sostener el firmamento: su base era de fuego, i mil gavillas ardientes i voladoras, mil chispas errantes, mil materias inflamadas, semejaban la erupcion repentina de un volcan inmenso i enfurecido.

La poblacion acababa de ser incendiada.

La columna de humo, desprendiéndose del follaje de los árboles i de la techumbre de los edificios, como un espeso copo de nube, fué alejándose poco a poco de la isla i engolfándose en el oscuro horizonte del mar, hasta perderse en la lobreguez de la noche. Entónces el incendio, en toda su plenitud, a semejanza de un erizo de fuego que se recojiese dentro de sí para lanzar con mas fuerza sus temibles púas de oro, envolvió como un arco luminoso todo el horizonte de la isla, i, ya mas apacible i regularizado, emprendió su obra de destruccion i de muerte. I fué a la cárdena luz de aquella antorcha infernal que cobraron mayor encarnizamiento los combatientes, que se ajustó la lucha mas sangrienta; i cuando los

caballos sin dueño salvaban ramblares i cercas en tropel con los ganados i las fieras, asustadas con aquella escena de desolacion i de espanto, solo los hombres gustaban de ella, i se acercaban mas i mas a los focos del incendio para asestar mejor sus tiros de muerte, para asir por parte mejor a sus contrarios, i arrancarles el palpitante corazon con su mano de acero.

Decir las horas que duró tal combate, i enumerar sus víctimas, seria empresa ajena de nuestro intento: haremos notar únicamente que cuando vinieron los primeros albores del dia, todavía se oían algunos disparos de arcabuz, i todavía se veían masas intactas de indíjenas agrupadas en los vericuetos del camino, como esperando una señal convenida, que tardaba en darse.

Las primeras horas de la mañana pasáronse en sosiego. El incendio habia perdido con la luz del sol su terrible majestad de la noche, i ya ni se quejaban los heridos, ni rujian los tigres: trinaban solamente las aves sobre los denegridos i descarnados árboles, susurraban las fuentes i se ajitaba el mar.

Pizarro celebró un consejo de oficiales.

—Estamos perdidos, les dijo: hemos caído en un lazo infame, i solo podremos salvarnos haciendo prodijiosos esfuerzos de valor. La isla está plagada de enemigos; se encuentra a mas de doce leguas del continente, i nosotros no tenemos buques en qué embarcarnos. Es, pues, preciso pelear como españoles, destruir a estos salvajes, amedrentarlos para que no vuelvan a hostilizarnos. Hernando, reunid los jinetes que queden i dad una carga brillante a los indíje-

nas. Juan i yo vamos a flanquearlos, miéntras que Candia los pulveriza con la artillería. Santiago! i a ellos.

Este antiguo grito de guerra hizo latir de entusiasmo marcial el corazon de los conquistadores, las trompetas volvieron a sonar, tronó el cañon, i un segundo despues la batalla se hizo mas terrible que la víspera.

Los indios por su parte habian hecho igual resolucion.

Los españoles estaban diezmados : el número de sus contrarios los abrumaba. Hernando yacia en el suelo herido de un golpe de javalina ; la caballería empezaba a fatigarse, los falconetes de Candia eran de poca utilidad, merced a lo enmarañado del bosque, i todo presajiaba una pronta i jeneral derrota, cuando frai Rejinaldo i frai Vicente Valverde, caballeros en dos mulas castellanas i vestidos con el traje de su órden, espada en mano i rodela levantada, se presentaron enmedio de los combatientes siguiendo a un gallardo mancebo, resplandeciente por su traje guerrero, que, con no visto valor, penetraba en las filas contrarias acuchillándolas sin piedad.

—Seguidlo, españoles, gritaban frai Rejinaldo i frai Vicente : es Miguel en persona, enviado por Cristo para acabar con los infieles!

La presencia inesperada del mancebo, la arrogancia i actitudes de su caballo bético, blanco i batallador, i su espada brillante i matadora, mas que la solemnidad del momento, inspiraron de santo zelo a los conquistadores, i arrollando a sus enemigos intrépidamente los

hicieron lanzarse a las aguas del mar por montones de a miles.

El oportuno socorredor del caballo blanco se aprovechó del tumulto del triunfo para desaparecer del campo de batalla sin ser conocido, gracias a la triple capa de su visera de bronce, i frai Rejinaldo i frai Vicente aseguraron a su crédula grei que el arcánjel habia vuelto a subir a los cielos en su venerable presencia.

I ¿ quién será el desventurado follon que tome a novela esta parte milagrosa de nuestra historia, para espetarle íntegro el siguiente pasaje de Montesinos, que no por llevar un nombre sospechoso por sus conexiones quijotescas, es desmerecedor de ilimitado crédito ? "En la batalla de Puná vieron muchos, ya de los indios, ya de los nuestros, que habia en el aire otros dos campos, uno acaudillado por el arcánjel San Miguel con espada i rodela, i otro por Luzbel i sus secuazes ; mas apénas cantaron los castellanos la victoria, huyeron los diablos, i formando un gran torbellino de viento, se oyeron en el aire unas terribles vozes que decian : Vencístenos, Miguel, vencístenos ! "

—Qué decis, Candia, del poderoso ausilio que nos ha prestado el cielo en esta ocasion ?

—Ignoro, don Francisco, de qué ausilio me hablais.

—Pues qué ! no habeis visto al celeste guerrero ?

—El del caballo blanco ?

—El mismo.

—Yo solo sé decir del tal que es un guapo mantenedor ; pero por lo que hace al oríjen celeste que le atribuis....

—Qué?...

—Tengo mis dudas.

—Cómo así?

—Porque si, mal no vi, el caballo en que venia montado era el mismo en que yo atravesaba todas las mañanas la ciudad de Toledo por delante del alcázar.

—I qué?

—I aunque de superior calidad, no lo creo digno de ser oprimido por piernas arcanjélicas.

CAPITULO V.

LA FUGA.

Grandes, mui grandes eran los regocijos de los aventureros siempre que obtenian un triunfo como el que acababan de obtener, pero los de la victoria de Puná escedian a todos en ruidoso entusiasmo.

Solo Pizarro sufria cruelmente.

Amaba a Florazul con un ardor de veinte años, i al parecer hasta aquel momento Florazul le habia correspondido con la decision mas loca i la lealtad mas pura.

Por qué, pues, habia desaparecido?

Por qué se habia conducido tan infamemente con los españoles, trayéndolos con halagos falsos i falsas promesas de paz a donde los punáes?

Por qué, en fin, huía de los que la amaban i servian como a una reina?

Todas estas consideraciones mataban de dolor a Pizarro.

I, ciertamente, tenia sobra de razon, porque si Florazul, tan jóven, tan inocente i pura, era capaz de perfidia semejante, ¿qué debia esperar del resto de los hijos de la tierra?......

Veamos lo que era de la indiana.

Tan luego como los de Túmbez se presentaron en la isla, Florazul, azorada i fuera de sí, se encaminó al palacio que servía de morada a Pizarro, i sin detenerse en preguntar por él, montó en el caballo del guerrero, i saliendo del poblado se encaminó al desierto.

La noche empezaba a teñir de pardo el horizonte.

El corcel de Pizarro, aguijoneado por la impaciencia de su liviana carga, pronto cortó el espacio como una flecha. Iba su crin tendida al aire como un espeso i flotante fleco de seda, su nariz desplegada i humeante, su oreja recta, su ojo dilatado i su ancha cola recojida i tirada atras como la de un can inmenso.

La angosta vereda que llevaba por entre corpulentos árboles, crujia bajo el golpe igual i seco de sus cascos herrados, que, ora dejaban un rastro de chispas brillantes i breves brotadas de los guijarros pulverizados, ora iban a estampar su redonda huella a cincuenta líneas bajo del césped.

Florazul, sentada sobre sus lomos cubiertos de una hermosa gualdrapa roja, la frente ornada de erizadas plumas, arco i aljaba al hombro, animaba con sus frecuentes gritos al noble animal, próximo a enfurecerse con el ardor de la carrera......

El bosque ha terminado. Delante de Florazul se estiende un valle abierto, descampado i de mas de ocho millas de estension. Sus primeras brisas, frescas i leves, vienen a calmar un tanto el bochorno de la pobre niña, i ya

se goza con la idea de parar por algunos momentos la carrera del bruto indomable, cuando suena en aquel punto del lado de la poblacion el ruido de la artillería, el grito de guerra de los salvajes, i mas de una bala perdida viene a estrellarse lúgubremente contra las últimas palmas de la selva. Estremécese el corazon de Florazul, asústase el bridon, i parte de nuevo.

Mas ya no corre sino vuela: el ambiente puro del valle, su seno redondo e igual, la algazara del distante combate, el horror del incendio, todo lo instiga a seguir adelante, i sigue. Pobre Florazul! ya no es un caballo que se desboca : es una águila que huye, un huracan que se desencadena.

La luna, oscurecida por las nubes de la borrasca, no deja ver sino sombras i mas sombras. Florazul lleva sus asustados ojos de un punto a otro de la isla, i solo percibe fantasmas errantes que la amedrentan; grita, i su voz se apaga en el estruendo de la carrera; hala de las riendas, i el rijido cuello del bridon las torna en dos líneas de acero; redobla sus esfuerzos para sujetarle, pero brota sangre de sus débiles manos. Una lágrima de dolor i de rabia surca su mejilla de rosa, secándose ántes de caer..... Florazul va a rendirse cuando se acuerda de que es hija de un valiente conquistador, siente latir en sus venas la sangre de los incas, fortalézese i hala nuevamente para detener el corcel. El caballo se irrita, enarca la cerviz mas i mas, las riendas humean, crecen, se rompen al fin. Florazul vacila sobre el mónstruo, i este la arroja desmayada léjos de sí.

22

Era ya tiempo. Cuatro pasos mas adelante hai una sima honda i cavernosa, en su interior hierve el mar del Sur entre salientes picos de roca......el caballo llega, se lanza; óyese un espantoso estruendo en las aguas, síguese un bufido lastimero i todo queda en sepulcral silencio.

Mas ¿por qué huía Florazul, i para dónde huía? Tendrian, por ventura, algun asomo de verdad las funestas sospechas de Pizarro?

¿No seria Florazul mas que un pérfido instrumento en mano de los punáes, del cual se habian valido para hacer caer a Pizarro en un lazo de destruccion?

Nada de eso: Florazul era víctima únicamente de la superchería de un oculto enemigo.

Espliquémonos.

Entre los hombres que habia encontrado Pizarro a bordo de los buques que la magnanimidad de Cortes le deparó en Sevilla, i que habian venido de esta a Panamá i de Panamá al Perú, encontrábase uno recomendable por su finjida prudencia, aunque sospechoso por su aire descocado i altanero desembarazo.

Su edad frisaba en mas de los cincuenta años, i conservaba aún los restos de una belleza rara i varonil.

Hacíase dar el nombre de Manjarres.

Desfiguraba un tanto a este equívoco personaje una ancha i mal curada cicatriz, que, partiendo del estremo izquierdo de la ceja izquierda tambien, le atravesa el rostro, interesándole parte de la nariz, hasta el remate del labio superior.

Segun el mismo dicho de Manjarres, esta herida la habia recibido en la batalla de Cirinola, año de 1503. Sinembargo, la cicatriz parecia ser ménos antigua que aquella fecha.

Despues de estos prolegómenos indispensables, haremos saber a nuestros lectores que Manjarres, i solo Manjarres, era la causa de la repentina fuga de Florazul.

He aquí por qué:

Luego que los Túmbez desembarcaron en la isla i Manjarres se orientó de que venian con ánimo hostil, buscó a Florazul, i finjiendo recado de Pizarro, le dijo:

—El capitan Pizarro me ha ordenado deciros, señora princesa, que los soldados del inca Atahualpa están entrando en la isla en gran número i con intenciones siniestras: que uno de los motivos que los guia es el cautivaros para daros la muerte: que huyais en el momento ácia el norte de la isla, llevándoos únicamente las piedras preciosas que poseais. Allí os espera una balsa que os conducirá a lugar seguro.

—Partir, sola i a pié! esclamó Florazul: ya ha entrado la noche.

—No, princesa: el caballo del capitan embridado i cubierto con una manta os espera a la puerta de los jardines de palacio: partid al punto. Yo voi a prevenir al capitan de vuestra fuga, i a seguiros en ella.

Florazul sobresaltada por lo que estaba pasando, tuvo apénas tiempo para ir a su estancia, ceñirse a la cintura una mochila de piel repleta de perlas i esmeraldas, i correr en busca del caballo.

Este, tascando el freno i con la oreja lista, espiaba todos los ruidos de la noche esperando el que debia traerle al jinete que habia de montarlo.

Llegó Florazul al fin, ahogando el sonido de sús sandalias de algodon en la grama húmeda de la noche. Sintióla al punto el noble animal, volvióla a mirar fijamente para reconocerla; no contento con esto aún, la olfateó con desconfianza dos o tres vezes, i luego agachándose como un camello que se echa para recibir su carga de oro i perfumes en el desierto, recibió sobre sus muelles lomos a la querida de su amo, i partió como un rayo para ese viaje nocturno i misterioso de que no habia de volver.

Manjarres habia cumplido su palabra, i seguido a Florazul en su violenta fuga, al principio a una cautelosa distancia, i despues con la precipitacion que demandaba el ímpetu de su carrera.

El caballo de Manjarres era ménos lijero que el de Florázul, i hacia esfuerzos supremos por alcanzarlo, casi a un cuarto de milla de diferencia.

En medio de la profunda oscuridad de la noche, el soldado seguia a la indiana por el ruido de su oarrera, i con el mismo afan que un lebrel de raza sigue la pista a un gazapo en la espesura de una montaña.

De cuándo en cuándo murmuraba:

—Es una fortuna que se le haya desbocado el caballo, pues así vamos mas aprisa.

Con todo, hubo un momento terrible para Manjarres, i fué aquel en que llegó a sus oídos

el ruido de la caída del caballo de Florazul al lanzarse en las aguas del mar. Escapósele un grito penetrante, i paró su corcel diciendo:

—Gran Dios! se ha matado!

Como hemos dicho, despues de la caída de Florazul, todo quedó en el mayor silencio. Manjarres estaba helado de espanto, el corazon parecia que iba a saltársele del pecho, las sombras de la noche le parecian siniestras, los ruidos de la floresta gritos amenazantes, i su terrible angustia iba a estallar en un terror pánico, cuando percibió a diez pasos de sí un amargo i profundísimo suspiro.

—Ah! esclamó, i con un golpe instantáneo, igual, su sangre, retirada un momento a las estremidades, refluyó a su acobardado corazon; saltó, pues, a tierra, i adelantando el cuello como una sierpe que acecha, dilató su pupila en la oscuridad con toda la poderosa enerjía del lince.

Por fortuna o por desgracia nada percibió. Manjarres pensó por un momento que se habia engañado, i su sobresalto superó en intensidad a su disipada esperanza.

El suspiro se dejó escuchar por segunda vez.

Era pues indudable que no se trataba de una apariencia del oído, i Manjarres, poniéndose de un brinco al lado de Florazul, la levantó en sus hercúleos brazos, como a un niño dormido a quien va a acostarse en su cuna.

—Aún respira, dijo, i alzándola mas, probó ver al resplandor de las estrellas si no habia recibido daño alguno.

Dos o tres chispas mortecinas, perdidas en el

fondo de un cielo renegrido titilaban como lámparas que van a estinguirse, i no pudieron ausiliar a Manjarres en su afanosa inspeccion.

Mas piadosa la luna, como diria un poeta antiguo, lanzó en aquel punto un rayo pálido i frio, que cayendo sobre la princesa como la débil mirada de un anciano, persuadió a Manjarres de que Florazul no estaba mas que desmayada.

CAPITULO VI.

LAS HUELLAS DE FLORAZUL.

Cincuenta varas mas allá de la sima donde acababa de precipitarse Babieca (este era el nombre del caballo de Pizarro) esperaba a Manjarres una pequeña balsa de juncia con una vela en forma de ángulo saliente, mui a propósito para cortar el viento.

A esta balsa fué trasportada Florazul.

Recostada sobre unas pieles de pantera, Manjarres tuvo a bien rociarle el rostro con algunas gotas de agua de mar.

Ai! por desgracia en aquel tiempo los frasquitos de esencias, los suaves olores i los perfumes esquisitos, no eran una imperiosa necesidad de la época, i Paris, aletargada aún, no habia empezado a infestar el mundo de peluqueros i droguistas.

Florazul respiró con mas facilidad despues de la ablucion, pero aun se detuvo en volver.

La noche se oscurecia mas a cada instante; las nubes tempestuosas que ántes solo estaban esparcidas por todo el cielo, empezaron a aglo-

merarse sobre la isla; el horizonte, ácia el sur, parecia empeñarse en remedar con sus contínuos i vibradores relámpagos, al rei de los meteoros, esa magnífica i constante lluvia de oro del polo, conocida con el nombre de *aurora boreal*; ráfagas de un viento húmedo i rujiente pasaban de rato en rato por sobre los árboles, remedando el cansado aleteo de un buitre, o el paso poderoso de un roc, que despues de haber devorado esa tarde las cabras del Ilimani, fuese a dormir al tope mas encumbrado del Himalaya en viaje para la China o el Japon.

Manjarres, como antiguo hombre de mar, conoció que se preparaba una tempestad furiosa, pero este conocimiento no fué bastante a amedrentarlo, i ayudado de dos salvajes marinos que habia en la balsa, sacó a esta del corvo fondeadero donde estaba oculta, i la lanzó a la ventura por entre aquel doble mar de agua i de tinieblas.

La tempestad hacia rato que bramaba con una furia espantosa. La resonancia de los truenos en un cielo tan grande como el que sirve de cúpula al Pazífico, i los instantáneos bramidos del violento Sangai, tenian ensordecidos a hombres i a brutos. Sucedíanse los rayos de segundo en segundo, i no parecia sino que el océano hubiera salido de madre para volver a descender a su fondo desde el corazon de las estrellas, i con todo el fragor de un mundo que se desploma.

Indios i españoles estaban en la mayor consternacion. Pizarro, valiente delante de los mu-

ros de Roma i bajo el estandarte de Borbon; Pizarro, valiente en Pavía; Pizarro, valiente, en fin, en todas las ocasiones i en todos los momentos de su vida, era cobarde en aquel instante: sentado en una hamaca de algodon recamada de oro, con la espada entre las piernas i la vista clavada en el suelo, temblaba como un reo de muerte a cada nuevo ruido, a cada nueva ráfaga, a cada nuevo rayo.

Pero no vaya a creerse que era por él. No: Pizarro no sabia temblar por él; era por Florazul.

El enamorado caballero acababa de saber la fuga de esta a traves del bosque.

Su imajinacion meridional, pronta al delirio, representábale a su amante despedazada por las ramas de los árboles, espirante sobre un caballo desbocado i perseguido por los tigres i los lobos del desierto; su mano crispada sobre las crines no permitiéndole amparարse de los espinos; i su frente i su pecho manando sangre de angustia i de dolor. I él, allí, casi tranquilo, resguardado del agua i del viento, alumbrado por lámparas perfumadas, con una caliente i delicada cena a su costado, i rodeado de amigos i soldados.

Esta representacion estaba a punto de volverle loco.

¿Por qué no tenia él en aquel momento la velozidad del huracan i la luz del relámpago para cortar la tempestad, e ir a detener a Babieca en su carrera de ciervo perseguido, con su mano, mas poderosa aún que la del cíclope esposo de la hija del mar?

¿Por qué no tenia él el poder de un Dios humanado para tornar la noche en dia i la tempestad en calma?

En estos pensamientos de terror i de impotencia sobrevino la luz de la mañana, i aunque era una mañana plomiza i fria, Pizarro la tomó por una espléndida mañana de abril, coronada con las rosas de la aurora, refrescada con los zéfiros i las brisas de los jardines, i espléndida con su sol redondo i trasparente como rubí.

Llamó, pues, en seguida.

Presentóse Candia.

—Candia!...... dijo el trasnochado capitan.

—Nada me digais, señor: parto en el instante.

—Pero a dónde partis?

—A las afueras de la isla. Ya veis, estoi en traje de guerra, i a veinte pasos de aquí me esperan diez jinetes, resueltos como yo.

—Diez jinetes! Qué vais a hacer con ellos?

—A seguir a álguien que ha huido.

—Luego lo sabíais?

—Capitan, yo sé todo lo que puede interesar a vuestro servicio.

—Entónces?......

—Parto en el momento.

—Pero, cuidado con la violencia!

—Cómo se entiende?

—Quiero decir que, culpada o inocente la persona a quien vais a seguir, es acreedora a mis altos respetos.

—Lo sé, capitan; pero es que han huído dos.

—Dos decis?

—Sí, capitan : de ellas uno es hombre i soldado español.

—Esto mas! esclamó Pizarro fuera de sí.

—Ya veis, pues, que la órden no puede ser jeneral.

—No, no puede ser ; pero, quién es ese soldado español ?

—Un tal Manjarres.

—I cómo lo habeis sabido ?

—No hace un momento tuve el honor de decir al capitan, que yo siempre sabia todo lo que podia interesar a su servicio.

Pizarro tomó la mano de Candia i la estrechó con una estimacion particular.

—Manjarres decis ? Jamas he visto a ese hombre.

—El capitan se engaña, pues ha visto a ese hombre dos o tres vezes.

—Aquí ?

—De aquí no estoi seguro, pero de España sí.

—I dónde ?

—Primeramente en Sevilla, en el figon de que os sacaron para llevaros a la cárcel.

El recuerdo fué un poco brusco, i no pudo ménos de chocar al capitan.

—I despues ?

—Despues en la posada en que tuvo a bien divertirnos la Santa Hermandad.

—Conque es uno de ellos ?

—Uno de ellos precisamente no.

—Bien, Candia, no hablemos mas de eso : sea quien fuere, lo que importa es *seguirla*.....

—La pista ¿no, capitan ? preguntó Candia con una discrecion digna de un favorito de rei,

pues no queria avergonzar a Pizarro recordándole que se trataba de una mujer.

Candia saludó i salió.

Ya sus reluzientes espuelas de acero chocaban en la arena del patio, i la contera de su espada habia estrujado dos o tres vezes sus botas de rinoceronte, cuando Pizarro, mas que nunca cuidadoso en aquella ocasion, gritó :

—Candia !

—Señor ? preguntó este volviendo atras.

—Por si acaso han salido de la isla, seria bueno que llevaseis una balsa con vos.

—Ya tengo una en punto adecuado, se apresuró a responder Candia, inclinándose como lo hubiera hecho en el alcázar real de España ante una augusta majestad.

Pizarro se mordió los labios, i calló : era indudable que Candia habia nacido para ser su maestro, como habia nacido Aristóteles para serlo del vencedor de Darío.

Aunque, si hemos de decir verdad, no hai que levantarle a Pizarro el testimonio de esta comparacion.

Candia buscó al principio a tontas las huellas de Florazul, pero luego halló pisadas de caballos que seguian una direccion determinada, i no vaciló mas : queremos decir, que siguió adelante.

Iba el buen servidor al paso largo de su troton, levantado ácia atras el chambergo, vuelta la capa sobre el hombro i el ojo fijo en el suelo, cuando descubrió una esmeralda de gran tamaño, i despues otra, i otra, todas regadas como de propósito en aquella via.

Mandó, pues, a uno de sus acompañantes que se apease para recojer aquellas piedras, i a no ser por la subordinacion militar, no le hubieran obedecido los de la partida, pues las esmeraldas estaban a la sazon mui desacreditadas entre los conquistadores, gracias a las *ocurrencias* de frai Rejinaldo.

Empero, al jinete apeado para recojer las piedras no le fué posible volver a montar mas, porque el reguero de ellas era interminable.

I no eran solamente esmeraldas las que habia : no ; que tambien se encontraban perlas i turquesas, cuyos colores blanco sucio i azul hacian un bello contraste con el verde opaco de las esmeraldas i el blanco cristalino de las gotas de rocío que, escondidas como diamantes entre las hojas de los arbustos, no se habian desvanecido aún con el calor del sol, como hemos dicho, débil en aquella mañana de invierno.

Aquel reguero de piedras preciosas, que una imajinacion oriental hubiera tomado, i con razon, por el rastro magnífico de una hada, hizo esclamar lleno de entusiasmo a Candia :

—He aquí las verdaderas huellas de Florazul !

I metiendo espuelas a su caballo desapareció en la enramada.

Media hora despues la senda habia terminado, las piedras preciosas iban siendo mas i mas escasas, i el mar saltando en copos de hirviente espuma parecia adelantarse para detener a Candia en su intento de perseguir a Florazul.

Apeóse Candia del corcel, i trepando al tope

de un promontorio inmediato, cobijó el mar con una mirada, no tardando en descubrir un punto negro en el horizonte, que a otro hubiera parecido una ave que volaba rozando las olas, o un monstruo que salia del fondo a la superficie en busca de los rayos del sol, pero que a Candia pareció desde el primer golpe de vista lo que era : una balsa ; la balsa en que huía Manjarres.

Mandando, pues, aproximar la que él tenia preparada, hizo devolver los caballos al pueblo i se metió en ella con sus soldados.

El viento era favorable, i la balsa se deslizó con la gallardía de un cisne que corta las aguas de un estanque tranquilo.

CAPITULO VII.

EL HOMBRE DE LA CICATRIZ.

Las esmeraldas, perlas i turquesas halladas por Candia en el camino seguido por Babieca, no eran otras que las que se habian salido de la mochila de Florazul durante la violencia de la carrera.

Nosotros debemos a la curiosidad del lector la conclusion de una historia hace mucho tiempo interrumpida, i por lo jeneral contada a pedazos, no por nuestra voluntad, sino por la naturaleza de ella misma.

Es esa historia la de Alí, el domador.

A fin, pues, de no dejar nada pendiente ántes de engolfarnos en los grandes acontecimientos que nos esperan del otro lado de los Andes, en el corazon mismo del Perú, vamos a acabar dicha historia en cuatro palabras, aprovechán-

donos del tedio amoroso de Pizarro i de la ausencia de Candia, ese domador de fieras, vencedor de reinas i aconsejador de héroes, como quien no dice nada.

Suponemos que la perspicacia del lector habrá adivinado ya una cosa, que es tan cierta como la aparicion del arcánjel San Miguel en la batalla de Puná, aunque su evidencia no sea la misma. Esta cosa es que Alí, el pirata, Corazon, el posadero, es el mismo sevillano que sirvió de arriero a Pizarro en su viaje a la corte, i que estaba de acuerdo con los de la Santa Hermandad para el intento aquel, que tan mal les salió en la posada de la piedra de molino.

I lo que tampoco sabe el lector es, que este misterioso Proteo es el mismo de la cicatriz. En una palabra, el hombre que en ése momento acababa de robarse a Florazul, e iba con ella en la mitad del océano, confiado i casi seguro, no era otro que Alí, el domador,

Alí, que despues de haber sido aprisionado junto con su buque "El Dragon," en las aguas del Bósforo, por una flota turca, se habia fugado de las cárceles de Constantinopla i venido a Sevilla para establecerse como simple posadero ; Alí, que despues de haber salido de Sevilla arriando el equipaje del futuro Gobernador del Perú, intentó robarlo, i recibió de mano de Jines el terrible sablazo que le atravesaba la cara, i que él decia haber recibido en la batalla de Cirinola, 27 años atras ; Alí, en fin, que ya sin porvenir en la península, se habia hecho alistar entre los reclutas regalados por el héroe de Méjico al héroe del Cuzco, para venir a probar fortuna a la nueva tierra.

Alí, Corazon i Manjarres eran, pues, conjunta persona.

Como hombre atrevido, luego que vió a Florazul formó el proyecto de robârsela revestida de joyas para volver con ella a Europa, pues se decia con todo el cinismo de un mercader de la Jeorjia :

—Viviremos en paz i amistad hasta que me canse, i despues......conozco mas de un príncipe licencioso i mas de un marques cincuenton, que me darán mil ducados por ella.

Tal era la suerte que se le esperaba a Florazul en el momento mismo que Candia acababa de descubrir la balsa fujitiva, como un punto vaporoso en el horizonte.

Florazul habia vuelto ya en sí. Sentada sobre un almohadon i apoyada contra el mástil de la balsa, estaba casi tan triste como el dia frio i lluvioso que la rodeaba.

Manjarres, a alguna distancia de la hija de Huayna Capac, i envuelto en una capa color de perla, saboreaba las últimas gotas de un esquisito vino.

Los dos salvajes gobernaban la balsa.

Esta, por su parte, avanzaba poco, gracias a un viento de bolina que habia durado toda la noche.

Hacia seis horas, por lo ménos, que nadie hablaba una palabra, cuando Florazul dejó escapar un nuevo suspiro, mas amargo que los anteriores.

—Sufris, señora? preguntó Manjarres.

—Oh! sí, sufro cruelmente. La isla ha sido incendiada i el combate ha durado toda la noche......qué será de *él*!

—Por lo que es eso, no abrigueis ningun temor; es mui desigual la lucha entre indios i españoles para temer su resultado.

—Cómo así?

—Los indios, señora, están desnudos, o cuando mas vestidos de algodon, i sus armas son de mimbre i de espinos; al paso que los españoles vienen revestidos de acero hasta los dientes, i sus armas son el cañon, la lanza i el arcabuz.

—Con todo, el número de los nuestros es mucho mayor.

—Sí, mucho mayor, señora, pero les falta la disciplina, primera condicion en la guerra.

—Bien, i si triunfan los vuestros ¿por qué no manda Pizarro por mí para que me vuelva?

—Ya habrá mandado, dijo Manjarres estremeciéndose.

—Os oiga el cielo, salvador mio.

—Tal vez lo mejor que pudiéramos hacer, observó el viejo pirata, era buscar un islote donde desembarcar, i no seguir engolfándonos en el océano.

—Un islote decis?

—Sí, señora.

Florazul preguntó en quichua a los marineros si conocian por ahí cerca una isla grande donde poder desembarcar. Estos le respondieron que, volviendo âcia el occidente, se encontraba una donde se decia haber unas cavernas que el inca Atahuallpa habia hecho adornar para vivir con su amante Cora, segun habian oído decir en Túmbez i en otros puntos de la costa.

Florazul dió órden de hacer rumbo al Amortajado, que ya conocen nuestros lectores.

Manjarres desconfió un tanto de aquel diálogo entre la indiana i los salvajes en lengua estranjera, pero reflexionó que en caso de traicion estos no eran mas que dos pobres hombres armados de estacas, miéntras que él tenia una espada al cinto i una daga al pecho.

Dejólos, pues, obrar segun las instrucciones de Florazul.

Entretanto la balsa de Candia se acercaba poderosamente, pues los jinetes, convertidos en remeros, le daban una velozidad de diez, doce millas por hora.

Sinembargo de la urjencia del momento, Candia habia hecho plegar las velas para no presentar blanco a Manjarres en la soledad del océano.

Esta operacion tambien se habia hecho necesaria por el viento, que habia dado en cambiar a cada instante de direccion.

El mar empezaba a picarse, i en un golpe de agua que vino a levantar la balsa perseguidora, Candia alcanzó a ver a la perseguida distintamente, en el momento que se preparaba para cambiar de rumbo.

Repartió, pues, a sus fatigados soldados un doble trago de vino, i, cargando un pedrero que traía consigo, emprendió la marcha con anhelo mayor.

—Nos persiguen! esclamó en aquel punto Manjarres, parándose azorado sobre la balsa.

—Nada descubro, observó tranquilamente Florazul.

—Mirad, dijo el pirata estendiendo su mano en direccion de la balsa de Candía.

—Florazul trató de fijarse en el punto que le designaba Manjarres, pero solo vió el mar enchipado en torno de sí como un gran nido cenizo, sobre el que descansaba un cielo oscuro i sombrío, no obstante el ser ya mas de las once del dia.

—No veis nada?

—Nada veo.

—Mirad, es mas ácia arriba, una balsa que viene repleta de soldados.

—Ah! sí, esclamó Florazul llena de gozo; ya la veo, pero son soldados españoles.

—Soldados españoles, repitió Manjarres palideciendo de angustia, no; son indianos de Puná.

—Son españoles, insistió Florazul radiante de alegría; es Pizarro que viene en mi seguimiento.

—Os digo, señora, que son indianos, dijo Manjarres con acento brutal, i trató de distraer la vista de la princesa.

Esta lo miró espantada.

—Decid a los marineros que apuren, pues vamos a caer en sus manos.

—Cómo que apuren! no veis que es Pizarro mismo el que viene?

—Os digo que no es Pizarro; son soldados de Atahuallpa.

—Pero mirad cómo relumbran sus corazas i sus armas con la luz del sol, objetó Florazul que no acertaba a esplicarse lo que pasaba en Manjarres.

Este último argumento lo hizo estremecer de piés a cabeza.

Florazul dijo una palabra en quichua a los dos remeros, i estos soltaron los remos.

—Qué haceis? preguntó Manjarres a la princesa, lanzando llamas como los toros de Cólcos.

—Esperar al capitan, respondió esta tranquilamente.

—Esperarlo? infeliz! Sabed que estais en mi poder, i que si tratais de escaparos, sois muerta en el instante.

Florazul miró un rato con asombro el color rojo que la cólera habia hecho suceder al lívido en las mejillas de Manjarres, reparó sus ojos de hiena, casi a punto de destilar sangre, i lanzó un grito de angustia mortal.

Acababa de comprenderlo todo.

Empero, era ya tarde, i Manjarres, tomando su arcabuz lo tendió tranquilamente sobre el pecho de los dos marinos, diciéndoles, mas con el jesto que con la palabra:—Remad, o sois muertos.

Los dos salvajes asieron nuevamente los remos, i la balsa del primer empuje saltó diez varas, del segundo quince, i en esa proporcion voló sobre la superficie de las aguas.

Florazul dejóse caer sobre las pieles de leon i sobre los almohadones de brocado con una espresion de profunda agonía.

Manjarres, hecho ácia atras, no quitaba sus abiertos i espantados ojos de la balsa en que Candia venia, i apoyado sobre su arcabuz, pasaba con la mano derecha revista a sus cartuchos.

—Son cincuenta, murmuró al fin; quiere decir que podré sostener un combate de dos horas.

I levantando su arma poderosa sobre la horquilla que le servia de apoyo, sacó atras el pié izquierdo, apegó el ojo derecho en la cazoleta, permaneció inmóvil por un segundo, i luego aplicó la mecha al oido del arcabuz.

Sacudióse la balsa de popa a proa, una nube de humo blanco i denso envolvió parte de su mástil, i luego quedó atras flotando como un cópo de espuma que el viento desbarata. Manjarres habia disparado, i la bala, rozando casi las olas, acababa de matar al oficial que estaba mas cerca de Candia.

Todos los que con este venian sintieron en aquel momento el mismo alivio que el reo que sale de la tortura mas cruel i espantosa, pues todos habian visto la operacion de Manjarres, i todos sabian que iba a caer muerto uno de ellos, pero la duda de quién sería, habia apagado la vida en todos sus cuerpos.

Esos hombres habian sido durante un instante vasos de vidrio; bastaba solo tocarlos para romperlos.

¿El dedo Dios, bajo la bala de Manjarres, acababa de quebrar al mas infeliz o al mas dichoso?

Responda por nosotros el filósofo, que pretende en su vanidad saber qué sean la vida i la muerte; nosotros confesamos nuestra ignorancia ante misterios semejantes, i guardamos silencio.

CAPITULO VIII.

EL AÑJEL CAIDO.

Manjarres asegundó su tiro con éxito igual. No obstante, la balsa de Candia continuó acercándose con estraña velozidad.

Alí, el domador, tuvo aún tiempo de hacer otro disparo, i el tercer hombre vino muerto al mar.

—Bien, murmuró, aun me quedan cuarenta i siete tiros, i ellos no son veinte por todos.

Cargó, pues, su arcabuz por cuarta vez.

Florazul, sacando en aquel punto fuerzas, mas de la solemnidad del momento que de su debilitado corazon, mandó imperiosamente a los salvajes que dejasen los remos.

Estos, presa de un mismo terror, vacilaron de pronto, pero recordando al instante que Florazul era hija de Huayna Capac, esto es, perteneciente a la sacra familia del Cuzco, pararon la marcha, i la balsa casi estuvo a punto de volver atras impelida por las corrientes, que empezaban a serle contrarias. Pero Alí, desenvainando su larga i cortante espada, apoyó su punta, mas fria que la muerte, sobre el desnudo pecho de uno de los marinos, al tiempo mismo que sujetaba la lijera embarcacion con el pié, i la mantenia inmóvil en medio de las olas, como si con un clavo inmenso la hubiera clavado contra el lecho profundo del mar.

—Perdon, español, perdon para ese hombre, gritó Florazul suplicante; es inocente; si es sangre la que necesitais, aquí está mi pecho; traspasadlo.

Estas palabras fueron acompañadas de un ademan, por el cual la hija del Sol, apartando la manta delicada que la cubria, dejó ver a Alí el color sonrosado de su casto pecho, levantado i mórbido como el de una sirena.

—Es la segunda vez, murmuró el pirata, al tiempo que la espada asomaba su punta ensangrentada por la espalda del pobre salvaje, i que algunas gotas de un rojo oscuro, casi coaguladas, corrian hasta su empuñadura.

Florazul dió un grito de horror i se cubrió la cara con ámbas manos para no ver espectáculo tan triste, i el indio cayó exánime a los piés de su verdugo, despues de haberse despedazado las manos con el filo del acero fatal, en su intento temerario de contenerlo en su marcha al corazon.

El superviviente se apresuró a recojer el remo i bogó con tenazidad.

Era ya tiempo, porque durante la escena que acabamos de describir, la balsa terrible de Candia se habia acercado mucho a la de Alí, casi lo bastante para venir al terrible abordaje que se preparaba.

De repente, tanto la balsa perseguida como la perseguidora trataron de detenerse como sobrecojidas de un mortal espanto, i todos, todos, españoles e indios, palidecieron como si el aliento letal del ánjel de la muerte hubiera enfriado sus rostros, sorprendido en aquel punto recóndito del mar.

Era que las embarcaciones acababan de ser arrebatadas por una corriente negra i espumosa que, caracoleando como una víbora por en-

tre ocho o diez adormecidas sírtes, iba a estrellarse en mil copos de espuma contra unas costas bravas i desconocidas, que Alí no habia tenido tiempo de ver, i que Candia habia tomado por esas grandes sombras marinas que las nubes proyectan sobre las ondas durante los calores del mediodia.

Mejor servida la balsa del griego que la del pirata, pudo volver atras cuando todavía era tiempo, pero la de este, arrebatada por la impetuosidad de las aguas, entró en el caño fatal i rodó por sobre su lomo, como un junco que arrebata la corriente.

Era indudable que Alí iba a encallar en el primer vijía durmiente con que tropezara, donde pereceria de miseria, si era que su buena estrella no lo entregaba ántes a los monstruos marinos para regalarlos.

Este fin, desastroso por cierto, no contristaba el corazon de Candia i compañeros. Pero era la crueldad del caso, que tambien participaria de él Florazul.

Pero no, que diez u ocho mosquetes levantados en aquel punto i el disparo de un falconete hicieron zozobrar la balsa de Candia, coronándola de humo azul i sereno, al tiempo mismo que el eco de la descarga, jugando sobre las olas, atronaba la soledad amedrentando aves i pezes.

El humo, que por unos instantes envolvió la balsa cazadora como un pabellon de armiño, se deshizo luego como una bruma viajera, i Candia i sus soldados pudieron gozarse viendo hecha trizas a balazos la balsa de Alí.

Truncado el mástil, agujereada la vela, roto el timon, no era ya mas que un vástago que se llevaban las aguas a rejiones conocidas solo del delfin i del oso polar.

Pasados el estruendo, el humo, el vaiven, todo simultáneo, Candia se botó al mar, i fué a recibir en sus brazos a Florazul, que, habiendo tenido el valor de arrojarse a la corriente para libertarse de Alí, habia presentado a los ajentes de Pizarro oportunidad de pulverizar la embarcacion de este.

Concluida su mision, Candia enderezó nuevamente el rumbo a Puná.

Alí no habia sido muerto por ninguna bala : si habia desaparecido era porque habia visto a Florazul tirarse al agua i levantar contra su pecho, en ese mismo instante, todas las armas de fuego de sus perseguidores. El océano se apartó a uno i otro lado para recibir en su seno a su antiguo amigo, acostumbrado a visitarle de ese modo de mucho tiempo atras, i volviendo a cerrarse sobre él, lo ocultó a los ojos de Candia, como la losa de un sepulcro oculta los restos que guarda.

Alí nadó algunas cuantas brazas, o mejor dicho, se dejó arrastrar por las aguas, que en ese paraje, encajonadas entre dos arrecifes, semejaban un rio angosto pero torrentoso, i fué a hacer tierra al deleznable suelo de un vijía durmiente, un cuarto de milla mas abajo.

Detúvose allí un momento para contemplar la espantable soledad del mar, inmenso i tormentoso en todo lo que alcanzaba la vista. No era, no, un mar azul i espléndido, cruzado de

espumas blancas i reverberadoras, bajo un cielo tambien azul i bañado de luz: era un mar cenizo bajo un cielo sombrío i sin sol, oscurecido i triste como una pupila inmensa a que anubla una lágrima de dolor.

Alí, el fiero pirata, palideció de espanto por la primera vez.

El hambre acababa de presentarse a su imajinacion con toda su terrible solemnidad.

Recorrió, pues, la mayor parte del vijía hasta llegar, no sin frecuentes hundimientos de piés i bastante riesgo de ser arrebatado por las olas, a una roca cuadrangular que se destacaba en su estremidad, como un espectro en medio de las aguas.

Trepado sobre ella dejó caer la cabeza entre las manos con el mayor abatimiento.

Su cabello largo, húmedo i ensortijado, caía al rededor de su cuello, gallardo aún, remedando sierpes asidas por la cola, como la fatal cabeza cortada por Perséo. Sus miembros rijidos i fuertes en otras ocasiones, estaban entónces relajados i débiles; sus piernas temblaban de frio i estenuacion, i en todo el hombre parecia apagarse la vida, la fuerza, el valor, como se apagan, una a una, las luzes de una antorcha espirante.

No era el culpado que teme la cólera de Dios; era el condenado que siente los dolores de la pena que le ha sido impuesta.

I ciertamente aquel círculo de frájil cristal i de frájil espuma que le guardaba, era mas terrible para él que un muro de bronce, un calabozo de cincuenta piés de profundidad o una cadena de dos quintales de acero.

Allí empezó a comprender por la primera vez en su vida, que habia una fuerza invisible, superior al hombre, cuya sancion, a veces tardía pero siempre infalible, era mayor que la de todos los reyes juntos; pero no quiso dar a esa fuerza el nombre de DIOS.

I ¿cómo habia de dárselo el ánjel caído, si Dios, segun decian los hombres, era la suma justicia, i él habia muerto a sus padres, prostituido a su hermana i manchado los mares de Europa con la sangre de todas las razas i de todas las edades, solo por el gusto de construirse una pirámide de diamantes i oro, sobre que apoyar su pié potente, como es fama que lo apoyaban en tiempo de los justos los escojidos del Señor para subir a los cielos?

¿Cómo habia de confesar el hombre criminal la existencia de una causa reguladora, que impartiese la justicia entre los hombres, sin temblar por él como tiembla la hoja en el árbol a los embates del noto enfurecido?

¿Cabria igual galardon en la vida de ultratumba a su madre anciana i piadosa, a su padre justo i trabajador, i a su hermana pura i hermosa como una flor de la soledad, a quienes habia sacrificado a sus malas pasiones, que a él mismo, azote de su familia i verdugo de su especie?

¿No palpaba mui bien la diferencia, i grande, que habia entre él i el mercadante despojado a sablazos en el corazon del océano?......

¿Cómo era que él, valiente como otro Aquiles, tenaz como otro Sísifo, e invencible como un dios del Olimpo, yacia allí sobre una roca

agria i húmeda, rodeado de un mar turbulento, sin un pan para alimentarse, sin un carbon para preservarse del frio, sin un amigo que lo consolase, i temiendo la aparicion de los tiburones i de las focas, como Satanas teme la presencia de Dios bajo la cándida figura del bueno?

¿I si no habia Dios, como él lo habia creído toda su vida, quién lo detenia allí como aherrojado a ese islote estéril, cara a cara con su impotencia i con sus crímenes, a veinte brazas no mas de los restos de la balsa que contenia sus armas, sus tesoros i sus manjares, i en la cual podia volver a las rejiones del hombre a gozar de los placeres que eran su encanto i su gloria; pero a la que no podia llegar, porque ÁLGUIEN habia interpuesto entre él i ella una zona de espumas, una barrera de cristal, un puente de olas, que el feroz marino temia mas que las espadas corvas de los hijos del Oriente, i mas que los cañones de las galeras venecianas?

No habia Dios, ni eternidad, ni vida despues del sepulcro, i ¿quién habia creado ese sol inmenso i brillante, por cuyo rayo vivificador diera Alí en ese momento todas las chispas desprendidas de su disco, i que él habia recojido entre los hombres con el nombre de *oro*?

No habia Dios, i ¿quién habia creado las flores en los jardines, las mujeres en las ciudades, los mares, los montes i las pampas; quién, el águila i la paloma que surcan los aires, quién, el leon que ruje en los bosques, quién, el leviathan que necesita de un océano para habitar

i que en sus retozos salpica las estrellas con las espumas de su lecho ?

Era, por ventura, ese creador estupendo el mismo Alí, o alguno de sus semejantes ?

No lo era, i por eso el ateo, avergonzado, acababa de ocultar su torpe negacion en el hueco de sus manos!

No lo era, i por eso el reo temblaba a la vista de su invisible juez, reconocido, aunque tarde, por los horrores de su situacion.

Desgraciado del hombre que solo reconoce a Dios por el temor ! Feliz del que lo adora en su bondad i lo ensalza en su esperanza !

He ahí los pensamientos distintos que surjian de la exaltada imajinacion de Alí. En tanto la noche se acercaba con todo el pavor de la muerte, retirábanse las aguas con la marea, i el náufrago, desde el tope de la roca en que estaba refujiado, veia plagarse su asilo arenoso de monstruos marinos, que se adelantaban ácia a él con la misma crueldad que él se habia adelantado a sus víctimas.

—Díos mio! Dios mio ! murmuró el asesino ; ten compasion de mí, i sus rodillas cansadas i heridas se doblaron para adorar por un segundo al que habia sido negado por cuarenta años.

Sinembargo, parece que el Señor no oyó aquella plegaria, o que si la oyó no la creyó digna de él, porque los monstruos continuaron acercándose al reo i dando rujidos espantosos.

Ya los lobos marinos, sobre la roca, abrian sus grandes bocas, i ya no quedaba al náufrago mas punto de retirada que el último filo de es-

ta, cuando una sonrisa de esperanza desfloró sus labios i una chispa de alegria iluminó sus apagadas pupilas. Alí acababa de concebir una vislumbre de salvacion, pues su mano habia tropezado con el mango de su daga, siempre en su costado.

—Al ménos podré luchar, esclamó casi feliz.

Relámpago de esperanza, i nada mas!

No bien se vió armado Alí, cuando sintió que uno de los monstruos mas cercano le halaba fuertemente por el vestido. El momento era crítico, i reuniendo sus desmayadas fuerzas, le descargó un golpe mortal.

El monstruo rehuyó el cuello, i la daga dando contra los filos de la roca perdió el suyo, saltando como un caucho léjos del adolorido brazo del pirata entre mil chispas de luz.

Entónces pasó una cosa grande i terrible.

Alí, refujiado en la última cumbre de la roca, volvió a Dios sus ojos suplicantes i cuajados de lágrimas, i como Dios a Adan despues de su pecado, Alí llamó a Dios por tres vezes seguidas. Pero Dios no le oyó, porque la marea continuó subiendo a sus piés, la noche ennegreciendo sobre su cabeza, i los monstruos rujiendo en su alrededor.

—Dios mio! Dios mio! oye a tu siervo, esclamó Alí con un acento mas lastimoso que el suspiro de Job, mas hondo i contrito que la voz de la mesalina que osó echarse a los piés del Hombre-Dios para enjugarlos con sus cabellos, rubios como los últimos rayos del dia; pero semejante grito se perdió partido en el espacio por el ala del viento, i ni un eco llegó

a los oídos del hombre que acababa de sacar la prueba de la existencia de Dios del fondo mismo de su impotencia.

Alí continuó:

—¿Por qué no morí yo de la descarga de Candía, así al ménos hubiera vuelto a donde salí, con la tranquilidad del que se recuesta en un lecho de flores para dormir el postrero i mas profundo de los sueños? Pero, no, en eso mismo reconozco a Dios; él ha prolongado mi existencia solo para someterme a esta prueba tremenda: su perdon estaba escrito en su misericordia—la agonía de mi muerte es el crisol de mi purificacion!

Solo quedaban al réprobo dos partidos que tomar: lanzarse al océano, o entregarse a los monstruos. Cualquiera de ellos era suicidarse, i la idea del suicidio asustaba a Alí desde que la idea del supremo Juez habia calado en su alma.

Esperó pues.

Las fieras marinas rodeaban mas voraces la roca, i ya el desventurado Alí iba a caer en su poder, cuando subiendo de súbito la marea hasta el tope de ella, lo arrebató en su torbellino de olas i fango.

"El océano de su dolor acababa de pasar por la cumbre de sus culpas."

—Candia, hermano mio, perdonadme!

He ahí las últimas palabras de Alí, palabras que recojió i guardó el mar, porque ellas debian ser un secreto, eterno como sus raudales.

Candia era el niño hermano de Alí que habia logrado escaparse de sus furores, huyendo del hogar.

La Providencia lo habia conservado para que se cumpliesen sus altos i misteriosos designios!

....

....

CAPITULO IX.

* * *

Los acontecimientos que tuvieron lugar desde la salida de Pizarro de Puná hasta su entrada en Cajamarca, entrada que puso término a la conquista militar del Perú con la muerte traidora i cruel dada al postrero i mas grande de los incas, quedaron ya referidos en los capítulos XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXIII, XXIV, XXV i XXVI de nuestro último romance intitulado ATAHUALLPA. A ellos, pues, remitimos a los lectores que quieran refrescar sus ideas sobre el particular, en gracia del interes que pueda haberles inspirado nuestra pobre novela.

CAPITULO X.

MISCELANEA.

Ya habia pasado la terrible noche del 29 de agosto de 1533.

Ya Cava, la loca, habia bordado de rosas la túnica patibularia del desgraciado amante de su señora.

Ya el ánjel de América habia abandonado sus verjeles, oyendo el mandato de Dios, i el jenio conquistador de Europa se cernia sobre nuestro cielo, tras el rastro de fósforo i llamas dejado por Colon en las vírjenes aguas del océano de Alcídes.

El inca habia caído para siempre, i detras de él se elevaba la figura grave del caballero de la edad media, salida del castillo gótico de sus antepasados como un fantasma ominoso del roto murallon de un antiguo templo en el desierto.

A la civilizacion patriarcal del aduar, al trono de joyas i plumas del jeque primitivo, iba a sucederse la civilizacion temeraria del feudalismo i el trono tirado por caballos vomitadores de fuego de los Jóves de la tierra.

La palma real debia ser talada para levantar en su lugar la horca siniestra, símbolo del señor de la sangre azul.

El aire, la luz, el fuego, el bosque i los pensiles habian dejado de ser comunes al hombre, como el patrimonio de Dios a sus criaturas, para pasar únicamente a poder de la jente titulada.

El privilejio, audaz i corrompido, se revestia del orgullo del grande, i chasqueando su látigo ensangrentado sobre el lomo de diez jeneraciones vencidas, aspiraba al trono del Universo, como en otro tiempo Luzbel, el soberbio, habia aspirado al cetro de Dios.

En una palabra, los brazos de hierro de Pizarro, abiertos sobre el continente i vueltos a juntar, habian hecho del Chimborazo, el Cotopaxi, el Tolima i el Soratá, un solo cono de diamante, sobre cuya cima descansaba a plomo la pesada corona de los hijos de Pelayo.

El nuevo Sanson habia juntado las columnas del templo idólatra, i el templo se habia desplomado hasta sus cimientos.

La era maravillosa de los Capacs habia pasa-

do para siempre, i la era fanática de los Felipes empezaba a despuntar sombría en un oriente sin sol.

La conquista acababa de consumarse.

Mas, por lo pronto, sus fáciles héroes no pensaban en dar leyes de piedad i filosofía a la nueva tierra, como no pensaban los sacerdotes del hijo de Dios hacer de la Cruz el estandarte del progreso humano. No; que la balanza de Astrea i el madero del Gólgota yacian tirados por el suelo, envueltos en el polvo de un olvido torpe i criminal, i el ministro de la mas dulce de las relijiones, sable en mano, se disputaba con el galeote el brazalete de oro o el collar de perlas de las hijas del Sol.

Aquí la capa del aventurero, i allí el hábito del sacerdote, servian de mesa de dados, i el español, sin distincion de padres ni de hijos, sin distincion de clase ni conducta, vivia entre la crápula i la licencia, el reniego i la oracion, como es fama que vive un campo de bandidos bajo el cielo de zafiro de Italia, o en los oásis del retostado país del árabe.

Pobre América! ¿ Qué seria de tí, despues de tanta mengua, sin el recuerdo de Junin i Boyacá, Carabobo i Bárbula? Sin el recuerdo de tus jemelos Bolívar i Washington, tus celestes rejeneradores?

Estaba reservado al condor vencer al águila .....estaba reservado a la vírjen salvaje triturar las garras del leon envejecido!......

Mas ya todo eso pasó, i nosotros debemos, si no veneracion, por lo ménos aprecio, a la sangre que calienta nuestras venas, a la relijion

que funda nuestras esperanzas, al idioma en que cantan nuestros poetas i nos juran amor nuestras mujeres.

Paz, pues, a lo que vive del otro lado del sepulcro! Paz a las cenizas i a la historia!

....

Estábamos en el mes de febrero de 1533.

Almagro, con una brillante espedicion consistente en tres bajeles, ciento cincuenta peones i setenta caballos, habia llegado en el mes anterior a la colonia de San Miguel, fundada sobre las costas del Pazífico en honor del arcánjel que tan oportunamente habia servido a los españoles en la batalla de Puná.

En esta espedicion del Adelantado se hacia notable, al primer golpe de vista, el lujo militar de los soldados, su disciplina i dotes para el combate, pareciendo mas bien un cuerpo de caballeros cruzados, que dos centenas de forajidos revestidos de seda i pedrería.

Eran sus tiendas blancos lienzos matizados de azul i rojo, sus estandartes terciopelos sobrecargados de oro i plata, i sus armas aceros brillantes i dúctiles.

Sus caballos, traídos de Andalucía, dejaban atras, en lo rápido de su carrera i lo leve de sus movimientos, a los que, en Oriente, enjendra el aquilon en las yeguas del Profeta.

Era, ciertamente, una cohorte digna de figurar por sus arreos, entre las que la espada del héroe macedon pulverizó en los desfiladeros del Asia menor. En cuanto a arrojo, ellos estaban a prueba de los primeros batalladores de su siglo.

Esta especie de *batallon sagrado* habia sido el blanco de Almagro durante muchos meses. Por reunirlo i prepararlo para la guerra se habia quedado en Panamá, trayéndolo luego, como una joya i un insulto a Pizarro, al teatro de la conquista, para hacer de él la primera fuerza del continente.

Candia lo comprendió así al punto, i dijo a Pizarro:

—Capitan, el Adelantado no ha perdido el tiempo, i mucho temo que haya desembarcado con ánimo hostil.

El previsor griego no se equivocaba: Almagro venia resuelto a dirimir con Pizarro todas las cuestiones sobre el campo mismo de batalla.

—I bien: qué podremos hacer? habíale preguntado el Gobernador.

—Solo una cosa.

—Cuál?

—Recibirlo de paz.

—Mi corazon se inclina a ese partido: pero ¿ de qué modo?

—Escribiéndole que venga a participar de nuestra gloria.

—Vos sois mui partidario de las cartas, Candia; lo mismo fué en Toledo, i ya vísteis que no alcanzamos nada con doña Sol.

—Ah! señor, hai mucha diferencia entre una favorita i un guerrero.

—Segun eso, creeis a Almagro un hombre superior?

La pregunta del Gobernador no carecia de desagrado.

—Sin duda, capitan, pues tiene dos cualidades raras en la época.

—Cuáles, Candia?

—El valor i la jenerosidad.

—Le tomais por un Cid!

—Sí, señor, le tomo por un Cid; pero me guardo bien de decir que es un Pizarro.

El Gobernador se puso rojo de orgullo.

—Bien, dijo, escribidle.

La carta partió aquel mismo dia.

No decia otra cosa sino que apresurase su marha a Cajamarca para ponerse de acuerdo sobre lo que debia hacerse en la distribucion del oro del rescate del inca.

Era lo bastante. Almagro, hidalgo hasta la exajeracion, cambió al punto de plan i de intenciones, i salió de San Miguel para Cajamarca, dos horas despues de haber recibido el emisario del Gobernador.

—Me llama, i voi, habíase dicho; así verá que no le temo ni le desprecio.

Esta conducta del Adelantado tenia ademas otra esplicacion.

Sabedor, en la costa no mas, del golpe dado por Pizarro capturando a Atahuallpa, i la casi fabulosa sojuzgacion de imperio tan vasto en ménos de dos años, no habia podido ménos de ver en Pizarro uno de esos jenios militares de la antigüedad, cuyas hazañas asombrosas, casi increíbles, les ha hecho perder su puesto entre los hombres para ir a ocupar uno entre los dioses—propiedades de las cosmogonías, donde se veneran con el nombre de Confucio, Soroastro, Júpiter o Jason.

—No hai duda que la fortuna guia los pasos de ese hombre, habia esclamado Almagro,

confesando en lo íntimo de su corazon que este era un doble título de superioridad.

El paralelismo estaba roto, i los dos amigos del año de 1526, los mismos que a los cincuenta años habian pensado en la gloria, i que sin esta circunstancia habrian muerto como dos camaradas junto a una vacía bota de vino del Rhin, empezaban a ser mas que dos comunes enemigos: empezaban a ser dos rivales poderosos.

Los votos de Pizarro estaban cumplidos: el título de marques no inspiraba ya mas que desprecio al que era dueño del imperio de los Andes.

A su vez Almagro se sentia humillado con un Adelantamiento a que todavía sus méritos no le habian hecho acreedor.

La mitad de los deseos manifestados en su conversacion de siete años atras estaba cumplida; faltaba la otra mitad: faltaba que Pizarro venciera i decapitara a Almagro!......

Funesto poder de lo que el vulgo llama *palabras ociosas.*

CAPITULO XI.

EL RODIN DE BARRO.

Aun no se habian acabado de enfriar los restos ensangrentados de Atahuallpa, i ya los conquistadores habian procedido al reparto del botin a que daban el nombre *de rescate del inca.*

Triste sarcasmo del destino!

He aquí la distribucion que se hizo.

	Ducados de oro. *	Ducados de plata.
Tocó a Pizarro.............	252,000	60,000
A los tres capitanes de caballería	129,600	36,000
A los cuatro id. de infantería	129,600	36,000
A los setenta de a caballo.	1.036,800	129,600
A los cien infantes........	1.296,000	162,000
A la jente de Almagro, no obstante el no haberse hallado en la prision del inca	259,200	72,000
Al mismo Almagro.......	43,200	12,000
Al emperador Cárlos, gracias al tino del cardenal Adriano, por quintos reales !.........................	786,600	129,900
A lo que si agregamos lo que entónces se llamaba *crezas de la plata cendrada*		38,170
Tendremos un total de...	3.933,000	675,670

O lo que es lo mismo, *diez i seis millones, cuatrocientos siete mil, seiscientos setenta ducados de plata !!!*

Oh! tres i cuatro vezes feliz ocurrencia la del descubrimiento del Perú!

Esta primer jornada de los conquistadores alentó el corazon de todos, i por lo pronto setenta de los ménos codiciosos se volvieron a Es-

* Puede decirse que el ducado de oro tenia cuatro de plata, i el de plata once reales de vellon.

paña con Hernando Pizarro a disfrutar de su dinero; pues, a la verdad, no era poca fortuna haberse hecho a cien mil pesos en ménos de dos años, i sin trabajo mayor.

Es de advertir que las piedras preciosas no entraron en el cómputo del reparto, lo mismo que varias joyas especiales que la oficialidad se reservó para sí. Entre estas joyas debe contarse el *tiana* o trono de Atahuallpa que se adjudicó Pizarro, i que pesó la bagatela de veinticinco mil pesos de oro.

Segun el contrato primitivo, cada uno de los socios de la conquista, Pizarro, Almagro i Luque, tenia derecho a la tercera parte ¿por qué, pues, no se habia observado ese órden en la reparticion?

Ah! doloroso es decirlo!.........porque Luque, Luque el famoso predicador, Luque el hombre ríjido i pródigo, habia muerto.........Por lo que respecta a Almagro, tenia riquezas de sobra para envidiar los tesoros de Cajamarca.

—Luque muerto, i muerto ántes del reparto del rescate! esclamará alguno de nuestros lectores; no, eso es imposible!

Sinembargo, nada hai mas cierto, i Luque habia pasado en espíritu a la rejion de los ánjeles.

Veamos como habia tenido lugar esa escena punzadora.

Pueda que no haya olvidado el pío lector la casita aquella de Panamá, la misma del patio espacioso i desierto en que tuvimos el honor de introducirlo una tarde de 1526. La misma de la hamaca de mimbres, del mantel arrollado i el jarron de plata; esa morada de la virtud

austera, del recojimiento i de la penitencia; porque si penitentes ha habido, Luque lo fué, i grande, del martirio de su alacena.

Eran las doce de la noche del once de noviembre de 1532.

Panamá estaba silenciosa como una tumba; desierta, triste i sombría como una ciudad arruinada.

Morféo estendia sobre ella sus graves, negras alas, como un cuervo monstruo, envolviéndola de Oriente a Sur, de Poniente a Setentrion.

Ráfagas de un viento seco i tardío, viniendo del Atlántico, atravesaban el Istmo e iban a encrespar las perezosas olas del mar del Sur.

Ya ni los gatos maullaban en los tejados, ni los canes erraban por las calles.

El reloj de la ciudad no daba las horas, porque la ciudad no tenia reloj.

Tampoco las cantaba el sereno, porque no lo habia.

En esa época de hierro, el hombre era dueño de la vida del hombre, i con tal de tener una espada al cinto o un arcabuz a la testera de su cama, a buen seguro que se molestase por ninguna cosa. El duelo estaba al órden del dia, i con el duelo se cubrian los asesinatos, las venganzas i el crímen mismo.

En aquel dichoso siglo de lombardas i murallones, ni la imprenta habia empezado a despabilar a las jentes, ni las discusiones sobre derechos del hombre traían de mala guisa a los reyes. Esento el feudalismo de cámaras, telégrafos, ferrocarriles i vapor, echaba aún a pierna suelta sus ronquidos postreros; el señor

sin curarse del vasallo, el vasallo sin curarse del señor: especie de parodia de la edad de oro de los poetas, pues el lobo descansaba junto al cordero i la zorra junto a la perdiz...... ya se ve, estaban todos dormidos.

Como hemos dicho, eran las doce de la noche de 1532, esa hora de las brujas i de los espectros. Panamá dormia, i dormia profundamente.

Solo el padre Luque velaba.

I velaba pálido, ajitado, con un candil en la mano, cuyos resplandores mortecinos se afanaba por arrojar sobre los talegones de su alacena, mirándolos por la última vez con toda la agonía de una madre que ve espirar a su hijo, con todo el dolor del que va a separarse para siempre del caro objeto de su amor primero.

I los miraba por la última vez, porque a las abras de madera de la alacena habia sucedido una capa de argamasa i piedra de dos palmos de espesor, que la mano misma del maestrescuela habia levantado, línea por línea, durante las noches de su larga i última enfermedad.

El cura estaba enfermo hacia un mes, i viendo próximo su fin, se habia dicho:

—Solo en el mundo como Ashabero, nada quedará de mí sobre la tierra despues de que mis ojos se cierren a la luz!...... nada...... he vivido en la soledad i para la soledad ...... a nadie he amado ni nadie me ha amado a mí. Imájen fiel del egoismo, soi la efijie sombría de tantos otros séres, sin amor, sin fe, sin esperanza, especie de estátuas movibles que atraviesan entera una jeneracion, i que por mas que

son falsas como la serpiente paradisal, cualquiera nota que sus ojos no ven, que su corazon no palpita, que no hai en ellas espíritu, ni entusiasmo ni amor...... mármoles a que falta la animacion del cincel, ánjeles de ceniza que viven del *yo* i para el *yo*......! si detras de mí no queda una huella siquiera de mi paso por el mundo, si sobre la losa de mi sepulcro han de plegarse los dos horizontes de una eternidad desconocida, i ya no ha de bullir mas dentro de mí el alma que alimentaba mi existencia... si muerto yo, muere tambien todo para mí ¿por qué he de entregar al primero que sorprenda mi mente, este tesoro inmenso, juntado óbolo tras óbolo en el espacio de sesenta años? ¿Por qué no he de tener el valor bastante para dejarlo sepultado en las entrañas de este paredon, oculto a los ojos del mundo entero, para que un siglo tras otro siglo lo cubra con su capa de polvo, la noche lo custodie con sus sombras, i nadie, nadie, ni el hambriento ni el harto, ponga jamas su mano profana sobre él? Atesorado en el silencio, el silencio será su guarda, ya que no puede serlo mi corazon, cuyos latidos de angustia le han arrullado por tantos años! ....

Adios, pues, ídolo mio, amor de mi juventud, consuelo de mi vejez! No puedo llevarte conmigo al país de las almas, pero no temas nada de los hombres; los hombres no te sorprenderán en el secreto de tu retiro, i yo te custodiaré desde el cielo! Almo tesoro, adios!

Dijo Luque ahogado por los sollozos, i arrodillándose ante la cubierta alacena como el le-

vita delante del arca, humedeció el suelo con sus lágrimas, pobló el viento con sus suspiros, i dos o tres vezes estuvo a punto de romperse la frente contra la muralla.

—Oh! murmuraba, no me importa morir, nó! pero dejarlo, dejarlo a merced del primero que pase por este lugar...... Dios mio! Dios mio! son casi dos millones...... esto es, dos millones de gotas de la sangre de mis venas!... dos millones de sensaciones inefables, cien mil glorias, cincuenta mil vidas, treinta coronas!...

I el pobre agonizante se revolcaba como una zebra.

I me he de morir, cuando aun podia juntar algunos maravedises mas, cuando todavía me quedaban algunos sacos que llenar!...... Dios mio! Dios mio! prolongadme la vida un dia, una hora, un minuto mas; que pueda yo volver a contar mi tesoro, a ordenar mis talegos, a deleitarme con su armonía, i aunque me priveis de todo sobre de la tierra. Qué me importan a mí la salud, la ciencia, el poder? nada, Dios mio, si me conservais las manos para tocar mi tesoro i los ojos para contemplarlo! ... Diòs de Israel, dejadme tender sobre mis ducados, i aunque despues lanzeis sobre mí el buitre de Prometeo, yo seré feliz...¿qué martirio puede haber sobre un lecho de oro?...... el mismo de Procusto sería envidiable con esta condicion!......

Todo era en vano, el candil se habia apagado en la desesperacion de Luque, i el frio i la enfermedad iban a quitarle la vida dentro de algunos segundos. Su cuerpo estaba flaco co-

mo un esqueleto, sus mejillas lívidas, sus ojos mortecinos, su frente salida como la de un cadáver, su barba alargada i aguda, i sus piernas delgadas i secas. Envuelto en una sábana i espantado él mismo con la muerte, que le habia sorprendido, faltando a todos sus cálculos, ántes de acabar de tapar su alacena, presentaba un cuadro aterrador i raro: era la personificacion de la avaricia luchando a brazo partido con la muerte, i disputando a esta mensajera de Dios los últimos momentos de una existencia impotente i casi criminal.

Luque, a semejanza de Rodin, no queria morir; pero Rodin se oponia a ello con la fuerza de voluntad del hombre superior, i Luque no tenia esa voluntad, ni esa fuerza: no era el jenio que lucha, era el reptil que se azota entre las garras poderosas del leon.

CAPITULO XII.

LA FANTASMA.

Luque, atacado de una calentura maligna hacia mas de un mes, i viendo que su curacion no seria ni probable, tuvo el buen juicio de despedir a Perico, diciéndole:

—Hijo mio, esto ya terminó: yo voi a morir, vete, i busca amo.

—Cómo me de ir, señor, si vos quedareis solo!

—No está solo quien cree i espera en Dios.

—Pero quién os acompañará?

—El ánjel de mi guarda.

—Ya lo creo, mi padre, pero siempre seria bueno que yo me quedase a vuestro lado.

—No, hijo; tengo hecho voto de morir solo, i no quiero quebrantar ese voto. Toma esos cien maravedises, que eso i mas mereces por tus servicios en diez años, pero yo soi pobre, mui pobre, Perico...... Dios tendrá compasion de tí, i te pagará mejor.

—Cien maravedises! esclamó Perico, jamas os recibiré yo suma tan enorme......i en qué circunstancias!... No, guardadlos, mi padre, para compraros una toca mortuoria. Por lo que es yo, estoi de sobra pagado con haber vivido en vuestra santa casa.

—Soi dócil, hijo mio, dijo Luque, i volvió los cien maravedises al bolson de cuero lleno de alegría; pero vete al instante.... tú no sabes cuánta es la solemnidad de un voto!... Ah! un voto puede abrir las puertas del infierno de par en par, i cerrar las del cielo!

Media hora despues salia Perico de la casa del maestrescuela llevando por todo avío una muda de ropa al hombro, en la estremidad de un largo i nudoso cayado. Habia servido diez años al obispo de Túmbez, i sólo tenia delante de sí un porvenir de hambre i desnudez.

En cambio su amo dejaba dos millones de pesos en el hueco de una alacena con destino al primer albañil de la cristiandad.

Es de advertir que Perico habia rehusado los cien maravedises de sus salarios, a razon de diez por año, en la firme creencia de que no debia privar de ese recurso a su amo doliente. Alma pura i sencilla, tenia toda la candidez de la inocencia.

Una vez libre Luque de importunos, se en-

tregó con afan a tapar su alacena; pero como la fiebre apuraba dia por dia, le fué preciso a él tambien apurar, i este apuro precipitó su muerte.

El tiempo apremiaba, i Luque tuvo muchas vezes que meter sus manos abrasadas por la fiebre en la fria i disuelta argamasa con que sujetaba el ladrillo i las piedras que debian ocultar a los ojos del mundo el secreto de su codicia, su única, pero jigantesca pasion. Este frio penetrante, junto con la fatiga que le causaban ocho o diez horas de trabajo diario, acabaron por quitarle las fuerzas, i el pobre atesorador tuvo que renunciar al fin a ver terminada su obra.

Este incidente causóle mas tormento que ninguno otro en su vida de sesenta años. Ya pues no se aflijia por tener que ocultar sus ducados, sino por no poder ocultarlos bien.

—Oh! murmuraba, si al ménos pudiese yo echar encima de esta alacena el Atlas íntegro, con cuánto gusto no lo haria, aunque tuviese que traerlo de África a aquí, átomo por átomo, en doscientos millones de siglos! Pero morir; morir ántes de haber concluido de cegar la alacena, es peor que morir: es regalar!...

I qué es morir? agregó despues reflexionando. Una felizidad cuando no se deja a los hombres sino un cadáver sucio i macilento que enterrar, i una memoria hipócrita que bendecir; pero ¡ah! un suplicio espantoso, cuando se les deja un tesoro inmenso, dos millones en oro i pedrería, i se arroja uno mismo del lecho mortuorio para mostrarles con su mano yerta

donde quedan, para calentarlos con su último suspiro........ para cambiar el título de *santo*, que la porfía de un pueblo entero le habia dado por seis décadas seguidas, por el de *avariento*, miserable esquilmador i ladron de una sociedad incipiente i desvalida!

De qué me vale una labor de tantos años, si no puedo tapar esa rendija que la mano de Satanas se empeña en mantener abierta, i por la cual van a escaparse mis ducados como una fuente que brota de la tierra?...... Ah! daria un millon por salvar el otro millon......Perico! hijo mio, Perico! ven; acorre a este mísero anciano, a quien ha perdido una ciega confianza en Dios!......

Este último sacrilejio fué acompañado de una carcajada espantosa.

—Quién habla aquí de millon? esclamó en aquel punto una voz casi sepulcral, al tiempo que una sombra se interponia entre la puerta principal i el resplandor opaco de la madrugada, que entraba por ella.

Luque se sintió estremecer de piés a cabeza.

Nadie contestó.

—Pregunto, quién habla aquí de millon? dijo la voz del fantasma con una solemnidad aterradora.

—Si es Satanas, pensó Luque ya mas tranquilo, todo va bien, pues podemos hacer algun arreglo por el cual no caigan mis ducados en manos de los hombres.

En seguida probó levantarse.

Intento vano: su cabeza convertida en plomo no podia ser sujetada por su cuello de car-

ne, i sus miembros, tirantes i helados, habian perdido toda elasticidad.

Murmuró pues :

—Acercaos, hermano.

La fantasma pasó de la sala a la alcoba, obedeciendo a la súplica del espirante, i luego esclamó :

—Hernando de Luque !

Hernando de Luque repitió al punto el eco en todos los ángulos de la alcoba, i *Hernando de Luque* moduló el postrer viento de la noche como una voz misteriosa que cruzase los aires.

El maestrescuela no contestó. Su nombre, pronunciado con tal solemnidad en aquella ocasion, no le habia parecido un simple llamamiento humano, sino una terrible acusacion celestial.

Acababa de abandonar la siempre consoladora idea de Dios, por la del rei de las tinieblas, i su nombre, pronunciado así por una fantasma, en medio de la oscuridad, i cuando ya el jélido vajido de la muerte ratozaba en sus tostados labios, habia equivalido para él al *qué habeis hecho* acusador del Juez de los séres.

Habia temblado, pues, como tiembla el creyente al emprender ese viaje sin regreso que se llama la muerte, i habia lanzado su último aliento.

Así habia espirado al parecer Alí : la naturaleza es siempre lójica; el marino sobre las rocas, en medio del mar, circuído de monstruos ; el avaro sobre su tesoro.

La fantasma sacó de debajo de su ropaje blanco una linterna sorda, con la que iluminó todo el aposento.

—Ah! esclamó viendo a Luque en el suelo, con el cuerpo empolvado i herido, el santo hombre ha hecho penitencia hasta en sus últimos momentos. Qué heroica conformidad la del ascético!

En seguida acercóle la luz al rostro i vió que en sus pupilas acababan de coagularse dos lágrimas con el frio de la muerte.

Su mano derecha reposaba tranquila sobre el corazon, i la izquierda, estirada ácia la pared, mostraba con el índice algo que la fantasma no distinguia bien.

Esta dijo sin curarse de la actitud del muerto:

—La fe le hizo feliz sobre la tierra; el llanto le ha dado la gloria!

Levantólo en seguida del suelo, limpióle el rostro, arreglóle el cabello, i sacando de un pequeño guarda-ropa que el austero cura se habia hecho construir en los últimos años, el vestido con que debia consagrarse obispo de Túmbez, lo adornó con él, i colocólo sobre una mesa, despues de haberla cubierto con una manta fúnebre.

Prendió luego luzes en su derredor i permaneció largo rato en oracion.

Concluida esta, se levantó, i atraido por una curiosidad mui natural, fué a ver por qué Luque habia preferido para morir el lugar en que lo habia encontrado, a otro cualquiera de la casa.

Fué entónces que descubrió la alacena a medio tapar, i azorada, fuera de sí (si tal puede una fantasma) leyó sobre la fresca argamasa la palabra AQUI! que la mano del maestrescuela habia trazado con su propia sangre durante su postrera agonía. 25

—Aquí qué? preguntó la fantasma, i alzó la lumbre para ver mejor.

Mas, cuál fué su asombro al observar que el padre no habia muerto penitenciándose como lo habia creido hacia un momento, sino tapando una alacena repleta de mochilones de oro! I no era fascinacion, no era engaño, que allí mismo estaban los instrumentos i materias necesarias para tal intento.

Era pues indudable, que el que hablaba de millon era el mismo Luque, i que lo que él habia tomado por llagas producidas por los cilicios, no eran mas que heridas causadas contra aquellas piedras por la falta de fuerzas para manejarlas.

—Oh, engaño! oh, mentira! esclamó......... quién podrá ahora creer en los hombres?...... El obispo no era mas que un avaro, i su último pensamiento no ha sido para Dios sino para sus talegas.........! i yo que venia a darle mi confesion, a oir su palabra de salud!......

I la fantasma arrojó una mirada de profundo desprecio, de triste compasion, al cadáver que media hora ántes habia sido el objeto de todos sus cuidados. En seguida reflexionó, i se dijo:

—Es indudable que el Señor ha guiado mis pasos en esta noche; no será pues para que yo deje este monton de oro a merced del primero que llegue; otros son los fines a que se le destina.......

I poniéndose a tapar, cerró herméticamente el hueco que aun quedaba, i que los ojos del socio de Pizarro i de Almagro veian a traves de la oscuridad como la roja puerta del infier-

no. Despues apartó todos los trastos i útiles que pudieran dar algun indicio de la tapada de la alacena, i salió de la casa poseedor de dos secretos grandiosos i correlativos: la existencia del tesoro i el pecado de Luque.

Esa misma mañana (porque ya era de dia cuando la fantasma abandonó el cuerpo del difunto) se agolpó la jente de Panamá a la casa del maestrescuela, i todos lloraron al ver a su pastor convertido en polvo por la guadaña de la muerte. Era cosa cierta que el dios de los ejércitos estaba irritado con los hijos de Castilla del Oro cuando acababa de quitarles su padre, su amigo, su sosten.

Luque ya no era!!! La palabra profética, el corazon magnánimo, todo se habia estinguido, i para siempre! Ya no habia mas consuelo que llorar, i los de Panamá lloraron cuarenta dias i cuarenta noches, como en otro tiempo las nubes de la Armenia habian llorado igual número de dias en el diluvio universal.

Pero lo que en medio de su estupendo dolor no acertaban a esplicarse los colonos, era cómo habia resultado el paciente vestido con las ropas talares, ceñida la mitra i puesto el anillo episcopal en el dedo de costumbre, cuando nadie habitaba con él ni se sabia que hubiese entrado nadie en su casa durante la noche.

—Vaya! i lo que os preocupa! habia dicho uno de los vecinos de Luque en un corro que apropósito de esto se habia formado en el patio. Esas son cosas de Dios.

—Cómo cosas de Dios?

—Quiero decir que el padre ha sido vestido por la mano misma de los ánjeles.

—De los ánjeles decis ? preguntó el concurso estremecido.

—I por qué no ? Desde que entramos en América todos no han sido milagros ? Quién libertó a Pedro de Candia, en Túmbez, de las fieras del inca ? quién dió al Gobernador Pizarro la victoria en la isla Puná ? i quién, en fin, acaba de vestir al reverendo don Hernando de Luque ? Pues Dios, o sus ánjeles, que todo es uno.

—Era tan bueno ! moduló en aquel punto una vieja, i fué a dar libre curso a sus lágrimas al rincon mas apartado del patio.

Felizes los que son llorados, porque ellos pueden estar seguros de la gratitud de las jentes ! Felizes los que son ataviados por la mano misma de los ánjeles para volar a la presencia de su Dios !.........

CAPITULO XIII.

TOPARCA.

Como queda dicho, Hernando Pizarro i setenta caballeros mas habian salido del Perú, o mas bien de Cajamarca para España, portadores de los quintos reales, i de la súplica a su majestad imperial, que Pizarro a nombre de todos hacia, de que hiciese a Almagro i al mismo Hernando, a Gonzalo i a Juan, jente noble i titulada.

El Emperador habia de dar pergaminos en cambio de ducados. El contrato era al parecer ventajoso.

Dado este paso importante por lo que res-

pectaba a la política esterior, pues urjia acreditar la conquista para llamar jente, Pizarro volvió los ojos al interior i pensó en dar un sucesor a Atahuallpa.

Por lo pronto habia dos príncipes entre quienes elejir: Manco, hijo lejítimo de Huayna Capac i hermano de Florazul, i Toparca hermano de Atahuallpa.

Las circunstancias de estar este último en Cajamarca i de pertenecer a la faccion de Quito, cuyos soldados todos habian pasado al servicio de los españoles despues del desastre de su príncipe, hicieron dar a este la preferencia.

Con todo Pizarro habia sido galante hasta decir a Florazul:

—Mi corazon se inclina mas a nombrar inca a vuestro hermano que a Toparca. ¿Podré esperar que sea conmigo tan bueno como vos?

Esta última pregunta fué acompañada de una sonrisa de amor.

—Por lo que es eso nada me pregunteis, Pizarro; yo nunca he vivido con él, i si he de creer lo que dicen los peruanos, Manco es un digno descendiente de los Capacs.

—Es decir que no me aconsejais nada?

—Pedidme mas amor, si es que puedo tener mas amor que daros, pero no me hableis de cosas que yo no comprendo. Yo solo sé que quiero vuestro bien.

En la misma plaza en que la espada del conquistador habia segado el cuello de Atahuallpa, el César de los Andes, i casi en el mismo paraje donde habia corrido su sangre preciosa, Toparca recibió los homenajes de su coronacion militar.

I decimos *militar*, porque la ceremonia fué del todo distinta a la que se acostumbraba en el país de trescientos o cuatrocientos años atras.

Desde mui por la madrugada, los diferentes escuadrones i peones ocuparon la plaza, formando en cuadro a su alrededor, i a eso de las nueve de la mañana, despues de una solemne misa dicha por los padres Valverde i Pedraza, Pizarro puso, con sus propias manos, el rojo cordon en las sienes del príncipe; en tanto que los indios, agrupados en las boca-calles i trepados en los edificios que rodeaban el área del espectáculo, parecian concurrir a un acto ajeno de su suerte, a una ceremonia que no tenia nada de semejante con su pomposa fiesta del huaraco.

En efecto, ya no era el padre quien ceñia al hijo la borla de la dignidad imperial, quien le ponia los aretes de oro de la órden, como tampoco era ya el primer guerrero del imperio quien le calzaba las sandalias sagradas! Ya todo aquello no tendria mas lugar en el país de los incas!

Otro pueblo i otra civilizacion habian invadido sus pintorescas comarcas.

Entre vencedores i vencidos habia la misma diferencia que entre el arnes de Pizarro i la túnica de Atahuallpa.

Los pretorianos del siglo XVI acababan de proclamarse un rei, pero ese rei era solo un juguete coronado: el poder, la fuerza, la legalidad, estaba en la punta de sus espadas.

Toparca no seria mas que un teniente de Pizarro.

El príncipe, al parecer, no se curaba de estas cosas, contentándose con ser en secreto el esclavo del jefe español, a trueque de darse ante los indios las ínfulas de un rei. Debilidad mui comun en la especie humana, siempre dispuesta a contentarse con las apariencias.

—Qué me importa a mí, dice el hombre que nace dueño de un pueblo, que no sea yo, sino el ministro, el que gobierne mis estados? ... Las jentes solo se inclinan a mi paso.

—Yo no he salido de las tiendas durante la batalla, murmura el jeneral; todo lo han hecho mis oficiales. Empero yo daré el parte de victoria a la República, i mi nombre i el de la jornada serán inseparables en la historia.

Desgraciadamente así está organizado el mundo, i la gloria ha venido a ser una máscara comprada a peso de oro en el bazar de la mentira, al traves de cuyos poros todos pudieran ver, pero nadie quiere ver, la realidad. I esa máscara, tanto en el pasado, como en el presente i el porvenir, ha sido, es i será la mejor vestidura para penetrar en el templo de la inmortalidad. Sin ella, los poetas, los oradores, los héroes i los estadistas, no serian cien sino cincuenta, i mas de tres mil pedestales quedarian sin estátua; ganando, por lo pronto, en frondosidad i lozanía el árbol de Apolo, hoi descarnado i triste a fuerza de coronar una jeneracion tras otra jeneracion, desde los panaderos hasta los mariscales......

Despues de la breve ceremonia de la coronacion de Toparca, este, Pizarro i sus seiscientos soldados se pusieron en marcha para el Cuzco.

Viajaba el jóven inca en una espléndida litera en medio de su servidumbre; marchando a su lado el jefe cautivo Challcuchima, el famoso amante de Sciry Paccha, i a quien esperaba la hoguera en el valle de Jaquinjaguama.

El tren era riquísimo, i segun la misma usanza oriental, seguian a Toparca sus mujeres i parientes, llenos de joyas i plumas, recostados blandamente en hamacas de mimbres i brocado, i precedidos de cuadrillas de músicos i danzantes.

El camino, que era ancho i cómodo en su parte mayor, estaba sembrado de tambos o caneyes, donde se habian preparado refrescos de frutas i colaciones de maíz, amasadas por las vírjenes del Sol, i donde jóvenes i aseadas mujeres repartian a los viajeros, sin distincion, grandes mates de hirviente sora, conservada en tinajones de oro.

Las jornadas eran cortas, i ciertamente el espectáculo presentado por los viajeros, en su marcha confusa i pintoresca, era uno de los mas hermosos del mundo.

Aquí el espumante caballo del jinete español se divertia en saltar por sobre los picos de roca desprendidos de la cumbre de los Andes. Allí un paje de Pizarro daba el brazo gallardamente a una indiana de quince años, orgullosa de verse escojida entre la multitud, miéntras que cien miradas de envidia, o alguna que otra palabra de sentido doble i picaresco, hacian reir como gañanes al piquete de arcabuzeros que iba detras.

En las ardientes horas del mediodia, i en

los frescos valles del tránsito, fabricábanse, a orillas de los arroyos, ciudades caprichosas de tiendas de campaña, con sus plazas, sus fuertes i torres, en cuyas cumbres blancas i suaves ondeaban hermanados los estandartes de Castilla i los íris peruanos; miéntras que los mosquetes, formando pabellones, la artillería haciendo fuego a las hondonadas, los caballos enjaezados i retozando en el campo, las mujeres yendo i viniendo afanosas de un punto a otro cargadas de frutas, i las distantes hogueras de los matadores de llamas, cuyas manadas de a tres i cuatro mil cabezas, seguian la marcha de los ejércitos, ora sirviendo de acémilas, ora de sustento ordinario, semejaba, no la marcha de una cohorte conquistadora, sino el bonancible paso de un pueblo nómade, a traves de las montañas en su peregrinacion al desierto.

Macizas lanzas tiradas por el suelo o clavadas de cuento, espléndidos arneses, cascos de pelea, redondos escudos, penachudos yelmos, corvas cimitarras, largas espadas, habitos de Santiago, rotos acicates, tremendas cerbatanas, todo en conjunto hermoso, en militar desórden, hacia del campo de Toparca i Pizarro un santuario de emociones inefables. Eran dos pueblos, dos civilizaciones que se echaban los brazos; era la América que se confundia con la Europa a la luz del vivac, bajo la tienda del soldado.

El nuevo inca Toparca tendria a lo sumo veinte i dos años. Era alto, cetrino, ájil i robusto. Sus ojos grandes i negros estaban do-

tados de una espresion meláncolica, que decían a toda mirada mas penetrante que la suya, que si tenia la bondad del corazon de una dama i el valor pasivo del cervatillo, estaba mui distante de los arranques poderosos del jénio, mui distante del temple de alma de su hermano Atahuallpa, a quien habían dado los dioses la audazia de Aníbal junto con la prudencia de Fabio.

Era ciertamente una figura digna del imperio, elevado en sentimientos, recto en conducta, jeneroso en porte; pero el llauta que Pizarro habia ceñido a sus sienes en la plaza de Cajamarca, era insignia superior a sus fuerzas. Su cuello, aunque erguido por recuerdos de raza, estaba pronto a doblegarse. No era ciertamente el hombre que pedia la solemnidad de los momentos.

La América tenia confiada su causa infeliz a mas conspicuo defensor. Detras de Toparca debia levantarse Manco como detras de la retama se levanta el cedro robusto del Carmelo o del Líbano.

CAPITULO XIV.

EL SUEÑO DE LA JUVENTUD.

Era una tranquila noche del mes de setiembre.

Los dos campos hermanos habian entrado en el pintoresco i lozano valle de Jáuja.

Una luna media i rutilante, próxima a ser borrada por las nubes de occidente, rielando sobre los mil riachuelos que fecundizan el valle i sobre el rio manso que lo atraviesa, orna-

das sus verdes orillas de frondosos árboles, daba un aspecto melancólico, tanto a la ciudad como a la comarca, rodeada de casas, sembrados i rebaños a una distancia de mas de quince leguas.

Los floripondios estremecidos por las brisas de las faldas andinas, batian al aire sus copas redondas, impregnando el ambiente con el aroma de sus flores, i el distante ruido de los tamborines i de las quipas de las danzas indias, venian a despertar en el alma mil sentimientos inefables de soledad, amor, paz i armonía. Venian a hablar al espíritu de la felizidad de un pueblo que se adormece al son de sus fiestas, que se enajena con sus cánticos nacionales, que se sumerje mas i mas en los brazos voluptuosos de un placer nocturno i envenenado; pero de ninguna manera al pueblo infeliz que se congrega para cantar su esclavitud al resplandor de las antorchas que deben prender sus apacibles hogares; pero de ninguna manera a la víctima pobre i sencilla que sonrie con su verdugo las primeras agonías de la muerte!

Los cien mil habitantes de Jáuja no veían a Pizarro sino a Toparca. No veían al conquistador sino al inca. I a la verdad la gallarda i mansa figura de su bello príncipe, vestido de joyas i seda, despidiendo perfumes, con su lindo turbante de plumas, sus sandalias de oro i su arco de bambú, prometíales un gobierno próspero i lijero, abundante, pazífico i leal.

Era un sueño magnífico, una vision de flo-

res; pero cuán pasajera......cuán triste, no mas!

La noche avanzaba. Ya el licor i el cansancio habian puesto fin a los bailes i al ruido de la fiesta; i al bullicioso contento de los españoles, sucedíase esa calma profunda, esa quietud apacible i solemne que precede a la luz.

En uno de los palacios mas centrales de la ciudad, i en un salon de los mas suntuosos, colgado de tapizes i lámparas de oro, i donde erán los asientos negras i cerdosas pieles de javalí, manchados cueros de tigre i almohadones de lana de vicuña matizados de gualda i azul, Toparca, el rei niño, recostado sobre un lecho de plumas, hermoso mas que nunca con su sueño feliz, descansaba de los regocijos de la noche, delirando en su incipiencia de muchacho con la cota de Juan Pizarro i el yelmo de Gonzalo.

—Ah! decia en sus letárjicos deseos: qué feliz seria yo con la pujanza de cualquiera de estos *blancos!*........qué feliz montando sus caballos de guerra, manejando sus armas, i aun mas feliz, tocando sus instrumentos melodiosos, repitiendo sus trovas de amor......Entónces Espuma-de-mar, la bella hija de Rumiñaui, que manda cien lejiones, i a cuya vista tiemblan los monstruos del mar i de la selva, no esquivaria por mas tiempo mis amores...... vendria a posar sobre los mios sus labios de coral, me ceñiria la frente con las primeras lilas de los jardines, i perfumaria mis cabellos con los aromas de su aliento.

Así decia; i sonriéndose como una criatura

a la vista de un ánjél, llevaba, en la dulzura de sus pensamientos, la mano derecha sobre su quieto corazon, miéntras que la izquierda jugaba con el mango de marfil de una daga que le había regalado Pizarro.

Ya su servidumbre se habia retirado toda, i ya faltaban solo por apagarse dos o tres de las lámparas del salon, cuando levantándose de repente el cortinaje que cubria la entrada principal, viniéronse a dibujar en la pared opuesta dos sombras confusas.

Marchaban las dos personas que las producian con alguna cautela; i era la una de hombre i la otra de mujer, a juzgar por sus estaturas.

Luego que llegaron cerca de Toparca, la mas grande de las dos volvióse a la mas pequeña, i, con un jesto, le ordenó alguna cosa que al principio no se comprendia.

La sombra mas pequeña, o la mujer, metió entónces una mano amarilla i descarnada entre lós pliegues de la manta que le cubria el pecho de izquierda a derecha, i sacando de entre ellos un frasco de metal lleno de un licor particular, vació algunas gotas de él en una meta de algodon, i luego fué a frotar con ella, mui por encima, las sienes i los párpados de Toparca. Estremecióse el príncipe como herido de un rayo, púsose pálido como la nieve, i languideció.

—Ya no hai cuidado, apu, * dijo entónces la mujer; podeis hablar alto, si quereis.

I acercando una lámpara estuvo contemplando por algunos segundos al durmiente.

* Jeneral.

Apurad, Jinia, dijo el hombre envolviéndose mas i mas en su gran capa o manta de colores; ya viene el dia, i esto tiene que estar concluido pronto.

—No hai urjencia, observó Jinia, i apartando a uno i otro lado el roquete de chaquira de Toparca, dejó en descubierto su pecho alto i bronceado, semejante al de una estatua antigua.

En seguida pasóle por sobre el corazon dos o tres vezes el filtro fatal. Lanzó Toparca un débil suspiro, plegó sus párpados como para no abrirlos mas, i desfalleció.

—Habeis concluido? preguntó el apu.

—Sí, he concluido, respondió Jinia, i trató de guardar nuevamente el misterioso licor.

—No, se apresuró a decir el hombre de la manta de colores, necesito ese brevaje.

Jinia, en vez de guardar el frasco, lo pasó a manos del apu. Guardólo este con satisfaccion. En seguida hizo seña a la hechizera para que se alejase, i quedó solo en el aposento.

—Tambien él, murmuró...... Huascar ahogado en el rio Andamarca por mí, i Toparca!.... tristes necesidades de la vida pública!

I tapando el cuerpo del niño que media hora ántes soñaba con la gloria i con los amores, esas fadas de toda juventud jenerosa, salió del salon desconcertado i triste.

Al levantar el cortinaje para desaparecer para siempre, esclamó con acento sordo i arrepentido:

—Soi un buen hermano de Scyri Paccha!

El hombre que acaba de salir era Challcuchima, el denodado jeneral.

Toparca habia dejado de existir.

Confiado, contento, lleno de esperanzas, amante i tal vez amado, lleno de salud i de vigor se habia reclinado esa noche para descansar, sin imajinar siquiera que la muerte lo esperaba para helarlo con su beso, i que los que él tomaba por los brazos del sueño eran los brazos sombríos i sin salida de la eternidad.

Jinia era una hechizera infame, cuyos filtros i bebedizos le habian dado en el pais un prestijio triste i una celebridad cruel.

Challcuchima, nuestro viejo conocido, nuestro héroe de veinte años atras, era el guerrero imperturbable que marchaba siempre a su fin, sin reparar nunca en los medios, i sin ver en los hombres, i principalmente en los príncipes, mas que obstáculos, que debian siempre hacerse a un lado con la punta de la espada.

Era el hombre-idea, audaz, indomable, frio como el cálculo, i tenaz como un rio, que marcha siempre terrible ácia adelante, sin que sean capazes a detenerlo ni a mudar su curso, árboles, ni rocas, desiertos, ni serranías.

Challcuchima habia jurado la destruccion del imperio del Cuzco, i la habia jurado con el calor de la venganza, con el entusiasmo del odio; por eso habia dado muerte a Huascar, por eso acababa de dar muerte a Toparca, i porque Toparca, sin jenio, sin esperiencia, sin virtudes patrias, iba a ser en manos del conquistador el primer instrumento de la conquista.

Challcuchima se habia dicho:

—Es necesario vengar a Atahuallpa quitan-

de a Pizarro este símbolo de legalidad, al rededor del cual vendrá a congregarse todo el imperio, pacífico i contento. Es necesario que el invasor tropieze a cada instante en su marcha de triunfos con nuevos i nuevos obstáculos; que su obra del dia sea destruida durante la noche; i que sepa que la tierra posee aún brazos que la defienden, corazones que la aman.

Muerto Toparca, Pizarro no tendrá a quien volver los ojos, o a lo ménos no le será fácil hallar quien autorize sus intentos, quien coadyuve a sus miras. El pueblo verá entónces claro, i solo ante su destino de opresion, se alzará para combatir i vencer. Quizquiz vendrá despues en su ayuda con poderosas fuerzas; Rumiñaui será un valiente lidiador, i yo mismo, libre entónces, podré empuñar de nuevo la vieja huactana de mi padre, enarbolar el íris sagrado de mis victorias...... No, no es tarde: aún resuena en mis oídos el caracol marino de Quipaypan...... aún la soberbia Cuzco tiembla a mis piés!...... aún me sobran esfuerzo i valor!......

Tales fueron las consideraciones de política, de ambicion i de gloria que cifraron el destino infeliz de Toparca. Tal el cálculo sombrío i detenido que guió hasta la testera de su lecho de flores a Jinia, especie de crótalo envejecido que solo servia para el mal i para el crímen, i cuya piel habia perdido el matiz hermoso i la gallarda soltura de sus años pristinos. Especie de momia errante i cobriza con quien hemos de tropezar mas de una vez en el curso de nuestra historia.

La vida de Toparca no habia sido mas que un sueño brillante i lijero, meteoro que surca los aires, brilla i se encumbra, i luego se apaga en la mitad de su carrera, desaparece, huye, se borra, sin dejar rastro de sí!...... Flor del desierto, pura i delicada, partida por el ala del aquilon ántes de abrir su cáliz a la luz, ántes de dar su aroma al viento i sus semillas a la tierra!

CAPITULO XV.

EL CONSEJO DE FAMILIA.

Al otro dia a eso de las nueve de la mañana Pizarro fué el primero en entrar al aposento de Toparca.

Estaba todo en silencio i reinaba la mas completa oscuridad.

—Toparca! dijo el capitan llamando por lo bajo al desgraciado jóven.

Nadie respondió.

—Toparca! volvió a decir Pizarro, i acercándose a una ventana apartó la cortina que la cubria.

Un hermoso rayo de luz iluminó parte del aposento.

—Aún duerme, observó Pizarro levantando la manta de fino algodon que Challcuchima habia echado sobre el cadáver del niño.

En seguida lo volvió a cubrir i se puso a pasear por el salon.

Así pasó una hora, i otra hora.

Pizarro se impacientó al fin.

—Es estraño, observó acercándose nuevamente a Toparca; siempre se levantaba con el sol.

I volvió a alzar la manta que lo cubria.

Fué hasta entónces que notó que sus párpados no estaban lijeramente cerrados como los de la persona que duerme tranquila, sino que estaban descoloridos, tirantes i apretados; que sus lábios, crispados, no daban paso a la respiracion dulce i marcada del durmiente; que una mortal palidez cubria toda su faz, i que sus manos, cruzadas sobre el pecho, tenian una blancura estraordinaria, en partes cárdena i en partes amarillosa.

Pizarro dió un grito de horror, i retrocedió espantado.

Toparca hacia seis horas que no era mas que un cadáver.

Difundióse al punto el alarma por ámbos campamentos, pusiéronse las tropas sobre las armas, dobláronse las guardias i las consignas, corrieron los jinetes de un punto a otro de la ciudad, consternáronse los indíjenas, hubo rumores de alzamiento, i Pizarro mismo discurrió atontado por su palacio, sin saber qué partido tomar para tranquilizar a los peruanos, sin acertarse a esplicar la muerte del inca, i positivamente aflijido.

Entretanto los criados de Toparca bañaron su cadáver, le embalsamaron i pusieron sus mas ricos vestidos. Ceñida la frente con el llauta, puesto el dardo de oro en su diestra, calzadas las sandalias de plata i pedrería, i sentado sobre el tiana brillante de Atahuallpa, fué exhibido al pueblo con las muestras del mayor dolor i la mas profunda pena.

Aquí grupos de indianas jóvenes venian a

desgarrar sus vestidos en la presencia de su príncipe, allí coros de bardos salvajes cubiertos de pieles, al son de instrumentos raros i desacordes, alzaban su voz melancólica, penetrante i vaga en loor del difunto, acullá quemadores de esencias i resinas en pebeteros de oro poblaban la atmósfera de humo azul, leve i oloroso, miéntras cien i cien niños de blancas túnicas i precedidos de un venerable anciano, iban regando las calles de flores i frutas.

Eran verdaderamente unas honras fúnebres que tenian todo el aparato de una fiesta.

No era un pueblo piadoso que llora ante el cadáver de su rei, era una tribu idólatra que se prosterna ante el dios que ella misma ha fabricado, i a quien rinde culto con toda la ostentacion que distingue a los primitivos altares.

Es de advertir que los peruanos creían que sus incas no morian, sino que tan solo eran llamados a la celeste mansion por su padre el Sol.

En tanto que el pueblo se entregaba a estos fúnebres regocijos, Pizarro, como en todos los momentos difíciles de la conquista, celebraba un consejo privado.

Pero no era un consejo como los anteriores, en el que tenian voz i voto la mayor parte de sus oficiales.

Este era un consejo que podemos llamar íntimo, un consejo de *familia*, compuesto de Pizarro, Gonzalo i Juan.

Celebrábase nada ménos que en la alcoba del primero, i Candia mismo habia sido escluido de él.

Quedaba esta alcoba en medio de dos aposentos principales; uno que daba a los jardines de la casa real, otro a las estancias interiores.

Pizarro hizo colocar un centinela en la puerta que daba a estas estancias, i descuidó completamente la del jardin.

Luego que estuvieron reunidos los tres hermanos, les dijo:

—Es preciso que resolvamos hoi mismo lo que hemos de hacer con Almagro; su insolencia ha crecido con su poder, i no hace mas que crearme embarazos.

—Sí, es vuestro enemigo, observó Juan.

—Es mas que eso, dijo Gonzalo; es vuestro émulo; creo que me comprendeis. Quiero decir que os combate del modo mas terrible del mundo: esto es, con el elojio en los labios.

—Sí, Gonzalo, dijo Juan, esa es una ciencia nueva en la vida... es el veneno dulce del placer.

—Que no, por dulce, deja de ser veneno.

—Os decia, hermanos, continuó el capitan, que miéntras Almagro esté con nosotros, todo irá mal para la conquista.........sigue una política de desden que me contraría demasiado.

—Así es.

—Ahora mismo, la muerte repentina i violenta de Toparca me tiene perplejo......

—Luego qué?...... interrumpió Juan espantado.

—Seria posible!...... esclamó Gonzalo.

—Sí, hermanos mios, esa duda que leo en vuestros semblantes, ese pensamiento trunco que el horror no os ha dejado concluir, no es

una duda, no es una sospecha no mas: es una realidad terrible, es un hecho inconcuso: Almagro ha envenenado a Toparca!

—Hermano! esclamaron a un tiempo Gonzalo i Juan.

El tapiz de plumas que cubria la entrada de los jardines se ajitó en aquel punto visiblemente; pero soplaba una brisa matinal mui refrescante para maliciar nada de sus alas.

—Pero cómo habeis podido averiguarlo? preguntó Juan pasada la primer consternacion.

—Porque hubo quien lo viera.

—Quién?

—Felipillo, el intérprete.

—I no habrá error en esto? preguntó Juan, el mal no es solo para nosotros; si lo hai, alcanzará tambien a don Diego.

—Por lo que es eso, los enemigos, cuando lo son de veras como lo es Almagro, no reparan en la parte de mal que pueda tocarles. Su fin es dañar, aunque se dañen a sí mismos.

—Así es, hermano.

—Poca es la confianza que me inspira a mí Felipillo, hermano Francisco, observó Gonzalo, para dar entero crédito a sus denuncios.

—Oh! por lo que es eso respondo con mi cabeza, contestó Pizarro; fuera de que lo vió salir del aposento del inca a la hora del alba seguido de otra persona, la cosa se cae de su peso. Matando a Toparca, se habrá dicho, Pizarro queda en descubierto con los indios, quienes se alzarán para pedirle cuenta de sus dos príncipes asesinados en ménos de dos meses. Yo entónces podré tomar el partido que mas me acomode.

—Eso seria una infamia!

—Eso seria una traicion!

—Traicion o infamia, la cosa es así. El vínculo entre él i yo está roto. Nuestros pasos se cruzan por donde quiera; guai de él! si llegan a cruzarse nuestros aceros!

—Yo mas bien desconfio del jefe quiteño Challcuchima, dijo Gonzalo con aquel tino político que años mas tarde lo hizo el primer hombre de la América austral.

—El jeneral apresado por Hernando? preguntó Pizarro.

—Pero con qué objeto? preguntó Juan.

—Ello yo no lo sé; pero dicen que Challcuchima es mas bravo que el terrible Quizquiz, muerto dignamente en la jornada de Vilcaconga.

—Abandonad esa triste idea, dijo Pizarro, i disponeos para prender a Almagro.

—Para prenderlo! esclamaron Gonzalo i Juan.

—Qué! os asusta tal paso? preguntó Pizarro con un desden de héroe mas grande que la aureola de cien batallas.

—Asustarnos? preguntó Gonzalo lleno de orgullo bélico, al tiempo que su ojo redondo, brillante i quemador hacia huir en retirada el ojo anciano i apagado de Pizarro. Asustarnos, hermano? un soldado español no se asusta jamas con el peligro; un oficial español léjos de asustarse lo busca i acaricia; un Pizarro, que vale por cincuenta oficiales españoles, no vive sin él—el peligro es la gloria. El Pelayo, el Cid i Gonzalo de Córdova, son una trinidad

bastante conocida en el mundo para acusar de cobarde a su raza! ......Hermano mio, comprendednos mejor para estimarnos mejor.

En tanto que el jóven héroe estallaba con esa hinchazon de estilo i de idea, pero con la entereza del que sabe morir en cumplimiento de lo que dice, Juan Pizarro se llevaba la mano al corazon, i se interrogaba en silencio si ciertamente tendria él miedo para prender a Almagro en medio de sus trescientos peones, restos gloriosos del de Pescara, Borbon i el de Alba; i sin duda que la respuesta le satisfizo, porque rióse de la pregunta de su hermano Francisco, con toda la cachaza de un héroe de Homero.

En honor de Juan debemos decir que si se hubiera sentido cobarde en aquella ocasion, hubiera roto su espada o su cabeza contra la muralla.

CAPITULO XVI.

EN DONDE LOS CAPITANES SE OLVIDAN DE LAS ARMAS I TRATAN DE TEOLOJÍA.

El tapiz de la puerta de los jardines volvió a ajitarse en aquel punto, i los seis ojos de los tres Pizarros se clavaron en él con mortal avidez.

Una mano revestida de acero acababa de levantarlo un pié arriba de la garzota de un yelmo de oro cuajado de plumas, i un guerrero resplandeciente pasó adelante, ahogando el ruido de sus pasos en la juncia que alfombraba el aposento.

—Quién vá? preguntó el capitan con alguna brusquedad.

El desconocido, que llevaba calada la visera, en vez de responder, cruzóse de brazos i pareció contemplar a Pizarro por algunos momentos.

Gonzalo i Juan se miraron sorprendidos.

—He tenido el honor de preguntaros quién sois, dijo Pizarro con algo de mas comedimiento.

El desconocido por toda respuesta se descruzó de brazos, i quitándose el yelmo hizo con él un glacial pero reverente saludo a los tres hermanos.

—Un niño! esclamó Pizarro.

El desconocido era ciertamente un niño, i un hermoso niño de quince años.

—Sí, un niño, dijo; pero eso no impide el que maneje la espada i la lanza como el mejor conquistador.

Estas palabras envolvian sin duda un desafío mal embozado, una brusca provocacion; pero el alma jenerosa de los Pizarros no lo entendió así, tomando el arranque del niño por un arranque de pueril vanidad, mui natural en aquellos tiempos de heroismo.

—Ya lo estamos viendo, dijo Pizarro, i el que no os tome por la primer lanza del campamento, os hará un agravio atroz.

—Cierto, dijo Juan, vuestras armas son mui bellas......

—I tan bellas como fuertes, interrumpió el niño obstinado en llevar adelante la querella.

—Cualquiera os tomaria por el arcánjel San Miguel, observó Gonzalo; dicen que ha dado muchos tajos en estas guerras.

—Cómo debo tomar esas palabras? preguntó el niño con castellana seriedad. ¿Serán acaso una burla?

—Burla? jamas, respondió Gonzalo; soi demasiado partidario de la hermosura i del valor, para burlarme de tales prendas; i escusado es decir que vos las poseeis en grado superior.

El adolescente se inclinó.

—I bien, dijo Pizarro, despues de un corto silencio, teníais alguna cosa que mandarnos?

—No, capitan, se apresuró a responder el imberbe guerrero, del todo trasformado, i con un acento dulce i respetuoso. He cometido solamente una imprudencia, de la cual estoi arrepentido, i os pido perdon.

—Una imprudencia decis?

—Sí, capitan. Deseoso de tomar el fresco, salí esta mañana al jardin (bien sabeis que las habitaciones de mi padre dan a él, así como las vuestras) i me entretenia en contemplar los pájaros i las flores, cuando percibí el ruido de vuestras vozes, entre las cuales parecia mezclarse el nombre de mi padre.......

—De vuestro padre? interrumpió Pizarro.

—Sí, de mi padre, el Adelantado Diego de Almagro. Pero observad, señor, que he dicho simplemente que me *parecía*.

Esta escusa estaba llena de gracia.

—Bien, seguid.

—Esta ilusion se repitió por dos o tres vezes, a consecuencia de que la forma de estas ventanas les hace arrojar ácia afuera todos los ecos que reciben adentro.

—Luego habeis oído?......

—Tanto como eso no, capitan; os repito que solo me ha *parecido oír*.

—Seguid.

—He concluído, señor; solo falta que vosotros me perdoneis por haberos interrumpido en vuestra conferencia de familia.

Las palabras *conferencia de familia* despertaron algunas sospechas en el ánimo avisado de Pizarro.

—Perdonaros, dijo mordiéndose los labios, no ¿por qué? Lo que debemos es daros las gracias por habernos facilitado vuestro honroso conocimiento. Sois por lo jeneral tan uraño...

—Cierto, observó Gonzalo; se os llama, con mucha propiedad, la *dama* del campamento.

—Supongo que con eso no se querrá decir que soi una mujer? preguntó el hijo de Almagro rojo de cólera.

—De ninguna manera; pues con esa talla i esa apostura marcial, seria una necedad el decirlo. Se habla solamente de vuestro retiro i poca comunicacion con las jentes.

—Por lo que es eso, la culpa no es mia; yo bien quisiera pasar mi vida al raso con los soldados, pero mi padre no me lo permite.

—No os lo permite vuestro padre? preguntó Pizarro sorprendido. ¿Qué piensa hacer de vos, pues?

—Un sabio i un guerrero a la vez.

—Estudiais, segun eso?

—Sí, señor, estudio la mayor parte del tiempo.

—I quién es vuestro ayo? Supongo que tendreis uno.

—Oh! sí, tengo dos, i escelentes; pero el principal es un sacerdote venido con nosotros últimamente de Panamá, viejo i prudente: el otro es el caballero Juan de Rada.

—Veamos; i qué os enseña el sacerdote? preguntó Gonzalo.

—Lenguas i ciencias.

—Qué lenguas?

—Franco, griego i latin.

—I qué ciencias?

La pitagórica i las teorías filosóficas de Tales i Anaximandro.

—I teolojía no os enseña?

—Oh! teolojía no; a mí no me gusta la teolojía.

—I por qué no os agrada la teolojía? preguntó Pizarro, que gustaba siempre de hablar de lo que ménos entendia.

—Porque en materia de fe, yo creo todo cuanto me digan, i no hai para qué perder el tiempo en aprender lo que no se puede discutir.

—Segun eso, gustais de la discusion?

—Es mi encanto, capitan.

—Presumo que vuestro ayo espiritual no esté mui contento de que vos no gusteis de la teolojía.

—Por el contrario; él me dice todos los dias:—No hai mas que un solo Dios, hijo mio, i ni mas que una sola relijion, que es la práctica de la moral. Para mí es tan bueno el sabeista como el panteista, el deista como el budhista, puesto que todos están acordes en el reconocimiento de la Divinidad, salvo que la adoran a su manera. Toda relijion es buena,

porque toda relijion tiene su oríjen en el amor de Dios......

—En el temor de Dios, querréis decir, observó devotamente Juan.

—No, en el amor de Dios, i nada mas que en el amor de Dios, señor; la Providencia no debe temerse sino amarse. La luz i la verdad se aman pero no se temen; el criador del hombre no es un Dios de soberbia ni de orgullo, es un Dios de bondad i de paz.

—Sea cual fuere la razon que podais tener en esas cosas, observó juiciosamente Pizarro, guardaos bien de que os oiga frai Vicente Valverde; os meteria al fuego en el acto como un leño.

—Por fortuna, capitan, estamos en una tierra en que el padre Valverde vala tanto como un orate.

—Cuidado, jóven, dijo Gonzalo riendo, que hemos mandado a Castilla por la mitra del Cuzco para él.

—Con la mitra o sin ella, el fraile Valverde no es mas que un fanático miserable.

—I por qué decis eso?

—Porque hizo dar muerte a Atahuallpa, i a los hombres como Atahuallpa no se les debe dar muerte jamas. Los grandes príncipes son una fruta mui escasa en la tierra, para destruirla así.

—Sinembargo, casi todos acaban mal, observó Gonzalo.

—Lo estraño fuera que no acabasen mal, dijo Pizarro, una vez que su suerte está casi siempre en manos de los necios i de los traidores.

—Oh! sí, esclamó Diego lleno de justa indignacion: no veis lo que acaba de pasar con el jóven Toparca? Príncipe tan dulce i tan hermoso, i envenenarlo como un can! Esto solo se ve entre los salvajes!

Habia tal sinceridad de espresion, tal naturalidad i fuerza en el concepto de Diego, que los tres Pizarros se cambiaron una mirada de desengaño.

Su corazon les decia que habian acusado a Almagro injustamente.

El padre de aquel niño no podia ser un asesino.

Gonzalo fué mas esplícito, i estrechó entre las suyas la mano del niño calumniado.

Oyóse en aquel punto un grande alboroto del lado de la plaza en que estaba el pueblo tributando los últimos honores a Toparca, i los cuatro capitanes, echando mano por las espadas, se lanzaron fuera como a un llamamiento de pelea.

CAPÍTULO XVII.

EN DONDE SE TRATA DEL REVERSO DEL ANTERIOR.

Causaba el tumulto la irritacion relijiosa del padre Valverde, que no habia podido soportar el que los indios se postrasen delante de Toparca como delante de un dios, i habia gritado, lanzándose a ellos:

—Huid, malvados, o lloverán rayos sobre vosotros!

I acompañando la palabra con la accion, habia empezado a repartir garrotazos, como un mulero en una posada.

Los indios, asustados i fuera de sí, empezaron por no comprender lo que pasaba, i luego arrojando los instrumentos, las esencias i las flores de la fiesta, se dieron a correr por las cuadras de la ciudad en el mas espantoso desórden.

—Musulmanes! gritaba frai Vicente, persiguiéndolos con todo el furor de un héroe de Ariosto : caníbales, cómo insultais así la providencia de Dios ?

I revolvia el garrote en sus manos con la velozidad de una aspa de molino.

El piadoso padre continuaba implacable:

— ¿ No veis, descarados infieles, huestes de Satanas, indios malditos! que puedo mandar que se abran las puertas de los infiernos i os traguen a todos para siempre ? ¿ No veis, lejiones de Luzbel, que con tales idolatrías ultrajais al Señor i provocais su ira celeste ?

En breve fué tan grande el furor del fraile, tanto su entusiasmo por la fe, que el palo era un relámpago en sus manos, i la sangre brotaba a torrentes de las cabezas rotas de los pobres peruanos.

Viendo esto frai Rejinaldo de Pedraza i otros diez padres que con él habia, i no creyendo de justicia dejar sin ayuda en batalla tan descomunal al iracundo apaleador, echaron mano por sus fuertes i nudosos bastones, lanzándose llenos de fe al combate.

Jamas espectáculo alguno deleitó los ojos con vista mas ridícula que la que presentaban los doce frailes en la refriega.

Habíanse todos levantado los hábitos, para

mayor comodidad, hasta debajo del brazo izquierdo, de suerte que dejaban en descubierto sus piernas, largas como las piernas de las grullas, en contraste con el ancho capullo que al rededor de sus cabezas mondas venian a formar sus inflados vestidos. Sus barbas negras i caudales estaban salpicadas de la blanca i rabiosa espuma de sus labios, i en el centro de sus calvos cerquillos reverberaba el sol de la zona tórrida, cual sobre pergamino brillante i estirado.

Cosa fácil de notar era que esos sendos apaleadores habian sido en otro tiempo algo mas que ministros del altar, pues los habia que manejaban el garrote con todas las reglas del arte, i vertian espresiones que de seguro no se encuentran en el misal ni en los salmos. Con todo, perdonables eran, ante el gran servicio que a la causa del cristianismo i de la luz estaban prestando, estos insignificantes deslizes.

Desde luego que tan estraña refriega llamó al rededor de sí a todos los soldados de Almagro i de Pizarro, pero ni unos ni otros tomaron parte en ella, gozándose con el modo de sacudir de los domínicos i franciscos, i porque, a la verdad, el riesgo, si lo habia, no estaba de parte de los católicos.

—Estaos quietos, gritábales frai Vicente, con una voz chillona que empezaba a sofocar el cansancio: yo solo daré cuenta de la herejía.

Toparca fué despojado de sus vestiduras por los frailes. Frai Vicente mismo arrancó de sus sienes el cordon imperial i lo arrastró por

el lodo, i aprovechándose del temor i de la confusion de los indios, hizo echar el cadáver del pobre príncipe en una manta i mandólo arrojar al rio.

Los cuatro capitanes que habian puesto punto a sus cuestiones de filosofía, en las que parecian ser tan entendidos, solo por ver de dónde provenia tan inusitado alboroto, cambiáronse una mirada de vergüenza i de afan al ver de lo que se trataba; pero se quedaron inmóviles sobre sus espadas porque nada les era permitido intentar.

En esa triste época de oscuridad, el fraile era la primera figura del mundo cristiano, i distinguíasele siempre como una sombra de malísimo agüero, ora sentado con la posesion de un ídolo chino detras del trono de los reyes, ora siguiendo, como el buitre, la marcha de los ejércitos, i cebándose en todo lo que no merecia su estólida confianza.

El fraile del siglo XVI era a su época lo que el demagogo moderno a la suya.

Pizarro pensó que era un escándalo ridículo el qué estaba dando frai Vicente, i fuése a él para suplicarle suspendiera sus golpes.

—Vos tambien, Pizarro, mostrais tal indiferencia por la fe? preguntó el fraile al capitan lleno de furia. ¿Es para eso que os ha mandado a Indias el santo Emperador?

—Frai Vicente.........articuló Pizarro con acento de dulce reconvencion.

—Apartaos, hijo de Satanas, gritó fuera de sí el energúmeno eclesiástico, o voi a denunciaros a los soldados como el primer jentil de

la conquista! Creeis que no me teneis enojado con vuestra conducta? Seguid dando alas a estos herejes, i vereis si llueven sobre vos los rayos del Señor!

—Qué decis, mi padre? dijo Pizarro hincándose las uñas de furor: hacer tal acusacion a mí, que acabo de pedir para vos el obispado del Cuzco, i para frai Rejinaldo la vacante de Túmbez?

—Eso es otra cosa, repuso frai Vicente ya del todo tranquilo i limpiándose el sudor que le bañaba el rostro: como no me habíais dicho ni palabra......

—Escusadme: pensaba sorprenderos.

—Parad, hermanos, gritó frai Vicente a los frailes, i venid acá.

Los frailes, apoyados sobre sus garrotes como los soldados de Mário sobre sus picas, rodearon a Pizarro.

—Mirad, dijo frai Vicente mostrando al capitan, ese es el primer guerrero de la Cruz. Corazon de Leon i Pedro el ermitaño no son mas que niños de teta junto al Gobernador. Dadle vuestras manos a besar, que hoi habeis hecho mucho por la fe.

Pizarro se quitó su chambergo blanco i con plumas i con la mas astuta reverencia fué besando las manos a los doce frailes, quienes pasaban el garrote de derecha a izquierda para facilitar la operacion.

El resto del dia fué mui feliz, porque los soldados se solazaron grandemente de ver la contricion de su capitan.

Pizarro comprendió al punto que la impru-

dencia del fraile Valverde lo habia comprometido demasiado, i despues de dejar en Jáuja cuarenta soldados escojidos para que custodiasen sus tesoros, emprendió de nuevo su marcha al Cuzco.

CAPITULO XVIII.

EL BAUTISMO I LA PIRA.

La batalla dada por frai Vicente a los indianos de Jáuja era por cierto digna en un todo de la pluma de Miguel de Cervántes Saavedra, solo que faltaban aún al donoso escritor por lo ménos quince años para nacer.....

Sinembargo, tal escándalo pasó desapercibido, porque en aquel santo siglo era la fe un biombo mui a propósito para taparlo todo.

—Qué santidad! Qué zelo! habian esclamado todos, i nadie habia vuelto a hablar del asunto.

En cuanto a las sospechas despertadas por Gonzalo, respecto a que Challcuchima, i no otro, era el matador de Toparca, mucho se habia adelantado en verdad, porque el jefe casi se habia jactado en público de los embarazos de Pizarro.

No obstante, el mal estaba hecho, porque Diego, el hijo de Almagro, habia oído la conversacion de los tres hermanos, i habia prevenido a su padre.

Este le habia dicho en respuesta:

—Dejadlos obrar i calumniarme: yo siempre vivo en guardia respecto de ellos, i cada dia estoi mas satisfecho de mis precauciones, porque cada dia se ostentan mas ingratos i pérfidos.

—Haceis mal, padre mio, habíale observado Diego. Gonzalo i Juan nada malo piensan de vos.

—Ah! hijo, cómo se conoce que los defendeis porque son jóvenes: haceis bien, Diego: todas las edades son amigas entre sí.

Los conquistadores habian llegado ya al valle de Jaquinjaguama.

He aquí cómo describe el historiador el espresado valle:

"Era este uno de aquellos sitios magníficos que tan amenudo se encuentran enclavados enmedio de los Andes, i cuya belleza resalta mas, gracias a los fragosos cerros que los rodean. Atravesábale un rio, que regando el suelo mantenia en él una alfombra perpetua de verdor i la rica vejetacion que le daba los encantos de un jardin cultivado. La hermosura de este sitio i su temple delicioso le hacian mui aparente para residencia de los nobles peruanos, los cuales tenian en las laderas de los montes casas de campo, que les proporcionaban agradables mansiones durante los calores del estio."

Acuartelada la tropa en los palacios de este valle, i falta de ocupacion por la tranquilidad en que los habia dejado la muerte de Quizquiz, frai Vicente creyó llegada la ocasion de divertir a los fieles con un espectáculo mui comun entónces, pero no por esto ménos espantoso i fatal.

Era este espectáculo un auto de fe.

—No podemos hacer torneos, ni correr toros porque no los hai en el pais, echemos mano de alguno i queménoslo para distraernos.

He ahí lo que se habian dicho los compatriotas de Torquemada, i las miradas todas, como de acuerdo comun, se habian fijado en el hermano de Scyri Paccha.

I ciertamente los españoles tenian razon: todavía golpeaba en sus venas la sangre latina, todavía el polvo olímpico de los circos romanos, amasado con lágrimas, venia a despertar su olfato ferino: sus padres habian aprendido a gustar de los cráneos rotos, los miembros mutilados i las garras chorreando sangre de las panteras de Java i los leones de Libia, ¿por qué, pues, no heredar sus hijos este amor de hiena? Acaso las fábulas del Erimanto i Nemea no eran entónces el popular asunto de los bardos?

¿Habria cosa mas racional que morir aplaudido por las hembras de Neron bajo las negras patas de un oso del Jura?

¿No habia merecido el renombre de CATÓLICA la reina que habia sustituido el bautismo de agua de Jesus con el bautismo de fuego de la Inquisicion?

¿No era cierto que se apelaba a la destruccion del cuerpo cuando no se podia llevar el convencimiento al espíritu?

¿Podria haber acaso mas lójica ni mas eficazia de procedimiento?.??

¿Qué mucho, pues, que los conquistadores del Perú, no teniendo tigres con qué entretenerse ni cañas que correr, apelasen al tercer punto cardinal de sus diversiones, i diesen con Challcuchima al pié de la hoguera?

¿No mataban los antiguos a los ancianos

para libertarlos del peso de la vida?

¿No se despeñaba en Esparta a los niños entecos?

¿No se sacrificaban en el Méjico antiguo en un mismo dia tres millares de víctimas sobre los altares de Tlaloch?

¿Por qué, pues, no quemar los conquistadores de los incas un indio, un indio solo? Qué mal habia en eso?

¿No conversaban esos santos varones diariamente con los ánjeles del cielo? Miguel, el celeste soldado, no esponia diez vezes sus alas cada minuto a las hondas de los salvajes por ayudarlos en su obra de piedad?

Título, pues, i sobrado, tenian para quemar un hereje siquiera.

Aparte de esto, frai Vicente habia dicho a Pizarro:

—Si mal no me acuerdo, me dijísteis el otro dia no sé qué de obispado del Cuzco.

—Ah!...... sí...... os dije que lo habia pedido para vos al Emperador.

—Sí, eso es, eso me dijísteis; pero yo querria hacerme propiciatorio a Dios celebrando un auto de fe ántes de recibir la consagracion.

—Un auto de fe? preguntó Pizarro desagradado.

—Sí, un auto de fe solemne...... no tanto como en España, pero......

—I cuántos pensais quemar?

—Por lo que es eso, uno solo, capitan.

—Vaya! es mucha parquedad de vuestra parte.

—Sí, confieso que ando parco en cuanto a

número, pero no en cuanto a pecado: Challcuchima tiene mui bien dos palmos de cuernos i seis piés de rabo.

—No, mi padre, no digais eso, a no ser que sea por figura.

—Qué! dudais? preguntó frai Vicente escandalizado, i luego añadió un poco mas repuesto:

—Ya se ve, no todos los hijos de la Iglesia gozan por igual de sus gracias.

—Esplicadme eso, frai Vicente, porque no comprendo.

—Quiero decir, que como no sois sacerdote, no veis ni la cola ni los cuernos de Challcuchima.

—Segun eso, los sacerdotes los veis?

—Sí, todos los que con vos vinimos los vemos, repuso frai Vicente santiguándose.

—Sea, dijo Pizarro, mas con los hombros que con los labios.

Aquel mismo dia se reunió un consejo para juzgar al jeneral quiteño. En aquella época de santidad bastaba que un fraile cualquiera dijese: "Yo lo pido en nombre de la Iglesia," para que todo se alcanzase.

Por eso caian las coronas diariamente de las frentes de los reyes.

Por eso se cubrian de flotas los mares i de huestes la tierra.

Con todo, en esta vez andaban divididas las espadas i las sotanas, pretendiendo las primeras que les tocaba de derecho fallar en la causa del indio, porque sus delitos eran todos profanos, i sosteniendo las segundas que no a las

espadas, sino a ellas, tocaba el arreglo de tan delicado negocio, porque las culpas del indio eran todas culpas de herejía.

Al fin triunfó la hostia del hierro, i Challcuchima, en vez de ser juzgado por Francisco, Juan i Gonzalo Pizarro, fuélo por frai Vicente i frai Rejinaldo, asesorados de diez frailes mas.

El venerable tribunal se reunió con el mayor recojimiento. Las capuchas de los hábitos estaban todas plegadas sobre los rostros de los juezes.

Nadie habló una palabra durante el consejo.

Solo frai Vicente dijo al entrar:

—Imploremos el favor de Dios, hermanos, para que ilumine nuestros entendimientos.

Media hora despues salieron todos en fila del aposento del consejo murmurando una salve.

Un oficial de órdenes esperaba a la puerta.

—Haced levantar la pira, díjole frai Vicente al pasar, i siguió su interrumpida oracion.

Construyóse la pira en el centro del valle, en medio de un anfiteatro preparado al efecto, i era una especie de parrilla de hazes de leña de los montes vecinos, de los mas gruesos i secos que se habian podido hallar a la mano.

Rodeósela desde luego de soldados.

Llegada la hora terrible, trajeron a Challcuchima cargado de cadenas.

La jente que habia concurrido al espectáculo era innumerable.

Tanto indios como españoles estaban consternados: solo frai Vicente irradiaba de gozo.

Luego que el prisionero llegó al pié de la pira, deseoso frai Vicente de obrar un prodijio

de conversion, trabó con él el siguiente diálogo bajo el pretesto de que estaba recibiendo su confesion:

—Idólatra, la muerte que os espera es terrible.

—Cristiano, respondióle el jeneral, para un guerrero de mi tribu ninguna muerte es terrible.

—No opinareis lo mismo sobre las llamas.

—Sobre las llamas lo mismo que aquí, aquí lo mismo que en el seno del combate.

—Suponiendo que tengais todo ese valor en esta vida, no lo conservareis en la otra. Las piras del infierno son mayores que esta, i su fuego es diez vezes mas caliente que el fuego de los hornos.

—Creo que no se muere mas que una vez, observó Challcuchima con estoica sublimidad.

La hoguera acababa de ser encendida i la leña empezaba a traquear i a lanzar al aire sus primeras chispas volantes.

—Sinembargo, reflexionadlo bien, idólatra, dijo frai Vicente con una tentadora sonrisa: yo puedo salvaros aún.

—Me parece que no os he dicho que me salveis.

—Cierto que no me habeis dicho nada, pero la caridad habla por vos a mi corazon.

—Creo que vos no sabeis lo que es caridad.

Frai Vicente se mordió los labios hasta el punto de hacerse sangre.

—Es decir que rehusais el bautismo.

—Yo no tendré jamas otra creencia que la creencia de mis padres.

—Quiere decir que renegais de Dios i sus santos?

—Mal puede renegar de Dios quien le ha hecho un altar de su corazon, i le adora con ciego amor i marcada virtud: de quien reniego es de vos, que os llamais su ministro, i de todos los que se parezcan a vos.

—Pensadlo bien: aun estoi dispuesto a libertaros de la hoguera, pero echaos a mis plantas i pedidme la verdadera lei de los hombres.

—Jamas cambiaré yo mi relijion, por mala que sea, por la vuestra, padre tentador. En mi relijion no se convence a los hombres con las llamas; mi Dios no se alimenta de cadáveres, como parece alimentarse el vuestro.

Las orejas de frai Vicente ardian como dos ascuas, i aunque el jefe peruano lo estaba batiendo en silencio, él sufria como si todos los circunstantes los estuviesen oyendo.

—Pensadlo, dijo con vos solemne despues de un momento de pausa.

—Nada tengo que pensar, cristiano: entre una relijion que no tiene ministros del mal sino que vive por sí sola, i otra que se impone por el terror, no puede haber eleccion. Me quedo pues con la de mis antepasados.

—Es que la relijion de los cristianos es toda de dulzura i de paz.

Challcuchima se sonrió lijeramente con triste amargura, i luego dijo:

—Mal lo estais probando.

—Bien lo estoi probando, puesto que os hablo de paz.

—La paz de vosotros los cristianos es como

la de los volcanes que vereis algun dia en mi país de Quito: ellos están en paz, pero es cuando están concentrando sus fuerzas para estallar con mas furor.

Frai Vicente estaba a punto de impacientarse.

Challcuchima, por el contrario, estaba cada vez mas sereno i digno. Empezaba a despreciar la raza que por algunos momentos habia juzgado superior a la suya.

—Bien! esclamó furioso el sacerdote. ¿El bautismo o la pira?

—La pira, señor.

—Es que la pira es horrible.

—Mas horrible es aceptaros como ministro de Dios.

—Blasfemais!

—Siempre blasfema, cristiano, el que no habla a nuestras pasiones i a nuestros intereses.

En cualquiera otra ocasion el padre Valverde no hubiera resistido ni la primera de las bruscas respuestas del prisionero; pero en aquella vez se superó a sí mismo, porque lo alimentaba la esperanza de vencer al fuerte soldado al pié de la hoguera, dando aquel ejemplo vivo, espléndido, raro, de la eficazia de su voz evanjélica.

Hizo, pues, un último esfuerzo, i dijo:

—Mirad la pira cómo arde: los leños parecen candentes barras de hierro. Oh! debe ser horrible acostarse desnudo sobre ella, como vais a acostaros vos....... Os vais a asar como un gazapo!......... Pues bien: echaos a mis piés, pedid a grito herido el bautismo, decid al

pueblo que el verdadero Dios se os ha mostrado por medio de mí, que ha caído el velo de herejía que cegaba vuestros ojos, i yo os liberto de la hoguera, aunque sea todo mentira, aunque os torneis en mas infiel que ántes...... Yo lo que quiero es el ejemplo, el provechoso ejemplo de vuestra pública conversion.

—Los jenerales de Atahuallpa no mintieron nunca : os he dicho que prefiero la pira : hacedme subir a ella, i no hablemos mas.

—Os lo suplico por la memoria de los incas !

—Os lo niego por la memoria de los incas !

—Por vuestra salvacion !

—Esa voi a alcanzarla yo sin necesidad de compráros la.

—De rodillas ! de rodillas, i con las lágrimas en los ojos ! esclamó frai Vicente cayendo de hinojos i llorando a los piés del guerrero.

—No me engañais, cristiano : esas lágrimas no son de ruego sino de ira, i os caeis de rodillas porque no podeis hacerme caer a mí.

—Maldito séais ! articuló el derrotado obispo levantándose i dando la señal del suplicio.

El lastimero clangor de una trompeta de infantes anunció a los espectadores que el reo iba a subir a la hoguera.

Un estremecimiento de horror discurrió por las venas de los circunstantes, pudiéndose decir que entre todos aquellos cien mil corazones temblorosos, solo estaba tranquilo i fuerte el de la víctima. Challcuchima gozaba con el terrible aparato de su muerte de mártir.

El mártir es el héroe de la resignacion dul-

ce i del valor pasivo : su corona es tan grande que está siempre fuera del alcanze de la envidia.

Challcuchima, cruzado de brazos e inmóvil sobre su carro de fuego, no era el fénix que va a renovarse de sus propias cenizas ; no era el héroe que aseguraba no estar *sobre rosas* : era la gran figura de la América idólatra riéndose de los frailes del siglo XVI, de su torpeza i fanatismo.

Antes de subir Challcuchima a la hoguera, habia vertido los restos del brevaje de Jinia sobre su corazon.

Como ya lo saben nuestros lectores, *Pachacamac*, *Atahuallpa*, *Quizquiz*, fueron sus últimas palabras.

Las llamas ciertamente no habian pulverizado a un hombre : habian devorado solo un cadáver.

—Grande ha sido su agonía, sin duda, dijo frai Vicente al concurso, pero mas grande ha sido su arrepentimiento i dolor : habrá que solicitar del Santo Padre su canonizacion.

—Oh ! sí, su confesion fué bastante larga, observó frai Rejinaldo.

—Larga i completa......... Qué arrepentimiento de hombre !

—Sí, ha muerto como los escojidos de Dios!

CAPITULO XIX.

EL CUZCO.

"Era ya mui entrada la tarde del 15 de noviembre cuando Pizarro llegó a la vista del Cuzco. El sol poniente dirijia sus rayos casi horizon-

tales sobre la ciudad imperial donde tantos altares se elevaban en su honra. Las filas de sus bajos edificios, que miradas a traves del astro parecian otras tantas líneas de plateada luz, llenaban el fondo del valle i los puntos ménos elevados de la montaña, cuyas formas majestuosas i sombrías parecian querer tender un oscuro velo sobre la ciudad, a fin de protejerla de la profanacion que se le esperaba."

Pronto se hizo tan noche, que se tuvo a bien diferir la entrada hasta la madrugada siguiente.

Plegáronse con los primeros albores del dia las tiendas de campaña, i dividido el cuerpo de ejército en tres pelotones se dió principio a la entrada triunfal.

El peloton del centro o cuerpo de batalla iba mandado por Pizarro.

Montaba este un tordillo corpulento i fogoso, enjaezado de terciopelo negro con cabos de plata, i marchaba a paso de ceremonia bajo un ancho palio de seda sustentado por pajes. Iba armado de punta en blanco, alzada la visera i el rostro sereno, i aunque cascado, se mantenia sobre el bridon con toda la apostura caballeresca de un Bayardo o de un Sotomayor.

Dos varas atras, en vistoso grupo, iban Juan, Gonzalo, Candia i seis oficiales mas, desnudas las espadas sobre los brazos i resplandecientes de cintas, oro i plumas.

Las calles crujian bajo el golpe compasado i monótono de los ferrados cascos de los caballos, i nuevas banderas i gallardas lanzas daban al matutino viento de los Andes sus colores vivos i variados como la luz.

Seiscientos mil espectadores llenando las calles del tránsito cubiertas de brocado, o apiñados sobre las azoteas, se disputaban a codazos i empellones el placer inestimable de ver la *entrada de los estranjeros*, temblando al sonido de la trompeta, palideciendo de asombro a la vista estraña de su jentileza, al golpe májico de su militar hermosura.

La plaza principal, aunque rodeada de edificios bastante capazes i cómodos, no daba todas las garantías apetecibles a los españoles, acostumbrados a verse siempre atacados por los indios, en el noble empeño de defender su nacion; resolvióse, por tanto, pasar al raso una semana entera, bajo el abrigo de sus tiendas i casi manteniendo sus caballos por la brida, a fin de estar listos al primer asomo de pelea.

Con todo, esta precaucion en que se descubria a primera vista la madurez guerrera del jeneral español, no impidió el que las tropas se entregasen desde el primer momento a todo linaje de desórdenes.

Empero, no eran las hermosuras peruanas las que llamaban su atencion, como tampoco los objetos de estudio i de encanto que por doquiera encontraban. En ese dia, como en todos los trescientos años de la conquista, solo una cosa los preocupaba, i esa cosa era el oro; preocupacion en la cual preciso es confesarles el mérito de una lójica sistemática, ante la cual habia desaparecido todo, todo, desde las bellezas agrestes de la tierra, hasta los sentimientos de jenerosidad i honor que parecen ser una peculiaridad del corazon.

Aquí un grupo licencioso i burlon se complacia en profanar los sepulcros de una jeneracion entera, buscando entre el polvo sagrado de los muertos las reliquias de una prosperidad desgraciada. Allí, a los botes de una lanza ruda, caían los altares de una creencia tal vez estraviada pero inocente, i que tenia de su parte todas las simpatías del reconocimiento de una Divinidad grande, justa e increada, toda la mansedumbre de la piedad, todo el espiritualismo de la doctrina. Allá, ah! allá, como rebaños de ganados a quienes atemoriza el fragor de un trueno violento, las tribus íntegras huían despavoridas a las montañas, mas que el miedo, el desengaño pintado en los semblantes, la ira de la impotencia en los ojos i la imprecacion de la amargura en los labios.

Atahuallpa, el grande hombre, habia acabado su vida en un patíbulo, trazando con su sangre réjia la última pájina de su historia de triunfos, i Pizarro, el Atila de América, revolvia su caballo de batalla sobre el campo de las mieses i de las flores, sobre los despojos de una corona partida en dos!

La esperanza, esa eterna compañera del hombre, estaba perdida para los americanos, i la patria, esa vírjen de los firmes amores, ese perenne sueño de gloria, no era ya sino un objeto de dolor, una puñalada mas de las muchas que traspasaban el corazon de los hombres que la mano de Dios habia separado de Europa i de Africa con el abismo de olas que estaba reservado a Colon colmar.

La Troya moderna estaba vencida: faltaba

solo aniquilarla, faltaba solo levantar con sus cenizas el monumento de su tumba! .

El número de casas del Cuzco no pasaba acaso de veinte mil, pero cada casa era un palacio completo, ora por su estension, ora por su hermosura.

Componíanse de un rectángulo de mas de trescientas varas de lado i construido todo de piedra labrada, con ocho patios por lo ménos, i algunas con una plaza bastante capaz en el centro. No tenian tejados porque la benignidad del clima los hacia innecesarios, pero en cambio tenian terrados, desde donde se descubrian el valle cubierto de verdura i la montaña con sus rocas i torrentes, su fragosidad i sus grutas bajo el oscuro azul del cielo de los trópicos.

Ademas de los patios i plazas de juegos habia bellos jardines i lozanas huertas, cuyos árboles, cargados siempre de frutos, matizaban el verde-esmeralda de los follajes, espesos i sombríos, con el rojo, amarillo i violado de sus pomas de miel.

Limpias i mansas fuentes batiendo sus ondas perezosas entre los juncos de sus márjenes, bajo la grata sombra del capulí, traían a la mente encantada con la belleza de su aspecto selvoso, la náyade olímpica, cuyas formas divinas parecian descubrirse a traves de las espadañas o de las algas, tranquila i fiel morada de los sacres i cisnes.

Nada tan bello ni opulento como el Cuzco en la mañana del 15 de noviembre de 1533.

El sol era espléndido, el cielo estaba limpio, el viento manso i perfumado.

Las calles revestidas de alfombras riquísimas ahogaban el paso de la multitud curiosa i atolondrada, los arcos triunfales casi se doblaban al peso de las flores i de los brocados, i el pórfido i el mármol reluzientes de las fachadas de las casas, daban a la ciudad el aspecto de una metrópoli antigua, grande como Balbec, poderosa como Cartago, opulenta i sensual mas que Babilonia.

La fortaleza, situada al Norte i solo comparable con el anfiteatro romano, era una gran masa de roca trabajada a pico, en cuyas macizas almenas, en cuyas torres i azoteas, desiertas por el momento, caían los rayos meridionales del sol con una fuerza de treinta grados i con una reverberacion mayor que sobre un encantado castillo de bronce.

Atravesaba i aún atraviesa la ciudad el Guatanay, que descarga en el Urabamba, despues de haber arrastrado sus aguas por un cauce de piedra de mas de veinte leguas, i sobre el norte i el sur dilatábanse las dos calzadas, asombro de diez jeneraciones, i que con razon han hecho colocar a los peruanos antiguos entre los primitivos cíclopes de Grecia.

Mui grande, en verdad, debió de ser la admiracion de los conquistadores ante ciudad tan espléndida, ante aglomeracion de monumentos semejantes, junto a los cuales las pirámides de Ejipto i los laberintos de Creta, Ródas con su coloso i el desierto con su Esfinje, no eran mas que montes de guijarros, faltos de armonía, faltos de robustez i esplendor! Hoi mismo, cuando el ojo busca inquieto los templos, las

murallas i las basílicas del Sol para tropezar solo con sus ruinas, el alma se suspende de espanto al hallar obra de jigantes lo que juzgó obra de hombres, al ver un pueblo estraordinariamente civilizado en lo que creyó una manida de salvajes!

Las calles estaban empedrádas con pequeñas i limpias guijas, i eran largas, estrechas i cortadas en ángulos rectos. En cada una de las esquinas de la gran plaza habia una calzada, que ponia en comunicacion el centro con cada una de las cuatro vías que cruzaban el imperio.

El número de puentes sobre el Guatanay pasaba de doscientos, i las casas del Sol de cuatrocientas.

Habia mil jardines, i entre ellos mas de la mitad eran públicos.

Inmediatamente despues de haber entrado en la sacra ciudad, Pizarro dió órden a los soldados para que respetasen a sus habitantes, i hasta prohibióles tomar nada de los templos i casas particulares.

Vanísima órden! Organizáronse partidas de a ocho i de a quince individuos, que entraban a saco a todas partes, i despojaban a las jentes de sus adornos con toda la brusquedad de que eran capazes.

El botin fué grande sobre toda ponderacion. Jamas ciudad alguna conquistada dió a su vencedor mas cantidad de tesoros, mas oro ni plata que el Cuzco, pues nunca ciudad alguna de Asia abrigó entre sus muros tanto objeto precioso, tanta rica tela, tantas joyas, tanto vaso

sagrado, tantos perfumes! Las voluptuosas Pompeya i Herculano, juntas, apénas serian comparables con un barrio de la ciudad imperial!......

Encontráronse en una caverna inmediata centenares de vasos de oro grabados con figuras de serpientes i langostas, cuatro llamas i doce estátuas de mujer, todas del tamaño natural i fundidas de la misma preciosa materia.

Los almacenes estaban repletos de telas de vicuña, algodones brillantes, sandalias i obras de pluma, armas, pieles, maderas i granos, todo en cantidades tan fabulosas, que los españoles andaban desatinados sin darse cuenta esacta de lo que les pasaba, i desechando unos objetos por otros, sin fijarse jamas.

Pero todas estas cosas eran nada comparadas con la riqueza de los templos i con el cementerio de los incas, donde se encontraron las estátuas de oro de todos ellos, revestidas de joyas i rodeadas de sus tesoros particulares.

La exaltacion de los españoles llegó hasta el delirio, i todos se creían mas bien embargados de un sueño, combatidos por una fascinacion inesplicable, que reales poseedores de unas grandezas que veían los ojos, que tocaban las manos, pero que no alcanzaban a ser medidas por la imajinacion.

Pizarro paseaba su vista espantada por aquel mundo de oro i se sonreía maliciosamente.

—Por qué os reís? preguntábale Florazul.

—Por nada, amiga mia; o por lo ménos por cosas que vos no comprenderíais.

—Pero que yo sí comprendo, observaba Al-

magro con una sonrisa igual a la de su socio.

—Ah! sí, vos sí lo comprendeis, porque vos sí conocísteis a Luque.

Este diluvio de oro trajo en pos de sí los efectos que le eran consiguientes, cuales fueron el alza increible del precio de las cosas comunes. Vendióse la mano de papel a diez pesos de oro, la botella de vino a sesenta, los caballos a dos mil i a dos mil quinientos, i las capas a trescientos i mas.

—Ah de Jines aquí! esclama Candia, i qué negocio el que hubiera hecho!

Ocho dias despues de la llegada de los españoles al Cuzco i cerca de la noche, un jinete desconocido fué a apearse misteriosamente a la puerta de Almagro. El caballo no alcanzó con vida mas que al patio de la casa, i el hombre, cubierto de barro i sudor, pudo apénas decir:

—Lo he alcanzado, señor.

En seguida se desmayó.

CAPITULO XX.

LA CIMA DE LAS FLORES.

En el templado límite del valle i de la sierra, bajo la sombra de los primeros pinos de la montaña, junto a un vuelco de aguas cuyos mil cristales se parten contra los mil picos de una roca saliente, para caer en hebras de plata, en tumbos de aljófar, i seguir luego su curso tranquilo por entre las flores de un agreste jardin, álzanse diez tiendas blancas i rojas, coronadas de mirto i azucenas, i casi veladas por el follaje de cien i cien árboles seculares, donde

apénas penetran los rayos del sol, i donde inquietas i cantoras aves vienen a confundir sus cuellos nevados i sus alas azules con las primeras flores de la estacion.

Gamos silvestres i estraviadas ovejas vense pastar a un lado i otro de la cascada, i sobre los peñascales revolotea el águila parda de la selva, buscando con su ojo de fuego la tímida tórtola i el jilguero infeliz que deben servirle de sustento.

Un cielo siempre azul i hermoso, profundo i limpio como todo cielo de las rejiones altas, se desata encima del paisaje como la cúpula de un gran pabellon, i allá, en lontananza, percíbense desde la altura las últimas palmas de la ribera, contra cuyos troncos bate un mar desierto e inmenso sus primeras olas, rei de una soledad imponente i no turbada sino por el ruido de las aguas, el aleteo de los pájaros i el andar de los reptiles sobre la hojarasca de las simas.

Dos leguas mas arriba de las tiendas empiezan las rejiones paramosas de los Andes, solo visitadas del condor i la alpaca, tristes, húmedas i solas; pero al pié, al pié de las tiendas desata la creacion sus anillos de verdura, retozan los arroyos por entre los árboles i se percibe el humo de las poblaciones salvajes en un radio de mas de cincuenta leguas.

Solo una angosta i áspera vereda conducia al grupo de tiendas de que vamos hablando, levantadas en aquel paraje ignorado por el príncipe Manco, primero con el objeto de libertarse de las persecuciones de Atahuallpa, despues

con él de no caer en manos de los españoles; i aun esa vereda no era conocida sino de mui pocas personas, las mas adictas al príncipe, i que habian querido dividir con él la vida solitaria i salvaje que llevaba.

La cima de las flores, como llamaban sus habitantes aquel paraje, no tenia por cierto que envidiar a ninguna de las ciudades indias, pues abundaba en aguas, aromas i verdura. Oculta entre los robles i las encinas, dominando como dominaba la costa, el mar i la falda, con un horizonte siempre claro e inmenso, rodeada de desfiladeros profundos, poblada de aves, era ciertamente una mansion de amores, uno de esos parajes deleitosos de América, no hollados aún por la planta del hombre, i donde solo se ostenta rei el ciervo envejecido bajo su gris corona de púas.

Todas las tiendas estaban alfombradas de juncia, i en todas ellas habia hamacas de amarilloso mimbre, pintadas de rojo o carmesí; pero donde sobresalia mas la sencillez característica i elegantísima de los nobles peruanos, era en la tienda de en medio, en cuyo tope se alzaba gallardo el íris imperial, i en cuyo interior las ramazones de oro del bordado, la plata, el azul i el verde de los matizes, semejando una alfombra pérsica, presentaban un golpe de vista encantador.

Las armas de cobre de Manco, su clava poderosa, su arco i su escudo de triplicada piel de danta, hacinados en un rincon como el traze de una medalla antigua i emblemática, decian a todo el que penetrase en aquel recinto

silencioso, en aquella militar morada, que su dueño era un soldado, i que allí no debian oírse mas que vozes de guerra i palabras de caza.

En el rincon opuesto al de las armas, i recostada sobre una piel, una linda mujer de veinte años, tañia con gusto melancólico un caramillo de madera reluciente, cuyos sones melodiosos parecian ser su única distraccion, su solo consuelo en medio de la soledad apacible que la rodeaba.

Contra la costumbre del pais, el cabello de esta mujer, crecido hasta seis palmos abajo de la frente, i dividido en dos alas negras como la noche a uno i otro lado de sus mejillas pálidas, caía en crespos inmensos sobre sus hombros. Era su frente ancha i redonda, i sus ojos de un pardo azabache, demasiado grandes para no ser hermosos, tenian un mirar tierno i amante. Sus labios de un lacre subido, que contrastaba lindamente con su cútis de perla, siempre risueños, dejaban ver dos hileras de dientes iguales, limpios i blancos como el marfil.

Vestia la linda moradora de aquella soledad una túnica estrecha de cuentas de oro, que, empezando cerca de su rodilla por el tamaño de una nuez, iban decreciendo gradualmente hasta el de un grano de mostaza. Igual arte i primor se observaba en sus mangas perdidas, abrochadas abajo del hombro con dos diamantes hermosísimos.

Su pié, breve i arqueado, calzaba una sandalia tambien de oro, sujeta a su pierna mórbida i rosada con cordones azules i blancos.

Era su turbante de lienzo de estos mismos

colores, ornado de plumas de garza, i por el momento estaba sembrado de rosas silvestres, emblema de amante recien desposada.

Azucena era el nombre de la solitaria. Sinembargo, su calidad de mujer lejítima i hermana del príncipe Manco, habia hecho que ya no se le diese este nombre, sino el de Coya, que entre los incas equivalia mui bien al de *reina madre*.

Ya se cansaba Coya de tocar su instrumento, i de cierto se habria fastidiado, si en aquel instante no se hubiera presentado Zuma, su esclava favorita.

—Ah! Zuma, esclamó al verla, cuánto me habeis hecho esperar.

—No ha sido mucho, a lo que creo.

—Mucho, sí, mucho: en la soledad todo es largo i cansado.

—Pero habeis tocado i cantado a lo que parece.

—Tocado, sí, pero cantado no. Ya no me gusta el canto.

—Con cualquiera de las dos cosas que hayais hecho no teneis razon para quejaros: la música es una dulce compañera.

—Pero es que no solo he tocado.

—Vamos! i qué mas habeis hecho? preguntó Zuma con una familiaridad de amiga íntima.

—Primero pensar mucho.

—I despues?

—I despues entretenerme con las riñas de los pájaros en el follaje.

Zuma se rió. Despues dijo:

—De seguro que no serian mui entretenidas esas riñas.

—No lo eran; pero me llamó mucho la atencion el que no fuesen de pájaro a pájaro......

—Sino?......

—Sino de bandadas contra bandadas.

—Eso es mui comun en estos bosques.

—Pero habia ademas otra cosa particular que vos no sabeis.

—Qué cosa?

—Que las bandadas de pájaros eran de especie distinta.

—Serian papagayos i gorriones.

—No, Zuma, los unos sí eran pájaros de la tierra, pues he visto muchos de ellos en Tumipampa cuando estuve allá con mi madre; pero los otros......

—Qué?

—Me eran completamente desconocidos: parecian pájaros marinos.

—Hermosos?

—Oh! mui hermosos. Sobre todo, habia uno que me ha hecho una honda impresion.

—Seria el mas grande de todos?

—No.

—Seria el mas viejo, el jefe de todos? preguntó Zuma burlándose de la sencillez de su ama.

—No; tampoco era el mas viejo.

—Pues seria el mas jóven.

—Para hablaros con verdad, no sé si seria el mas hermoso, el mas viejo o el mas jóven: lo único que sé es que me ha impresionado, i hasta tal punto, que luego que desapareció de mi vista me dió tanta tristeza que no pude ménos que ponerme a tocar...... despues he derramado muchas lágrimas.

—Vamos, mi bella señora, mi tierna Azucena, echad a un lado esas tristezas, que luego luego voi a cojeros prisionero el lindo pajarraco de vuestros amores, i a traéroslo aquí para que le acariciéis i adoreis mas que al príncipe. Miéntras tanto tomad.

—Qué me dais?

—Estas frutas, respondió Zuma, descargando de su cabeza una fuente de metal repleta de plátanos, piñas i ciruelas: he ido a cojerlas espresamente para vos a la hondonada vecina.

—Mucho agradezco vuestros cuidados, mi buena Zuma, pero por ahora no quiero nada.

—Haceis mal, porque es mas de medio dia.

—Esperaré a Manco para comer con él.

—El príncipe aun tardará en venir.

—Sinembargo, no tengo ganas de frutas.

—Es que tambien tengo pan de maíz.

—Tampoco quiero yo pan.

—Pues qué quereis?

—Yo? nada, Zuma: estoi triste, mui triste!

I Coya cojió de nuevo su instrumento para entretenerse en tocar.

—No, no toqueis mas, ama mia; hablemos mas bien de *los blancos* que han entrado en la tierra: dicen que son mas bellos que los incas.

—Mas bellos, pero mas crueles tambien: han dado muerte a Atahualpa.

—Atahuallpa era un sanguinario usurpador.

—Sí; pero no hai derecho para matar a ninguno de la sagrada familia.

—Era vuestro enemigo.

—No hablemos de estas cosas, Zuma: mi corazon está oprimido i tengo necesidad de llorar.

—Ama mia, me vais a poner triste con tales dolores. Ya estoi por creer que el maldito pájaro que vísteis es algun príncipe encantado que os quiere robar.

—Príncipe encantado? No, yo no creo en encantos.

—Haceis mal, porque lo mismo que os está pasando ahora le pasó hará unas cien lunas a una escojida * del Cuzco.

—I qué le pasó?

—Es una historia mui rara.

—Contádmela, Zuma: eso me servirá de distraccion.

—Dicen que la escojida era la hija mas linda de un curaca del Norte, que habiendo salido una tarde al jardin vió un pájaro blanco, del tamaño de un colibrí, que estaba triste sobre una marchita espadaña. La escojida tuvo lástima de ver al pobre animalito tan acongojado, i se acercó para acariciarlo.

—Por supuesto que alzaria el vuelo? interrumpió Coya.

—No, no alzó el vuelo, continuó Zuma; por el contrario, se dejó agasajar i llevó su agradecimiento hasta llorar.

—Lloró el pajarito?

—Sí, lloró; i no solo lloró sino que al retirarse la escojida llamada por su superiora, esclamó lleno de pesar:

—*Ai de mí!*

—Imposible, Zuma; eso es imposible: nunca he oído decir que hablen las aves.

* Vírjen del Sol.

—Ahí vereis.

—I qué hizo la escojida?

—Miró atras toda asustada, pero ya el pajarito habia desaparecido.

—I volvió?

—Todas las tardes volvió por el espacio de muchos dias, i cada vez venia mas grande i mas grande, hasta que creció como un halcon.

—Como un halcon?

—Sí; i despues como un águila.

—Como un águila?

—I despues como un condor.

—Zuma!

—I despues como un árbol mui corpulento.

—No; vos me engañais.

—Idespues como una casa, continuó Zuma imperturbable, de suerte que su aleteo se percibia a mucha distancia, i cuando venia cercano a la tierra oscurecia los lugares por donde pasaba.

—I qué resultó?

—Que la escojida cada dia queria mas a su maravilloso visitador, hasta que una tarde......

—Qué?... ..

—Este le dijo con una voz solo comparable a la del huracan—Me amais?—Sí, respondió la escojida—Entónces me seguireis?—Sí, os seguiré, pero ¿a dónde me llevareis?—A las rejiones sombrías de la luna, entre cuyas nubes tengo mi nido. Dijo, i cojiendo a la pobre vírjen por su vestido blanco con su garra semejante a un árbol descarnado, desapareció en los aires con ella.

—Pobre! esclamó Coya consternada.

—Pobre no, que la llevó a las entrañas de la noche, i desde entónces se le adora en la tierra con el nombre de *Chascas*, o la vírjen de rubia cabellera. *

—I nadie volvió a saber de ella ?

—Nadie.

—Pero vos no me contais otra cosa que la historia alegórica de Cora i Atahuallpa; que los cancioneros de Quito han disfrazado con tan bellos colores.

—Bien, suponiendo que sea así, es lo cierto que Atahuallpa se robó a Cora del templo, i que nadie ha sabido su fin.

—Dicen que la mató a las orillas del mar.

—Cuidado, pues, Azucena mia, no os robe a vos tambien vuestro pájaro i os lleve léjos de aquí.

CAPITULO XXI.

HERÓICA RESOLUCION DE MANCO.

Interrumpió la conversacion de las dos mujeres la llegada del príncipe Manco con toda su servidumbre de cazería. Componíase esta de unos diez pajes o ayudantes, escojidos entre la jente mas robusta i ájil de la comarca, i cuyo oficio era llevar a la caza las flechas, hondas i lazos del príncipe.

Cuando este hería un ave al vuelo, unos hacian el oficio de sabuesos i la seguian en la espesura o en los pantanos, hasta apoderarse de ella. Otros seguíanlo un paso o dos atras, preparándole las armas de que gustaba hacer uso; i otros, en fin, eran los encargados de las vi-

* Vénus.

cuñas o gamos silvestres, i a vezes tambien de los tigres i leones, cuando su mucha internacion en los bosques les hacia inevitable su encuentro terrible.

No debe contarse entre los ayudantes del príncipe a los músicos que lo acompañaban siempre, como tampoco a los conductores de su litera, especie de silla de madera roja, chapeada de plata i sostenida por dos chontas labradas.

Su comitiva pasaba, pues, de veinte personas.

Aquel dia la caza habia sido abundante, i los pajes del príncipe venian cargados de liebres, patos, tórtolas i chorlitos de mar, que era un encanto.

Pero lo que al primer golpe de vista llamaba la atencion era un pájaro tornasol, de rojo, negro i azul, corvo i blanco pico, alas doradas i grande como una gaviota, que el príncipe mismo traía asido de un mimbre, i que era por el momento el objeto de todas las conversaciones.

—Es él, gritó Azucena al verlo, i casi estuvo a punto de desmayarse.

—Quién es él? preguntó Manco sonriendo a su jóven esposa.

—El pájaro.

—Qué pájaro?

—El mismo que yo he visto pasar por aquí hace poco persiguiendo con otros una parvada de tordos.

—Eran los mismos! esclamaron los criados del príncipe: nos han alcanzado mas allá del valle de las palmas.

—I yo le he muerto de un flechazo, conti-

nuó el príncipe, para haceros un collar con sus plumas.

Coya tomó el pájaro de manos de su esposo i estuvo contemplándolo largo rato. Al fin se lo pasó otra vez diciendo con la mayor alegría:

—Ah! no es él.

—Pues qué? preguntó Manco.

—Digo que no es él, insistió la jóven radiante de felizidad: el otro tenia un collar blanco salpicado de manchas azules.

—Es decir que os gustaba mas.

—Oh! sí, mas, mucho mas, Manco.

—Entónces os vais a poner triste porque no dí muerte a ese?

—Todo lo contrario; si lo hubiérais muerto nunca os lo hubiera perdonado ¿cómo resistir al verlo así traspasado con un flecha?

Coya decia verdad: el hermoso pájaro estaba cruzado de parte a parte por debajo del ala. El príncipe era un famoso tirador.

Cosa estraña! oyóse en aquel punto fuera de la tienda el latido de un perro, i casi en el instante se presentó un guerrero jigantesco, de color oscuro, musculado como un Goliat, mas jóven que viejo, i de maneras graves, sencillas i dignas.

—Huallpa! esclamó Manco lleno de gozo, e hizo seña a los circunstantes para que se alejasen.

La tienda quedó sola en el momento.

El príncipe corrió las cortinas de la entrada.

Sucedióse un silencio mortal.

Huallpa llevó la mano a su frente humedecida por el sudor, i la enjugó con un cabo de su turbante.

Manco reparó en el cansancio de Huallpa, i díjole con afabilidad :

—Sentaos i descansad.

El indio obedeció.

Surcaba sus atezadas mejillas una sustancia oleosa, que se iba enfriando por momentos, i su cuerpo inclinado ácia adelante mostraba bien que el jigante acababa de hacer una marcha precipitada por algun terreno cálido i fragoso.

El can gruñia lastimosamente a la entrada, i parado sobre sus patas traseras hacia esfuerzos inútiles por apartar la manta que lo separaba de su dueño.

—Entrad, Alegría, dijo Huallpa parándose i abriendo a su compañero de viaje.

Era Alegría un hermoso perro de la familia de los alanos, grande como un ciervo, fuerte como un leon, de ancha cabeza i lacias orejas, hocico chato, larga cola, suave i negra piel. Sus ojos, mas que ojos, eran dos jiradoras i encendidas brasas.

El príncipe dió un paso atras espantado.

—No os asusteis, señor, dijo Huallpa orgulloso de ver la actitud de su lebrel, que se habia clavado como una fiera para contemplar al príncipe. Alegría es un amigo inmejorable.

—Pero de dónde habeis sacado monstruo tan bello ? preguntó Manco un poco sobrecojido de terror.

—De estos traen los estranjeros por miles. I qué útiles que son!

—I cómo pudísteis vos conseguir este ?

—No fué cosa de decir i hacer, contestó Huallpa con seriedad : para obtenerlo perdí tres hombres i llevé dos heridas.

—Segun eso, fué en lucha?

—En lucha, i terrible: los blancos lo defendieron como una bandera.

—I despues?

—I despues me ha sido mui difícil domesticarlo, pues queria regresar a casa de sus amos.

Alegría, que ya habia acabado su inspeccion, alzó sus manos grandes como de oso i las puso con cariño en el pecho de Manco; en seguida lamiole los piés.

—Es un bello animal! esclamó este; i me admira que todo lo de los blancos sea hermoso i raro.

Huallpa llamó a Alegría, i golpeándole el lomo le hizo echar como un cordero a sus piés.

El perro estaba fatigado i se quedó al punto dormido.

—Bien, i qué tenemos de nuevo? inquirió ansioso el príncipe.

—Preguntad, señor, dijo respetuoso el guerrero.

—Quizquiz?

—Muerto, pero no vencido.

—I Challcuchima?

—Quemado, pero no apóstata.

—I Toparca?

—Envenenado.

—I Pizarro?

—Victorioso en el Cuzco.

—I los ejércitos?

—Derrotados.

—I el espíritu público?

—Abatido.

—Bien......bien, murmuró Manco, i frotó

sus manos como si fueran nuevas mui favorables las de Huallpa.

—Parece que no os entristeceis, señor?

—No, Huallpa, no me entristezco : todo va bien.

—Yo me atrevo a creer que todo va mal.

—Vos, simple jeneral, haceis bien en creerlo así; yo, príncipe de la sangre, haria mal.

Huallpa se calló porque nada comprendia.

—Bien ¿ i qué es de Rumiñaui? preguntó Manco despues de una pausa.

—Se ha replegado sobre Quito con veinte mil hombres.

—Malo, pensó el príncipe. Despues dijo :

—A cuánto alcanza el número de los estranjeros?

—Segun pude contarlos yo mismo de Jáuja al Cuzco, creo que no llegan a mil.

—Todos de a caballo?

—No : los mas de infantería.

—Bien, Huallpa, decidme ahora ¿ mui cansado venis?

—Aunque he andado tres jornadas en una, ya he descansado lo bastante.

—Dad, pues, la órden de levantar el campo en el momento.

—A dónde marchais?

—Al Cuzco.

—Desarmado?

—Desarmado.

—Os ajusticiarán como a Atahuallpa, u os quemarán como a Chalcuchima......

—Nada de eso me harán.

—Desconfiad de *los blancos*, señor.

—El que desconfie no quiere decir que los tema.

—Qué intentais, pues?

—Reclamarles el llauta de mis mayores.

—Os atreveríais?

—I por qué no; son acaso ellos mas hombres que nosotros?

—No, mil vezes no, respondió Huallpa, que los habia vencido mas de una vez.

—Cumplid mis órdenes.

Huallpa salió de la tienda seguido de Alegría.

—Azucena! gritó el príncipe, poneos de gala i mandadme mis mejores vestidos.

—A dónde vamos? preguntó Coya desde la tienda vecina.

—Al Cuzco a coronarnos, repuso Manco con seriedad.

Coya nada observó; acostumbrada hacia dos años a ver en Huallpa al ministro de su esposo, sabia que su llegada al campamento traia consigo cambios radicales en su fortuna; nada habia pues de estraño que en esa ocasion fuese portador del llauta imperial. Por otra parte, Coya amaba secretamente la gran ciudad, i aunque no la conocia, su corazon le decia que en ella seria feliz, mui feliz!......

CAPITULO XXII.

LA PRIMERA EMOCION DE AMOR.

Manco levantó su campo en efecto i se dirijió de paz al Cuzco.

Cambiaba la morada de los amores i de la tranquilidad por las ajitaciones de la política, yendo tal vez él mismo a ofrecer su cuello a la segur de los sacrificadores.

Pero Manco tenia razon: los hombres que se sienten superiores no deben contentarse con

los aires domésticos, i deben probar respirar las auras de la gloria.

El águila no puede vivir siempre entre las rocas de su nido; ella se siente reclamar por el horizonte i los huracanes, i obedece a su llamamiento.

Manco no habia nacido solo para ebetarse en el regazo de una mujer; i se sentia mui grande para pensar solo en las viandas i en los vestidos.

Cierto que, yendo al Cuzco, lo arriesgaba todo; pero cierto tambien que, quedándose, lo perdia todo.

Su resolucion era decisiva; pero de esas resoluciones decisivas, únicas en la vida, depende la suerte de los hombres grandes.

Por falta de esa resolucion se han perdido muchos nombres para la historia. César no seria, acaso, mas que un jeneral como Pompeyo, si retrocede espantado a la vista del Rubicon; i el puñal que borró con sangre de la lista de los vivientes el nombre de Kleeber, acaso habria borrado el nombre de Napoleon, si este no vuelve a Francia despues del hecho de armas de Aboukir.

Indudablemente hai un momento en la vida del hombre que, desaprovechado una vez, todo se pierde en el mundo.

Manco lo habia comprendido así, i por eso marchaba en busca de Pizarro.

Recibiólo este en el palacio mismo de los antiguos reyes del Perú, en donde hacian aún notable contraste los usos incas con las costumbres españolas. Las salas donde en otro tiempo no se oía el ruido mas leve, se estremecian

ahora al paso grave del pechero; las pieles i los adornos de los aposentos habian desaparecido, i en cambio veíanse sillas, adargas, cascos i atambores.

El peon montaba su guardia resignado i mudo como una estátua en las entradas del edificio; i los grupos de indianos nobles eran reemplazados por los corros de la oficialidad aventurera.

Pizarro habia crecido en poder i orgullo mucho mas de Cajamarca al Cuzco, que en todos los sesenta años anteriores de su vida. Ya para hablar con él era necesario obtener audiencia prévia, guardar antecámara, permanecer descubierto i de pié ante su nobilísima persona.

Ya no era el jeneral que a todas horas se mezclaba i chanzeaba con sus soldados; era el príncipe en ciernes, grave, casi venerable, que se guarda de los hombres, del aire i de la luz.

No hai como una victoria para engrandecer a un hombre.

Manco duró dos dias dando vueltas en el palacio de sus padres ántes de ser introducido a la presencia del Gobernador.

Candia se gozaba en verlo revolotear por los patios i corredores como una golondrina, i se decia sonriendo:

—Da vueltas, hijo mio, domina tu orgullo, i espera. Mi estátua es de barro, i si no la cubro con oro se me desmoronará.

I volvíase a sonreir.

I tenia razon Candia: la estátua de que hablaba era Pizarro, el hombre a quien la fortuna hacia grande en el fondo, pero a quien la naturaleza habia hecho pequeño en la superficie.

Era, pues, necesario suplir esta falta a fuerza de rumbosas esterioridades.

Pizarro no pudo sufrirlas por mucho tiempo, i saliendo una mañana bruscamente de la cámara en que, a modo de preso se le tenia, dijo enojado a Candia, que, sentado en una silla ácia la entrada, se habia arrogado el carácter de oficial de la guardia:

—Don Pedro de Candia ¿hasta cuándo quereis burlaros de mí?

El travieso griego descuidó la pregunta del capitan, i repuso sonriendo:

—Vaya! hoi ha amanecido de buenas para mí; me saludais con el título de *don*, i os cojo la palabra.

Pizarro se puso rojo de cólera, pero se reprimió.

Despues dijo:

—Qué! os parece poco tenerme ocho dias encerrado en esa pieza desmantelada i triste velando mis armas......? Me parece que ya no estamos en los tiempos de la andante caballería. Quiero ver el sol, respirar el aire libre, pasar revista a mis soldados, ver a mis hermanos......

—Imposible! esclamó Candia con la mas cómica seriedad: pedidme mas bien que me eche a ahogar.

Pizarro dió una patada de impaciencia, tan fuerte, que su bota de cordoban de Fez se abrió como una rosa.

—Qué habeis hecho, capitan, esclamó Candia finjiendo un espanto mortal: diez cóleras como esa, i somos perdidos: las botas no se compran hoi ni a quinientos ducados el par, ni

el baron. Jines viene con nosotros trayendo comercio.

Pizarro nada respondió. Se habia enfadado en verdad.

—Mal haceis, señor gobernador, dijo el impertinente Candia despues de un rato de silencio ; mal haceis, señor, en poneros rabioso.

—I por qué ?

—Porque tengo una nueva mui feliz que daros.

—Qué nueva ?

—La del alumbramiento de la señora.

—Qué !......

—Sí, señor : Florazul acaba de dar un súbdito al rei, a vos un hijo, i a mí un amo mas dócil que vos.

—I por eso estábais durmiendo como un can, ahí en esa silla, sin venir a avisármelo ? dijo Pizarro radiante de felizidad.

Para él un hijo era una prenda de reconciliacion con el mundo, un vínculo con Dios, un sueño, una esperanza.

—Señor, respondió Candia, si no duerme uno cuando está contento i disfruta de tranquilidad ¿ cuándo ha de dormir ?

Habia tal aire de alegría, de amistad i franqueza en el semblante de Candia al hablar así, que Pizarro le estrechó la mano con la misma ternura con que se la hubiera estrechado a su hijo.

Despues, con toda la humildad jenerosa del hombre feliz, repuso :

—Supongo que ahora sí me dareis permiso para salir.

Candia, corrido ante semejante grandeza de

alma, dejó libre el paso a su capitan, quien se dirijió al aposento de Florazul.

Cuando salió de él, dichoso, sensible, acariciado, Pizarro era otro hombre; una sonrisa de su hijo i un suspiro de Florazul habian cambiado para él la faz del mundo.

El sol le pareció mas hermoso, el aire mas puro i mas embalsamado, mas grande el cielo, las flores mas ricas; ya se ve: era padre.

Gonzalo i Juan lo esperaban a la puerta, i Pizarro los abrazó con tristeza. Acababa de comprender que ya no los amaria tanto como hasta allí...... los corazones de los padres son siempre egoistas.

—Ah! con que tenemos un sobrino? preguntaron los dos niños guerreros, llenos de una afable bondad.

—Un sobrino, no, dijo Pizarro, un hermano sí, porque vosotros sois tambien los hijos de mi corazon.

Los dos héroes de América, a quienes reservaba el destino fines tan diversos, cayeron de rodillas a los piés de Pizarro, i este, levantando su mano vencedora, trémula por la edad, los bendijo a nombre de su padre, el fuerte soldado, i de su madre, la sencilla mujer.

Oh! fué un espectáculo mui bello de piedad i de amor.

Cuando volvieron adentro, Candia, que no habia perdido el tiempo, hacia los honores de recibimiento a Manco, brillante mas que nunca enmedio de su corte.

Dos pasos atras de este, i hermosa, gallarda, digna, se levantaba Azucena sobre sus babuchas de oro, como la flor de que habia tomado

su nombre se levanta en las mañanas de abril sobre la grama de los prados.

Al entrar, sus ojos de gacela se encontraron con los ojos de águila de Gonzalo, i bastó un segundo para que sus miradas se trocasen en miradas de crítico deleite.

Púsose el mancebo pálido como la nieve: encendióse ella mas que la grana i el coral. Zuma comprendió al punto lo que acababa de pasar, i recibiendo en sus brazos a Coya, pronta a desmayarse, le cubrió el rostro con el turbante espeso de su frente.

Aquella no habia sido mas que una mirada inocente, un pasajero eclipse de dos soles nacientes !......pero ¡ai! cuán fecundo en resultados grandiosos !......

La suerte del imperio iba envuelta en aquella primera mirada de amor.

CAPITULO XXIII.

SEGUNDA BRUTALIDAD DE HERNANDO.

Al entrar Pizarro en la sala, púsose de pié Manco i le habló en estos términos :

—Hijo poderoso del Sol ! representante de un rei que se dice habitar mui léjos de aquí : el deber ha hablado a mi corazon, i mi corazon ha sido sensible al deber.

El pueblo de mis antepasados sufre, i yo no debo dejarlo sufrir.

El llauta de mis padres ha caído en el lodo, i yo he venido desde el corazon de las montañas del imperio para levantarlo.

Lo levantaré de paz o de guerra ? Esforzado campeon, vais a decírmelo.

Mis lejiones están preparadas ; debo darles

la voz de marcha o la de retirada? Decidid.

Pizarro, sentado en una silla de oro con casi mayor majestad que un emperador romano en su *podium*, preguntó a Manco:

—I vos quién sois para hablarme así?

—Yo soi el decimosesto emperador inca.

—Vuestro nombre?

—Manco, de la familia de los Capacs.

—I quereis?

—La corona.

Esta respuesta era breve, sentenciosa, casi brusca, pero era la que cumplia en la ocasion.

La majestad de Manco era cada vez mayor.

Así lo notó Pizarro, i preguntóle lleno de grandeza:

—Bien ¿i cómo quereis que os reciba?

Aquí no cabia mas respuesta que la de Poro, i Manco la dió diciendo:

—Como a rei, señor.

Hubo un momento de silencio solemne en la asamblea: la grandeza de Manco los tenia a todos sobrecojidos.

—Bien, dijo Pizarro levantándose i despidiendo al príncipe con una señal: esto es materia de consejo...... os haré avisar el resultado.

Manco hizo una cortesía profunda i salió del salon seguido de su comitiva.

Azucena salió de las postreras, i echando una última mirada a Gonzalo, partió en dos el velo que la cubria.

Gonzalo se puso rojo de emocion: acababa de comprender que la jóven princesa llevaba despedazado el corazon, i que se lo decia.

—Al ménos no se dirá de este príncipe, dijo Candia lleno de interes por Manco, lo que la

sultana Axa dijo a su hijo Boabdil sobre las cumbres del monte Padul.

—I qué le dijo? se apresuró a preguntar Pizarro.

—"Llora como mujer el imperio que no has sabido defender como hombre."

—Por lo que es este, dijo Pizarro con emocion, creo que tiene trazas de defenderlo demasiado bien.

Solo Gonzalo no sabia de lo que se trataba en torno: su cuerpo, era verdad, estaba allí, pero su alma habia salido detras de la linda mujer que lo entontecia.

Juan habia dado muchá importancia al traje de pieles i a la actitud guerrera de Manco para pensar en otra cosa. Como buen militar, gustaba mas de un soldado gallardo que de una niña bonita.

Gonzalo se sentia arrastrar ácia afuera por una fuerza irresistible, i echando mano del primer pretesto que pudo, fuése a Juan i lo convidó a dar una vuelta por los jardines.

A Juan le era igual salir o quedarse, por lo que sin responder palabra cojió el brazo de su hermano, i como dos estudiantes que se fugan, o dos enamorados que quieren estar solos, salieron del aposento i echaron a andar por el primer corredor que se les presentó.

La casualidad hizo que este fuera el mismo que llevaba la comitiva del inca.

Cuando Candia i Pizarro se vieron solos, dijo el primero de los dos:

—I bien, señor ¿qué pensais de Manco?

—Pienso lo que pensaríais vos en mi lugar: pienso no dar oídos a sus pretensiones.

—Haceis mal.

—Mal haria si Manco fuese un Huascar o un Toparca, pero siendo un Atahualpa hago perfectamente bien.

—Por lo mismo que lo creeis un gran príncipe, debeis atraerlo a vuestro partido i no hacerlo vuestro enemigo.

Pizarro nada respondió.

Candia prosiguió :

—Unidos vos i él, nadie podrá disputaros el imperio, i se realizarán mas prontamente los pronósticos que os hacia cuando os aconsejaba en Toledo que comprásemos al Rei la conquista a peso de oro.

—I si proclamado Manco emperador por mí, se alza mañana con el poder provocándome guerra?......

—Pero es que eso puede hacer tambien sin que le pongais en la frente la borla encarnada.

Pizarro volvió a quedarse callado.

—Bien, dijo despues de un rato de silencio : lo pensaré esta noche, i mañana tomaré una determinacion.

—Dios quiera que sea la que mi corazon quiere.

—No parece sino que la arrogancia del príncipe os ha interesado, observó Pizarro con acento malicioso.

—No, respondió Candia con una gravedad que llamó la atencion del jefe español : lo que me ha interesado es la suerte que os espera si no obrais con el tino i la prudencia que exijen las circunstancias. En política nada tienen que ver las simpatías ni las antipatías : en política no hai hombres, sino ideas.

Pizarro comprendió que acababa de recibir una leccion de su inferior, i se volvió a otro lado talareando un viejo romance del Cid.

Oyóse en aquel punto el ruido de muchas espuelas en la antesala, i el tumulto de diez o doce personas afanosas que entraban en ella.

—Qué hai? preguntó Candia.

—Un correo, respondió una voz desde afuera.

—Entrad, dijo Pizarro.

Esta simple palabra bastó para que la pieza se llenara de guerreros, ávidos de saber las noticias traídas por el recien llegado.

Era este un español alto i bien hecho, todo cubierto de acero salpicado de lodo; prueba irrecusable de la premura con que habia despachado su comision, puesto que se desmontaba directamente en palacio.

Adelantóse a Pizarro, i despues de hacerle una cortes reverencia con el capacete en la mano, esperó a ser interrogado.

—De dónde venis? preguntó Pizarro,

—De San Miguel, señor, respondió el correo.

San Miguel era la primera colonia española fundada en la costa.

—I bien? dijo Candia.

—El mensajero, sin esperar a mas, presentó a Pizarro los pliegos de que era portador.

Pizarro los pasó en seguida a Candia para que los leyera, quien lo hizo solo para sí.

Todos esperaban, como habia sido costumbre hasta entónces, que se les impusiera de su contenido, pero por esta vez se llevaron chasco, porque Candia, luego que acabó su lectura, arrogándose el carácter del Gobernador, dijo:

—Bien, señor mensajero, id a descansar, i

contad con una recompensa por vuestro zelo. Señores, el Gobernador debe tratar estos puntos a solas.

Aquella despedida en forma, aquella manifestacion de estorbo, produjo algunas murmuraciones i algunas miradas de enojo para Candia, pero él paseó por el concurso su mirada altiva i desafiadora, i todo el mundo se retiró en silencio.

Rei i ministro quedaron solos.

—Qué hai? preguntó el primero.

—Son noticias de la corte, respondió el segundo.

—De Hernando?

—Sí.

—Favorables o adversas?

—Vais a juzgarlo.

I Candia en vez de volver a leer los pliegos, dijo:

—Hernando ha sido recibido por el Rei en Calatayud, quien le ha oído con admiracion; los quintos reales le han deslumbrado, i os llama su buen hijo.

Tácito mismo se hubiera sorprendido de este laconismo de narracion, pero no por esto Pizarro dejó de comprender toda su importancia, i sus ojos se llenaron de luz.

Candia continuó:

—Ya veis, señor, que Hernando no ha perdido el tiempo en la corte.

—Oh! no, no, interrumpió Pizarro lleno de emocion.

—No lo ha perdido, pues el Rei os ha hecho marques.

—Marques?

—Sí, de *Atavillos*. De hoi en adelante quedais enrolado en la orgullosa fila de la aristocracia castellana.

El corazon de Pizarro sonaba como un atambor.

—El mismo Hernando, continuó Candia, ha alcanzado para sí el hábito de Santiago.

—Estimable honor: es de las órdenes mas grandes de España.

—Estais contento?

—Cómo no estarlo? Mi hijo será marques por su cuna, ya que nada fuí yo por ella.

—I Florazul será marquesa.

—Eso es nada para ella.

—Bien, veamos ahora el reverso de la medalla.

—Luego tiene reverso? preguntó Pizarro con ajitacion.

—Oh! sí, dijo Candia sentenciosamente: todo tiene dos caras en este mundo.

—Veamoslo, pues, observó el marques con resolucion.

—El Rei ha hecho mariscal a Almagro, lo ha confirmado en el adelantamiento i señalándole conquista i jurisdiccion aparte.

Pizarro no se desmayó, pero se sintió desfallecer.

—Tambien os ha escrito a ámbos una carta de su puño i letra, que traerá Hernando, donde os confunde en sus elojios i os manifiesta igual aprecio i estimacion.

—Oh! eselamó Pizarro: esta es la segunda brutalidad de Hernando!

—No, capitan, la culpa no es de él.

—Pues de quién es?

—De Almagro mismo, pues mandó un comisionado a la corte ántes que vos.

Pizarro se hincó las uñas.

—Hai tambien otra novedad, i es que un tal capitan Pedro de Alvarado, célebre en las guerras de Méjico, ha desembarcado en el país en guisa de conquista i seguido de gran número de soldados.

—En qué direccion?

—En la del Norte.

—Bien, dijo Pizarro despues de un rato de honda reflexion: dad de mi parte órden a Almagro para que vaya con su jente en persecucion de Alvarado, i guardad el secreto de las concesiones del Rei.

—Es inútil, dijo Almagro entrando en aquel punto en el salon.: hace un mes que las sé, pues hace un mes que vino mi embajador.

Pizarro i Candia se quedaron desconcertados. Almagro continuó:

—En cuanto a la órden que me dais de ir al encuentro de Alvarado, es cosa hecha, i parto en el instante. Mi tropa ha salido hoi al mando de mi hijo i de Rada, i yo solo me he quedado atras para despedirme de vosotros. Adios, señor marques, adios señor privado.

I el mariscal, torciendo sobre el flanco izquierdo, salió del aposento haciendo sonar su espada contra el granito del piso, i cuyo ruido venia a espirar en los oidos de los dos guerreros como una amenaza de muerte.

Candia i Pizarro tardaron en volver de su asombro.

—Por lo pronto nos deja, dijo al fin Pizarro, i es lo que importa.

Candia meneó la cabeza con aire de duda, pero no observó nada a su capitan.

CAPITULO XXIV.

LA MAÑANA DEL VIREI.

Cuatro dias despues Manco recibió la corona de manos de Pizarro, quien no pudo ménos de ceder a los prudentes consejos de Candia.

Este habia dicho como una última razon a Pizarro :

—Almagro ha ido a fortalezerse con el partido de Alvarado : fortalezeos vos con el de Manco.

I el consejo habia surtido sus efectos.

Despues de la coronacion de Manco se pensó en el arreglo municipal del Cuzco ; i Pizarro nombró ocho alcaldes i ocho rejidores, entre los cuales se contaban sus hermanos Juan i Gonzalo.

En seguida se promulgaron por bando todos los títulos i poderes del Gobernador.

El padre Valverde, que ya habia recibido la confirmacion episcopal del Papa, se reservó para sí el antiguo templo del Sol, que a poco mas estuvo convertido en un espléndido convento bajo el patrocinio de Santo Domingo ; i mas de trescientos conquistadores, que no sabian qué era vivir bajo techado, recibieron de la longanimidad de Pizarro palacios enteros para su habitacion i regalo.

La sagrada ciudad del Cuzco acababa de cambiar su bello título de metrópoli del imperio, por el simple de colonia de España.

La muerte, pues, habia penetrado en su seno.

Al otro dia de los arreglos, Pizarro llamó cerca de las seis.

Candia respondió.

—Entrad, dijo Pizarro, i ayudadme a buscar mi ropa, pues tengo prisa de levantarme.

—Es inútil, señor, que la busqueis, pues la ha sacado para cambiarla vuestro camarero mayor.

—Mi camarero! acaso tengo yo camareros?

—Sí señor, desde ayer los teneis.

—I para qué diablos tengo yo camareros?

—Para que hagan vuestro servicio de alcoba, como es de costumbre.

—Mi costumbre es vestirme solo i a mis anchas.

—No digo que no seria esa vuestra costumbre cuando no érais mas que Francisco Pizarro, pero hoi ya no : hoi representais a su majestad el emperador Cárlos V.

—I qué?

—I qué? no lo comprendeis? Hoi podemos decir que estamos en la corte.

—Bien, dijo Pizarro riendo ; i a qué horas traerá mi ropa el camarero?

—Son las seis, respondió Candia con la detencion de un hombre que hiciese un cálculo demasiado profundo.........son las seis......... puede ser que a las diez.

—Puede ser que a las diez ! esclamó el Gobernador a punto de amostazarse ; i qué haré miéntras tanto?

—Dormir.

—No tengo ganas de dormir.

—No importa : meteos en la cama i estaos quieto como una piedra.

—Pero por qué?

—Porque vos sois ya un virei, i los vireyes

tienen que hacerse respetar dándose las ínfulas de tales.

—Candia, dejémoslo para otra ocasion, observó Pizarro con acento de súplica.

—Imposible! esclamó Candia, como si lo que le proponian fuese un sacrilejio.

—Es decir que debo dormir cuatro horas mas?

—Sí, señor.

—Pero si ya os he dicho que no tengo sueño.

—No importa: estamos en la corte.

—I qué?

—En la corte ningun noble se levanta temprano: hacerlo, seria una vulgaridad imperdonable.

—Pero es que yo no soi noble.

—Perdonad: sois marques.

Dijo Candia, i sin esperar a mas salió de la alcoba del Gobernador. Este intentó seguirlo en su rabia, pero le detuvo el pequeño inconveniente de hallarse en paños menores.

—Apartaos, señores, apartaos, gritó Candia al salir: el Gobernador ha trabajado toda la noche i no se levantará ántes de las diez.

Los cortesanos en cierne, que hacia media hora esperaban a la puerta de la alcoba, se retiraron en silencio.

Pizarro atormentado por el frio, que era agudo, i vencido por la falta de traje, se metió de nuevo en la cama lleno de enojo.

Las cuatro horas siguientes fueron mortales. El héroe se fastidiaba.

Acostumbrado a tomar su desayuno entre seis i siete, el hambre estaba a punto de desesperarlo.

Al fin desfalleció: hambre, frio, rabia i falta de costumbre acabaron con él.

Candia acababa de jugar i perder su cabeza por una broma de colejial. Pizarro habia resuelto matarlo.

Al fin dieron las diez, i Candia se presentó seguido de varios pajes que traian un rico traje de terciopelo negro con cuchilladas de raso blanco; capa, truzas, plumaje i botonadura, todo de un gusto esquisito.

Pizarro quiso estallar, pero lo detuvo la presencia de tanta jente.

Hizo Candia una señal, i dos de los pajes se adelantaron i bañaron la cara i las manos del Gobernador en una palangana de oro, despues le perfumaron con esencias i jabones, peináronle las barbas i el cabello, i ayudándole a poner cada una de las piezas del vestido con el respeto mas recomendable, salieron a la primera indicacion del camarero mayor.

La presion fresca del lino, el olor de los perfumes, el contraste del encaje blanco i vaporoso como espuma, sobre el color negro del terciopelo, cambiaron del todo el humor de Pizarro, acariciado por la primera vez de su vida por la mano romántica de la voluptuosidad.

Candia conoció el efecto de su primer golpe, i se apresuró a dar el segundo.

Tocó para ello una campanilla colocada al efecto sobre una mesa, i al punto entraron dos criados con el desayuno del Gobernador.

Consistia este en patatas asadas, bollos tiernísimos, una perdiz, tortilla i chocolate.

El vapor de semejantes viandas llegó a la nariz de Pizarro como un perfume del cielo.

El vino i los encurtidos eran de Castilla.

El Gobernador se sentó i almorzó sin decir palabra, pero, a juzgar por su semblante, era seguro que habia perdonado a Candia.

Terminado el almuerzo, Pizarro pasó a la cámara inmediata, donde lo esperaban los cortesanos.

Al presentarse ante ellos, un ujier, colocado a la salida hacia tres horas con aquel esclusivo objeto, gritó con todos sus pulmones:

—El Gobernador!

Esta no era mas que una simple palabra, un sonido insignificante entre los muchos que ensordecen el mundo, pero todos los que lo oyeron se estremecieron; i no obstante los puntillos que han distinguido siempre a la aristocracia española, los sombreros de todos los presentes vinieron al suelo: tal es el poder májico de las cortes.

Desde aquel dia quedaba establecido el gobierno español en el Cuzco. El gobierno de la sangre sobre la sangre, el gobierno del privilejio i del abuso, el gobierno del pretendido derecho divino, en una palabra, el gobierno de la voluntad de una parte suplantada a la voluntad del todo.

En las monarquías el gobierno no es la institucion; es el hombre.

Pizarro, a una señal de Candia, pasó de largo el salon en que se le esperaba, despues de hacer una reverencia bastante grave a los que le saludaban. Al llegar a la puerta, paróse i dijo:

—Haced vuestros memoriales de solicitud, i dirijios con ellos a mi secretario Antonio Picado.

En seguida salió.

Pizarro no era ya el mismo hombre: la comedia que acababa de hacerle representar Candia le habia abierto los ojos: era preciso fascinar à los necios con las apariencias, i él los fascinaba.

Al llegar a la puerta del palacio seguido de Candia, encontró su caballo listo i veinticinco guardias de corps que lo esperaban para custodiarlo.

Fué a montar, i un oficial de servicio le tuvo la rienda i el estribo.

La cabalgata desapareció en seguida entre una nube de polvo.

Media hora despues i cuando ya habian recorrido las principales calles de la ciudad, volvióse Pizarro a Candia i díjole:

—Qué hacemos? porque no lo comprendo bien.

—Una cosa mui importante para el porvenir de vuestro vireinato: estas esterioridades de grandeza i poder son las que hacen fuertes los gobiernos en Europa.

La palabra *vireinato* merecia una esplicacion por parte de Candia, pero el Gobernador no la pidió. Tal vez no la oyó bien.

CAPITULO XXV.

CANDIA SE RASCA LA CABEZA—JINIA INTERPRETA.

Ocho dias despues del paseo oficial de Pizarro, llamó este a sus dos hermanos Juan i Gonzalo i los encargó del gobierno de la ciudad. En seguida dió órden para que la tropa se pusiera sobre las armas, dispuesta a marchar al primer mandato de su voluntad.

—I bien, capitan, díjole Candia, parece que no tenemos donde ir.

—En eso sufris una grande equivocacion.

—Puede ser, pero no tengo noticia de que haya enemigos en ninguna parte.

—Acaso he venido yo al Perú solo a pelear ?

—Pues a qué mas habeis venido ?

—A fundar un gran pueblo.

Candia miró espantado al Gobernador: hacia mucho tiempo que creia que este no tenia mas ideas que las que podia inspirarle él.

Pizarro continuó :

—Ya hemos terminado las obras de la guerra, vamos a empezar las de la paz; hemos destruido, vamos a crear.

—Pero qué ?

—La capital del nuevo imperio que hemos fundado aquí.

—Me parece que con dificultad podremos hacer una ciudad ni medianamente comparable al Cuzco.

—No, Candia: el Cuzco es una gran ciudad por cierto, pero si estaba buena para capital de un imperio ignorado como era el de los incas, no puede estarlo para un gobierno público i relacionado como va a ser el nuestro. Nosotros necesitamos una ciudad central i marítima, construida a nuestro gusto i manera, i mas a la puerta que ácia el corazon del país.

—I en dónde pensais fundarla ?

—En el pintoresco valle del Rimac, sobre las costas del Pazífico.

Candia se rascó la cabeza: por esta vez acababa de recibir una leccion.

—Ademas, continuó Pizarro, quiero que

cuando la historia venga a recojer mis huellas a esta rejion grandiosa del mundo, no encuentre solo parches de sangre i blancas osamentas: quiero que halle tambien obras de civilizacion i de piedad.

La palabra *piedad* encerraba la bagatela de trescientos conventos. Empero, ese era el siglo; no hai que hacer inculpaciones al hombre.

Dos dias despues Pizarro salió con sus huestes del Cuzco i vino a acampar a las treinta jornadas al valle que debia inmortalizar.

Miéntras el héroe marchaba ácia el Rimac, Azucena, enamorada por la primera vez de su vida, consultaba con Jinia las dolencias de su corazon.

Ensayemos describir la escena que pasaba entre las dos.

—Decis que eran muchos los pájaros que vísteis en la cima de las flores?

—Sí, Jinia, como unos quinientos.

—I que habia algunos que parecian sus jefes?

—Sí.

—Bien, Coya; el enigma me parece mui fácil de esplicar.

—Veamos.

—En primer lugar, sabed que la bandada de pájaros estranjeros representaba a los españoles.

—Será posible!

—I la bandada de pájaros de la tierra, a los peruanos.

—I bien?

—I los pájaros jefes decis que eran dos?

—Dos, casi iguales.

—Pues esos dos son Gonzalo i Juan Pizarro.

—Jinia!

—Sí, Coya, Gonzalo i Juan Pizarro : yo no puedo equivocarme en mis predicciones, mucho ménos en mis interpretaciones.

—I cómo podré esplicarme la muerte que Manco dió al ménos hermoso de los dos animales?

—Por la muerte que el inca dará con su propia mano a uno de los dos hermanos.

Azucena palideció; luego dijo :

—Pero espero que me digais a cuál de los dos?

—No; seria aflijiros sin necesidad.

—Por qué habia de aflijirme? No, Jinia, no me aflijiria.

—Haceis mal en ocultarme la verdad.

—Jinia !......

—La verdad es que sí os aflijiríais porque amais a uno de los dos hermanos.

—Jinia !

—Sí, lo amais i sois correspondida.

En esta vez no palideció sino enrojeció Azucena.

—No, Jinia, yo no amo a ninguno de los dos.

—Os digo que lo amais......

—Silencio, Jinia !

—No, no temais nada de mí, que yo gusto mucho de esos amores, i os protejeré. Mi ocupacion constante es hacer mal, pero a vosotros no os haré mal sino bien. En prueba de ello poneos en marcha para Cajamarca.........: decid al inca que vais a daros unos baños termales, i......

—Pero el inca no me dejará partir.

—Por lo que es eso no os afaneis : desde que Manco ha entrado en el Cuzco, ya apénas se acuerda de vos.

—No, Manco me adora lo mismo que siempre.

—Error, triste error! dijo Jinia con desconsuelo. Manco no os ha amado jamas, i ahora ménos que nunca.

—I por qué? preguntó Azucena con la feliz certidumbre de un hecho que a otra mujer hubiera reducido a la desesperacion.

La bella princesa queria que Manco no la amase de véras para justificar un tanto su amor a Gonzalo.

—Sabeis por que? respondió Jinia, porque el inca conspira, i el que conspira no ama a nadie ni gusta de nadie. El objeto de su conspiracion es el solo objeto de su amor.

—I qué haria yo en Cajamarca?

—Lo que hace todo enamorado cuando puede estar impunemente al lado de su amante: ser feliz.

—Pero es que Gonzalo no va a Cajamarca.

Jinia dió un grito de hilaridad i Coya se puso roja como un coral.

Habia vendido su secreto en un instante de distraccion.

—Ya veis que sí amábais a uno de los hermanos Pizarro!

—Sí, pero silencio! silencio! Ese nombre puede costarnos la vida.

—Bien: ahora que me abris vuestro pecho todo entero, voi a corresponderos del mismo modo, diciéndoos que Gonzalo sí irá a Cajamarca, pues él mismo es quien me ha hablado para que os induzca a ir allá.

Azucena guardó silencio, pero era un silencio de felizidad: lo que Jinia le decia no era

otra cosa sino que Gonzalo la amaba, i ella hubiera dado todo en la vida por una mirada del mancebo español. Despues dijo :

—No obstante lo que vos decis, Manco no me dejará ir a Cajamarca.

—Equivocacion! esclamó Jinia : el inca ha salido esta madrugada para el mediodía.

—Conque ha partido ?

—Ha partido a levantar un ejército de seiscientos mil hombres.

—Oh! entónces sí iré, Jinia ; hoi mismo iré.

—Es decir que puedo participárselo así a Gonzalo ?

Azucena vaciló, pues acababa de conocer que su conducta no era del todo limpia. Tambien la asaltó una duda, i era que Jinia podia ser mui bien una espía de Manco. Se arrepintió pues.

La hechizera leyó este doble pensamiento de la princesa, como si, a medida que hubiera ido teniendo desarrollo en su alma, se hubiera ido dibujando en su frente. Díjole pues :

—Haceis mal en desconfiar de mí.

Coya no respondió, i pensando en la noble figura de su jóven guerrero, en sus ojos llenos de amor, en su sonrisa i gracia, dijo resueltamente :

—Decidle que dentro de ocho noches nos veremos allí. Un disparo de arcabuz será la señal de su llegada i de nuestra felizidad.

Jinia se despidió para salir del aposento de Azucena, pero cojiéndola esta por el vestido le dijo suplicante :

—Por piedad, Jinia, cuál de los dos es el que va a morir ?

—No insistais, Coya ; no hai para qué.

—Es él! murmuró la enamorada mujer, i se dejó caer sollozante sobre su cojin.

Jinia no desvaneció esta sospecha terrible, i desapareció.

CAPITULO XXVI.

QUINCE AÑOS ÁNTES.

Habíanse cumplido los ocho dias de la cita. Azucena había pasado a Cajamarca, i nosotros debemos seguirla.

Es de noche, i la poblacion, semejante a una ninfa llorosa, duerme su primer sueño envuelta en el manto de brumas que se desprende de los farallones andinos.

Una luna hermosa i coronada de estrellas baña en luz i melancolía todo el angosto i prolongado valle que fecunda el Crizneja̲s.

El silencio es profundo, nadie viene ni va. Solo en el centro de la plaza mayor brilla la llama de una hoguera, i en su alrededor jiran hasta veinte soldados como otras tantas sombras siniestras en torno de una pira funeral.

Es un tercio de peones que se ocupa en preparar su cena de campaña.

Sus gritos licenciosos, sus carcajadas i votos continuos, los recojen uno en pos de otro las ráfagas húmedas del viento i los parten sobre el sombrío cielo de la ciudad como una maldicion infernal.

Las llamas de la hoguera reflejan sus resplandores cárdenos sobre sus facciones toscas i descompuestas, i sus negras armaduras de hierro les dan el aspecto de fantasmas horribles.

Parecian los enojados manes del pueblo peruano congregados por Satanas mismo para bailar en torno de la ciudad vencida.

Ya habian hecho los soldados su cena, si no

regalada por lo ménos abundante, i ya empezaban a tirarse por el suelo para pasar la noche, cuando fué interrumpida la quietud de esta por la ronca detonacion de un arcabuz, que, vibrando en los aires como un trueno lejano, despertó los pájaros del follaje i los pezes del rio.

La ciudad toda púsose en conmocion.

Levantáronse los soldados atropelladamente i rodearon al oficial que montaba guardia a la puerta de la casa que les servia de cuartel.

—I bien, señores?......dijo el oficial con un tono que les manifestaba que el tiro que habia sonado no tenia nada que ver con ellos.

—Creíamos......moduló el sarjento.

—El soldado no tiene nada que creer miéntras no suene la trompeta o la voz de su jefe. Señores, retiraos!

Los soldados se retiraron en silencio.

—Has hecho mal en tratarlos así, Díaz, dijo en aquel punto un caballero que estaba detras del oficial; con esa solicitud no han hecho mas que probar que conocen el país i el tiempo en que vivimos. Tomaron el tiro por una señal de combate, mas urjente aún que la voz de la trompeta o la del jefe, i han ocurrido en busca de sus armas, como era de su deber.

—Señor, he querido darles una leccion para que no se mezclen en lo que no es de su incumbencia.

—I no crees los disparos de arcabuz dentro de la incumbencia de los soldados?

—Al ménos este no, dijo sonriendo el oficial.

—I por qué?

—Porque el del disparo fuísteis vos, señor, dijo Díaz inclinándose.

—Cómo habeis podido adivinarlo? se apresuró a preguntar el caballero, disgustado de haber sido descubierto, pues ciertamente él habia sido el del disparo.

—Perdonad, repuso Díaz inclinándose nuevamente, pero habiendo notado que faltaba un arcabuz de los de la guardia, iba a llamar al cabo para preguntarle por él, cuando alcanzé a ver que lo habíais tomado vos i que os entrábais con él en el solar de la derecha.

—Si ha sido así, silencio, Díaz; no quiero que nadie lo sepa.

Dijo el caballero, i se alejó apresuradamente de la guardia.

—Parece que ha tratado de disgustarse, pensó Díaz; así son estos grandes: de todos modos se les sirve mal; nunca se les adivina.

El caballero, despues de haber atravesado la plaza, se perdió en una de las encruzijadas de la ciudad.

Miéntras esto pasaba a la entrada del cuartel, tenia lugar en el *Palacio de la serpiente* la conversacion que vamos a referir:

—I es mucha la jente que ha llegado esta tarde a la ciudad, Zuma?

—No, Coya: apénas serán cien hombres.

—I no has oído decir para dónde van?

—Creo que han venido aquí solamente.

—Quién los manda?

—El mas jóven de los tres Pizarros.

Azucena se estremeció con un entusiasmo sobrado criminal en una mujer casada.

—I tú lo has visto?

—No.

Coya cortó en aquel punto la conversacion,

porque sentia algo que no acertaba a esplicarse, pues el corazon i las sienes le latian con violencia, i sus mejillas, mas rojas que el manto de grana que la cubria, la quemaban como las de una careta de fuego.

—Me habian dicho, observó Zuma deseosa de seguir adelante en la dialogacion aunque fuera cambiando de tema, que habíais recibido noticias del inca.

—Sí, Zuma, he sabido que continúa en el sur.

—Parece que se ocupa en levantar un ejército.

—No lo sé, porque Manco jamas me habla de esas cosas; i ojalá no sea cierto, porque detesto las guerras.

La linda enamorada mentia, pues su corazon vivia del trastorno público.

Como para corresponder a los secretos íntimos de Coya, i casi como un eco de su guerrero pensamiento, hirió sus oídos entónces el ruido del arcabuz disparado por Gonzalo, ajitando todas las cortinas de su aposento.

—Has oído, Zuma? preguntó la princesa, i el nácar de sus mejillas se trocó en palidez mortal.

—El tiro? sí, señora.

—Será alguna desgracia?

—Mas parece una señal, observó Zuma maliciosamente.

Azucena no se dió por entendida de semejante malicia, i repuso:

—Se habrá prendido alguna ceba ocasionalmente.

—Puede ser, dijo Zuma, sêria como un jeneral en campaña.

—Sea por lo que fuere, levántate i descorre la cortina de la última ventana.

Zuma obedeció.

—Es él, pensó Coya......esa es la señal, i hoi estamos en el octavo dia de la cita.

I este recuerdo embelleció a la princesa.

Zuma despues de haber terminado su operacion volvió a los piés de Azucena.

Tenia esta el pelo, segun costumbre, partido en dos alas a derecha e izquierda de su hermosa cabeza i sujeto con un sartal de diamantes del Brasil, de los muchos que los príncipes moradores de aquellas rejiones ignotas habian regalado a los incas. Era su traje blanco con alamares de oro, ancho i plegado sobre su cintura de ánjel, con un ceñidor de piedras, cuyos colores diversos i vívidos resplandecian a la luz de las lámparas mas que las fajas de esmeralda i rubí del íris a los rayos del sol.

A falta de aromas, el suelo de la estancia estaba regado de flores de esquisito perfume, pétalos lindos i blandos, destinados a ser aplastados por la crujiente malla del caballero que se espera con ansiedad.

Jamas gabinete alguno asiático ni europeo se preparó con mas elegancia, ni se adornó con mas espiritual coquetería para una primera cita de amor.

No era una mujer la que esperaba, porque la belleza de Azucena era superior a la belleza de la mujer. Era mas bien una driada antigua en su lecho de flores.

Era la union romántica de la ninfa selvâtica de América con el caballero europeo de la edad media. Ella divina, mórbida, seductora, respirando aromas, languidecida de voluptuosidad; i él elegante, marcial, cortesano i feliz.

Cinco minutos despues del disparo del arcabuz, ajitóse el cortinaje de algodon que cubria la puerta principal de la estancia, i Gonzalo, armado de punta en blanco, apareció en su dintel. Los rayos de la luna venian a partirse como una lluvia de pálido bronce sobre su cota, i el soplo cálido de la brisa ajitaba el plumaje blanco de su garzota como la ancha cola de una ave nocturna.

—Estais sola, Coya mia? fueron sus primeras palabras.

—Sola estoi, mi astro, mi amor, respondiole Azucena llena de entusiasmo: seguid.

Zuma salió del aposento, i el caballero i la princesa quedaron solos.

La noche los protejia con sus sombras, el amor con su beso, la voluptuosidad con todos sus encantos. Felizes!

CAPITULO XXVII.

EL IDIOTA.

Almagro fué efectivamente en alcanze de Alvarado, i despues de contratarle en cien mil pesos de oro la jente que llevaba para la conquista, volvió al Cuzco i levantó bandera para Chile.

Pizarro continuaba ocupado en los trabajos de la fundacion de su ciudad, i Gonzalo, Juan i Manco llevaban una vida de amores i alegría, mas como hermanos que como confederados, en la vieja capital del imperio.

Sinembargo, no se podia decir que no tuvieran nada en qué pensar, puesto que Juan deliraba con la gloria, Gonzalo con Azucena i Manco con el porvenir.

Vivian juntos, i esta circunstancia hacia a Manco mas llevadero el cautiverio en que se encontraba, pues no tenia libertad para nada, espiándosele hasta sus mas lijeros movimientos. Pizarro habia tenido noticias en el valle del Rimac, de que grandes cuerpos de indianos se movilizaban de un punto a otro del imperio, sin saberse por qué ni para qué, i habia escrito a sus dos hermanos que no desamparasen al inca, porque de lo contrario estaban perdidos.

Manco se habia hecho en poco tiempo un famoso jinete de ámbas sillas, i manejaba la espada i la lanza mejor que muchos caballeros del Cuzco.

Huallpa habia desaparecido.

Una tarde que los tres amigos habian salido al campo con el objeto de pasear un rato, picó Manco su caballo i se les adelantó. Gonzalo i Juan iban distraídos, i por lo pronto no lo echaron de ver.

Así pasaron veinte minutos. El inca iba cada vez mas aprisa i sus custodiadores mas despacio. De repente Gonzalo levantó la cabeza i dijo a Juan:

—Corramos, que se nos escapa!

I poniendo sus caballos al trote largo, probaron alcanzarlo. La noche sobrevenia ya i sus esfuerzos empezaban a ser inútiles.

Los caballos pasaron del trote al galope.

Manco por lo pronto corria a toda brida, i ya su figura no se alcanzaba a divisar en el pardo horizonte de la tarde sino como una sombra. Nadie lo hubiera tomado por un hombre que huía, sino por un pájaro que volaba arrastrando sus alas.

Juan i Gonzalo pasaron del galope al escape.

Manco que los observaba mirando atras, arrimó ámbos acicates a su caballo, i el noble animal apénas dejaba en el césped la huella de sus piés.

Sobrevino la noche, i era una noche sin astros. El huracan sacudió sus alas con una ajitacion violenta, i pronto los dos hermanos no se vieron mas.

El ruido de la carrera del inca dejó de llegar a sus oídos. Paráronse un momento sin comprender lo que les pasaba. Sus caballos estaban cubiertos de sudor: ellos mismos se sentian fatigados. Seguir pues adelante era una temeridad; pero volver atras era una cobardía. Qué deberian hacer dos soldados en semejante caso? Qué dirian a su hermano Hernando, que habia quedado en el Cuzco? Eran dos, i lo habian dejado escapar!

La situacion era horrible.

—Adelante! gritó Juan: si es preciso muramos, pero muramos persiguiéndole.

—Muramos! repitió Gonzalo, i partieron de nuevo.

Mas apénas habian hecho cincuenta pasos, cuando hirió sus oídos un grito unísono i prolongado.

—Qué es? preguntó Gonzalo llevando la mano al puño de su espada.

—No sé, respondió Juan haciendo lo mismo.

Empero, no habia para qué pedir esplicaciones. En el último recodo del valle i sobre toda la falda de la montaña brillaban mas de diez mil teas, que, estendiéndose a un lado i a otro en panorama infinito, parecian una conste-

lacion íntegra bajada del cielo a descansar sobre las cumbres de la serranía.

El grito oído por Gonzalo i por Juan era un víctor i un saludo. Las luzes eran las de la vanguardia del ejército reconquistador conducido por Huallpa hasta las puertas mismas de la capital.

Manco se presentó a esa vanguardia pálido por la fatiga i cubierto de espuma i sudor.

—Es él ! es el inca ! gritaron todos, i un estremecimiento de alegría los conmovió de piés a cabeza..

—Al fin ! dijo Huallpa teniendo el estribo a Manco para qué se desmontara.

—Habia prometido estar esta noche con vosotros, i he cumplido mi palabra, observó el inca sencillamente, como si lo que acababa de hacer nada tuviera de particular.

—I no os persiguen ?

—Sí, pero deben haber perdido la pista, porque al llegar al torrente de Ebron volví sobre la derecha, i ya era completamente de noche.

—I quiénes os persiguen ?

—Juan i Gonzalo.

—Lo siento por ellos. Apagad las luzes.

Esta órden de Huallpa fué ejecutada en ménos de un segundo, como si no se tratara mas que de una simple antorcha, i los dos Pizarros se quedaron a oscuras, sin saber dónde estaban.

—Vísteis, Gonzalo ? preguntó Juan.

—Conque no es una ilusion de mi fantasía ?

—No, no ha sido una ilusion, hermano, i los peruanos van a caer esta noche misma sobre la capital.

—Vamos pues a salvarla!

—A salvarla! gritó Gonzalo, i volviendo grupas desaparecieron en la oscuridad.

Al ruido de sus pasos i al choque de sus espadas contra las espuelas, el buho i el cuervo se levantaban de los árboles del camino dando graznidos espantosos. El caballo de Juan cayó tres vezes, i cuando entraron en la ciudad se habian helado sus corazones cansados de latir.

Algo grande i solemne se preparaba.

Dos palabras nos bastarán para esplicar lo que habia pasado.

Despues de la salida de Pizarro del Cuzco, como ya lo saben nuestros lectores, Manco habia ido al sur del país i Gonzalo habia pasado a Cajamarca.

El primero, como que habia ido a una mision de guerra, empleó mas tiempo, i al regresar lo hizo confiriendo a Huallpa todos sus poderes. La cosa estaba reducida a levantar seiscientos mil hombres de tropa, i caer sobre la capital con la rapidez del relámpago.

El segundo, como que habia ido a una mision de amores, empleó ménos tiempo, i al regresarse lo hizo lleno de mil recuerdos de ventura.

Manco vivió algun tiempo preso en el palacio de sus padres, pero con el talento suficiente para no darse por notificado. La garantía de la reconquista de su corona la tenia él por el momento en su prision disimulada, pues se decia, i se decia con razon:

—Con un año de esta vida aprenderé a conocer todas las armas de los españoles, toda su

táctica de pelea, todos los secretos de su valor. Un año es bastante para que Huallpa cumpla mis órdenes; al paso que mis devaneos i abandono en la ciudad alejarán de mí toda sospecha.

El plan surtió su efecto, i los conquistadores no llamaban al inca sino el *idiota*. Se entretenian con él jugando a los bolos, vendiéndole armas i caballos a precios subidísimos i dándole vino a fin de embriagarlo para divertirse. Manco se habia revestido de una estolidez aparente que llenaba de regozijo a los españoles, i como siempre tenia los bolsillos llenos de oro, todos lo seguian e importunaban a fin de estimular su largueza jenial.

Así pasaron algunos meses, hasta que habiendo llegado Hernando a Panamá, de vuelta de España, recibió órden de Pizarro para tomar el gobierno del Cuzco en remplazo de Gonzalo i de Juan.

Manco no esperaba sino un momento favorable para dar el golpe, i este no tardó en presentarse con la salida de Almagro para Chile, i la distancia a que se encontraba Pizarro. Despachó pues un chasqui (correo) a Huallpa mandándole que se aproximara.

Huallpa obedeció, i la noche anterior al dia de que venimos hablando, Manco vió brillar sobre una de las mas escarpadas cimas de la montaña una luz rojiza. Era la señal convenida.

Lo demas lo hemos dicho ya.

Cuando Gonzalo i Juan volvieron a la ciudad i contaron a Hernando lo que acababa de pasarles, todo fué confusion i alarma en el Cuzco. Los soldados durmieron sobre las ar-

mas i los caballos permanecieron ensillados toda la noche.

Todos hablaban de la fuga del inca, pero nadie decia palabra de las tropas que iban a poner cerco a la ciudad, porque este era un secreto sabido solo de los tres Pizarros.

Aun no hacia una hora que se habia fugado el inca, i ya no quedaba un español siquiera que no se vanagloriase de haberlo anunciado así.

—No es cierto, Ruiz, que yo siempre os decia que debíamos desconfiar de ese taimado ?

—I no es cierto, Puélles, que hace unos dos meses, hablando de esto, yo pronostiqué lo que ha sucedido ?

Todo el mundo lo habia dicho, todo el mundo lo sabia, a ninguno le habia cojido de nuevo, pero el hecho era que Manco se habia burlado de todos.

La noche se pasó en un alarma completo, habiendo apénas bastado el tiempo para trazar el plan de defensa i dar a los soldados la colocacion del caso.

Dividióse la jente en tres cuerpos: uno mandado por Gonzalo, otro por Gabriel de Rójas i otro por Ponce de Leon.

Juan Pizarro llevaba el mando de vanguardia.

Salióse este al amanecer de la ciudad a la cabeza de setenta caballos con el objeto de esplorar el campo, i viniendo hasta el lugar de la fuga del inca en la noche precedente, tuvo que sostener algunos combates con tres o cuatro cuerpos que se le presentaron a provocarlo, i que, huyendo siempre delante de él, lo traje-

ron hasta el hermoso valle de Yucay, sin ventaja mayor.

Conociendo al fin que el objeto del enemigo era burlarse alejándolo cada vez mas del Cuzco, volvió atras con alguna rapidez, aunque no con la bastante para impedir que los indios le dieran alcanze causándole algunas pérdidas.

Cuando llegó al Cuzco, este estaba completamente rodeado de enemigos en número inmenso, que, viniendo desde las crestas de los Andes, se estendian hasta los primeros arrabales de la ciudad.

Ya no le era posible volver atras ni seguir adelante: habia caído en el lazo.

Sonó entónces un caracol en la colina en que estaba Manco con su oficialidad, al cual respondieron otros muchos sucesivamente, como si no fueran mas que un eco entretenido en repercutirse en contorno del campamento, i el cuerpo de guerreros que estaba delante de Juan se apartó en dos alas a derecha e izquierda, dejándole libre el paso i la entrada.

Juan vaciló unos instantes, i luego entró el primero en la ciudad. Sus soldados siguiéronle en silencio.

Los peruanos volvieron a compactarse ciñendo a la ciudad como con un aro siniestro.

Manco arrojó un cohete inflado a los aires, i empezó el sitio.

CAPITULO XXVIII.

EL SITIO—PRIMERA JORNADA.

Los españoles no llegaban por todos a doscientos hombres, al paso que los indios alcanzaban casi a un millon.

Jamas espectáculo alguno fué mas imponente ni grandioso como el presentado por los peruanos en su cerco admirable. Las oscuras masas de guerreros indios se desataban en torno del Cuzco en una estension de mas de cuarenta leguas, sucediéndose filas a filas hasta mas allá del término de la vista. Valles i eminencias, todo estaba lleno de jente. En torno no se veían mas que banderas ondeando al viento, cascos i corazas resplandeciendo al sol, penachos flotantes, entremezclados colores, bosques de picas, hachas i promontorios de rocas capazes de hacer temblar a los mas esforzados campeones. Era un mundo entero de hombres, cuyas cabezas coronadas de plumas se ajitaban en todas direcciones como las olas del mar.

Esto sucedia a principios de febrero de 1536.

Manco montado en un lindo caballo, fuerte mas que el leon, ájil mas que el ciervo, recorría, seguido de Huallpa i vestido con una armadura de oro i pedrería a estilo caballeresco, toda su faja de guerreros, silenciosos, disciplinados i dispuestos a dejarse matar ántes que dar un paso atras en la senda emprendida. El casco del inca, segun la usanza mejicana, terminaba por un dragon, cuya boca sangrienta i horrible, con largos i afilados dientes, solia abrirse por resorte oculto, como si ciertamente fuese un monstruo irritado que amagase devorarlo todo con su lengua de fuego.

El cohete arrojado al aire por la mano del príncipe fué tambien la señal del combate, i al punto mismo las piedras i los dardos cayeron como una granizada espantosa sobre la ciudad.

Esta primera descarga no tuvo mas respuesta que un alarido jeneral.

Inmensas rocas empujadas desde las mismas cumbres de los Andes bajan como rayos zumbadores, aplastando todo cuanto encontraban a su paso, para ir a sepultar bajo el polvo de sus ruinas cuerpos enteros de españoles, machacados junto con sus caballos i sus armas, en horrible conjunto, en asquerosa carnicería.

Como el ataque por parte de los peruanos fué mas que violento en las primeras horas del dia, no quedó a los españoles otro recurso que refujiarse en la plaza del centro, i resguardarse con sus escudos i adargas de los proyectiles incesantes de sus contrarios. Esta retirada en falso hizo que abandonasen la fortaleza del Norte, que fué en el acto ocupada por Huallpa con un mil de hombres escojidos.

A las descargas de todo jénero de los indianos, solian responder los españoles con tiros de arcabuz de poquísimo efecto, por ser a lo alto i a mucha distancia; i como no era propio que se dejasen matar sin hacer nada, Gonzalo i Juan propusieron a Hernando hacer una salida a los arrabales con algunos cuerpos de caballería para replegar a los peruanos, que cada vez los estrechaban mas, como un boa enorme que los rodease para ahogarlos. Hernando consintió, i los dos hermanos, a la cabeza cada uno de treinta caballos, partieron en direcciones opuestas.

Fué entónces que Huallpa, descendiendo de la fortaleza con sus terribles peones, armados simplemente de un cordel de rejo, se dejó escurrir por entre los escombros, i enlazando a los desprevenidos jinetes por el cuello, los desmontó uno a uno con su fuerza prodijiosa, i amarrándo-

los por la cintura en forma de rosario, los mandó a Manco como el primer trofeo de la victoria. El ardor de los castellanos, su hábil manejo de las armas, su intrepidez nunca desmentida, todo fué inútil en aquella jornada, i Gonzalo i Juan tuvieron que volverse a la plaza despues de haber sacrificado la mitad de la jente.

Las hondas no pararon en todo el dia, i cuando sobrevino la noche, la ciudad estaba aniquilada en dos tercios de sus edificios.

Los españoles empezaron a consternarse: en los diez años que hacia que estaban peleando con los americanos, jamas habian visto ni mas órden, ni mas arrojo; ya no eran esas luchas de montonera que tan fácil les habia sido dispersar: lo que tenian delante era un verdadero ejército en disciplina i en valor, a cuya cabeza estaba un hombre de corazon i de ideas, tal vez mas poderoso en jenio que Atahuallpa, i con tenientes iguales a Quizquiz.

La noche en nada mejoró su situacion, puesto que léjos de servir para suspender el combate, sirvió solo para darle una grandiosidad i una fuerza mayores. No bien habian desaparecido en el cielo las últimas luzes del crepúsculo vespertino, cuando rompióse en toda la línea de los sitiadores una marcha lúgubre, en que los timbales i los caracoles marinos, despidiendo al aire sus notas de muerte, anunciaron un nuevo jénero de combate, una tremenda escena de desolacion.

A los proyectiles acababan de sucederse flechas inflamadas i piedras hechas ascua, envueltas en algodones encendidos i betunes ardientes, que, cruzando el lóbrego espacio de la no-

che como otras tantas centellas, iban a caer sobre los techos de las casas i a prenderles fuego con una vorazidad estraña.

Pronto estalló el incendio en los cuatro barrios de la ciudad con una solemnidad fatal, de manera que las casas que no habian derribado las rocas lanzadas desde las eminencias, las consumian ahora las llamas.

El crujir de las maderas i el desplome de los techos eran horribles. Mil lenguas de fuego en espirales de oro i mil columnas de humo denso i torbellinoso convertian la atmósfera en una hoguera sin término, a cuyos resplandores siniestros veíanse los escuadrones españoles apoyados sobre sus lanzas con toda la marcialidad de una parada, pero sin poder intentar un movimiento, sin dar un golpe, sin comprender siquiera lo que les pasaba!

Momentos hubo en que parecia que el gran reloj de los tiempos habia dado la hora del juicio final, i que las lejiones implacables del inca no eran mas que las lejiones de Dios consumando la obra de la destruccion de la naturaleza i del hombre!

Veíase a Manco en las altas horas de la noche recorrer sus filas a la luz de los hachones, siempre impasible i heroico, sonriéndose apénas cuando una que otra bala de arcabuz, i aun de cañon, venia a caer fria entre las patas de su caballo, o a llevarse la mas elevada pluma de su morrion.

El círculo del incendio continuaba estrechándose mas i mas, de suerte que en breve no quedó a los sitiados otro espacio que el de la plaza del centro.

Los peruanos empezaban a penetrar en las calles i la lucha a tornarse casi en personal.

Así pasaron muchos dias i muchas noches sin que la lluvia de proyectiles parase un momento solo, i sin que los españoles adoptasen partido alguno, porque no lo tenian. Pelear no podian, retirarse tampoco. No les quedaba mas recurso que esperar a que cayese el último escombro de la ciudad para sepultarse con él.

Nadie desmayaba, pero ya entre los jefes empezaba a hablarse de una salida brusca a traves de los enemigos, llevando a su frente a Gonzalo vestido de San Miguel, como en la batalla de Puná. Sinembargo, esto era mas fácil de pensarse que de hacerse, por no ser sino loco el intento de cargar a un ejército innumerable i vencedor, cuyos tercios se sucedian unos a otros como se suceden las nubes a las nubes en una tempestad.

Sinembargo, Hernando tenía una esperanza, i era que la noticia llegase, como tenia que llegar, a todas las colonias circunvecinas, las que se aprestarian al momento para venir en su ausilio.

Se creía que Pizarro mismo no tardaria en presentarse a las puertas de la ciudad despues de haberse abierto paso a traves de los enemigos.

Loca esperanza! tristísima creencia! Pizarro estaba igualmente sitiado en su ciudad naciente. La insurreccion era jeneral, i donde quiera se repetia la escena del Cuzco con todos sus horrores, i todos confiaban en el socorro que debian prestarles los otros!

Manco sabia de sobra lo que estaba haciendo.

Un dia, como a eso de las once, notaron los españoles que habia cierta ajitacion en el campo enemigo, que, como todos los que se encuentran en situaciones desesperadas, tomaron al punto por favorable. En efecto, paralizáronse los ataques en toda la línea, reinando por algunos segundos desórden i confusion tales que no parecia sino que estaban siendo batidos por retaguardia. Como de costumbre, sonó el caracol del inca, i a su clangor melancólico sucedióse de nuevo el órden i el silencio.

Vieron entônces los sitiados elevarse en los aires unas grandes pelotas, que, despues de describir ángulos mas o ménos agudos i prolongados, venian a caer con un sonido hueco i débil a sus piés. Al principio nadie se atrevió a acercarse a ellas, temerosos de que fuesen algun arma desconocida i terrible, pero luego cayeron tantas que se vieron envueltos, reconociendo con el mayor espanto que eran solo cabezas humanas.

Los españoles de los alrededores habian sido degollados, i sus cabezas mismas, ensangrentadas i desfiguradas, iban a quitar a sus compañeros de conquista toda esperanza de socorro i por consiguiente de salvacion.

La hora de la venganza indiana habia sonado terrible para los españoles.

Padre hubo que al reconocer entre las arrojadas la cabeza de su hijo, asióla por los cabellos en su desesperacion, i dando espuelas a su caballo cargó al enemigo con tal furia, que

por lo pronto se le vió arrollar con su lanza batallones enteros, ir de una parte a otra, caer i levantarse como el Anteo de la fábula, vencer i pasearse vencedor en medio de la multitud enemiga ; pero viósele tambien desaparecer entre el torbellino de los contrarios, caer i espirar bajo mil golpes i trescientas flechas, pero sin soltar nunca la cabeza adorada, sin palidecer ni temblar.

Ya no quedaba a los españoles mas que un partido, uno solo, si partido es entre militares abandonar el puesto confiado, huyendo a traves de un país enemigo siempre con la espada desnuda i la lanza en ristre.

CAPITULO XXIX.

EL SITIO—SEGUNDA JORNADA.

Hernando hizo pasar revista a sus tropas, i faltaban ya ochenta españoles entre muertos i heridos. Iban a cumplirse cuatro meses de sitio, i la actitud de los sitiadores no cambiaba en nada.

La ciudad habia sido destruida toda, sus escombros humeantes obstruían el paso de las calles, los arroyos no arrastraban agua sino lodo i a vezes sangre, el aire era pesado i la atmósfera habia tomado el color mugroso de la ceniza levantada por los vientos de la cordillera, como una cúpula de plomo al traves de la cual ya no se abrian paso los consoladores rayos del sol.

Los caballos morian de hambre bajo sus sillas, i ya nadie podia comer sin ir a jugar su vida a los arrabales por un maíz o por una patata.

Hubo cuarto de oveja que costó la vida de diez hombres, como hubo hombre que acosado por la necesidad marchó sereno hasta el peligro i cayó muerto bajo los proyectiles incesantes de los bárbaros.

La racion diaria de los soldados no llegaba ya a media medida de maíz. Los enfermos i heridos morian por falta de cuidado, i Manco, cada vez mas impasible, mas obstinado en sus intentos, escitába a sus soldados a la constancia, les hablaba de las crueldades de los españoles, de la alevosía de Cajamarca, del juicio de sus príncipes, de los perros que echaban a los indios, de la violencia con que les habian quitado sus mujeres i sus hijas, del robo que habian cometido en sus propiedades, de la tiranía de sus sacerdótes, i de todo ese catálogo de infamias, ese sartal de crímenes, esa hecatombe humana que se dice la conquista, que se llama la colonizacion i civilizacion de América!

—Ellos, les decia, han desterrado nuestros dioses, tumbado nuestros altares, profanado nuestro hogar; campos i cielos, todo lo han manchado para nosotros, i ni sus vidas ni su deshonra pueden saciarnos! Es necesario borrar sus huellas con sangre, i cavarles una tumba tan honda que no quede ni memoria de su paso por estas comarcas......sepultémoslos, pues, bajo las rocas de nuestras montañas, bajo el monumento de nuestras armas, que el grande espíritu de la muerte venga i se siente en el Cuzco, sobre la cúspide de la pirámide levantada con sus huesos, i alze el cántico de la venganza i del odio!

La situacion era estrema, i los Pizarros formando su jente en columna de ataque probaron hacer una salida mortal. Las primeras avanzadas del enemigo huyeron despavoridas a sus golpes terribles, pero comprendiendo Manco de lo que se trataba, bajó de la sierra con la impetuosidad de un torrente, i desplegando mil hombres de su guardia en todo el camino que seguian los castellanos, probó detenerlos a fuerza de valor.

Trabóse la lucha entónces i fué de igual a igual. Los peruanos, como mayores en número, cargaban de a ocho i de a diez a cada jinete, los que ahogados por el tremendo lazo o desarmados por los golpes de maza, pronto venian al suelo para no volver a levantarse.

Manco mismo perdió su caballo dos vezes, i habiendo sido herido en el brazo, tuvo que abatir el íris que llevaba en alto a guisa de pendon nacional. Esta circunstancia desgraciada provocó la huida de los peruanos, quienes dieron por muerto a su príncipe i jeneral.

Los españoles, estenuados, apénas pudieron aprovecharse del triunfo para sacar a forrajear sus hambrientas cabalgaduras, pillar algunos víveres i volverse a la ciudad, que empezaba a ser ocupada por los contrarios.

En adelante no se miró sino como temeraria toda empresa de retirada, habiéndose fijado las miradas de todos en la gran fortaleza, que Juan Pizarro habia ofrecido tomar.

—Qué vais a hacer, hermano? díjole Gonzalo.

—Nada, escepto cumplir con mi deber.

—Pero es una temeridad: Hualpa i dos mil

guerreros mas coronan sus almenas.

—Bien! eso no quiere decir sino que la gloria será mayor.

—Siempre la gloria i la gloria, observó Gonzalo con acento sombrío.

—La gloria, sí la gloria! son mis amores.

—Quiere decir que si insistís, yo os acompañaré tambien.

—Jamas, Gonzalo. Yo corro a una muerte cierta, i si os llevara, quién colocaria sobre mi tumba la corona que voi a alcanzar?

—Pero morir?

—Sí, morir, Gonzalo; pero morir en la presencia de un millon de guerreros, en medio del estruendo del combate, bajo la sombra del pabellon nacional......eso no es morir! Muere el que huye el peligro, el que pierde su honor de soldado español, el que no aplasta con el cuento de su lanza este enjambre de bárbaros que nos devoran; pero yo que voi a subir al cielo de los héroes, yo que voi a juntarme con mi padre, a ver a mi madre i a llevarle nuevas de vos, yo no muero, Gonzalo...... salgo de las rejiones de la muerte para entrar en las de la eternidad!

Los dos hermanos se abrazaron con efusion porque sus almas se comprendian.

Juan escojió en seguida cuarenta caballos i los mandó alistarse para la caída del sol.

Hernando estaba mas triste i pensativo que de costumbre. Para él la insurreccion habia sido jeneral, i ya no quedaban en el país mas españoles que él, sus dos hermanos i los cien hombres a quienes la muerte habia tenido el capricho de perdonar. Francisco Pizarro de-

bia haber muerto en el valle, i dentro de poco no quedaria en el país de los incas, sojuzgado tan pronto i brillantemente, mas que sus huesos insepultos i sus cabezas sirviendo de espanto a los labriegos en las escarpias de los caminos públicos.

Su triunfo no habia sido mas que un triunfo ilusorio. I así debia ser, en atencion a que era cosa de fábula que un puñado de hombres se hubiese apoderado de un imperio grande i poderoso como el mar.

Los peruanos se vengaban de la sorpresa primera, i nada mas.

Huallpa mismo, por su parte, estaba asombrado de lo que habian hecho, i no alcanzaba a esplicárselo sino cuando pensaba en el talento prodijioso de Manco.

—Qué cabeza i qué corazon! decia: la primera es mas clara que el sol: el segundo fuerte como el brazo de Dios!

Dos años hacia que Manco no se equivocaba; dos años que todo era grande, predestinado en él; dos años que habia robado sus alas al águila para ir i venir, su valentia al leon para pelear i vencer. Los hombres lo adoraban i los elementos mismos le obedecian.

Ser él, era serlo todo; detras de él no habia mas que pigmeos; delante de él solo estaba Dios.

Huallpa se enloquecia con estos pensamientos.

I ciertamente la naturaleza del inca era semejante a la de Juan Pizarro: para esos dos hombres nada habia en el mundo que no fuera la gloria.

El primero tenia ademas la patria.

Para ellos el amor era un entretenimiento de afeminacion, bueno para hacer la vida de las damas, pero indigno de habitar en el corazon de un guerrero.

El mismo dia que Juan ofreció tomar la fortaleza, Huallpa recibió un mensaje de Manco que solo contenia esta palabra: *velad!*

Huallpa nada contestó, i dos horas despues recibió otro mensaje del príncipe en que le decia:

Cuando la estrella de la mañana asome, estaré con vos.

La noche entró en breve, i fué una noche clara i estrellada.

Juan abrazó a Hernando i a Gonzalo por la última vez, i entre ámbos hermanos le ciñeron la espada i calzaron las espuelas.

En seguida guardaron silencio.

I si ellos que lo sentian todo no hablaban ¿quién seria el osado que se atreviese a levantar el velo que ocultaba en aquel punto sus corazones, para leer en ellos esas hondas i tristes emociones que llaman *el dolor?*

Ellos sabian que se veian, que se hablaban por última vez. Sus rostros estaban pálidos, sus miembros temblaban, i aunque habia muchas i grandes cosas en su espíritu, sus labios estaban secos como los arroyos de Arabia...... Ah! cuando el silencio habla, todo otro lenguaje tiene que enmudecer!

—Mañana......dijo Hernando.

—Mañana, interrumpió Juan, yo en la tumba i vosotros libres i vencedores.

—No vayais, Juan! suplicó Gonzalo.

—Por qué no he de ir? Ha llegado mi vez, i yo voi a su encuentro.

—No; iré yo, dijo Hernando, a vosotros quedan aún muchos años de vida.

—No, Hernando: se diria que la cobardía de nosotros habia sido tal, que vos, apesar de ser el jefe, habíais tenido que atacar en persona la fortaleza.

—Iré yo.

—Iremos juntos, dijo Gonzalo.

—No, insistió Juan; jamas nos perdonaria Francisco el habernos hecho matar a la vez.

—Hernando suspiró. Para él Francisco habia dejado de existir. Despues dijo:

—Pero, Juan, creo que no teneis necesidad de dejaros matar.

—Sí, hermano, la tengo. En los asaltos el que va primero es el que corre todos los peligros; i yo tengo que ir primero porque soi Pizarro i porque soi jefe.

Hernando i Gonzalo nada dijeron, Juan se caló la visera sin mirarlos, salió, montó i picó para alcanzar a sus cuarenta jinetes, cuyo ruido se percibia inmediato a causa de ir desfilando de uno en uno i sumamente despacio para no ser descubiertos por el enemigo.

A decir verdad, mas ruido metian sus arterias latiendo que sus caballos andando.

CAPITULO XXX.

EL SITIO—TERCERA JORNADA.

Los soldados que quedaron en la ciudad estaban llenos de sobresalto i de temores.

El plan del atrevido jóven era tomar la fortaleza por el lado del campo.

Como hemos dicho otras vezes, este gran jigante de piedra cuyas torres eran semejantes

a montañas, se alzaba al norte de la ciudad sobre una agria roca, inaccesible a todo pié humano.

Esta roca estaba ademas defendida por un muro.

Por el lado del sur, el punto de ataque era ménos difícil por lo que hacia al acceso, pero mas costoso por lo que respectaba a la defensa. El terreno tenia ahí una declinacion suave de mas de treinta metros, pero estaba defendido por dos muros semicirculares de unos mil ochocientos piés de estension, gruesos como un muro chino, i fabricados de grandísimas rocas puestas unas sobre otras como por la mano ociosa de un centenar de titánes.

La zona de terreno encerrada entre estas dos circunferencias de granito, tenia el declive suficiente para que la guarnicion pudiese, desde sus parapetos, pulverizar con sus disparos al infeliz que penetrara en ella.

Finalmente, detras del segundo i último muro se alzaban como tres Babeles juntas las tres torres de la fortaleza, la mayor de las cuales iba á confundir su lijero i redondo cimborio entre las nubes tormentosas del cielo.

Los cuarenta soldados de Juan atravesaron en fila silenciosa todo el barrio oriental de la ciudad, i volteando luego sobre la izquierda, fueron a apearse al pié del muro esterior.

Nadie habia podido observarlos, porque los indios, poco prácticos en el arte de la guerra, desconocian el uso de las avanzadas.

La entrada de este primer muro era un grande agujero, tapado a la sazon con piedras tales, que para mover una siquiera habria sido nece-

sario ir hasta Tébas en busca de Hércules o hasta Crotona en busca de Milon.

Por entre los intersticios de estas piedras se veia cruzar la gorra de plumas i el mazo terrible del guardia interior.

Los jinetes echáron pié a tierra.

Se habia prohibido hasta la respiracion.

Era necesario escalar el muro para matar la centinela ántes de probar desquiciar las piedras de la entrada, i formándose en el acto un castillo humano, Juan, ájil mas que todos, subió sobre él, i de él pasó al muro, llevando por toda compañía su espada en los dientes.

Como hemos dicho ántes, la noche, aunque sin luna, tenia la bastante claridad, arrojada por las estrellas ecuatoriales, para ver a una distancia hasta de treinta pasos. Cuando Juan estuvo sobre el muro dominó por un momento todo el campo vecino, i el ruido de los arroyos i el soplo de las brisas llegaron hasta él en son misterioso i solemne. Nada alcanzó su vista en el horizonte mas que las tres torres sombrías como otros tantos fantasmas ominosos que se repetian a la vista del caballero, fuera a donde fuera que volviese los ojos.

Por lo demas, ni un grito ni una luz dominaba el campo ni la ciudad.

Quedóse pues un momento parado i como aturdido, hasta que lo sacó de su estupor el ruido de algo que habia cruzado los aires cerca de su cabeza, semejante al vuelo de un pájaro veloz.

El centinela acababa de ver una sombra i le enviaba una flecha para disiparla.

Juan se echó contra el muro, i no se sintió mas.

Así pasó un rato. La noche avanzaba i era preciso obrar. Arrastróse Juan sobre la cima del muro cual informe reptil, i púsose a espiar el paso del guarda.

Los compañeros de abajo morian de desesperacion, habian sentido el zumbido de la flecha, habian visto caer a su capitan, i no sabian mas.

Juan fué volteando su espada poco a poco sobre la frente del muro hasta lograr ponerla horizontal con su borde interior. En seguida esperó.

El guardia peruano empezaba a cansarse, i colocando su pica erizada de puas de cobre contra la muralla, tendióse a su lado con la cara ácia el cielo.

El momento no podia ser mas oportuno, i Juan, poniendo su pesado acero perpendicular sobre el cuerpo del indio, lo dejó caer sobre su corazon con una certeza i una fuerza admirables. Dió el guardia un grito sordo i lastimero, i aunque probó levantarse no pudo mas que azotarse como una culebra, quebrantándose contra la hiedra i las hortigas del murallon.

Todo volvió a quedar en silencio, interrumpido solo por los tristes ahullidos que dió Alegría en aquel momento, ladrando en direccion del muro que iban a asaltar los españoles, i tirando a su amo por el vestido para inducirlo a ir allá.

Huallpa levantó su ancha i noble cabeza dos o tres vezes, escuchó por algunos segundos, i luego trató de tranquilizar a su perro.

Dado el primero i mas difícil de los golpes, Juan bajó como habia subido, i en ménos de

una hora la entrada del muro les franqueó libre paso.

Los cuarenta jinetes penetraron en el primer recinto llevando sus caballos por la brida i la lanza al brazo.

Aun no habian acabado de penetrar los castellanos en el primer glacis, cuando Alegría volvió a prorumpir en nuevos i terribles ahullidos, tanto que Huallpa tuvo que suspender sus ocupaciones, i parándose dejó salir al perro de la pieza saliendo él mismo detras armado de su pica.

Alegría, de un salto prodijioso, se paso de la ventana de la galería al terrado de la segunda muralla, i empezó a ladrar de una manera espantosa.

—Es Alegría, dijo uno de los soldados; bien: querrá decir que me volveré a hacer esta noche a él. Qué animal tan bueno!

—Silencio, dijo Juan con amenaza, pues vamos a ser descubiertos.

—Ah! son ellos! esclamo Huallpa que habia seguido el movimiento de Alegría......Tanto mejor.

I echando mano del caracol que siempre llevaba en los cordones de su cintura, dió una nota capaz de hacer levantar a los muertos mismos de sus sepulcros.

Respondieron a ella otras diez i otras diez, i ántes de que los españoles tuvieran tiempo para nada, cubriéronse ámbos muros, torres i ventanas de guerreros, que los cojieron, no entre dos, sino entre mil disparos.

Huallpa, como en otra ocasion el inca, lanzó a los aires un cohete inflamado, i en el acto

mismo apareció toda la montaña cubierta de luzes i soldados, cuyo grito de alarma, mezclado con el toque de a rebato de sus timbales, el estruendo de la arcabuzería, el bufido de los caballos heridos, las maldiciones de los hombres, i el torbellino que envolvió en ménos de un segundo todo el campamento, dió a la ciudad i a sus alrededores el aspecto de un cuadro del infierno, en cuya atmósfera de sombras todo debe ser sublimemente aterrador.

—Somos perdidos! dijo Hernando, i al punto mismo tronó la artillería con inmenso fragor.

Pronto la puerta de la segunda muralla cedió como la primera, i los cuarenta jinetes de Juan penetraron por ella arrollándolo todo.

Ganado este segundo parapeto, el enemigo se refujió en una plataforma del terrado principal, donde a las órdenes de Hualpa mismo, empezó el combate con mas furor.

Permanecer al pié de la torre recibiendo la granizada de los proyectiles peruanos, hubiera sido una temeridad; tomó, pues, Juan veinte hombres de los mas esforzados, i se puso a su frente para escalar la torre.

Juan habia recibido anteriormente una herida en la quijada que le causaba grandes dolores, el hielmo le pesaba mucho para la maniobra, i tuvo la imprudencia de quitárselo. Esta fué la causa de su perdicion.

Ya de los cuarenta asaltantes no quedaban mas que diez i ocho: los disparos del enemigo eran terribles, i las piedras lanzadas a plomo por los brazos poderosos de Huallpa mataban de a tres i de a cuatro españoles.

Juan pensó en la gloria; vió que en ámbos

campamentos habian suspendido el combate para contemplarlo, i quitando el estandarte de manos del oficial que lo llevaba, trepó la escalera con la furia de un tigre. Nadie fué bastante osado entre los peruanos para esperarlo en la plataforma, i todos huyeron a su vista. Solo Huallpa volviéndose a un lado i tomando una roca inmensa que para ello prevenida tenia, la alzó como un globo, i suspendiéndola un rato ante el abismo de hombres i cadáveres que tenia a sus piés, la dejó caer con supremo esfuerzo sobre la desnuda cabeza del héroe. En seguida desapareció.

Un grito de aplauso i de victoria se dejó oir entónces en toda la línea de la montaña, al tiempo que un coro de lamentos, un quejido centuplicado de horror i desesperacion salió del fondo ruinoso del Cuzco como el ¡ ai ! de una jeneracion entera.

Con todo, Juan Pizarro no habia muerto aún. La piedra, mal dirijida, no habia caido sobre su cabeza, sino sobre sus hombros, triturándole todos los huesos, i hundiéndole en la carne los fragmentos de hierro de su armadura a una profundidad horrorosa.

Sinembargo, aquel hombre estraordinario, sin perder su bandera ni sus armas, siguió adelante como el guerrero de Dios, i clavando el estandarte sobre las almenas iluminadas de la torre, paseó su vista desafiadora por todos los senos de la noche i de la montaña.

En seguida se desmayó.

Los españoles hicieron estremecer el aire con sus falconetes i con sus víctores, i la música, muda hacia tantos meses, pobló el espacio con la melodía del triunfo i de la muerte.

La plataforma sobre que estaba Juan tenia dos puertas que daban sobre ella; no bien el luzero del alba apareció como un punto de oro pálido sobre el último límite del horizonte, cuando abrióse una de ellas, i Manco, terrible i desgreñado como el jenio de aquella fortaleza vencida, salió para lanzarse sobre el otro jenio, su vencedor.

El combate que debia seguirse era un combate de muerte. Manco atacó primero lanzando a Juan una flecha que le atravesó el corazon.

Juan, ántes de morir, abrió los ojos i miró a Manco. Este se estremeció: acababa de comprender que lo habia asesinado, puesto que Juan ya no era un hombre, ni un guerrero: no era mas que una maza informe i despedazada.

Arrojó, pues, sus armas i retrocedió confuso de vergüenza.

En la parte de enfrente una mujer pálida i desfigurada con una antorcha en la mano los contemplaba con suprema angustia.

Jinia habia dicho verdad.

CAPITULO XXXI.

EL SITIO—ULTIMA JORNADA.

La venida del dia no hizo mas que prolongar lo horrendo de la situacion. De los cuarenta hombres que habian seguido a Juan no habia quedado ninguno. Sus cadáveres, uno tras otro, estaban tirados desde el segundo cerco de muralla hasta la plataforma donde habia muerto su jefe abrazado de su bandera.

El ataque a la fortaleza no habia sido mas

que una broma caballeresca, que en nada alteraba la situacion de los sitiados: era preciso hacer algo mas: era preciso caer sobre los sitiadores i destruirlos como destruye el huracan las selvas enteras en los desiertos. I solo un hombre era capaz de semejante empresa: ese hombre, ese niño mas bien, era Gonzalo Pizarro.

Todo fué ver muerto a su hermano, i poniéndose a la cabeza de las reliquias del ejército castellano, salió por el mismo camino que habia salido Juan, aunque no de uno en uno ni silenciosamente, sino a escape tendido i son de trompeta.

Todo lo llamaba a la fortaleza: la gloria de un nombre, la venganza de su hermano querido i el amor mismo, porque Azucena estaba tambien allí!

Azucena que, arrastrada por su pasion a Gonzalo, habia ido a ver cuál de los dos hermanos era el que debia perecer.

La carga de Gonzalo fué una carga irresistible. Por donde quiera huían los indios arrojando sus armas i lanzando gritos terribles. Los españoles peleaban con el furor de jentes que no tenian nada que esperar que no fuera de sus espadas.

Pronto llegó Gonzalo al pié de la torre en que habia muerto Juan, i se dió de nuevo principio al asalto.

Hernando habia seguido a Gonzalo i dirijía los ataques a retaguardia.

Huallpa por su parte no se dejaba esperar. Armado con una coraza española i defendido por el mismo superior escudo de Juan, recorria

una a una todas las almenas blandiendo su maza enorme guarnecida de clavos salientes, i aplastando a sus golpes terribles piquetes enteros de españoles.

Ningun hombre mas esforzado, ninguno mas atrevido que Huallpa. Para él la guerra era una diversion, un placer.

Su venerable figura i portes militares lo hacian distinguir de la multitud a la primera mirada, i junto a Manco tomaba el carácter de uno de esos jenios que nos pintan las leyendas como custodios de los príncipes.

El ataque no tardó en hacerse jeneral, i fueron tantas las escalas aplicadas a la muralla, que, no obstante la pericia i valor de Huallpa, fuéle imposible atender a todo, i los españoles se apoderaron de la torre principal.

Las otras dos acababan de rendirse a Hernando.

Huallpa conoció que estaba perdido, i juntando diez oficiales de la guardia real intentó retirarse peleando hasta ganar la galería de la torre que comunicaba con los subterráneos.

Estaba esta galería en el último tramo de la fortaleza, que terminaba por una esplanada de unos veinte piés cuadrados, i a una elevacion de trescientos metros por lo ménos.

Desde encima de esta esplanada todo se veia pequeño i profundo, i las piedras enormes contra cuyos ángulos ásperos se estrellaban las olas de un torrente espumoso, parecian simples guijarros coronados de lianas i helechos

Huallpa se batia siempre con el mismo valor pero la espada de Gonzalo lo seguia tan de cerca que empezaba a hostigarlo. Sus compañeros

de defensa caían uno a uno a las embestidas castellanas, ni mas ni ménos que como caen las mieses en los valles a las sacudidas del viento. El mismo Alegría, que en defensa de su amo habia llevado varias estocadas, era impotente para lanzarse al cuello de los blancos i ahogarlos, como tantas vezes se habia lanzado al de los indios con suceso cabal.

Amo i fiera estaban desfallecidos.

Huallpa llegó por fin a lo que él creía puerta de salvacion; pero llegó solo: sus compañeros habian muerto todos en la retirada: él mismo chorreaba sangre por mas de veinte heridas mortales.

La puerta, empero, estaba cerrada.

Huallpa, acosado mas que nunca por Gonzalo, intentó forzarla con un golpe tremendo, pero la puerta apénas se estremeció retumbante como una lámina de zinc, sin dar paso ni esperanza al triste perseguido.

El sol habia llegado en aquel punto al centro de los cielos, i su luz estendida como flotantes cortinajes de oro, reverberaba espléndida en valle i serranía. Eran suaves las brisas, i a no ser por los alaridos de los agonizantes i la detonacion de los arcabuzes, nadie hubiera tomado por hora de duelo aquella hora solemne i grandiosa del dia.

Huallpa continuó batiéndose por diez segundos mas, i cada caída de su maza equivalia a un español ménos; solo Gonzalo era hombre para el guerrero indio; los golpes de su arma poderosa habian sido parados mas de una vez por la espada del caballero, larga i flexible como una sierpe. Estos golpes podian com-

tarse en el pecho de Huallpa por otras tantas estocadas recibidas en cambio.

Jamas combate alguno, antiguo ni moderno, ha presentado espectáculos mas estraordinarios. De un lado la fuerza del leviatan junto con la impasibilidad del leon : del otro la arrogancia guerrera de la reina del aire i la ajilidad del jaguar.

No era un combate de hombres : era una lucha de jigantes : un sueño militar de Homero sobre las cumbres del monte Pelion.

Ya todo el campo estaba por los españoles i la victoria se mostraba indecisa entre el representante de la raza que se hundia i el de la raza que se levantaba.

Debia triunfar el Sol o la Cruz?

Huallpa se sentia desfallecer por momentos, la sangre le corria por todas partes, su escudo estaba roto, su mazo desastillado, su manto de colores flotaba al viento como el desgarrado pendon de sus lejiones, i Alegría mismo espiraba a sus piés de dolor i de heridas. Gonzalo, por el contrario, estaba mas animoso cada vez, su cuerpo no tenia ninguna contusion, i entre su espada de acero i la pica de cobre de su enemigo habia una diferencia de cincuenta libras.

La suerte, pues, estaba decidida.

Huallpa, empero, no queria caer muerto ni vivo en manos de sus contrarios : se estimaba en mucho para que su cuerpo sirviera de trofeo heróico en la victoria. Mas, para impedirlo, solo le quedaba un recurso : la sima.

El fuerte jeneral volvió a mirarla i se estremeció. Algo parecido a un vértigo habia

pasado por su cabeza. El vajido de muerte tan horrorosa acababa de helarle el corazon.

Alegría comprendió las angustias de su amo, i arrastrándose como pudo fué a ahullar lastimosamente a la entrada de los subterráneos. Nadie respondió al amigo fiel, al último amigo del soldado, i dos lágrimas de dolór brillaron un instante como diamantes sobre sus pupilas de fuego.

Huallpa hizo un último esfuerzo, i el mazo se le escapó de las manos como se escapa del arco un dardo templado.

La espada de Gonzalo fué a apoyarse tranquila sobre el corazon del indiano.

—Rendíos! dijo el español.

—Los jenerales no se rinden nunca, respondió con serenidad el guerrero.

Gonzalo, sobrecojido por esta sangre fria, retiró la espada del pecho de Huallpa i le tendió la mano de la amistad i del perdon.

—Me perdonais? preguntó el héroe rojo de humillacion.

—Quién habla aquí de perdon! esclamó Gonzalo: no: se trata de una tregua miéntras os armais.

Huallpa comprendió que estaba doblemente vencido, i no vaciló mas.

—Mirad, dijo a Gonzalo mostrándole la sima espantosa: yo voi a tirarme allá, i pudiera llevaros conmigo, pero no quiero. Vivid!

En seguida se precipitó.

El ruido de su tremenda caída aterrorizó por algunos instantes a Gonzalo, quien no pudo ménos de acercarse a la sima i observar. El manto de Huallpa lo habia envuelto todo como una toca fúnebre.

Gonzalo lo vió descender rápidamente, llegar a tierra i estrellarse como una roca que, cayendo de lo alto, se parte contra las otras rocas; pero ni un grito solo de dolor, ni un quejido, ni un ai!

El hombre habia escojido una muerte heróica.

Detras de Hualpa se precipitó tambien Alegría. El animal, herido i fiel, seguia la suerte de su amo.

El hombre no hubiera hecho lo mismo con su semejante.

CAPITULO XXXII.

COSAS DE JÓVENES.

El asesinato de Manco cometido en la noble persona de Juan i en la presencia de los dos ejércitos contendores, afectó tanto i tan inconsolablemente al príncipe, que ya desde ese momento no pensó mas en gloria ni en imperio.

No contribuyó ménos a impresionarlo la presencia inesperada de Azucena en la plataforma de la torre, la palidez que revestia su rostro i la angustia que devoraba sus ojos.

Era evidente que la princesa lo vendia; i aunque él no la amaba, le habia dado el título de esposa. Esto era horrible!

Arrojó, pues, sus armas, i roto el corazon en mil pedazos, vendido por la fortuna, abandonado de su esposa, desengañado de la vida, entróse vacilante en uno de los subterráneos del fuerte que iba a parar a la fortaleza del Tambo, en el Yucai, i a semejanza de los antiguos reyes de Judea, que huían de sí mismos cuando habian ofendido a Dios, huyó él tambien para no volver mas.

El ejército al verse abandonado de su jeneral i de su príncipe huyó en dispersion a las montañas.

Así terminó aquel asedio terrible, sin paralelo en las historias.

Como ya lo dejamos dicho, el levantamiento habia sido jeneral, i Jáuja i el Rimac habian resistido sitios igualmente tenazes i mortíferos. Pizarro habia sostenido seis meses de combates continuos. Sinembargo, la derrota sufrida ante los muros de la capital se estendió a todos los combatientes, i por la cuadrajésima vez en aquella conquista memorable, millones enteros de peruanos huyeron a los golpes de algunos pocos caballeros.

Estraño valor o voluntad estraña del regulador del universo!

Entretanto, Almagro regresaba de su infeliz espedicion a Chile. Hombres i elementos, todo le habia sido contrario.

Solo habia hecho una cosa buena durante el viaje, i esta cosa habia sido dar muerte a Felipillo, primer intérprete de los conquistadores, causa de la muerte de Atahuallpa, causa de la muerte de Cora i de la locura de Cava, i primer enemigo de su país.

Almagro descubrió que Felipillo conspiraba contra él, i le dió una muerte propia de traidor consuetudinario, haciéndolo despedazar por cuatro potros indomables.

Desgraciado el mariscal en la conquista de Chile, volvió sus ojos al norte, i seducido por los consejos de su teniente Rodrigo de Orgóñez, antiguo lidiador en Italia, reclamó el Cuzco como comprendido dentro de los límites de la

jurisdiccion que le habia determinado la corona. Hernando i Gonzalo Pizarro sostuvieron que no, i a poco andar las armas decidieron la cuestion, favoreciendo a Almagro, quien cojió prisioneros a sus dos rivales mediante una sorpresa.

Tal fué el principio de las sangrientas i famosas guerras que se siguieron entre unos i otros, i que la historia nos ha trasmitido con todos sus incidentes terribles.

A la toma del Cuzco i prision de los Pizarros, siguióse la accion de Abancay, dada el 12 de julio de 1537, entre las fuerzas de Alonso de Alvarado, que levantó estandarte contra el mariscal, i las de este mismo, a quien coronó la victoria

Los antiguos socios se habian quitado respectivamente la máscara, i libraban al hierro la solucion de todas sus disputas.

Fernando Pizarro estuvo mas de seis vezes a pique de perder la vida, pues Orgóñez aprovechaba toda ocasion de decir a Almagro que nada habrian hecho si no quitaban de en medio a aquel hombre fatal.

En cuanto a Gonzalo, él tenia un poderoso favorecedor en la persona del hijo del mariscal.

Tambien es de advertir que si por un lado Orgóñez ejercia una alta influencia en el ánimo de Almagro, por su parte Diego de Alvarado, hermano de Pedro, i caballero de nacimiento distinguido, pesaba mucho en el consejo del mariscal, inclinado a los medios prudentes i de clara razon.

Este caballero, aparte de su buen natural, tuvo un dia la desgracia de perder, en juego

con Hernando, la enorme cantidad de ochenta mil castellanos de oro. Fué a apagarlos, i Hernando no quiso admitírselos, cosa que prendó tanto a Alvarado, que era hombre de comprender i apreciar sobrado bien la jenerosidad, que de entónces en adelante abrazó su defensa con mayor entusiasmo que ántes.

Orgóñez tuvo, pues, un contrario terrible.

—Ahorcad a los Pizarros, decia aquel un dia al mariscal; acordaos de que los Pizarros no perdonan jamas.

—No, observaba Alvarado: la sangre pide sangre; cuánto mejor no es entendernos con Francisco i terminar estas desavenencias.

Orgóñez no era mas que un soldado; Alvarado era mas que eso, i Almagro tuvo el buen tino de comprenderlo así.

La cabeza de los prisioneros dejó, pues, de peligrar.

Así pasaban las cosas en el Cuzco, cuando una mañana se presentó nuestro antiguo conocido, el licenciado Gaspar de Espinosa, preguntando por Almagro en calidad de embajador del marques.

Por si acaso se ha olvidado el lector, este Gaspar de Espinosa es el mismo de quien decia Luque, el finado obispo de Túmbez, que había conseguido los primeros veinte mil pesos de la conquista en los buenos tiempos en que Jines era tabernero, María criada i Pizarro i Almagro pobretones ociosos, i un sí es no es mal entretenidos.

El mariscal recibió a Espinosa de paz, pero no convino en ningun linaje de avenimiento.

—Bien, dijo el licenciado, el vencido vencido, i el vencedor perdido.

La historia misma no ha podido decirnos hasta qué punto Espinosa hizo vacilar el ánimo del viejo i obstinado español; mas es lo cierto que poco ántes de terminarse las conferencias de arreglo, murió el enviado repentinamente.

Algo se dijo entónces de veneno, pero es la verdad que Almagro se puso inconsolable con tal pérdida, i que Orgóñez mismo decia, pasándose la mano por el cuello con ademan significativo:

—Ello es que al fin los escrúpulos del mariscal nos han de hacer cortar la cabeza.

Quién sabe por qué diablos de calamidad el nombre de Jinia sonó mezclado en esta aventura.

Pizarro habia intentado varias vezes marchar sobre el Cuzco, pero le detenia su falta de recursos; sinembargo, su fortuna, i mas que eso, la longanimidad de Cortes, vino a alcanzarlo al corazon de la América indíjena, trayéndole un buque cargado de costosos regalos, jente i un guarda-ropa que el mismo rei de Francia no habia sido bastante rico para comprar.

Cortes habla en estos términos al héroe i al amigo:

"*Habeis hecho lo que estábais llamado a hacer. Gracias, mi noble pariente! En adelante no se dirá solo César i Alejandro: se dirá tambien: César, Alejandro, Pizarro i Cortes.*

"*Está cumplida nuestra mision. Descansad!*"

Pizarro, lleno de alegría, preguntó a Candia el significado de semejante carta. Candia no se hizo esperar, i prometió al cascado marques

una aula de historia para cuando se terminase la guerra.

En seguida se adelantaron hasta el valle de Chincha a fin de tener una entrevista con el mariscal.

Este habia salido del Cuzco llevándose consigo a Hernando. Gonzalo debia quedar preso en la ciudad.

Empero, el hijo de Almagro, futuro héroe de la conquista, no quiso salir de la capital sin despedirse de su jóven amigo.

—Voi a seguir a mi padre, le dijo, pero ántes he querido pagaros una deuda sagrada.

—A mí!

—Sí; vos tal vez no la recordais: no importa: para el caso es lo mismo.

—Esplicaos!

—Vengo a pagaros un elojio que me hicísteis un dia en el valle de Jánja, la mañana aquella que os sorprendí en el consejo de familia.

Gonzalo no pudo ménos que enrojecerse a tal recuerdo.

—Un elojio decis?

—Sí, Gonzalo: un elojio es siempre agradable, i mas cuando uno es jóven; pero en aquella ocasion me hizo mas que feliz.

Gonzalo no sabia qué pensar.

—Mas que feliz, continuó Diego estrechando con efusion la mano del prisionero, pues con él me libertásteis del ridículo.

—Yo creía que habíais olvidado eso.

—No, yo nunca podré olvidar nada que venga de vos, único en la vida a quien admiro i envidio.

—I qué pretendeis?

—Pretendo, dijo Diego quitándose su capa i echándosela encima a Gonzalo, pretendo que os marcheis al punto para Lima a donde vuestro hermano Francisco. Aquí hai jentes que os quieren mal, i yo no podria sufrir que os matasen.

—Pero......

—Nada me digais, porque nada oiré. Mi caballo ha quedado a la puerta: partid.

—Gracias, mi arrogante libertador.

Cinco minutos despues Diego volvió a su casa a pié i distraído. Su rostro era una pura alegría.

No faltó quien hablase despues de cierto jinete que habia salido por la calzada del norte, calado el sombrero hasta los ojos, embozado i veloz.

CAPITULO XXXIII.

DEUDA PAGADA.

En el valle de Chincha la primera ocupacion de Almagro fué echar las bases de una poderosa ciudad que, llevando su nombre, fuera con el tiempo la orgullosa rival de la fundada por Pizarro, cuya fábrica adelantaba primorosamente.

La fortuna, que debia serle mui funesta de ahí para adelante, no le dió tiempo para concluirla. No legó, pues, su nombre a la posteridad por este medio.

En Chincha alcanzó al mariscal la noticia de la fuga de Gonzalo, cosa que dió a Orgóñez motivo para volver a acusar a Almagro de débil, i para volver a instarle sobre las conveniencias de ahorcar a Hernando, único que le quedaba.

Sinembargo, prudente el mariscal en aquell a ocasion hasta el heroismo, no hizo caso de las prediciones del consejero, i llamando al prisionero, díjole :

—Hernando, vos siempre me habeis tenido mala voluntad; empero, yo no quiero vengarme, i si os he detenido en mi poder no ha sido con ánimo de molestaros, sino como prenda eficaz para nuestros arreglos con Francisco.

—I bien ?

—Si quereis, partid ahora mismo para Mala, vuestro cuartel jeneral, i decid a vuestro hermano que mañana, 13 de noviembre, pasaré de paz a su campo para conferenciar con él.

—Es decir que no exijís nada por mi libertad ?

—Nada, Hernando: la victoria me favorece, i no quiero abusar de ella.

Hernando que no queria ir en zaga al mariscal, contestó :

—Acepto, i tomad mi mano de amigo. Voi a trabajar por la paz.

En seguida se separaron, i Almagro dió a Hernando su caballo i sus arreos favoritos para que volviese con honor a los suyos.

—Bien, dijo ese mismo dia Orgóñez al Adelantado, vamos encomendando nuestra alma a Dios, pues dentro de un mes estaremos decapitados: conozco a los Pizarros.

Al siguiente dia pasó Almagro al campamento de Pizarro, i como habia ofrecido ir de paz, se presentó solo i sin armas.

Llegado que hubo se dirijió lleno de amabilidad a Francisco, i mas como su camarada que como su rival.

Pizarro no supo o no quiso apreciar esta jenerosidad de su contrario i lo recibió ásperamente, echándole en cara su conducta i sus pretensiones, negándole su derecho a la ciudad del Cuzco, i amenazándole con su enojo i el del Emperador.

Almagro se habia quitado el sombrero al entrar i Pizarro no; Almagro se habia quedado de pié, i Pizarro se habia sentado; Almagro hablaba con reposo i dulzura, i Pizarro con arrogancia i esfuerzo; Almagro galanteaba, i Pizarro injuriaba, no habia pues esperanza de reconciliacion.

La mente del mariscal era no aprovecharse de su triunfo en Abancay ásperamente para no ofender a Pizarro; por el contrario, este se mostraba altivo, a fin de cubrir con un orgullo finjido la llaga de su derrota.

La conferencia avanzaba mas i mas en el estéril terreno de la disputa, i ya Almagro empezaba a notar ciertos movimiemtos sospechosos en la oficialidad de Pizarro, cuando entró Gonzalo haciéndose el distraído i cantando estos versos de un romance de entónces:

"Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí."

Todos los que rodeaban al héroe volvieron sus ojos a Gonzalo llenos de inquietud i amenaza; pero Almagro era hombre de mundo, i sin dar tiempo a aquel para que repitiese su aviso jeneroso, salió del aposento, tiróse sobre el caballo i desapareció.

—A él! a él! gritaron diez de los aduladores del marques, i se lanzaron tras del mariscal lanza enristre i escape tendido.

Vana presuncion: de Almagro no se percibia mas que el polvo levantado por su corcel sobre el arenal.

—Qué pasa! preguntó Pizarro lleno de indignacion, parece que se trataba de una infamia espantosa?

Nadie le contestó.

—Hernando, insistió Pizarro, esplicadme lo que ha pasado porque no lo comprendo.

—Parece que se pensaba en echarse sobre el mariscal para matarlo en la refriega.

—Seria posible! i quién habria osado?...

—Señor, es un proyecto que se atribuye a Candia.

—Qué me deeis?

—Lo que me han dicho a mí.

—Candia! gritó el marques con todos sus pulmones.

—Qué hai? preguntó el griego presentándose.

—Es cierto, dijo Pizarro, que vos habeis armado una celada a Almagro para matarlo en mi propia casa?

Candia se puso rojo de cólera; en seguida preguntó:

—I quién os lo ha dicho, señor?

—Pizarro se volvió a Hernando sin decir nada.

—Vos, señor? preguntó Candia al caballero lleno de asombro.

—Así me lo han dicho, respondió este con dignidad.

—Quiénes, señor?

—Nosotros! nosotros! gritaron diez o doce oficiales en aquel punto a la puerta.

—Vosotros? preguntó Candia cada vez mas azorado, pues no alcanzaba a comprender lo que le sucedia.

Pizarro reparó en la turbacion de su privado i se puso pálido de enojo. En seguida se dirijió a los oficiales.

—Qué hai de verdadero en ésto, señores? les dijo, pues si tal cosa fuese cierta obraria con todo el rigor de la lei.

—En esto no hai mas verdad que la dicha, observó uno de los mas osados.

Candia le dirijió una mirada de desprecio.

En eso empezaron a llegar al campo los perseguidores del mariscal.

—Llegad, señores, i decid la verdad, dijo el marques cada vez mas furioso. ¿Es cierto que Candia era el que os tenia apostados para asesinar al mariscal?

Los jinetes, que no sabian de lo que se trataba, miraron a sus cómplices ántes de responder; éstos les hicieron señas que dijesen que sí.

—Vamos, insistió Pizarro, responded sin vacilar, de lo contrario morireis todos.

—Sí, sí, dijeron varias vozes a la vez.

—Sí qué? preguntó el marques.

—Que sí fué de órden de Candia que nosotros debíamos matar al mariscal.

—Mentis! gritó Candia lleno de indignacion.

—Os digo, Pedro de Candia, dijo Pizarro con dignidad, que si tal cosa habeis hecho sois el primer infame del mundo. No sabíais que yo habia recibido de paz al mariscal, que estaba en mi casa, i que ahora va a tomárseme por un miserable?

Estas palabras terribles cayeron sobre la cara del privado como otras tantas bofetadas. Solo a su corazon no llegó nada, porque su corazon estaba inocente. Sinembargo, acaba de ser humillado por el hombre que ménos derecho tenia para humillarlo, por el hombre a quien habia servido veinte años seguidos con la abnegacion mas rara; resintióse, pues, como no podia ménos de resentirse su naturaleza esquisita, i volviendo humillacion por humillacion, dijo a Pizarro:

—No he hecho lo que se dice, pero si lo hubiera hecho, habria probado solamente que la leccion de infamia i traicion que nos dísteis en Cajamarca, prendiendo i asesinando a Atahuallpa, habia tenido la fortuna de no ser olvidada por vuestros tenientes.

Las palabras de aquellos dos hombrse estraordinarios habian sido tan agrias i solemnes que desde ese momento quedó roto entre ellos todo vínculo de consideracion; i Candia fué cargado de cadenas i encerrado en una masmorra.

—Bien, dijeron sus envidiosos, por hoi no hemos perdido el dia; solo nos falta ajusticiarlo.

Candia habia caído víctima de sus virtudes.

CAPITULO XXXIV.

EL REI I PIZARRO, EL REI I ALMAGRO.

Despues de la prision de Candia, Pizarro quedó entregado a sus propios violentos instintos, i lo que era peor todavía, a la influencia fatal de sus fatales consejeros.

Recapituláronsele los agravios que Almagro

habia hecho a su familia, la toma de la capital, la prision de Hernando i Gonzalo, el ataque i derrota de Alvarado, i mil i mil cosas mas que la discordia se esforzaba en elevar al rango de crímenes.

El momento era propicio para la guerra i nadie quiso desperdiciarlo.

En vano observó Hernando que él habia prometido al mariscal interponer sus buenos oficios para con su hermano el marques, a fin de venir a una paz duradera i honrosa. Se le objetó que cuando los intereses de la corona estaban de por medio, no habia mas recurso que defenderla ni mas honor que servirla; que Almagro traicionaba al Rei, i que estaba en el deber de todos hacer un ejemplar con él castigando su orgullo i sus pretensiones, i aun se habló de que lo sostituiria en la posesion de sus bienes i dignidades aquel que entregara primero su cabeza.

Hernando ya no vaciló mas: el honor del súbdito habia triunfado sobre el honor del caballero.

El juramento valia mas que la palabra. Esa era la época i no hai que culparlo.

Pizarro declaró en seguida a su ejército que la edad i los achaques no le permitian tomar el mando en la campaña que iba a abrirse; pero que conferia todos sus poderes á Hernando.

El nuevo jefe era todo un valiente, i los soldados quedaron contentos con él.

El Gobernador se volvió, pues, al Rimac a seguir adelante la construccion de su ciudad, i Hernando marchó lleno de brio sobre el enemigo comun.

Fué hasta entónces que comprendió Almagro todo lo falso de su posicion. Orgóñez no le decia nada, pero su silencio era mas terrible que todas las acusaciones del mundo.

Habia cometido (para él) el inmenso error de no haber decapitado a los dos Pizarros que habian estado en su poder, i ahora iba a ser vencido él i ahorcado por ellos sin la menor conmiseracion.

Habia jugado, pues, mal, i habia perdido la partida.

A mayor abundamiento de desgracia, estaba tristemente aquejado de una cruel enfermedad, consecuencia de escesos juveniles, que le impedia montar a caballo i ejecutar personalmente las difíciles maniobras de la guerra de entónces, pues como dice con mucha oportunidad el cronista:

Del vicio que nos domina
Ha hecho, por justa sentencia,
La divina Providencia
El móvil de nuestra ruina.

Habia entrado el año de 1538, i ácia últimos de abril la batalla vino a darse una legua acá del Cuzco, en el sitio denominado las Salinas.

Las fuerzas del mariscal ascendian apénas a quinientos hombres, la mayor parte de caballería.

Hernando contaba por su parte mas de setecientos hombres en sus reales, todos contentos, valientes i bien armados, especialmente un cuerpo íntegro, recien llegado de Santo Domingo, i denominado "los arcabuceros de Flándes," a causa de venir armados con unos

fusiles de superior calidad que se fabricaban entónces en aquel lugar.

El fuego se rompió con los primeros albores del dia, i la batalla, por parte de Almagro, la dirijió Orgóñez, pues el mariscal iba de mal en peor, i apénas pudo salir a una eminencia, i eso en una litera llevada por sus pajes.

Hernando formó su jente en la misma disposicion de batalla que su enemigo, colocando la infantería al centro i la caballería sobre las alas. Una de estas la mandaba él en persona i la otra Alonso de Alvarado, el vencido en Abancay.

Los infantes debian ser mandados por Gonzalo i Valdivia, héroe futuro en los valles de Arauca.

Habíamos olvidado decir que ante todo se habia celebrado la misa a campo raso, oyéndola uno i otro bando apoyados sobre las armas,

Mas de seiscientos mil indios habian concurrido a las cumbres vecinas a cebarse en el espectáculo de la destruccion de sus enemigos.

La batalla cuando mas duraria dos horas completas. Los gritos de *el Rei i Pizarro! el Rei i Almagro!* ensordecieron los aires, i mas que un choque de cuerpos, fué una arremetida de hombre a hombre.

El arrojo de Orgóñez rayó en temeridad. Viendo a un caballero, a quien tomó por Hernando a causa de la riqueza de sus armas, cerró con él i le derribó de una lanzada. A otro pasó de parte a parte de la misma manera; i mas de veinte perdieron la vida al adelantar el prematuro grito de ¡victoria! Pero miéntras

consumaba tales hazañas, dignas de un paladin de romance, una bala de arcabuz, penetrando por el encaje de su visera, le derribó del caballo en medio de un centenar de enemigos, quienes se dieron prisa a rodearlo para hacerle su prisionero. Orgóñez volvió en sí preguntando dónde se hallaba; i como se le respondiera que entre las jentes de Hernando, instó porque se le diese la muerte ántes que rendirse.

—Si no es mas lo que deseas, dijo un soldado que estaba cerca, hundiendo en el pecho de Orgóñez su daga hasta las primeras líneas de la empuñadura, vete en buena hora a los infiernos.

—Quién sois? preguntó Orgóñez espirando.

—Fuentes, contestó su asesino, antiguo criado del marques i servidor honrado del Rei.

Orgóñez habia muerto como mueren los héroes, i su cabeza, separada del tronco, fué puesta en una pica i paseada en triunfo por el campamento.

Los apasionados ojos de los soldados de Hernando veían al traidor, como ellos decian, pero no al hombre de quien la historia, justa e imparcial como la posteridad misma, dice con orgullo en este pasaje: "Así pereció como leal un caballero tan decidido en el consejo i tan valiente en la guerra como el primero que haya pisado las playas de América."

El mariscal habia visto caer a su teniente i dos lágrimas de dolor habian humedecido sus ojos.

Con él caían tambien su fortuna, su porvenir i su gloria.

Almagro acababa de comprenderlo así, i se habia helado de piés a cabeza.

La batalla no estaba aún decidida, i Pedro de Lerma, capitan de las caballerías de Almagro, picó su alazan i gritó a Hernando para que lo esperara. Este volvió riendas i lo esperó. Las lanzas de ámbos caballeros se cruzaron con ira; fué el choque violento: Lerma hirió a su contrario cerca de la ingle despues de haberle roto la armadura, i Hernando hirió a Lerma fuertemente en el muslo.

Amigos i enemigos suspendieron la lucha para presenciar aquel combate que se presentaba por ámbas partes como mortal.

Los caballeros volvieron a separarse para tomar carrera, pero las lanzas, ménos fuertes que sus pechos ardientes, no alcanzaron a resistir i saltaron a un lado i a otro confundidas en mil pedazos salpicados de sangre. Los caballos cayeron sobre sus ancas, i a las lanzas sucediéronse las espadas, resplandecientes i rápidas como rayos.

Lerma era valiente, pero Hernando, ademas de serlo, pasaba por el Hércules de la conquista.

El resultado no se hizo aguardar, i Almagro vió tambien caer a su segundo vencido i cubierto de heridas. No habia, pues, nada que esperar.

El vencedor hizo brincar su caballo por sobre el agonizante cuerpo del jefe enemigo, i las trompetas, aprestadas, dieron el sonido de la victoria.

Almagro huyó precipitadamente al Cuzco, donde habia quedado su hijo a la cabeza de una pequeña guarnicion.

La fortuna habia abandonado al mariscal, i fué alcanzado i cargado de cadenas junto con su hijo, en la misma prision en que, meses atras, habia tenido a sus rivales los Pizarros.

De nada habian valido las profecías de Orgóñez.

CAPITULO XXXV.

ULTIMA BRUTALIDAD DE HERNANDO.

Hernando pasó luego a la prision de Almagro i le ordenó que se despidiera de su hijo, pues debia enviarlo en ese momento para el Rimac.

—No me priveis de él en momentos tan aflictivos, díjole el mariscal.

—No lo hago por mal hacer, respondió Hernando; creo que corre peligro cerca de vos, i por eso lo hago. Abrazaos, i tened mas confianza en la Providencia.

—Sí que la tengo, dijo el soldado con los ojos preñados de lágrimas.

Hernando se volvió a otra parte indiferente al espectáculo que se preparaba, i Diego hijo se adelantó para besar a Diego padre por última vez.

El mariscal no pudo decir nada a su hijo, ni su hijo al mariscal, pero sus ojos se habian encontrado i comprendido.

La mirada de Almagro revelaba una bendicion, la de Diego prometia una venganza.

En seguida se separaron para siempre.

—Tranquilizaos, dijo Hernando al guerrero: vuestra suerte debe cambiar en breve.

—Sí, en breve: los pesares nunca van mas allá del sepulcro.

—I quién os habla ahora de sepulcros?

—Quién, Hernando? la ferozidad que revelan todos vuestros ademanes.

—Me acusais sin justicia.

—No, porque vos dijísteis ántes de la batalla, hablando de mi vejez i de mis enfermedades: "no quiera el cielo que se muera Almagro ántes de caer en mis manos."

—Os han informado mal a lo que parece.

Almagro por toda respuesta sonrióse con amargura.

Poco despues salió Hernando de la prision, pero temeroso de que el destino, mas piadoso que él, le arrebatase a Almagro ántes de su venganza; le hizo concebir esperanzas de perdon i de olvido, i aun le obsequió por espacio de muchos dias con los mejores platos de su mesa.

La melancolía i el desamparo del prisionero iban en tristísimo aumento, i fué preciso adelantar la causa que debia servir de justificacion de su muerte.

Se necesitaban declaraciones en contra del vencido, i todos se apresuraron a darlas.

Antes de un mes la causa contaba ya dos mil pájinas en folio!

Amigos i enemigos se habian hecho el deber de acusar al poder caído en beneficio del poder triunfante.

Esa es la triste condicion de la humanidad!

La sentencia se pronunció al fin, i el sacerdote ayo de Diego recibió el duro encargo de ponerla en noticia del reo.

El cabello i las barbas de Almagro eran blancas como la nieve. Su cuerpo estaba encorvado bajo el peso de los años i de la enfer-

medad, sus manos temblaban, i su cintura débil i llagada podia apénas sustentar la cadena que lo mantenia atado al poste de la cárcel como una fiera o como un malhechor. Por el espacio de cuarenta dias i cuarenta noches no habia tenido mas lecho que un monton de paja, mas abrigo que su camisa i sus truzas despedazadas, ni mas luz que la escasa i vacilante que penetraba por la ojiva de la ventana enrejada de la masmorra.

I fué durante ese período de angustia i molancolía que, concentrándose en su espíritu i en sus recuerdos, vivió entre el pasado i la eternidad cómo entre dos abismos igualmente anchos i profundos, igualmente inesplicables i tétricos en aquella hora solemne, última de la vida, en que todo cambia de aspecto i colorido, i en que la idea de Dios, fija, constantemente fija en el corazon i en el alma, rechaza toda otra idea i todo otro pensamiento, de la misma suerte que la presencia del sol en los cielos rechaza todo astro i toda luz.

Atras la juventud, el amor, la gloria i la belleza; i delante la realidad, espantosa i sola!

Ai! i qué cambio tan radical i tan hondo! La juventud habia cedido el paso a la vejez, el amor al odio, la gloria a la deshonra!

La imájen de Dios, tanto tiempo olvidada, habia vuelto a cernerse como la paloma de Noé sobre el horizonte tormentoso de la vida.

Detras el engaño, delante la verdad; pero una verdad aterradora, una luz quemante!...

He ahí lo que pasaba por la mente del viejo soldado, pero he ahí tambien lo que el viejo soldado no alcanzaba a esplicarse ni a comprender, con su aproximacion a la tumba!

Habia vivido como un babilonio, pero no queria ni acertaba a morir como un esparciata; i la razon estaba de su parte porque él habia derramado sin causa la sangre de su semejante, despojado al inocente, violentado al débil i servido a la causa de la fuerza, que era la causa del siglo i de la ambicion.

El fraile encargado de notificar la sentencia al mariscal, entró con paso grave i solemne en el calabozo.

—I bien, frai Modesto?......díjole aquel levantando la cabeza acosado de un presentimiento fatal.

—Resignaos, señor: la justicia de los hombres no es siempre la justicia de Dios, repuso el anciano sacerdote con un acento dulce i consolador.

—Quereis decir......?

—Que el vaso está colmado i que vais a morir.

—A morir!

—I por eso temblais? Vos, el orgullo de los guerreros!......No, no tembleis; los hombres no debemos temblar.

—Ah! sí, no debemos temblar del mundo, pero sí de Dios.

—Le habeis pues ofendido?

—Oh! mas que ninguno.

—No digais eso, señor: los pecados de los hombres son muchos i distintos; yo mismo soi tal vez mas criminal que vos.

—Vos, mi padre?

—Yo, señor; yo, que no me atrevo a levantar la frente delante de ningun hombre; yo, que sin que vos lo sepais ni lo sepa nadie sobre la tierra, he recorrido la escala de todos los

crímenes, deteniéndome hora tras hora i dia tras de dia sobre cada uno de sus infames peldaños: yo, en fin, a quien Dios mismo me sacó una noche del seno de la borrasca que iba a tragarme, i me condujo como por la mano hasta el lecho frio i desierto de un sacerdote moribundo.

—I bien?

—Yo iba a hacer a aquel hombre, que se tomaba por un santo, la confesion de todos mis pecados, a pedirle su gracia i su perdon; en una palabra, a decirle que yo era un antiguo pirata del Mediterráneo.......

—Seria posible! interrumpió Almagro lleno de asombro, vos! el ayo de mi hijo.......el maldecido de los hombres!

—Sí, yo, Alí, el hermano de Candia, el azote de mi familia, ántes verdugo, hoi redentor.

—Apartad! dijo Almagro huyendo aterrado hasta donde le permitieron los anillos de su cadena. Es el colmo de la insolencia i de la infamia!

—No, dijo frai Modesto lleno de relijiosa abnegacion; es el colmo del arrepentimiento i del martirio. He venido a oír vuestra confesion i me adelanto a haceros la mia. ¿ Me acusareis acaso porque, sintiéndome mejor, os hago la confidencia de mis culpas pasadas? Me rechazareis, insensato, porque os estimulo a la penitencia con el ejemplo, i me adelanto a abriros mi corazon lleno del amor de Dios, delante mismo de vuestra tumba, en el retiro de una cárcel, bajo el sijilo de la confesion? Bien, pues, morid como mueren el salvaje i la fiera, porque despues de mí, solo entrarán aquí el verdugo i los sepultureros!

I frai Modesto dió dos pasos en busca de la puerta.

—Deteneos! gritó Almagro vencido por la voz i el ademan del ministro de Dios; i decidme qué os dijo el santo padre a quien pedísteis la absolucion de vuestras culpas?

El sacerdote volvió atras i dijo:

—Yo habia ocurrido donde él como puede ocurrirse a la nave de un templo en busca de los ánjeles; pero me engañé!......

—Seguid.

—Ese sacerdote no era otro que Luque, quien espiró en mi presencia invocando el nombre de Luzbel!

No obstante lo grave del momento, Almagro se sonrió imperceptiblemente.

Frai Modesto continuó:

—Luque murió víctima de la avaricia, i la suerte me hacia su heredero en mas de dos millones de pesos.

—Dos millones decis? en dónde están? preguntó Almagro fuera de sí: sabeis lo que dos millones quieren decir en las actuales circunstancias?......Ah! dos millones son mi libertad i mi venganza. Dádmelos, Alí, i seré en seguida vuestro esclavo!

—No me nombreis Alí, porque yo no soi ya Alí. Alí era el crímen, i el crímen ha desaparecido.

—Pero los dos millones?

—Existen.

—En dónde, en dónde? decídmelo por Dios......Oh! vos me volveis loco, padre mio!

—No, yo no hago mas que probaros, Almagro, como me probó Dios a mí cuando me sa-

có de en medio de los monstruos marinos, para volverme a la vida i a la riqueza. Él me dijo por medio de los hechos, que son su lenguaje: acabais de arrepentiros i de llamarme a vuestro corazon, yo quiero saber hasta dónde sois fiel a esè llamamiento; yo quiero saber si resistireis al oro i a la impunidad.

—I qué?

—Yo he resistido; i en vez de volver a la senda del vicio, tomé la senda de la virtud, me hice sacerdote, i los dos millones permanecen aún donde los dejó su depositador.

—Es decir que no me los dareis?

—No os los daré porque no os quiero mal. Orad i preparaos a morir.

—Mi padre, por piedad!

—Mirad, señor, que Dios nos escucha.

—Pero volver a ver a mi hijo, la luz i tal vez la gloria!.......

—Esas palabras no se deben pronunciar jamas delante de la tumba.

—Me llenais de espanto, padre mio.

—Quiere decir que yo, mas criminal que vos, fuí mas fuerte que vos. Gracias, Dios mio, aun puedo esperar tu perdon!

I frai Modesto cayó de rodillas inundado de lágrimas.

—I es de ese modo que veníais a confesarme? preguntó el mariscal.

—Sí, de ese modo contestó el sacerdote. A mí me importaba poco el número i la naturaleza de vuestros pecados: bastábame solo sondear el estado de vuestra alma al aproximaros a Dios......por desgracia ha sido infeliz el esperimento!

—Cierto, me venceis, dijo Almagro arrepentido pero no avergonzado, me habeis dado una leccion digna de un hombre que va a morir.

En seguida cayó a las plantas del relijioso.

En la mañana del dia siguiente un cortejo fúnebre presidido por Hernando Pizarro i escoltado por mas de cien hombres de tropa, condujo a la iglesia de la Merced los restos mortales del mariscal, donde se les dió sepultura, despues de haber cortado la cabeza al cadáver en la plaza pública.

La sentencia de muerte se habia ejecutado la noche anterior i en la prision misma.

El jénero de muerte habia sido el conocido con el nombre de garrote.

La primera conversacion de los dos aventureros en Panamá sobre sus destinos futuros, casi puede decirse que se habia cumplido a la letra.

EPILOGO.

CAPITULO I.

LAS FECHAS.

Habian pasado ya cuatro años desde la muerte del Adelantado Diego de Almagro, i la suerte de su hijo i de su partido no cambiaba en nada.

Refujiados los jefes en la ciudad de Lima, que se les habia dado últimamente por cárcel, estaban reducidos a la mayor miseria, viviendo como los primitivos templarios, en una casa santa, i turnando para poder salir a la calle en el uso de una capa raída, que habia perte-

necído en otro tiempo al caballero Juan de Rada, i que ahora no era de nadie a fuerza de ser de todos.

Dicha capa correspondia de derecho a cada uno una hora por dia, pero como eran trece los caballeros, habíase convenido en que a Diego, objeto de todas sus atenciones i cariños, se le diese durante la noche a fin de que le sirviera de abrigo.

Sucedia tambien que un mismo caballero llevase la capa dos, tres i hasta cuatro horas seguidas, pero esto se esplicaba no precisamente por un privilejio o condescendencia de parte de los propietarios, ajenos por su situacion estrema a toda galantería, sino por los caprichos del juego i lo ocioso de su estado, que los compelia a vezes a tirar los dados, i como no habia dinero que apostar, apostaban sus horas de salida, contentándose algunos con no salir a la calle semanas enteras, a trueque de amenizar el juego con algun interes.

Caballero habia que tenia perdidas hasta veinte salidas, i a quien no se admitia en el juego el puesto de la veintiuna por temerse que la capa no alcanzase hasta allá. I como el hombre saque recursos de todo, esta miseria inaudita era el tema de sus divertimientos favoritos, pudiéndose decir que los de Chile * echaban apénas ménos la opulencia de sus pasados dias.

Sinembargo, la cosa apuraba i era preciso tomar un partido cualquiera. El gobernador Pizarro habia dicho mas de una vez que si se

* Se designaba con este nombre a los partidarios de Almagro.

arrepentian de sus pasadas culpas, tomaria a Diego bajo su proteccion, i daria a Rada i a los demas títulos i honores. Esto lo sabian los caballeros, pero ninguno se daba por notificado, prefiriendo la miseria a la humillacion.

Entretanto pasaban años i años; su partido iba debilitándose de dia en dia, i ya todos habian perdido la esperanza de una reaccion.

Pizarro continuaba tranquilo en su palacio. Empero, esta tranquilidad no era tanta, que de cuando en cuando no lo molestasen los de Chile con sus sarcasmos i pesadas burlas.

Un dia habiendo visto unos letreros a la entrada de su casa, llamó a Antonio Picado, su secretario, i le mandó que se los leyese.

Picado al principio no sabia qué hacerse, por lo que respondió todo azorado al gobernador:

—Son cosas de los de Chile, señor.

—Ledlas, insistió Pizarro con resolucion.

Picado leyó lleno de terror:

ATAHUALLPA — 29 DE AGOSTO DE 1532!

ALMAGRO — 8 DE JULIO DE 1538!

—No es mas? preguntó el marques con la mas profunda seriedad.

—No, señor.

—Os equivocais, dijo en aquel punto una voz chillona detras del secretario, hai todavía otra fecha que vos no veis, i es la de 26 *de junio de* 1541.

—Pero esa no ha llegado todavía, observó Pizarro.

—Pero llegará, dijo la misma voz con marcada intencion.

—Jinia, dejadla que llegue en paz i no importuneis, observó Pizarro de mal humor i paró en su investigacion.

En otra ocasion aparecieron tres sogas en la picota que estaba en la plaza. Una de ellas iba a terminar a los balcones de Pizarro, otra a los de Juan Velázquez, alcalde mayor, i otra a los de Antonio Picado.

—I bien, señor, qué decis de este nuevo ultraje de los de Chile? preguntó el último al marques.

—Nada; dejadlos romper la baraja......han perdido i justo es que rabien.

Un dia, i a la hora en que tocaba en turno la capa al caballero Juan de Rada, entró este precipitadamente a donde estaban sus compañeros, i llamando por señas a los de mas confianza les dijo que echasen mano de sus espadas i lo siguiesen de cualquier modo.

Los caballeros por su parte le dijeron que les daba vergüenza salir en el estado en que se hallaban sus ropas; pero Juan les objetó que era precisamente para ir a una tienda donde se proveerian de todo a todo.

Los caballeros no creyeron, pero siguieron a Rada.

Apostólos este á la entrada de un verjel que planteaba Pizarro en los alrededores, i en el que se encontraba a la sazon, con advertencia de que acudiésen a cierta señal. En seguida se adelantó.

El marques podaba en aquel momento unos naranjos con su propia mano, i al ver adelantarse ácia él un personaje tan hostil como Rada, salióle al encuentro diciéndole:

—I qué venturoso dia es este en que al fin logro veros cerca de mí?

—La ventura, señor, no es vuestra sino mia, respondió el caballero con algo de brusquedad.

—Veamos, i por qué? dijo el Gobernador.

—Porque sé que habeis dado la órden para que maten al hijo del mariscal i a todos nosotros.

Pizarro no contestó, pero se rió mucho de la ocurrencia.

—Es para eso que andais comprando lanzas? insistió el de Rada.

—Yo no he comprado lanzas porque no necesito, pero sí sé que vosotros comprais corazas.

—De buena gana las compraríamos, pero nos estamos muriendo de hambre.

—Sí, pero es por vuestra voluntad.

—No os comprendo, marques.

—Sois tan orgullosos que no veis en mí al hombre sino al enemigo político.

—Esplicaos.

—Quiero decir que tanto Diego, como vos i demas de vuestro partido, pueden disponer de mi casa i de mi persona. Ménos adustez, i estamos corrientes.

—I la muerte del mariscal?

—Por desgracia fué una precipitacion de Hernando; i ya lo veis, la corte acaba de enviar un comisionado para juzgarme. Yo mismo no sé qué responder.

Habia tal sinceridad i grandeza en las frases de Pizarro, que Rada no pudo ménos de desarmarse. Habia ido allí con ánimo de matar al marques, i la espada se le caia de las manos.

—Será otra vez, murmuró aquel hombre de hierro i se despidió del Gobernador llevando en un canto de la histórica capa, unas naranjas cojidas por Pizarro mismo i mandadas de regalo al hijo del mariscal.

—¿Con que seremos amigos? preguntó Pizarro al alejarse Rada.

—Señor, eso lo veremos despues.

Pizarro se quedó contemplándolo un rato i luego esclamó:

—No hai que dudarlo: al fin se contentarán.

CAPITULO II.

EL 26 DE JUNIO DE 1541.

El dia estaba hermoso, i un sol de fuego mas elevado aún que las cumbres nevadas del Sorató, descargaba a plomo sus rayos de oro sobre la nueva ciudad de los Reyes, cuyo vecindario compuesto en su mayor parte de soldados españoles, oia devotamente la misa que se celebraba a la sazon en la iglesia catedral. La ancha plaza mayor estaba desierta, i un silencio raro se desataba en torno con toda la solemnidad del misterio.

Solo un hombre se veia asomado a un balcon del palacio gobernador. Era ese hombre alto i bien hecho, i su edad rayaba en los setenta i cinco años. Estaba envuelto en una capa negra, i llevaba un sombrero chambergo, blanco i con plumas. Ese hombre era el marques Francisco Pizarro.

De algun tiempo atras no concurria a ninguna ceremonia relijiosa, no precisamente porque su corazon se encontrase escaso de fe cris-

tiana, pues era bajo este punto un buen español, sino por cierto aviso funesto que habia recibido. Este aviso era el de que se trataba de asesinarlo al salir de la iglesia. Todos sabemos que Pizarro no era cobarde, i aun despues de que tuvo noticia de que se atentaba contra su vida, se le veía mui frecuentemente pasear por los alrededores de Lima, ya solo, ya acompañado de uno o dos pajes de tierna edad; pero si aquel dia se guardaba era mas por una indolencia inesplicable, que por un presentimiento de desgracia. I así era la verdad, porque el digno soldado de Cárlos V i el émulo de Hernan Cortes, tenia un corazon mas muerto a las palpitaciones del miedo que cualquiera de las rocas del mar del Sur.

Habíase levantado segun costumbre desde la hora del alba i pasado la mañana jugando a los dados con varios de sus amigos, mas por entretencion que por codicia, pues tenía él capricho de dejarse ganar grandes cantidades para servir a sus partidarios, evitándoles de esta suerte las humillaciones de un préstamo, o los azares de un apuro; hasta que, fastidiado e inquieto, se habia separado de la mesa e ido a un balcon a respirar las auras marinas, que empezaban ya a templar los calores del medio dia. Su vista de águila recorrió en un segundo todas las fábricas de la ciudad, ya bastante crecida, i una sonrisa de orgullo desplegó lijeramente sus labios, que no pudieron ménos de esclamar:

—Esto marcha.

El humilde estremeño, el pobre espósito a quien la historia se complace en dar una puerca

por ama de leche, se gloriaba al pensar que desde su cuna de fango se habia elevado hasta las rejiones del sol; que su espada se colocaba al lado de las de los mas grandes capitanes de la antigüedad; i que los tesoros de sus arcas valian cien vezes mas que los del Creso de los antiguos. Él era a la sazon marques, él sin padres ni solar conocido; él, Gobernador i capitan jeneral de un reino mas grande que todos los de Europa juntos; él, en fin, héroe de mil combates! Mas, preciso es que seamos justos, en la ocasion, nada de esto despertaba el sentimiento de la grandeza humana en el corazon de Pizarro; no, lo que lo llenaba por entónces era el placer que sentia al considerar lo mucho que adelantaba la ciudad de que era fundador, pues en el corto espacio de seis años, i en medio de los cuidados de la guerra, era, despues del Cuzco, la metrópoli mas considerable de la América austral. Como Pedro de Rusia, Pizarro en su vejez gustaba mas de construir un edificio que de ganar una batalla.

Miéntras que el marques se entretenia con el progreso material de Lima, el juego continuaba del lado adentro, aunque ya no con la majestad que solo le sabia imprimir él.

Los jugadores eran el alcalde mayor Velázquez, mui partidario del marques, el capitan Francisco Chávez, don Martin de Alcántara, hermano materno de Pizarro, i ocho o diez personas mas de la servidumbre de palacio, que hacian corro al rededor de la mesa.

—Malo está esto, dijo Chávez al arrastrar una parada de cien ducados de oro que le habia ganado al alcalde mayor, si seguimos tan flojos así, será mejor dejarlo.

—Ten en cuenta, capitan, que yo no puedo jugar tan recio como el marques, respondió algo picado el alcalde; ni que todos somos como Leguízano.

—I ¿quién era el tal Leguízano?

—Un soldado de caballería que perdió de una sola parada la efijie del sol, que era toda de oro macizo i que estaba incrustada en una estensa lámina del mismo metal.

—Cáspita!

—Eso se llama jugar el sol ántes de que amanezca!

—Eso os sorprende a vosotros, repuso Chávez que no queria darse por derrotado; pero a mí no. ¡No veis que estamos en la tierra del oro? Pedro Pizarro encontró una vez diez tablones de plata, cada uno de veinte piés de largo i uno de ancho.

—I no hace mucho, agregó Alcántara, que se ha encontrado en el patio de la casa de Antonio Altamirano un entierro de mas de nueve arrobas de oro!

—Cómo así?

—El caso no deja de ser singular. Galopaba no sé qué soldado su caballo en el patio de la casa, cuando se le hundió un casco: habia dado en la boca de un cántaro, i el cántaro estaba lleno de oro.

—Tambien dicen que el boticario Segobia acaba de encontrarse mas de setenta mil ducados, con los cuales piensa volverse bonitamente a la Península.

En este punto iba la conversacion cuando entró el marques a ponerle término con su presencia. I era ya tiempo porque la tal era para aturdir. Parecia un diálogo de hadas.

—Han salido de misa? Preguntó Alcántara a su hermano.

—Sí, díjole este, i le hizo señas para que lo siguiese a la pieza inmediata.

Alcántara lo siguió.

—Acabo de ver, díjole el marques al entrar, que han puesto una bandera blanca en la casa de Almagro ¿no crees tú que preparan algo *los de Chile*?

—No me parece, repuso Alcántara; pero si lo crees conveniente, voi a dar una vuelta por la ciudad.

—De ninguna manera. Quédate a mí lado, podrian tomar eso por una provocacion, i aunque no los temo, no quiero tomar ninguna iniciativa en este negocio.

—Me parece bien; aunque no seria del todo malo que mandases colgar a ese bribon de Juan de Rada.

—El ayo de Almagro?

—Sí.

—Ya tendremos tiempo para todo. Por ahora haz que abran las puertas de palacio, no crean les tenemos miedo; i dí que pongan la comida, pues son pasadas las doce.

Alcántara salió a evacuar sus comisiones i el marques volvió al salon donde estaban los jugadores.

Encontrábase este un poco desocupado, bien fuese porque algunos de los amigos de Pizarro se hubieran retirado a comer por ser la hora de las doce a la que acostumbraban hacerlo, bien porque el simple dicho del marques, *de que habian salido de misa* les hubiese despertado alguna sospecha.

Sirvióse la comida, la que fué frugal, porque Pizarro, a diferencia de sus compañeros de armas, no habia acrecentado sus vicios con la prosperidad, sino que ántes bien los habia reducido, si reduccion cabia en su abstinencia, hasta el punto que cumple a los hombres de elevada posicion. El servicio era de plata i oro, pues el conquistador habia encontrado bastante esplendente la alfareria inca, para introducir por lo pronto variacion en ella; por lo que Pizarro i sus tenientes bebian en las mismas copas en que años atras habian bebido Huayna Capac en Quito i Atahuallpa en Cajamarca; pero no bebian por cierto sora, esa bebida pesada i agria de los hijos del Sol, sino vino jeneroso de España.

—Escelente! Dijo Chávez, vaciando una bota de esquisito manchego ¿ cuánto os cuesta, marques?

—Trescientos ducados la arroba.

—Trescientos ducados!

—I aun es barato.

—Sí, barato agregó el alcalde mayor; pues aquí han subido las cosas a tal precio que nada debe escandalizarnos. Recuerdo que en dias pasados compré a Illen de Suárez un mulo por quinientos ducados.

—Vaya con el animalon! esclamó Chávez estupefacto.

—Nada de eso, es un mulo cualquiera, i lo mas célebre de todo es que lo tengo herrado de oro.

—Jesus!

—Haces bien, capitan de espantarte, pues es un capricho que ni a los reyes les ha pasa-

do por la cabeza ; pero qué quieres ? aquí no hai fierro.

—Creo que algo de eso hizo no sé que emperador romano.

—Calígula, que hacia servir espigas doradas a su caballo, repuso Velázquez con toda la pedanteria de un catedrático.

Pizarro se mordia los labios en silencio : el gran capitan no sabia leer ni escribir.

—Vamos ! camaradas, dijo el marques, ninguno de ustedes repara en que mi secretario Antonio Picado no ha asistido hoi a la comida...

—Cierto ! esclamaron todos a la vez.

—I yo creo, continuó Pizarro, que es porque tiene temor de que lo maten conmigo.

—No digais eso, marques, repuso Velázquez, pues miéntras yo lleve la vara de la justicia en la mano, no os sucederá daño alguno.

—Eso dices, alcalde, agregó el marques, porque ignoras lo que el clérigo Benao dijo anoche a Picado.

—I qué le dijo ?

—Que bajo el misterio de la confesion le habia revelado uno de *los de Chile* que hoi era el dia fijado para asesinarme.

—I vos que le respondísteis ?

—Que ese clérigo queria obispado.

Todos rieron con estrépito al oir la respuesta oportuna i ver la sangre fria del marques.

Como se ve, Pizarro, a semejanza de César, despreciaba los avisos que le daban acerca de su muerte. En el esceso de su valor, estos dos hombres llevaban su desprecio por la vida hasta la incredulidad.

Aun reian todavía los comensales del mar-

ques, de la especie relativa al clérigo, cuando entró un criado despavorido i gritando:

—Socorro! socorro! *los de Chile* vienen a matar al Gobernador!

CAPITULO III.

LA PALABRA DE VELÁZQUEZ.

Esa i no otra era la verdad del caso. Exasperados *los de Chile* con el horror de su suerte, hacia tiempo que conspiraban en secreto contra la vida del marques, en especialidad Rada, militar mui aguerrido, i sin disputa el partidario mas acérrimo de Almagro.

Preparado el golpe, *los de Chile* se reunièron el domingo de que venimos hablando en la casa del jóven Almagro, i esperaron a que Pizarro saliese a misa para quitarle la vida. Como hemos visto, el marques no salió, i de aquí tomaron pretesto los conjurados mas meticulosos para manifestar desconcierto, alegando que Pizarro no habia salido porque lo sabia todo, i que estaban perdidos. Viendo Rada prontas a desvanecerse sus esperanzas hizo presente a la reunion que si no llevaban adelante su plan, haria público el objeto con que estaban allí, lo que, espantando a los mas, les hizo abrir las puertas i lanzarse a la plaza gritando:

—Viva el Rei! Muera el tirano!

Este grito terrible, grito al cual se ha encendido siempre la hoguera popular i desmoronádose mil i mil imperios, atrajo una multitud curiosa que repetia sin entender:

—Van a matar al marques! Van a matar al secretario Picado! Pero multitud que no tuvo por conveniente oponerse al crímen, ora fuese

porque gustase del hecho, ora porque no estuviese de humor de andar a cuchilladas en dia de fiesta.

Entretanto los conjurados seguian avanzando.

Acia el medio de la plaza, como hubiese tropezado Gómez Pérez, uno de ellos, con un charco que habian formado las aguas, trató de evitarlo i fué detenido por Rada, quien le dijo:

Cómo! vamos a bañarnos en sangre i tienes asco a las aguas! Vuélvete, vuélvete mal español.

E incontinenti atravesó el charco con serenidad.

Gómez Pérez obedeció aquel mandato que lo alejaba del delito.

Este rasgo dice bien quién era Juan de Rada.

El palacio de Francisco Pizarro estaba en un estremo de la plaza, i para llegar a él era preciso atravesar dos patios, el primero de los cuales estaba defendido por una puerta ciclopea, capaz de resistir el empuje de cien hombres; mas esta puerta se encontraba abierta, segun la prevencion hecha por Pizarro a Martin Alcántara, despues de que vió izar la bandera blanca en la casa de Almagro.

Los conjurados, pues, hallaron libre el paso.

Es hecho raro en la historia de la conquista, i el cual no hace notar ningun historiador, el que Pizarro el dia de su traicion para apoderarse del inca Atahuallpa, hubiera hecho tambien izar una bandera blanca en señal de haber llegado el momento fatal. Estos señores siempre asesinaban bajo la insignia de la paz. Si es una coincidencia de la suerte, es bien estraña a la verdad; si es una prevencion del cielo, respetemos sus misterios!

El grito de socorro del criado de Pizarro penetró en los oídos de los circunstantes con toda la agonía de la situacion.

—Con que era cierto! esclamó Pizarro, i fué en busca de sus armas.

El capitan Francisco Chávez se lanzó a la escalera con la espada desnuda, pero en el momento fué atravesado de una estocada i cayó muerto. Los conjurados penetraron a la antesala gritando:

—Dónde está el tirano? Muera el marques!

Martin de Alcántara que estaba ayudando a poner la coraza a Pizarro, salió en el instante dejando al marques que se armase como pudiera, i acompañado de dos caballeros de servicio i algunos pajes, bien pronto tendió a sus piés dos de los conjurados; empero el número era superior i ya bambaleaba trastornado por sus muchas heridas.

Abrióse en aquel momento la puerta del salon i apareció Pizarro. Era ya tiempo: Alcántara acababa de caer.

El cadáver de su hermano i el olor de la sangre dilataron de enojo i de valor el corazon del héroe estremeño: todavía el viejo leon gustaba de las batallas.

—Cómo, traidores! esclamó; venis a asesinarme en mi propia casa? i tirando un furibundo mandoble echó por tierra muertos dos de los que mas cerca tenia.

Los conjurados retrocedieron espantados a la vista de aquel Hércules de la Edad media.

—Qué tardanza es esta? gritó Rada enfurecido al ver que la lucha se prolongaba de una manera alarmante, i empujando sobre Pizarro

a Narváez, uno de sus compañeros, reciobiólo el marques en la punta de su espada ; pero ántes de que pudiera sacarla del cuerpo de su víctima, le traspasaron la garganta de una estocada, pues en su deseo de salir pronto al combate habia desistido de armarse. Diez espadas le traspasaron en un punto mismo el corazon.

Pizarro al caer trazó con su sangre una cruz en el suelo i la besó. Una lágrima de arrepentimiento habia humedecido sus ojos.

El conjurado Borregan, no contento con ver el cadáver del ínclito guerrero hecho jirones como su capa, único escudo en aquella lucha desigual, tomó de encima de la mesa donde acababa de hacer su última comida el marques, una jarra de plata, la misma en que momentos ántes habia estado bebiendo con sus amigos por la salud del país, i la estrelló contra su cráneo, blanco por la edad. ¡ Qué cierto es que en todas estas escenas solemnes hai siempre una alma vil, que con sus hechos engrandezca a los tiranos en sus postreras agonías, despertando en las jeneraciones futuras el dulce respeto de la compasion !

Consumado el crímen, los conjurados pasearon por las calles de la ciudad al jóven Almagro, montado en un hermoso caballo andaluz i ricamente vestido. En seguida fué proclamado a son de trompetas Gobernador i Capitan jeneral del Perú.

En pro de la historia i justicia altamente merecida, debemos decir que el alcalde mayor Velázquez cumplió estrictamente la palabra dada a Pizarro, de que nada le sucederia miéntras él llevase la vara de la justicia en la mano ;

pues habiéndose escondido desde el primer momento de la refriega, tuvo el tino de descolgarse por una ventana al jardin del palacio; mas como le estorbase para efectuarlo, la insignia de su augusto empleo, se la puso en la boca i la sujetó con los labios; i fué precisamente en aquel momento desgraciado, que el héroe español cayó a tierra herido de muerte por la mano de los conspiradores.

Los ensangrentados cuerpos de Pizarro, Alcántara, Chávez i demas fieles partidarios del gran capitan, que le habian servido hasta dar su vida en defensa suya, quedaron largo rato tirados por el suelo, sin que hubiese una mano piadosa que los recojiese; i no faltó quien propusiera al nuevo mandatario que los hiciese colgar de una escarpia en la plaza pública. Proposicion que fué rechazada con indignacion; lo que no es de estrañarse porque Almagro era mui jóven todavía, i el hombre jóven está tan distante de la maldad como el viejo de la virtud, cuando lo devora la ambicion. En el primero es noble, en el segundo infame.

Cerca del anochecer entraron en la horrorosa pieza Juan de Barbarán i su mujer, antiguos criados del marques, i despues de lavarle el rostro i las manos, le vistieron el hábito de Santiago, a cuya órden pertenecia; mas con tanta premura, que no alcanzaron a calzarle las espuelas, segun estilo. Hecho esto, lo envolvieron a él i a su hermano Alcántara en unas sábanas de algodon, i los trasladaron a la iglesia catedral con el mayor sijilo, donde fueron enterrados en el rincon mas oscuro.

Es indudable que en esto los conspiradores

no fueron tan galantes como los Pizarros; ya hemos dicho en otra parte que Francisco asistió de riguroso luto a los funerales de Atahuallpa, i Hernando hizo lo mismo con Almagro el viejo, despues de haberle hecho dar garrote en su misma prision. Los asesinos estaban en el caso de una estricta reciprocidad.

Años despues, cuando ya el trascurso del tiempo habia barrido como un huracan la memoria de los crímenes de los héroes de la conquista, i no se destacaban en el horizonte del tiempo mas que sus proezas inauditas, los restos del marques fueron encerrados en una caja forrada de terciopelo morado con pasamanos de oro. La España siempre se ha distinguido por la justicia tardía que ha hecho a sus grandes hombres!

CONCLUSION.

Tal fué el fin de los tres socios que concibieron i llevaron a cabo la obra mas estupenda que han visto los siglos.

Hernando, despues de haber esplotado por mas de un año las canteras de plata del Potosí, pasó a España por Méjico, lleno de vanidad i de millones; pero Diego de Alvarado, amigo íntimo de Diego de Almagro, a quien aconsejó que dejase por su heredero al Rei, le habia precedido en la corte, entónces residente en Valladolid, como portador de la infausta nueva i del astuto legado. Hernando fué perseguido pues por las autoridades, quienes no pararon hasta encerrarlo en la fortaleza de Medina del Campo, donde permaneció por el largo espacio de

veinte años. Puesto en libertad despues de este tiempo, vivió pobre, solo i desengaño por otros veinte mas, pues no entregó su alma a Dios i su cuerpo a la tierra sino hasta la edad de un siglo.

Si no fué el último de su raza, sí fué el último de su jeneracion.

Gonzalo pasó a la conquista de las Amazonas, en la que empleó dos años, i luego volvió al Perú en busca de una gloria mejor. Sus hazañas en esta época de su vida serán el tema de un libro que publicaremos despues.

Candia i Florazul se encontraron mas de una vez sobre el sepulcro del Gobernador. En el rostro del primero estaba pintada la conformidad del filósofo; en el de la segunda el desconsuelo de la mujer.

Manco sostuvo la guerra por muchos años aún, pero la victoria se cuidó bien de no engalanar su frente con nuevos laureles.

Frai Vicente Valverde pagó su fanatismo i su odio a los indios muriendo a manos de estos mismos, mártir de su exajeracion.

Como nuestra historia no está concluida sino aplazada, en *Jilma, o continuacion de los Pizarros,* daremos cuenta de los personajes que faltan.

FIN.

ÍNDICE.

PARTE PRIMERA.

		Pág.
CAP. I	—Los dos amigos	3
CAP. II	—El maestrescuela	8
CAP. III	—Lucha titánica	13
CAP. IV	—Avaricia	20
CAP. V	—Pizarro &.ª Almagro i compañía de Panamá	24
CAP. VI	—Maese Jines	29
CAP. VII	—Oratoria sagrada	34
CAP. VIII	—Oratoria política	39
CAP. IX	—Quinto, capital i mitad	47
CAP. X	—La mar	53
CAP. XI	—Fiebre i borrascas	60
CAP. XII	—Vision de Jines	67
CAP. XIII	—El puerto del hambre	73
CAP. XIV	—Los antropófagos	79
CAP. XV	—El presente conyugal	84
CAP. XVI	—Donde el autor deja a Prescott el cuidado de hablar por él	88
CAP. XVII	—El capitan don Juan Francisco Martin Fernández de Loreto	94
CAP. XVIII	—La audiencia	101
CAP. XIX	—Primera liquidacion de la compañía	108
CAP. XX	—El ovillo de hilo	116
CAP. XXI	—La carta	123
CAP. XXII	—Entereza de Pizarro	130
CAP. XXIII	—La Gorgona	136
CAP. XXIV	—El desafío	141
CAP. XXV	—Don Pedro de los Rios	148
CAP. XXVI	—Túmbez	153

Cap. XXVII —Florazul........................ 160
Cap. XXVIII—Jines especula i Pizarro se enamora........................ 165
Cap. XXIX —Última conferencia........... 170

PARTE SEGUNDA.

Cap. I —Recibim.to de Pizarro en España. 176
Cap. II —Temores a que se ven espuestas algunas ciudades............. 182
Cap. III —Donde se trata de tiburones i corvinas 188
Cap. IV —Qué tal noche?............... 194
Cap. V —Historia de Alí, el domador.... 199
Cap. VI —Soliloquio. 205
Cap. VII —La santa hermandad.......... 212
Cap. VIII —Vuelvá U. mañana............. 219
Cap. IX —En que se continúa el anterior. 227
Cap. X —Los cabellos rubios............ 237
Cap. XI —En donde se ve que si Candia hubiera escuchado, habria variado de opinion con respecto a algunos reyes.......................... 243
Cap. XII —Una ojeada a nuestros amigos de ultramar.................. 251
Cap. XIII —Opiniones auríferas de Candia.. 258
Cap. XIV —En donde se ve que, damas i caballeros, clérigos i emperador, todos lloraron.................. 264
Cap. XV —Cortes i Pizarro............... 270
Cap. XVI —Último golpe de Candia....... 276
Cap. XVII —Hambre i conformidad......... 283
Cap. XVIII —Amor fraternal.................. 290
Cap. XIX —Silenciosa coronacion de Jines. 295
Cap. XX —Verdadera grandeza de alma... 302

PARTE TERCERA.

Cap. I —Primera brutalidad de Hernando 310
Cap. II —Ocurrencia de frai Rejinaldo.... 316
Cap. III —El embajador................ 322
Cap. IV —La isla Puná................ 328
Cap. V —La fuga.................... 335
Cap. VI —Las huellas de Florazul........ 342
Cap. VII —El hombre de la cicatriz....... 349
Cap. VIII —El ánjel caído................ 357
Cap. IX —* * * 367
Cap. X —Miscelánea.................. 367
Cap. XI —El Rodin de barro............. 373
Cap. XII —La fantasma................... 380
Cap. XIII —Toparca..................... 388
Cap. XIV —El sueño de la juventud........ 394
Cap. XV —El consejo de familia.......... 401
Cap. XVI —En donde los capitanes se olvidan de las armas i tratan de teolojía. 407
Cap. XVII —En donde se trata del reverso del anterior.. 413
Cap. XVIII —El bautismo i la pira.......... 418
Cap. XIX —El Cuzco.................... 428
Cap. XX —La cima de las flores.......... 436
Cap. XXI —Heroica resolucion de Manco... 445
Cap. XXII —La primera emocion de amor... 451
Cap. XXIII —Segunda brutalid.d de Hernando. .457
Cap. XXIV —La mañana del virei.......... 465
Cap. XXV —Candia se rasca la cabeza —Jinia interpreta.................... 470
Cap. XXVI —Quince años ántes............. 476
Cap. XXVII —El idiota..................... 481
Cap. XXVIII —El sitio – primera jornada...... 488
Cap. XXIX —El sitio – segunda jornada...... 495

Cap. XXX —El sitio-tercera jornada...... 501
Cap. XXXI —El sitio-última jornada...... 508
Cap. XXXII —Cosas de jóvenes............. 514
Cap. XXXIII—Deuda pagada................,520
Cap. XXXIV—El rei i Pizarro, el rei i Almagro. 525
Cap. XXXV —Última brutalidad de Hernando. 531

EPILOGO.

Cap. I —Las fechas.................... 538
Cap. II —El 26 de junio de 1541.......... 542
Cap. III —La palabra de Velázquez....... 550
Conclusion............................ 555

3

JILMA

O

CONTINUACION

DE

LOS PIZARROS.

NOVELA ORIJINAL

POR

FELIPE PEREZ.



BOGOTA.

IMPRENTA DE OVALLES I C.ª

1858.

JILMA.



CAPITULO I.

COMO SE FUNDA UN GOBIERNO.

Grande era la muchedumbre de jente que estuvo todo el domingo 26 de junio de 1541 en la plaza de Lima, frente por frente del palacio de su Gobernador.

Pintábase el asombro en sus rostros curiosos, i nadie se atrevía a proferir una palabra siquiera. Qué acontecía pues?

Lo que acontecía era que los de Chile acababan de asesinar al marques Francisco Pizarro, i todo el mundo callaba ante semejante temeridad.

Mas ¿qué decir ni qué intentar, si el héroe de aquel acontecimiento sombrío, Diego de Almagro, el jóven, era paseado en triunfo por las calles de la ciudad casi por todos los militares de Lima, i hubiera bastado solo alzar un poco la voz para caer muerto de una estocada o de un arcabuzaso?

Por otra parte, el pueblo no veía en el asesinato del marques mas que un acontecimiento natural, aunque algo retardado, pues todos los caballeros de la conquista habian muerto de la misma manera.

Nadie pues se levantó para protestar contra hecho semejante, i cuando la comitiva que, con Almagro a la cabeza, lo proclamaba jefe del imperio, llegó a la plaza principal, todo el mundo unió sus víctores a los de los soldados i a los de Rada, jefe i director de aquella partida de sangre.

Así pasó el dia. Durante la noche hubo iluminaciones i orjías, i el sol siguiente no volvió sobre la ciudad sino para presenciar escándalos i muertes.

La segunda víctima de los conspiradores fué Antonio Picado, célebre secretario del marques, que, acusado de guardar los tesoros de este, fué puesto en tormento por los de Chile para que denunciara su paradero. Picado no sabia nada, o no qüiso decir, i la horca fué el resultado de su silencio.

Sucedíase a esto el espanto mas grande en toda la ciudad, i no hubo vecino que no se apresurase a rendir homenaje al poder naciente, cuyo pedestal no parecía ser sino de cadáveres.

Como hemos dicho en otra parte, los de Chile estaban en la mayor miseria cuando resolvieron llevar adelante su idea de matar al marques i de alzarse con el Perú; dueños ahora de la capital, fué su primer paso el poner en prisiones a todos los parciales de los Pizarros, despojándoles de sus repartimientos, armas i caballos, en lo que diéronse tal arte i tal prisa, que a los pocos dias, no mas, ya la corte del nuevo Gobernador era la mas lucida del imperio.

Al hambre i a la desnudez pasadas sucedíanse ahora el lujo i la abundancia mas esquisitos, i por la capa aquella de los trece caballeros de Rada, tenía ahora trece capas cada uno. Usaban armas costosísimas, i sus caballos i sus plumas eran de los mejores del levante.

Almagro se embriagaba de gozo al contemplarse señor i soberano de un imperio tan vasto i poderoso como el de los incas, i su sonrisa era de doble orgullo i altivez al pensar que, cuando mas, frisaria entónces en los veinte i dos años de edad!

Empero, una gran desgracia vino a turbar la hermosa serenidad de estos pensamientos, i fué esta desgracia la

muerte casi repentina del caballero Juan de Rada, Nestor de los de Chile, i consejero poderoso del jóven rei.

Rada terminaba víctima de los años i de los últimos tristes achaques de su vida; pero nada era comparable al vacío hondo que dejaba entre sus partidarios, acostumbrados a verse guiar por él a los peligros i a la gloria.

El dolor de los primeros dias fué un dolor abrumante, pero bien pronto sacólos Almagro de su abatimiento diciéndoles:

— No parece sino que hubiera sido yo el muerto. Ánimo, señores, que yo tambien conozco mi deber.

Seis dias despues levantó bandera para el Cuzco seguido de cien caballos i trescientos infantes.

El héroe-niño sabia mui bien calzarse las espuelas i ceñirse la espada.

La muerte de Rada dejaba al lado de Almagro un hueco poderoso que todos los oficiales quisieron llenar. Ese hueco, decian ellos, es el de la privanza del jefe; ocuparlo es poseer el imperio.

Ellos se equivocaban sin duda, pues, no obstante su juventud, Almagro valía mas que todos sus oficiales juntos, i su estrella lo estaba poniendo en camino de ser un Escipion o un Anníbal.

Con todo, entre los que aspiraban a la privanza no tardaron en hacerse notables Cristóbal de Sotelo i García de Alvarado. Sotelo era capitan en la batalla de Salinas, tristemente desgraciada para el padre del héroe; Alvarado, por su parte, habia sido en otro tiempo teniente de Trujillo, en América.

Tal vez por mero capricho, o tal vez porque las prendas personales de Sotelo fuesen mejores que las de García, Almagro dió en distinguirlo desde el principio, i lo mandó al Cuzco en descubierta para que le preparase

la opinion de la ciudad, e hiciera de su bando a todos los hombres de armas que encontrara a su paso.

Favoreció la suerte a Sotelo, i redujo la ciudad fácilmente, teniendo a la llegada de Almagro grande acopio de armas, dinero i vestidos. Tal suceso no pudo ménos de herir el orgullo de García, i esto hasta tal punto, que una mañana, estando en la plaza principal rodeado de varios amigos, se cambiaron algunas palabras de descontento, i García se fué sobre Sotelo i le atravesó el pecho con su daga.

Los circunstantes echaron mano a las espadas i todo hacía temer una conflagracion espantosa, cuando apareció Almagro en medio del tumulto, i con su voz i sus consejos logró calmarlo todo.

La insolencia de García creció en público con este suceso, mas en privado no dejaba de traerlo cuidadoso el ceño de su jóven capitan i sus palabras de resfrio i alejamiento.

Pasáronse así algunos dias, i las cosas iban para García de mal en peor, hasta que teniendo una conferencia con sus amigos, convino en que lo mas urjente era matar al hijo del mariscal, i proclamarse él Gobernador del Perú.

El plan era arriesgado, pero obrando con algo de actividad todo se conciliaba

Dispúsose, en consecuencia, un banquete suntuoso en casa de García, al cual se convidó a Almagro con muchas instancias i súplicas, protestándole que el objeto del obsequiante no era otro que el de confesar su culpa i pedirle público perdon.

Almagro dijo simplemente que asistiría, i pasóse a esperar con ánsia el dia fijado para la comida.

Al fin llegó este, i todos los convidados concurrieron puntuales a la casa de García, escepto Almagro, quien se hizo esperar hasta pasadas las dos. Viendo que no

venía, mandóle García un atento recado, recordándole su promesa, i diciéndole que solo faltaba él para servir la comida. Contestó a esto Almagro que estaba indispuesto, i que no podía concurrir.

Viendo García por el suelo su plan, salió en persona con algunos amigos i se dirijió al palacio del jóven. Encontrólo efectivamente recostado en la cama, pero puesta la cota i ceñidas al cinto espada i daga.

— Levántese, vuesa señoria, dijo el privado, que no ha de ser grave la indisposicion, i nosotros tendremos a grande honor su compañía.

— Bien, dijo Almagro levantándose, i pidió su capa para seguirlo.

Los acompañantes de García, dando la cosa por hecha, empezaron a salir de la pieza, mas avanzándose en aquel punto Pedro de Oñete, oficial de Almagro, dió de mano a la puerta que era de golpe, i la cerró diciendo a García:

— Sed preso, señor.

— Preso no, sino muerto, dijo en aquel punto el hijo del mariscal, i echando mano por la espada se la dejó clavada en el corazon.

Atumultuóse la jente del Cuzco con tal noticia, i todos fueron al pié de palacio a gritar venganza; pero el jóven Almagro no era hombre a quien pudiesen avasallar las voces de una multitud ignorante i salvaje. Salió, pues, al balcon llevando en la mano la espada aún ensangrentada con que habia dado muerte a García, i alzándola en alto esclamó:

— Esta es, españoles, el arma que ha ejecutado la muerte que tanto reprobais. Pero sabed que García era asesino i traidor: habia matado a Sotelo i conspiraba contra mí. En adelante ese, i no otro, será el premio de sus imitadores.

En seguida se entró a su habitacion, i los amotinados se retiraron de la plaza vacilantes i abochornados.

Tal fué el primer acto de Gobierno del jóven usurpador. El pueblo lo encontró valiente, i lo respetó. Eso era lo bastante por el momento.

CAPITULO II.

EL ORO I LA FUERZA.

Como hemos dicho atras, Almagro no tenía mas que veintidos años i se encontraba completamente solo. Su padre había muerto a manos de Hernando Pizarro, i su madre era apénas una pobre mujer, que tenía un gran corazon para quererlo, pero una cabeza mui pequeña para aconsejarlo.

I amigos? por lo que es amigos tampoco los tenia Almagro. Aquella no era una edad propia para cultivar relaciones amistosas, i los aventureros americanos sabian poco de Pílades i Oréstes, Castor i Pólux.

Qué debía hacer pues tan jóven, dueño de un país tan vasto como el Perú, i rodeado de soldados feroces i amenazantes? Nada mas que ser fuerte, i Almagro lo fué hasta la temeridad.

Con Rada i Sotelo habría podido hacer mucho, el valor de ámbos i el consejo del primero eran cosas de mucho precio en las circunstancias en que él se hallaba; pero de lo que no era posible, Almagro no hablaba siquiera.

Concentróse pues, i resuelto a marchar siempre adelante en el camino de su prosperidad, aumentó sus guerreros e hizo esfuerzos por ponerse en un pié respetable de defensa.

Faltábanle, empero, dos cosas indispensables: oro i ajentes.

En cuanto al oro, imajinó un empréstito jeneral; i en cuanto a los ajentes, a fuerza de pensar i pensar, vino al fin a acordarse de cierto sujeto mui apropósito para los negocios, i que vivía por entónces, triste i solo, en uno de los mas apartados barrios del Cuzco.

El recuerdo de este hombre hizo estremecer a Almagro de alegría.

Mandó pues en su busca.

Impacientábase ya el jóven con la tardanza del personaje, cuando se notó un ruido lijero en la antecámara, i un hombre alto, pálido i cano pasó adelante.

— Con que al fin? preguntó el virei lleno de dulce satisfaccion.

— Perdonad, dijo el desconocido, pero me ha costado trabajo el convencerme de que ciertamente me mandaseis llamar.

— I por qué?

— Porque creí que mi nombre fuese ya una cosa olvidada en el Perú.

— Todo lo contrario; habeis desempeñado en el drama de la conquista uno de esos papeles que no se olvidan jamas.

— Lo creeis así, i os doi las gracias, señor.

— Pero ahora sí lo creereis sin trabajo, repuso el jóven con una de esas sonrisas fascinadoras, peculiares solo de Luis XIV o Richelieu.

El solicitado nada contestó.

— Pero sentaos, agregó Almagro despues de un poco de silencio, durante el cual no habia sabido cómo esplicarse el de mal agüero de su interlocutor.

Este obedeció con un aire de familiaridad tal, que probaba bien que no era la vez primera que se encontraba en la presencia de los grandes.

El hijo del mariscal continuó de pié, i al rato no mas se puso a pasear por el salon como hombre que no

sabe por donde empezar, pero que tiene que luchar i vencer.

El visitante llevaba entretanto su mirada triste en torno de la estancia, como si recuerdos lejanos viniesen a despertar en su mente mil i mil ideas melancólicas.

— Sufris, señor? díjole al fin el usurpador, estais mui pálido....decidme qué os molesta?

—Nada, señor. Acabo simplemente de tener un recuerdo. Estamos en la estancia en que el difunto marques Francisco Pizarro dió audiencia pública a Manco, el postrero de los incas, i a su esposa Azucena; i pienso en que toda esa juventud i esa hermosura que se hallaron aquí reunidas, han desaparecido ya, i para siempre. Figuraos, señor, continúo el desconocido cada vez mas inmutado i sombrío; figuraos que aquí estaban ese dia el marques, Juan i Gonzalo Pizarro, vuestro padre, que entró al fin de la ceremonia, Orgóñez, Huallpa, Lerma i tantos otros, así españoles como peruanos, de quienes no queda ya sino una vaga memoria sobre la tierra!

Almagro nada observó, i la conferencia quedó interrumpida por algunos segundos.

Desde los acontecimientos de que hablaba el solicitado, hasta entónces solo habian pasado unos seis años, i él, que era en esa época (1536) un fuerte i gallardo soldado, tenía ahora todo el aspecto de un sexajenario. Se habia enflaquecido un tanto, i su nariz griega i su corte de cara cervantino i caballeresco, resaltando sobre su gola de encajes de Europa, le daba el aspecto de uno de esos cuadros antiguos en que los pintores de la escuela flamenca nos dan el retrato de Cárlos V o de su hijo don Juan.

— I bien, señor, dijo Almagro el primero, apartemos de nosotros esos recuerdos ciertamente mas que dolorosos, i hablemos de las cosas del dia.

— Perdonadme, señor, pero retirado a la vida privada hace tanto tiempo, mal podria seguiros en el laberinto de unos sucesos que no conozco, o que, por lo ménos, conozco mal porque los conozco de oidas.

— Perdonadme, observó el jóven, pero creo descubrir en vos cierta repugnancia a que seamos amigos.

— Mal pudiera abrigar esa repugnancia, señor, cuando casi puede decirse que os ví nacer, i cuando os he tenido en mis brazos en ocasiones diversas.

— Entónces por qué ese despego i ese apartamiento?

— Eso no es con vos solo, señor. Próximo a bajar al sepulcro, el mundo no es para mí mas que un desierto.

— Sí, pero en los desiertos suelen encontrarse tambien palmeras hermosas i fuentes tranquilas que nos hacen sonreir.

— Es que yo no tengo ya fuerzas ni para eso.

— No, lo que no teneis es voluntad.

— Fuerza o voluntad, el efecto es el mismo.

— Quiere decir que me he engañado en mis esperanzas?

— Qué esperanzas, señor? preguntó el desconocido haciéndose el sandio, aunque leía en el alma del jóven como pudiera en un libro abierto.

— Las de haceros entrar en mi servicio. La tradicion se hace mil lenguas de vos respecto a los grandes servicios que prestásteis al difunto marques.

— Mal podeis creer en eso, señor, repuso el desconocido con acento amarguísimo, cuando el marques me apartó de su lado mucho ántes de su muerte, entregando mi nombre a la deshonra i mi cuerpo a la necesidad.

— Eso probaría cuando mas la ingratitud de los hombres.

— Pueda que sí, pero en tal caso no seria nada cuerdo de mi parte provocarla de nuevo.

— Pero es que hoi las circunstancias no son las mismas.

— Eso oigo decir todos los dias i por donde quiera que voi, pero es el hecho que todos los dias se repiten las mismas escenas i los mismos escándalos.

— Bien, dejémoslo ahí, i decidme francamente si quereis entrar en mi servicio, o no.

— El jóven capitan olvida seguramente que nunca fuí de los de su bando.

— Es que yo no he tenido bando jamas.

— Bien.... quiere decir que vuestro padre.

— Señor, hoi se abre una nueva era para el Perú, i esa era nada tiene que ver con las disensiones pasadas.

— Perdonadme, señor, pero yo pertenezco todo al pasado.

— Sereis mi segundo.

— Buscad un hombre mas jóven, mas leal i mas entendido que yo.

— No parece sino que estuviérais peleado con el jénero humano.

— Ni peleado ni amistado, señor.

— Rehusais?

— Rehuso.

— Pensadlo bien, no sea que os pese luego.

— A mí ya no me pesa nada, señor.

— Es que el que os brinde mi cariño no quiere decir que os escude de mi cólera.

— Señor, respeto el uno como la otra; pero si es verdad que me estimais, dejadme en el retiro de mi habitacion.

— Ah! comprendo ahora, esclamó el jóven con una sonrisa de horror, rehusais porque creeis mi causa demasiado perdida....

— A decir verdad, nada he pensado sobre ella; pero

si lo hubiera hecho, creo que no la encontraria perdida, sino injusta.

—Decid lo que querais, dijo Almagro poniéndose sério, i terminemos ya esta entrevista inútil.

El desconocido se paró.

—Paz o guerra, señor? volvió a preguntar el jóven como con un resto de esperanza.

—Ni paz ni guerra: absoluta neutralidad.

—Os esplicais como de potencia a potencia, observó Almagro picado hasta la vanidad.

—Oh! no, nunca, señor; me he espresado entónces mal: os decía que no valgo ya para nada.

—Parece que nos hemos entendido.

—Creo haber tenido ese honor.

—Empero, concededme un último favor, dijo el jóven haciendo un último esfuerzo tambien.

—Decid?

—Si me negais vuestra amistad política, concededme al ménos la privada.

—Oh! señor, eso es favorecerme demasiado.

—Es decir....

—Es decir que os la concedo con todo mi corazon.

—Bien, dadme al punto una prueba.

—Exijidla.

—Si no me engaño, dijísteis ahora poco que estábais pobre.

—No me opongo.

—Hacedme pues la gracia de aceptar una pension del tesoro.

—Me es completamente inútil, señor.

—Siempre el orgullo....articuló Almagro con suprema galantería.

—Perdonad, pero hoi, léjos de ser pobre, poseo dos millones en numerario.

—Dos millones?

— Fuera de algunas joyas.

Es claro que si Almagro no hubiera sabido con quien se las estaba viendo, hubiera prorrumpido en un desahogo de hilaridad; díjole pues:

— Sois entónces poderoso.

— Para espresarme en el lenguaje del mundo, he tenido la fortuna de heredar a un hermano sacerdote, que murió hace ocho dias; él es quien me ha dejadó esa suma enorme.

— No sabia que hubiese muerto ningun eclesiástico.

— No fué aquí, señor, sino en las misiones; su nombre era frai *Modesto*, de la órden de predicadores.

— I habia reunido dos millones de pesos?

— No, él de suyo no tenia nada, i esa fortuna era mas bien un secreto que una adquisicion.

En seguida se separaron. El millonario salió de palacio cabizbajo i sin voltear la vista a un lado ni a otro; no parecía sino que la presencia de aquellos lugares lo atormentaba profundamente. Almagro por su parte se acercó a un balcon para verlo salir, i cuando ya lo perdió de vista esclamó:

— Ai! i cómo ha cambiado Candia! podríase jurar que era otro hombre!....con todo es indispensable que yo me haga a él....él es el único que puede salvarme.... él es el oro i la fuerza!

CAPITULO III.

LOS ÉSTASIS DE CANDIA.

Candia, pues ciertamente no era otro el que acababa de salir de la casa del usurpador, fuese directamente a la suya, sin tocar con ninguna persona de las muchas que poblaban el tránsito.

Cuando llegó a ella tiró su capa i su sombrero sobre una mesa, i se puso a pasear de largo a largo de la sala.

Parábase inquieto de cuando, en cuando i enjugándose el rostro que lo tenía ajitado, decía:

—No, es imposible. He jurado no volver a servir a los hombres, i debo cumplir mi juramento....Por otra parte, el jóven me interesa, i quién sabe lo que hiciéramos juntos....pero no: estoi ya viejo, descansemos.

En seguida llamó.

—Qué mandais, señor? dijo Perico presentándose.

—Tráeme vino, i no recibas a ninguno de los que solicitaren por mí.

Perico salió, pero fué para volver en el instante con una bota de superior manchego.

El vaso en que acostumbraba Candia a beber estaba sobre la mesa, por lo que Perico no tuvo mas que retirarse dando un prolongado suspiro.

—Vamos, Perico, i por qué suspiras? preguntóle Candia casi con paternal interes.

—Señor, porque no me gusta que bebais vino.

—Qué no te gusta! i por qué?

—Porque es señal de que estais triste.

—Triste? no, Perico; yo no estoi triste nunca, dijo Candia con una voz ahogada casi por las lágrimas.

Perico meneó la cabeza con incredulidad; despues dijo:

—Por qué bebeis, pues?

—Porque algo he de hacer.

—Otras veces os entreteneis en leer, o en escribir, ¿por qué no haceis hoi lo mismo?

—Porque ya me cansan esos ejercicios.

—Montad, pues, a caballo, salid al campo, pasead.

—Perico, es probable que en adelante siga tus consejos; por hoi me es imposible.

—Señor, si supierais todas las cosas que decis cuando tomais vino....oh! estoi seguro que no lo tomaríais mas.

—Veamos, i qué digo?

Perico, en vez de contestar, se puso colorado.

—Vamos, insistió Candia, quiero que me digas algunas cosas de las que tanto parecen escandalizarte.

—Oh! no digo yo eso.

—Pero yo lo adivinó; acabemos.

—Pues, señor, hablais de la córte.

—Ah! comprendo esclamó Candia, riendo a mas no poder; la córte siempre lo escandaliza a uno, esté o no borracho.

—Pero es que yo no digo que el señor se ponga borracho, observó Perico todo azorado.

—No, tú no has dicho eso, pero yo lo sé.

—Señor....

—Deja eso, Perico, i sigue. Bien ¿i qué es lo que digo de la córte?

—En primer lugar, hablais del rei.

—I en segundo?

—De una tal doña Sol, su favorita.

—Como favorita? preguntó Candia haciéndose el tonto, no veis que el rei es casado?

—Ya veis que yo tengo razon en que no tomeis vino....

—Sigue, Perico, que nadie hace caso de los ébrios.

—Es que....

—Sí, estamos entendidos: tú no has dicho que yo me pongo ébrio, pero yo sé que sí me pongo, i esto basta al asunto.

—Tambien mezclais en vuestros soliloquios al difunto marques Pizarro.

—I no mas?

—I al padre del jóven Gobernador.

—I?

—I a esa señora que suele venir aquí de cuando en cuando con el rostro velado, i que está aquí actualmente.

— A ella tambien?
— Sí, señor.
— I qué digo de ella?
— Ah! por lo que es de ella, siempre bien.
— Es decir que de los otros no?
— A veces no, señor.
— Vamos! i de quién otro hablo bien?
— Del inca Manco: decis que es un bravo militar.
— I no mas?
— Del caballero Gonzalo Pizarro.
— Como que estoi viendo que no soi tan maldiciente como piensas.
— Señor, yo no he dicho eso.
— Cierto que no lo has dicho. I de quiénes hablo mal?
— Del marques.
— No, Perico, yo nunca hablo mal del marques! esclamó Candia indignado porque tal cosa fuese cierta.
— Perdonad, pero os he oido decir que era....
— Qué?
— Un ingrato.
— I no mas?
— Tambien soleis decir....
— Qué es lo que tambien suelo decir?
— Que lo perdió la soberbia, pues que si vos hubiérais estado con él a la mesa el 20 de junio de 1541, no lo habrían muerto como a una bestia feroz.
— I esas te parecen cosas malas?
— Pues....
— Bien, por ahora déjame, que ya trataré de correjirme en lo sucesivo.
Perico se alejó.
— Vaya! dijo Candia luego que se encontró solo, ignoraba que me hubiese vuelto tan conversador como

dice ese infeliz de Perico; pero ello es verdad que de mi pobre hermano Alí no he dicho nada....

En seguida echó doble vuelta a la llave de la entrada para que nadie pudiera oirlo si era cierto que hablaba, i acercándose a la mesa, cojió la bota, llenó su vaso hasta el borde i se lo bebió de un solo trago.

Tomó luego su capa negra de campaña i se envolvió en ella diciendo:

— Vamos a soñar.

I Candia soñaba en efecto. Al primer vaso de vino sucedíase otro i otro, hasta que quedaba sumido en la mas completa beodez.

— Mas, las borracheras de Candia eran unas borracheras sublimes si podemos espresarnos así. Con ellas le volvian su juventud i sus fuerzas, i todo el panorama brillante de su vida, desde su resolucion de seguir a Pizarro en la conquista del Perú hasta su caida en Mala, pasaba por delante de sus ojos como una vision de flores o de estrellas. Su romántica busca de Florazul en los bosques i pampas de Panamá; su heroica persecucion a Manjarres, a quien habia estado a punto de matar sin sospechar siquiera que fuese su hermano; sus grandes golpes en Toledo; su lucha con el leon de Túmbez; su entrevista con doña Isabel, la esposa de Cárlos V, &c., &c., todos estos cuadros o episodios maravillosos de su historia, confundidos o terjiversados por los vapores del vino, formaban los éstasis repetidos del hombre que parecia no vivir sino de ellos i para ellos.

Era como un jeneral que se duerme con el recuerdo de sus batallas.

Por otra parte, Candia no tenia ambicion, ni para qué tenerla casi a los cincuenta años, i despues de haber rejido a su capricho los destinos del primer imperio de América?

I era durante sus momentos de vino i de recuerdos que el hábil consejero hablaba todas esas cosas que tan gran cuidado metian a Perico, a quien sin duda perseguia el síno de tener amos que delirasen, como habia delirado el padre Luque con el oro de los peruanos, i como deliraba ahora el viejo militar con toda una jeneracion de nombres i un tropel de hechos.

Sin el vino, Candia se hubiera vuelto loco un mes despues de su caida, no precisamente por el puesto que perdia, sino porque era mucho lo que habia hecho por Pizarro para esperar un pago semejante. El *levantino*, como lo llamaban, era hombre de grandísima esperiencia, pero nunca llegó a imajinarse que sus relaciones con el marques parasen en lo que pararon....

La noticia de la muerte de Almagro habíala recibido ya Candia en su retiro. Allí mismo recibió la del marques; pero ni una palabra ni un jesto siquiera habia servido de manifestacion a su alegría o a su dolor. Preso por el Gobernador durante algunos meses despues de su desgracia, habia arrastrado sus cadenas con estoicismo asombroso.

Pizarro comprendió un dia, aunque tarde, que habia obrado brutalmente con él, i volvió a brindarle su amistad i sus favores.

— Gracias, señor, habíale contestado Candia, separándosele luego para siempre.

Su corazon se habia roto pues al afecto, como su espada a la victoria.

CAPITULO IV.

EL RETIRO.

Si hemos de decir verdad, la casa de Candia en el Cuzco era una mancion deliciosa. Pensando en retirarse algun dia del servicio, habia buscado a Perico, el escelente

criado del obispo de Túmbez, a quien habia conocido en Panamá, i le habia dicho:

—Toma, Perico; ahí en esa bolsa hai mil i tantos ducados, escoje en la ciudad la casa que mas te acomode, con tal que no sea de las del centro, i hazla reparar a estilo de España. Puede que yo vaya a habitarla un dia, pero de no, pro te haga.

El pobre de Perico, que jamas habia visto tan gran cantidad de dinero, espresó a Candia del mejor modo que pudo su agradecimiento, i despues se puso a recorrer el Cuzco de norte a sur i de oriente a occidente, a fin de encontrar una casa digna de su amo. Hallóla pronto sin dificultad mayor, pues acababa de pasar el mortal sitio de la ciudad, i dos terceras partes de las casas estaban abandonadas. Sus dueños habian muerto o huido, que todo era o venia a ser unó.

La casa hallada por Perico tenia la forma caprichosa de un exágono, i estaba situada en el centro de unos solares por entónces desiertos, pero amenos i regados por dos arroyos de las sierras vecinas.

Indudablemente dicha casa habia sido un templo del sol en tiempos mas afortunados para los peruanos; pero el ajente de Candia no se curó de eso, i tomando posesion de ella en nombre del rei de España e Indias, estuvo trazando en su mente el medio mas apropósito para sacar todo el partido posible del albergue que la suerte le destinaba.

Perico habia sido sirviente de Luque diez años, es verdad, i diez años completos, sin faltar un dia, una hora ni un minuto; pero su imajinacion no habia alcanzado a esterilizarse del todo. Pensó pues que su nuevo amo tardaria dos, tres i hasta cuatro años en venir a habitar su propiedad, i que ese tiempo seria suficiente para rodear los solares de frondosas i agrestes arboledas, por entre cuyo follaje se divisase apénas la casita de piedra amarilla i

tallada que iba a reparar, como un nido de amores en el fondo de un bosque salvaje.

Imajinó en seguida cubrir el techo del templo abandonado con una azotea semejante a las que habia visto en las casas de Panamá, ancha i rodeada de balaustres, a fin de poder divisar desde su cima la ciudad, el monte i la campiña. Pensó despues en dar a los arroyos nuevas i mas graciosas direcciones, de suerte que, pasando por frente de cada uno de los lados del exágono, pudiesen prestarse para levantar una pila i humedecer los senadores que debia plantear con su mano.

Imajinados los cuadros del jardin, i escojidos sus árboles i sus flores, Perico pensó mas detenidamente en la disposicion de las habitaciones de la casa, pues el templo se componia solo de una sala o *gualpon*, como la llaman los indios. No era Perico un arquitecto que digamos, pero bastóle echar una mirada en el interior de la casa para convencerse de que trazando un círculo en el medio i tirando radios a los ángulos del exágono, tendria una estancia central, que seria la del amo, i seis mas, laterales e independientes, de las cuales tomaria dos para los quehaceres domésticos, i dejaria cuatro por si al levantino le daba el negro humor de casarse, o le venian amigos que hospedar.

Todas estas i otras muchas ideas que no determinamos por no ser prolijos, pasaron en ménos de un segundo por la cabeza de Perico, habiendo llegado a ser tan grande su exaltacion que ese mismo dia comenzó los trabajos ayudado de una veintena de peruanos, sus amigos, i entre los que habia arqüitectos i horticultores de primer órden.

La obra adelantó bastante en los primeros meses, mas apénas se habian planteado los árboles, héchose las fuentes i medio arregládose la casa, cuando una tarde, entre ter-

cia i nona, se presentó Candia en los imperfectos umbrales de su última mansion.

Su caballo era rucio i estaba flaco como el del héroe de la Mancha; traía los arreos rotos i sucios, i el cuento de la lanza enlodado. Era pues indudable que su señoría acababa de hacer un largo aunque no sabemos si penoso viaje.

El primero que salió a su encuentro fué el dilijente Perico, quien mostró toda la sorpresa que le causaba la llegada de su amo, con la siguiente esclamacion, arrancada por el trastorno de todos sus planes:

— Tan pronto!

— No es tanto, respondió Candia desmontándose del bridon i pensando en sus meses de cautividad.

Recostó en seguida su lanza contra la pared, quitóse el yelmo, i empezó, con ayuda de Perico, la tarea trabajosa de su desarme. Tras del yelmo siguió la coraza, las espuelas i demas piezas que hacian entónces de los guerreros no unos hombres, sino unos monstruos de hierro.

Notables, por otra parte, eran los cuidados de Perico por recojer las piezas de la armadura de su señor, i el desprecio i aburrimiento con que este las iba tirando léjos de sí con riesgo de abollarlas.

Terminada la operacion, Candia mismo desensilló su cabalgadura i dándole una palmada cariñosa en las ancas, la echó ácia el primer surco de legumbres que habia, no diremos sembrado, sino fecundado Perico con el calor de sus entrañas. Ai! i que dolor no sintió cuando el caballo levantando uno a uno sus cuartos cansados, ramoneó las primeras que encontró al paso, i se estercoleó en el resto al ir a abrevar en la fuente mas hermosa de las seis que rodeaban el palacio de sus ilusiones. Su mirada lánguida i agonizante se clavó espantada en la faz de Candia, como para decir: *¿ lo permitis?* pero Candia apénas se

dignó repararlo entretenido ya en la contemplacion de su bello retiro.

Candia no estaba ménos flaco que su caballo, i su hermosa barba cayendo descuidada sobre su pecho, ajitado por mil sentimientos diversos, i ostentando una que otra cana, como los primeros hielos del invierno, probaba bien que sus últimos años no habian sido mui dulces que digamos, i que ya su planta habia entrado en ese corto i rápido sendero que de la virilidad guia derecho al sepulcro.

El guerrero estaba mui cansado o mui preocupado sin duda, porque por el espacio de muchos dias sus arreos continuaron tirados en el mismo sitio donde los dejó el primer dia, i no hizo mas caso de su espada que el que habia hecho de su caballo i su morrion.

—Dejadme alzar todo esto, señor, habíale dicho Perico mas de una vez.

—Déjalo ahí, habíale contestado Candia; ahí está bien para lo que ha de servir eso en adelante.

Así pasaron hasta dos meses, pero despues Candia empezó a aburrirse, i no encontró mas recurso que seguir los consejos de Perico i dirijir él mismo las obras emprendidas.

A los mil ducados del primer presupuesto siguiéronse otros mil i otros mil, hasta que la casa vino a quedar convertida en un palacio, pero un espléndido palacio, donde, sin que prevaleciese ningun órden de arquitectura, se observaban todos los órdenes, gótico i griego, en mezcla caprichosa i encantadora.

Candia no era rico, pero no le faltaban veinte o treinta mil ducados en buen oro español, i siendo solo como lo era en el mundo, podia mui bien gastarlos todos en su especial regalo.

Antes de un año estuvo la mansion de *el Retiro* con-

cluida del todo, i Candia pudo obsequiar en ella a varios de sus mejores amigos.

Los árboles crecieron pronto, arregláronse las fuentes, produjeron las hortalizas, los naranjos, los limoneros, la palma i las flores; i ya no se podia entrar el Retiro sin gozar con el arrullo de los pájaros, el triscar de los huanucos, el jemir de las aguas, corriendo entre céspedes i cañaverales, i ese cerco de verdura eterna que rodeaba el antiguo templo como un marco de esmeraldas i perlas.

Calles enteras de floripondios entretejidos de enredaderas azules, mústios cipreses, capulíes descarnados de hoja, pero abundantes en fruta, cisnes blancos i negros, pavos silvestres, i palomas de cuello de nieve i patitas rosadas, cuyo nido de pajas batia el viento en lo mas hondo i fresco del follaje de las alamedas, todo llenaba en el Retiro el corazon de un supremo encanto, i convidaba a pasar en él los años de una existencia siempre corta para gozar de toda sus delicias. El gusto esquisito de su dueño no parecia sino que todos los dias inventaba alguna sorpresa mas para halagar a sus amigos, i ya era un senador ocultando en su seno una Vénus afrodita, tallada en rico mármol de Páros, ya una náyade, cuya cabeza de ánjel coronada de algas i espadaña se dejaba ver al traves de las espumas de un arroyo secreto.

Agréguese a esto una jauría selecta i algunos alcones diestramente preparados para la caza de aves, hermosos caballos i lindas armas, i no podrá ménos de observarse, que si Candia habia tenido una juventud ajitada i batalladora, gozaba, en cambio, de una vejez capaz de ser envidiada por el mismo Aristipo.

Sinembargo, era de notarse que entre los que mas frecuentaban el Retiro, que por cierto no eran tantos que pasasen de una docena, era de contarse un viejo sacerdote de cabellos blancos i barba venerable, quien tenia todo el

aire de un santo por su ademan de recojimiento i por sus palabras de paz.

Este justo varon, a quien llamaban el *padre Modesto*, i por quien mostraban el mayor respeto los amigos de Candia, no era otro que Alí, el domador, cuyos últimos años consagrados al amor del prójimo i a la penitencia, le habian granjeado una popularidad cristiana i ejemplar.

El antiguo pirata, azote del Mediterráneo, solo vivia con Dios i para Dios.

Pasaba frai Modesto seis de los siete dias de la semana con Candia, hablándole de la virtud i de la gloria eterna, i el dia restante lo empleaba en los cuidados de su grei, que era uno de los pueblos comarcanos.

I era durante aquellas ausencias que el impenitente Candia reunia como a hurtadillas a Ruíz, a Molina i a diez mas de sus antiguos camaradas, ya demasiado viejos para andar en disputas i bandos, i solo amigos del buen vino, el ocio i la charla sobre sus pasadas hazañas.

Reuníase el domingo despues de misa a la salida de la iglesia de santo Domingo, i llevando a Candia en el centro, se encaminaban al Retiro, donde el dilijente Perico les servia un escelente almuerzo a la española.

Pasaban el dia entre los dados, la caza i los recuerdos, i a la caida del sol regresaban a sus casas pidiéndole mui sinceramente a Dios que volviera todos los dias domingos, o, por lo ménos, que se llevase a frai Modesto al seno de los justos, a fin de entrar ellos al Retiro para no abandonarlo jamas.

CAPITULO V.

LA HERENCIA DE LUQUE.

Oyó Dios al fin a los guerreros, i un domingo ántes de partir frai Modesto para su pueblo tuvo con Candia la siguiente conferencia:

—Hermano, mi fin está próximo i tengo que confiarte un secreto.

Candia se estremeció de piés a cabeza: los secretos de Alí eran por lo jeneral terribles.

—No, no te asustes, dijo el venerable sacerdote, pues no voi a revelarte un crímen sino simplemente un hecho inocente.

—Ya escucho, hermano.

—Oyeme pues. Te he dicho varias veces que fueron tan lúgubres los pensamientos que tuve i tan horrorosas las horas que pasé en la roca del vijía en que me hiciste naufragar cuando salvaste a Florazul, que mis ojos no pudieron ménos que voltearse a Dios i mi corazon abrirse a la fe como se abre una flor a los rayos del dia. El espectáculo que me rodeaba era mas que imponente, i las tristes amarguras de mi alma eran ya tantas, que flaqueó mi falso valor, temblé ante la soledad, que no es mas que la faz de Dios, i pidiéndole por la vez primera la vida para hacerme bueno i orar, Dios me oyó i me sacó de enmedio de las olas i de los monstruos para hacer de mí un sacerdote modelo i un hombre ejemplar. Ya se divisaban los rayos de la aurora en el horizonte del océano, i yo estaba resignado a morir, cuando las olas, subiendo hasta mí como impelidas por una fuerza superior, me arrebataron en su torbellino de espumas, para ir a arrojarme a la playa como un depósito del cielo confiado a su furor....

Cuando volví en mí, estaba debajo de unas palmas i a orillas de una fuente somera, a donde concurrian las aves i los tigres de la isla a abrevar durante los recios calores del medio dia. Apartábame yo entónces de la fuente cuanto me era posible, i trepando a algunos de los árboles mas grandes que hallaba, esploraba el pais con la vista a fin de orientarme i averiguar el paradero de Pizarro i el tuyo. Por muchos dias seguidos entristecióme la vista del humo del campamento español; alzóse al fin este, i yo pude

volver a Puná, desde donde me fué fácil pasar a Panamá en busca de un sacerdote cristiano a quien hacer la confesion de mis pecados.

El primero a quien me dirijí fué al padre Luque, obispo de Túmbez, i el varon de mas acrisolada piedad segun el decir de las jentes.

Ya en otras ocasiones te he dicho cuál fué el estado en que lo encontré, i cómo murió en mi presencia, no como un santo sino como un malvado.

Bien puedes figurarte, Candia, hasta dónde subiria de punto mi desesperacion i mi asombro, cuando ví que yo, pirata i asesino de profesion, temblaba con el simple vajido de la muerte; i él, sacerdote i obispo, se olvidaba de Dios en un momento tan angustioso, para invocar a Satanas en su ausilio!

Empero, ya sobre esta contradiccion chocante hemos reflexcionado muchas veces; i el punto está agotado. Hoi es mi objeto otro i mui distinto: Luque era millonario.

—Millonario dices? interrumpió Candia asombrado.

—Sí, hermano mio, Luque al morir dejó mas de dos millones en oro i pedrería.

—Pero a quién?

—Ese es el secreto de que te hablaba ahora poco, i que te voi a confiar. Luque no pudo dejar a nadie esa suma enorme, porque se hubiera muerto a la simple idea de dar a otro lo que era suyo.

—Pues entónces?

—Lo dejó confiado a las entrañas de la tierra.

—I tú cómo pudiste averiguarlo?

—Porque lo ví morir sobre los palmos de tierra que ocultaban su tesoro.

—Será posible!

—Oh! sí mui posible.

—I tú has sabido durante todo este tiempo donde están

esos millones i no los has sacado ni díchole a nadie que los poseias?

—No, que sí se lo he dicho a alguien.

—A quién?

—A Diego de Almagro.

—El hijo?

—No; al padre, i eso cinco minutos ántes de espirar.

—I él qué te dijo?

—Me suplicó con instancia que se los diera.

—I para qué?

—Para vengarse de los Pizarros.

—I tú qué le dijiste?

—Que no; que pensara en su cercana muerte, i que se mostrara tan fuerte como yo, quien, poseyéndolos, los despreciaba porque la felicidad terrena no dependia ciertamente del oro.

—I él qué te observó?

—Que no pensaba de acuerdo conmigo.

—I entónces....?

—Nada, puesto que al fin lo vencí con mi palabra i con mi ejemplo.

—I despues de él....?

—A nadie mas he dicho nada sobre el particular.

—De suerte que los millones....?

—Existen donde mismo los dejó Luque, porque Almagro se llevó el secreto al cadalso.

—Dos millones en oro i pedrería! repitió Candia varias veces, parándose del asiento i dando algunos pasos de ajitacion por la estancia.

Frai modesto lo miró con lástima profunda; luego le dijo:

—Hombre, Candia, lo mismo es que esos dos millones sean de oro i diamantes, que de guijarros i arena.

—I por qué?

—Porque el oro es la corrupcion, i yo no los daré a nadie jamas.

—Deja, hermano, que te diga que llevas tu rijidez cristiana hasta la exajeracion.

—Puede que sí, pero ese es mi pensamiento hace muchos años.

—Entónces ¿para qué vienes a despertar en mi cabeza mil adormidos proyectos de elevacion i de gloria, que no podré realizar jamas, porque jamas seré dueño de esa suma?

—Tan solo porque quiero poner a prueba la fortaleza de tu corazon.

—Entónces dejémoslo ahí, hermano, porque al respecto de poseer mucho oro me declaro el mas débil de todos los hombres.

—Ya lo habia imajinado yo, mas dime ¿para qué deseas tú la riqueza? Ya no eres jóven, i por lo que hace al mundo, tú mismo me has dicho una i mil veces que nada temes ni deseas.

—Sí, pero....

—Pero qué?

—Eso era porque no creia que pudiese poseer dos millones.

—Es decir que si los hubieras poseido habrias pensado de otro modo.

—Así es la verdad.

—Estás equivocado, hermano Candia; nada harias con esa suma ni otra mayor. Tu corazon está profundamente disgustado, i cuando está así el corazon del hombre, ni el oro, ni el valor, ni la gloria, nada inspira, nada levanta ni engrandece. Lo que tú sientes hoi en el alma es esa especie de muerte moral que precede a la muerte física, i que se llama el *desengaño.*

Candia ciertamente no tuvo nada que responder a la profunda observacion de su hermano.

—Parece que te rindes? preguntó Alí despues de un rato de silencio.

—Casi, hermano; porque a la verdad ¿qué iria yo a hacer con dos millones en el corazon de la salvaje América.... ? si al ménos tuviera hijos....

—Qué! no los tienes, hermano; me habian dicho todo lo contrario.

—Pues no te han dicho la verdad.

—I ésa hermosa mujer que suele venir aquí trayendo un hermoso niño por la mano? •

—Ah! Alí, no digas eso ni por chanza; yo he respetado siempre a esa mujer como se puede respetar una madre.

—Quién es entónces?

—Es doña Ines Huallas.

—Viuda?

—Sí, señor, viuda; pero no me preguntes mas de ella porque su existencia en el Cuzco es un secreto.

—I el niño que la acompaña siempre?

—Es su hijo, cuya cabeza está amenazada de muerte.

—Bien, dijo frai Modesto respetando los escrúpulos de Candia, veo que hai en el mundo secretos mas valiosos que el de la existencia de dos millones de pesos, puesto que yo te confío ese, i tú no puedes confiarme el tuyo. Ya ves pues lo poco que vale el oro.

Media hora despues soldado i fraile se despedian en la puerta del Retiro para no verse mas. El primero debia morir dentro de pocos dias como mueren los héroes: en el seno de un reñido combate; i el segundo dentro de algunas horas como el justo, en medio de su grei relijiosa i con el nombre del Salvador en los labios.

Dios debia al fin perdonarlo llamándolo a sí.

CAPITULO VI.

UNA VIEJA AMIGA.

El dolor de Candia en los primeros dias fué un dolor mui grande, pero alguien se acordó de él para venir a consolarlo: ese alguien fué doña Ines Huallas.

Era esta una señora de cerca de treinta años, bien hecha, pálida i de facciones casi perfectas. Sus ojos, sobre todo, eran bellísimos, i sus manos pequeñas i rosadas. Andaba con tal aire de continencia i gravedad i vestía de luto con tal rijidez, que nadie podia verla sin interesarse por ella. Acompañábala ordinariamente un niño de cortos años, hermoso i bien formado i con traje de caballero español.

Doña Ines entraba a la casa de Candia como a su propia casa, i aun es fama que tenia en ella una mansion secreta donde solia pasar temporadas enteras. Las malas lenguas, que nunca faltan, decian que doña Ines era la querida de Candia, i que el niño que la acompañaba siempre era hijo de los dos; pero es la verdad que así debia de ser porque ellos no lo negaban, sino ántes bien hacian gala de decirlo donde podian.

Sinembargo, nosotros que a fuer de novelistas podemos penetrar como las brujas i los duendes a todas partes, vamos a penetrar con el lector en el Retiro, i esto ántes de almuerzo, a fin de sorprender a sus moradores i arrancarles todos sus secretos.

Entremos pues.

El dia está opaco i triste, las fuentes parecen turbias, no hai rocio en los prados ni en las flores, i los árboles están tristes i quietos porque las brisas no han bajado aún de la montaña a mecer sus copas ni a susurrar entre sus troncos.

Los caballos con la cabeza inclinada i la cola abatida esperan soñolientos el primer pienso que debe traerles

Perico; los perros duermen en los corredores i pasadizos, i las palomas i demas aves domésticas apénas se alejan de los sitios donde han pasado la noche en busca de una paja mas para su nido o un grano para su desayuno.

Doña Ines i su hijo hacía tres dias que habían entrado en el Retiro, i ni uno ni otro habian vuelto a salir para nada. La servidumbre misma de Candia ignoraba tal secreto, i solo Perico era partícipe de él.

Candia e Ines acostaban al niño dadas las seis i despues se entretenian hasta las diez en jugar a los naipes; cuando no jugaban, leía Candia alguna fábula o historia, que solia distraerlos mas que el juego, i en seguida se retiraban cada uno a su habitacion.

—Señora mia, decia Candia al despedirse en la puerta del cuarto de su amiga, que paseis una noche feliz.

—I vos tambien, amigo Candia, le respondia Ines haciéndole una ceremoniosa cortesía.

Candia se alejaba en seguida, pero no se ponía el chambergo hasta una distancia respetable; Ines por su parte entraba en su aposento, iba a descubrir el rostro de su hijo, sobre cuya frente imprimía uno de esos besos de madre que la pluma del novelista no alcanza a describir, contemplábalo largo rato en silencio, i luego se retiraba murmurando:

—Ai! mi pobre Francisco, i cuánto te pareces a tu padre el marques.

La mañana de que venimos hablando salió Candia de su habitacion vestido ya de todo a todo, i dirijiéndose a la de doña Ines, llamó a la puerta con marcado respeto.

—Entrad, Candia, dijo la voz de Ines desde adentro.

Candia pasó adelante.

Entreteníase doña Ines en peinar los largos cabellos de su hijo i aderezarle sus vestidos.

—Sentaos, don Pedro, dijo Ines, despues de recibir mis buenos dias.

—Dios os los conceda felices, dijo Candia sentándose a una distancia respetuosa de la madre de Francisco.

—I por qué faltásteis anoche al juego, señor don Pedro? Me he informado con Perico, i he sabido que fuísteis a la ciudad, i que de vuelta os encerrásteis en vuestro cuarto sin querer ver a nadie. Ocurre alguna novedad?

—Eso es precisamente lo que voi a tener el honor de informaros si quereis dar un paseo conmigo por el jardin. El dia está algo destemplado, pero acaso sea el último, i no quisiera que me negáseis ese favor.

—Cómo el último, Candia?....partís entónces?

—Sí, señora, parto para la guerra.

—Para la guerra decís?

—Sí, i a mi edad, si es fácil ir, no es fácil volver de la campaña.

—¿Pero de dónde os ha venido esa resolucion, que contraría todos vuestros planes i que me quita hasta la mas lijera esperanza de salvar a mi hijo?

—Señora, esa resolucion no me pertenece.

—Pues a quién?

—Al nuevo mandatario, Almagro el jóven.

—I por qué no rehusais.

—Porque ya he rehusado, i ha sido en balde.

—Pobre de mí entónces! esclamó doña Ines deshaciéndose en lágrimas.

—No, no temais nada, que aún es tiempo i puedo salvaros.

—Pero si es mejor que no os aparteis de mí.

—Señora, afortunadamente no comprendeis las terribles necesidades de la política. Las disputas entre Pizarros i Almagros han llegado hasta la corte española, i esta acaba de enviar al caballero Vaca de Castro, del consejo de Su Majestad, quien ha entrado por el norte i se adelanta a grandes marchas sobre el Cuzco en busca de la cabeza

del jóven virei. Este lo sabe todo i se prepara para recibirlo a fuego i sangre.

—Eso mas, Candia! con que tendremos nuevas guerras i nuevos desastres?

—Por lo que es eso, doña Ines, la guerra no se acabará en el Perú sino con el último indio i el último español.

—Decíais que el nuevo virei está resuelto a recibir a Vaca de Castro a fuego i sangre?

—No le queda mas partido despues de lo que ha hecho en el país.

—I qué?

—Pues bien, estando resuelto a resistir hasta el último trance, ha echado por la calle de enmedio como dicen las jentes, i anoche, mui cerca de las tres de la madrugada, he recibido este pliego.

Candia sacó un pliego de su jubon i leyó:

"*Señor capitan Pedro de Candia, del servicio de Nuestra Majestad.*

"*Os hacemos saber que ha sido nuestra voluntad nombraros capitan jeneral de nuestra artillería, i que os esperamos mañana a las diez del dia para que tomeis posesion de vuestro destino. Hemos pesado detenidamente las razones que de palabra nos alegásteis el otro dia para no servir bajo nuestras banderas, i las hemos hallado insuficientes; sed fiel pues a nuestro llamamiento, o de lo contrario os haremos tratar con todo el rigor de las leyes.*

"*Palacio de la Gobernacion, en el Cuzco, a* 25 *de agosto de* 1542.

"*El Gobernador i Capitan Jeneral*

DIEGO DE ALMAGRO."

—Bien ¿i qué pensais hacer? preguntó doña Ines toda azorada.

—Señora, obedecer.

—Qué escucho! vos obedecer a un Almagro?

—No es a un Almagro a quien obedezco, es a la fuerza de un Almagro.

—Teneis razon, observó doña Ines toda trémula de dolor.

—Ya veis pues que es preciso separarnos.

—Sí, preciso, preciso, murmuró, la pobre mujer mirando a su hijo con angustia mortal.

—Empero, no temais nada, que aún nos quedan medios de salvarlo, dijo Candia comprendiendo i calmando a la vez los sinsabores de su amiga.

—Qué medios? decid.

—El huir en el acto del país; el pasar a España i ponerlo bajo la proteccion de la Corona.

—Huir, Candia! abandonar mi patria i la tumba de Pizarro!

—O entregar su hijo a los sacrificadores.

—Decís bien; pero quién me conducirá al otro lado de los mares.

—Perico, mi fiel criado.

—Pues en el acto; marchemos; me parece que ya bienen a arrebatármelo!

—Quién habla de arrebatarme de vuestro lado, querida madre mia? preguntó Francisco dando un brinco i echando mano de su estoque de cañas. Al hijo del virei Pizarro nadie podrá tocar nunca ni los cabellos!

—Oh! hijo mio, esclamó llena de justo orgullo la pobre madre, te reconozco en ese rasgo, digno heredero de la sangre de los Capacs.

Candia se acordó del marques i volvió a otra parte el rostro para enjugarse una lágrima; en seguida dijo:

—Díces bien, mi valiente marques; pero anda, busca a Perico, i díle que me aliste mi viejo caballo de campaña; yo tengo que hablar con tu madre a solas, i puedes juntártenos en el jardin dentro de algunos momentos.

Francisco salió al desempeño de su comision, e Ines tomó el brazo de Candia para ir a las calles de árboles á respirar el aire puro de la mañana, de que tanto necesitaba.

El dia continuaba triste i sombrío. Un viento fuerte, que soplaba del valle, habia amontonado grandes masas de nubes siniestras sobre la cumbre de los Andes, i dentro de breves instantes debia desgajarse una tempestad. Las fuentes, combatidas del aire, llevaban sus aguas en diferentes direcciones, perdian las flores sus pétalos hermosos, i gajos enteros de arbustos i sauces caian al suelo partidos por el huracan.

—No, no vamos mas allá,dijo Ines deteniendo a Candia; la naturaleza está enojada....no parece sino que la maldicion de Dios cae poco a poco sobre esta mansion infeliz....Mirad: los pájaros huyen, los cabritos se esconden, las flores se despedazan, i todo anuncia ruina i desolacion.

—Oh! sí, dijo Candia con acento tristísimo, es un presajio de la muerte! Pero oidme lo que tengo que deciros.

—Escucho.

—Salid hoi mismo con Perico para Panamá. Os ireis a habitar allí la antigua casa del padre Luque, i me esperareis en ella uno, dos, i hasta tres meses. Si pasado este plazo no hubiere ido, i ya se hubiere acabado la guerra....orad por mí, porque ya todo habrá acabado para los dos.

—Candia, me traspasais el corazon!

—Tomad este papel, continuó el guerrero haciendo como que no veía las lágrimas gruesas como gotas de agua que caían de las mejillas de doña Ines sobre la calle de arena en que estaban parados; tomad este papel, en él está contenida mi última voluntad. Luego que sepais mi muerte, abridlo i leedlo. Perico os dirá lo demas.

Isabel recibió el pliego que Candia le daba, i no tuvo valor para mas; en seguida se desmayó.

—Capitan, dijo en aquel punto Francisco, vuestro caballo espera ensillado a la salida del Retiro.

—Adios, Candia, murmuró Ines; hasta de aquí a tres meses en Panamá, casa de Luque....

—O hasta de aquí a diez años en el cielo, interrumpió el hermano de Alí.

En seguida se alejó sin despedirse ni de la madre ni del hijo; i no fué sino hasta que cruzó la calle de árboles que lo alejaba para siempre de su amiga, que volteó para mirarla por última vez esclamando:

—Adios, Florazul; quieran los cielos conservar a vuestro hijo!

CAPITULO VII.

LA ENTREVISTA.

Daban las diez de ese mismo dia en la campana de la iglesia catedral del Cuzco, cuando un guerrero, montado en un hermoso caballo i cubierto de todas armas, se detuvo delante del palacio del niño-rei, i echó pié a tierra en medio de un centenar de oficiales españoles que lo observaban con curiosidad.

—El Gobernador? preguntó el jinete.

—Arriba, respondió el oficial que montaba guardia.

El desconocido pasó adelante.

El ruido de su caballo sobre las baldosas de la plaza habia hecho levantar un poco las cortinas de una de las ventanas mas apartadas del frente del palacio, i asomar la cabeza a una persona que hacia media hora acechaba ahí, i quien la retiró al punto diciendo:

—Ah! por fin es él.

La cabeza de esta persona era una linda cabeza de veinte años, i estaba cubierta con un rico sombrero de raso sembrado de piedras.

Dos minutos despues dos hombres igualmente corteses

se cambiaban un saludo de afecto en el salon principal del palacio del Cuzco.

Esos dos hombres eran Almagro i Candia.

—Perdonad, dijo el mas jóven, pero me era del todo indispensable teneros aquí. Vaca de Castro ha adelantado mucho en estos dias, i saldré a batirlo dentro de dos.

—Nada tengo que perdonar, señor Gobernador, respondió el recien llegado inclinándose: habeis hecho uso del derecho que da la fuerza, i aquí me teneis.

—La fuerza, no, Candia, repuso el jóven con amabilidad i ternura; decid mas bien, que abuso de la amistad.

—Ya en otras ocasiones he tenido la pena de deciros, señor, que no puedo ser vuestro amigo.

—Es una rara obstinacion.

—Señor, he escarmentado bastante en el servicio de los hombres, para querer emprender carrera de nuevo. Si me estimais positivamente, dejadme volver a mi Retiro. Solo al lado de mis arroyos i de mis árboles, goza mi corazon de algunos momentos de felicidad.

—No, Candia, no digais eso, la felicidad no puede estar nunca en el retiro ni en la meditacion. La felicidad está en la gloria, en la pólvora de los combates, en los azares del mando, en los peligros i en el poder.

—Hubo un tiempo en que pensé de la mismas manera.

—I ya no?

—I ya no, señor; todo eso de que hablais no es mas que un vértigo de vuestra imajinacion militar. La gloria, si me permitís que os dé mi parecer, no es mas que una especie de abismo sin fondo, sembrado de colores i de rayos de luz para el ojo aturdido del que lo contempla desde la orilla; pero desgraciado del que se lanze en pos de esos colores i de esa luz!

—Lo pensais así?

—No es solamente que lo pienso, sino que es así. Mirad, no hace diez años que vuestro padre, el mariscal Al-

magro, era uno de los primeros hombres de la conquista; su paso dejaba por donde quiera huellas de fuerza i de valor. Ninguno mas voluptuoso que él en las ciudades, como tampoco ninguno mas admirable que él en la campaña. Era uno de esos hombres homéricos, creados por los poetas i que dan ellos solos alimento a una Iliada o a una Odisea; i, sinembargo, qué fué de él? Vos lo sabeis bien, señor; miró el abismo de que os he hablado ántes; le sobrevino el espanto i el vértigo, i descendió a su fondo para morir en el rincon de una cárcel oscura, junto a un monton de paja del desierto, i sin mas amigo que un fraile a su testera.

Pizarro, Pizarro mismo, señor ¿cómo acabó su vida? Acuchillado por la faccion de Rada en la mitad del dia, i sin tener su cadáver quien lo recojiese ni le lavase las heridas....! Permitidme que os lo repita, señor, la gloria es una maga engañadora, seguirla es correr a la muerte, es embriagarse con el dolor.

—Pero no podreis negarme, que, respecto de mi padre i de Pizarro, obraron circunstancias desgraciadas i estraordinarias.

—Las mismas, señor, que obran siempre en la suerte de los príncipes; de cada cien de ellos, noventa i nueve acaban mal siempre para la historia i para la felicidad. Vos mismo, señor, estais jugando entre el trono i el cadalso. Es un juego fatal.

—Veo, Candia, que la edad os ha hecho filósofo i pongo punto aquí a esta conversacion. Si todos pensaran como vos, pronto tendriamos convertido el mundo en una ermita.

—I si todos pensaran como vos, señor, la tierra seria el teatro de una batalla perenne.

—Bien, hablemos de nuestros asuntos.

—Os escucho, señor.

—Vaca de Castro, nombrado por el emperador Cárlos

jüez de lo sucedido en el Perú, avanza contra mí desde las mas distantes rejiones del norte, levantando a su paso todas las poblaciones indias i españolas, desde el payanes i el quillacinga, hasta los charcas i limeños. Bien, pues, es necesario que yo salga a su encuentro, i que lo venza i lo estermine; nada necesita tanto de una victoria como un poder naciente.

—I bien?

—Espero que hoi mismo os pongais, Candia, a la cabeza de mi artillería i lo dispongais todo para que salgamos a campaña.

—Ya os he dicho, señor, que no me es posible aceptar encargo alguno: si me forzais, seré soldado, pero no jefe.

—Es decir que teneis miedo a Vaca de Castro, aseveró Almagro con acento de burla.

—No, señor, el que ha encanecido como yo entre el humo de los combates, no tiene miedo a nada ni a nadie. Es que para mí ya terminó todo en el mundo.

—Ménos la obligacion de servir a vuestros süperiores, repuso con enfado el hijo del mariscal.

—Si lo creis así, ménos la obligacion de servir a mis superiores, repitió Candia con un acento de reconcentracion profunda.

Almagro llamó en seguida a uno de sus oficiales de mas confianza; este se presentó al instante, i recibió la órden de poner al capitan Candia en posesion de los cuerpos de la artillería.

Despidióse el levantino de Almagro, i al despedirse le dijo con espresion inalterable i sombría:

—No olvideis, señor, que voi violentado.

Diego le volteó la espalda diciendo:

—No teneis que recordarme quién de los dos es el que manda aquí.

Candia atravesó precedido del oficial español todos los largos corredores de la casa del virei, llenos a la sazon de

soldados, armas i trofeos, i todos se preguntaban a su paso quién era aquel guerrero tan gallardo i tan respetable, en cuya faz se leian los gloriosos peligros de cien combates, i en cuya actitud severa se denunciaba el caballero del siglo XVI con todos los perfiles i rasgos propios de esa edad de héroes; pero ninguno acertaba a responder, porque la mayor parte de las tropas del jóven Almagro se componia de jente nueva i recien llegada al Perú en busca del oro de los incas.

—Es un enviado de Castilla, decian los unos.

—No, que es uno de los antiguos jefes de Pizarro, replicaban los otros.

En estas perplejidades se pasó parte del dia hasta que al fin se difundió la noticia verdadera de que el recien llegado era Pedro de Candia, antiguo servidor del marques i una de las primeras figuras de la conquista.

Como casi ninguno lo conocia personalmente, hablóse de él por cerca de tres dias como del primer paladin de España, i todo el mundo se reputaba invencible bajo el mando de aquel hombre estraordinario, casi fabuloso, que debia guiarlos a la victoria.

Sinembargo, en el corazon desengañado de Candia pasaban las cosas de mui distinta manera.

CAPITULO VIII.

LAS LLANURAS DE CHUPAS.

Despues de algunos dias el jóven virei pasó revista a sus tropas en la plaza de la ciudad, i esta presentaba un total de setecientos guerreros, todos mui lucidos, i compartidos así: doscientos arcabuzeros, doscientos cincuenta entre piqueros i alabarderos, i doscientos i cincuenta caballos; la artillería de primera calidad, i los indios auxiliares innumerables.

Vaca de Castro habia ido de Popayan a Quito, i de Qui-

to a Lima con la velocidad del relámpago; no le faltaba ya sino el último cuarto de la jornada, i Almagro resolvió salir a su encuentro para derrotarlo.

El comisionado español contaba con el prestijio que da siempre la legalidad i con las grandes prendas de su talento personal; por su parte el usurpador tenía uno de los ejércitos mejores que se habian visto en América. El combate iba a ser, pues, digno de los dos.

Sinembargo, Vaca probó hacer la paz, i Almagro le respondió con la guerra. Vaca envió parlamentarios con doble carácter al campo enemigo, i Diego descubrió i ahorcó a esos parlamentarios.

El uno queria el triunfo por medio de la negociacion falsa i los recursos mañosos; el otro lo queria noble i valeroso sobre los campos de batalla.

Vaca, apesar de su mucho valór, era un cortesano del siglo XVI; Almagro era un soldado de los tiempos heroicos.

No podía ser de otra manera, i los dos ejércitos rivales, encarnizados como todo ejército de discordias civiles, avanzaron sobre las tremendas llanuras de Chupas.

El licenciado Vaca de Castro puso su jente en escuadron, i en el órden siguiente: a mano derecha la infantería junto con el estandarte real, que iba a cargo de Alonso de Alvarado; i a mano izquierda las cuatro compañías de a caballo, que mandaban los bizarros Pedro Alvarez Holguin, Gómez de Alvarado, Garcilaso de la Vega (padre) i Pedro Anzures.

El fuego debia empezarlo Nuño de Castro con sus escelentes arcabuzeros, haciendo una falsa salida, i el licenciado permaneceria a retaguardia con treinta de a caballo, escojidos entre sus filas, i con los cuales debía apoyar todos los movimientos arriesgados de su jente.

Almagro no llegó al campo hasta dos horas ántes de la puesta del sol, circunstancia que hizo esclamar al comisionado de la Corona:

—Si yo fuese Josué para detener el sol, no desconfiaría de la victoria.

Almagro por su parte dispuso su jente sobre el tope de una eminencia vecina, colocando la artillería entre los infantes i los caballos, i esperando los avances de los de Castro para ametrallarlos sin piedad.

Comprendió el licenciado lo falso de su posicion militar i lo ventajoso de la de Almagro, i estuvo a pique de diferir el combate hasta el próximo dia; mas, opúsose a ello Francisco de Carvajal, guerrero eminente i glorificado con los hechos de armas de Ravena, Pavía, saco de Roma por Borbon, toma de Méjico por Cortes, i mil mas que habian hecho de él el decano de los batalladores de su siglo i la primera lanza de la conquista. Vaca cedió i mandó avanzar con toda la solemnidad del momento.

El jóven Almagro hizo jugar su artillería con un éxito aterrador, i los soldados de Castro retrocedieron espantados ante el ondeo marcial de las blancas banderas de su jente.

El estruendo era horrible, i Almagro, a la cabeza de sus soldados mas atrevidos, montado sobre un caballo blanco como la nieve, cuyas narices arrojaban fuego, i vestido de oro i sedería como el convidado mas espléndido de aquel festin de pólvora i de sangre, el mas sublime de todos los festines del hombre, realizaba los sueños de su niñez, i se embriagaba con el humo i los encantos del combate, como pudiera embriagarse con el aliento de aromas de la vírjen de sus amores. Era una voluptuosidad nueva e indescribible la que se derramaba por todas sus venas; i por gozar de ella un segundo no mas, bien pudieran darse cien años de vida i mil horas de felicidad. Ese era el momento supremo de la vida del héroe adolescente; gozarlo, era agotarse, i su mision de epopeya i laureles estaba concluida!

Era tan nutrido el fuego de los de Almagro sobre las jentes del consejero de Su Majestad, que este conoció bien

presto que corría un peligro mui grande si continuaba acercándose de frente al contrario; por lo que, i siguiendo siempre los consejos de Carvajal, efectuó un movimiento de circunvalacion, que vino a colocarlo contra el flanco mas débil de los de Almagro, i a protejerlo de las balas enemigas, gracias a las colinas que interceptaban el camino.

Sobre este flanco, que era el izquierdo, estaban tendidos en cuadro inmenso los indios auxiliares, al mando de Paullo, hermano de Manco; pero bastaron a Carvajal unas pocas descargas de arcabuzería para ponerlos fuera de combate.

Terminado el rodeo de los collados, las tropas de Vaca de Castro vinieron a encontrarse cara a cara con las del virei, i la batalla se empeñó de una manera jeneral. Sinembargo, la artillería, que estaba a las órdenes de Candia, empezó a dirijir los tiros por alto, de suerte que no hacian daño alguno a los soldados enemigos. Notólo al punto Diego, que como un buen jeneral estaba en todo, i metiendo espuelas a su caballo atravesó a Candia de una lanzada i le dejó muerto en el acto.

Candia no era culpable hasta el estremo de estar haciendo traicion directa a Almagro, pero, cruzado de brazos, i sin arma alguna, dejaba a los artilleros que cometiesen mil torpezas seguidas. De pié i sereno junto a los falconetes, rato hacía que esperaba una bala contraria, para él mui amiga, que lo privase de la vida; pero la muerte le habia respetado largo tiempo i lo respetaba todavía. Cuando vió a Diego que se lanzaba sobre él i comprendió su intencion, una sonrisa de desprecio i lástima ajitó sus labios por última vez, i se resignó a su destino, cuando aún podia luchar i vencer.

Tal fué el último momento del héroe.

Muerto Candia, Diego trepó sobre uno de los cañones, i poniendo su poderoso pié en la boca a fin de bajarlos hasta el frente del enemigo, hizo que le prendieran fue-

go quedándose encima, como para dar aquella leccion de acierto i serenidad a sus artilleros. El tiro de Almagro fué terrible, pues echó por tierra unos doce soldados de la caballería enemiga.

Este primer suceso, volvió las esperanzas al jóven, i, bajo sus órdenes inmediatas, la artillería hizo por una hora mas estragos horribles.

La noche avanzaba sombría i el desaliento empezaba a cundir en las tropas de Castro, por lo que Carvajal resolvió apelar a ese último recurso de toda batalla desesperada: una carga de caballería. Sonaron pues las trompetas, i todos los caballeros del rei, dando el grito de carga i maltratando los hijares de sus brutos, se lanzaron contra los de Diego con valor inaudito.

Este creyó desdoroso para su sangre permanecer quieto, i esperar el ataque a la defensiva, i poniéndose al frente de los suyos, bajó del collado al llano con la velocidad de un torrente. El choque primero fué mortal; no quedó una lanza servible, i pocos fueron los caballos que no cayeron de ancas o rodaron por el suelo bañados en sangre. Mandó Carvajal a su jente que hiriera solo a los caballos dejando ilesos a los jinetes, i en ménos de un segundo fué tal el tumulto de los de Almagro, que apénas atinaban a mantenerse sobre las sillas, perdiendo estribos i lanza.

Deshecha así la arrogante caballería de Diego, faltaba aún destruir la artillería, que, correjida con la muerte de Candia, abria anchísimos claros en los peones del consejero, i no los dejaba entrar para nada en pelea; pero esta empresa era un juego para Carvajal. Quitóse en efecto el yelmo i la coraza, ámbas piezas de magnífico acero milánes, a pretesto de que lo embarazaban demasiado, i quedándose solo con su partesana i su coleto de algodon, se entró terriblemente por entre las columnas de fuego i humo de los cañones, i pulverizando a los artilleros, se adueñó de las piezas.

Holguin, que, como se recordará, mandaba la izquierda de los realistas, habia muerto desde el principio de la accion, atravesado por dos balas de arcabuz.

—Lástima de túnica, decian los soldados de Almagro, reparando en la rica vestidura de terciopelo blanco que aquel desgraciado jefe habíase puesto sobre su armadura; está hecha trizas i toda ensangrentada.

El valiente jefe no les merecía un suspiro siquiera.

La noche habia entrado hacia rato i la oscuridad era cada vez mas profunda; sinembargo, el combate no habia perdido por esto su intensidad primera, i por aquí i por allí se oian el rudo chocar de las espadas en los combates singulares, las maldiciones i gritos de los heridos, el ronco i breve sonido de las trompetas, el bufar de los caballos espirantes, i todo ese rumor sordo i satánico que hace de un campo de batalla la miniatura de un infierno.

Piquetes de caballería andaban arriba i abajo gritando i lanceando a todos cuantos encontraban. Vaca de Castro preguntaba por Almagro, i este por Vaca de Castro.—Nosotros fuimos los asesinos de Pizarro; venid i matadnos, gritaban unos en su desesperacion.—Maldito sea el consejero, decian otros, i todos contribuian a formar un ruido sordo i terrible como el lejano bramido del mar pasado el ímpetu de una tempestad.

A las nueve ya no se oia ni se veia nada, aunque los restos de los dos ejércitos no dejaron de molestarse bastante toda la noche con frecuentes descargas de fusilería i toques de corneta.

A la mañana siguiente encontróse Vaca de Castro dueño del campo i de todas las banderas de Almagro. Empero, de este no se sabia nada. Habia muerto? no, porque no se encontraba su cadáver por ninguna parte. Lo mas probable era que hubiera huido.

Recojiéronse los cuerpos de los oficiales de distincion muertos en aquella jornada fratricida, i fueron remitidos

a Guamanga, poblacion vecina, para que se les diese sepultura sagrada. Caváronse en seguida dos grandes fosos, i en ellos fueron echados sin distincion de bandos los quinientos o seiscientos hombres que perecieron durante las cuatro horas de refriega. Candia cayó en este número, i nadie hubo que prestara al verdadero héroe de la conquista los últimos socorros que la caridad no niega nunca a los hombres. Se le enterró con todos los demas, i ni una cruz ni una inscripcion quedó de señal sobre su tumba, fria i sola como lo es todo en el desierto.

Atahuallpa siquiera habia tenido una loca que llorase sobre su cadáver.

Pizarro habia sido aderezado con su traje de muerto por dos antiguos criados de su casa.

Solo Candia no tenia un amigo ni un pariente en aquella hora solemnísima, en que tanto se necesita de los cuidados de una madre o de las finezas de un compañero. Sinembargo, Candia habia muerto como le correspondia: sobre el campo de batalla. Su tumba era la tumba comun de los valientes. Eso era ser soldado hasta el fin.

CAPITULO IX.

LA EJECUCION.

Vaca de Castro, despues de cumplir con el último deber de un jeneral victorioso, dando sepultura a los muertos i haciendo recojer los heridos, se retiró a Guamanga, donde nombró una comision presidida por el licenciado Gama para abrir causa a los prisioneros. La justicia española no andaba mui despacio en esos tiempos, i en ménos de una semana fueron descuartizados en aquel lugar cerca de ciento de los caballeros mas notables de Almagro.

Entretanto este, que habia huido durante la noche del combate, despues de haber buscado la muerte en

mil peligros, estaba prisionero en el Cuzco, a donde habia llegado con solo tres amigos, i donde habia sido aprisionado por las mismas autoridades que habia instituido a su salida para la campaña.

Hai ciudades que no tienen otro papel en la historia que aprestarse continuamente para recibir a su vencedor, i Cuzco, la opulenta i desgraciada Cuzco, tuvo que ponerse de gala para recibir al consejero del Emperador, como tantas otras veces lo habia hecho para recibir a los jenerales de Atahuallpa, Pizarro i los Almagros. El licenciado Castro entró en la capital a la cabeza de sus tercios victoriosos con la mayor pompa i ostentacion. Las autoridades de la ciudad se adelantaron a rendir homenaje al afortunado vencedor, i le obsequiaron el jóven vencido como el don mayor que pudieran hacerle por entonces. Una vez dueño el de Castro de su enemigo, urjió a sus compañeros para que se decidiera de su suerte en el acto, i aquel mismo dia se reunió un consejo de guerra para resolver tan delicado negocio.

Opinaban unos por el perdon i otros por el castigo. Hacíanlo los primeros en gracia a la juventud del prisionero, a su valor indómito i sus prendas infinitas; i los segundos alegaban su muerte como una terrible necesidad para la pacificacion del Perú i en desagravio espléndido de la Corona.

No hubo remedio, i la muerte del hijo del mariscal quedó resuelta mandando los jueces levantar un cadalso en el paraje mismo de la plaza en que debió ser ajusticiado su padre.

El destino de todos los conquistadores en el Perú era caer los unos en pos de los otros, ya sobre las gradas del cadalso, ya al golpe de la espada asesina; sinembargo, Almagro el jóven fué el que cayó mas heroicamente i quien mas sacrificios costó a las banderas reales. Tal vez la batalla de Chupas no tiene paralelo en la historia pe-

ruana; se peleó en ella como no se habia peleado jamas; i es fama que tanto el licenciado Vaca de Castro como su contrario Diego de Almagro, tuvieron gran trabajo despues del combate para quitarse las armaduras: tanta así era la sangre que los cubría!

Aún eran las tres de la madrugada, i el de Castro, montado sobre su hermoso i noble caballo de pelea, no sabia si la victoria era suya o ajena. El fuego duraba en diferentes direcciones, i la oscuridad era tan intensa que no se veía nada a dos varas de distancia. Los bivacs no pudieron encenderse a causa de la nieve, i la mayor parte de los capitanes mas esforzados de uno i otro bando, contra quienes habian sido impotentes las balas i el acero, perecieron de frio i del dolor de sus heridas, despojados por los indios de Paullo, que, deseosos de vengar antiguos i tremendos agravios, se aprovecharon de la confusion del campo para consumar todo jénero de venganzas. Pasan de doscientas, segun los cronistas, las víctimas sacrificadas a sus antiguas iras, sin distincion de realistas ni antirealistas; i por mucho tiempo despues encontráronse en los caminos multitud de cadáveres de españoles atravesados con flechas o destruidos a golpes.

Como mil i quinientos hombres, por todo, habian presentado pelea en las memorables llanuras de Chupas, i de ellos, mil quedaron fuera de combate; la carnicería pues habia sido fatal. Batalla fué esta, dice Garcilaso, en la que pelearon todas las fuertes lanzas de la conquista, i a la que no faltó uno solo de los capitanes españoles que habia en la tierra, ora por el rei, ora por el usurpador. El furor de los bandos llegó a tal estremo, que hubo soldado de los realistas que matase hasta once de los vencidos, en descuento, decia, de once mil pesos que los de Almagro le habian robado en tiempos anteriores; i los cadáveres de Bilbao, Arbalancha, Hinojeros i Carrillo,

que durante la refriega se habian proclamado a voz en cuello matadores del marques Francisco Pizarro, como para enardecer mas el furor de los de Castro, fueron descuartizados despues de la victoria, i colgados por partes, i a voz de pregon, en los árboles de los caminos públicos, i en los monumentos de escarnio levantados al efecto con piedras o céspedes.

Sentenciado Almagro a la horca desde mucho ántes de la batalla, no fué mas de llegar Vaca de Castro al Cuzco i disponer todo para la ejecucion.

Construyóse un cadalso en la misma parte de la plaza en que se habia levantado el de su padre, i convocóse a todos los vecinos para que presenciasen la justicia que se iba a hacer en la persona del niño traidor.

Levantóse el sombrío aparato de la muerte hasta una altura tal que pudiese dominar toda la muchedumbre, i dióse aviso a los indios para que coronasen con su presencia los collados i cerranías que dominan el Cuzco. En seguida sacóse al reo entre dos filas de soldados, entre los cuales habia muchos de los que en la semana anterior habian formado parte de su ejército, i quienes no habian tenido mas que cambiar la insignia blanca de los Almagros, por la encarnada de los realistas, para conservar su grado i su vida.

Esto acontecía pocos dias despues del 16 de setiembre de 1542, i Diego de Almagro tendria entónces a lo sumo veintidos años de edad. Su rápida caida, empero, no habia producido en él un gran trastorno ni una pena mui grave: habia caido como caen siempre los hombres grandes, i eso no es caer, sino coronar la carrera.

Como hemos dicho, Almagro tendria entónces unos veintidos años. Su faz estaba un tanto pálida, pero esa palidez no provenia del temor de la muerte, sino de las vijilias anteriores a la campaña; su hermosa cabellera flotando sobre sus hombros como la cola caudal de un pájaro

salvaje, daba a su rostro una espresion de adolescencia i de amor, que desmentia la suerte infeliz de aquel batallador de cuatro lustros, rei i víctima a un mismo tiempo. Sus grandes ojos negros, lánguidos como dos soles apagados, desafiaban aún las miradas curiosas de la multitud, en tanto que una mal reprimida sonrisa de compasion sarcástica ajitaba sus labios.

—Por qué os reis, señor? díjole el fraile que lo auxiliaba; el momento no puede ser mas solemne en verdad.

—Padre, no me rio del momento.

—Pues de qué?

—De esta multitud estúpida i cobarde que me rodea, i que va a dejarme sacrificar. Mirad, todos lloran de verme tan desgraciado, todos me tienen una lástima profunda; i, sinembargo, nadie hace nada por salvarme.

—Ni deben hacerlo, observó el fraile escandalizado del pensamiento de Almagro; la lei i la relijion les prohiben intentar nada contra la justicia.

—No tembleis, padre mio, por lo que digo, repuso vivamente el reo; no veis que el pié del cadalso no es un sitio apróposito para hacer conspiraciones? Yo no voi a dirijirme al pueblo para pedirle que me salve, nada de eso: los hombres como yo son mui pocos en el mundo para que la humanidad alcance a comprenderlos fácilmente.

—Siempre el orgullo, observó el fraile a media voz.

—I ¿qué otra cosa quereis que diga de esta muchedumbre insensata, ya que me llora vivo i se aflije por mí, cuando bastaba solo un bramido de enojo para arrancarme de la muerte i pasearme triunfante desde el azteca helado hasta el ardiente patagon? Pero dejadla, padre, merece bien su suerte de miseria.

Al decir esto ya estaba Almagro al pié del cadalso, cuyas gradas trepó con rápido paso. Una vez sobre él, saludó graciosamente a la multitud con una inclinacion de cabeza.

Prorrumpió esta en sordos jemidos de dolor.

Leyó el heraldo en seguida con voz solemne i acompasada la sentencia fatal.

Al concluir, dijo Almagro:

—Se me acusa de traidor i se me da muerte por ello, señores; pero si vengar la muerte de mi padre, ajusticiado en este mismo cadalso i en esta misma plaza por la tiranía de los Pizarros, es ser traidor, acepto el cargo con toda la ufanía de que es capaz mi corazon. Yo tenia un bando a que servir; mi padre me habia legado un nombre i una espada, i por cierto que no seria para doblar el cuello a los tiranos....

—Señor, dijo el verdugo adelantándose ácia el jóven con el hacha en la mano, es llegado el momento, i os está prohibido hablar.

—Sea, dijo Almagro con ademan despreciativo; asesinadme pues.

En seguida presentó el cuello a su sacrificador. Sinembargo, era tanta la juventud del reo, tanto su estremo valor, que la multitud no pudo ménos que interceder por él volviéndose ácia la parte de la plaza donde estaba el comisionado Vaca de Castro, i gritando: perdon! perdon!

El licenciado conoció lo crítico de las circunstancias, i dando una vuelta sobre los talones se quitó del balcon.

—Qué haceis? gritó Almagro fuera de sí, a los enemigos se les hace gracia, pero no se les pide jamas; i luego volviéndose ácia el verdugo con aire de quien está acostumbrado a mandar, díjole: obrad!

Alzóse el hacha en los aires i volvió a caer en el instante como un rayo de plata; lanzó el jentío un grito de asombro, i la mústia cabeza del niño rodó sin vida i sin calor por toda la estension del tablado. Tal es el secreto de la vida, i un simple tajo del verdugo fué bastante a acabar con la existencia preciosa de un héroe!

Vaca de Castro, que habia continuado observando, de-

tras de la cortina del balcon, lo que pasaba en la plaza, dijo para sí cuando Almagro ya no existia:

—Bien: al fin seré virei.

Palabras lacónicas, por cierto, pero que hacian conocer el secreto de toda su política. El último golpe estaba dado ¿qué podria pues cortar el vuelo a su ambicion?

El verdugo procedió a despojar al reo de sus vestiduras, i el cadáver hubiera quedado desnudo por entero durante las horas de la exhibicion pública que ordenaba la lei, si Francisco de Carvajal no se hubiera abierto paso al traves de la multitud hasta el pié del patíbulo, i gritado al desapiadado ejecutor:

—Dejadle al ménos los calzones, el jubon i la camisa; era un guapo mozo, i yo me intereso por él; tomad, ahí teneis por todo eso un par de ducados.

Tal fué el fin del hijo del mariscal, del niño que soñaba con los caballos blancos de pelea, i cuyo porvenir de gloria habia presentido desde años atras, como el marino presiente la venida de la borrasca en el mar.

La suerte de Almagro habia sido la misma de su padre. El capricho de la fortuna les dió a ámbos el mismo nombre i el mismo valor. Su prodigalidad i su opulencia fueron las mismas; sirvióles a ámbos el mismo cadalso, la misma plaza para su ejecucion, i hasta fué una misma la mano que les cortó la cabeza.

Llevados sus restos a la iglesia de la Merced, se les enterró en la misma sepultura que habia servido para el mariscal.

Sobre su tumba corrióse en breve el velo del olvido.

CAPITULO X.

EL SECRETARIO RODRIGUEZ.

Despues de la pacificacion de todo el imperio, el Gober-

nador Vaca de Castro se consagró a organizar convenientemente el pais; i a sus esfuerzos i celo se debió el término final de muchos abusos, así como el esclarecimiento de infinidad de puntos de gobierno, que, sin el talento del licenciado i el espíritu que lo animaba, habrian continuado siendo causa de infinitas disputas.

Fué su primero i mas astuto paso llamar a Gonzalo Pizarro, que acababa de regresar de su conquista del Amazónas, i persuadirlo de que debia retirarse a sus minas de Charcas, i esperar allí tranquilamente el curso natural de las cosas. Gonzalo estaba disgustado con la Corona, porque siendo él la figura mas notable del imperio, i el servidor mas caracterizado de la conquista despues de muerto su hermano Francisco, no se le habia nombrado jefe de la tierra; pero sentíase débil por el momento para hacer valer sus pretensiones al mando, i aparentó acomodarse con los consejos de Castro, quien, por su parte, no queria sino alejar de sí un rival tan terrible i poderoso como el amante de Azucena.

Algunos de los mas íntimos amigos de Gonzalo no pudieron ménos de echarle en cara su condescendencia; pero él les dijo con aquella gracia i aquella penetracion que lo hacía el primer cortesano de su tiempo:

—Dejadme ir, que ya sabré volver.

Despues de este acto de sana política, el Gobernador estableció escuelas en todas las poblaciones indias para la difusion de la doctrina cristiana; llamó a los peruanos de las selvas i de la montaña i los persuadió a que viviesen con los *blancos*; mejoró las vías de comunicacion i las posadas públicas, casi todas destruidas en las últimas guerras civiles; disminuyó los repartimientos, pues había español que contaba hasta *mil quinientos* indios, a quienes daba una vida de esclavos; i puso órden i sistema en las rentas reales, dilapidadas hasta entónces escandalosamente.

La conducta oficial de Vaca de Castro merece bien

una pájina inmortal en la historia. Sin fondos i sin tropas no hacía aún muchos meses que habia desembarcado en el Perú, que estaba en la mas completa anarquía, i a fuerza de valor i habilidad, se habia hecho a todos los recursos apetecibles, i con ellos habia vencido al hombre que la fortuna parecía haber hecho nacer para eclipsar la gloria de todos los grandes capitanes de América.

Su rijidez despues de la victoria no era precisamente un desahogo de sus malas pasiones: era una condicion de su siglo de hierro, i un modo, el mas adecuado, para abrir paso ancho i seguro a su ambicion, tal vez latente entónces, pero no por eso ménos tormentosa i jigante.

Él habia dicho, luego que las campanas de la catedral del Cuzco i sus propios ojos lo convencieron de la muerte de Almagro, *al fin seré virei.* Ese, sin duda, era un grito escapado a su alma en el arrebato producido por el primer reflejo de su gloria; pero ¿quién es el que en este mundo no ha sentido inflársele el pecho ni irradiarle el ojo, a la primera caricia de esa fada de aromas que se llama el Poder?

Vaca de Castro era severo, pero no era infame. Aunque educado para una carrera distinta de la de soldado, el dia de pelear, peleó como un guapo. Oh! i nosotros sí que gustamos de los hombres que se manifiestan tales en todas partes: hombres en el consejo, hombres en el campo de batalla; dulces i tiernos con las mujeres, dignos con los enemigos, sabios entre los sabios, nobles, caballeros i siempre valientes.

Vaca de Castro era uno de estos hombres; sus hechos tienen toda la austeridad de la historia junto con la gracia de la novela.

Sinembargo, los meses se pasaban, cumplíanse los años, i el licenciado no recibia de la Corona de España el nombramiento de virei. Qué causa oculta lo privaba de es-

te derecho?....No se apreciaban en la corte de Castilla sus merecimientos en todo lo mucho que valian?....

He ahí el motivo secreto de sus angustias; i si por algo era desgraciado el fuerte caballero, era porque Cárlos, el grande emperador, parecia despreciarlo desde la escelsitud de su gloria.

Empero, veamos aunque suscintamente como pasaban las cosas.

En 1541 Cárlos V, que había estado mui entregado a los asuntos de Alemania, volvió la vista a sus dominios españoles, i de estos a sus colonias de América. Presentáronsele al punto muchas relaciones de los sucesos de la conquista i de la verdadera i terrible situacion de los indios; pero ninguna mereció mas acojida ni llevó convicciones mas amargas a su espíritu, que la presentada por el obispo de Chiapa, frai Bartolomé de Las Casas. Este dignísimo sacerdote, que habia consagrado su vida a las tareas cristianas que le merecieron el nombre de *Protector de los indios*, habia escrito ya para entónces su célebre tratado sobre la "Destruccion de los Indios," o sea la coleccion mas notable que puede verse sobre las maldades humanas, cometidas por los españoles en el Nuevo Mundo.

Este manuscrito puesto en manos del Emperador en 1542, produjo la convocatoria de una junta en Valladolid, compuesta de teólogos i jurisconsultos, con el objeto de adoptar un sistema de lejislacion sabio, justo i adecuado para las colonias.

El venerable obispo tuvo a bien presentarse en persona i hablar a la junta en términos tan conmovedores i exactos sobre la libertad de los indios i las atrocidades cometidas por los conquistadores, que, gravemente impresionada aquella, se resolvió a disponer que se reconociese la libertad de los americanos, i se los reputase como leales i fieles vasallos de la Corona, matando así de un solo golpe la esclavitud en el mundo de Colon.

Este acontecimiento hizo mas ruido acaso que ningun otro en todo el grandioso reinado del Emperador; i la declaratoria del consejo de Valladolid se llevaba de calle tantos i tantos intereses, que casi fueron mui pocos los que no se pusieron contra ella, i la calificaron de injusta i hasta atentatoria. Escribiéronse mil cartas para las colonias, i provocóse a la rebelion desde Méjico hasta Chile.

Pero ¿cómo no hacer esto, i mas todavía, si cada conquistador era un sultan en América, que ahora se iba a ver despojado de sus millares de esclavos, de cuyo trabajo vivia, i de cuyas hijas formaba sus harenes? ¿Cómo no clamar a los cielos por una injusticia tal, si el sol de los incas quemaba mas de cerca que el sol de Pelayo, i el hijo blanco de Castilla hallaba diferencias mui notables entre su tez de rosa i la tez de bronce de los hijos del Cuzco?

La conflagracion fué, pues, espantosa. Descolgáronse de las paredes las enmohecidas espadas, limpiáronse las lorigas; volvióse a cuidar de los caballos, sueltos hasta entónces en los campos; i rebeldes los súbditos a su patria i su rei, no se habló ya mas que de muertes i sangre.

Hubo mil juntas en todos los pueblos notables de las colonias, i los mas viejos soldados de la conquista, rompiendo sus jubones i mostrando sus hondas heridas, recorrian las calles concitando al pueblo i diciendole:

—Mirad! ese es el premio que se ha reservado a nuestras fatigas; así paga el rei a sus buenos servidores. Se nos ve sin sangre i sin miembros, i se nos priva de nuestro pan i de nuestras haciendas!

Sinembargo, el primer paso estaba dado, i Cárlos V no era de los que se volvian atras en sus determinaciones: hai hombres para quienes el peligro es la gloria.

Vaca de Castro no pudo ménos que temblar interiormente al saber la determinacion de la Corona; pero co-

mo aun no se le habia comunicado oficialmente, guardó silencio i esperó lleno de impaciencia algunos meses mas.

El dia a que nos referimos en este capítulo, estaba mas inquieto que nunca, i paseándose en la sala principal del palacio del Cuzco habia llamado hasta por tres veces a su secretario, quien trabajaba ajitadamente en la pieza inmediata.

El tiempo corría mui aprisa a juzgar por la velocidad con que caia la arena de un gran reloj colocado sobre la mesa del fondo, entre algunos pergaminos escritos i unos recados de escribir, i el de Castro, no pudiendo resistir por mas tiempo su impaciencia, esclamó:

—Rodríguez!

—Señor, respondió el secretario al instante, pero sin moverse de su asiento.

—Mirad al patio a ver si ha llegado Fortun.

El secretario puso la pluma en un estremo de la mesa, retiró el sillon, i fué a alzar las rojas cortinas de damasco que cubrian una hermosa ventana de doce piés, que daba sobre el patio en que debia aparecer Fortun; i viendo que no habia nadie en él, i que no se oia el ruido mas lijero, volvió a su asiento, recojió la pluma, arrimó el sillon, i dijo a Castro al volver a escribir de nuevo:

—No hai nada, señor.

Pero ántes de que Rodríguez hubiera acabado, oyóse en el patio el ruido producido por un caballo que llegaba, i ántes de un segundo abrióse la puerta, i un hombre alto i cubierto de acero i de polvo pasó adelante con bastante familiaridad.

—I bien, Fortun? preguntó el consejero sin poderse contener.

—Señor.... articuló Fortun.

—No os detengais, por Dios, buen servidor....mi corazon me dice que son mui malas las noticias que me traeis,

pero decídmelas todas....he sufrido tanto con vuestra tardanza.

—Pues bien, señor, dijo Fortun con acento firme i resuelto, todo está perdido.

Este *todo está perdido* llégo a los oidos de Castro de una manera tan lúgubre, que, apesar de su valor i sangre fria, una sombra no pálida sino cadáverica cubrió su faz, i el color lacre de sus labios hermosos desapareció como para subir a sus ojos, los que se le enrojecieron como brasas.

Rodríguez oyó tambien esas frases terribles, pero en vez de palidecer como su amo, puso la pluma a su derecha i se restregó las manos con efusion.

Lo que casi era la muerte para el uno, era la dicha para el otro: tan miserables así nos hizo Dios!

Qué motivo, preguntará acaso el lector, tenia Rodríguez para regocijarse de ese modo? El motivo de Rodríguez no era mas que uno solo: la ingratitud. Vaca de Castro le habia hecho muchos favores para que no lo odiase, i Rodríguez lo odiaba con todo su corazon.

CAPITULO XI.

NOBLEZA E INFAMIA.

Reinó en la sala un momento de angustia mortal. El terror no dejaba al licenciado ir mas adelante en sus investigaciones; Fortun, arrepentido de haber sido un poco brusco en el modo de dar cuenta de su comision, parecia resuelto a no decir mas; i Rodríguez paraba ansiosamente la oreja desde la pieza inmediata, deseoso de no perder una sola palabra de las que se iban a decir.

Tendria entónces este buen personaje de nuestra historia, de cincuenta a cincuenta i cinco años, su faz era rubicunda como un tomate, su nariz larga i afilada, sus la-

bios sumamente delgados i cárdenos, sus ojos pequeños, hundidos i brilladores, i su cabeza, calva en el centro, dividia a un lado i a otro de su frente, contrahecha i angulosa, algunos mechones de cabellos ásperos i grises.

—I bien, Fortun? se atrevió a murmurar el Gobernador.

—Lo quereis saber todo, señor? preguntó el recien llegado con notable inquietud.

—Sí, todo, todo; no me omitais nada, por Dios.

Rodríguez oyó este lastimoso *por Dios* del consejero, i estiró la cabeza por encima del brazo de la silla para oir mejor.

El infame acechaba desde su puesto como un crótalo envejecido i débil, que acecha entre las ramas el paso del conejo en el desierto.

—Pero, señor, es tan cruel todo lo que tengo que deciros.

—No mas dilaciones, amigo Fortun; al fin soi un hombre como cualquiera otro.

—Oid pues, dijo el mensajero como quien toma una resolucion súbita i desesperada: el virei ha entrado ya en la tierra peruana.

—Cómo! el virei? preguntó Castro estupefacto.

Con efecto, lo que Fortun acababa de decir tenia un significado espantoso en las circunstancias en que se encontraban los diferentes personajes con quienes hemos de tocar en el curso de esta historia. Rodríguez mismo se paró bruscamente del asiento, llevóse a la oreja la pluma de ave conque estaba trabajando i fuése a poner con el aire mas hipócrita del mundo sobre el quicio de la puerta que daba al salon de la conferencia.

—Sí, señor, continúo Fortun imperturbable: el Emperador ha nombrado para sustituiros en el mando del Perú al caballero Blasco Núñez Vela, natural de Avila i antiguo servidor del reino.

—Es decir?.....articuló Castro enjugándose el rostro enrojecido entónces por la emocion i la cólera.

—Es decir, que en vez de haber sido confirmado por Su Majestad en vuestros empleos, habeis sido despojado de ellos ignominiosamente.

—De manera?....volvió articular el abatido caballero.

—De manera que nada sois ya en el Perú, i que correis un gran riesgo de ser decapitado a vuestro turno en la plaza pública, como Almagro el jóven.

Esta idea, aunque remota, era mui halagüeña para el secretario, por lo que sus ojos relampaguearon de alegria.

Castro sintió que se le escapaba la vida i se puso a pasear ajitadísimo por el salon. Al voltear vió a Rodríguez que se enjugaba los ojos, i fuese a él para estrecharle la mano diciéndole:

—No os aflijais, mi buen amigo: no he caido aún.

El acento del Gobernador era tan noble í leal, que Fortun volvió a otra parte los ojos lleno de afliccion.

—Cómo no me he de aflijir, señor, si aún no sé lo que será de vos.

Estas frases de Rodríguez eran terriblemente equívocas, pero Castro las tomó por el buen lado, i volvió a estrechar entre las suyas la mano arrugada i glacial de su aflijido secretario.

Hubo despues una pausa no mui larga, porque el Gobernador, volviéndose a Fortun, le dijo:

—Es decir que, léjos de recompensar mis servicios de tres años, la Corona me despoja de todo deshonrándome.

—Sí, señor, os despoja de todo, pues el nuevo virei está ya en marcha para Lima.

—Tan pronto?

—Oh! señor, no es tan pronto, pues salió de San Lúcar el 3 de noviembre de 1543, i estamos ya en noviembre de 1544.

—I viene solo?

—Oh! no, que viene con él una Audiencia, compuesta de cuatro oidores, i un numeroso séquito de oficiales.

—Una Audiencia tambien! esclamó Castro, i cojiéndose la cabeza con ámbas manos, volvió a mirar a Rodríguez como para comunicarle su asombro; empero el sensible secretario, no pudiendo presenciar tal espectáculo de horrible desengaño, acababa de escabullirse por una escalera interior.

—Lo veis, Fortun? el pobre Rodríguez ha sido inferior a mi desgracia, i se ha retirado a llorarla.

Oyóse en aquel punto el galope de un caballo que se alejaba a toda brida, pero era aquello una cosa de cada momento en el Cuzco para que llamáse la atencion de los dos interlocutores.

—Sí, señor, continuó Fortun, el virei trae consigo una Audiencia.....pero no es esto solo.

—Pues qué?

—Trae tambien un código para las colonias.

—Un código decís?

—Sí, señor, un código u ordenanzas espedidas últimamente por la Corona a causa de una junta habida en Valladolid, en las cuales se reconoce a los indios como mui fieles i mui leales súbditos de Castilla, se los hace libres, i se organizan estas colonias sobre las bases de un vireinato.

—Con que no eran simples rumores los de las ordenanzas?

—Simples rumores! no, señor; i ya el virei Núñez ha empezado a ponerlas en planta.

—Qué imprudencia! Decís?....

—Digo que el virei Núñez ha empezado a ponerlas en planta, i su primer acto ha sido embargar en Nombre de Dios un buque cargado de plata que debia hacerse a la vela para España, so pretesto de que dicha plata era producto de trabajo de esclavos.

—Es decir que el virei reputa a los indios de aquí como esclavos?

—Es decir eso. Pero hai mas, Blasco Núñez ha hecho tambien soltar en Panamá trescientos indios que sus propietarios habian llevado allí para trabajar en sus tierras, i los ha devuelto a sus pueblos; i esto contra el dictámen jeneral de la Audiencia.

—Con que es tan resuelto así?

—Oh! por lo que es resolucion, creo que el virei la tiene de sobra. I bien, señor, qué pensais hacer?

—Fortun, creeis luego que el hombre que sabe cumplir con su deber tenga nada que pensar.

—Es que yo de vos no aceptaria al virei, i sus ordenanzas mucho ménos. Mirad que se va a alborotar la tierra de muerte.

—Es probable, Fortun, que se alborote i que corra sangre a torrentes como otras veces, pero no seré yo nunca el que contribuya a semejantes desgracias.

—Es que el único medio de evitarlas seria el dejar las cosas en el pié en que se encuentran hoi, no reconociendo a Núñez en su carácter de virei, i mandando una embajada a Castilla a hacer presente al Emperador lo inconsulto de las ordenanzas.

—No, Fortun, él sabrá lo que hace, i sobre su frente caiga la sangre de las víctimas o las bendiciones de los agraciados. El dictado de rei es mui grande i tiene muchas responsabilidades para que ningun hombre pueda llevarlo sobre la tierra; el que lo acepta, que cargue con todas sus consecuencias.

—Quiere decir que vamos a someternos.

—Sí, Fortun; ese es nuestro deber.

—I yo que me halagaba con la idea de salir al encuentro de ese fatuo de Núñez.

—No os afaneis por eso, que ya habrá quien lo combata, i acaso quien lo venza.

—No veo quien pueda hacerlo en esta tierra de estúpidos i aduladores.

—Os olvidais, Fortun, de un hombre para quien va a empezar una série de glorias.

—Un hombre decís, señor? no alcanzo a verlo.

—Sí, pero no es porque esté mui léjos, sino porque vos estais mui abajo. Ese hombre es Gonzalo Pizarro.

—Teneis razon, señor; Gonzalo Pizarro, lo habia olvidado. I por la mente de Fortun cruzó un pensamiento de gloria.

—Sí, continuó Vaca de Castro, Gonzalo Pizarro es el que va ahora a levantarse como el leon descansado, i a oponerse de frente al virei; no hai que dudarlo. I lo peor de todo es que los pueblos en masa van a seguirlo..... I el consejero abatió la cabeza como si lo agobiara la gloria que entreveía para otro, cuando ninguno mejor que él estaba llamado a disfrutarla.

—Parece que envidiais el destino futuro de Pizarro?

—Oh! sí, Fortun, lo envidio.

—Pues entónces....

—Oh! no, nunca, Fortun.....ántes morir. Pizarro puede aceptar el destino que le parezca, porque él es libre; pero yo no: yo soi el empleado de la Corona, i hai mucha diferencia entre un traidor i un rebelde.

—Bien, dijo Fortun entónces con algo de embarazo; permitidme que os haga una súplica.

—Hacedla, Fortun.

—Permitid que os abandone.

—Abandonarme en tales circunstancias?

—Sí, señor; tengo necesidad de pelear contra el hombre que ha venido a agotar todas vuestras esperanzas.

—Pero qué vais hacer?

—No me acabais de decir que hai un hombre en el Perú que puede desobedecer i combatir al virei?

—Sí; Gonzalo Pizarro.

—Pues voi a unirme a él.

—Fortun!

—Ya veis, señor, que no os abandono por el poder triunfante, sino por el poder caido, que no voi adular sino a pelear: espero pues que me comprendereis.

—Oh! sí, querido Fortun, dijo el de Castro echando sus brazos al cuello del jóven; os comprendo i os dejo partir. Al lado de Pizarro teneis un porvenir; al lado mio no hai ya mas que sombras, i acaso el cadalso. Partid!

I los dos amigos se estrecharon con efusion. En seguida se separaron.

Castro fué a buscar a Rodríguez, pues tenia algunas órdenes que darle; i Fortun fué a buscar su caballo para irse a donde Pizarro.

Empero, no parecieron caballo ni secretario.

—Qué hai? dijo Vaca de Castro viendo a Fortun que venia sonriéndose.

—Pues qué ha de haber, sino que se han llevado mi troton.

—I quién?

—Eso es lo que vais a tener el gusto de adivinar.

—Yo?

—Sí, vos.

—No sé.

—Pues Rodríguez, el mismo que lloraba hace poco por vuestra caida.

—El? preguntó el Gobernador estupefacto.

—Sí, señor, él, él; quien dijo al centinela al salir: Tenemos un nuevo virei, seguidme i vamos a besarle las plantas.

—I es por eso que os reis?

—No, señor; es porque el infame ha creido que a donde estaba llegando el virei era al Cuzco i no a Lima.

—Vaca de Castro meneó la cabeza con amargura, habia mucha vileza en la accion de Rodríguez para no hacerlo así.

CAPITULO XII.

LLEGADA DEL VIREI.

El pensamiento de Fortun, de que Vaca de Castro se denegase hasta por medio de la fuerza, si era posible, a recibir al virei Blasco Núñez, no era por cierto un pensamiento aislado: opinaban del mismo modo todos los españoles que tenian grandes repartimientos de indios, i que ahora los iban a perder con el nuevo réjimen.

—Sin la esclavitud de los indios, decian mui quejosos, qué va a ser de nosotros? Vamos a tener dentro de poco arruinadas nuestras haciendas, perdido nuestro prestijio de *nobles* en el pais, i, oh escándalo no visto ni oido! los indios pasarán a ser nuestros amos i jueces!.... Es necesario no admitir al virei ni sus malditas ordenanzas; i, si es preciso, moriremos ántes que vernos despojados así..... Cierto que Vaca de Castro es un cobarde, i no quiere seguir nuestras inspiraciones; pero no importa, nosotros tenemos en cambio un jefe que vale mas que él: ese jefe es Gonzalo Pizarro, con cuya espada nos reputamos invencibles.

I en efecto, los españoles de aquel tiempo no se contentaban con hablar, i Gonzalo recibió diferentes embajadas de toda la colonia, invitándole a tomar el mando i poner en prisiones a Núñez i a Castro como enemigos declarados de los conquistadores, miéntras se mandaba una diputacion a España que hiciera presente al Emperador lo imprudente de su medida.

Gonzalo Pizarro habia rehusado siempre dar este paso atrevido, porque hasta entónces no habia creido propicia para sus planes ninguna de las ocasiones presenta-

das; pero en esta vez las cartas que recibia eran apremiantes, se le hacian ofrecimientos mas directos, i hasta las autoridades mismas le dirijieron notas suplicatorias, en que se le daba el nombre de *Protector de la colonia*, i se le decia el único *virei lejítimo del Perú.*

Los momentos no podian ser mas oportunos, i Pizarro, agraviado de véras con la Corona porque a la muerte de su hermano Francisco no lo habia designado para ejercer el gobierno del Perú, como creia él que de derecho le correspondia, empezó a dar prendas a la revolucion tomando sus medidas para salir a campaña.

Con todo, hízose aún por parte de algunos otra última tentativa para que Vaca de Castro i no Pizarro se pusiese a la cabeza de la rebelion, i esto no por otra cosa sino porque creian que así se le daria mas fuerza, toda vez que Castro era una autoridad lejítima, i Gonzalo no. Pero el Gobernador, noble i fiel hasta el trance postrero, contestó a sus instigadores que su deber era obedecer al monarca con razon o sin ella, sin discutir jamas la conveniencia o inconveniencia de sus medidas. I en esta virtud salió poco despues del Cuzco para Lima acompañado de un reducido número de amigos, para someterse a la voluntad del virei.

En tanto que el desairado consejero marchaba del Cuzco a Lima para obedecer al Emperador, Gonzalo marchaba de las Charcas, sus haciendas, al Cuzco para ponerse al frente de la rebelion. El pueblo i el Ayuntamiento de esta ciudad lo recibieron con palmas de triunfo, i le confirieron el dictado de *Procurador jeneral del Perú*, el cual aceptó Pizarro en la intelijencia de que "solo era por servir a los intereses del Rei, de las Indias, i, sobre todo, del Perú."

El último, i acaso el mas heroico de los Pizarros se habia ceñido la espada, i esto era bastante para que el cielo se cubriese de sombras i la tierra de espanto.

Interin pasaban estas cosas al sur del Perú, el virei Blasco Núñez seguia imperturbable su marcha ácia la nueva ciudad de los Reyes, capital hoi de la República peruana; sinembargo, el camino presentábasele cada vez mas solitario, pues nadie salia a su recibimiento, i hasta las casas i haciendas estaban abandonadas como de propósito, pues no tenian bastimentos, i sus puertas cerradas decian bien claramente al virei que sus amos no tenian gusto ninguno en recibirlo.

Andando de esta manera llegó a la venta del valle de Huaura, propiedad de Antonio Solar, la que encontró abandonada, sin fuego ni forraje, i cerradas las puertas. Con todo, apeóse el virei de su cabalgadura porque iba mui cansado, i entróse para un corredor, en donde lo primero que vieron sus ojos fué un gran letrero que decia:

"*A quien viniere a echarme de mi casa i hacienda, procuraré yo echarlo del mundo.*"

Grande fué el enojo del virei con esta amenaza, mas que directa, pero guardó silencio i disimuló por entónces; lo mas que hizo fué preguntar a Puélles, uno de los oficiales de su escolta, a quién pertenecia la tal venta.

—A Antonio Solar, natural de Medina del Campo, i actualmente proveedor de caminos, señor, díjole el interpelado.

—No los provee mal, observó el virei con acento mas de enojo que de burla; i la comitiva, arrimando espuelas a sus caballos, pasó de largo disgustada por el bochorno, el cansancio i el hambre.

Habia entretanto en Lima una ajitacion mui grande proveniente de si recibirian o no al virei. Habia dos bandos: uno porque se le rechazase a balazos, i otro porque se le recibiese de paz i dulzura, i se probase ganarlo con buenos tratos i maneras. Vaca de Castro i los rejidores Illen de Suárez i Diego Aguero, vecinos pudientes i respetables, eran de este último dictámen, el cual prevaleció.

Dió esto lugar, empero, a mil murmuraciones, pues se dijo que el simulado patriotismo de Aguero i de Suárez no era mas que interes por conservar sus destinos i haciendas; i que Vaca de Castro era un pobre hombre cuando, pudiendo, no se alzaba con el Perú. Pero lo cierto fué que todos se pusieron de gala i se aprestaron a recibir de buen grado al virei.

Vaca de Castro i el obispo de Lima, don Jerónimo Loaisa, vinieron hasta tres leguas acá del poblado, donde los recibió el de Núñez con toda la distincion i aprecio que les eran debidos. Mas adelante, ácia el paso del Rimac, halló la comitiva a Garci-Diaz, obispo de Quito i todo su cabildo eelesiástico, i habiéndose apeado el virei i los principales señores que lo seguian, hubo gran regocijo por una i otra parte, se echaron vivas a Su Majestad el Emperador Cárlos V, i casi nadie volvió a acordarse de las malhadadas ordenanzas ni de sus portadores.

A la entrada de Lima estaba el cabildo, junto con todos los vecinos i caballeros principales. El virei llegó i saludó afablemente, pero apénas se le contestó en tono de ceremonia.

Pretendian seguir, pero adelantándose un paje a una señal del factor Suárez, cojió el caballo del virei por la brida i tomándole el estribo, indicó a este que era llegado el momento de apearse. Hízolo así Blasco Núñez sin manifestar embarazo.

Toda la numerosa comitiva siguió al punto su movimiento, i el pueblo, que habia concurrido al espectáculo en todo su número, se descubrió i guardó un silencio sepulcral.

Oyóse entónces en medio de este silencio la voz solemne i cascada de Suárez, que decia al virei a nombre de la ciudad:

—¿Jurais por Dios, nuestro Señor, guardar los privilejios, franquezas i mercedes que los conquistadóres i pobla-

dores del Perú tienen de Su Majestad, i que los oireis en justicia respecto a las ordenanzas?

—Juro, respondió el virei con un acento no ménos intencionado que el del factor, que haré todo lo que convenga al servicio del Rei i bien del Perú.

Este juramento no tenia mucho de esplícito que digamos, i pueblo i soldados llevaron su descontento hasta prorrumpir en sordas murmuraciones.

No dejó Blasco Núñez de percibir esta mutacion, pero, asiendo la brida de su caballo, requirió su espada, tercióse el chambergo, i montó de nuevo sin dar señal alguna de conmocion o pena.

Siguiéronle todos en el mayor silencio, pues el entusiasmo anterior se habia acabado con lo equívoco del juramento del virei, i nadie volvió a decir nada, aunque sí se mirasen todos por lo bajo con cierto jesto de intelijencia i disgusto.

Metiéronlo en seguida bajo de un ancho palio de brocado, cuyas varas de plata maciza sustentaban los rejidores vestidos de raso carmesí forrado en damasco blanco; echáronse a vuelo las campanas, tocaron las bandas de música, i condujéronlo poco a poco hasta la iglesia mayor por medio de calles revestidas con mucho arte de juncia i laurel, i por debajo de arcos de flores construidos con variedad i elegancia.

Delante, i como emblema de autoridad i de poder, cabalgaba un caballero principal llevando en alto una maza de armas.

En la iglesia mayor o catedral se cantó un *Te Deum*, i despues se condujo al virei al antiguo palacio del marques Francisco Pizarro, donde se le dejó con su familia, despues de unas pocas i no mui determinadas palabras, que respecto de su mision i las ordenanzas, dirijió al pueblo en medio de un silencio jeneral.

Aquel pueblo, tan entusiasta por sus reyes i tan fiel

siempre a la Corona, no tuvo un solo viva ni una sola sonrisa para su virei!

El precedente no podia ser mas funesto.

Al bajar la escalera del palacio, Vaca de Castro tropezó con su secretario Rodríguez, a quien no pudo ménos de decir:

—Buen chasco os llevasteis, señor, el otro dia; crei que hubierais llegado demasiado tarde.

—Pudo ser así, pero no ha sido, respondió el viejo poniéndose rojo hasta las orejas; i creo que llegué mas oportunamente que vos.

—Los traidores i mercenarios siempre llegan con oportunidad, repuso Castro con orgullo.

Seis u ocho caballeros que los rodeaban se cambiaron una mirada fria i descompuesta, pues no sabian cómo esplicarse la dureza de las palabras del consejero; pero Rodríguez cortó el nudo, diciendo:

—Oh! señor, i que chancero estais hoi....dejadme pasar, pues quiero que no ignore el virei todo el buen humor que ha producido en vos su llegada.

I el viejo se escabulló lanzando llamas por los ojos.

CAPITULO XIII.

EL SELLO REAL.

Indispuesta un tanto la Audiencia con Núñez desde Panamá, se habia quedado atras, por lo que no llegó a Lima sino algunos dias despues.

Componíase de cuatro jueces, que eran Cepeda, Zárate, Alvarez i Tejada; o como decia el virei: un mozo, un loco, un necio i un tonto. El necio era Tejada, que tenia encima el gran pecado de no saber latin; el mozo, Cepeda, Juan Alvarez el loco i Zárate el tonto.

Llegados los oidores a Lima, instalólos Núñez en su mismo palacio con toda la pompa posible, i tuvo con ello

su primer conferencia. Resultó de ella que todos cuatro, escepto Cepeda, quien no dijo ni *si* ni *no*, eran de opinion que se suspendiese el cumplimiento de las ordenanzas, miéntras se daba cuenta al Emperador de lo mal que habian sido recibidas en la tierra i del mucho peligro que habia en quererlas llevar adelante. Pero Núñez se sostuvo en que no, i desde ese dia virei i Audiencia quedaron en abierta pugna.

—I bien, Cepeda, qué decís vos de la obstinacion de Blasco Núñez? preguntó a este Zárate a la salida de la conferencia.

—Qué he de decir, sino que vosotros sois la mayoría i que debeis sosteneros en vuestro dictámen.

—Pero.... ¿i los conflictos que surjirán necesariamente de esta colision?

—Vosotros lo veais, repuso Cepeda, pero él no es mas que un viejo tonto i caprichoso, al paso que vosotros sois tres.

—Eso es, que ceda él, observó Alvarez.

—O que no ceda, interrumpió Cepeda; allá se las haya con el pueblo. La cuestion es puramente de cabeza.

—Cómo de cabeza? preguntó Tejada; yo la creia de dignidad de cuerpo.

Los tres oidores restantes soltaron la risa.

—Pues qué? insistió Tejada ruborizándose.

—Pues qué? dijo Cepeda riéndose aún. La cuestion no es, amigo querido, de dignidad de cuerpo, sino de seguridad de pescuezo. No veis que si se insiste en llevar adelante las ordenanzas nos van a degollar aquí como unos corderos.

—Ah! esclamó Tejada sudando a grandes gotas; entónces hai que sostenernos a todo trance.

—Es mi parecer, afirmó Zárate.

—Pero no el mio, repuso Alvarez; yo no creo que corramos un riesgo mui grande.

—Qué? interrumpió Cepeda. Nosotros somos apénas cuatro, cinco con el virei, i los conquistadores son tres mil. Tres mil hombres sin lei i sin conciencia, que no tendrán escrúpulo en matarnos i reirse del Emperador i de sus ordenanzas.

—Reirse del Emperador...? observó Tejada escandalizado.

—Sí, reirse, repuso Cepeda con intencion; reirse porque el Emperador está a dos mil leguas de distancia, i con dos océanos i un continente de por medio.

—Pues! esclamó Zárate a boca llena.

—Si tal, dijo Alvarez reflexionando; empiezo a creer que el paso es atrevido, pues si llevamos las ordenanzas a puro i debido efecto, se quedarán estas jentes de la noche a la mañana sin haciendas ni esclavos; i qué grita la que van a armar!

—Ya veis, pues, señores, dijo Cepeda, que es preciso tomar una determinacion i obrar en perfecto acuerdo; de lo contrario podemos ir mandando decir misas por nuestras almas.

—Proponed, pues, observó Zárate.

—Mi opinion es el que nombremos un jefe, de manera que sea este el que lleve la voz en todas nuestras conferencias con el virei, a fin de no ponernos en contradiccion. Propongo por mi parte a Zárate.

—No, dijo el candidato; vos, Cepeda, debeis ser ese jefe, vos sois el presidente de la Audiencia; i ademas Núñez os aborrece lo bastante para que no le demos tortura con ello.

—Eso es, hagámoslo rabiar, observó Alvarez.

—Convenís? preguntó Tejada.

—Sí, sí, respondieron los cuatro golillas a un tiempo, i una gran carcajada puso término a aquella primera conferencia de rebelion.

Despidiéronse en seguida, i cuando ya iban a alguna

distancia, de Cepeda, dijo este arreglándose la toga i lanzándose a la escalera que conducia al aposento del virei con la lijereza de un gamo,

—Ya hemos hecho bastante por este lado, pensemos en hacer algo por el otro.

Blasco Núñez habia llegado a Lima el 17 de mayo de 1544; pero como se habia adelantado a la Audiencia, el real sello no llegó a la ciudad junto con él, sino unos dias despues. Recibióse este chisme de la monarquía con el mismo respeto i reverencia que si fuera Su Majestad en persona, pues entró a Lima en una magnífica caja de madera, sobre un soberbio caballo mui bien aderezado, a que conducia por la brida un rejidor, i bajo el mismo palio de brocado i plata que habia servido para el virei, cuyas varas llevavan en alto los miembros del cabildo vestidos de ropas rozagantes i aderezados como para un acto solemne.

—Virei, perdonad, dijo Cepeda entrando, pero seria mui conveniente que dieseis cierto estreno al sello que acabamos de recibir.

—Qué estreno? preguntó Núñez distraido.

—Este, por ejemplo, dijo Cepeda, i presentó a Núñez una órden escrita de su puño en que se mandaba aprehender i poner en prision pública al caballero Vaca de Castro, del consejo de Su Majestad.

—Estais loco, señor? dijo Núñez devolviendo asombrado el pliego al oidor.

—Vos, señor, lo estareis sino adoptais inmediatamente la medida de salvacion que os vengo a proponer.

—I por qué? preguntó Núñez asustado, pues empezaba a desconfiar de todos i de todo.

—Porque Vaca conspira, dijo Cepeda, con la misma sencillez que si hubiera dicho *porque Vaca es un estimable sujeto.*

—Que conspira, decís?

—Sí, señor.

—Él; un caballero tan leal?

—Ese caballero *tan leal*, conspira, señor.

—Las pruebas? preguntó el de Vela jadeante, porque él mismo no se encontraba mui seguro.

—Bien, señor, me habeis pedido las pruebas, i voi a dároslas. Empero, perdonad si paso a proponeros ántes alguna cuestion.

—Hablad.

—Creeis, señor, en mi plena fidelidad a la Corona?

—Sí creo..

—Creeis igualmente en mi penetracion para que no se me escape nada de lo que pase?

—Sí creo igualmente.

Satisfecho Cepeda de haber dado al virei dos golpes seguros, quedó un rato cabizbajo i como concentrado en alguna meditacion profunda. Núñez, que no era ménos confiado que su confidente, lo miró por algun tiempo al soslayo, i no pudo ménos que sentirse interesado ante aquel jóven, que ántes de salvar el pais con la revelacion de algun secreto importante, pedia fuerza i verdad a su espíritu para ser fiel i oportuno en sus informes.

Cepeda, por su parte, tambien observaba al virei, i cuando leyó en su frente ancha i jenerosa, toda la impresion que se habia propuesto producir, levantó de pronto la cabeza, i dijo:

—Habeis visto, señor, que durante la ceremonia del recibimiento del sello real, han salido por la esquina misma de la plaza mayor unos cincuenta jinetes, armados de punta en blanco, i como haciendo alarde de que los vieseis vos?

—Sí, los he visto, respondió Núñez cada vez mas reconcentrado.

—I sabeis a dónde iban esos jinetes?

—No lo sé.

—Pues, señor, esos jinetes iban al Cuzco, enviados por

Vaca de Castro a Gonzalo Pizarro.

—Qué decís? esclamó el virei dando una patada tan violenta en el suelo que tembló su espada i se ajitaron como movidos por la brisa todos los pliegues de su gola.

—Unicamente la verdad, señor.

—Imposible! insistió el virei; no puedo creerlo.

—Lo creeriais, señor, sin vacilar, si supierais como sé yo, que no fué mas que se supo en el Cuzco que veniais vos, cuando para cerciorarse de la verdad, despachó el consejero en comision hasta la costa a un tal hidalgo Fortun, mui su confidente; el cual volvió a las pocas semanas trayéndole noticia de nuestro arribo a ellas, junto con nuestra comision i facultades, cosas que lo pusieron tan fuera de sí, que juró por su nombre i por su espada daros muerte i esterminar a cuantos con vos viniesen; porque decia que el Perú era de él, i solo de él, puesto que para eso lo habia ganado en la batalla de Chupas i en la plaza pública del Cuzco, haciendo degollar al traidor Almagro.

—Eso dijo? interrumpió el virei rechinando los dientes de cólera.

—Sí, señor, dijo secamente el oidor.

—I a todo esto qué dice la Audiencia?

—Poco importa lo que ella diga, señor, lo que hai es que la dignidad de la Corona exije que no cejeis vos en un solo punto, i que lleveis a cabo el planteamiento de las ordenanzas aunque haya de costarnos a todos la vida. I ¿qué es morir, preguntóse en seguida el patriota jóven, radiante de serenidad i estoicismo, cuando se muere con la satisfaccion i el orgullo de haber cumplido con nuestro deber?

—Es decir que vos sí estais porque yo me sostenga?

—Así es la verdad.

—I que mande prender a Vaca de Castro?

—Olvidais, acaso, que se halla resentido con vos porque para dároslo el Emperador le quitó el puesto que

tenia? Oh! dejadlo libre, i será el primero en irse al campo rebelde, cuando vea que vamos a proceder en todo de acuerdo, i que pondremos en planta las ordenanzas mal que les pese a estos indignos hijos de Castilla!

—No hai duda.

—Creedme, Blasco Núñez, ó sostenemos al monarca cumpliendo en todo con su real voluntad, i damos golpes certeros como el de la prision de Castro; o nos perdemos cediendo a las exijencias audaces de estos aventureros. Oh! señor, yo apelo a vuestra humanidad; echad una mirada en torno, i ved la insolencia con que tratan estos conquistadores al indio infeliz. Para ellos no vale nada, ni la pureza de las vírjenes, ni la santidad del hogar doméstico. Son mas fieros que los monstruos, señor.

—Oh! Cepeda, i cuánto me complace el oiros hablar así. Quiere decir que tendré en vos un apoyo invaluable?

—Sí, señor. Pero firmad; preso el de Castro, poco tendremos que temer a Gonzalo.

—Lo creis? preguntó Blasco Núñez con caballeresca resignacion.

—Lo exijo en nombre de la Corona.

—Bien, sentaos i agregad un párrafo mas sobre confiscacion de los bienes del reo.

Cepeda obedeció, i miéntras Núñez firmaba, dijo para sí lleno de un deleite supremo:

—Torpe Núñez, me entregais al rival que mas temía.

Diez minutos despues estaba Castro en la cárcel pública.

Tal fué el primer empleo del sello real.

CAPITULO XIV.

EL CABALLERO DE LA CAPA NEGRA CON CABOS DE PLATA.

Vaca de Castro era de una naturaleza altiva i habia sido mui honrado en el Gobierno del pais para que tu-

viera muchos amigos; sinembargo, lo perseguia el virei, i era necesario poner el grito en los cielos i hacerle la oposicion por cuantos medios se pudiera. Fué por esto que los mas encarnizados contra Núñez i contra las malditas ordenanzas, regaron la noticia de la prision del consejero por toda la ciudad, alborotaron los barrios, i dijeron que no tardarian en ser ahorcados todos, pues que Blasco Núñez era un tirano, cruel por instinto i por ambicion, i que su objeto era esterminarlos a todos para apoderarse de sus caudales i haciendas.

Creció la escitacion rápidamente, se formaron corrillos en todas las esquinas de la plaza mayor, hubo gritos, amenazas i hasta mueras a Núñez; acabando por mandar a palacio una comision de vecinos notables, para que hiciese presente a aquel, lo temerario del paso que acababa de dar, i la conveniencia pública que habia en no exasperar al pueblo con tales medidas, pues que el Perú todo no era ya mas que una inmensa mina, dispuesta a arder i estallar a la primera provocacion.

Consultóse, no obstante, esta medida con los oidores, i estos se remitieron a Cepeda, como su presidente, i segun su convenio particular. Recibiólos el astuto licenciado con la mayor cordialidad, afeó claramente la conducta de Blasco Núñez; dijo que traspasaba en todo las instrucciones de la Corona; que Mendoza, el sabio i prudente virei de Méjico, habia suspendido las ordenanzas i dado cuenta al Emperador, haciéndole presente lo inconsulto i arbitrario de ellas, i que el pueblo peruano no debia *nunca* permitir que se le rebajase i empobreciese hasta donde queria rebajarlo i empobrecerlo el virei; que la Audiencia, i él como presidente de ella, estaban resueltos a no apoyar al virei en nada, i que si era preciso lo depondrian para dar esa buena leccion a su insolencia i a su avaricia.

Los agriados ánimos de los conquistadores no querian que les hablasen otro lenguaje que el revolucionario en que

les hablaba Cepeda, por lo que lo cubrieron de lisonjas i aplausos, i le ofrecieron sus bienes i sus espadas, por si queria ponerse al frente del movimiento que se intentaba contra Blasco Núñez de tiempo atras.

Respondióles a esto el noble licenciado:

—Señores, por fortuna o por desgracia, no sé cómo calificarlo, yo no tengo ningun linaje de ambicion; de tener alguna seria la de cumplir con mi deber como togado i hombre de relijion i moral. No puedo aceptar, por tanto, los jenerosos ofrecimientos que me haceis. Mi única dicha es vivir retirado de los negocios públicos, entregado a mis libros i prestando a mi rei i a mi pueblo los pocos servicios que me sea dado prestarles en mi calidad del mas humilde de todos los castellanos; pero id en la seguridad de que derramaré hasta mi sangre en sostenimiento de vuestros derechos, i de que seré el primero en combatir la tiranía del virei i sus locas cuanto terribles pretensiones.

El golpe se habia dado por quien lo entendia, i los conquistadores se retiraron de donde Cepeda llenos de esa santa admiracion que produce siempre la presencia de las grandes escenas, en que el hombre se eleva sobre todas las miserias de la vida, i se ostenta maravilloso de desprendimiento i heroico de abnegacion i bondad.

I era de verse, a la verdad, cómo se llenaban de lágrimas los ojos de aquellos encanecidos veteranos, al oir al jóven Cepeda hablarles en ese lenguaje, que ellos llamaban de la justicia i de la razon, nada mas que porque era el lenguaje de su interes.

Reforzados pues con el apoyo de Cepeda, quien, aparte de sus bellísimas prendas personales, era el presidente de la Audiencia, los amotinados se dirijieron donde el virei, i le pidieron la escarcelacion de Castro i la suspension de las ordenanzas.

Recibiólos Blasco Núñez con toda la dignidad, por no decir orgullo, que era característica en aquella época en

los hijosdalgo de Castilla; cosa que no pudo ménos de chocar a los ojos de los solicitantes, que acababan de dejar a Cepeda, tan urbano i cortes como ningun otro hombre de los que habian pasado a América.

—I bien, señores, qué me demandais? dijo el virei viendo que la sala de su despacho estaba cuajada de soldados i jente del pueblo, pero que nadie osaba decirle palabra.

—Lo que venimos a demandaros, señor, dijo el factor Suárez adelantándose con paso seguro i descubriendo su noble cabeza rodeada de canas, es que mandeis dar otra prision que la cárcel pública al caballero Vaca de Castro. Él es del consejo de Su Majestad, i ha sido Gobernador de la tierra, i ya veis que, sean cuales fueren sus culpas, es justo que se le rinda algun acatamiento, aunque mañana o ese otro dia haya que cortarle la cabeza en la plaza mayor.

—I quién me responderá de la seguridad del reo? preguntó Blasco Núñez paseando su mirada orgullosa por toda la multitud, cuyas miradas iban apagándose una a una al brillo fosforecente de sus ojos, i cuyas cabezas plebeyas no podian mantenerse erguidas ante la cabeza gris i levantada del virei.

—Yo, señor, dijo con templanza el factor aunque con un gusto enteramente esquisito.

—Vos? insistió el virei; pero sabed, que la fianza ascenderá a cien mil castellanos de oro.

—No teneis mas que decirme ante quién debo depositarlos, respondió Suárez con una posesion que encantó hasta al virei, capaz, mas que ninguno, de comprender esos arranques del orgullo herido i vencedor a un mismo tiempo.

—Pues bien, depositadlos ante el tesorero de la Corona, e id a decir de mi parte a Vaca de Castro que el virei

Blasco Núñez tiene a bien designarle por cárcel la casa real.

Suárez se inclinó con mucha cortesía, i todo el concurso salió tras él murmurando:

—Ya lo veis, señores, el virei lo que quiere es dinero. Cien mil castellanos! no es malo para ser el primer tarascon.

—Triste de mí! esclamó en aquel punto el secretario Rodríguez, que como correvedile de la ciudad se habia metido entre los amotinados i seguídolos a casa de Cepeda; triste de mí, pues no hai duda que he equivocado la suerte: al oidor Cepeda era a quien yo debia haber ofrecido mis servicios, i no a este estirado de Núñez. Cepeda es a todas luces un muchacho de esperanza, al paso que este viejo del virei mala cuenta va a dar de su mision.

Rodaban así las cosas, que por cierto no era rodar mui bien para el virei, cuando una mañana, estando este asomado a un balcon, vió pasar por la plaza a un caballero envuelto en su capa, i que lo miraba con aire socarron; por lo que no pudo ménos de preguntar a Rodríguez, que estaba detras de él:

—I bien, buen Rodríguez ¿acertareis a decirme quién es ese caballero, cuya traza toda es de no hacerla limpia?

—Cuál? preguntó Rodríguez ¿ese de la capa negra con cabos de plata?

—Sí, ese.

—Un tal Antonio Solar, aposentador de caminos públicos.

—Antonio Solar! repitió el virei montándose en ira; pues bajad a él i decidle que suba, que tengo que hablarle.

Obedeció Rodríguez, i un segundo despues ya estaba el de la capa negra con cabos de plata en la presencia del virei.

—Dejadnos solos dijo este a Rodríguez, el cual obedeció.

I luego volviéndose a Solar:

—Sentaos, señor, que tenemos que hablar.

—Sea, dijo para sí Solar sentándose; i ¿si me habrá metido ese diablo de Cepeda en una de que no pueda zafarme?

—Cuál es vuestro nombre? preguntó el virei parándose con majestad a algunos pasos del recienvenido.

—Antonio Solar, para serviros, señor.

—Es decir que no lo negais?

—El qué, señor? Mi nombre? no tengo porque avergonzarme de él.

—Bien, dijo Núñez continuando. Sois vos el dueño de la venta i dormida del valle de Huara?

—El mismo, señor.

—I por qué huisteis de mí cuando yo me acercaba a ella, me cerrasteis las puertas i no dejasteis cosa de servicio ni de bastimento para mí ni para mi jente?

—Porque al que viene con la mision que vos habeis venido de la Corona no debe recibirse como amigo.

—Es decir, observó Núñez con los ojos inflamados de cólera i el labio temblante, que, segun eso, fuisteis vos quien escribió en la pared de la venta aquellas palabras desvergonzadas, que van a costaros la vida?

—Sí, señor, yo fuí, i si no puse mas fué por falta de tiempo, aunque no de voluntad.

—Pues sabed, mal caballero, que si las paredes son papel de atrevidos, en esta vez habeis dado con un hombre que no se deja insultar; i sacando su daga dió un paso vacilante i frenético ácia Solar.

Creyó este llegado el momento que esperaba, i lanzándose al corredor que daba sobre la plaza, gritó:

—Socorro! señores, que el virei me asesina!

Quiso la casualidad que en aquel punto estuviesen de-

partiendo debajo del balcon algunos caballeros de Lima, i entre ellos el factor Illen de Suárez, Cepeda i otros, quienes saliéndose de la acera i mirando ácia arriba tuvieron tiempo de ver a Solar que huia i a Núñez que se paraba en el quicial de la puerta frio i pálido como un cadáver i con la daga suspendida en los aires.

—Dios santo, qué pasa! esclamó Cepeda i se lanzó dentro del palacio seguido de una multitud de personas.

Cuando llegaron al salon, el virei se paseaba tranquilamente por él, pero la palidez no habia desaparecido de su rostro, i Solar hacia el papel de que no se atrevia a salir de entre la penumbra del corredor.

—Qué pasa, señor? dijo Cepeda el primero.

—Llamad a ese insolente i preguntádselo, contestó el virei tendiendo el brazo con altivez ácia la parte donde estaba agazapado el ventero.

—Qué há de pasar, señores? dijo este saliendo de su escondite, sino que el señor virei ha querido matarme porque diz que yo escribí no sé qué letrero; i ha llevado su maldad hasta querer que yo me colgase buenamente de esta columna (el de la capa negra mostró una) miéntras él hacia el oficio de verdugo i me ahorcaba.

La chuscada no dejaba de ser oportuna, i todos los circunstantes soltaron la risa, escepto el virei, quien volteó a mirar a Solar pensando que en sus ojos habia bastante poder para pulverizarlo.

—I qué? preguntó Cepeda en medio de la hilaridad jeneral.

—I como yo me resistiese, continuó Solar, ha querido compelerme a ello amenazándome con su daga.

—Mentís! gritó Núñez con reconcentrado furor.

—Oh maldad inaudita! esclamó el oidor Alvarez llegando casi ahogado de correr....atreverse así a un vecino de las condiciones de Antonio Solar.

—Sí, es una infamia, dijeron varias voces simultáneamente.

Núñez volteó a mirar con desprecio al licenciado, i dijo en seguida:

—Vos, Solar, daos preso en la cárcel pública, i vosotros, señores, despejad; nada tengo que ver con vosotros.

—Esa determinacion es arbitraria, dijo Cepeda, i me opongo a ella como presidente de la Audiencia.

—Callad, oidor, dijo el de Núñez, soi el virei; i la lei me concede el derecho de matar hasta con mi propia mano a los que me venga en voluntad.

—No hai mas voluntad, que la razon i la justicia.

—Bien dicho! esclamaron algunas voces del pueblo.

—Digo que os retireis, señores, insistió Núñez con acento de amenaza; mirad que voi a llamar a mis guardias.

—El virei dice que nos matará, dijo uno de los mas cercanos al teatro de las contestaciones.

—Qué nos mate! qué nos mate! dijeron los que estaban en los corredores i en las escaleras, i que no sabian mas de lo que estaba pasando que si estuvieran en la China o en Roma.

—Bien, dijo Cepeda, puesto que el señor virei lo ordena, retirémonos todos; pero vos, Solar, no le obedezcais, no vayais a la cárcel, que no teneis por qué. En cuanto a la tentativa de asesinato que nosotros mismos hemos presenciado, se dará oportuna cuenta a la Corona.

—Viva Cepeda! viva el presidente de la Audiencia! gritaron en ese punto en la plaza i en el palacio, i salió todo el mundo en tropel, en tanto que Blasco Núñez, furioso como un tigre sin uñas, caia casi desmayado sobre una otomana.

Al llegar Cepeda al último peldaño de la escalera, se le acercaron dos hombres a la vez. Fué el primero Solar quien le dijo al oido:

—Habeis quedado contento de mí?

—Oh! sí, Solar, i no lo olvidaré jamas.

El otro de los hombres era un viejecito de rostro rubicundo, ancha calvicie i risa zalamera; el cual le dijo:

—Oidor! oidor! sois un prodijio, i le apretó la mano cordialísimamente.

Este viejecito era el secretario Rodríguez.

Núñez no acertaba a esplicarse lo que le pasaba; la insolencia de Solar lo tenia como magnetizado i la doblez e infamia de Cepeda, de quien no habia sido hasta entónces mas que un instrumento infeliz, llenaron de tanta amargura su corazon, que estuvo a punto de desesperarse. Su impopularidad era ya una cosa innegable. Empero, no era el virei de esas naturalezas que se abaten i rinden con los primeros golpes; orgulloso por temperamento, devoto i honrado, no quiso ver otra senda que la que le demarcaban sus juramentos a la Corona, que, por otra parte, era tambien la simpática a su corazon, i se lanzó por ella lleno de valor i de fe. El monarca lo habia mandado al Perú a hacer cumplir la lei, i él queria cumplirla fuesen cuales fuesen los resultados. Su causa era la causa del indio infeliz i desvalido, robado de su hogar, pobre, esclavizado; i la causa de los conquistadores era el pillaje i el oro. Semejante al Cristo que debia salvar media humanidad, Blasco Núñez no quiso mostrarse inferior a su destino de héroe i redentor, e intérprete fiel de las voluntades de Las Casas i Cárlos V, desafió imperturbable la cólera de ese resto de jeneracion de hierro que habia encadenado i vencido a los incas. En frente de él se levantaban como jigantes invencibles Gonzalo Pizarro en el Cuzco, Cepeda en Lima i Vaca de Castro, el poderoso consejero de Su Majestad, en la cárcel misma!

Todo esto i mas veia el noble virei en el oscurecido horizonte de su Gobierno, pero templada su alma para los peligros i para la gloria, paróse de repente de la silla en que estaba sentado, i resumiendo, en un solo grito, todos los gritos i todas las amarguras de su alma, dijo:

—No importa, no, que vengan: los espero.

En seguida llamó a Puélles, uno de sus oficiales de servicio, i le dijo:

—He recibido esta mañana pliegos del sur en que se me da por hecha la espedicion de Gonzalo contra mí, tomad pues veinte jinetes de los mejor montados del servicio, e id a estacionaros a Guanuco en observacion. Allí os comunicaré mis órdenes en adelante.

—Confiad, señor, en mi celo por vos i la Corona.

I el oficial se dispuso para retirarse.

—Mirad, dijo de nuevo el virei, decid al salir a Díaz que vaya a casa del factor Illen de Suárez i le diga que lo espero esta noche despues de la queda.

Puélles salió dando gracias al cielo de que se le presentase una buena ocasion de pasarse a Gonzalo, escojiendo para ello veinte soldados de su confianza, i Núñez se quedó pensando en el arriesgado paso que iba a dar.

El tambien habia concebido su plan.

CAPITULO XV.

LAS DOS SERPIENTES.

En tanto que Puélles se alejaba de Lima i Díaz cumplia su comision cerca del factor, el secretario Rodríguez deslizándose como una serpiente por las calles de la ciudad, llegaba jadeante a la puerta del aposento de Cepeda, i daba algunos golpecitos mui bajos a la mampara.

—Quién vá? preguntó adentro el licenciado.

—Un amigo, respondió Rodríguez tratando de falsear un poco la voz por si Cepeda no estaba solo.

—Perdonad, dijo este despues de un rato de silencio, pero estoi sumamente ocupado i no puedo recibir a nadie.

—Estais solo? volvió a preguntar el secretario sin curarse de la despedida del oidor.

—Sí lo estoi, pero no puedo abriros; perdonad, i volved despues.

—Abridme, oidor, pues os va en ello la libertad, i acaso la vida, repuso Rodríguez siempre desfigurando la voz.

—Lo que me va es la paciencia, si no os retirais.

—Mirad, soi yo, Rodríguez, vuestro amigo, vuestro admirador.

—Perdonad, dijo Cepeda levantándose i ocultando unos papeles debajo de la carpeta roja de la mesa en que estaba trabajando; no os habia conocido.

En seguida dejó la entrada libre al delator.

Entró este haciendo mil cortesías, con el chambergo en la mano i el rostro bañado en adulacion.

—Sentaos, i hablaremos, dijo Cepeda brindando un asiento al secretario despues de haber cerrado la puerta con llave. I qué tenemos de nuevo?

—Ai! señor, lo que tenemos de nuevo es una cosa tan grave que no se alcanza ni a imajinar!

—Qué cosa?

—No sé si deba....

—Oh! por lo que es eso tened en mí la misma confianza que en un confesor.

—Pero es el caso....

—Hablad, Rodríguez.

—Pues bien, el malvado del virei intenta prenderos.

—A mí!

—A vos.

—I por qué?

—Vaya! pues porque tiene miedo a vuestras virtudes i a vuestro talento, i quiere quitaros de en medio como a ese bestiaza de Vaca de Castro.

—I despues?

—I despues.......ah! si, despues amaneceis un dia cualquiera muerto en la prision......pues, de apoplejia

con los ojos saltados i la lengua afuera, i nadie se volverá a acordar de vos.

Cepeda se puso encendido como una brasa; luego preguntó:

—Decís que estoi mandado poner preso?

—Sí, señor, yo mismo he tenido la pena de escribir la órden.

—A quién va dirijida?

—Al factor Illen Suárez de Carvajal.

—I cuándo debe ejecutarse.

—Esta noche, entre nueve i diez: despues de la queda. Ya comprendeis, se trata de que nadie pueda estorbarlo. Es la hora de los asesinos.....

Cepeda sintió que su cabeza se perdia en un océano entero de cavilaciones i dudas, i se levantó de la silla para respirar mas a su sabor la brisa que penetraba por una ventana de la estancia.

—Yo, señor, continuó Rodríguez, que desde que os ví os profeso una simpatía ardiente i desinteresada, me dije: es necesario salvar al oidor a riesgo de cualquier cosa, i por eso he venido volando para preveniros. Vamos! i qué pensais hacer, mi buen señor?

—Nada, sino que el virei haga su voluntad.

—Pero os vais a perder.

—No importa: es servicio del Rei.

—Mirad, dijo Rodríguez con una sonrisita maligna, que hizo resaltar mas el color bermejo de su rostro de sátiro; vos teneis desconfianza de mí, i no me decís....

—Desconfianza de vos, i por qué?

—Porque creeis que yo voi en seguida a venderos a Blasco Núñez.

—I suponiendo que así fuera?....

—Diria que me conoceis aún poco, porque eso seria comprender mui mal mis intereses. Entre todos los hombres que han venido al Perú desde la conquista para

acá, e inclusive el marques Pizarro, el único hombre de corazon i positivo talento, sois vos, señor.

—I qué?

—I qué?....pues que solo a vuestro lado puede hacerse fortuna. Vaca de Castro era mui severo, i Núñez es mui orgulloso. Solo vos, señor, sois el perfecto.

I Rodríguez miró a Cepeda con todo el aire estúpido i zalamero de la adulacion.

—Suponiendo que todo eso que decís sea cierto, observó el oidor con cabal i humilde resignacion, es lo cierto que yo no aspiro a nada ni quiero nada. Para mí es lo mismo una cárcel o una diadema, segun convenga al reino o al capricho de mis superiores.

El secretario no quiso dejarse engañar por el acento de conformidad del letrado, i levantó los ojos para mirarlo al rostro i sondear por él lo que pasase en su corazon; pero era tal la actitud de franqueza i la conformidad del oidor al espresarse así, que Rodríguez no supo a punto fijo si se las estaba viendo con un santo del desierto, o con un demonio. Sinembargo, se atrevió a murmurar:

—No pensabais así el otro dia.

—Cuándo?

—Cuando tuvisteis a bien pedirme algunos informes privados sobre el consejero, i sobre cómo habia recibido la noticia de vuestro arribo i el del virei a las costas del pais.

—Ah! ah! dijo Cepeda tosiendo a fin de no hacer caer en cuenta a Rodríguez de que acababa de ponerse colorado; era para pesar en mi conciencia si debia dejársele preso o libre por su conducta, caso que me consultase el virei.

—I parece que pesó mucho en vuestra conciencia, señor.

—Por qué, Rodríguez? preguntó Cepeda con la candidez de una doncella.

—Porque ese mismo dia pasó el de Castro de su casa a la cárcel.

El licenciado tuvo otra vez necesidad de toser. Luego dijo:

—Nada de eso, si el virei no me consultó.

—Bien, oidor, dijo Rodríguez levantándose para marcharse, cuidado como,respecto a vuestra prision,si consulta con alguno en cuya conciencia de amigo de su negocio, peseis mucho.

Cepeda alcanzó a columbrar cierto airecillo desagradable en las palabras de Rodríguez, disgustado de que el oidor no tuviese confianza en él, i se vió amenazado de un riesgo mortal.

Como hombre de mundo, conocia que nada desagradaba tanto a los traidores i delatores como el que no se hiciese confianza de ellos. Llevó, pues, su mano al jubon, i dijo:

—Os habeis picado, Rodríguez, porque creeis que desconfio de vos; pero no es eso, i en prueba de ello, ahí teneis esa bolsa con cincuenta ducados de oro. Pedid a Dios porque el bueno del virei desista de mi encarcelamiento.

—Oh! señor, i cuanta bondad es la vuestra, esclamó el secretario cayendo a las plantas de Cepeda; no lo olvidaré jamas.

—Podeis volver por otros cincuenta si es que se conjura el peligro.

—Así lo haré.

En seguida se separaron las dos serpientes. Rodríguez contento porque a él no le importaba que el oidor creyese o no en sus delaciones, ni le hiciese confianza de sus planes, sino que le diese dinero; i Cepeda contento tambien porque acababa de concebir una idea que aproximaba un noventa i cinco por ciento el éxito, i el éxito bueno de sus planes.

El digno del majistrado aspiraba nada ménos que a la corona del Perú, i confiaba de sobra en su maldad para ceñírsela.

Cuando se vió desembarazado de Rodríguez, echóse encima la toga, púsose el sombrero i se lanzó a la calle.

En el camino encontró al virei que salia a dar un paseo a caballo por los arrabales de la ciudad, i cambióse con él un saludo de hermanos; luego se aproximó mas a la acera de la plaza, i por último se deslizó en el patio del palacio como una sombra. Subió la escalera, i en su descanso encontró a Díaz, el oficial compañero de Puélles, que montaba la guardia, i llevándoselo a un corredor lejano tuvo con él una larguísima conferencia.

Lo que pasó entre ellos solo lo supo por entónces Dios que los veia.

Media hora despues Díaz hacia meter dos arcabuceros por una puerta secreta que estaba en el salon principal i que daba a la calle, i Cepeda volvia a su habitacion resignado mas que nunca a ir a acompañar a Vaca de Castro a la cárcel pública.

CAPITULO XVI.

EL CANTO SALVAJE.

Ya es tiempo de que digamos algo de uno de los mas importantes personajes de esta historia i que las circunstancias nos han hecho descuidar totalmente.

Hablamos del príncipe Manco.

Retirado despues de sus últimas desgracias militares a un pueblo de las montañas mas apartadas de su imperio, vivia allí en compañía de seis españoles, sus amigos, i de su hija Jilma, que frisaba entónces en los catorce años.

Manco habia sabido la venida de Blasco Núñez al Perú i tomando informes detenidos de su condicion i bravura, le envió una embajada secreta, proponiéndole una alianza ofensiva i defensiva, que el astuto político tuvo por conveniente no rechazar.

Los dos pues eran amigos, i se comunicaban frecuentemente por medio de cartas. Ya estaba acordado que Manco levantaria un ejército poderoso i marcharia con él a Lima para apoyar las determinaciones de su aliado; i tanto el príncipe indio como el caballero español, se prometian grandes cosas de aquella amistad que la honradez de ámbos i las circunstancias políticas del pais hacian mas estrema cada dia.

Sinembargo, ocurrió una desgracia que vino a paralizarlo todo.

Entre los seis soldados españoles que acompañaban al príncipe habia un tal llamado Gómez-Pérez, hombre sin educacion ni maneras, interesado i violento; i quiso la mala suerte del pais que, jugando un dia Manco con él a los bolos, tuviesen no sé que disputa en la que Pérez se propasó hasta llamar ladron al hijo de los Capacs.

—Ladron! i por qué? dijo este, sublime de enojo i de indignacion.

—Sí, ladron, porque has querido ganarme con engaño.

—Qué interes podia yo tener en ganarte unos cuantos ducados, Gómez-Pérez, si tengo mas oro en mis dominios del que toda tu imajinacion de avariento puede soñar en un año.

—Digo que has querido robarme, porque eres un avaro.

—Hombre, Gómez-Pérez, no digais eso al príncipe, que tan bien se maneja con nosotros, i que si juega no es mas que por darnos gusto i no por interes alguno, observó al irritado castellano alguno de sus compañeros allí presente.

—Digo que es un ladron, replicó Gómez-Pérez cada vez mas avinagrado, i dió algunos pasos ácia Manco con el puño cerrado i aire amenazador.

El príncipe habia sufrido con paciencia los insultos del codicioso jurador porque estaba ébrio de caerse, pero su sangre real i su orgullo de leon no le permitieron sopor-

tar la amenaza, i levantando la mano con una fuerza de atleta, dió a Gómez-Pérez una bofetada, que lo echó por tierra bañado en sangre.

Levantose el soldado ciego de cólera i de enojo, i cojiendo la bola de chonta con que estaban jugando i que tenia casi el calibre de una bala de a treinta i seis, descargó con ella un golpe tan terrible sobre la cabeza del príncipe que lo dejó muerto en el acto.

Amotináronse los indios a la vista de su príncipe exánime, i sin tener en cuenta que solo Gómez-Pérez era el culpado, trataron de rodear a los españoles para castigarlos dándoles la muerte. No quedó a estos otro recurso que echar mano por las espadas i sostener una lucha horrorosamente desesperada hasta su casa, en la que se metieron cerrando todas las entradas.

Recurso maldito, pues media hora despues los indignados indios rodeaban de combustibles la habitacion, i cojiéndose de las manos, danzaban en su contorno dando gritos horribles de venganza i de duelo, capaces de amedrentar un hato de fieras.

Era ya mui entrada la tarde; púsose en breve el sol algunas líneas mas allá de la ribera, i una noche ventosa i oscura se derramó por todas partes como una cascada de pólvora.

Entónces los indios vengativos sacaron sus instrumentos musicales, i arrojando a un lado sus flechas i sus hondas, prendieron la hoguera que tenian dispuesta al son de sus tamborines i de sus trompas.

Aquello era angustioso de contemplarse.

Los combustibles hacinados en torno de la casa empezaron a traquear como sacudidos por un viento mui fuerte, levantáronse aquí i allí copos blanquísimos de nubes volantes, i chispas de todos tamaños i de todas luces trepaban voraces hasta cuatro o cinco varas del suelo donde se apagaban en seguida.

Lo primero en prenderse fué el techo de la casa; los españoles empezaban a ahogarse, i á los cánticos guerreros de sus sacrificadores, respondian con blasfemias i votos espantosos, que ni siquiera se percibian del lado de afuera.

Ya uno de ellos habia perecido sufocado por el calor i el humo, i era preciso tomar alguna determinacion. Del lado adentro la muerte era inevitable i espantosa; del lado afuera al ménos se podia luchar, i quien puede luchar puede vencer tambien. Con todo, estos partidos eran desesperados, i habia aún dos medios a que apelar. Era el primero de estos medios la súplica; pero los indios se mantuvieron sordos a los lamentos de los soldados, i si alguna vez se dignaron contestarles fué para decirles que no querian a ningun español, i que era preciso esterminarlos a todos.

Era el otro medio el entregarles a Gómez-Pérez, como la causa única de aquella indignacion justa i jeneral. Pero a eso contestaron los peruanos, que si lo entregaban era a no poder mas, puesto que su primer ímpetu habia sido defenderlo, i que para ello habian matado mas de cincuenta de los suyos.

Acosados los buenos españoles por todas partes, no encontraron otro modo de descargar sus iras que volver todos contra Gómez-Pérez; pero este estaba entónces mas borracho que nunca, i solo respondia a los cargos de sus compañeros con amenazas i risas brutales.

Los momentos eran mas i mas críticos; la casa empezaba a desplomarse, i era preciso hacer algo, o resolverse a morir asados en aquella hoguera espantosa. Diego Méndez lo pensó así, i cojiendo a Gómez por el cuello lo suspendió en el aire, i probó arrojarlo por una ventana a los indios esperando aplacarlos con este presente de sangre.

Fué entónces que tuvo lugar una lucha horrible e impresenciable. Gómez, conociendo el peligro que lo ame-

nazaba, cojióse de la ropa de Méndez e hizo esfuerzos inauditos por arrastrarlo consigo en su caida; pero este, sacando su puñal, picóle primero las manos para que lo soltara i descendiera solo los treinta piés de pared que los seperaban de los indios, i viendo que aún esto no era bastante, le trozó casi uno a uno todos los dedos de las manos. No quedaban a Gómez mas que los dientes i se prendió con ellos mas fuerte que nunca del jubon de su verdugo. Oyóse entónces un grito espantoso i profundo, i una masa casi inerte descendió al suelo entre la sombría algazara de los salvajes que cantaban al pié de la casa. Era que Méndez, feroz en la desesperacion del combate, habia sacado los ojos con el puñal a Gómez-Pérez!

Indignada la naturaleza con los horrores de aquella lucha de fieras, envió entónces una ráfaga terrible de viento, i creciendo i encrespándose las llamas como otras tantas serpientes de fuego, ahogaron la casa i la desplomaron sobre sus cimientos con un fragor inmenso. Méndez desapareció en esta primera esplosion; pero quedó aún en pié una pared, sobre la cual aparecieron como otros tantos espectros los cuatro españoles restantes. Estaban todos lívidos i temblantes; el humo i las heridas los hacian infernales; pero, obedeciendo todos a un mismo secreto instinto, se arrodillaron sobre el muro sombrío i cubierto de llamas que los alzaba en alto como una pintura del Dante, i estendiendo sus manos suplicantes a los bárbaros les pidieron perdon. Resonó entónces mas lúgubre que nunca el canto del salvaje, i una lluvia de dardos, zumbando como cohetes, fué a poner término a la existencia de aquellos infelices, mártires de su raza i de los crímenes de toda su jeneracion.

La pared desplomóse en seguida, i al dia siguiente no habia mas que cenizas en el sitio de la catástrofe.

Una mujer anciana i una niña estuviéron contem-

plándolas mas de una hora con pasmoso dolor; luego se alejaron de allí enjugando en silencio sus lágrimas.

CAPITULO XVII.

EL VIAJE.

La niña, que llevaba el traje de las *pallas* o princesas de la sangre real, contaria apénas unos catorce años. Era alta i dócil como las palmas jóvenes que crecen en los bordes del lago Chucuito, el mayor i mas tradicional de su pais. Su frente ojiva i de azucena pálida jemia coronada de un rico turbante azul sembrado de joyas, i de su centro disparaban algunas plumas negras, mas livianas i suaves que las mejores sedas del Oriente.

Sus cejas eran dos arcos perfectos; i de sus ojos, grandes como los del bello ideal de la hermosura olímpica, se desprendian unos rayos mas dulces que los de la corza cuando mira por última vez. Eran dos cielos que no empañaban otras tempestades que las lágrimas, i donde no se veia nunca cruzar un rayo ni desatarse un trueno.

Su boca graciosa, comparada por el *haravec* o poeta indiano a la primera flor de la estacion de los céfiros, escedia en el perfume de su aliento i en lo breve i rojo de sus labios hermosos, a la soberana de los jardines cuando abre su seno de aromas a los mas dulces besos de la aurora.

Sus dientes, semejantes solo a los primeros granos de la mazorca del maiz sagrado, eran por su blancura, brillo i perfeccion, mejores que las mejores perlas del mar; i los hoyuelos de su barba graciosa, lo convejo i acabado de todas sus línas, lo pequeño i arqueado de su pié, sujeto siempre a las fajas de oro i piedras de sus sandalias, i, en fin, la esbeltez de su cuerpo i lo turjente de su seno, hacian de esa vírjen de los desiertos, no una diosa porque Jilma era aún mui niña para tener la majestad de esas magas

del cielo, pero sí algo mas que una mujer, cuando no un ánjel a una fada.

Envuelta en el manto rojo de su imperial familia i vestida de plumas i cintas, caminaba al lado de la anciana mujer que le servia de compañera, apoyando a veces su mano divina en el brazo trémulo de su guia, i a veces en el arco de guerra de su padre, de mimbre i acero, i que iba dos palmos mas allá de la erguida pluma de su llauta real.

Reposaba en su espalda como un caprichoso cesto de flores su aljaba, llena de flechas envenenadas, i en su cintura de ánjel pendia un puñal, herencia de su madre, i regalo de Gonzalo Pizarro a aquella heroina de las batallas i de los amores.

Niña i anciana estaban de viaje. Todos los dias al despuntar el alba se las veia saltar como dos pajarillos de su lecho de hojas en el desierto, i volver a buscar el camino, abandonado la víspera por la soledad de una gruta o el silencio de un bosque, para seguir adelante su peregrinacion desconocida.

Ya la sierra i sus últimos límites habian quedado atras, i ya la zona que se estiende entre las aguas del Pacífico i la cadena jeneral de las Andes, empezaba a molestar a las dos mujeres con la arena de sus valles tostados i los calores insufribles de su sol de fuego ; pero ellas seguian adelante, solas i calladas como dos sombras, deteniéndose únicamente en las orillas de las fuentes i bajo las ramas de los árboles para hacer su comida de frutas, o recobrar sus fuerzas estenuadas por un contínuo caminar.

El ruido mas lijero solia llenarlas del cuidado mayor, pues no querian ser vistas de los peruanos ni mucho ménos de los españoles, a quienes temian mas que las fieras. Por eso cuando divisaban a la distancia i en los

atajos del camino alguna lanza que brillaba al sol, u oian el ruido de algun corcel, o las risas de una caravana, se metian en lo mas hondo de la selva i no salian de allí hasta que el peligro habia desaparecido.

Era entónces el mes de marzo, i la luna condolida de la suerte infeliz de Jilma, que huia de sus lares dejando a su padre asesinado recientemente, i la tumba de su madre convertida ya en césped por los años, no bien el sol hundia su disco en las aguas del mar, cuando trepando ella la cumbre de los montes, aparecia en el fondo del cielo, i de su faz pálida desataba un rayo amigo i callado, que iba a buscar a la melancólica niña en el retiro de la selva donde hacia su estacion de noche, para llevarle la luz i el consuelo.

Jilma velaba casi siempre, i cuando ya el mirlo i la alondra cortaban sus cantos, i no se percibia mas que el ruido de los arroyos i el suspiro de los céfiros, sacando de su turbante un caramillo de cañas silvestres, dejaba escapar a su alma esos gritos de melancolía, esos simulados ayes del corazon que se llaman el canto i la música. I su memoria, como despertada a las evocaciones misteriosas de la melodía, gozaba con el recuerdo de su madre, a quien no habia conocido ni moribunda, i de Manco, su padre, el soberano de los incas, a quien le parecia ver pasar montado en un caballo negro como el ala de las tempestades del polo, i a la cabeza de un ejército solo comparable a las estrellas en número.

Tales eran las reminiscencias de su juventud.

Pero el caramillo era tan insuficiente para espresar todos los sentimientos de la fujitiva, que las mas de las veces se le caia de las manos, i sin apercibirse de ello, a la armonía del instrumento sustituia la de su voz, i no venia en la cuenta hasta que, despertadas las aves del bosque a la majia de sus acentos inefables, cantaban

con ella, formando un coro comparable solo a los coros de Dios.

Entónces era cuando dejaba escapar de lo íntimo de su pecho aquellos secretos de su historia primera formulados así:

Nací princesa - mi cuna
Fué de junco i abancai;
Prestóle su luz la luna,
Su caracol la laguna,
Sus arrullos el Sangai!

I entre palacios de caña,
A orillas del Guayaquil,
Que aromos i chontas baña,
Como rosa en la montaña,
Crecí lozana i jentil.

I al breve labio obedientes,
Cien esclavas i otras cien,
De plumas resplandecientes,
I de corales lucientes
Adornábanme la cien.

I pájaros de colores,
En profundísima paz,
Cantábanme sus amores
Desde sus nidos de flores,
De las quipas al compas.

I en sueño de onda alegría
Dormido mi corazon,
Amaba la luz del dia
Cual la floresta bravía
Ama el peruano leon.

Mas ¡ai! tembló de repente
I en noche de oscuridad
Al Inca partió la frente
Rayo de fuego inclemente
En horrenda tempestad!

I en torno suyo cayeron
Todos los hijos del sol!
I de su sangre corrieron
Rios ¡ai! que enrojecieron
El estandarte español!....

Por eso, sin patria, errante,
Andas tú, Jilma infeliz!
Ave sin padres ni amante,
Roto el plumaje brillante,
Mustio el divino matiz.

I adormecida sobre sus últimas armonías, quedaba en éstasis hasta la venida del crepúsculo matinal.

Tal fué el viaje de Jilma i de su anciana compañera Zuma hasta el palacio de Blasco Núñez Vela, cuya proteccion i cuyo amparo buscaban.

CAPITULO XVIII.

EL CRÍMEN.

Entraron a Lima algó despues de haber caido la noche, a la sazon que el virei, fatigado con las contínuas luchas de su empleo, hostigado por Cepeda i las orde-

nanzas, se entretenia en medir el salon del palacio con pasos vacilantes i sin concierto.

—Favor, dijo Jilma llegando la primera i echándose a los piés de Núñez con las lágrimas en el rostro. Favor, noble español! A tu lealtad segura me acojo, pues eres fuerte, i yo soi débil, i estoi desamparada.

—Alzad, princesa, repuso tranquilamente el hidalgo, i sepa de vuestros labios cuáles son esos infortunios de que os quejais.

—Oh! nunca, observó la doncella sublime de súplica i de hermosura. Para levantarme de aquí, necesito que me jures primero que serás mi protector sobre la tierra, que tu palacio me ocultará de los monstruos que anonadan mi patria....Oh! soi tan infeliz!....

—Por mi acero, dijo el español con orgullo cristiano, por mi acero, os juro que os guardaré contra todos.

—Yo soi Jilma, continuó la abandonada niña; vine al mundo en el momento mismo de perder a mi madre, i mi padre fué Manco, que mandaba cien lejiones, i sin cuyo permiso ni aves ni viento movíanse en la tierra.

—Vos hija de Manco?

—Sí, del mismo a quien han dado muerte vuestros soldados sanguinarios!

—Oh! i qué tarde venís para que os ayude!

—Para cumplir con la lei sagrada que manda amparar al débil, nunca se viene tarde a donde el poderoso.

—Nunca, en verdad, adorable Jilma, i ménos si arde en el corazon la llama que prende vuestro acento.

—Oh, señor! llama que apaga el primer soplo de la mas débil de las brisas, si es español quien la enciende!

—Tanto así lo odiais?

—Oh! tanto, cuanto amo mi bosque natío, su follaje i sus flores, que ellos han encharcado en sangre i en barro.

—Eso decís?

—I cómo no decirlo! ¿De dónde sales tú, que no conoces las desgracias que va para veinte años que nos causa ese pueblo maldito? El solo que fué bastante atrevido para surcar las olas hinchadas de mares sin fin, desconocidos, para venirnos a robar hogar, hacienda, dioses i paz? Quiénes, sino ellos, en busca del oro vil, han ennegrecido la historia con toda clase de crímenes i maldades. Mira nuestros campos desolados, nuestras ciudades taladas; mira a la imperial familia destruida hoi por entero, i solo representada en mí, última flor i vástago, que, para preservarse del rayo esterminador, cae, señor, a tus plantas, i temblorosa de encono i de impotencia, solo es fuerte para lanzar suspiros i verter lágrimas!

—Dejad, princesa infeliz, por ahora, esas reconvenciones amargas, mui justas en vos, paloma real cuya estirpe se descubre al rayo de vuestra mirada, en el acento arjentino i noble de vuestra voz, i sepa yo en qué puedo serviros?

—En qué, virei? En prestarme un asilo en tu palacio. Muerto mi padre, en la tierra he quedado triste i sola como la flor huérfana en los valles. Ruinas i peligros me cercan por todas partes, i mi infortunio es tanto, que tengo que apelar a los mismos que me martirizan i humillan.

—Jilma!

—No lo digo por tí, noble i poderoso español, porque me son bien conocidas las relaciones honradas i estrechas que mantenias con mi padre, el guerrero Manco. Lo digo por tus soldados, lejiones sobre lejiones de verdugos, que son capaces de intentarlo todo, desde el robo hasta la impiedad!

—Es decir que no desconfiais de mí?

—No, virei, no podré desconfiar de un anciano hidal-

go como tú, de un guerrero valiente.

—Es decir que confiais en mí?

—Confio, señor.

I Blasco Núñez presentó su brazo a la desamparada princesa para conducirla a una estancia vecina donde pudiera descansar.

El salon quedó decierto por algunos segundos.

Si el lector quiere, podrá recordar con facilidad que la noche del dia en que hemos cortado la relacion de los acontecimientos en Lima, para ir a buscar a Manco al seno mismo de las montañas, era la noche en que el virei Blasco Núñez debia tener una conferencia privada con el factor Illen de Suárez, a cuyo efecto habia prevenido a Diaz que lo llamase para despues de la queda.

No bien salió el virei del salon conduciendo a su bella aparecida, cuando sonó aquella, i la alta i grave figura del honrado vecino se dibujó en el marco de la puerta como una pintura antigua.

El factor Illen de Suárez de Carvajal era un hombre como de cincuenta a cincuenta i cinco años, alto, bien hecho, i marchaba con esa arrogancia propia de los verdaderos castellanos del siglo XV. La misma arrogancia de su andar era la de su voz.

Quitose el chambergo a fuer de atento, i paseando su mirada por el salon vacío, dió algunos pasos sin direccion fija, hasta que se oyó ruido del lado derecho, crujió una puerta i apareció de nuevo el combatido virei, dichoso entónces con la prenda política que el destino le deparaba en Jilma en aquellos momentos, i de la cual pensaba sacar grandes provechos para el porvenir.

El saludo de Suárez fué en estremo ceremonioso, por no decir frio hasta el orgullo. Núñez, como hombre que daba mas importancia a los acontecimientos que a las reglas de una falsa cortesanía, no respondió al factor,

sino que allegándosele con solemnidad i confianza, le preguntó:

—I qué hai, mi buen Suárez?

—Que no debeis perder ya un solo momento! Gonzalo Pizarro avanza a pasos precipitados, i se encontrará delante de Lima ántes de cuatro dias.

—Tan pronto así? preguntó el virei con sobra de desden e incredulidad.

—Sí, tan pronto así. Ha salido del Cuzco con un puñado de valientes; en el camino se le han reunido todos los antiguos soldados de él i de su hermano; el pais es una mina inmensa que no tardará en estallar...

—Quien os oyera, Suárez, os creeria poco amigo de la Corona.

—Si el decir la verdad i preveniros para que conjureis la tempestad es ser enemigo del Rei, yo tendré que serlo, señor; pero las cosas pasan precisamente como tengo la pena de decíroslas.

—Es decir que vos, factor, estais creyendo de véras en esas patrañas que los enemigos del monarca inventan todos los dias para suscitarme zozobras? Gonzalo Pizarro es un caballero demasiado entendido i tiene mucho que esperar de su valor para convertirse en un simple rebelde.

—Mal conoceis, señor, a los Pizarros cuando os espresais así. Gonzalo está resentido porque a la muerte de su hermano el marques no se le elijió para ejercer el gobierno del Perú, i, en su enojo, es capaz de moverle guerra hasta a los astros. Ahora mismo está acampado a unas tantas jornadas de aquí con un poderoso ejército. Es imposible, virei, que os obstineis en negarme esto.

Blasco Núñez conoció que no tenia qué responder, i se mordió los labios en silencio.

Suárez continuó:

—I lo peor de todo es que el pueblo está con él, i que

las autoridades son las que lo han llamado i proclamado.

—I será cierto que es tan opulento como dicen? preguntó el de Vela cediendo un poco a la verdad de la situacion.

—Oh! sí, mui opulento; i, sobre todo, mui valiente. Habeis leido, señor, alguna vez esos famosos cantos de Homero que se ocupan de la guerra de Troya? Pues bien, cuando uno ve a Gonzalo Pizarro armado de punta en blanco le parece que es Ayax o Pálas mismo, que resucita evocado por el grito de una imajinacion batalladora i sublime como la del ciego cantor.

—Lo creis así?

—Oh, señor! no es solo que lo creo, sino que lo he visto así.

I ámbos caballeros guardaron silencio.

—Empero, queda un recurso, dijo Suárez despues de algun rato de pausa.

—Qué recurso? preguntó Núñez distraido.

—Ceder a las circunstancias. Quemad las ordenanzas que habeis traido para la colonia, i yo os respondo de la paz con mi cabeza.

—Oh! Suárez, la bondad os fascina tristemente: las ordenanzas no son en el Perú actualmente mas que un pretesto como cualquiera otro para la revolucion. Es que tanto a Gonzalo como a sus secuaces los ahoga un mar entero de ambicion; su celo no es mas que codicia de revueltas, como no será su victoria mas que un reguero de lágrimas i sangre.

—Tengo mejor opinion de Gonzalo.

—Le temeis acaso? preguntó Núñez ya un poco picado con la justa obstinacion de Suárez; pues sabed que yo no lo temo, i que sabré servir al Rei con mi vida i con mi muerte.

—Señor, provocais el destino de una manera inusitada.

—Oh! Suárez, vos veis bien que mi cabeza está blanca

de canas, i seria baldon infame prestarme a entrar en tratados con los rebeldes. Mi deber es poner la plaza en perfecto estado de defensa.

—Ya sé, señor, que habeis llevado vuestra actividad hasta mandar hacer cañones con las campanas de las iglesias.... medida que, sea dicho de paso, os ha despertado una enemiga terrible de parte de los fieles.

Blasco Núñez se sonrió con melancolía.

—Os sonreis, virei ? preguntó Suárez sin perder el tono sério i a veces grave que habia tomado desde un principio.

—Sí, me sonrío, pero no vayais a creer que es de incredulidad : es que cuando un hombre llega a ser impopular, todo lo que hace le resulta mal.

—Decia, prosiguió Suárez sin hacer observacion alguna a esta sabia del virei, que conozco i aplaudo hasta cierto punto las medidas de defensa que habeis adoptado; pero si todas os salen tan eficaces como la mandada de Puélles en observacion ....

—Pues qué ? preguntó Núñez con ansiedad, que confiaba mucho en este oficial como de toda su privanza.

—Pues qué ? que se ha pasado a Gonzalo con todos los jinetes de su mando.

Blasco Núñez estuvo a punto de lanzar un jemido de horror.

—Decís que Puélles se ha pasado al enemigo ?

—Como se pasará la ciudad entera tan luego como Gonzalo despache sobre ella a cualquiera de sus tenientes.

El virei conoció que le faltaba aire para respirar i salió al balcon para buscarlo en el frio ambiente de la noche. Las once daban en aquel punto en la torre vecina.

—En fin, dijo Suárez siguiéndolo : han dado las once i yo debo retirarme.... Habia abrigado la esperanza de que era para algo bueno que me llamábais.

—Oh! sí, dijo el virei como despertándose; recuerdo ahora que os habia mandado llamar para un asunto de importancia.

—Bien, veamos de qué se trata, observó Suárez como hombre convencido de que no hacia mas que perder el tiempo, puesto que el virei estaba mui léjos de echar por el buen camino.

—Oh! Suárez, de lo que se trata es de salvar el pais, de conservarlo para la Corona. Os mandé llamar por si quereis prestarme vuestro favor.

—Virei, contad conmigo en todo lo que sea justo i razonable.

—Pues bien, se trata de aprehender a un alto reo político; se trata de poner en prision al oidor Diego Cepeda, con el mayor sijilo, i esta noche misma.

—Señor, es paso violento.

—Conspira contra el Rei; es un traidor!

—Cepeda traidor?

—Como el primero; mas que Gonzalo.

—No creo.

—La Audiencia alborota el audaz contra mí, i creo que lleva su temeridad hasta intentar matarme para ceñirse en seguida la corona peruana.

—Exajerais, señor.

—Os juro que ambiciona el mando del Perú. Por su consejo, es que ha hecho Solar lo que ha hecho.

—Enconado estais en verdad, virei. Él, tan modesto i tan sabio....no creais eso!

—Suárez, me enojais con tal duda.

—I vos a mí con tal sospecha.

—Juro que Cepeda es un infame!

—I yo que es un buen servidor de la monarquía; que no quiere mas que el bien de todos.

—El bien de todos! él? que, semejante a una furia, desencadena la rebelion en torno a mi cabeza, que no

respira mas que sarcasmo i hiel!.... Suárez, contaba con vos para que lo prendieseis. Sois hombre bien reputado en la ciudad, sois anciano, i vuestro apoyo va a serme de grande utilidad.

—Mas, para qué quereis encarcelarlo?

—Para que purgue luego en un tormento sus muchos crímenes i maldades.

—Oh! esclamó el factor ardiendo de indignacion, soi vuestro vasallo, señor; pero la moral i la lei me prohiben obedeceros, si lo que ordenais es la injusticia i el crímen.

—Es decir que estoi completamente solo? preguntó Núñez con altivez i dolor a un mismo tiempo.

—Sí, señor, solo, cual cumple a los tiranos de vuestra condicion.

I Suárez volvió la espalda para abandonar al virei.

—Factor, dijo este indignado, os digo que sois un insolente. I luego estendiendo el brazo derecho ácia la puerta principal, añadió: salid, que ya bastaré solo para someteros a la lei, rebeldes!

En seguida desapareció.

Por su parte Suárez fué a salir por el fondo, pero encontró la puerta cerrada. Despues de esta salida, el salon solo presentaba otras dos: la que habia servido para el virei, que daba a los aposentos interiores, i la secreta del pasadizo, que conducia a la calle.

En esta salida era donde estaban apostados los soldados de Diaz, de que hemos hablado en nuestro capítulo XV.

No bien habia avanzado Suárez en la oscuridad algunos pasos, cuando se oyeron consecutivamente dos tiros de arcabuz, i se percibió la voz de Suárez que, espirante, decia:

—Favor, peruanos! el virei Núñez me asesina!.... Oh! Cepeda, hijo mio, véngame!....

Luego espiró.

Evocado como una sombra, presentóse en aquel punto el virei desgreñado i temblando, i creyendo que Suárez habia salido por la puerta principal, fué a ella para informarse de lo que acontecia; pero la puerta estaba cerrada, i sus esfuerzos fueron inútiles para hacerla ceder. Pasó despues a la del corredor secreto i le aconteció lo mismo; fué hasta entónces que comprendió por entero el infierno de horrores que le rodeaba, i esclamó como delirante.

—Hernando! Soto! Puélles!....no me escuchan! ¿Qué es lo que pasa en torno de mí i no comprendo? Quién asesina a Suárez?....Qué espíritu infernal conmigo mora, i me roba quietud, honor i sueño?

I luego reparando en Jilma, quien habia corrido al salon al ruido de los arcabuces, i que, pálida i sonriente como un ánjel vencido, lo interrogaba con una mirada, agregó con la mas sublime de todas las calmas i como si nada terrible hubiera sucedido:

—No temais nada, Jilma infeliz, i volved a descansar: yo velo por vos.

CAPÍTULO XIX.

OIDOR I VIREI.

Tres dias habian pasado desde los acontecimientos que acabamos de referir. Gonzalo Pizarro avanzaba en órden de batalla sobre la ciudad real, i todos temian una crísis horrible.

Eran como las diez de la mañana, i Blasco Núñez i Cepeda sentados gravemente en dos sillones del salon del virei, estaban empeñados en el siguiente diálogo, que revelará mejor que otra cosa la situacion respectiva de ámbos personajes.

Blasco Núñez tenia toda la concentracion del orgullo español en un caballero de su linaje i su valor; Cepeda estaba amable, pero su amabilidad era amarga como la hiel.

Núñez llevaba la voz.

—Decís que niega la Audiencia cuanto le propongo?

—Todo lo niega, señor.

—Pero al ménos dará alguna razon?

—Dice, i dice con sobra de cordura, que no está porque el gobierno se traslade a la ciudad de Trujillo, porque allí no tendrá recursos ni soldados.

—Pero persistir en que nos quedemos aquí, es tanto como resolver que nos entreguemos a Gonzalo.

—Si es tan poderoso como dicen, que nos venza, señor. Estoi porque el mundo sea de los poderosos.

—I bien, qué resultados ha tenido la mision del señor obispo del Cuzco? Cómo lo ha recibido Gonzalo?

—Al obispo personalmente mui bien; pero se ha reido de su embajada.

—Qué pretende pues?

—Que, en vez de aconsejarle que se vuelva a sus minas, os sirvais entregarle las riendas del Perú, a las que dice tener derecho por herencia de su hermano Francisco.

—No es pequeña su pretension!

—Anunciando que de no hacerse así, entregará la ciudad al saqueo. Ahora, virei, añadió Cepeda con cierto aire bien impertinente, ya veis que he sido dócil a vuestras demandas, sed vos dócil a las mias i respondedme. ¿Qué medidas se han tomado para atender a la defensa del vireinato?

—Todas las que han sido compatibles con la situacion. La tropa es fiel.

—Fiel! virei? si todos se están pasando.

—Quiénes son esos *todos*?

—Pues Díaz, Puélles i todos los que, a pretesto de observar a Gonzalo, le estais mandando.

—Qué decís, víbora? gritó Núñez parándose del asiento lleno de rabia.

—Vaya! respondió el impasible oidor lleno de calma, lo que ya no es un secreto para nadie puesto que todos lo hemos penetrado. Blasco Núñez, se os acusa de vendernos a Gonzalo!

—Si no sois vos el infame acusador, no hallo quién pueda ser.

—Esa respuesta merecia bien una estocada, pero la prudencia me manda refrenarme.

—La *prudencia* decís? No, es la cobardía. Sois un miserable!

—Bien, supongamos que sea la cobardía; qué hai en ello? No sabeis que la cobardía tiene tambien su valor, i su valor supremo?.... Pero os habeis indignado bien pronto, i empezamos ahora no mas; os aconsejo que tengais un poco de paciencia.

—La tengo en gran cantidad, pero bueno seria que no me la provocáseis.

—Bien; no me respondais agravios.

—Si sois audaz....

—Lo sustenta mi espada: virei, soi hijodalgo.

—Vuestra espada? me da risa: será la toga, abogado!

I Blasco Núñez se sonrió con desprecio profundo.

—Debajo de ella, Núñez, se oculta un buen corazon, dijo Cepeda, i desgarrando mas bien que quitándose la toga de rica tela negra que vestia, se mostró a los ojos del airado virei apuesto con toda la magnificencia cortesana de un príncipe.

—Oh! sois mui astuto, señor oidor, dijo Núñez burlando, pues a todo estais preparado. De cuando acá cargais con armas en vez de leyes?

—Tirano, desde que al pueblo inocente poneis asechanzas i ultrajais soberbio.

—Oh ! debe ser mi tiranía mui atroz, cuando, siendo yo una paloma, os pasma a vos, que sois un milano !

—Parece que ha llegado el momento, i ya nos contemplamos faz a faz.

—Lo esperaba hace tiempo.

—I bien se ve que somos buenos contrarios; salvo que en esto de vencer os quedais siempre....burlado.

—Recordad, oidor Cepeda, que aún soi virei, i puedo colgaros del artesonado.

—Perdonad, no habia caido en ello...como a Solar; sinembargo, espero que no lo hareis.

—I por qué no ?

—Porque sois humano de sobra. Pero no perdamos el tiempo, que urje, en debates de sandios; vos lo sois bastante, pero esto no hace al caso. Virei, cerca de vos vengo a cumplir hoi un alto encargo de la Audiencia.

—Hablad.

—Dice la Audiencia que la prision del de Castro fué un atentado.

—Sin entrar ahora a calificar el hecho, tengo el honor de recordaros que vos fuisteis el primero en aconsejarme el paso.

—Así es la verdad ; pero ahora no se trata del consejero.

— Ccreo que a entrambos cobija el fallo, pues si yo firmé, vos estendísteis con vuestra propia mano la órden fatal.

—I qué ?

—Que, sin pretender disculparme del hecho, haré valer vuestra participacion en él.

—En eso padeceis un error lamentable, pues tuve la prudencia de entregar el pergamino a las llamas.

Hubo en seguida un rato de pausa, durante la cual

Núñez paseó sus ojos de la cabeza a los piés del licenciado con toda la sublimidad del desprecio.

Cepeda continuó.

—Tambien os acusa la Audiencia de traficar con las ordenanzas, haciendo que ellas se cumplan solamente en los pueblos que no son propicios a vuestro mando.

—Desprecio ésos dichosi esas necedades.

—Tambien será necedad el asesinato de un hombre?

—De qué hombre, decid?

—Del factor Illeu de Suárez.

—Mentís, el oidor villano.

—Bien quisiera mentir, pero las pruebas de dos de vuestros soldados alegan mas alto que mi voz. Esos soldados, Núñez, son los mismos que vos pusisteis bajo las órdenes de Díaz, ahí, tras de esa puerta para que matasen al factor, solo porque rehusó entrar con vos en depredaciones infames.

—Quién sois, infernal Cepeda? preguntó el de Blasco espantado de tanta audacia.

—Sospecho que vuestro ánjel malo.

—Mi ánjel malo, sí, pues él tan solo puede inventar tantas calumnias, i mi cabeza, próxima a la locura, volver pedazos como un vidro que se estruja bajo los piés! Tenazmente me habeis seguido, Cepeda, desde las orillas del Tajo hasta este rincon lejano del mundo; habeis contado mis huellas una a una; me habeis vendido mil veces en cada hora, i en cada hora habeis preparado a mi corazon torturas infinitas. Todo lo que habeis hecho lo sé; no se me han escapado vuestros mas íntimos pensamientos; vuestra ambicion, vuestros crímenes están presentes delante de mis ojos; pero ya se ha colmado la medida; habeis derramado en ella la última gota, i va a desbordarse. Soñásteis con una corona i tropezais con el cadalso: pedid a Dios por vuestra alma.

I pronunciando el virei estas palabras con todo el

enojo de la ira, fué a su mesa de escribir i tocó una campanilla por repetidas veces. Luego empezó a pasearse ya mas sereno, en tanto que Cepeda lo contemplaba con marcada ironía.

—Queríais alguna cosa? preguntó el licenciado despues de un rato de pausa; parece que ya no obedecen vuestras órdenes en este palacio...... Pero ántes que deis al verdugo mi cuello por regalo, quiero haceros partícipe del suceso que trae felices hoi a los peruanos: sabed que la Audiencia ha tenido a bien nombrarme Presidente del vireinato; i que he entrado ya en ejercicio de mis delicadas funciones.

—Sin duda la Audiencia ha olvidado quién es el virei Blasco Núñez, cuando se ha atrevido a hacer tal nombramiento sin facultad para ello; partid pues i la decid, que nadie manda aquí sino yo, i que para derrocarme del mando será preciso que se me quite ántes la vida.

—Se os quitará en un cadalso.

—Con qué poder?

—Con el mio.

—Dónde se encuentra?

—En mi voluntad i en mi brazo. Doblad, Núñez, la rodilla al nuevo virei peruano.

—I tal proferís, i aún os dejo vivir!

—Es tarde ya: dadme vuestra espada.

I Cepeda acercándose a un balcon abrió de par en par sus puertas, i mostró al infortunado virei el pueblo todo congregado en la plaza, cuyos sordos rumores, semejantes al grito de la tempestad en los bosques, venian a morir en los ángulos del real salon preñados de mueras i amenazas. Muera el tirano! decian algunas voces avinadas. Caiga el infame! Muera el virei! Abajo el asesino!

No por esto Núñez habia perdido su valor, ántes bien, a semejanza de las fieras que huelen el peligro i se arro-

8

jan a él, quiso salir i mostrarse a la multitud rebelada; quiso hablarle, i, si posible fuera, dispersarla a sablazos; pero bastó solo una voz de Cepeda para que entrasen por todas las puertas numerosas guardias armadas, i se avanzasen sobre el virei.

Sacó este su espada, e iba a ponerse en guardia para vender su vida a gota de sangre por gota de sangre, cuando cayó en la cuenta de que no tenia en torno de sí sino villanos; quedóse pues pensativo por un momento, i poniendo su formidable bota sobre la hermosa hoja toledana, la partió en dos, i la arrojó despues a un rincon. En seguida se cruzó de brazos, i dejó tranquilo que lo cargaran de cadenas.

Sinembargo, en medio de su resignacion admirable, dos lágrimas se vieron rodar por sus mejillas i perderse en seguida: era el recuerdo de Jilma, que iba a quedar entregada a aquellos vándalos.

CAPÍTULO XX.

CEPEDA.

Las aspiraciones de Cepeda estaban satisfechas. Su venida al Perú no habia tenido mas objeto que dar rienda suelta a su desmedida ambicion. En la Península las cosas no se le presentaban mui favorables; cuando mas, habria coronado su carrera pública ocupando un puesto secundario en la majistratura de algun juzgado de provincia. En América debian rodar las cosas de diferente manera. El campo era nuevo; habia carencia absoluta de hombres de letras, i podia llegarse a un alto puesto solo con un poco de arrojo i sagacidad. Los primeros momentos de guerra i de conquista habian pasado ya; una nueva era se abria para los americanos. Los nombres de Cortes, Pizarro i Balboa empezaban a quedar olvidados, i solo se pensaba en vireyes i audiencias; en

organizar políticamente las colonias, i hacerlas figurar como nuevas i magníficas estrellas agregadas a la brillante constelacion de la monarquía. Cárlos V era entónces el sol de los reyes, sus triunfos i su jenio hacian de España la primera nacion de Europa, i era cordura seguir ese astro de la gloria en su camino de héroe al traves del siglo.

En todo esto habia pensado el oidor detenidamente; por eso habia aceptado un puesto en la primera Audiencia mandada al Perú, i por eso no habia ahorrado esfuerzo ni intriga para hacer caer a Núñez en el odio de los conquistadores, sirviéndole para ello de oportuno pretesto las ordenanzas, i manejando a su sabor a sus débiles compañeros de empleo. I su anhelo estaba cumplido. Tras largo afan, incertidumbres i penas, al fin la peligrosa maga de la ambicion le sonreía con benignidad. Su frente iba a inclinarse bajo el dulce peso de la corona; iba a volver el sueño a sus ojos, e iban a huir de su corazon las angustias mortales i las zozobras. Sobre él tendia el cielo de los incas sus flotantes pabellones de azul, i el mar tranquilo de Occidente desataba sus olas en torno para guarecerlo. Ese era el premio feliz de tan azarosa jornada, pues ya hollaban sus piés los anchos salones del palacio de los capitanes vencedores de América; ya era soberano i señor. I debia regocijarse hasta lo infinito, pues, de letrado oscuro i debido solo a su jenio, tocaba ya a los últimos peldaños de la grandeza humana. Paseaba sus ojos en torno, i sus labios no podian ménos de sonreir de gozo al contemplarse dueño absoluto de la tierra del sol, del suelo fecundo que producia la vicuña i el condor; donde era la mujer hermosa i jentil como el ave, i donde hacian torno al horizonte los volcanes i las nieves, esa doble galería de agua i de fuego superior a la grandeza de un hombre, i pedestal bastante a la magnificencia de un dios.

El atrevido plan de Cepeda estaba bien combinado. Por un lado aconsejar al virei todas las medidas que pudieran perderlo en el ánimo de sus súbditos, como la prision de Vaca de Castro, el tenaz sostenimiento de las ordenanzas, &c. &c; i por otro hacerse el jefe de los descontentos por estas medidas, halagar las pasiones populares, dispuestas siempre a pagar tributo al primer demagogo que las alimenta. De ahí esos tres papeles que representaba a un tiempo para con el pueblo, la Audiencia i el virei.

Tenia ademas Cepeda una cualidad como conspirador, i era que conspiraba solo. A nadie habia confiado sus designios, i por eso unos lo creian patriota de corazon, otros desconfiaban de él sin saber la causa, i los mas acababan por no comprenderlo.

La labor habia sido lenta i bien preparada. Cepeda sabia que el virei debia venir al suelo, i ya todo su trabajo estaba reducido a espiar el momento oportuno de empujarlo por la pendiente fatal a cuya cima lo habia conducido ; i, nuevo Sísifo, acababa de lanzar la piedra al abismo, pero sin tomarse el trabajo de bajar a él para recojerla.

El virei habia hecho por salvar al Perú de manos de los revolucionarios, a cuya cabeza se encontraba Gonzalo Pizarro, todo lo que humanamente era posible hacer atendida su impopularidad i lo violento de su posicion. En la mañana misma en que Cepeda habia arrancado a la Audiencia un decreto de prision para Núñez i otro del revestimiento del mando supremo para él, el virei habia recorrido todas las calles de Lima a caballo i seguido de algunos soldados, i se habia detenido observando las muchas barricadas construidas por su órden en ellas, pasando revista a los cuarteles i alentando en todas partes el decaido espíritu nacional; sin sospechar siquiera que, media hora despues, los primeros tiros que

partieran de esas barricadas serian contra las ventanas de su habitacion, i que las primeras maniobras de las tropas serian en favor de la revolucion que estaban llamadas a debelar. I así habia sucedido, pues cuando Cepeda habia entrado a palacio para tener con Blasco Núñez la conferencia que referimos en el capítulo anterior, el populacho amotinado, teniendo a su frente a los oidores, quedaba en la plaza dando gritos a la libertad, i dejándose arrastrar por el entusiasmo de las mujeres, quienes ajitaban su pañuelo blanco desde los balcones i animaban a los batallones a la insurreccion con sus ademanes i sus voces.

Pero lo que mas habia despertado la indignacion contra el virei, era el asesinato del factor Illen de Suárez. La circunstancias de villania que lo habian precedido, i el hecho de ser un hombre anciano i mui querido por su honradez, exasperaron a todos, i Cepeda gozó interiormente con el completo triunfo de su maldad.

El cadáver de Suárez habia sido enterrado a la lijera en un lugar bastante público para que no pudiera tardar en ser descubierto. Se le habia dejado un pié afuera para mayor seguridad. Encontrósele pues, al tiempo mismo que su familia revolvia la ciudad a causa de su desaparicion. Hubo al momento sospechas e interrogatorios; i vino a sacarse en claro que Suárez habia sido citado por el virei para cierta noche despues de la queda; que en esa cita habian tenido un altercado, en el cual, cediendo el virei a su natural arrebatado i violento, le habia atravesado el pecho con su daga, entregándoselo luego a sus guardias para que acabaran con él.

Cepeda habia escojido su víctima detenidamente entre todos los vecinos de Lima; habia hablado a Díaz para que ejecutase el crímen detallándole sus pormenores; finalmente, habia tenido todo el talento diabólico

necesario para hacer que no se prescindiera ni de una sola de las circunstancias que podian perder al virei, haciendo que Díaz le contase a todo el mundo lo de la cita i trayendo jente ocasionalmente a la plaza pública para que viesen entrar a Carvajal a palacio, i esperasen en vano su vuelta, porque estaba decretado que no habia de salir; i sinembargo, a nadie se le ocurrió, ni por mal pensamiento, que el maldito licenciado fuera el esclusivo responsable de aquel drama de horror; i la ciudad de Lima entera aplaudia i honraba con sus víctores al victimario en desagravio de la víctima que pretendia vengar. Tal suele ser el acierto del pueblo!

Empero, si hemos de ser justos, puesto que el crímen tiene tambien derecho a la justicia, debemos confesar aquí a fuer de historiadores imparciales, que la habilidad de Cepeda era suma para conspirar. Dos años hacía que aspiraba al mando del Perú, i durante ese tiempo de obra continua ni una carta, ni un pensamiento, ni una palabra que lo comprometiese. Sin mas confidente que su vasto espíritu, nadie podia gloriarse de haber merecido sus confianzas; él solo se habia bastado para sus planes.

Pero volvamos a nuestra historia.

Despues de preso el virei, Cepeda salió al balcon para gozarse con el espectáculo que presentaba el pueblo que bullía en la plaza principal; oyó sus víctores por algunos segundos, devolvió por ellos algunas sonrisas, i luego sintió que su corazon se helaba al contacto de una impresion estraña. Era que su ojo esperto descubria en el horizonte de su vida una nubecilla sombría, que se estendía por él con una rapidez asombrosa hasta encapotarlo del todo.

—Ah! se dijo, yo gozo ahora con mi triunfo, i tal vez la suerte me guarda para el porvenir una caida mas terrible que la de Núñez. Mi camino hasta aquí ha sido

el camino del crímen, a cuyo fin suele tropezarse con el cadalso. Pizarro, Vaca de Castro, Núñez mismo son ejemplos que no debo echar en olvido.... puede engañarse fácilmente a los hombres, pero no puede engañarse a Dios! El hombre lo puede todo con lo que le rodea, mas es impotente para con el que mora en las alturas. I ¿quién me asegura que este pueblo, que ahora me aclama en el vértigo de su alegría, no se congregará mañana con el mismo entusiasmo para danzar sobre mi losa?.. Con todo, ya no es posible retroceder, i miéntras llega el castigo del cielo, no hagamos infructuosa la sangre del desgraciado Suárez.

Dijo el oidor, i sentándose en el mismo sillon que una hora ántes habia ocupado el virei, escribió con su misma pluma una órden para que, sin pérdida de momentos, se condujese a aquel infeliz caballero a una de las islas desiertas del Pacífico, donde debia guardársele hasta nueva órden.

El arrepentimiento empezaba a hablar al corazon de aquel ambicioso, pero su espíritu seguia rebelde a la moral. Misterios incomprensibles en el hombre!

CAPITULO XXI.

VALOR I DIGNIDAD.

El sordo rumor de la caida de Núñez llegó hasta el apartado rincon que habitaban Jilma i su esclava. Las pobres mujeres asomándose al balcon i viendo tanta jente amotinada en la plaza, temieron por su suerte i se encaminaron en busca del virei. Sinembargo, media hora habia sido mas que suficiente para que las cosas cambiaran de aspecto en el pais, i durante esa media hora su protector habia pasado del palacio a la cárcel. Así dispone la alta sabiduría de Dios de la suerte de los pueblos!

Jilma entró la primera en el salon, teniendo ántes el cuidado de velarse el rostro con la manta de su turbante. Cepeda reparó en ella con asombro, i esclamó:

—Una india aquí!....mis ojos no se engañan?

Jilma esclamó tambien por su parte i a media voz:

—Gran Dios! Cepeda aquí! e hizo un movimiento para retirarse.

—Oh, soi mui feliz! pensó Cepeda con un cinismo atroz, parece que el dia va a ser completo! I adelantándose a recibir a Jilma, la dijo:

—Oh! i qué buscais aquí?

—Lo que el patrio suelo me niega por doquiera.

—La libertad acaso?

—Hai, replicó Jilma con marcado acento de entereza; hai para las mujeres de mi linaje algo ántes que la libertad: el honor. Busco pues una guarida donde preservarlo.

—Qién sois, entónces?

—No creo que importe para nada saber quién soi. Sabed solo que soi mui desgraciada, i que vengo huyendo del bosque natío, donde se me persigue como a la alondra el gavilan. Pero no estoi sola, el virei Blasco Núñez me ha ofrecido su proteccion. Mas ¿dónde está? qué es que no lo veo?

La palabra *proteccion* hizo sonreir lijeramente al licenciado, pero queriendo ir recto ácia su objeto, dijo a la desamparada niña:

—No dudo, hermosa, que habeis escojido un buen protector, pero hubiera sido mas cuerdo no ocurrir a donde hombre tan malvado.

—Qué! malvado lo llamais? permitid que os recuerde que es el virei.

—Ya no lo es por fortuna. Justo el pueblo, acaba de bajarlo del mando.

—A él, tan bueno i tan noble?

—Le lisonjeais.

—Le hago justicia; no podré olvidar nunca que sostiene nuestra causa con caballeroso desprendimiento. Quién fué su acusador?

—Parece que vuestra voz tiembla al preguntar? Lo amabais acaso?

—Respondedme, insistió la doncella real sin dignarse contestar a la villana pregunta del oidor.

—Perdonad, pero no quisiera aflijiros.

—Su acusador! su acusador! insistió Jilma.

—Fuí yo, dijo dulcemente Cepeda.

—Necia de mí que pregunté lo que debia haber adivinado! Bastaba veros profanando su puesto para comprenderlo así. Blasco infeliz!

I los ojos de Jilma lanzaron llamas, que se vieron brillar al traves del encaje que los cubria.

—Era su amante, sin duda, pensó Cepeda.

—Mas, de qué lo acusásteis? preguntó con arrogancia i desprecio la hija de Manco.

—De asesino, respondió friamente el oidor.

—Es una impostura infame.

—Es hecho probado.

—Con qué?

—Con un cadáver.

—Él nada prueba.

—Hai testigos.

—Oh! testigos! testigos! esclamó la niña con un acento próximo a ser ahogado por las lágrimas. Ese es el gran recurso de vosotros los españoles. Porque hubo testigos, hicísteis morir en una hoguera al grande Atahuallpa, i al heróico Almagro en un patíbulo. Cuidado con vos, señor oidor, no sea que se encuentren tambien testigos para colgaros.

I luego, como plegando a un pensamiento súbito, añadió:

—Quién fué el asesinado?

—Illen de Suárez.

—Ai! oidor, ya pasa de infame tan injusta acusacion. Yo presencié la muerte de ese infeliz anciano, i os juro que el virei está inocente.

—¿Es cierto lo que decís? preguntó turbado Cepeda a la indiana.

—Ya veis que pronto han empezado a hallarse los testigos.....

—Temblad, infeliz! dijo Cepeda, levantándose amenazante i viniendo ácia Jilma. Temblad si tal secreto llegais a revelar: moriríais!

—Jamas cómplice yo de infamias i maldades! Oidor, hablaré mas alto que todos. Fué mi protector, i quiero pagarle con algo.

El golpe era tan inesperado para Cepeda, i era tan terrible al mismo tiempo, pues si Jilma hablaba podian trocarse los papeles entre él i el virei, que, no obstante su gran serenidad, quedóse algunos momentos como aturdido, cuando no buscando en su imajinacion un medio para traer a la desconocida india a su partido. Hallólo al fin a su parecer, i acercándose galantemente a Jilma empezó a hablarle de esta manera:

—Perdonad, india hermosa, mi inusitada arrogancia, i tened a bien no acusar mi razon, pues la he perdido.

—Oh! dijo Jilma riendo apesar del dolor que reinaba en su corazon. ¿Conque es decir que mi belleza os ha herido de amor, sucio reptil?

—Oh! esclamó Cepeda sobresaltado por una idea que parecia romperle el craneo por su inmensidad, i sin pararse a examinar la burla ni el desprecio de su interlocutora. Oh! decidme al punto quién sois, por piedad, pues vuestra habla despierta en mí recuerdos de alegría!

Jilma llevó su mano a las sienes con la majestad de una reina i echando a un lado su turbante blanco, dijo al oidor desafiando su jesto i su mirada.

—Cepeda, Jilma soi!

—A el alma mia, esclamó Cepeda arrebatado, bien lo dijo lo hermoso de vuestra voz. Con que sois Jilma? sí! me lo decia mi corazon con sus latidos! Jilma! Jilma! oh, la diosa de mi amor!....

I el licenciado no tuvo ya mas palabra ni mas voluntad: tanta así era la vehemencia de su pasion.

—Oh! no me digais eso, Cepeda, sierpe astuta que vivís en acecho, pues solo yo sé cuánto eres torpe i atrevido. Hacer mal es para vos la suprema de las dichas, ambicioso sin freno, hombre sin lei, conspirador infernal!

—No, Jilma, no me acuseis así; mi sola ambicion es postrarme a vuestros piés, dijo el oidor enajenado i dobló una rodilla ante la indiana acusadora.

—Oh! mui bien estais así, observó esta con altivo desprecio, así he oído decir que se rinde culto a la belleza. Inclinad, pues, la frente a mi paso, i rendidme por odioso tributo el mar entero de las lágrimas de vuestro falso amor. Yo os contemplaré, en tanto, con regocijo salvaje, me deleitaré en vuestra agonía i seré feliz con vuestro sufrimiento. Oh, Cepeda! haceis bien en permanecer de hinojos ante mí; así es como debe estar el español ante las vírjenes peruanas; i mostrais bien que sabeis medir la distancia que hai entre la heredera de los incas i el pobre aventurero togado.....

—No es ante la reina, dijo Cepeda levantándose vencido, ante quien doblo la rodilla reverente, es ante el sol de luz i de hermosura que calcina mi pecho de amor. Flor de los bosques, pura, virjinal, única estrella de mi horizonte, si vos llevais corona de diamantes como vuestros montes, cuyas cimas se pierden entre las tempestades i el zafiro, tambien llevo corona yo en la sien! Lo

que deslumbra mis ojos amantes no es, Jilma, vuestra raza jenerosa, es solo vuestra hermosura i vuestra gracia. Del palacio paterno en muelle estancia, fabricada de juncos i flores, al grato son de mil fuentes sonoras, bajo el ágrio i hervoso peñascal, os ví por la vez primera; recordadlo bien, Jilma; i desde entónces vuestra imájen vive en mi memoria, albo recuerdo, serenísimo encanto del corazon!

—Ahogad, infeliz, ese acento pérfido; amor no tengo yo para el villano que oprime mi nacion. Odio, si quereis, os daré en abundancia, pues tengo de él repleta el alma; i mi convulso i enojado labio solo sabe destilar para vos ondas impuras de amarguísima hiel. Ya sabeis que aborrezco vuestros amores, que os desprecio como hombre i como amante, que huyo de vos, i que estoi dispuesta a morir ántes que a escucharos. ¿Para qué, pues, ese afan de seguirme? Sin hogar i sin padres ¿no es mi destino bastante infeliz? Pensais, soberbio, que puedo amaros, cuando solo encierra traiciones vuestra mirada, i hace latir de horror al corazon? Oh! las fieras no se aman!

—Con que fiera solo soi a vuestros ojos! respondió Cepeda con ironía, i vaga en mi mirada silenciosa la traicion i la infamia?.. .Bien! temblad, que estais en mi poder.

—Oh! si no es eso cierto, decid ¿qué hicísteis del virei?

—Ah, Jilma! i quereis que no lo odie de muerte cuando lo amais! i que aplauda vuestro amor i vuestra ardentía!

—Amar yo al virei? Oh, no! mi amor es respeto i agradecimiento.

—Respeto que anubla vuestra mirada i que tiñe de muerte vuestro semblante. Guai! Jilma, de él i de vos!

I el irritado amante asió de un asiento i se puso a la

mesa a escribir, diciendo:

—Voi su muerte a decretar en vuestro nombre.

—Su muerte no, delirais, Cepeda. Yo estoi aquí para salvarlo, i lo salvaré. Tengo mucho oro, i al oro no sabe resistir el aventurero.

—Pero vos no saldreis de aquí, gritó Cepeda interponiéndose amenazante entre Jilma i la puerta.

—Quién me lo impedirá? preguntó la vírjen, armando su flecha.

—Yo!

—Apartaos, Cepeda, o esta flecha envenenada irá, breve i sutil, a derramar la muerte en vuestro pecho!

Cedió Cepeda ante la amenaza de Jilma, i esta i su esclava desaparecieron en el instante.

CAPITULO XXII.

UN CONSEJO PEDIDO I REHUSADO.

El triunfo de Cepeda fué un triunfo efímero i sin consecuencias.

Su plan respecto de Gonzalo Pizarro era disuadirlo de sus intentos; cosa tan fácil como persuadir al tigre a que abandone su presa. Juntó, pues, la Audiencia en seguida i la redujo a que mandase un mensaje al héroe traidor, indicándole que aún era tiempo de volver atras, que lo hiciera i que se le firmaria un perdon absoluto.

Gonzalo recibió la embajada una tarde al ponerse el sol en los valles de Xáuja; i aunque los pliegos del licenciado iban escritos con mucha habilidad i se le colmaba en ellos de lisonjas, sonrióse al leerlos, i dió a Francisco de Carvajal, su Aquíles i su Nestor a un mismo tiempo, la órden de adelantarse sobre Lima con cincuenta jinetes i obrar discrecionalmente.

Este Francisco de Carvajal era el mismo que habia dado el triunfo al consejero Vaca de Castro en la fiera

batalla de Chupas, i que ahora, por una de aquellas razones que no arguyen demasiado en favor de la fidelidad española en los militares de la conquista, peleaba bajo las banderas de la traicion, con el mismo valor que lo habia hecho bajo las del rei. Era uno de aquellos fuertes i raros soldados de la edad de hierro, a quien venian como de molde las viejas palabras del romance guerrero

Mis arreos son las armas,
Mi descanso es pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.

El viejo adalid no se dejó dar la órden dos veces, i los embajadores de la Audiencia tuvieron que doblar sus marchas para llegar a Lima ántes que él.

Grande fué la consternacion de Cepeda cuando supo la resolucion de Pizarro; temió hasta por su vida, i exhausta su mente de recursos é intrigas, no le quedó mas partido que encaminarse a la cárcel pública, a conferenciar con el infortunado caballero Vaca de Castro, quien con una cadena a la cintura i tendido sobre un poco de paja en un rincon oscuro, esperaba del tiempo el remedio de los males que le habia acarreado su mérito.

—Vos aquí? fueron las primeras palabras del prisionero.

—Sí, yo, señor; pero no os sorprendais: es servicio del rei.

—Segun eso, ya ha llegado la sentencia de mi muerte, i venís a comunicármela?

—Por qué lo creeis así?

—Porque hace ya mucho tiempo que *el servicio del rei* (i el prisionero acompañó estas dos palabras con una amarga sonrisa) no significa para mí sino dolores sobre dolores.

—Por el contrario, dijo Cepeda, creo que ahora es de vuestra libertad de lo que se trata.

—Que sea así, esclamó el de Castro con un suspiro. Es tan dulce la libertad! con ella se vuelve a ver el sol, el mar i las flores! Oh! repetidme que se me pondrá en libertad; es una palabra tan grande, que hace felices hasta a los que no podemos mas que pronunciarla.

I luego, como volviendo de un arrebato indebido, añadió:

—No creais por esto que suplico, ni que pido gracia: estoi bien léjos de hacer eso. Yo no quiero sino la libertad o la muerte, pero pronto, en el instante mismo si fuere posible.

—Bien conozco, señor, observó el licenciado con acento mañoso, cuánta desesperacion, i justa, encierran vuestras palabras; pero quejaos de vuestras desgracias a la mala política del virei: él solo es el responsable de vuestros sufrimientos.

—No, oidor, replicó el prisionero con dignidad; no es de Núñez de quien debo quejarme, es de mi honradez. Entregué el mando cuando pude retenerlo en mis manos, i me perdió mi hombría de bien.

—Sinembargo, debeis consolaros porque Blasco Núñez ha caido tambien.

—Ha caido tambien! repitió el consejero espantado: no parece sino que fuera una maldicion superior que pesase sobre el trono del Perú; todos los que lo hemos ocupado de Huayna Capac hasta Núñez hemos caido víctimas del puñal, la política o el veneno.

I el grande hombre quedó engolfado en meditaciones sombrías.

—Bien, continuó Cepeda, el vírei ha caido, i yo le he sucedido en el poder....

—Vos? interrumpió Vaca de Castro como espantado de lo que oia ¿i a qué deberé atribuir el honor de vuestra visita? Venís a descargarme el último golpe, orde-

nando mi muerte; o venís a abrirme las puertas de la libertad.

—Tal vez haga lo último mas tarde, por ahora es imposible. A lo que vengo es a pediros un consejo.

—Un consejo a mí? Oh! vos os burlais: qué va a deciros un pobre preso como yo!

—Es el caso que Gonzalo Pizarro ha levantado en el Cuzco bandera contra el rei, i su vanguardia penetra ya en las primeras cuadras de la ciudad. Bien, pues, yo quiero tomar consejo de vos en las presentes circunstancias.

—Oh, señor! dijo el consejero lleno de talento, sois vos mui sabio para que yo pueda aconsejaros ninguna cosa: ocurrid a la Audiencia.

—Oh! la Audiencia! la ¡Audiencia! repitió Cepeda con ironía. Feliz de vos, señor, que no sabeis quiénes son los sujetos que la componen.

—Ciertamente que un calabozo es el punto ménos a propósito para estudiar i conocer a los hombres.

—Pero, señor, oidme. Gonzalo Pizarro está en armas; Blasco Núñez ha sido depuesto por la Audiencia i habita actualmente una isla desierta del Pacíficico; la opinion está pronunciada en favor de Pizarro, i los amigos de la corona no tenemos los medios bastantes para hacer respetar sus derechos. Tal es la situacion, iluminadme con vuestros consejos.

—Me dísteis a entender ahora poco que la Audiencia se componia de mentecatos ¿cómo ha podido pues atreverse a deponer al virei? I los ojos de Castro brillaron llenos de intelijencia al hacer esta observacion.

—Ah! ah! dijo Cepeda ¿i quién responde de que lo que ha hecho la Audiencia no sea un disparate?

Vaca de Castro nada respondió; era cosa fuera de toda duda que el licenciado no se dejaba aprisionar en sus propias redes.

Hubo despues un poco de pausa, durante la cual el

consejero pensó en que se las estaba habiendo con un hombre mui hábil, i resolvió no soltar prenda ninguna. ¿No se le podia estar tendiendo un lazo, haciéndole creer cosas que tal vez no habian sucedido? Por otra parte, si era verdad todo lo que el oidor le decia ¿a qué fin ayudar a combatir a Gonzalo Pizarro, cuando él venia para Vaca de Castro como redentor, i no como verdugo?

Dijo pues al licenciado:

—Pensad mucho lo que haceis, señor oidor, que bien lo merece lo grave del asunto; yo no doi a vuestras demandas mas respuesta que el silencio.

—El silencio decís?

—I no miento, señor. Yo soi un pobre prisionero, que no espera sino la libertad o la muerte. Si resolvèis la primera, avisádmelo para preparar mi corazon a la felicidad; i si la segunda, avisádmelo tambien para preparar mi alma a Dios. Por lo demas, nada tengo que ver con la política.

Cepeda se mordió los labios al comprender que no habia sacado nada de su entrevista, i se retiró de la prision de Vaca de Castro pensando en que era mejor tener por adversario a Núñez, que a ese altivo caballero, lleno de sagacidad i valor.

El licenciado se habia detenido en la prision mas de lo que a sus intereses convenia, i cuando volvió afuera, halló que la ciudad estaba en la mayor ajitacion, pues se disparaban algunas armas, habia grupos de jente en las bocacalles i se reducia a prision a varios caballeros principales. Aunque valiente, su corazon no pudo ménos de helarse, pues su primera idea fué que el virei habia logrado escaparse i efectuaba una reaccion en los sucesos; i si tal acontecia, no le quedaba mas partido que la fuga.

Sinembargo, no era Cepeda hombre de dejarse llevar

por la primera impresion, i llegándose a una abecería que aún estaba abierta, pues era bien entrada la noche, preguntó por lo que pasaba. Dijéronle que eran las tropas de Gonzalo Pizarro que habian empezado a entrar en la ciudad, con lo que se alejó mas sosegado, tomando el camino de los arrabales, a fin de meditar despacio sobre la situacion i fijarse un partido que adoptar.

La casualidad mas que otra cosa llevólo ácia unos grandes árboles que quedaban a orillas del camino, a cuyo pié se sentó con toda la postracion de espíritu de un hombre que se siente vencido, mas por los sucesos dirijidos por el alto i secreto poder de Dios, que por el poder de los hombres.

I es indudable que su meditacion hubiera sido mui larga i laboriosa, si al levantar los ojos ocasionalmente al cielo, no hubiese visto pendientes de las ramas mas gruesas de los árboles, los espantosos cadáveres de tres hombres recientemente ahorcados. Lanzó un grito e intentó huir, pero una mano de jigante cayó sobre sus hombros casi con tanta fuerza como el hacha de Vulcano sobre la cabeza enferma de Júpiter, i un hombre alto i grueso, digno propietario de aquella mano de hierro, le dijo:

—No se afane, vuesa merced, señor licenciado, pues que por su traje comprendo lo que es: ahí no hai colgados mas que tres de los principales de Lima, i la lista ha de ser larga a lo que parece.

Cepeda no supo qué contestar; péro el desconocido lo sacó de su embarazo agregándole:

—Id de mi parte i decid a los oidores, que igual suerte se les espera si mañana no proclaman rei del Perú a Gonzalo Pizarro.

—Quién sois vos, pues, para mandarles ese recado?

—Francisco de Carvajal.

I Cepeda no se esperó a mas contestaciones, sino que desapareció de aquel lugar con la rapidez del águila.

CAPITULO XXIII.

EL JURAMENTO.

Cepeda departió esa misma noche bastante largamente con sus camaradas, i a la mañana siguiente, 28 de octubre de 1544, la ciudad de Lima apareció toda de gala. Construyéronse a la lijera arcos de triunfo en sus calles principales, revistiéronse las puertas i las ventanas de brocados riquísimos, tronó el cañon, esa voz solemne de toda fiesta nacional, i echáronse las campanas a vuelo. La jente hervia en las plazas i avenidas de la ciudad, cruzaban los jinetes en briosos i descansados caballos llevando o trayendo órdenes, abríanse de par en par las puertas del palacio de los vireyes, obra colosal del marques Francisco Pizarro, i la música de los batallones tocaba a porfía i con el entusiasmo propio en una gran fiesta popular.

Cerca de las doce salió la Audiencia en cuerpo i vestida de gala, i avanzándose milla i media de la ciudad, recibió de oficio a Gonzalo Pizarro, quien solo esperaba este requisito para entrar en la capital de los reyes.

Cepeda estaba pálido i conmovido. Como presidente de la Audiencia llevaba la voz; pero pudo apénas decir al vencedor:

—Servios, señor, entrar en la ciudad, cuyas llaves de oro pongo humildemente a vuestros piés, el bien jeneral así lo exije. Salvad la paz, i la Corona resuelva despues.

Pizarro recibió las llaves de manos del licenciado sin responder palabra, i llamando a los miembros de la Audiencia para que cabalgasen junto a él, empezó su entrada triunfal.

Gonzalo Pizarro era todavía bastante jóven. Habíase puesto ese dia al frente de todos sus lanceros, i montaba un caballo magnífico revestido de gualdrapas de grana i oro. Iba completamente armado, i llevaba sobre la armadura una túnica bordada profusamente de piedras, junto con una capa carmesí guarnecida de brillantes adornos. Era su porte majestuoso, i su ancha barba, negra i caudal como la cola de un pájaro nocturno, daba a su fisonomía cierta espresion marcial mui propia de los novelescos caballeros de su siglo. Marchaba delante de él el estandarte real de Castilla, e iban a sus costados la bandera del Cuzco i el estandarte de los Pizarros, en cuya tela hermosa campeaban las armas concedidas por la Corona a esta casa de la fortuna i del valor.

Al entrar en las calles de la ciudad hubo aclamaciones estrepitosas, coronas i flores. Las tropas desfilaron en órden de batalla, i todo aquel dia se pasó en regocijos i felicitaciones. Solo Gonzalo no parecia estar satisfecho de su glória. El dolor siempre como que reserva la mas punzante de sus espinas, la duda, para el héroe de toda jornada.

Entró pues a palacio con aspecto sombrío, i sin saber él mismo porqué, se encaminó al salon donde habia sido asesinado el marques su hermano, despues de ordenar que nadie lo siguiese porque queria estar solo.

Tres años hacia qué el marques habia sido asesinado, i sinembargo el salon donde habia tenido lugar el sombrío suceso se encontraba en el mismo estado. Entró en él Gonzalo con el paso trémulo i el corazon palpitante. Sus ojos, como estraviados, vinieron a fijarse en el muro, manchado aun con la sangre de su hermano; i como si aquella sangre humease todavía, i como si todavía fuese tiempo de secarla, llevó el héroe su mano sobre ella, pero estaba fria i petrificada como el granito que le servia de urna funeraria.

Quedóse Gonzalo pensativo largo rato ante aquella muestra de la inconstancia humana, i su alma vuelta atras como evocada por una deidad superior, volvió a representarse al marques, a Hernando i a Juan, cuando no eran mas que tres soldados oscuros, sin ambicion ni idea cabal de la gloria, i casi estuvo por envidiar esa especie de felicidad aparte, que no se goza sino en los estados humildes, i que no se lamenta sino cuando se echa ménos desde la cumbre vertijinosa del poder. I el héroe, suspendido entre los dos abismos sin fondo del pasado i del porvenir, quedó cabizbajo e indeciso, como el águila real que se cierne turbada entre el azul de los cielos i el de los mares en un dia de verano.

I no era para ménos la situacion. Lo que estaba presente delante de sus ojos era la sangre, pérfidamente vertida, del hombre que, sin mas recurso que su espada, habia conquistado el mundo mismo que Colon habia arrebatado al océano; del guerrero cuyas hazañas sin paralelo, habian hecho estremecer de celos el pecho del arrepentido de Juste.

Dió Gonzalo algunos pasos por el salon, i quitándose el yelmo de acero luciente, zafándose los guantes de búfalo i desenvainando la espada, dobló una rodilla con relijiosa reverencia, i juró en presencia de Dios, habitador de toda soledad, lavar esa sangre preciosa con el castigo de los verdugos de su hermano. Paróse en seguida ya mas tranquilo, i llamó a Carvajal para conferenciar con él.

Digamos dos palabras sobre este personaje ántes de introducirlo en la escena.

Francisco de Carvajal, oriundo de Ragama, aldea de Arévalo en la península española, tendria entónces de ochenta i dos a ochenta i cuatro años. Su porte era majestuoso, i su talla la mayor de las que habian pasado a América.

Era hombre tan raro en su porte como en su manera de vestir. Llevaba por lo comun, en vez de capa, un albornoz morisco, de color morado, con rapacejo i capilla. Su sombrero era de tafetan negro, circundado de un cordoncillo de seda, que servia para mantener erguidas unas cuantas plumas de gallina, blancas i negras, cruzadas al rededor de la copa en forma de X. I sobre esto del uso de las plumas, era mui raro el parecer del maese de campo, pues opinaba que no debian llevarlas sino los soldados, por probar en ellos valor, de la misma manera que en los paisanos probaba liviandad.

Sus armas eran por lo comun uno o dos piés mas largas que las de sus compañeros, i gustaba siempre de montar los mejores caballos, beber los buenos vinos i galantear las lindas muchachas. Aunque sin cultura ninguna, tenia un espíritu pronto i avisado como se notará por los siguientes pasajes.

Habiendo entrado con Borbon en la ciudad de Roma i entretenídose demasiado en el combate miéntras sus compañeros se aprovechaban del saqueo, cuando fué por su parte ya no quedaba nada. Quedóse Carvajal pensativo por algunos momentos, i luego alejándose de su cuerpo, cuyos soldados se reian mui cordialmente de su desgracia, se fué a una notaría de las principales, i cargó con los espedientes que le parecieron de mas valia. Pasaron así hasta ocho dias, al cabo de los cuales llegó el notario afanadísimo a su cuartel, i a fuerza de empeños i ruegos logró rescatar los espedientes por la suma de mil ducados de oro. Fué hasta entónces que los vencedores conocieron la importancia del botin de su camarada, el cual no habia servido hasta allí sino para hacerlos fecundos en burlas.

Viajando en otra ocasion Carvajal por el Collao, encontró con un mercader que acababa de desembarcar de Panamá catorce o quince mil pesos en brocados, ter-

ciopelos, paños finísimos de Segovia, Holanda i Ruan, rasos i damasco, el cuál cargamento llevaba consigo en mui buenas acémilas.

—Hermano, dijo Carvajal deteniendo su troton i apoyando la lanza contra el suelo, me alegro mucho de haberos encontrado, pues estoi sin blanca, i en buena guerra todo ese cargamento me pertenece.

El mercader, que no era lerdo i que conocia al maese de campo como todos en el Perú, detuvo tambien cortesmente su mula i respondió a Carvajal:

—Señor mio, en guerra i en paz es de vuesa merced esa mercadería, porque en nombre de ámbos hice el empleo en Panamá, i espero tener el honor de que nos dividamos por mitad las ganancias. Voi pues a realizar todo a los mejores precios, i luego partiremos.

Mandó en seguida el mercader que descargaran una mula i dió al guerrero dos botijas de vino tinto, i dos docenas de herraduras, mui estimadas en aquel entónces en el Perú, i cuyo valor no bajaba de un marco de plata por par.

—Tomad, le dijo entregándole todo, i ved que no os he olvidado en mi viaje.

Departieron los dos socios durante largo rato i Carvajal dió al mercader un escrito (conducta de capitan) por el cual debian los indios servirle durante el viaje i darle grátis todo lo necesario ; i en Potosí, lugar a donde iba destinada la mercancía, se prohibia a los comerciantes abrir sus tiendas i hacer trato ninguno hasta que el socio del guerrero hubiese despachado toda su hacienda.

Con lo que se separaron despues mui contentos uno de otro.

En otra ocasion, habiendo vuelto al Cuzco victorioso del capitan Diego Centeno, como hombre pródigo i gastador, dió en su casa a varios amigos un banquete jene-

roso, en que se prodigaron algunas arrobas de vino, que entónces costaba nada ménos que a trescientos pesos la arroba. Embriagándose todos, cada uno cayó dormido para el lado que pudo.

Salió entónces de su aposento doña Catalina Leiton, esposa del maese de campo, i por dar a entender a su marido lo mal que hacia en costear semejantes bacanales, díjole:

—Pobre Perú, i cuál están los que lo gobiernan!

—Calla, vieja ruin, i de lo que te espantas! dijo con mucha formalidad Carvajal; déjalos dormir un par de horas, que cualquiera de ellos es bastante para gobernar medio mundo.

Con estos preliminares introduzcamos al lector a la conferencia de Gonzalo i su teniente.

CAPÍTULO XXIV.

EN DONDE SE VERÁ QUIEN ERA EL MAESE DE CAMPO DE GONZALO.

—Supongo, dijo Carvajal entrando a donde Gonzalo con la familiaridad que pudiera hacerlo un padre con su hijo; supongo que estarás satisfecho de mí. Vamos! ya eres rei, recuéstate i descansa un rato.

—No, Francisco; no es bastante lo hecho todavía.

—No es grande tu favor con el pueblo?

—Al parecer sí es grande; pero el pueblo suele ser rencoroso a veces.

—Rencoroso, i por qué?

—Porque habeis sido cruel en esta ocasion.

—Cruel? ni por pienso! Cierto que colgué tres nobles; pero, Gonzalo, estaban tan hermosos los árboles, que me pareció que no era cosa de desperdiciar.......... mas, en otra ocasion *nos* manejaremos con mas cordura: *nos* valdremos del garrote en vez de la soga.

—Dejaos de esas chanzas, Carvajal; teneis ya ochenta i tantos años, i no os sientan bien semejantes hazañas.

—Quita allá el escrupuloso! Si colgué tan solo tres, fué por evitar que riñésemos; pero si hubiera sospechado lo que está pasando, me hubiera portado de distinta manera. Aparte de eso ¿ qué son tres bribones ménos para esta tierra dichosa, que los posee a cientos, como el agua los peces? Por otra parte, conozco mejor que ninguno los lances de la guerra, i esos tres hicieron entrar al pueblo i a los oidores en razon. Creeis que sin eso se hubieran prestado gustosos a recibirte?

—Ello es que no dejarán de acusarme de tirano.

—Pues qué! no piensas serlo? Era la última que nos podia suceder! Tirano i mui tirano, sí, señor. De otro modo ¿ de qué nos podria valer lo que hemos hecho?

—Vamos despacio, Carvajal.

—Qué daspacio ni qué embrollos! quien tiene dos mil soldados, que parecen otros tantos leones, no debe andar por el asqueroso camino de la pusilanimidad.

—Obremos como políticos i no como guerreros.

—Obremos, Gonzalo, como obrará el rei con nosotros si caemos en sus uñas. Nos tratarán como tiranos; seamos pues tiranos en verdad.

La razon no dejaba de tener su fuerza, i el último de los Pizarros se puso a pasear sin replicar nada.

Carvajal continuó:

—No estoi por tu política, hijo mio. Cuando se juega el pescuezo como lo estamos jugando nosotros, lo mejor es hacer algunos avances ántes de que llegue la hora de los desengaños. He estudiado largo tiempo el arte de la guerra con el Gran Capitan i con el mismo emperador Cárlos V, i no estoi por debilidades ni por condescendencias.

—Respeto como es debido vuestros consejos, Carva-

jal, pero no olvideis que la prudencia es madre de la buena ventura.

—La prudencia ¿ sirve acaso para otra cosa que para tumbarnos ? Óyeme, i sé dócil a mis advertencias. Manda poner preso al oidor Cepeda i remítelo sin pérdida de tiempo a Panamá.

—Qué decís ! al oidor ?

—Al mismo. Es un tunante, i nos va a dar mucho qué hacer.

—Os equivocais.

—El equivocado eres tú, Gonzalo. Él oidor Cepeda está conspirando contra nosotros.

—Carvajal !

—Es un infame que nos hace la guerra por detras. Has de saber que ha reunido hoi mismo la Audiencia en el mayor secreto, i trabaja porque se nos forme un proceso. I sabes, hijo mio, preguntó con acento de melosa malicia el veterano ¿ sabes lo que significa un proceso en el Perú ? Un proceso es una sentencia de muerte.

—Algo me habian dado ya que sospechar sus rastreras adulaciones. Pero no importa, tengo en mis manos el medio de hacer de Cepeda el mas dócil i obediente de mis esclavos.

—Bien, confio en tu habilidad i en tu poder ; i de no, ahí está mi lanza que sabe resolver mas de una cuestion. Vamos a otra cosa ; i el maese de campo dió a su cara todo el aire de seriedad de que era capaz, i que a decir verdad no era mucho.

—Decid.

—Bien sabes, hijo mio, que cuanto encierra este pais en minas, ciudades, montes i mares es tuyo ; tuyo únicamente, porque no queda mas heredero del marques Pizarro. Él lo conquistó todo con su valor, pues

los reyes en nada pudieron ni quisieron ayudarlo; manos pues a la obra.

He aquí mi pensamiento.

Levantamos un trono para tí en esta ciudad; quemamos, como Cortes, todas las naves que cruzan entre las costas incas i las de Panamá, de modo que quede rota toda comunicacion con España; damos despues muerte a Núñez, Vaca de Castro i Cepeda; te casas con una princesa de la sangre real, i dejamos a Dios i al tiempo que hagan lo demas. Con tu enlace con la familia del sol, traemos a tu partido el mui poderoso de los incas; i confiando a las olas solitarias del océano la guarda de la nueva corona, sabremos reirnos de las huestes vencedoras de Castilla.

Calló Carvajal i Gonzalo quedó mudo de admiracion. El viejo soldado penetraba el porvenir con ojo mas certero que el suyo; pero el héroe no queria encastillarse sino lidiar. Era para él mejor ceñirse la corona del Perú ganando diamante por diamante sobre los campos de batalla, que obteniéndola con el asesinato de sus predecesores, i el cobarde desafío a un rei distante dos millares de leguas, despues de haberle interpuesto el mar i los desiertos para que no pudiera combatirlo.

Los Pizarros eran mas soldados que políticos.

Sinembargo, aunque Gonzalo rechazaba de firme el plan de su maese de campo, no por eso dejó de vencerlo la curiosidad, por lo que díjole con alguna gracia.

—I dónde está, amigo, esa princesa real con quién deberé desposarme?

—Si no es otra la dificultad, yo te presentaré una que eclipsará en hermosura a las mismas sultanas del Oriente.

—Mucho me temo que exajereis; pero de todos modos, la veré para resolverme.

—Dame solamente un dia para presentártela. La tengo mui cerca de aquí, pero deseo prepararla.

—Un dia o un año, Carvajal, dijo Gonzalo riendo de lo que él llamaba en su interior, la *candidez* del viejo veterano.

—Por qué te burlas? preguntó Francisco.

—Porque no hai en todo el Perú esa vírjen que me prometeis. Ahora quince años sí habia una; pero esa ya ha muerto, observó el héroe poniéndose pálido. Ella sí hubiera sido mui digna de lo que me proponeis, pero era esposa de un gran príncipe, i entónces no soñaba yo, como hoi, en *coronarme.* I Gonzalo acentuó esta frase como supremamente ridícula.

El fiel amante se acordaba de su linda Azucena.

—El que haya o no esa vírjen es cosa que corre de mi cuenta. Deja que el plazo se cumpla i él será el que decida de mi comprometimiento.

I el veterano salió del salon con aire de completa seguridad.

Veamos entre tanto lo que era de Jilma.

CAPITULO XXV.

LA RECOMPENSA.

El primer intento de Jilma el dia que se escapó de las garras de Cepeda, fué huir de la ciudad, i esperar en alguna parte a que las cosas variasen de aspecto, como tenia para ella que habian de variar; i entónces presentarse al representante del rei i probar dar la libertad a Blasco Núñez acusando a Cepeda.

I ninguno mas apropósito que ella para llevar a cabo tan jeneroso intento. Ella habia presenciado la muerte del factor, i sabia mui bien que el virei estaba inocente. Por otra parte, hallaba no sabia qué de grande i de romántico en hacerse la defensora i salvadora del hombre a quien debia el cariño de un padre i los cuidados de un amigo. Ese proyecto era entónces el mas

lindo de sus ensueños i el mejor blanco de sus esperanzas. I a la verdad, habia mucho de atrevido i de noble en el pensamiento de aquella vírjen, desvalida ella misma, al pretender salvar a un hombre a quien condenaba la irritacion pública, preso por entónces en una cárcel i sin mas porvenir que el cadalso. Pero precisamente en lo arriesgado de la empresa era que Jilma hallaba mayor entusiasmo, mas gloria, i mejor recompensa para su corazon.

Salió pues preocupada con esta idea del palacio de Cepeda, i pensando a quién ocurriría para el logro de sus intentos, cruzó por su mente un pensamiento dulce como la primera sonrisa de un niño. Ese pensamiento no era mas que el recuerdo de un nombre i la representacion de un personaje a quien ni siquiera conocia la princesa.

He ahí el raro modo cómo pensó Jilma por primera vez el en héroe Gonzalo Pizarro.

Pues era en este último adalid de la grande epopeya peruana, que pensaba encontrar todo el apoyo i la nobleza que le negaban los otros hombres. Jilma no conocía a Gonzalo, pero sentia por él algo que no acertaba a esplicarse, i podia pasar mui bien por uno de esos amores grandiosos que beben las aves i las flores en las auras, i que guardan con misterio en los pliegues de su cáliz o en la urna de su corazon. Uno de esos amores réjios o anjélicos, que necesitan de un seno de vírjen donde morar, porque no pueden confundirse con el vulgo de los amores.

Jilma amaba pues a Gonzalo sin conocerlo, i este amor era su secreto i su felicidad. Poetisa como toda vírjen en sus primeros éxtasis de amor, bastábale la soledad de un bosque, la claridad de una fuente, el perfume de un jardin o el insomnio de una noche de luna, para despertar en su alma la maravillosidad de sus re-

cuerdos, i con los ojos preñados con el primer llanto de una pasion sublimada por el misterio, la voz trémula i palpitante el pecho, lanzaba desde el fondo de su alma aquellas notas que mas tarde hemos ido a recojer, junto con sus huellas de rosa, al pié de los muros mismos del palacio en ruinas de sus padres, los soberbios hijos del sol, i que dicen así:

Gonzalo! qué dulce acento,
I como halaga mi oido
Cual el suspiro del viento
En el ramaje perdido!....
Cuando en la cumbre del monte
Se asoma blanca la luna,
Retratando al horizonte
En la dormida laguna,
Su imájen llena mi mente,
Sueño de lindos colores,
Sol que despunta en oriente
El dia de mis amores!....
No sé porqué lo amo tanto
Desde que nací, que ansío
Inundar sus piés en llanto
I ofrendarle el pecho mio!....
Dicen que es noble i valiente,
Como los incas, guerrero,
I que se lee en su ancha frente
Su raza de caballero;
Que cien combates ganando
A reyes de otras naciones,
Fué lauros amontonando
I ganando corazones,
Hasta hoi, que dueño se mira
De esta tierra jenerosa....
Hasta hoi que Jilma suspira
De amor por él silenciosa!....

He ahí el secreto de lo que pasaba en el corazon de la pobre niña. Acostumbrada a oir hablar desde su mas tierna edad de Gonzalo Pizarro como de uno de esos caballeros enamorados i valientes de la Edad Media, el relato i las tradiciones populares habian efectuado en su alma inocente una revolucion, i Jilma amaba al héroe sin conocerlo, como se puede amar un jénio misterioso i potente.

Empero, a la sazon pasaban las cosas de otra manera, i la gallarda hija de Azucena habia visto a Gonzalo victorioso entrar en la ciudad vencida a la cabeza de sus esforzados lanceros. Su noble apostura, lo rico de su traje i lo garboso de su caballo de guerrero, todo habia venido a confirmar a la niña en sus ideas respecto al vencedor de su raza. El sueño se habia pues convertido en realidad; no faltaba mas sino que la suerte la arrastrase por algun accidente hasta el pié del trono como la

había arrastrado hasta los pies de Núñez, i Jílma ansiaba por ese accidente feliz.

La causa de ese accidente, como lo sabe ya el lecctor, debia serlo en breve el maese de campo Carvajal.

Sentada Jilma en un blando cojin oriental, recojidos los pies a la odalisca, i la frente apoyada sobre su mano breve i sonrosada como un lirio que se troncha sobre otro, meditaba hacía rato en alguna cosa que debia importarle mucho, o esperaba el resultado de algo que debia estarse verificando. De rato en rato sonreía como al recuerdo de alguna emocion de felicidad ; i de rato en rato se ponia pálida i trémula como sobrecojida de un vago temor.

De repente entró Zuma en la estancia i trabaron la siguiente conversacion.

—Viste a esos hombres, Zuma ?

—Los ví, señora.

—I oponen alguna dificultad ?

—Solamente piden una gran cantidad de oro.

—Oro ! Zuma, siempre oro ! ese parece ser su dios i su afecto ; pero dales todo el que pidieren. Te hacen falta algunas perlas, algunos diamantes ?

—No, señora, les he dado ya todo lo que han querido.

—Oh ! no vayas a reparar con ellos : en esta empresa lo que importa es el resultado.

—Pero......señora, permitidme la indiscrecion de una pregunta.....

—Hazla, Zuma, bien sabes que no abrigo secreto para tí.

—Cuál es vuestro intento al pretender libertar al virei ? Pensais que reconquiste el trono ?....

—Oh ! no, Zuma, no me creo tan poderosa que intente lo que acaso no podria llevarse a cabo sino por medio de las armas. El interes que tomo por el virei, es

pura gratitud. Hizo todo lo que estaba en su mano por servirnos, i es preciso pagarle de alguna manera.

—Oh! señora, os manejais en esto como la verdadera hija de los incas; i para vuestro sosiego añadiré que esta misma noche quedará libre el virei, pues no se le llevó a una isla desierta del mar, como se dijo al principio de su prision, sino que lo mantienen a bordo de un buque en el puerto, i ya han salido para allá Puélles i Díaz segun nuestro convenio. Creo que volverán todos tres esta misma noche a la ciudad.

—Oh! i cuánto te debo, Zuma, por tantos favores! No era bastante que me sirvieses con la solicitud que lo has hecho desde la cuna, sino que hoi mismo no omitieras esfuerzo ni dilijencia por libertar al virei, cuando esa es la mas grande i urjente de mis aspiraciones. I la agradecida niña dió su mano a besar a la esclava.

Jilma quedó un rato como pensativa, i luego añadió:

—No habrá peligro alguno de que esos hombres nos engañen?

—No lo creo, señora, porque me han dicho que a ellos lo que les importaba era hacer su negocio. Que habian sido fieles al virei, miéntras la causa de este se encontraba bien i les era provechosa; que ahora servian a otro amo mediante las mismas condiciones; pero que, como el asunto era hacerse ricos i yo les pagaba bien, que no abrigara desconfianza de ninguna clase, pues que ellos abririan las puertas de la prision a Núñez a cualquiera costa.

Esta esplicacion satisfizo por completo a la intranquila Jilma, i dió órden para que la dejase sola su esclava, al tiempo mismo que se presentaba Carvajal para dar el primer asalto a la brecha.

CAPÍTULO XXVI.

EXTASIS I AMOR.

A la tarde del dia siguiente el sol se ponia en el horizonte majestuoso de luz i de arreboles, i Gonzalo Pizarro rebosante de gloria i de felicidad esperaba con inquietud a álguien que debia entrar en el salon. Estaba vestido de toda gala, i su pecho se dilataba con la misma alegría i con el mismo temblor, que cuando estaba en lo recio de sus amores con la esposa de Manco.

De repente rodó la puerta sobre sus goznes, i Carvajal conduciendo a Jilma por la mano, la presentó al guerrero con una sonrisa de triunfo i de placer.

Esa era la ocasion suprema de Jilma, i el miedo, el pudor i la belleza eran entónces en ella encantadores. Fué a andar i le faltaron las fuerzas, i cual se dobla una flor sobre los nudosos i apartados troncos de un roble, se dobló sobre los brazos del guerrero estendidos para recibirla, murmurando el dulce nombre de Gonzalo.

Deslumbrado este por la presencia de la real huérfana, esclamó :

—Con que no es un sueño, ni una vaga memoria !

—Un sueño! una memoria ! no, Gonzalo : es una realidad, interrumpió Jilma, i léjos de huir, se dejó estrechar mas i mas por los brazos del rendido soldado. Mas reparando en seguida en que no estaba bien dejarse arrebatar así por su loca pasion, agregó, pero casi desfallecida :

—Perdona, Gonzalo, no sé lo que he hecho ; i avergonzada quiso huir.

—Oh ! vuelve en tí, flor de la aurora, repuso Gonzalo arrebatado. Me ha bastado verte para amarte.

—Con que me amas, Gonzalo ?

—Sí, te amo mas que a los ánjeles : como a Dios.

—Oh! no me engañes así, dijo Jilma palideciendo de temor. Seria matarme....

—Engañarte ? matarte ? no, nunca ! Preferiria morir a tus piés. Pero es cierto que me amas ?

—Con locura.

—Como a tu patria ?

—Sin fin.

—Como aman las aves el bosque, los ciervos la llanura ?

—Oh ! te amo mas que todo eso, Gonzalo, pues te amo como ama a Dios el serafin !....

—Qué ! tú eres cristiana acaso ? preguntó Gonzalo fuera de sí.

—Sí, lo soi, dijo la pobre huérfana bajando la voz amedrentada ; pero cuidado no nos oigan los de mi nacion......me matarian....me alejarian de tí !

—Oh ! bendita sea la incomparable madre del Salvador, esclamó el cristiano caballero cayendo de rodillas ante aquella seráfica aparicion, con que eres una hermana de los ánjeles del Señor ?

—Sí ; es un secreto, dijo la indiana levantando a Gonzalo ; mi cuna fué mecida por cristiana mujer, i en medio de tanta desolacion i amargura, me cabe esa felicidad.

—Tu nombre ?

—Jilma.

—Oh ! bello i sublime como tú.

—Pero no tan dulce como el tuyo, Gonzalo....

—I tu madre ?....su nombre ?

—Tenia el de una flor, la mas gallarda de nuestros prados.

—I tu padre ?

—Fué Manco.

—Manco ? el grande hombre, el sobresaliente militar!

—Desamparada en el mundo, vine a este palacio, donde fuí recibida con paternal cariño por el virei. Mas el virei ha caido desde la altura de su honradez, i no me queda mas amparo que el tuyo, si me lo quieres prestar. Eres, Gonzalo, un guerrero valiente; por eso abato mi cabeza hasta el polvo de tus piés.

—Oh! hasta el polvo de mis piés no, aunque ellos pisan el palacio de los reyes i las arenas sagradas de la raza del sol: bajas solo tu corazon hasta el mio, i me haces grande elevándome hasta tí.

Esta conversacion fué reanimando a Jilma poco a poco, i empezó a creerse verdaderamente feliz porque tenia la mano de Gonzalo entre las suyas; porque miraba confundirse sus alientos como el doble aroma de dos rosas amantes; porque sus ojos estaban igualmente húmedos i abrillantados de placer: tal suele ser el encanto de los enamorados.

Ya no se hablaban, pero sus almas se entendian sin necesidad de ese rústico símbolo de la voz; i sus suspiros, mas elocuentes i mas tiernos cada vez, hacian sonreir de gusto a Carvajal, que, mudo, enternecido i parado a alguna distancia de los dos amantes, esperimentaba el mayor placer de su vida. Era Gonzalo para él una persona mas querida que el mas tierno i amante de sus hijos; lo encontraba arrojado i bien puesto, i Carvajal no conocia en el mundo mas amor que el de los soldados valientes. El brillo de las lanzas, el sonido marcial de los atambores i los cimbreadores penachos de sus lejiones de combate, llenaban su corazon hasta la embriaguez; i de todos los que habian pasado a América ninguno mas apuesto, ni mas bizarro, ni mas valeroso que Gonzalo. De ahí la adoracion sin límites de Carvajal.

Su amor por Jilma se esplicaba por el mucho amor a Gonzalo. La niña, a parte de su hermosura, era la mas espléndida personificacion del vasto imperio de los in-

cas; ganarle pues el corazon, era ganárselo a todo el pueblo peruano, i bien se puede levantar un trono sobre el corazon entusiasmado de un pueblo grande i poderoso. El trono para Gonzalo era la primera aspiracion de Carvajal.

Contemplábalos pues en silencio como hemos dicho mas atras, i su faz tostada por los rayos del sol de los batalladores, ese sol que en Ravena i Pavía, Méjico i Cuzco habia ennegrecido su cuerpo i teñido de nieve sus largos cabellos, era la espresion viva de su interes i de su afecto.

Contraste misterioso i solemne! De un lado una vírjen salvaje i un guerrero cristiano, juntados por la mano misteriosa del destino bajo los palmares americanos para efectuar por medio de los secretos del amor la alianza de dos mundos desconocidos, i la mezcla de la sangre de dos razas opuestas; i del otro la personificacion de toda una jeneracion armada i combatiente, que venia a visitar de guerra el suelo de los incas como enviado por el espíritu militar de Cárlos V, el duque de Alba, Pelayo o el Cid!

La noche habia entrado ya bastante i Jilma i Gonzalo continuaban entregados a los trasportes de su feliz amor, cuando crujió en el paredon de la estancia la puerta secreta por donde habia salido el factor a recibir la muerte que le dieron alevosamente Díaz i sus arcabuceros, i Gonzalo parándose i saliendo al encuentro del que parecia venir, tuvo tiempo apénas de indicar a Jilma que entrase a la vecina cámara, a donde pasó seguida de Carvajal.

CAPITULO XXVII.

TIPOS CABALLERESCOS DEL SIGLO XVI.

Entró el desconocido por la puerta secreta, i dejando rodar hasta sus piés la ancha i negra capa en que venia

envuelto, paróse ante Gonzalo lleno de majestad, i con los brazos cruzados sobre el pecho, díjole:

—Parece que estais solo ?

—El virei ! esclamó Gonzalo, i helóse de espanto i de sorpresa. No estabais preso ?... quién ha podido libertaros?

—Sí, estaba preso, respondió Núñez con toda la calma de su carácter de noble español, doblemente grave en las circunstancias ; sí, estaba preso ; mas jenerosa i oculta mano ha abierto las puertas de mi prision i destrozado los hierros que apretaban mi cuerpo. Yo mismo ignoro a quién deba favor tan grande.

—I qué buscais aquí ? se apresuró a preguntar el usurpador disgustado de pronto con el personaje que tenia delante.

—Busco al valiente guerrero, crisol de los guerreros : os busco a vos, Pizarro.

—Blasco Núñez, venís acaso a provocarme a duelo ?

—Aunque en los campos de batalla lauros gloriosos cosechó un dia mi esfuerzo, i aunque nunca mi corazon ha temblado de espanto cobarde, os estimo en mucho, adalid de España, para cruzar con vos acero enemigo.

—Entónces ?

—Os busco como noble i amigo, pues si os reputara de otra manera, no viniera hasta aquí solo, inerme.

—Perdonad, el de Núñez, pero un Pizarro, ántes que enemigo es caballero.

—Así lo he comprendido ; por eso al punto que me he visto libre he seguido el impulso de mi corazon, que es de paz i bonanza : impulso que espero hallareis noble i profundo, cual lo encuentro yo en mis deseos.

Las pocas palabras cambiadas entre los dos altos interlocutores, fueron bastantes a Gonzalo para variar de ideas respecto al virei. Se lo habian pintado altivo i desdeñoso, i lo encontraba noble i caballero ; le habian dicho

que era arrebatado i violento, i lo contemplaba digno i reposado. Cambió pues de impresiones, i volviéndose cortesmente a él, a quien hasta entónces habia mirado, si no con desprecio, con altivez, díjole con un sabor enteramente de castellano de corte :

—Mas, no está bien que el jeneroso noble hable de pié : sentaos, virei.

A lo que respondió Núñez, que era hombre hábil en asuntos de etiqueta, i que no queria darse por entendido de la primera brusquedad de Pizarro :

—Creo encontrarme bien así, cuando parado está el cortesano jeneral.

I cambiándose una sonrisa de suprema cortesia tomaron asiento.

Gonzalo dijo el primero :

—Deseo escucharos ya, señor, i Dios permita....

—Que vengamos a un avenimiento justo.

—Me habíais dicho que veníais a hablarme de paz ?

—Sí, Gonzalo, la paz vengo a pedir para estos pueblos, tan desgraciados como bellos. Oidme ; hallé yo eco en vos, i grande como sois en el combate, mostraos, Gonzalo, en este lance estremo. No quiero ni debo negar los servicios que habeis prestado a la Corona, todos importantes ; como tampoco quiero ni debo no confesar que esos servicios no han sido premiados por el rei, estraviado por consejeros torpes. Mas, la América es la obra de la raza de que sois vos el último vástago ; coronad esa obra, señor, i que sus hijos os amen como a padre i como a bueno.

No mas males, señor ! La mar acrecen ondas de sangre en cerco espantoso, i de los montes hasta la cumbre paromosa suena de horror el lamento jeneral ! Aquí truncas las palmas añosas ; allí en ruinas el palacio imperial ; los bosques ardiendo, los indios ocultos i prófugos ; los sacerdotes frios, indiferentes, i el templo

relijioso decierto i pobre! Oh! no puede ser mas triste i desconsolador el cuadro del opulento imperio! Sus voces son quejidos, sus raudales son lágrimas; i no parece sino que los espíritus de Huayna i Atahuallpa, acusadores ante nosotros, con la voz de sus volcanes i el estampido de sus cataratas, nos llaman matadores de su pueblo celeste! Agostada la flor, mortíferas las brisas, ¿en dónde, en dónde está, Gonzalo, el hemisferio predilecto de Dios, del sol querido?

—Que os responda la turba mercenaria que desgarró sus velos cristalinos, que marchitó sus valles i sus flores, hizo su bosque hogueras!................ Que os respondan los mil usurpadores, que ardiendo en sed de oro, profanaron sus templos i sepulcros, insultaron sus dioses, i alzaron por doquiera trofeos de sangre i de cadáveres! Yo solo sé deciros, virei, que para el cristianismo i la libertad fué que los Pizarros ganamos este suelo con las puntas de nuestras espadas.......culpad pues solo a los viles que lo perdieron.

—Aun no es tarde, Gonzalo; yo os vengo a suplicar que lo salvemos.

—Muerto mi hermano, tan feliz empresa hoi desde el Cuzco a acometer yo vengo.

—Pero os falta por desgracia el talisman indispensable del derecho.

—En su falta, virei, me sobran esfuerzo i voluntad.

—Os llamarán usurpador.

—No importa; será mi mejor gloria la gloria de mis hechos.

—Pueden asesinaros cual un dia lo hicieron con el marques vuestro hermano.

—Querrá decir que, en vez de uno, habrá dos mártires de una misma causa en nuestra familia.

—Puede mandar el rei nuevos soldados.

—En el abierto campo los espero.

—Pueden los traidores derribaros como a mí.

—Seremos en la cárcel compañeros.

—Quiere decir, señor, que me quitais toda esperanza?

—La esperanza yo la tengo; i mui en breve nueva paz, tras nuevos triunfos, van a volver a estas rejiones el plácido gobierno de sus projenitores. Alcanzo a percibir una lejana luz en el horizonte, que no tardará en resbalar por los nevados de este pais hermoso i circundarlo en toda su estension.

—Que os oiga Dios, Gonzalo, i pronto, mui pronto, cuente esta tierra años de bienandanza, años serenos. Yo he venido a donde vos arrastrado por un gran pensamiento de abnegacion, a ofreceros la paz i a que os volvieseis al Potosí. Pero encuentro que no pensais retroceder ni un punto en el sendero de vuestra ambicion. Cúmplase, pues, la lei, harto horrorosa, de nuestro atroz destino!

—Ya mi acento dió el grito de alarma a los soldados; ya está en sus manos el acero cortante i el arcabuz sonoro; es imposible el intentar siquiera deshacer lo hecho. Por otra parte, yo no puedo elejir sino entre dos caminos: el cadalso i la infamia si me entrego; o el sangriento i fragoroso de los combates, cuyo astro suele serme lisonjero.

—Oh! el cadalso i la infamia no, Gonzalo: sereis en breve poseedor del reino, mas poseedor lejítimo.

—Qué escucho? señor! Vos tambien, Blasco Núñez, negais a mi familia los derechos sagrados a este suelo?

—No digo tanto; pero si convenís en entregarme el gobierno, juro por Dios, mi estirpe i mis blasones devolveroslo dentro de pronto con el beneplácito del rei.

—Vuestra palabra es sagrada para mí; màs el beneplácito del rei nada significa: el imperio es mio, i lo tengo. Pero no creais que es por la púrpura i el trono que yo he concitado en torno mis guerreros: no los des-

precio, pero estimo en doble, virei, mis jenerosos juramentos. Necesito vengar a mi hermano.

—Es decir que todo está concluido entre los dos?

—Es decíroslo.

A esta respuesta fria i largo tiempo meditada por Gonzalo, entrevió el virei todo lo hondo i negro del abismo que los separaba; paróse pues diciendo:

—Adios, intrépido soldado. Aborrezco al héroe pero amo al franco caballero.

I el virei le tendió la mano con envidiable urbanidad

—A dónde pues os dirijís? preguntó Gonzalo como si aquella, léjos de ser una despedida de muerte, no fuese mas que una separacion de camaradas.

—A la campaña: voi a reunir mis huestes, i el primero a esperar en el campo de batalla vuestros valientes veteranos.

—Partid, señor, i el español acero alcance nuevos laureles de gloria.

Hubo despues un momento de pausa entre los dos contrarios, i cuando ya estaban cerca de la puerta del salon, quitóse Gonzalo su espada i dijo al virei con emocion digna i guerrera:

—Esta es, virei de Núñez, la espada venturosa de Francisco Pizarro, símbolo de valor i virtud; para vencerme, en tan noble ocasion yo a vos la cedo.

—Heróico Gonzalo! dijo el virei, la acepto lleno de orgullo i de dolor........ i luego sin tratar de disimular dos lágrimas gruesas i cristalinas que resbalaban por sus mejillas, añadió, eco su voz de un lejano presentimiento: no olvideis recojerla junto de mi cadáver.

—Cumpliré con ese último deber si la fortuna continúa en seros adversa.

CAPITULO XXVIII.

LA VISION.

Volvió Gonzalo a su asiento bastantemente contristado i se dejó caer en él esclamando:

—Qué hado fatal persigue mi fortuna? ¿por qué parece apagarse mi estrella aún ántes de clarear por entero?.... Quién resiste a tan noble adversario: cuando no vence con la espada, vence con la palabra i con el corazon?

—Oh! qué teneis, Gonzalo? gritó Jilma viniendo ácia él, i viéndolo pálido i desfigurado.

—No me lo pregunteis, no, Jilma querida....va a oscurecerse de mi gloria el sol!

—Es acaso de horrenda desventura algun secreto horrible?

—Me estremeceis!

—Oh! Gonzalo, si hai que apurar hasta las heces repleta i amarga copa de veneno i hiel, no temais, no: mi labio sabrá apurarla junto con el vuestro, brindando por la gloria i por los amores! I luego.....triunfantes o vencidos seremos felices con la felicidad de nuestro amor!

—Llorad, Jilma infeliz! Desde este instante vamos a separarnos.

—Oh! nunca, nunca nos separaremos, mi Gonzalo, dijo la casta i amante niña rodeando el cuello del héroe con ternura casi filial; mi vida sin la vuestra es vida trunca, noche sin astros, soledad sin flor!

—Oh! sí, vamos a separarnos, que a la liza llama el cañon con furibundo acento, i sobre la alta torre, por el viento batida, jira crujiente la enseña del real poder!

I luego, como arrebatado por un delirio febricitante, tomando a Jilma por un brazo la llevó a una de las altas i macizas ventanas que daban a la plaza de armas de

la ciudad, i estraviados los ojos, i el cabello en desórden meduseo, díjole con la voz apagada i confidente :

—¿ No escuchais, Jilma, el eco vagoroso de jinetes que corren allá, léjos ?.....¿ de la luna a la luz amortigüada no veis soldados por doquier cruzar ? Ese ruido de armas i corceles, nuncio de combate, no os habla de muerte i de desgracias, no os rinde i abate ?

—No, mi Gonzalo, por qué abatirme. Él no es mas que una alucinacion de vuestra fantasía, pero aunque fuera una realidad, él seria solo un eco anticipado de victoria, anunciada a Pizarro, el adalid ! Por qué habia de abatirme, cuando debeis compartir conmigo vuestros laureles en adelante ?....

—Oh ! Jilma, porque para ganar esos laureles, es preciso que Gonzalo os abandone i vaya a morir.

I volviendo en seguida a su vision primera, añadió, presa siempre de los mismos tenaces presentimientos :

—Aquí la espada mohosa de olvidada, se descuelga del murallon, allí se alustra la empolvada loriga por el amenazante lidiador. El ronco falconete rueda pesado ; la tremenda lanza brilla siniestra a la luz de los astros nocturnos, i del arcabuz resuena la voz en la soledad ! Pero esto no es todo, Jilma mia ; mirad allá, en medio el bosque, circundado de soldados i tiendas, dos cadalsos i junto a ellos dos hombres que marchan a morir ! Los conoceis ? miradlos bien ! I Gonzalo empujó mas ácia la ventana a la pobre niña, que no veía nada de lo que se le decia, i cuyos ojos empezaban a humedecerse con el estravío mental de su amante.

—Oh ! no, por Dios, Gonzalo, desechad esas tristes visiones de los sentidos ! Traed la valiente mano i ponedla sobre mi corazon...lo sentís tranquilo ? Sus latidos no son de angustia sino de amor.

—Mirad ! continuó el héroe sin hacer caso a las dulces reflecciones de Jilma, el uno es jóven ; su frente se

levanta orgullosa, su pié permanece firme aun sobre el cadalso.... No lo conoceis, Jilma? Míradlo bien, es a vuestro esposo a quien van a sacrificar cobardes asesinos!

—Oh! no, Gonzalo.....apartaos de ahí. La amargura forja en vuestra mente atroz presentimiento. Ese ruido i esas voces de muerte las forma el viento al soplar en el roto murallon.

—Os engañais: él ha estado aquí, i de sus labios mismos he escuchado el reto de batalla.

—Ceñios al punto el penachudo casco, vibrad el acero, e id a su encuentro; mas ¿quién es él?

—El hombre denodado, el único que puede combatirme con ventaja: Jilma, el virei!

—Qué! se ha salvado al fin?

—Oculta mano le ha abierto la prision. En cambio, esa mano ha despedazado cruel todas mis esperanzas. Le ha devuelto su libertad, pero ha comprado esa libertad con mi vida!

—Qué he hecho, infeliz! esclamó Jilma revistiéndose de una palidez mortal. Fué esa mano mi mano, que del trono hoi os vuelca!

I sin poder mantenerse mas, cayó temblante a los piés de Pizarro, i casi muribunda, esclamó:

—No en vuestro encono, vayais a aborrecerme, por piedad!

—Jilma, Jilma mia, calmaos!

—Oh! sí, Gonzalo, articuló la niña sollozando: él me dió un asilo en su palacio cuando todos me cerraban las puertas de sus casas.....! él guardó mi honor como el honor de una hija suya. Perdonadme! yo no sé lo que he hecho....pensé solo en hacerlo libre por gratitud; pero no creí que él saliese de la prision para matar a mi Gonzalo...... a quien amo tanto, i a quien no podria ver morir sino muriendo junto con él!

—Oh! cálmaos, Jilma: todo ha sido una loca vision de mi mente...... yo deliraba. Aún están mis cañones en los fuertes...... mis caballos bufan aún i me acarician para que los conduzca al combate. Mirad, me parece ver brillar en torno de mi cabeza la aureola de luz de los héroes; levantaos i no temais.

—Así es como yo os quiero, Gonzalo, dijo Jilma serenándose de la pasada emocion: porque así sois lo que yo habia soñado. Pero es cierto que no me vais a aborrecer?

—I por qué? Lo que habeis hecho con el virei me prueba bien vuestra estirpe jenerosa; i ya no es amor lo que siento por vos, sino santa i solemne admiracion! Tranquilizaos, todavía está en mi brazo la lanza i en mi pecho, entero mi corazon.

I los dos amantes se enlazaron en un casto abrazo, que hizo sonreir de alegria al celeste ánjel de los amores.

CAPÍTULO XXIX.

EXÁMEN DE CUENTAS.

Pocos dias despues de la entrevista de Gonzalo i el virei, reinaba una grande ajitacion en los palacios de Lima, proveniente del matrimonio de Jilma con el último de los Pizarros.

Nosotros no entraremos aquí en los detalles de esa fiesta suntuosa; ni haremos notar el contraste que presentaba Jilma, la vírjen idólatra, despojándose de sus vestiduras reales para cubrirse con el albo i casto traje de las esposas cristianas. Todas esas consideraciones de amor, de relijion i de pompa las dejamos a cargo del lector, quien sabrá apreciarlas en todo su mérito, i acaso imajinarlas mejor de lo que nuestra pluma pudiera describirlas, rendida ya con los accidentes de tan larga como divina historia.

Vamos pues a otra parte: penetremos calladamente en la estancia que habita en palacio el maese de campo Francisco de Carvajal, i seamos mudos i divertidos espectadores de la escena siguiente:

Estaba el viejo soldado distraido en aderezar su vestido de fiesta para las bodas de Jilma i Gonzalo, i con el júbilo propio del que ve próximo a realizarse lo mas granado de sus planes, cuando llegóse a la puerta un pechero i dijóle:

—Señor, pregunta por vos con bastante afan un comerciante del Potosí.

—Decidle que es en vano, porque hoi no se despacha en palacio ningun negocio.

Fuese el pechero i a breve rato volvió i dijo :

—Perdonad, señor ; pero el hombre es tenaz, i dice que no se ha de ir hasta no veros.

—Voto a Satanas!....esclamó el jigante arrugando tanto las cejas que casi se juntaron con su bigote ; pero luego cayendo en la cuenta de que en un dia tan grande como aquel no debia usar de malos humores, repuso:

—Id i decid a ese impertinente, que entre, pero que nos hemos de despachar al momento.

Fuese nuevamente el pechero, i el maese de campo dijo para sí :

—Quiera el cielo que mi huésped no sea como el de Gonzalo la otra noche. Yo no recibo jeneralmente esas visitas sino a estocadas, i hoi no debe correr sangre en Lima sino valdepeñas i tinto.

Dos minutos despues entornóse suavemente la puerta i apareció en su umbral un hombre mas bien jóven que viejo, cuya nariz larga i afilada, cuyas negras patillas i vivaces ojos, decian a tiro de arcabuz que el huésped del maese de campo, era de los que se conocen con el nombre de *despiertos* o *avisados*.

Saludó con un aire de bastante familiaridad, que al principio desagradó a Carvajal. Luego dijo :

—I bien, señor privado del Gobernador, parece que ya no me conoceis ?

—A decir verdad, creo que no os habia visto otra vez.

—Cómo no, maese, si nos hicimos amigos en el camino del Collao ?

—Ah ! sí, articuló Carvajal perdido mas i mas en sus recuerdos.

—No os acordais que me disteis conducta de capitan, i me hicisteis el favor de aceptar unas cuantas herraduras i unas botas de vino.

—Acabáramos ! gritó el veterano, i yéndose derechito al mercader le dió un abrazo tan cordial, que le sonaron todos los huesos del cuerpo : si vos sois mi socio del Potosí.

—El mismo, balbució el mercader, i veo que me quereis con mucha fuerza. No me quedaria yo corto para con vos si la poseyera lo mismo.

—Oh ! dijo Carvajal riendo : cosas de amigos! I qué tal de negocios ?

—Por lo que es eso bastante bien. La órden que llevé de vuestra mano para que ningun comerciante abriese su tienda en Potosí hasta que yo no despachase mi mercadería, surtió primorosos efectos, pues vendí a como quise.

—I bien ?......habreis empleado de nuevo i vendreis por otra órden.

—Nada de eso, señor. Vengo a presentaros las cuentas.

—Ah ! eso es otra cosa! gritó lleno de júbilo el veterano ; venís mui a tiempo porque hoi es un gran dia i es preciso gastar....ya sabeis que los militares no hacemos bolsa vieja.

—Empecemos, dijo el mercader, que la cuenta es larga i vos no os habeis acabado de vestir.

Arrimaron en seguida dos sillones lacres a una mesa de encina, i se sentaron, no como dos truhanes que se complacen en llevar adelante una comedia, sino verdaderamente como dos socios igualmente escrupulosos i honrados.

Sacó el mercader unos pergaminos i fué leyendo:

Cincuenta piezas de brocado....en *tanto.*

Id. de paño de grana.

Id. de raso.

Seiscientas plumas de avestruz.

Veinte piezas terciopelo de varios colores.

Paños de Segovia.

Id. de Rohan.

Encajes &c.&c.

I ácia las últimas partidas, agregó:

Tres docenas de peines en 20 ducados.

—Imposible! esclamó Carvajal dando una fuerte puñada sobre la mesa. Vos me robais, i jamas pasaré yo por esa partida.

—Pues qué? preguntó el mercader todo azorado, quien conocia el carácter iracundo de Carvajal.

—Pues qué? que me robais, señor discípulo de Mercurio. Cómo quereis decirme que solo habeis vendido nuestras tres docenas de peines en 20 ducados, si ciento, por lo ménos, vale cada una de las tres.

I no conformándose con esto, abrió la puerta de su estancia de par en par i empezó a gritar con todos sus pulmones:

—A mí, señores! favor al rei! que se me roba indignamente!

Acudieron a las voces algunos guerreros que estaban cerca del lugar de la escena, i Carvajal les impuso de todo el cuento, desde su primer encuentro con el mercader

en el camino del Collao, hasta la partida de las tres docenas de peines. I habló de quejarse al Emperador mismo, si el mercader no confesaba la verdad del caso, i decia en cuánto lo defraudaba verdaderamente.

Asustóse con esto altamente el tendero del Potosí i sin conocer las verdaderas intenciones del maese de campo, que no tenian otro ánimo que el de divertirse, dijo que ciertamente habia vendido los peines en mayor cantidad que la puesta en las cuentas; i que para que su socio no se disgustase, no le daria solo ocho mil pesos de ganancia neta, sino quince mil, por haber sido treinta mil los ganados durante el tiempo de la compañía.

Pero léjos de calmar esta proposicion al maese de campo, hizo subir de punto su irritacion, pues dijo que cuando se le daban quince mil, era porque le correspondian cien mil; i que así como la partida de los peines, habria otras muchas; i que primero lo perderia todo que rebajar un solo maravedí.

Que por eso habia dado su dinero i había sudado lidiando las acémilas en el camino.

Objetaba a esto el mercader cosas mui racionales, i partiendo siempre del principio de que Carvajal era verdaderamente su socio, i con todas estas réplicas i contraréplicas venian las jentes de palacio divertidas, i todas reian a no poder mas; escepto el mercader que, como el blanco de aquel sainete, no sabia si hacerse el bravo, o echarse a reir como todos los demas. Decidióse al fin por este partido, i dijo a Carvajal:

—Sobre todo, ahí están los libros; ved lo que he escrito en ellos i aceptad lo que os pareciere. I en adelante juro de no ir mas a emplear a Panamá, sino que tendreis vos de ir i yo de quedarme. Para que veais hasta dónde soi capaz de subir el precio a las docenas de peines.

Produjo esta salida del mercader una esplosion jeneral de risa, i Carvajal abrazando nuevamente a su socio, le dijo que era la perla de los mercaderes: que le bastaba con ocho mil pesos de ganancia; i que para evitar disgustos en lo sucesivo, rompiesen en aquel punto las escrituras de compañía, i no se volviese a hablar del asunto.

Dió este materia para reir i hablar muchos dias, i los cronistas españoles de aquel tiempo lo refieren de mil maneras.

Media hora despues de este acontecimiento, Carvajal, ya completamente vestido de gala, salió de su estancia i se encaminó al salon de palacio donde lo esperaba el cortejo nupcial. Jilma estaba espléndida de lujo i de hermosura, i Gonzalo sereno i radiante; empero las suspiradas bodas no pudieron ménos de turbarse por el accidente que pasamos a describir en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXX.

QUINCE AÑOS DESPUES. *

El momento de ir al altar los dos esposos se aproximaba rápidamente.

Gonzalo lo esperaba con alguna tranquilidad sentado en el salon principal con su acompañamiento de lucidos oficiales, entre los que se hacian notar el maese de campo por la austeridad de su vestido en un todo contraria a la de su bellísimo humor, Díaz, Puelles i demas caballeros de Lima.

Jilma, por su parte, estaba en la pieza vecina, vestida ya de novia i postrada sobre un reclinatorio de carei i marfil. Sus ojos despedian rayos de felicidad, su labio

* Este capítulo corresponde al titulado "quince años ántes" de la parte tercera de "Los Pizarros."

sonreía, i solo su corazon estaba quieto, mudo, como indiferente a una dicha que no comprendia o que no alcanzaba siquiera a divisar.

Empero, la plegaria de Jilma no iba dirijida a María, la madre de Dios, como era de suponerse en tales momentos. Habia ántes de aquella amorosa reina de las divinidades, otro recuerdo i otra esperanza en la mente de la vírjen indiana: ese era el recuerdo de su madre. Jilma no la habia conocido, i léjos de amarla como a un ser semejante suyo, la amaba con el respeto misterioso i casi con la fe con que se ama a los ánjeles. He ahí por qué la plegaria de Jilma en momento tan supremo no se elevaba a Dios. A una madre, como que se quiere i se respeta tanto como a un santo, para no invocar su recuerdo i pedir su favor ántes de dar un paso tan grave i que puede decidir de la suerte de toda la vida.

Jilma pues hablaba a su madre Azucena, muerta hacia quince años, i le contaba la historia de sus bellos amores en el silencio del éxtasis i con la sublimidad de la pasion.

Ella decia:

—Goza del dulce embeleso del primer amor, dulce corazon mio! Goza, puesto que el labio de Gonzalo, tibio como los primeros rayos del sol de los céfiros i las flores, se ha posado castamente sobre mis mejillas, i entre sus brazos me ha estrechado feliz como se estrecha una flor contra el seno! Su corazon latia bajo la malla con son rumoroso de amor.....por eso soi feliz, madre mia! I tú, tú tambien lo eres, porque desde el cielo, donde moras con Dios, puedes volver tus ojos ácia mí i contemplarme bañada en ricas ilusiones i dulces esperanzas! Hoi vuelve a mi frente la augusta corona de los reyes nuestros mayores, i a sus joyas brillantes i a su gloria de veinte siglos, trae unidos los ababoles i las rosas con que la ha adornado la mano dilijente del amor.

Hoi debe partir Gonzalo conmigo su nombre i su raza .....sonríeme, madre, desde el cielo, pues soi mui feliz ! Yo pudiera darle en cambio flores, tesoros, prados i palacios; pero no le daré nada, porque él solo me pide mi corazon, i que lo ame casi tanto como a Dios, por ser así como aman las hijas del sol !

Quedó la desposada sumida en el deleite de sus alegrías por algun tiempo mas, hasta que siendo llegada la hora apareció Gonzalo para conducirla al altar.

Recibiólo Jilma llena de afecto i de pasion, i el héroe pagóle con un beso casi relijioso, porque él sentia mas bien un respeto sagrado por la huérfana de Manco, que un afecto de amante. I no hai duda que ese beso tenia algo de misterioso o de terrible, porque un golpe inesperado de huracan ajitó en aquel punto las ventanas de la estancia, oscureció súbitamente el cielo, i fué a morir en los cercanos corredores con un lamento semejante al de un moribundo que llora.

Jilma púsose pálida hasta el desmayo, i Gonzalo, sin saber por qué, se acordó de Azucena la noche aquella que la habia visitado cerca de los baños de Cajamarca.

Amante i amada temblaron con una convulsion igual, i por instinto mútuo se detuvieron ántes de salvar el umbral que debia conducirlos al altar sagrado de los esposos.

Abrióse entónces la puerta con fuerza estraña, i entrando Zuma en el aposento, temblante i ajitada, dijo a Gonzalo con aire de autoridad i de reconvencion:

—Señor, qué pasa aquí?

—Nada estraño, amiga: vamos a desposarnos.

—A desposaros decís? esclamó la esclava, i su vista inquieta iba del rostro de Jilma al de Gonzalo con la mayor ajitacion.

—Qué hai pues? preguntaron a un tiempo los dos amantes.

—Bien, voi a decíroslo, repuso Zuma enjugándose ya con mas tranquilidad las grandes gotas de sudor que le cubrian el rostro. Capitan Gonzalo ¿recordais que hace hoi quince años, que una tarde al morir el dia, llegasteis a Cajamarca poco tiempo despues de la muerte del inca Atahuallpa ?

—Lo recuerdo, respondió el héroe estremeciéndose, pero sin poder comprender aún de lo que se trataba.

—Recordais que despues de dejar la jente en los cuarteles, os fuisteis a descanzar en el palacio de Manco inca ?

—Lo recuerdo.

—Pues bien. En una de las estancias de su palacio, reclinada la cabeza sobre pieles de leon, i el cuerpo envuelto en mantas de vicuña, os esperaba una mujer.

Jilma volvió a mirar a Gonzalo sin comprender, i este, rojo como la misma grana, dijo a Zuma:

—Seguid !

—A los piés de esa mujer, que no era sino la esposa del príncipe de los peruanos, velaba otra mujer. El cortinaje que cubria las puerta de la entrada se ajitó de pronto, como se ajita el follaje de un árbol estremecido por el viento de la noche. La Coya lanzó un grito de amor; i la esclava que le hacia compañía vió i conoció a los pálidos fulgores de una luna poniente, a un caballero español, vestido de acero, i apoyado en su lanza.

—I qué ? preguntó con enfado el último de los Pizarros, no viendo en la relacion de Zuma mas que una trama para desbaratar su enlace con Jilma.

—Debo acaso concluir, señor ? interrogó a su vez la india con entereza i duda.

—Sí, Zuma, hablad; decid quién era ese caballero español, dijo Jilma desesperada de afan por su madre.

Zuma se contentó solo con levantar el brazo i mostrando a Gonzalo con marcada sangre fria, díjole :

—Señora, se lo podeis preguntar al capitan.

—Gonzalo, con que erais vos?

—Sí, Jilma, no puedo ni debo negarlo.

—Infeliz! gritó la princesa bañada en lágrimas. Ah! Gonzalo, i así os atreveis a darme el título de esposa?

Este sin comprender apénas lo que le pasaba, echó sobre Jilma una mirada de estremo dolor, i volviéndose a Zuma la mandó continuar hasta el fin.

Zuma continuó.

—Al otro dia no mas, señor, como vos lo sabeis fuese la jente del poblado con la primera luz de la aurora, i no volvimos a saber del misterioso caballero. Un año despues moria Azucena depositando en mis brazos una criatura i diciendo: "Zuma, a vos la confio. Hacedla bautizar i que se llame *Jilma*. Su padre es Gonzalo Pizarro."

—Mi padre! gritó Jilma avergonzada, i amante a un mismo tiempo.

—Mi hija! balbució el héroe, i fué ufano i arrepentido a recibir en sus brazos a la que valia entónces para él mas que todas las esposas del mundo: a su hija, la bella prenda de sus amores con la incomparable Azucena.

La noche sorprendió muchas horas despues al padre i a la hija, que vertian lágrimas de felicidad i de pena sobre sus ya inútiles despojos nupciales.

CAPITULO XXXI.

EL CASTIGO DEL CIELO.

El notable acontecimiento de que dimos cuenta en el capítulo precedente, aunque sin hacerse trascendental a la mayor parte de los parciales de Pizarro, cambió por completo la faz de los sucesos.

Segun los planes del avisado maese de campo, una vez realizadas las bodas de Gonzalo con Jilma, cosa

fácil seria traer a dócil sometimiento a todos los peruanos, pues dichas bodas no debian considerarse mas que como una alianza entre los conquistadores i la familia real; i esa alianza unida a los recursos materiales que reunian de suyo los rebeldes, era bastante para sostener el trono en que Carvajal soñaba colocar a Gonzalo.

I el viejo soldado no se equivobaca en sus miras; faltóle únicamente la unidad de política con el padre de Jilma, i esta fué la causa de la caida de ambos.

Un mes habia pasado desde que Jilma bajaba los ojos ante las miradas de Pizarro, cambiando los delirios de su primera pasion por el respeto i los cuidados que demanda el amor paternal; i ese mes habia bastado para que se efectuasen importantes sucesos. Propiamente hablando no puede decirse que Gonzalo Pizarro se hubiese descuidado en consolidar su gobierno, pues habia alejado de Lima a todos los que podian hacerle daño; en el ayuntamiento de esta ciudad solo tenian asiento sus mas notorios partidarios; los soldados en quienes tenia mas confianza eran los que estaban al frente de las provincias del imperio, i en Arequipa se construian abundantes i sólidas galeras para atender al dominio de los mares; i el estado de su ejército en disciplina i riqueza era tal como no se habia visto otro en el Perú.

La situacion del personal de la Audiencia de Lima, la única que hubiera podido hacer frente a Gonzalo, era una situacion nula. Alvarez habia sido mandado a Castilla con la causa del virei; Cepeda, el mas temible de todos por su talento i por su ambicion, era el mejor instrumento de Gonzalo i el mas rastrero de sus aduladores; Zárate yacía postrado de muerte en el lecho del dolor; i a Tejada se pensaba enviar a España con una relacion de los últimos sucesos para justificar la cónducta de Gonzalo i obtener el beneplácito del emperador. Paso a que se opuso Carvajal diciendo: "Que se habia ido

demasiado léjos para obtener favor de la corona, i que mejor era fiar su justificacion a las lanzas i a los arcabuces."

En estas circunstancias llegó a Lima una mañana la noticia de que el buque a que habia sido trasladado Vaca de Castro en su calidad de preso de Estado, habia desaparecido del puerto, i todo el mundo temió con razon los resultados de este suceso, pues conocian la actividad i el talento del maltratado consejero.

Esta huida dió lugar a una entrevista entre Gonzalo i Cepeda, la cual pasó así.

Decia Gonzalo:

—La huida del consejero me prueba bien que aún no hé hecho todo lo que debiera en el Perú. Estoi rodeado de traidores, i es preciso hacer algunos escarmientos.

—Que pronta vuestra mano castigue a esos infames.

—Bien pues, Cepeda, hacedme el fávor de ir nombrándomelos, pues vos los conoceis mejor que yo.

—Perdonad, señor; pero no veo las cosas lo mismo que vos.

—Es mui natural, observó Gonzalo con cierta sonrisa de amargo desprecio. Pero seria bueno que repasaseis bien en vuestra memoria, a ver si recordais siquiera el nombre de uno de esos caballeros.

—Pueda que yo me equivoque, pero creo que ya el valiente i leal Carvajal dió a todos su merecido.

—Sí, Cepeda, os equivocais, pues yo tengo para mí que falta por colgar al jefe de los criminales.

—Bien, decid cuál es, i que su cuello corte al punto el verdugo. La severidad ante todo con los criminales.

—Oh, Cepeda ! i qué celo de justicia el que os anima hoi.

—Lo recto de mis intenciones me obliga a ello.

—Entónces, Cepeda, dijo Gonzalo revistiendo su voz de espantosa autoridad, preparaos a morir !

—Morir ! i por qué ? gritó palideciendo de enojo i de soberbia el licenciado.

—Puesto que me inquirís con tanta resolucion, es necesario que sepais que no me son desconocidas todas vuestras maquinaciones. Conspirais contra mí i aspirais al imperio desde ántes que saliéseis a besar el polvo de mis piés el dia de mi entrada triunfal a esta ciudad. Os devoran los celos de mando, i quereis derribarme del poder, sin pensar que la gloria no puede alcanzar nunca a los hombres de vuestra degradada condicion.

—Gonzalo ! gritó Cepeda con un acento parecido al del tigre hambriento que ha divisado i va a lanzarse sobre su presa.

—Sí, continuó Gonzalo imperturbable, ha llegado vuestro último dia. Pero ántes decidme ¿ por qué habeis ausiliado la fuga de Vaca de Castro? Por qué habeis conspirado de muerte contra el virei Blasco Núñez Vela? i finalmente, decidme lo que habeis hecho del factor Suárez de Carvajal ?

—Desconozco el derecho que tengais para interrogarme, i en breve comparecereis ante la Audiencia a responder contra el cargo de usurpador.

—Desgraciadamente para vos, hai entre las circunstancias de hoi i las pasadas la misma diferencia que entre el virei i yo. Pero no escuseis mi pregunta ¿ qué habeis hecho del factor Suárez de Carvajal ?

—Nada tengo qué ver con él ni con vuestra pregunta.

—Mentís, Cepeda, porque yo os acuso de asesino del factor ; i Díaz, vuestro cómplice en el delito, está pronto a denunciaros.

—No me importa ! tambien podeis acusarme de hereje, pues mandais miles de bandidos, i es sabido que los tiranos no han tenido nunca mas lei que sus odios.

—Bien, sea como vos decís; pero mirad esta órden, escrita de vuestro puño i letra. Por ella mandábais dar muerte alevosa al virei.

—Ah! dijo Cepeda.... es cierto; pero vos sois jeneroso i me la vais a devolver!

—No, que al verdugo vos mismo habeis regalado las cabezas de los traidores que hai en Lima.

—Perdon! perdon, noble Gonzalo! esclamó el togado cayendo vencido a los piés del héroe, al tiempo mismo que sus hojos despedian llamas de odio, como los de las víboras que se azotan en su furor.

—No, no puedo devolveros ese documento, porque él debe servirme para el caso de que os salga bien el plan que habeis concertado con el consejero Vaca de Castro, a quien habeis dado la libertad.

—Es decir que la vida?....

—Os la perdono en cambio de esa prenda fatal.

—Gracias! gracias, Gonzalo! dijo Cepeda levantándose; pero mejor seria que quemáseis ese papel. Yo os doi en cambio mi palabra de eterna fidelidad.

—Vuestra palabra!.... Yo desprecio esa prenda por insegura.

—Empero, yo os la doi de seguir siempre vuestro pendon.

—Como os parezca, repuso Gonzalo con supino desprecio.

Hubo despues un momento de pausa i de perplejidad, el cual fué roto por el usurpador, diciendo a Cepeda:

—Andaos con cuidado, señor oidor, pues Suárez tenia un hijo, del cual no es posible que os liberteis.

—Sí? i en dónde, en dónde se encuentra?

—Vió la primera luz en la noble Tordesillas, i su bautismo presencié.

—Su nombre?

—Diego Cepeda.

—Maldito estoi de Dios: era mi padre! dijo el oidor, i fué a caer casi moribundo sobre una silla del salon.

—Sí, vuestro padre, sacrificado por vuestras infamias i vuestra ambicion. Ved ahí cómo castiga Dios a los criminales: vos lo mandásteis asesinar para derrocar al virei, i con ello no hicísteis mas que derramar vuestra propia sangre. Meditad sobre ese hecho horrendo de vuestra historia!

I Pizarro salió de la pieza despues de lanzar esa terrible espresion sobre el oidor, quien, fuera de sí, sufria en aquel momento todos los infortunios del infierno.

CAPÍTULO XXXII.

MUERTE DE NÚÑEZ.

La primera operacion del virei fué dirijirse a Túmbez, donde desembarcó seguido de algunos amigos, entre los cuales se contaba el oidor Alvarez, quien se decia arrepentido de su conducta pasada, i dispuesto a seguir a Núñez en todos los trances de la peligrosa campaña que iba a emprender.

El virei, ántes de lanzarse en una vía de abierta contradiccion a Pizarro, pensó en que tal vez lo mas prudente era embarcarse para España i hacer presente al Emperador la verdadera situacion del Perú; pero no pudo ménos su altiveza de caballero castellano que rechazar este medio por el fondo de cobardía que encerraba; i prefirió volver a una lucha indudablemente desastrosa para él, que esponerse a ser el blanco de las burlas de la nobleza i de la corte.

Dió en Túmbez un manifiesto a los pueblos del Perú, en que les hablaba de la manera mas decidida en contra de la usurpacion de Gonzalo Pizarro, i los invitaba a nombre de la Corona a reunírsele para vengar la nacion ultrajada. De Túmbez pasó a Quito, al traves de cami-

nos fragosísimos, casi siempre perdidos entre las nieves ecuatoriales, i pasando las noches, las mas de las veces, bajo el escaso ramaje de los pinos silvestres. Logró reunir pasadas algunas semanas, mas de quinientos hombres de pelea, mal armados sin duda, pero llenos de entusiasmo por la causa que defendian. Con estas jentes alcanzó algunas lijeras victorias sobre las de Gonzalo; i las cosas se pusieron en breve tan cambiadas, que el usurpador creyó llegado el caso de salir él mismo en persona en busca de su célebre contrario. Despachó al efecto seiscientos infantes sobre Trujillo, i él se embarcó para el mismo punto el 4 de marzo de 1545.

Su objeto era encontrar al virei en la colonia de San Miguel i librar en una sola batalla la suerte del Perú; pero Blasco Núñez no pudo esperarlo, cual eran sus deseos, porque la mayor parte de los soldados que lo acompañaban eran bisoños en el arte de la guerra, i el solo nombre de Pizarro bastó para hacerlos palidecer. Emprendió, pues, una retirada desastrosa, i que solo sirvió para poner de manifiesto, una vez mas, la actividad i las cualidades estupendas de Carvajal como soldado de la conquista. "Carvajal los seguia tan de cerca, dice el historiador, que se apoderaba casi siempre de sus equipajes, de sus municiones i hasta de sus mulas. El infatigable guerrero les iba siempre a los alcances de dia i de noche sin dejarles un momento de reposo, de tal modo que no desplegaban sus tiendas, ni quitaban las sillas a sus caballos ni los dejaban del diestro; i apénas el fatigado soldado cerraba los párpados, oía el grito de alarma que le anunciaba que el enemigo habia entrado en su campamento." Por todas partes quedaban soldados moribundos, estenuados por el cansancio i por el hambre, caballos desjarretados para que no pudiesen servir al enemigo; i para que nada faltase a este cuadro de horrores, el virei hacia ahorcar en

los momentos de tregua, a los caballeros que lo seguian i de quienes tenia fundados motivos para creer que lo estaban traicionando con Pizarro. La desconfianza era suma, i el castigo llegó hasta el mismo segundo de Núñez. Tales suelen ser las crueles necesidades de la guerra !

Sobre Blasco Núñez, i como refrescando sus huellas de sangre, venia el maese de campo de Gonzalo pasando a cuchillo a todos los desertores i dispersos, i diciendo jovialmente que " de los enemigos los ménos."

Todavía venian otros detras de ámbos ejércitos, i eran mas voraces i mas numerosos. Estos eran los cuervos, que, a semejanza de una bandada de aves infernales, iban disputándose los cadáveres de vencedores i vencidos en sostenidas riñas.

Retrogradaron unos i otros mas de doscientas leguas : Pizarro hasta los Pastos i el virei hasta Popayan, donde fué recibido por Benalcázar con particular distincion. Así se pasaron algunos meses, hasta que Gonzalo tuvo noticia de que el capitan Centeno, a quien habia dejado en la Plata, habia hecho bandera contra él i en favor del rei, por cuyo motivo mandó a Carvajal para someterlo.

El virei entretanto se hacia fuerte en Popayan merced a los ausilios de Benalcázar, i su ejército ascendia ya a un pié respetable. Con el fin de sacarlo Gonzalo de aquel territorio enemigo, finjió una retirada ácia el sur, dejando la ciudad de Quito a las órdenes de Puelles el mismo que habia sido fiel en otro tiempo al virei, el tiempo de su prosperidad. Núñez tambien salió de Popayan con ánimo de dar alcance a Pizarro.

Tales fueron los hechos que precedieron a la funesta jornada de Añaquito.

Peleóse en esta con heróica tenacidad por una i otra parte, pero tanto las fuerzas como las posiciones de Pi-

zarro eran superiores. Como sucedia siempre en estas batallas, los combates se hacian personales. Cabrera, el valeroso teniente de Benalcázar, fué muerto; Benalcázar mismo cayó cubierto de heridas bajo los piés de su caballo, i fué dejado por muerto en el campo. El oidor Alvarez recibió una herida mortal; i Cepeda, que seguia la causa de Gonzalo, peleó con bastante valor.

El virei mismo cayó herido de su caballo de un golpe de hacha que le descargó un soldado enemigo. Estando aturdido i bañado en sangre, fué reconocido por un hermano del factor Suárez de Carvajal, a quien se decia haber muerto, i este hizo que le cortasen la cabeza. Cuando Gonzalo llegó al sitio de la catástrofe ya no pudo salvarlo, ni es probable que lo hubiera querido. Limitóse pues a cumplir la palabra de recojer la espada de su hermano el marques, i siguió lidiando, pues la infantería que se habia hecho fuerte en unos parapetos los diezmaba sin compasion.

Hubo soldados de Pizarro tan bárbaros, que se repartieron feroces los despojos del virei como espléndido trofeo de victoria, llegando hasta arrancarle las barbas i andar exhibiéndolas en su encono. Gonzalo castigó estos abusos como debia; i haciendo trasladar los restos del virei a la catedral de Quito, los hizo sepultar con toda la pompa debida a su rango. El mismo presidió los funerales vestido de luto, segun era usanza en el Perú entre víctimas i victimarios.

Tal fué el heroico pero desgraciado fin de Blasco Núñez, el primer virei del Perú, despues de dos años de continuas contrariedades i disputas.

Despues de la victoria de Añaquito, Gonzalo volvió a la hermosa capital de los antiguos Scirys por algunas semanas dando lugar a que terminase la estacion de las lluvias. Habia entrado vencedor en ella como Huayna Capac, i como éste repartia su tiempo entre los place-

res de la vida i los cuidados del gobierno. En vez del terror que se esperaba, todo fué paz i olvido, i los pocos individuos que fueron castigados con la pena capital, lo fueron despues del correspondiente juicio. La condicion social de los indíjenas fué mui mejorada, se recaudaron puntualmente los derechos reales, se difundió el cristianismo; i el mismo terrible i austero Gasca, juez despues de Pizarro, no tenia embarazo en confesar que su gobierno habia sido mui bueno para ser de un tirano.

"Al fin, en 1546, dice el historiador, el nuevo Gobernador se despidió de su ciudad de Quito, i dejando en ella suficiente guarnicion al mando de Puelles, emprendió su marcha ácia el sur. Fué esta marcha triunfal, siendo recibido en todas partes con entusiasmo por el pueblo. En Trujillo salieron en corporacion a darle la bienvenida, i el clero cantó antífonas en su honor llamándolo 'victorioso príncipe,' i rogando al Omnipotente 'conservase sus dias i le hiciera bienaventurado.' En Lima se hizo una proposicion para derribar algunos edificios i abrir para su entrada una nueva calle, la cual debia llevar despues su nombre. Pero Pizarro con urbana política se denegó a admitir este tributo de lisonja, i prefirió modestamente entrar por la via acostumbrada. Organizóse pues una fraccion de vecinos, soldados i clero, i Pizarro hizo su entrada en la capital, llevando las riendas de su caballo dos capitanes a pié, i cabalgando a su lado los arzobispos de Lima, Quito i el de Bogotá, el último de los cuales habia pasado al Perú para consagrarse. Las calles estaban llenas de ramaje, las casas colgadas de vistosos tapices, i en la carrera se erijieron varios arcos triunfales en honra del vencedor. Todos los balcones, ventanas i azoteas estaban cubiertas de espectadores, los cuales lo saludaban con estrepitosos vivas i aclamaciones, dándole los títulos de 'libertador i protec-

tor del pueblo'. Echáronse las campanas a vuelo como en su primera entrada a la capital, i entre el sonido de la música i las aclamaciones populares entró Pizarro en el antiguo palacio del marques. " De todos los puntos del imperio llegaban cada dia entusiastas felicitacones. Las ordenanzas cayeron en completo descrédito, i nadie se acordaba de la Corona ni de sus prerogativas.

Carvajal acosó a Centeno sin dejarlo parar hasta las riberas del mar, donde acabó por dispersarlo completamente. Fué una campaña aquella de mas de dos meses, i durante ellos no se apeó Carvajal de su caballo. Comiendo, bebiendo i hasta durmiendo sobre él, vió caer a su lado uno en pos de otro a todos sus soldados rendidos de estenuacion; i solo para él no hubo desiertos, bosques ni barrancos. Se le compara al salvaje cazador de Büger, pues su cansado cuerpo de ochenta años parecia esento de toda fatiga.

Centeno por su parte no tuvo tiempo de pararse para hacer frente a su perseguidor, i viendo morir a todos los suyos segados por la feroz cuchilla de Carvajal, escapó favorecido por un curaca de la ribera que le dió acojida en su casa.

Es de advertirse que Centeno fué el único que hizo armas contra Gonzalo i en favor del rei.

Los dias que se siguieron a estos sucesos fueron de completo triunfo para Gonzalo, quien desplegó de ahí para adelante una magnificencia soberana. Rodeábale siempre una guardia escojida de ochenta soldados, comia de ordinario en público i no bajaban de ciento los cubiertos que se ponian en su mesa. Tenia magníficos caballos i superiores armas; i aunque con sobrados motivos para envanecerse atendiendo a su oríjen oscuro, conservó siempre su cortesana familiaridad i su grandeza de alma.

Carvajal, que por entóces se ocupaba mui tenazmente

en el laboreo de las minas de plata del Potosí, que le producian crecidos millones, instaba continuamente a Pizarro para que llevase adelante la idea de su coronacion, i sus cortesanos no cesaban de impelerlo a ello; pero todos estos consejos se estrellaron contra la lealtad castellana del último de los Pizarros, quien era capaz de todo, ménos de hacer traicion a su rei. La Corona estaba sobre su cabeza, bastaba solo alzar un poco la mano para ceñírsela; Gonzalo no la levantó.

Tal conducta que puede hacer mucho honor a su carácter de sumiso español, no hace ninguno a la habilibad de su política. Habia ido mui léjos en el camino de la rebeldía para no haber consumado la obra de su coronacion. Esta acaso lo hubiera salvado.

CAPÍTULO XXXIII.

LO QUE PASABA ENTRETANTO EN LA CORTE.

El caballero Vaca de Castro, preso a bordo de un buque de la escuadra del rei en el mar del Sur, logró seducir a su tripulacion, i dió vuelta España portador de todas las nuevas sucedidas en el Perú. La conducta de los reyes no ha sido siempre mui noble que digamos, i el consejero se vió arrastrado a una prision de Estado como Hernando Pizarro, acusado de haber adoptado durante su mision a las colonias medidas violentas i arbitrarias i de haberse guardado los fondos reales. Detúvolo este cargo *doce años* en la fortaleza de Arévalo, al cabo de los cuales logró sincerarse, i volvió a recuperar su puesto en el consejo de S. M, i allí murió luego tan pobre como ántes de su funesto empleo, pues el altivo castellano no habia hecho sino cumplir con su deber, sin especular ni robar a la Corona.

La noticia de los últimos trastornos del Perú llenó de consternacion a la corte, residente entónces en Valladolid. Cárlos V estaba a la sazon en Alemania ocupado en arreglar las turbulencias relijiosas de sus Estados, i las riendas de la monarquía descansaban en las manos del sombrío príncipe conocido despues bajo el nombre de Felipe II.

El grande imperio del sol estaba a punto de escaparse del yugo de fierro del monarca batallador que debia terminar despues su vida bajo un sayal, víctima de necias preocupaciones. Era pues preciso hacer mucho en el asunto, i Felipe reunió un consejo de prelados jurisconsultos i de militares esperimentados, a fin de deliberar sobre las medidas que debieran adoptarse para salvar las colonias de la anarquía que las devoraba. Calificóse en dicho consejo la conducta de Pizarro como una atroz rebelion; i decidióse en el primer momento que se emplease la fuerza para vengar la majestad ultrajada. Empero, este partido no prevaleció, i despues de discusiones mui detenidas, el consejo concluyó por nombrar de comisionado al Perú a un cleriguillo contrahecho, de piernas largas i flacas, i de cuerpo raquítico, pues de la cintura a los hombros tenia escasa una tercia; su rostro era notablemente feo, i lo descarnado de él i de sus manos, hacian mas bien un espectro que un hombre de semejante personaje.

Tal fué la persona escojida por los consejeros del príncipe para derrocar la usurpacion del apuesto soldado que dominaba en el Perú. Era esta una burla, o la mas refinada política?

Su nombre era Pedro de la Gasca.

Recordemos lo que dice la historia acerca de este estupendo personaje.

Pedro de la Gasca nació probablemente a fines del siglo XV en un pequeño pueblo de Castilla llamado el

Barco de Avila. Procedia por ámbas vias de antiguo i noble linaje; bien antiguo por cierto si, como aseguran sus biógrafos, desciende de Casca, uno de los victimarios de Julio César. Habiendo perdido a su padre en edad temprana, fué puesto por su tio en el famoso seminario de Alcalá de Henares, fundado por el cardenal Cisneros. Hizo allí unos estudios mui notables, i acabó por recibir el grado de maestro en teolojía.

La guerra de las Comunidades asolaba entónces la Península, i el jóven teólogo se olvidó por algun tiempo de sus libros, i echando mano de la espada, defendió bizarramente una de las puertas de Alcalá contra los ataques de los insurrectos logrando conservársela a la corona.

De Alcalá pasó Gasca a Salamanca, donde se hizo célebre en las disputas escolásticas, que desde Aristóteles hasta Bacon han traido revuelto al mundo de los declamadores; obtuvo allí altos i bien merecidos títulos académicos. En seguida se le confió un puesto en el sacro consejo de la Inquisicion.

En 1540 fué enviado a Valencia a examinar unas causas de herejía que lo entretuvieron dos años, i fué tal su habilidad e imparcialidad en ellas, que los Estados de Valencia lo nombraron visitador del reino, que fué mucho hacer, pues el uso era no dar este encargo sino a individuos naturales de la corona de Aragon. Gasca cumplió su nuevo encargo con una virtud catoniana; i tuvo ocasion de prestar importantes servicios al pueblo de Valencia cuando la intentada invasion franco-turca al mando del terrible Barbaroja, quien fué rechazado por el inquisidor con un valor i con una tenacidad dignos de elojio.

Esos eran los precedentes del hombre escojido para pacificar el Perú, es decir, el pais, donde acababan de estrellarse los esfuerzos i la intrepidez de Vaca de Castro

i el virei Núñez, i que necesitaba de cíclopes armados como los Almagros i Pizarros. Añádase a esto que Gasca tenia los modales mas insinuantes, el conocimiento mas profundo del corazon humano, lo mismo que de la política i el arte militar, i júzguese en seguida del acierto de la eleccion.

Cárlos V la aprobó lleno de placer, i escribió ácia el verano de 1545 a Gasca, de su puño i letra, colmándolo de elojios i ofreciéndole no sabemos qué obispado vacante entónces.

Gasca aceptó la difícil mision, i pasó a tener una entrevista con el príncipe don Felipe.

Díjole este en ella que las arcas reales estaban abiertas i a su disposicion, que pidiera lo que necesitase. A lo cual respondió el inquisidor:

—Señor, la mision que se me confia es en un todo delicada, i estaria mejor a mis achaques la paz doméstica, que las ajitaciones de la guerra; pero mi patria me llama, i nunca he dejado de ir a su servicio. Para ir de pacificador al Perú yo no pido armas, dinero ni soldados; bástanme solo mis hábitos i mi breviario. Dadme autorizaciones jenerales sobre todo punto que pueda ocurrir, i parto al instante; pero nada de gastos ni de aparato militar.

—Comprendo bien vuestros proyectos, respondióle el príncipe, pero lo que pedís es superior a lo que se puede concederos. Los vireyes mismos no han sido nunca revestidos de tanta autoridad así.

—Vedlo bien, pues, señor, observó humildemente el inquisidor; i si no podeis hacer lo que digo, pensad en otro que vaya a esa mision.

El príncipe no dejó de desconcertarse con esto, i aconsejó a Gasca que le escribiese una carta al Emperador su padre, residente a la sazon en Flándes, esponiéndole los motivos de la autoridad sin límites que pe-

dia. Hízolo Gasca así, i Cárlos V, mas sagaz que tódos sus ministros, contestó al prelado aprobando su plan, i enviando una buena porcion de cédulas en blanco con la firma real para que usara de ellas como le pareciese.

Este primer triunfo de Gasca sobre los cortesanos de Valladolid no produjo mas que una sonrisa tan lijera en sus lábios, que se estinguió casi ántes de juguetear en ellos.

No hubo pues ningun aparato de guerra, ni embarque de soldados, ni movimiento de cañones, i el comisionado con el simple título de presidente de la Audiencia, i acompañado de Alonso de Alvarado, el antiguo compañero de Pizarro, se hizo a la vela en San Lúcar a 26 de mayo de 1546.

Nunca desde el Pelayo hasta esa época se habian conferido a súbdito alguno de la monarquía española poderes tan ámplios; pero era la verdad que nadie envidiaba al humilde prelado. Popular hasta donde es dable que lo sean los hombres de un talento superior, como no tenia mas prenda que ese talento, pocos eran sus enemigos; i ademas lo favorecia demasiado el traje santo que vestia, respetable en todos tiempos i lugares, pero mayormente en la cristiana Castilla.

Se le vió pues partir sin envidia, i mas se le creia mártir que feliz. Veremos el desenlace de su ardua comision.

CAPITULO XXXIV.

PEDRO DE LA GASCA.

El eminente inquisidor conocia mui bien las jentes con quienes tenia que habérselas: con españoles, fieles hasta la exajeracion a su príncipe i timoratos como decididos católicos. Acostumbrados al despotismo político formulado en las breves palabras *yo el rei*, no se to-

maban el trabajo de discutir las órdenes de su soberano, i subian con la misma humildad al cadalso para que los degollasen, que besaban la mano al rei, su señor natural.

Despues de un viaje no mui largo llegó Gasca a Santamarta, i supo allí la muerte del virei Núñez Vela i las consecuencias precisas de la batalla de Añaquito. Afectáronlo estos hechos de una manera profunda, pero cuidóse bien de darse por entendido; i haciendo uso de sus facultades ilimitadas, hizo estender la voz de que venia autorizado para derogar las ordenanzas i perdonar a todos los que confesasen su falta i se afiliasen nuevamente en las banderas del rei.

Dado este paso de profunda sagacidad, el inquisidor se ocupó en pensar qué puerto del Perú escojeria para su desembarco, pues todos estaban en poder de Pizarro, i bajo las órdenes inmediatas de sus mas comprometidos subalternos. Decidióse al fin por Nombre de Dios, ocupado en esos momentos por Hernan Mejía. Si el astuto clérigo se hubiera presentado allí al frente de una escuadra poderosa i con pretensiones de mando, no hai duda que Mejía lo hubiera recibido a balazos; pero llegó casi como un simple particular, i sin la fastuosa ostentacion de los vireyes de Indias. Saliólo a recibir el ajente de Pizarro a la cabeza de sus soldados, i todos lo saludaron con aclamaciones ridículas, nacidas del desprecio que les inspiró su persona i su traje talar. No se ocultó este escarnio al ojo sereno de Gasca, i léjos de incomodarlo, hizo todo lo que estuvo de su parte, por exhibirse como un clérigo estúpido, i en quien la mision de la corte era mui inadecuada.

Los primeros dias del desembarco, Gasca no hizo nada que pudiera llamar la atencion, i todo sus pasos se dirijieron a disputas teolójicas con los sacerdotes del puerto, a misas i a rezos, que no hacian mas que des-

portar el sarcasmo de los soldados, quienes se reían mui cordialmente del *fraile* pacificador. No obstante esto, Mejía empezó a entrar en sospechas, i acabó por tener una conferencia secreta con el inquisidor. Díjole en ella Gasca, que en el fondo creía hallarse de acuerdo con Gonzalo Pizarro, puesto que él tambien abominaba las ordenanzas, i que si Núñez hubiera sido tan prudente como Mendoza, el virei de Méjico, quien las habia suspendido luego que habia visto sus perniciosos efectos, todo se hubiera evitado. Habló en seguida de la razon que asistia hasta cierto punto a los que se habian sublevado; i concluyó por consultar a Mejía si seria oportuno espedir ya un decreto de perdon jeneral.

Hernando cayó en la red, como hubiera caido cualquiera, i dijo a Gasca que era indudable que Pizarro iba a encontrar en él un ausiliador mui eficaz. Le dió la bienvenida, i acabó por ponerse a su entera disposicion, admirando sus talentos i su humildad.

Aquel primer triunfo alentó sobre manera al pacificador, i siendo Panamá la verdadera llave del Pacífico, despachó de precursores a donde el caballero de Hinojosa, que mandaba la escuadra de Pizarro compuesta de veinte i dos buques, a Hernando Mejía i a su compañero Alonso de Alvarado. Espusieron estos al teniente el objeto del viaje de Gasca, i le hablaron de su talento i de su virtud con un entusiasmo que honraba su celo. Oyóles Hinojosa con atencion, pero no se dejó convencer por lo pronto, pues era un caballero de ánimo mui superior para no comprender que habia algo de tenebroso en la mision del teólogo para todos los que habian seguido las banderas de Pizarro, i que Gasca los ahorcaria aunque fuese con un lazo de seda i flores. Sinembargo, no dijo nada de su pensamiento a Mejía i Alvarado, i al presentarse el pacificador en Panamá lo recibió con una esquisita distincion.

Tendió Gasca mil trampas maravillosas a Hinojosa, pero el leal caballero se libró de ellas con una destreza de oportunidad i de espíritu que pasmaron a aquel. Por fin un dia Hinojosa no pudo contenerse mas i dijo al pacificador:

—Mucho me habeis hablado, señor, de vuestras facultades para hacer el bien, pero no me habeis dicho todavía si venís tambien autorizado para reconocer i confirmar a Pizarro en el mando del Perú; pues solo de ese modo seremos buenos amigos.

El golpe era fuerte, pero mas fuerte era el antiguo guerrero de la puerta de Alcalá, quien respondió sin pararse a su interlocutor:

—No sé si, bien enterado del pormenor de los sucesos, deba dar a Pizarro el premio que merece; pero lo que sí puedo aseguraros es que estoi dispuesto a pagar mui bien a los buenos servidores del rei.

Paró aquí la conferencia, e Hinojosa comprendió todo lo ambiguo i corruptor de la respuesta de Gasca, i se separó de él para despachar un buque a Pizarro con las noticias de lo que pasaba. Partió el buque en efecto con la infausta nueva, pero en él no fué solo el ajente de Hinojosa: fué tambien un pobre fraile dominicano, de aspecto casi santo, que llevaba sus maletas provistas de cartas i proclamas de Gasca para los personajes mas notables del Perú, i todas las dignidades eclesiásticas, a quienes se daba parte de la mision del rei i se los exhortaba en nombre de la fe a que ayudasen por todos los medios a su buen fin.

Este fué el primer disparo del ejército invisible de Gasca contra Gonzalo, i no hai duda que fué de un efecto mortal.

Aparte del fraile domínico salió tambien para Lima el caballero Paniagua, portador de una carta del Emperador para Gonzalo i otra de Gasca; lo mismo que de

una mision secreta para cerca del licenciado Cepeda.

Como se ve, el pacificador no habia podido pasar de Panamá, pero sus avanzadas habian penetrado ya hasta mas allá de la metrópoli de los reyes.

Las cartas del Emperador i de Gasca para Pizarro estaban vaciadas en el mismo molde. Ambas lo colmaban de elojios como a un gran capitan, i le decian que esperaban de su lealtad a la Corona su docilidad i buen comportamiento; pero nada que pudiera interpretarse como una aprobacion a su conducta. La palabra, si se hubiera soltado, era mui sagrada para haberla recojido despues: por eso no se pronunció.

Pizarro comprendió al punto su situacion, i se decidió por oponer a la diplomacia, la lanza.

Así pasaron hasta algunos meses; pero siempre sin tomar noticia de Pizarro, e Hinojosa creyendo que tenia preso al pacificador, i este esperando que la mision del fraile domínico surtiera sus efectos.

Gasca se los habia ganado a todos en Panamá, escepto a Hinojosa, pero todos los dias tenia propuestas de sus subalternos para entregarlo preso i, adueñarse de los buques; propuestas que Gasca rechazaba de ordinario diciendo: que su mision era de paz, i que lo que no alcanzase por la voluntad no lo intentaria por la fuerza. I aun agregaba con una profundidad de talento que sus compañeros no comprendian:

—Que Hinojosa hacia bien en ser fiel a Pizarro, puesto que la fidelidad era el distintivo de las almas nobles.

I por supuesto que se cuidaba bien de decir estas cosas de manera que llegasen a oidos del sostenido capitan.

Habian llegado entretanto a Lima las cartas de Hinojosa i del rei. Gonzalo se sorprendió sobremanera de su contenido, i empezó a comprender que habia perdido un

tiempo precioso en danza, convites i versos; i se dispuso para repararlo.

Carvajal estaba distante, en las minas del Potosí; su hija Jilma no era adecuada para tomar consejo de ella: tales eran las perplejidades de Gonzalo, cuando se presentó en su busca el licenciado Cepeda, i díjole:

—Comprendo mui bien lo que está pasando en vuestro interior, pues yo tambien he recibido algunas cartas del pacificador; pero creo que hasta ahora no hai nada perdido.

—Esplicaos, repuso Pizarro con interes.

—Ved aquí mi plan. Gasca no es mas que un comisionado de Castilla a Lima, mandad vos uno de Lima a Castilla.

—I bien?

—Ese comisionado, hombre prudente i avesado en los negocios de la corte, puede llevar algunas gruesas sumas de oro: hablar al rei decididamente, i alcanzar la confirmacion de vuestro poder. Entretanto entretendremos aquí al señor inquisidor del modo que le sea mas agradable.

Pizarro comprendió al punto toda la importancia del consejo del oidor, i aún llegó a ofrecerle a él mismo la embajada; pero Cepeda, que tenia sus motivos para quedarse en el pais, se escusó diciendo que al que debia mandarse era al caballero Lorenzo de Aldana, personaje discreto i valiente, i acaso el mas decidido de sus partidarios.

Convino Gonzalo, i pocos dias despues salió Aldana para Castilla, acompañado del arzobispo de Lima, i de dos o tres caballeros mas de los mas notables de la ciudad.

Llevaban los comisionados, aparte de las cartas para el rei, una para Gasca firmada por setenta principales, en que le decian con mui buenas razones que ya su

mision no tenia objeto en el Perú por estar completamente tranquila la colonia, i que lo mas prudente que podia hacer, era volverse a la península a llevarle la nueva al rei. Que la continuacion de su viaje hasta Lima no podria ménos de suscitar embarazos entre él i Pizarro, i tal vez concluir con su muerte.

El redactor de esta carta fué el nuevo consejero de Pizarro, el licenciado Cepeda.

Escribió este tambien de su puño al inquisidor, i su carta estaba concebida en los siguientes términos:

Señor.

La carta firmada por los setenta vecinos ha sido dictada por mí, pues he dado a Gonzalo el consejo de la embajada a España para que descuide aquí i ganeis tiempo vos. Él creerá que el Emperador lo confirma i no levantará soldados para resistiros.

Aldana es el jefe de la comision; i lleva cincuenta mil pesos para compraros, e instrucciones para desembarazarse de vos caso que seais incorruptible. *Soi de opinion que recibais estos cincuenta mil pesos, pues al fin son de los fondos de la Corona, i pueden serviros para comprar al mismo embajador.*

Adios, señor Presidente, creo poder prestaros muchos i mui importantes servicios; i aunque quedo al lado del tirano, estad seguro que es para el mayor provecho de la monarquía.

DIEGO CEPEDA.

Adicion.—Olvidaba deciros que he dejado la profesion del foro por la de las armas; gano cada dia mas terreno en la privanza del usurpador, i creo que, llegado un caso decisivo, puedo prestaros un servicio bien grande.

Gasca leyó esta carta con un vivo interes, i aunque de mucha utilidad para él, no pudo ménos que despreciar la mano vil que la habia escrito.

—No hai duda, díjose, que Cepeda va a jugar dos papeles. Quedándose al lado de Pizarro, sigue la estrella de este hasta el momento de apagarse, i cuenta con buenos amigos en los representantes de la Corona.. .No importa, mi posicion es mui delicada, i yo tengo que aprovecharme de todos los recursos que se me presenten.

Dió despues una cita al caballero Lorenzo de Aldana, i en ella se espresó de la manera siguiente:

—Con otro que no fuérais vos, yo me cuidaria mucho de indicarle todo el valor de mi comision al Perú; pero vos estais en viaje para la corte; vuestra vida, como emisario de Pizarro corre un gran peligro, pues el Emperador lo sabe todo, i su indignacion ha sido tal, que me ha enviado aquí con poderes ilimitados para que haga en su nombre todo lo que me venga en voluntad i sea conforme con los intereses del reino. La vida de Pizarro, lo mismo que la de todos los que le han seguido en su traicion, está en mis manos, i basta solo que yo pronuncie una palabra para que mueran. Empero, yo no he venido a guerrear sino a pacificar, i el que reconozca sus errores i me siga, seguro puede estar de su favor con el rei.

Mostróle en seguida las cédulas en blanco que llevaba del monarca, i le habló en términos tan decididos i corteses, que Aldana no pudo ménos que acabar por admirar al que habia empezado por temer. La conferencia se prolongó mucho rato, i en ella supo Aldana cómo Gasca estaba ya informado de todos los puntos de su mision a España, de su gran prestijio i autoridad en toda la corte, i de su pensamiento incontrastable de no parar hasta la ciudad de los Reyes. Entrególe pues los papeles de que era portador, dióle el dinero con que debia comprarlo como en depósito; i sin salir de la estancia del inquisidor, escribió a Pizarro dándole cuenta de su sometimiento al representante del rei, i aconsejándole

que hiciese otro tanto porque de lo contrario estaba perdido.

La entrega de Aldana produjo una gran sensacion en Panamá; amaneció la escuadra cubierta con la bandera de Castilla, i las de Pizarro echadas a la agua i flotando en ella como aves muertas despues de una borrasca. Gasca recibió un pliego, i ese contenia la renuncia de Hinojosa i de todos sus oficiales de los empleos que tenian a bordo, i su adhesion a la Corona. Gasca no admitió estas dimisiones, i media hora despues se halló en capacidad de cruzar el océano e ir a vérselas cara a cara con Gonzalo Pizarro.

Tales fueron los primeros pasos del cleriguillo contrahecho que la mano jigantesca de Cárlos V habia lanzado sobre el ensoberbecido leon de la conquista.

Los secretos planes de Gasca habian madurado lo bastante, i este cambió enteramente de pensamiento. No era Pizarro uno de esos hombres a quien pudiese intimidarse con pliegos en blanco, astucias ni sangre fria: eso estaba bueno para sus subalternos, i ya los mas temibles de la costa estaban vencidos. A Gonzalo Pizarro habia que combatirlo con pura metralla, i Gasca pensó en organizar un ejército. Buscó fondos, levantó jente, i escribió a las autoridades de Méjico i Guatemala pidiéndoles ayuda. Poco tiempo despues se halló en una actitud respetable para embarcarse i envió adelante a Aldana con cinco velas a que se mantuviera a la capa delante de Lima, i prestara socorro a todos los buenos vasallos del rei que se refujiaran a bordo.

Miéntras Aldana recruzaba las aguas del Pacífico en comision contra el hombre aquien hasta allí habia estado sirviendo, el fraile domínico ajente de Gasca, no se habia estado manicruzado. Las proclamas de Gasca i sus cartas a los principales señores del Cuzco i Lima, habian llegado sijilosamente a su destino. Los clérigos i

los frailes españoles eran los mas interesados en el buen suceso del inquisidor, i él mismo les habia escrito que, sin ellos, él se consideraba incapaz de salvar la Corona del inmenso riesgo que la amenazaba. He ahí porqué los claustros, las sacristías i los confesionarios eran otros tantos focos de sedicion; i la ola crecia rebramante sobre la cabeza i en torno de Pizarro, i este no la sentia venir ni zumbar.

El domínico estuvo personalmente a ver a todos los individuos principales. Les habló de Gasca i de sus tremendos poderes, acabando por arrancarles la promesa de no moverse ni darse por entendidos hasta que el Presidente se presentase en las puertas de Lima i diera él mismo la voz de ataque. I esta precisamente era la conducta que convenia a los conquistadores, pues no deberian sacar la cara sino hasta el último momento, i ellos la sacarian si Gasca se presentaba como vencedor; de lo contrario no. Hacian pues su juego, i no arriesgaban por lo pronto ni su vida ni su hacienda. Lo mas que se exijia de ellos era que se mantuvieran a la espectativa, miéntras Gasca acababa, a semejanza del terrible boa constrictor, de arrojar su aliento envenenado sobre Pizarro; i el sacrificio no era mui grande para unos hombres que se sentian criminales por su rebeldía, i que no tenian mas grito público que "viva quien venza."

Estaban ricos i querian conservar sus riquezas: el deseo no podia ser mas natural.

He ahí el secreto de la caida de todos los poderes del mundo. Los soldados rasos pelean como héroes, pero los mariscales se quejan de la gota i huyen de las batallas como el ciervo de la trahilla.

Carvajal fué el primero que penetró el tenebroso plan del Presidente, i dijo a Gonzalo "que se previniesen, puesto que para él eran mas de temerse las cartas i las

oraciones del fraile, que todas las buenas lanzas del rei de Castilla."

A esta sazon llegó a Lima el comisionado Paniagua con los pliegos de Gasca i del Emperador, i los consejeros de Pizarro se dividieron en dos bandos. Carvajal i los suyos opinaban porque se reconociese al Presidente. Este era el consejo leal de la amistad. Cepeda i sus compañeros, que tenian en mira otro interes, estuvieron por la resistencia armada.

Nació de aquí una acalorada disputa entre los dos privados, i en ella Cepeda acusó de cobarde a Carvajal. Este desistió pues de aconsejar el sometimiento, i mirando de reojo al oidor, díjole:

—A mí, señores, no me gusta la rebelion, pero si la quereis hagámosla; mi pescuezo es tan bueno como el de Cepeda u otro cualquiera para una soga. Por otra parte, mis años pasados son muchos, i los porvenir ningunos. Pensadlo vosotros que sois jóvenes.

La verdad era que Cepeda queria perder a Pizarro, parte por envidia de poder, parte porque era el único medio de adueñarse de Jilma, a quien amaba entónces con mas idolatría que nunca.

Pizarro, por su parte, miraba el sometimiento al *clérigo*, como él decia, como la mas triste de todas las humillaciones, i queria luchar hasta el fin como buen corazon. Su conducta no era por cierto la mas prudente, pero era la mas conforme con su orgullo militar.

Se convino pues en negar la obediencia al pacificador, i los sucesos se precipitaron estraordinariamente. Un mes despues se supo en Lima la entrega de la escuadra. A esta nueva fatal siguióse la del asesinato de Puélles, teniente de Pizarro en Quito. Centeno volvió a levantar bandera por el rei, reunió mil hombres, tomó al Cuzco i fué a sentar sus reales sobre las estensas orillas del lago Chucuito.

Estos contratiempos no sirvieron mas que para alentar a Gonzalo, quien, de una naturaleza igual a la del águila, no gustaba remontarse a las nubes sino cuando rujia el viento i sacudia el rayo sus crines de fuego. Abrió pues sus arcas repletas del magnífico oro de América, i vistió a sus soldados de terciopelo i joyas. Eran sus comidas banquetes espléndidos, i sus paradas espectáculos de lujo capaces de eclipsar los mejores dias de Babilonia. Caballos, armas, trajes, todo era raro, i el Potosí vertía torrentes de plata líquida capaces de repeler el océano de fuerza que el inquisidor iba a arrojar sobre los rebeldes, como los jigantes arrojaban en otro tiempo un monte sobre otro para escalar los cielos.

El orgullo herido del héroe habia llegado a su colmo, i dando cabida al fin al pensamiento que siempre habia rechazado en su corazon, repartió una bandera nueva a cada batallon, donde se veían las armas de los Pizarros al pié de una corona de rei. Tambien mandó acuñar moneda con su busto i su nombre. La provocacion no podia ser mas violenta; Gasca o Gonzalo tenia que morir en medio del estridor de las batallas, que es el modo mas solemne de jugar sus destinos que tiene el hombre.

Cepeda mismo llegó a fascinarse con el valor, la enerjía i la opulencia desplegados por Pizarro, i acobardado de haberse puesto en relaciones secretas con el inquisidor, quiso dar un golpe maestro de adulacion a Gonzalo, i cierto dia se le apareció con un proceso firmado por él i otros licenciados, en que se condenaban a muerte a Gasca, Hinojosa i Aldana.

—I bien, señor oidor, dijo Carvajal con marcada chocarrería ¿qué objeto tiene vuestro proceso?

—Evitar dilaciones cuando cojamos a esos tunantes, pues ya no habrá mas qué hacer que cortarles la cabeza.

—Yo creía, repuso Carvajal, que ese proceso tenia

alguna virtud secreta para matarlos como rayo; de lo contrario reniego de él. Yo por mi parte os prometo, Cepeda, que si alguno cae en mis manos, no necesito de vuestro proceso para hacerlo picadillo.

Esta salida de Carvajal no pudo ménos de poner en ridículo al acucioso licenciado.

Entretanto Aldana habia llegado al Callao despues de haberse puesto en relacion con muchos capitanes notables, quienes se apresuraron a reconocer al enviado del rei, dándose cita para Cajamarca.

Pizarro salió de Lima con sus fuerzas i se acantonó a la vista del mar, de manera que al mismo tiempo que invijilaba los buques de Aldana, le impedia toda comunicacion con las jentes de tierra firme.

Cepeda no sabia cómo someter la opinion a pruebas decisivas, para resolverse a escojer entre el partido del rebelde i el de Gasca, i concitó a los parciales de Pizarro para que jurasen obediencia a sus banderas. Los soldados de Gonzalo estaban mui envalentonados para denegarse a reconocer a su amo, i todos se apresuraban a prestar el juramento exijido. Formalidad de que se reía Carvajal, diciendo a Cepeda:

—Cuánto tiempo pensais que durarán esos juramentos? Luego que salgamos de la ciudad, el primer viento que sople de la costa se los llevará.

El viejo batallador sabia bien que no se equivocaba. Aldana repartió escritos por todo el litoral, en que se hablaba de las tremendas facultades del pacificador i de sus deseos de perdonar a todos los que siguiesen la causa del rei. Esto solo bastó, i las lucidas tropas de Pizarro empezaron a desbandarse por centenares. Carvajal castigaba de muerte estas defecciones, pero su brazo usurpador era ménos fuerte que el brazo de Gas-

ca; i el antiguo soldado de Ravena se medio consolaba cantando delante de Cepeda con una voz bastante infeliz:

"Estos mis cabellicos, madre,
Dos a dos me los lleva el aire."

Pizarro llegó a encontrarse mui mal. Tenia por el frente a Aldana, cuya vijilancia le impedia toda operacion por el lado de los mares; por el norte a Gasca, que se avanzaba sobre Lima, i por el sur a Centeno, con numerosos soldados, que guardaban el paso de todos los desfiladeros de los Andes. No le quedaba ya mas pueblo fiel que Arequipa, i se retiró allá con las reliquias de su ejército. Llegaba este entónces a quinientos guerreros; pero Gonzalo no se desanimaba por esto, ántes bien decia, con todo el valor del hombre que cree que el mayor poder de la tierra está en la punta de una lanza bien afilada:

—Con solo diez hombres que me queden yo sabré reconquistarme el Perú.

Todo fué abandonar Gonzalo a Lima i ocuparlo Aldana: tanta así era la fuerza del juramento provocado por Cepeda!

En esta sazon el pacificador era contenido en las costas peruanas por la mas deshecha i prolongada borrasca. Los buques, rotos los mástiles i el velámen en jirones tendidos al viento, habian perdido rumbo i concierto. No parecia sino que un mar del cielo caía sobre un mar de la tierra, i los relámpagos eran tan continuos que las naos osadas parecian otros tantos pájaros náufragos revoloteando en una atmósfera de llamas. Dió el miedo valor a las tripulaciones, i en el mismo tono en que otros nautas, igualmente cobardes, habian pedido cincuenta años ántes a Cristóval Colon, sobre las ondas del mar de Alcídes, que se volviera atras, pidieron a Gasca que hiciera lo mismo; pero el inflexible

clérigo, apoderándose del timon, impuso con su valor a los costernados marineros, i dos dias despues entró en el puerto de Túmbez. Él habia dicho : " Morir, pero no retroceder," i lo habia cumplido.

Pronto no quedó a Pizarro mas recurso que una retirada. Operacion la mas difícil de la guerra, pues tiene no solo los caracteres de la derrota sino los de la dispersion. Pero estaba cercado i no podia hacer mas. Levantó en consecuencia bandera para Chile.

Era el 26 de octubre de 1547, i Centeno le salió al encuentro en las llanuras de Huarina. El encontron tenia que ser reñido, i en efecto lo fué.

Centeno mandaba mas de mil i tantos soldados, i su oficialidad se componia toda de nobles españoles.

Pizarro no tenia mas que cuatrocientos, escasos ; pero las batallas eran el mejor elemento de su gloria. Vestia aquel dia el héroe cuyo astro empezaba su rápida declinacion, una cota cubierta con una túnica de terciopelo carmesí con acuchillados, i montaba un caballo cuyos ricos jaeces lo denunciaban al campo enemigo como el paladin de la jornada. Su puesto era, como de costumbre, en la primera fila de sus lanceros.

Carvajal, que debia conducir la infantería, estaba desairado en su traje, i la jaca que montaba, a semejanza de algunos caballos hijos del desierto, era de triste apariencia, pero de prendas rarísimas para la pelea.

Fué esta desesperada i sangrienta por una i otra parte, hasta el punto de haberse visto Gonzalo cercado varias veces por el enemigo i tenido que abrirse campo por entre la multitud con el hacha, del mismo modo que se lo abre un leñador al pié de las víjenes selvas de los Andes.

Cepeda sacó una cuchillada que le dividió en dos la cara interesándole la nariz ; pero la victoria fué por

completo de Gonzalo. Todavía el sol de su fortuna vertia algunos rayos sobre su frente.

Los historiadores califican la batalla de Huarina como la mas cruel que habia ensangrentado hasta entónces el suelo del Perú.

Centeno logró huir con tiempo del campo de batalla i llegar a Lima por entre los bosques. Los otros compañeros, ménos dichosos que él, fueron pasados a cuchillo por Carvajal, pues "ántes habian militado bajo sus banderas, i era justo que pagarán su traicion."

Gonzalo Pizarro, desistiendo por completo de retirarse a Chile, se encaminó al Cuzco, donde entró a pié i sin pompa alguna, i fué a la catedral donde se cantó un *Te Deum* en accion de gracias al Señor.

La noticia de la derrota de Centeno llegó al campo de Gasca tanto mas desastrosa, cuanto mayores habian sido ántes las esperanzas en contrario. Gasca mismo palideció i guardó un silencio entristecedor.

La opinion cambió de pronto, i ya todos pensaban que era una locura vencer por las armas al Marte moderno.

Empero, si Gasca palidecia en el rostro, su alma de acero no temblaba de espanto. Dictó providencias enérjicas; hizo traer los cañones que estaban a bordo, i el 29 de diciembre de 1547 levantó su campo de Xauja con direccion a la sagrada capital de los estinguidos incas. En el tránsito, que fué detenido, se unieron a Gasca, Centeno, Benalcázar, que ocurria desde Popayan al desagravio de la Corona, i Pedro Valdivia, el conquistador de Chile i famoso soldado en las guerras de Italia. Valdivia habia sido en otro tiempo amigo i compañero de armas de Gonzalo, pero, leal vasallo, su partido estaba determinado al lado de las huestes del rei.

Aparte de esto, el pacificador no se descuidaba i mantenia a su lado a los obispos del Cuzco, Quito i Lima,

los cuatro jefes de la nueva Audiencia, i una infinidad de clérigos i frailes, que aunque inútiles como hombres de pelea, daban a la causa cierta incontrastable autoridad, i no sabemos qué de sagrado.

Durante la marcha a la capital del antiguo imperio no se presentó a Gasca ningun obstáculo por los soldados de Pizarro. Se hacia traicion por las tropas, o se habia olvidado por entero la defensiva.

Un simple cuerpo de observacion situado en cualquiera de las orillas del rio Abancai, hubiera sido bastante a detener las fuerzas realistas; pero no se habia hecho mas que cortar el puente. I esto sin objeto, por que el rio era vadeable por aquel punto.

Despues del paso del rio, el camino cambiaba de aspecto. Era tortuoso i cubierto de bosques. El viento helado que soplaba de la cresta de los Andes era tan sutil que estremecià los cuerpos de los soldados. Multiplicábanse los abismos, i en partes se estrechaba tanto la via, que los jinetes tenian que apearse i conducir las bestias por la brida; presentando de esta suerte un cuerpo desorganizado, mui fácil de ser batido por un puñado de hombres resueltos. Pero nada; ni un guerrero sólo se presentaba a impedir el paso a las jentes del pacificador. El jénio militar de Gonzalo parecia dormido: era el sopor de la desgracia que se habia apoderado de él? Dios habia pesado en su fiel balanza su causa i la habia hallado falta? Debia caer, i él mismo daba los pasos para ello? Tal fué la marcha activa del agresor i la inmovilidad del rebelde...

Los sucesos se habian precipitado i era ya tiempo de librar la batalla jeneral, dió pues Gasca el mando a Hinojosa, el prudente jefe de Panamá, hizo segundo al mariscal Alvarado, que lo habia acompañado desde España, i se convino en que Pedro Valdivia, con el

título de coronel, seria consultado en todos los negocios de entidad.

CAPÍTULO XXXV.

BATALLA DE XAQUINXAGUANA.

Despues del paso del Abancai el ejército de Gasca continuó su marcha sobre el Cuzco, i a nueve leguas no mas de esta ciudad tropezó con el Apurimac, uno de los mas opulentos tributarios del océano dulce i correntoso que llaman Marañon. El rio se presentaba formidable en todo lo largo de su corriente, pero en la direccion que llevaba el intrépido Gasca, se estrechaba entre dos cordilleras, presentando un vado apénas de 300 metros. En ese punto habia un antiguo puente colgante, pero habia sido destruido por los parciales de Pizarro; i en su lugar no se veía ahora mas que un piquete de arcabuceros españoles junto con algunos indíjenas, que huyeron al presentarse Valdivia, jefe por entónces de la vanguardia.

Gasca llegó al punto indicado, hizo construir un puente de mimbres i pasó al otro lado con toda su jente. Pero no era esto todo. El ejército acabó de pasar a las diez de la noche; esta se presentaba lóbrega, i despues del paso habia que emprender la subida de una cuesta casi perpendicular i de estrecha vereda, que en algunos puntos se elevaba a millares de piés. A cada paso creían verse sorprendidos por los peones del usurpador, i sus corazones podian haberse oído latir en la angustia i en la soledad de la noche, uniformes como las péndulas de mil relojes que se ajitasen con el mismo movimiento. Con los caballos del diestro i los cañones desmontados i a cuestas, cada fuego fatuo los paraba; cada una de esas chispas de luz que se llaman insectos volantes i que son tan comunes en los bosques de Améri-

ca, les parecia la abierta i vijilante pupila de un centinela contrario. El ruido del viento en el follaje i el sordo rumor de las apretadas olas del Apurimac llegaba a sus oídos, convertidos en escuchas del miedo, como ruidos disformes.

I no era que el ejército de Gasca fuese un ejército de cobardes, era que pisaban ya los umbrales del enemigo; i no se les ocultaba que bastaba lanzar una roca de cualquiera de esos despeñaderos para aplastarlos a todos.

Parecian una lejion fantástica remontando una montaña del infierno.

La noche, tan larga i tan penosa como fué para ellos, pasó al fin, i el primer rayo de la aurora los alcanzó triunfantes i felices sobre la cumbre peligrosa. Ellos, a semejanza del troyano valeroso, no pedian al cielo esfuerzo, sino luz.

Veamos entretanto qué era de Gonzalo Pizarro i de su impericia militar.

El héroe, que no habia sido vencido nunca, estaba satisfecho con su triunfo de Huarima. Creía que no habria ejército que le resistiese en campo abierto, i adormecido en las delicias del Cuzco como en otro tiempo el guerrero cartajines en las de Cápua, miraba la marcha del *capellan*, como llamaban a Gasca, como un absurdo. No quiso, pues, presentarle obstáculos en ella, i miró siempre su llegada al Cuzco como el momento de su victoria. No era el prudente Carvajal del mismo parecer, i frecuentemente importunaba a su jefe para que lo dejara marchar con cien hombres escojidos a pulverizar al fraile-presidente. Gonzalo no le dió nunca oídos, i el antiguo soldado de Borbon en Roma i de Cortes en Méjico, se contentó con montar todos los dias en su gran mula alazana i recorrer cuartel por cuartel, visitar las fábricas de armas, conferenciar con los jefes de cuerpos e instruir a los soldados. Tambien aconsejó Carva-

jal a Pizarro que licenciase los prisioneros cojidos a Centeno, que formaban, al mando especial de Cepeda, un cuerpo como de trescientos, i que por una i otra cosa no inspiraban ninguna confianza al viejo militar; mas Pizarro permaneció indiferente a estos consejos.

El enemigo pues continuó avanzando, i Pizarro salió a encontrarlo con toda su jente al valle de Xaquinxaguana, el mismo donde veinte años mas tarde fué quemado el jefe indio Challcuchima en la doble pira del fuego i de los sacrilejios del fraile Valverde; i " al fin, como dice el valiente escritor americano, el ejército real al llegar a la cresta de la elevada cadena que circunda el delicioso valle de Xaquinxaguana, divisó mas abajo i en el lado opuesto las brillantes filas enemigas, con sus blancos pabellones, que parecian bandadas de aves silvestres anidando entre las rocas de la montaña."

Una vez enfrente uno de otro los dos ejércitos, el de Gasca formó en batalla con tanta habilidad, e hizo evoluciones tan admirables, que Carvajal no pudo ménos que esclamar como conocedor:

—O Pedro Valdivia ordena las maniobras, o el diablo en persona viene con el *capellan*.

—Pues bien, díjole Gonzalo con esa prontitud propia solo de los grandes hombres, hacedle conocer vos a vuestra vez a Valdivia que estais aquí.

—No, respondió Carvajal con amarguísimo desden, confiad ese encargo a Cepeda, que ha opinado siempre por la guerra; en cuanto a mí, creo que es mui tarde ya para empezar esta campaña.

I como si la fortuna, ademas del justo despecho de Carvajal, quisiera dar tambien por su parte un aviso a Pizarro, una bala de cañon mató en aquel punto el caballo que debia montar durante la pelea, i que un paje mantenia por la brida a su lado. Paje i caballo desapare-

cieron en el espacio sin dar ni un quejido i como entre una nube de polvo.

Gonzalo, sin interrumpir por esto su conversacion con Carvajal, volteó i le dijo con la mayor calma del mundo, nobstante que su rostro i sus botas estaban salpicada con la sangre de aquellas dos primeras víctimas del dia :

—Es decir que no podré contar hoi con vos para nada?

—No, señor. Mi propósito es morir hoi como acaba de morir vuestro noble corcel : engalanado con los arreos de la victoria i hermoso de coraje i de sangre enemiga. Mas pelearé como simple soldado. Dejadme declinar en otro los azares del triunfo.

Pizarro, disgustado, se encojió de hombros i se alejó con el objeto de abrazar a su Jilma ántes de empeñar la batalla.

Sepamos ahora lo que pasaba con Cepeda a pocos pasos de allí. Vestia este un completo traje militar, i estaba doblemente feo con él i con la enorme cuchillada que le partia la cara en dos. A su lado, mudo i siniestro como el ejecutor del crímen, estaba un enorme pechero, antiguo bandido de las sierras de España.

—Ferran, decia Cepeda a este con ajitacion, Jilma debe quedarse en la tienda de Gonzalo durante el combate ; es preciso pues que te apoderes de ella i la lleves al Cuzco.

El bandido no respondió mas que estas breves palabras, que encerraban una grave dificultad:

—I si triunfa el capitan Gonzalo ?

Cepeda se sonrió imperceptiblemente i repuso :

—No, no triunfará ; te respondo con mi cabeza.

Ferran no se dió aun por satisfecho i dió algunos pasos con vacilacion.

—Bien, dijo Cepeda, te comprendo : es mui justo ; i sacando de su jubon de raso alamarado de plata un bolson lleno de oro, lo arrojó a los piés del bandido.

En seguida se alejaron ámbos por distinto camino.

Gonzalo penetró en la tienda donde estaba su hija, i tomando su hermosa cabeza i recostándola sobre su pecho, que empezaba a temblar como la copa de un roble con los primeros embates de la borrasca, díjole:

—¿Recuerdas, Jilma idolatrada, aquella noche en que llorosa i postrada a mis piés me confesaste en Lima que tú eras la que habias libertado al virei?

—Sí, padre, lo recuerdo.

—¿I recuerdas que en un momento de fiebre i de delirio, yo te llevé a un balcon i te hablé de un bosque circundado de soldados i con dos cadalsos siniestros?

—Sí; pero esa fué solo una aparicion ilusoria.

—No, hija, respondió palideciendo el soldado; i levantando la tienda con ajitacion, agregó: he aquí el bosque fatal! Las horcas deberán levantarse mañana!

—Parece que hubiérais perdido vuestra lanza, replicó fria i reconvencedora la doncella con un corazon enteramente espartano. Marchad sobre el contrario, i en jirones romped sus banderas cobardes.

—Mas, si la muerte encuentro en el combate, que será de tí? No me es desconocido el amor que te tiene Cepeda.....Júrame sacrificarte sobre mi tumba!

—Padre mio, si tal es vuestra suerte, despues de regar esa tumba sagrada con las primeras flores que despliegue el aura sobre sus frescos cálices, juro sacrificarme sobre ella para fecundarlas con la sangre que he heredado de vos.

I con esto, i despues de haber estampado el padre un último beso sobre la sonrosada frente de su hija, le dió su daga, i salió de la tienda para morir.

Lo esperaba a la puerta un hermoso caballo de pelea, castaño i enjaezado como el de un sátrapa. Tiróse sobre él, embrazó la lanza, i oprimiendo al bruto con su breve

acicate de oro, desapareció entre el humo de los combatientes.

El cañon dominaba ya las selvas con su metralla i su fragor.

Por una estraña coincidencia, Ferran era el que habia tenido el estribo a Gonzalo. Todo fué verlo partir i lanzarse dentro de la tienda como un oso del Jura sobre su presa descuidada.

Lo que se siguió es horroroso de describirse.

Jilma, con el cabello suelto i sus blancas manos en oracion, yacía casi muerta delante de un crucifijo de marfil. Las primeras balas del enemigo silbaban encima del frájil paño de su tienda, i los pristinos lamentos de los heridos llegaban a su oído como los desacordes de una melodía de Satan. Nada veía, nada oía, ni nada sentia. Su pensamiento i su palabra vagaban entre su padre i Dios ; nada mas quedaba en pié en el horizonte lúgubre de su dolor. Su Dios del cielo i su dios en la tierra. La relijion i el afecto ; dos misterios: el uno del alma, el otro del corazon.

Por su cara, pálida como la de una vírjen de mármol, rodaban dos lágrimas de cristal, brillantes i grandes a semejanza de esas gotas de agua que el aura deposita cada mañana en el follaje de alguna flor.

Ferran fué acercándose poco a poco a la infeliz, i tomándola con precipitacion i violencia por un brazo, díjole :

—Levantaos i seguidme !

Jilma, como volviendo en sí de un éxtasis profundo, respondió :

—Quién sois, i qué me quereis ?

—Yo soi Ferran, el *brazo fuerte*, i lo que quiero es llevaros conmigo.

—Cómo ? a dónde ? de órden de quién ?

—Cómo ? en mis brazos. A dónde ? al Cuzco. De ór-

den de quién? del oidor Cepeda, fué repitiendo i contestándose el bandido con una calma siniestra que heló a la princesa, quien no pudo ménos de esclamar aterrada:

—De Cepeda!

—Sí, dijo *brazo fuerte;* parece que el golilla no os quiere mal. Mas ¿por qué os asustais? yo creía que esto de la fuga era cosa convenida entre los dos.

—Entre los dos? repitió Jilma como un eco que devuelve el sonido que recibe pero sin conciencia de él; i reparando mas i mas en el rostro patibulario de su interlocutor, comprendió la inmensidad del riesgo que corria, i trató de escaparse llamando a Gonzalo.

—No hai que meter tanto alboroto, niña, dijo Ferran i se colocó en la puerta de la tienda para impedirle el paso; en cuanto a vuestro padre, es inútil que lo llameis, porque acaba de ser despedazado por una bala de cañon

—Él? Dios mio! i la pobre jóven sintió que iba a desfallecer.

El mercenario creyó llegada la ocasion, i avanzándose sobre Jilma la asió por la cintura con ánimo de llevársela de allí. La huérfana luchó por escaparse de los robustos brazos del bandido con la tenacidad de la liebre que se siente envolver en los frios anillos de la serpiente que la ahoga primero para devorarla despues.

Hasta allí Ferran no habia pensado sino en robársela para Cepeda; pero luego que la tuvo entre sus brazos, que sintió su pecho palpitante i turjente contra el suyo, i que respiró su aliento cálido de vírjen, tuvo mui distintos i siniestros designios. Jilma rogó, pero fué en vano. Las lágrimas, ese recurso estremo i poderoso de la belleza que se humilla, se helaron pues en sus pupilas; sus fuerzas se centuplicaron; ya no habló, sino rujió, i por un momento casi venció a aquel Júpiter de la fuerza que iba a deshonrarla. El momento era supremo, i habiendo tropezado su mano con el mango del puñal que

le habia regalado su padre, lo alzó en los aires i lo vibró como un rayo sobre su seno. Una pluma de sangre caliente i roja como el granate bañó el rostro del bandido, i vino a rodear a la doncella como una hoguera de llamas calcinadas. El acero salvador habia penetrado mas de una pulgada en el corazon real de la hija de Azucena, i sus ojos se plegaron a las sombras de la eternidad, como los pétalos de una flor a las sombras de la noche. Sus sienes dejaron de latir; sus labios, ántes sonrientes i húmedos, se crisparon con el estertor de la muerte; sus eburneos brazos cayeron descoyuntados al suelo, i Ferran, abandonándola atónito, huyó para ocultarse en los bosques.

Tal fué el fin doloroso de la estrella última de la dinastía de los hijos del sol. Su velo mortuorio fué un velo de sangre, i su canto de difuntos el tronar de cincuenta cañones que ensordecian el valle sagrado vomitando la muerte por sus bocas de bronce, entre los gritos opuestos de ¡ viva el rei ! ¡ victoria a Pizarro !

Sinembargo, Jilma habia muerto pura como las vestales antiguas.

Si entre los pliegues de la tienda de Jilma habia todo un negro horizonte de horror, afuera las cosas no eran mas halagüeñas para Gonzalo. Todo fué empezarse la batalla i pasarse Cepeda al enemigo. Lo mismo hizo Garcilaso de la Vega, padre del poeta famoso del mismo nombre ; i lo mismo hicieron todos los antiguos soldados de Centeno, segun lo habia temido Carvajal. A estos señores siguió el grueso de todo el ejército, i Pizarro no tuvo mas recurso que cruzarse de brazos i someterse a su destino. Cierto que no faltó algun oficial jeneroso que dijo a su jefe sacando la espada: Ea, señor! vamos a morir como romanos.

—No, respondió Pizarro con todo el estoicismo de los

héroes verdaderos, vamos a morir como cristianos ; i entregó su espada al primer contrario que se le presentó.

Conducido a la presencia de Gasca, recibiólo el inquisidor con bastante frialdad, i luego lo mandó mantener en prision.

El poco resto del dia lo pasó el soldado infeliz sin chambergo i sentado sobre una piedra, mirando ácia la tienda donde habia dejado a su hija ; pero la tienda no se ajitó siquiera. Parecia un sepulcro blanqueado, sobre un recodo en el desierto.

El desdichado padre habia pensado en su hija, i por la primera vez de su vida habia entrevisto la inmensidad del dolor. Pero ella ya estaba en el cielo, i lo esperaba con la ansiedad de los ánjeles.

CAPÍTULO XXXVI.

LA EJECUCION.

Carvajal habia presenciado la funesta desercion del ejército i desde una pequeña eminencia, i léjos de aflijirse, obedeciendo a su buen natural, se habia puesto a cantar como en otras veces :

> Estos mis cabellicos, madre,
> *Mil a mil* me los lleva el aire.

Cuando todo concluyó, se dejó cojer prisionero i llevar a donde el presidente con toda la batahola con que se conduce un javalí vivo por una docena de alegres cazadores. El primero con quien topó la entusiasta comitiva fué con Centeno, quien disgustado del modo como trataban a aquel Nestor de las batallas, reprendió ágriamente a los soldados.

—Ola! esclamó Carvajal, i hai quien se interese por mí ?

—Sí, señor, dijo Centeno adelantándose.

—I quién sois vos? preguntó de nuevo el cano guerrero, finjiendo no conocer a Centeno.

—Pues qué ! no me conoceis ?

—Perdonad, pero como siempre os he visto de espaldas, no habia podido hacer memoria de vuestro rostro.

El mordaz viejo hacia alusion a las diferentes derrotas que habia dado al militar.

El pacificador no anduvo parco en su justicia, i al dia siguiente no mas se levantaron dos patíbulos sobre el mismo campo de batalla. En el uno debia ser decapitado Gonzalo Pizarro i en el otro descuartizado Carvajal. Cuando le notificaron la sentencia a este último, dijo :

—Yo bien sabia que la inventiva del *capellan* es tan corta que no podia hallar otro modo de vengarse que matándome.

Mucha jente habia concurrido a presenciar el efecto de la notificacion de la sentencia en Carvajal, i hubo un individuo entre todos que se adelantó hasta ofrecer sus servicios al veterano, diciéndole :

—En cierta ocasion me perdonásteis la vida, i creo de mi deber hacer algo por vos.

—Bien, dijo con prontitud Carvajal, pues dadme ahora la libertad.

—Oh ! por desgracia no puedo dárosla ; pero pedid lo que gusteis, pues ardo en deseos de pagaros el servicio que os debo.

El veterano cerró un poco los ojos, como cuando se quiere ver mas concentrando la vista, i despues de mirar detenidamente a su interlocutor, le dijo :

—I sabeis lo que estoi pensando ? que nada me debeis agradecer, pues si no os quité la vida en esa ocasion que decís, fué porque pensé que no merecia la pena el quitárosla.

Con lo que todo el mundo se rió a su sabor, i el protector se retiró amostazado hasta no poder mas.

El último amigo i el mas sincero de todos, el confesor, llamó en seguida a la puerta de la prision del guerrero. Carvajal lo recibió con respeto, pero no quiso confesarse, so pretesto de que no tenia de qué arrepentirse. Rogado i exhortado en demasía por el sacerdote, díjole:

—Ah ! sí, perdonad, que os estoi engañando. Tengo una deuda sagrada que no he pagado : es medio real que quedé debiendo a una bodegonera de Sevilla. Ojalá vuestra paternidad se lo remitiera por la posta.

I el hombre fué inflexible hasta el fin. Marchando ya para el patíbulo, el sacerdote suplicante i ferviente le decia :

—Decid siquiera *Pater noster*, *Ave María.*

I Carvajal en vez de rezar esta oraciones comunes al cristiano, repetia simplemente *Pater noster*, *Ave María*, como burlándose del sombrío aparato de la muerte de afrenta que le esperaba.

Habiéndolo conducido al lugar del último suplicio en un seron o cesto de mimbres tirado por mulas, entró en él diciendo:

—En cuna vine al mundo, en cuna saldré de él para no faltar a mi destino.

Los últimos momentos de Pizarro fueron bien distintos en verdad.

Permaneció en su tienda paseándose muchas horas seguidas ; no recibió a nadie, i cuando le notificaron la sentencia se acostó i durmió. Levantóse luego i pidió un confesor, i estuvo encerrado con él varias horas del dia. La ejecucion debia tener lugar al llegar el sol al meridiano, i en ese punto, i sin aguardar a que nadie lo llamase, salió Pizarro de su tienda, vestido con toda la pompa de sus mejores dias. Sobre el justillo llevaba una magnífica ropa de armas de terciopelo amarillo bordada de oro : el sombrero era de la misma tela. Habia peinado su barba caudal i negra como el ébano, i sus

cabellos, perfectamente rizados, hacian resaltar notablemente los ángulos convejos de su frente de héroe. Montó en la mula de la justicia, mas como para ir a dar un corto paseo, que para encaminarse al cadalso; i luego se dejó conducir por una tropa de frailes, que rezaban a sus costados i le presentaban crucifijos a su alrededor. Él por su parte no quitaba los ojos de una imájen de la Vírjen que llevaba en las manos i de quien habia sido devoto toda su vida. De cuando en cuando palidecia i suspiraba, pero no era por la muerte sino porque se acordaba de su hija idolatrada.

Subió al cadalso con pié seguro, i despues de dirijir una mirada imponente a la multitud, díjole:

—Si hai entre todos vosotros alguno que recuerde que fué amigo mio, que mande decir algunas misas por el bien de mi alma. Nada tengo que me pertenezca ya sino son las ropas que tengo encima, i eso ellas son del verdugo.

En seguida echó una mirada furtiva ácia el lado del valle donde habian estado sus reales, i todavía alcanzó a divisar la especie de sepulcro blanqueado, frio i solitario, que formaba su tienda, i sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas entregó su cuello al verdugo; este vibró el hacha en los aires, i todo concluyó para el *último de los Pizarros*. Su cuerpo, despues del golpe, aún permaneció por algunos segundos parado; parecia que el héroe daba a la multitud esa última prueba de su valor indomable!

Un sollozo jeneral fué la mejor plegaria que se levantó sobre su cadáver.

La cabeza del ajusticiado fué llevada a Lima i puesta en una escarpia en un camino público junto a la de Carvajal, con un tablero al pié, en que se leia:

Esta es la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro, que se

hizo justicia de él en el valle de Xaquinxaguana, donde diô la batalla campal contra el estandarte real, queriendo defender su traicion i tiranía: ninguno sea osado de quitarla de aquí, so pena de muerte natural.

EPÍLOGO.

Cepeda no tuvo mucho tiempo para disfrutar de su negra traicion. Mandado poner preso por el licenciado sobre el mismo campo de batalla, fué remitido a España en calidad de tal, i allí murió en la cárcel pública despues de haber hecho los mayores esfuerzos i puesto en juego las mas grandes astucias para salir bien ante la Corona.

Su traicion pues no sirvió sino para perder a Pizarro, sin ser bastante a salvarlo a él.

Refieren las crónicas de aquel tiempo que fueron mui crueles sus últimos momentos. El amor le habia sido contrario en Jilma, i la política amarga en el desenlace de todos sus intentos.

Murió pues como los infames, i no hubo una lágrima siquiera para su memoria ni una modesta flor para su tumba. Sobre ella no vinieron a cantar las aves ni a detenerse los céfiros; pero sí sopló el huracan, i la rodeó el yermo glacial de los lugares malditos.

Hinojosa murió asesinado a los dos años; i Pedro Valdivia, despues de haber dado asunto a la epopeya con sus inauditas hazañas en Chile, fué muerto por los indios indómitos de la Araucania, con una muerte mejor que todas las inventadas por los griegos en sus fantasías admirables sobre el Olimpo. Le hicieron tragar un crisol de oro derretido.

Esa muerte no es envidiable sino por los avaros.

En cuanto al Presidente Pedro de la Gasca, despues de haber marcado su paso en el Perú con la huella de

sangre de sus ejecuciones, arregló el gobierno de las colonias segun los consejos de una sabia política—sabia segun los sistemas i los alcances de entónces, i regresó luego a España envuelto en el mismo manto con que habia pasado a las Indias, a los cuatro años de haber salido de San Lúcar, i conduciendo nada ménos que diez i nueve buques cargados de oro. Apesar de esto, Gasca no llevaba para sí ni un solo ducado. Los caciques peruanos i los caballeros de Lima le habian ofrecido a su salida enormes cantidades de plata i oro, pero él las habia rehusado siempre con el mayor desprendimiento.

Llegado a España pasó a Flándes donde estaba el Emperador, quien lo recibió con los mas lisonjeros como justos elojios, nombrándolo despues obispo de Palencia, silla que dejó en 1561 por la de Sigüenza, para venir a morir luego (año de 1567) en Valladolid despues de una vida ejemplar i ajustada siempre a los mas sanos principios de la relijion verdadera. Fué enterrado en Santa María Magdalena, iglesia que habia hecho construir a sus espensas i dotado mui liberalmente. Su estátua, colocada en este templo en hábito sacerdotal, llama la atencion del viajero por la belleza de su ejecucion.

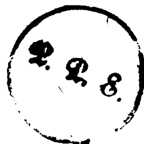
Sobre su sepulcro fueron colocadas las banderas que ganó a Gonzalo Pizarro, i de las cuales no queda ya, como no queda del Pacificador, sino el polvo de la memoria entre los hombres.

En cuanto a la desolada Florazul, sabida la muerte de Candia, sacó los tesoros de Luque en compañía del fiel Perico, i pasó a España, donde los invirtió en fundaciones piadosas despues de haber tenido la desgracia de perder a su hijo Francisco de una enfermedad comun.

INDICE.

		Pájinas.
Cap. I.	Cómo se funda un Gobierno	3
Cap. II.	El oro i la fuerza	8
Cap. III.	Los éxtasis de Candia	14
Cap. IV.	El retiro	19
Cap. V.	La herencia de Luque	25
Cap. VI.	Una vieja amiga	31
Cap. VII.	La entrevista	37
Cap. VIII.	Las llanuras de Chupas	41
Cap. IX.	La ejecucion	47
Cap. X.	El secretario Rodríguez	53
Cap. XI.	Nobleza e infamia	59
Cap. XII.	Llegada del virei	66
Cap. XIII.	El sello real	71
Cap. XIV.	El caballero de la capa negra con cabos de plata	77
Cap. XV.	Las dos serpientes	86
Cap. XVI.	El canto salvaje	91
Cap. XVII.	El viaje	96
Cap. XVIII.	El crímen	99
Cap. XIX.	Oidor i virei	108
Cap. XX.	Cepeda	114
Cap. XXI.	Valor i dignidad	119
Cap. XXII.	Un consejo pedido i rehusado	125
Cap. XXIII.	El juramento	131
Cap. XXIV.	En donde se verá quién era el maese de campo de Gonzalo	136
Cap. XXV.	La recompensa	140
Cap. XXVI.	Extasis i amor	145
Cap. XXVII.	Tipos caballerescos del siglo XVI	148
Cap. XXVIII.	La vision	154
Cap. XXIX.	Exámen de cuentas	157
Cap. XXX.	Quince años despues	162
Cap. XXXI.	El castigo del cielo	166
Cap. XXXII.	Muerte de Núñez	171
Cap. XXXIII.	Lo que pasaba entretanto en la corte	177
Cap. XXXIV.	Pedro de la Gasca	181
Cap. XXXV.	Batalla de Xaquinxuana	198
Cap. XXXVI.	La ejecucion	206
Epílogo		210

FLORILEGIO



DE

PROVERBIOS FILOSOFICOS

POR

PRÓSPERO PEREIRA GAMBA.



Non saprei camminar nel sentier corto
Dell'empia iniquitá, lasciando quello
Che cerca pace al vivo, e gloria al morto.
Non saprei nel parlar covrir le spine
Con simulati fior, nell' opre avendo
Mele al principio e tristo assenzio al fine.

ALAMANNI.



BOGOTÁ
IMPRENTA DE VAPOR DE ZALAMEA HERMANOS.
1885

PATENTE DE PRIVILEGIO.

El Presidente de los Estados Unidos de Colombia

HACE SABER:

Que el señor Próspero Pereira Gamba ha ocurrido al Poder Ejecutivo solicitando privilegio exclusivo para publicar y vender una obra de su propiedad, cuyo título, que ha depositado en la Gobernación del Estado soberano de Cundinamarca, prestando el juramento requerido por la ley, es como sigue:

"Florilegio de proverbios filosóficos."

Por tanto, en uso de la atribución que le confiere el artículo 66 de la Constitución nacional, pone, mediante la presente, al expresado señor Pereira Gamba en posesión del privilegio por el término de quince años, de conformidad con la ley 1.ª, parte 1.ª, tratado 3.º de la Recopilación Granadina, "que asegura por cierto tiempo la propiedad de las producciones literarias y algunas otras."

Dada en Bogotá, á trece de Junio de mil ochocientos ochenta y cinco.

(L. S). RAFAEL NÚÑEZ.

El Secretario de Fomento, JULIO E. PÉREZ.

MISIVA

QUE VALE MÁS QUE UN PRÓLOGO.

✠ EL ARZOBISPO DE BOGOTÁ.

Bogotá, Mayo 21 de 1885.

Sr. Dr. D. Próspero Pereira Gamba.

Muy estimado amigo y señor:

Los proverbios en todas las naciones han sido la expresión breve y feliz del buen sentido del pueblo, y al mismo tiempo escuela en que se aprenden lecciones de verdadera sabiduría. Muchas y graves y expresadas con claridad ha reunido usted en su Florilegio que he leído con gusto. De él creo que sacarán los que lo lean y confíen á la memoria sus lecciones, ideas buenas y sanas que han de corregir no pocos errores de la época actual. Deseándole á usted tan feliz resultado de este trabajo práctico y literario, me es grato repetirme

Su seguro y atento servidor y amigo,

✠ JOSÉ TELÉSFORO.

PROEMIO.

Los pensamientos filosóficos, que bajo forma poética y con recomendación del insigne Arzobispo de mi Patria, ofrezco al público en un Florilegio de 250 proverbios, son el fruto de mi experiencia y mis estudios, y de tánto valor intrínseco que si no los califico de axiomas es por no aventurarme demasiado.

Entre ellos, como en todos los apotegmas de su género, los hay originales, vertidos é imitados; pues frecuentemente acontece que, dada una eventualidad, una ocurrencia ó cualquiera circunstancia de las que enseñan una verdad, quien recoge la lección la juzga suya, aunque á veces coincida con la idea de otro ó se le asemeje por una ó más de las variadas faces que le sean privativas.

Así, pues, esta compilación que contiene la corta suma de filosofía que profeso, estudiando más en los hombres que en los libros, se remonta á la época de las sagradas letras y desciende hasta la edad presente. Entre los grandes pensadores antiguos muy sanos preceptos he acopiado de los primeros intérpretes del cristianismo; y entre los modernos, el que más ha iluminado mi escaso ingenio ha sido César Cantú en su magnífica obra: *Riflessi di un popolano.*

He querido que este Florilegio, á riesgo de parecer trivial, nada tenga de común con las colecciones de máximas más comunmente conocidas, procurando hacerlo tan claro y sencillo en su espíritu y en su forma, así como tan inteligible en su versificación, que los niños, jóvenes, hombres y ancianos de los dos sexos puedan encomendar fácilmente á la memoria la lacónica sentencia encerrada en cada una de sus estrofas; tal como lo desea el sabio prelado, á cuyo criterio sometí este trabajo, y á quien doy ahora el público testimonio de mi respetuoso reconocimiento.

Esto no quiere decir que la obra sea cabal y perfecta, ni que yo la presente como dechado de su clase; pues por muy cierto que esté de la evidencia de sus principios, bien puede suceder que muchos de ellos carezcan de la rigidez científica que me propuse darles ó de la belleza literaria con que pretendo captarme la benevolencia si nó la simpatía de los lectores.

Cuando fuí ideando los proverbios que al fin he reunido en este libro, no me propuse ordenarlos de modo alguno, ni era posible entonces, ya que surgían de la mente sobre diversos asuntos y en distintos tiempos y lugares. Mas para su publicación parecióme bien clafisicarlos hasta donde el orden lógico lo permite y por eso los he agrupado en cinco series que, tal vez, no rigurosamente, pero sí con harta aproximación, abrazan los principales ramos de la Filosofía, que es el tema de la mayor parte de ellos.

La primera serie se refiere á la *Deontología* ó Filosofía de la moral;

La segunda, á la *Diceología* ó Filosofía del derecho;

La tercera, á la *Plutología* ó Filosofía de la utilidad;

La cuarta, á la *Ontología* ó Filosofía de la religión; y

La quinta, á la *Antología* ó miscelánea de educacióu y de literatura.

Me declaro responsable de todas las imperfecciones en la sustancia, de todos los errores en la combinación y de todas las faltas en el estilo que notaren los inteligentes y eruditos en cada uno de mis proverbios, á cambio de que la generalidad del público pueda encontrar en su esencia algo que sea provechoso, bello, útil ó justo y, sobre todo, moral y verdadero. Para lograr este propósito, es preciso que los lectores prescindan de la persona del autor, que nada vale, y se fijen en su doctrina; haciéndole el obsequio de creer muy sincera su intención respecto de un escrito de índole privada, el cual, por imprevisto rumbo, sale hoy del estrecho recinto de la familia á los ilimitados dominios de la prensa.

SERIE PRIMERA.

DEONTOLOGÍA.

(Filosofía de la moral).

I

Es el error durísimo tirano
Y el más fatal para el linaje humano.

II

Un buen consejo al que seguirlo sabe
Es de un tesoro la segura llave.

III

El propio corazón, libre y sincero,
Es el único amigo verdadero.

IV

Es mejor el honor que los honores,
Como es mejor el fruto que las flores.

V

Quien su voz y sus actos no mesura
Muy poco tiempo, entre las gentes, dura.

VI

Siempre corre el placer, y presto afluye,
En torno al sér que sus encantos huye.

VII

La sinrazón, que se alza, con alarde,
Si á la razón afronta, huye cobarde.

VIII

Quien no es sufrido, ni sagaz ni fuerte,
Laméntese de sí, nó de la suerte.

IX

Al que derecho no anda, le acontece
Que otro venga detrás y lo enderece.

X

Es la vagancia la anchurosa puerta
Cerrada al bien y para el mal abierta.

XI

Defecto, exceso, abuso y artificio
Son, sin dudar, los gérmenes del vicio.

XII

Nadie abuse del tiempo cuando llega
Que éste, al abuso, sus favores niega.

XIII

Quien de su solo juicio todo aguarda,
Su desengaño en recibir no tarda.

XIV

De la vida, en la senda, el que es viandante
No tanto polvo al caminar levante.

XV

Lo que la fuerza y la pasión no pueden
La paciencia y el tiempo lo conceden.

XVI

No andar despacio ni con mucha prisa
Es del vivir la fórmula precisa.

XVII

El árbol no se estima sino cuando
Se ven sus frutos ó se están probando.

XVIII

Busca en tu corazón del bien la clave
Para que alguno, sin doblez, te alabe.

XIX

Lo que se dice, vocifera ó canta
No puede yá volver á la garganta.

XX

Fútil es el poder del magistrado
Si en el solio y hogar no fuere honrado.

XXI

Tribulación verter sobre cualquiera,
Es provocarlo y convertirlo en fiera.

XXII

No llames goce el que á morir convida
Sino el que te haga prolongar la vida.

XXIII

Es placer todo bien que el alma goza;
Es dolor todo mal que la destroza.

XXIV

Lo que á la vil materia satisface
Rara vez al espíritu complace.

XXV

El que no hace el deber cuando pudiere,
Lo hace más tarde cuando no lo quiere.

XXVI

Buenas palabras y malvados hechos
Engañan sólo á los sencillos pechos.

XXVII

No toda carta, súplica ó propuesta
Digna será de merecer respuesta.

XXVIII

Al que no es envidiado ni envidioso
Nada le falta para ser dichoso.

XXIX

Es mortal infeliz aquel que aspira
A salirse del círculo en que gira.

XXX

La cosa hurtada clama, con empeño,
Por retornar al uso de su dueño.

XXXI

Si corre el pie con suma ligereza
Más de una vez vacila y se tropieza.

XXXII

El frecuente hacer bien al que es malvado
Rara vez lo convierte en hombre honrado.

XXXIII

Mal que de otros se dice, tiende presto
A insulto vil, á escándalo funesto.

XXXIV

Voz que se suelta y chisme que se acoge
Nunca otra vez el hablador recoge.

XXXV

El hombre justo, de bondad probada,
Vive feliz entre la gente honrada.

XXXVI

El perverso entre malos y entre justos
Sufre doquier pesares y disgustos.

XXXVII

Perseverando en obra meritoria
Siempre el afán consigue la victoria.

XXXVIII

Va el orgullo, en corcel, á la carrera;
Pero retorna á pie, sin que lo quiera.

XXXIX

Una pasión no puede, ni un torrente,
Parar de pronto su veloz corriente.

XL

A las pasiones quitan su violencia
Trabajo y tiempo, variedad y ausencia.

XLI

Con la mentira irán siempre de viaje
Doblez, adulación, fraude y pillaje.

XLII

En todo tiempo la verdad destella
Como en los mares la polar estrella.

XLIII

Pura felicidad sólo ha existido
Tras el esfuerzo del deber cumplido.

XLIV

Honra, virtud, razón, independencia,
Son el lema feliz de la existencia.

XLV

Cuando remedio pide algún quebranto,
El suspiro es inútil, vano el llanto.

XLVI

Feliz quien vive en su modesto asilo
Con trabajo y amor, sano y tranquilo!

SERIE SEGUNDA.

DICEOLOGÍA.

(Filosofía del derecho).

I

Quien de peligros guarda su persona
Su vida salva y su derecho abona.

II

Del temor de perder el arte viene
Que enseña á conservar lo que se tiene.

III

No hay deber sin derecho ; ni hay concienci**a**
Si ambos no están en fiel correspondencia.

IV

El instinto del bien, que nos obliga,
Nunca el derecho y el deber desliga.

V

Puro origen, justicia inexorable:
Hé aquí los ejes del gobierno estable.

VI

Noble obediencia, mando generoso
Dan á los pueblos dichas y reposo.

VII

La rebelión se evita ó se reduce
El motivo quitando que la induce.

VIII

Todos los grandes que al poder se fían,
Tarde ó temprano su grandeza expían.

IX

Para subir el escalón más alto,
Se va por gradación, nó por asalto.

X

Pueblo atrasado vivirá oprimido
Y en tristísimas sombras sumergido.

XI

Siempre que la razón su imperio ejerza,
Inútil queda el reino de la fuerza.

XII

Mi justa libertad nunca ha deshecho
Ni mi propio deber ni tu derecho.

XIII

La ley que en las costumbres no se arraiga
No es de admirarse que en desuso caiga.

XIV

De un pueblo el voto, en la elección, merece
El varón que lo sirve y lo enaltece.

XV

Hay muchos necios que á su patria adulan,
Y por ello á su bien no la estimulan.

XVI

Amor de caridad, no amor galano,
La patria pide al digno ciudadano.

XVII

La iniquidad, en todas ocasiones,
Es el cáncer mortal de las naciones.

XVIII

¡Oh justicia! Eres tú vínculo eterno
Entre un pueblo moral y un buen gobierno.

XIX

Un gobierno económico y sencillo
Excluye de los déspotas el brillo.

XX

Todo el derecho público se encierra
Dentro la ley divina, en paz ó en guerra.

XXI

Es santa obligación del sér humano
Resistir al injusto y al tirano.

XXII

Repeler al traidor, en donde quiera,
Exige siempre la sanción severa.

XXIII

Cuando el odio en un pueblo prevalece
El nacional carácter se envilece.

XXIV

La pública opinión es luz que guía
A un pueblo libre por incierta vía.

XXV

Busca méritos propios, si te elevas,
Antes que á extraños tu grandeza debas.

XXVI

En medio de opiniones encontradas,
Las ciertas han de ser las moderadas.

XXVII

Buena es la lid, si no hay en los partidos
Presos ni muertos, prófugos ni heridos.

XXVIII

Quien algo usurpa es justo que comprenda
Que en paz no goza autoridad ni hacienda.

XXIX

Vale poco el saber al gobernante
Que de moral el código quebrante.

XXX

Más place la altivez del mandatario
Que antesala sufrir del secretario.

XXXI

Fallo arbitral en hombres y naciones
Hace apacibles todas las cuestiones.

XXXII

Mujer que en la política interviene
Mal con su sexo y condición se aviene.

XXXIII

No todo veredicto se deriva
Del hecho real en que su fallo estriba.

XXXIV

No todo acto legal es justiciero,
Ni todo juez su intérprete severo.

XXXV

País que aseguró sus libertades,
No se deja llevar de novedades.

XXXVI

Fácil cosa es hacer un buen proyecto,
Lo que es difícil es llevarlo á efecto.

XXXVII

Quien sólo sirve al patrimonio extraño
Causa en el suyo pérdidas y daño.

XXXVIII

La herencia es madre de ocio, de codicia,
De ambición, de impureza y de injusticia.

XXXIX

El legado que queda en el secreto
Fácilmente se aparta de su objeto.

XL

Para ganar sin honra la fortuna
El reo no duerme, el avariento ayuna.

XLI

Nadie de un arma, con razón, se queja ;
Del torpe, sí, ó audaz que la maneja.

XLII

Ahorra espías el justo mandatario
Y el tiro del faccioso y del sicario.

XLIII

Quien por tiempo á guardar sus cosas diere
No extrañe, no, si al cabo las perdiere.

XLIV

Pagar las deudas es deber, sin duda ;
Pero es justo al deudor prestarle ayuda.

XLV

Obliga más que un préstamo, á fe mía,
La delicada y noble cortesía.

XLVI

El pródigo impaciente sólo espera
Que el rico padre, sin tardanza, muera.

XLVII

Bastantes hechos y discursos pocos
Convencen á los cuerdos y á los locos.

XLVIII

Prefiere que tu sangre se derrame
Antes de hacerte criminal ó infame.

SERIE TERCERA.

PLUTOLOGÍA.

(Filosofía de la utilidad).

I

Consumo y producción : hé aquí dó empieza
El génesis social de la riqueza.

II

Siempre será la actividad la cuna
De la feliz ó próspera fortuna.

III

El que á ningún oficio se destina
Sin pensarlo, tal vez, al mal se inclina.

IV

Contra el esplín, la tentación y el tedio
Es el trabajo el eficaz remedio.

V

Para lograr merced que satisfaga
A pequeña labor, pequeña paga.

VI

Malísimo, malísimo negocio
Es malgastar las fuerzas en el ocio.

VII

Un *poco* repetido varias veces
Un *mucho* forma, de notables creces.

VIII

Hoy un huevo, no más, en la cocina
Es mejor que mañana una gallina.

IX

Digna mujer será la que sostenga
El patrimonio que el marido tenga.

X

Aparentar cual ricos y pudientes
A los pobres trasforma en indigentes.

XI

Siempre gastar de menos le conviene
Al que de renta exigua se mantiene.

XII

De honrada ocupación, ganancia lista
Es el premio mayor que se conquista.

XIII

No hay mérito ni prez en este mundo
Sin un trabajo lícito y fecundo.

XIV

Si todos amos y patrones fueran
De inanición y de hambre perecieran.

XV

La hacendosa mujer que al hombre auxilia
Es la caja de ahorrar de la familia.

XVI

El agua que corrió yá no revuelve:
El oro que se fué, tampoco vuelve.

XVII

El que ahorra su níkel y su cobre
Tendrá después dinero que le sobre.

XVIII

Cuenta la tradición que la pobreza
Primogénita fué de la pereza.

XIX

Quien fabricar no sabe lo que emprenda
Déjelo hacer al que mejor lo entienda.

XX

Suerte, ventura, horóscopo y destino
Ceden el paso al cálculo y al tino.

XXI

Tras de jornada, en todo, laboriosa
Con el placer más grato se reposa.

XXII

Las ideas pasan por las mismas vías
Por dó suelen pasar las mercancías.

XXIII

Si el capital se aumenta, es necesario
Subir con él la cuota del salario.

XXIV

El lujo exagerado es la espesura
Dó se pierde el que en ella se aventura.

XXV.

Las modas no serán tan censurables
Si crean industrias sanas y durables.

XXVI

El arte sin la ciencia no adelanta,
Ni la teoría sin práctica se implanta.

XXVII

Valga lo poco justamente habido
Más que lo mucho en fraudes adquirido.

XXVIII

Una obra sola no se queda trunca:
Hartas á un tiempo no se acaban nunca.

XXIX

Cuanto difícil ve la negligencia
Fácil lo suele hallar la diligencia.

XXX

El vagar de las torpes mocedades
Aumenta, en la vejez, necesidades.

XXXI

La palabra de honor, franca y segura
No ha menester de firma ni escritura.

XXXII

Es en pasquín un vale convertido
Sí no se paga cuando fué vencido.

XXXIII

Quien sabe por sí mismo hacer sus cosas
Gastos evita y súplicas penosas.

XXXIV

Si hoy el obrero en trabajar se afana
Artífice y patrón será mañana.

XXXV

El rico que usa bien de sus caudales
Un ídolo será de los mortales.

XXXVI

El libre cambio para ser fecundo
Debe abarcar el tráfico del mundo.

XXXVII

Si al lucro, y nada más, alguien se entrega
De honor, de afecto y de piedad reniega.



SERIE CUARTA.

ONTOLOGÍA.

(Filosofía de la religión).

I

Orden, justicia, amor, bondad y ciencia
De Dios publican la inmortal presencia.

II

Vale mucho un sermón dicho en el templo ;
Pero más aprovecha un buen ejemplo.

III

Cuando se hace, con fe, lo que se pueda
El más santo deber cumplido queda.

IV

El ente pusilánime no alcanza
A divisar la luz de la esperanza.

V

La santa caridad es el perfume
Que en el altar del alma se consume.

VI

Quien es rico en virtud y pobre en bienes
No sufre de la suerte los vaivenes.

VII

El que su cuerpo y alma perfecciona
Del cielo gana la inmortal corona.

VIII

Es santo el que se vence cuando lidia
Contra el rencor, la cólera y la envidia.

IX

Jamás se debe hacer ni consentir
Lo que á ninguno se podrá decir.

X

El tiempo, el desengaño y la experiencia
Dan la virtud y el dón de la prudencia.

XI

El que te diere protección y abrigo
En la suerte infeliz, ese es tu amigo.

XII

Es la conciencia, en alma pecadora,
Carga pesada, atroz y abrumadora.

XIII

El hombre de su culpa arrepentido
Despierta del ensueño más temido.

XIV

Ni á gruta oscura ni á encendido cono
Va la virtud á colocar su trono.

XV

La religión, que al ánima ilumina,
Con el vil interés no se combina.

XVI

El éter que los cielos esclarece
En el fango mortal se desvanece.

XVII

La caridad prestada de consuno
No causa mal ni pérdida á ninguno.

XVIII

Calle quien haga acción caritativa:
Hable por él aquel que la reciba.

XIX

La capa debe abrirse: y con su anchura
Cubrir del infeliz la desventura.

XX

Al que el sustento en procurar se afana
Si una puerta se cierra, otra se allana.

XXI

Gratitud es memoria asaz querida
De un corazón que su deber no olvida.

XXII

Si la oración piadosa se proscribe,
La ruín blasfemia, en su lugar, se exhibe.

XXIII

Para el enfermo, la bondad divina
Pone, cerca del mal, la medicina.

XXIV

Al hombre triste el diablo lo escarnece:
Al que es alegre, Dios lo favorece.

XXV

Con ropa de humildad vaya vestida
Toda ambición al hombre permitida.

XXVI

Domar el propio, indócil albedrío
Es más que un triunfo en recio desafío.

XXVII

Tranquilo puede estar quien no recuerda
Dicho ó acción que á su ánima remuerda.

XXVIII

Duerme feliz quien repasando el día
No halla del ocio la visión sombría.

XXIX

No hay que envidiar el fausto y la opulencia;
Ni desprecios hacer á la indigencia.

XXX

El sér que va con ánimo prudente,
De lo que suele hacer no se arrepiente.

XXXI

Cuando entra el diablo en un hogar cualquiera,
Es muy difícil el sacarlo fuera.

XXXII

Harina del que fué trigo robado
Toda se vuelve insípido salvado.

XXXIII

El daño que atormenta y que difama
Más allá de la tumba se reclama.

XXXIV

Si quieres tú que nadie te persiga
Nunca insulto ó baldón tu labio diga.

XXXV

Cual de germen sutil nace la planta
Una pasión lo mismo se levanta.

XXXVI

Todo grave infortunio será leve
Al que paciencia entre sus fibras lleve.

XXXVII

Raíz amarga, pero fruto ameno,
El árbol de virtud lleva en su seno.

XXXVIII

Mientras más una pena se soporta
Más su recuerdo al corazón conforta.

XXXIX

Hace el vicio al pudor su cortesía
Por medio de la astuta hipocresía.

XL

En social ó doméstico escenario
El verdadero amor no es mercenario.

XLI

De la cuna al sepulcro la distancia
La mide, sin errar, la temperancia.

XLII

Es el vicio un verdugo que al más fuerte
Conduce á la miseria y á la muerte.

XLIII

Es la soberbia un pozo de veneno
Dó el vicio náda entre su inmundo cieno.

XLIV

La codicia es vorágine que traga
Cuanto está cerca ó por allí naufraga.

XLV

En el examen de índoles opuestas
La ventaja tendrán las más modestas.

XLVI

Quien al vencerse á sí, valor le falta,
Tampoco vencerá si otro le asalta.

XLVII

De casta juventud, vejez sabrosa:
De tranquila pobreza, vida honrosa.

XLVIII

El trabajo enriquece y fortifica
Y haciéndolo por Dios, nos santifica.

XLIX

La virtud con medida, regla y peso
Lejos va de la falta y del exceso.

L

Puede el soberbio verse suplantado;
Nunca el humilde se verá humillado.

LI

Quien da muy poco al pobre consolándolo,
Da más que el que más dé, vituperándolo.

LII

Si álguien osa turbar la paz de un alma,
La suya al punto perderá su calma.

LIII

El noble corazón sufre gran pena
Si se siente incapaz de una obra buena.

LIV

Grandeza humilde, adversidad paciente
¡Oh cuán feliz el sér que las consiente!

SERIE QUINTA.

ANTOLOGÍA.

(**Miscelánea de educación y literatura**).

I

Hasta que el hombre al túmulo desciende
Algo de nuevo diariamente aprende.

II

El que á las cosas frívolas se apega,
A cosas grandes y útiles no llega.

III

El propio hogar, aun de infeliz cabaña,
No se debe dejar por casa extraña.

IV

El que se vuelve hacia distinto lado,
Sin saber, cambia condición y estado.

V

Entre hombres cultos un joyel y un traje
Tienen menos valor que un buen lenguaje.

VI

Mas que cien cartas sirven al viajero
El porte y la expresión de caballero.

VII

No entres jamás con la razón en lucha,
Pues vence aun á quien su voz no escucha.

VIII

Callar cuando lo exige la prudencia
Es lo mismo que hablar con elocuencia.

IX

Más vale un hecho de verdad notoria,
Que cien frases de espléndida oratoria.

X

Es del valiente, en todas ocasiones,
El saber afrontar las situaciones.

XI

Quien se deja llevar de la pavura,
Su desgraciado término apresura.

XII

Es timbre de varón sereno y fuerte
Amar la vida y no temer la muerte.

XIII

La educación es hoy la gran nobleza,
Cual lo fueron ayer cuna y riqueza.

XIV

La vida, aunque infeliz y transitoria,
Goza más en el mundo que en la historia.

XV

Hasta allí dó la sábana se extienda
Se ha de estirar el que dormir pretenda.

XVI

Del ágil tirador la mano experta
No siempre al blanco su disparo acierta.

XVII

Galope de asno y fama de pedante
Duran apenas un ligero instante.

XVIII

Para vivir felices los casados
Ambos deben de ser bien educados.

XIX

El carácter se ve de buena esposa
En la que es fiel, prudente y silenciosa.

XX

Cuando se nutre el cuerpo y se reintegra
Al mismo tiempo el ánima se alegra.

XXI

De cosa se hace cosa y lo que se hace
En fértil serie sin cesar renace.

XXII

La posición más alta se consigue
Si con mérito propio se persigue.

XXIII

Si viejos troncos hay que reverdecen,
También hay nuevos que jamás florecen.

XXIV

Con charlar no se compran provisiones,
Ni se ejecutan útiles acciones.

XXV

Todo individuo que salud ostenta
Es casi rico sin tenerlo en cuenta.

XXVI

Nadie debe contar lo que se pasa
Dentro el umbral y muros de su casa.

XXVII

Cosa que no arde, incendio no produce:
Ingenio sin chispear nunca reluce.

XXVIII

Mientras el hombre osado prevalece
El tímido se abate y desfallece.

XXIX

Quien con sus propios díceres se halaga
Es fuego fátuo que al brillar se apaga.

XXX

En amar y aprender, sin ansia vana,
Está el resumen de la ciencia humana.

XXXI

Siempre se heredan vicios y dolencias ;
Muy raras veces méritos y ciencias.

XXXII

Quien sin resabio quiere algún bagaje,
A pie se vaya, ó déjese de viaje.

XXXIII

Muchos se precian de saber sin tasa ;
Pero no saben conocer su casa.

XXXIV

El genio más sensato y más valido
Es el que sabe para qué ha nacido.

XXXV

La impaciencia es tan ruin que no sospecha
Que, sin arado y siembra, no hay cosecha.

XXXVI

Por lo común, los séres de la tierra
Hállanse todos en perenne guerra.

XXXVII

Por la existencia en el tenaz combate,
Sólo el vil corazón tiembla y se abate.

XXXVIII

Huye de la tormenta el buen marino,
Pues querer resistirla es desatino.

XXXIX

La casa influye en el carácter, tanto
Que hace al hombre demonio ó lo hace santo.

XL

Si tenaz gota al fin cava la piedra
Su intento alcanza el que jamás se arredra.

XLI

El ridículo es de alto poderío
Al que carece de ánimo y de brío.

XLII

Humor de joven, régimen de anciano,
Fué regla de varón robusto y sano.

XLIII

No está el ingenio en disertar de todo,
Sino en mostrarlo con discreto modo.

XLIV

Cuando, al acaso, un rústico se eleva,
La marca siempre de su origen lleva.

XLV

A pregunta lanzada de improviso
Lenta respuesta le será preciso.

XLVI

Es el contento símbolo del día:
Es la tristeza, el de la noche umbría.

XLVII

La voluntad constante y decidida:
Es el poder más fuerte de la vida.

XLVIII

Del árbol del saber basta una rama
Para ofrendar al templo de la fama.

XLIX

Quien, con ambajes, la verdad simula,
A prestarle más fe nos estimula.

L

Quien sueña de ilusión, al fin despierta
Con faz transida y esperanza muerta.

LI

Educar hombres es pulir diamantes,
Con precio doble al que tuvieran antes.

LII

Quien respira una atmósfera de cieno
Se complace en negar mérito ajeno.

LIII

Es la voz de la madre la que impera
En bien ó mal de la familia entera.

LIV

La digna descendencia es el consuelo
Del viejo padre y del caduco abuelo.

LV

La sociedad á la familia pide
El molde que la funde y consolide.

LVI

Juzgar que es docto aquel que nada sabe
¡Qué desengaño tan fatal y grave!

LVII

Trata y anhela, en todo lo posible,
No ser á nadie incómodo y risible.

LVIII

La facultad que más nos extravía
Es la suelta y volátil fantasía.

LIX

Es la atención la facultad austera
Que á la ignorancia vencerá doquiera.

LX

Como se pudre el líquido estancado,
Se corrompe el talento abandonado.

LXI

La escuela es el camino ancho y profundo
Dó, preguntando, se recorre el mundo.

LXII

Hasta el futuro presentir se puede
Si se conoce bien lo que hoy sucede.

LXIII

El criterio nos da seguro aviso
De crédulos no ser al improviso.

LXIV

Es el trato del vulgo una comedia
En la que siempre el interés promedia.

LXV

Nadie el laurel de la victoria adquiere
Sino en la lucha donde vence ó muere.

FIN.





